ANA COMNENA

LA ALEXÍADA

UNA HISTORIA DEL IMPERIO BIZANTINO DURANTE LA PRIMERA CRUZADA

Traducción de
Emilio Díaz Rolando

PREMIO NACIONAL DE TRADUCCIÓN

ÁTICO DE LOS LIBROS

Emilio Díaz Rolando nació en Sevilla en 1958. Cursó estudios de Filología Clásica en la Facultad de Filología de la Universidad de Sevilla y se licenció en el año 1980. En 1981 obtuvo por oposición libre la plaza de Catedrático Numerario de Bachillerato en la asignatura de Griego. En 1989, la Universidad de Sevilla publicó su traducción de *La Alexíada* de Ana Comnena, galardonada con el Premio Nacional de Traducción. Se doctoró con una tesis sobre las fuentes clásicas de *La Alexíada* de Ana Comnena en 1994, por la que recibió el Premio Extraordinario de Doctorado. Durante los años de ejercicio en la enseñanza media investigó en el campo de las relaciones entre la historiografía griega antigua y la bizantina. Hasta 2002, ejerció como docente en diferentes institutos. Además, ha publicado un libro de relatos y mantiene un blog donde, además de sus opiniones sobre distintos aspectos, publica sus traducciones de autores griegos antiguos y sus creaciones en el campo de la poesía y el relato.

«La prosa de Ana Comnena destaca entre el resto de crónicas bizantinas contemporáneas.»
Vignel Marville

«Ana Comnena explica el origen de las cruzadas en un estilo que sorprende bajo la pluma de un historiador serio: un estilo de cuento popular.»
Zoé Oldenbourg

«La Alexíada *es el primer gran monumento del renacimiento literario bizantino.»*
Karl Krumbacher

«Ana Comnena ilumina el carácter del emperador, sus valores, aspiraciones y acciones. A medida que progresa la narrativa, la figura de Alejo adquiere una importancia central, inextricablemente entretejida con los acontecimientos que determinaron la suerte del Imperio bizantino.»
Julian Chrysostomides

Un apasionante retrato del Imperio bizantino de la mano de la primera gran historiadora

La Alexíada es una de las grandes joyas de la literatura universal escrita hacia 1148 por la primera gran mujer historiadora, Ana Comnena (1083-1153). La obra relata la épica carrera política y las turbulentas campañas de su padre, el emperador Alejo I Comneno, y es una de las principales fuentes de información sobre la Primera Cruzada y sobre la institución de la caballería medieval.

Narrada con un estilo directo y elegante que inspiraría a *sir* Walter Scott, la autora nos regala un vívido y dramático retrato de las aventuras militares y políticas del Imperio bizantino durante los siglos XI y XII que sigue fascinando todavía hoy. Una cautivadora historia repleta de poder, intrigas, asesinatos, conspiraciones cortesanas y herejías.

Emilio Díaz Rolando, doctor en Filología Clásica, ha revisado su célebre traducción, ganadora del Premio Nacional de Traducción, y ha escrito un nuevo aparato crítico y una nueva introducción que aportan contexto histórico a la narración de Ana Comnena y aumentan el disfrute de su lectura.

ATICO DE LOS LIBROS

creative commons

www.aticodeloslibros.com

La Alexíada

ANA COMNENA

LA ALEXÍADA

UNA HISTORIA DEL IMPERIO BIZANTINO DURANTE LA PRIMERA CRUZADA

INTRODUCCIÓN, TRADUCCIÓN Y NOTAS DE

Emilio Díaz Rolando

ÁTICO DE
LOS LIBROS

Primera edición en este formato: octubre de 2020
Título original: *Ἀλεξιάς*

© de la traducción, Emilio Díaz Rolando, 1989
© de la traducción revisada, Emilio Díaz Rolando, 2016
© de esta edición, Futurbox Project, S. L., 2016
Todos los derechos reservados.

Diseño de cubierta: Taller de los Libros
Imagen de cubierta: *Byzantine fresco from St Lucas*

Publicado por Ático de los Libros
C/ Aragó 287, 2.º, 1.ª
08009, Barcelona
info@aticodeloslibros.com
www.aticodeloslibros.com

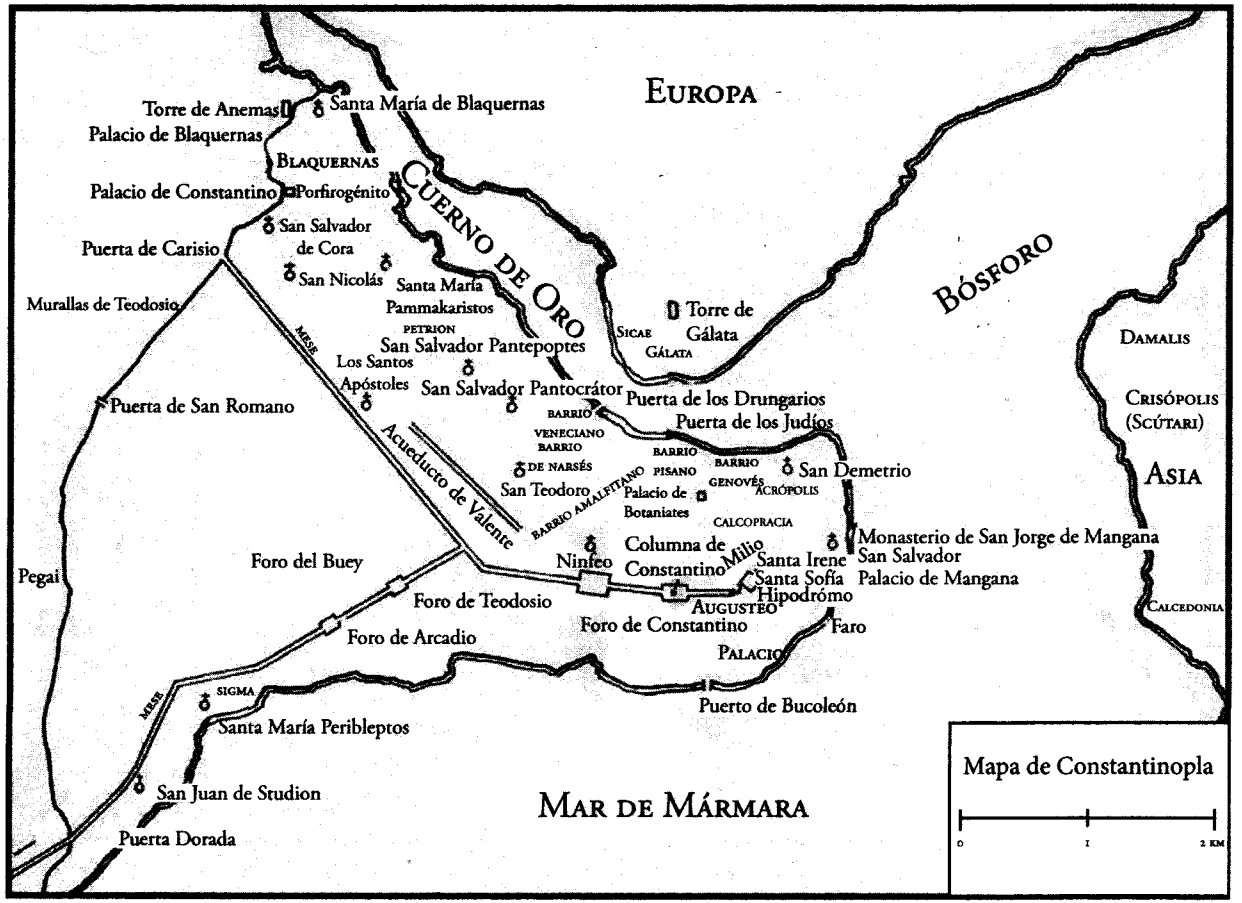
ISBN: 978-84-18217-23-4
THEMA: NH
Depósito Legal: B 18332-2020
Preimpresión: Taller de los Libros
Impresión y encuadernación: Black Print
Impreso en España – *Printed in Spain*

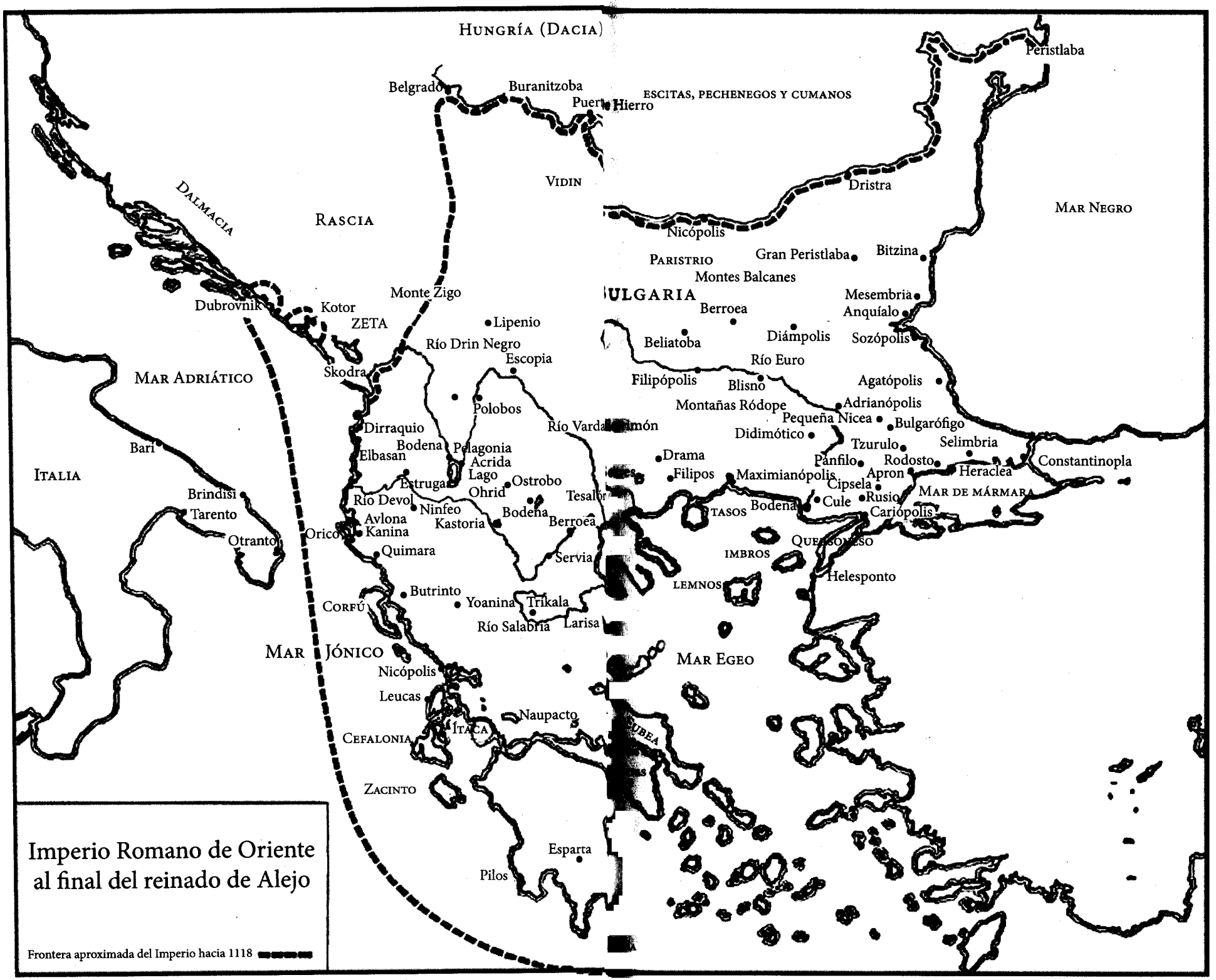
Τῇ φιλτάτῃ συζύγῳ Μαρίᾳ ἀνάθημα

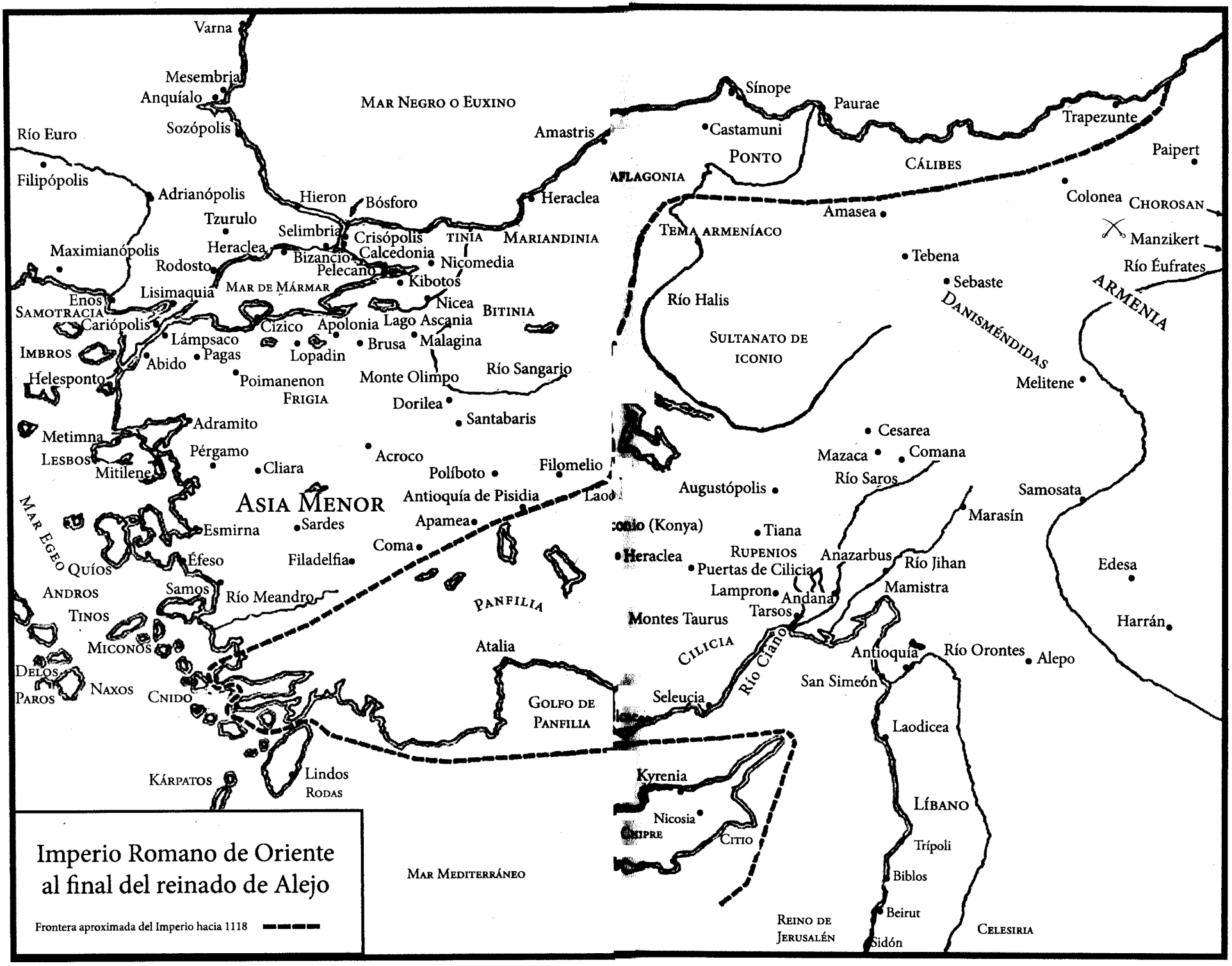
Dedicado a María, muy amada compañera

ÍNDICE

Mapas 11
Árbol genealógico de la familia Ducas 16
Árbol genealógico de la familia Comneno 17
Introducción 19
Proemio 53
Libro I 59
Libro II 111
Libro III 147
Libro IV 185
Libro V 209
Libro VI 241
Libro VII 283
Libro VIII 319
Libro IX 345
Libro X 373
Libro XI 419
Libro XII 461
Libro XIII 493
Libro XIV 539
Libro XV 581
Índice onomástico y de materias 633


EUROPA
BÓSFORO
CUERNO DE ORO
Torre de Anemas
Santa María de Blaquernas
Palacio de Blaquernas
BLAQUERNAS
Palacio de Constantino
Porfirogénito
San Salvador de Cora
Puerta de Carisio
San Nicolás
Santa María Pammakaristos
Murallas de Teodosio
PETRION
San Salvador Pantepoptes
Los Santos Apóstoles
San Salvador Pantocrátor
Torre de Gálata
SICAE GÁLATA
Puerta de los Drungarios
Puerta de los Judíos
Puerta de San Romano
MESE
Acueducto de Valente
BARRIO VENECIANO
BARRIO DE NARSÉS
BARRIO AMALFITANO
BARRIO PISANO
BARRIO GENOVÉS
San Demetrio
ACRÓPOLIS
San Teodoro
Palacio de Botaniates
CALCOPRACIA
Columna de Constantino
Milio
Ninfeo
Monasterio de San Jorge de Mangana
Santa Irene
San Salvador
Santa Sofía
Palacio de Mangana
Hipodrómo
AUGUSTEO
Foro del Buey
Pegai
Foro de Teodosio
Foro de Arcadio
Foro de Constantino
Faro
PALACIO
Puerto de Bucoleón
SIGMA
MESE
Santa María Peribleptos
San Juan de Studion
Puerta Dorada
MAR DE MÁRMARA
DAMALIS
CRISÓPOLIS (SCÚTARI)
ASIA
CALCEDONIA
Mapa de Constantinopla
0
1
2 KM

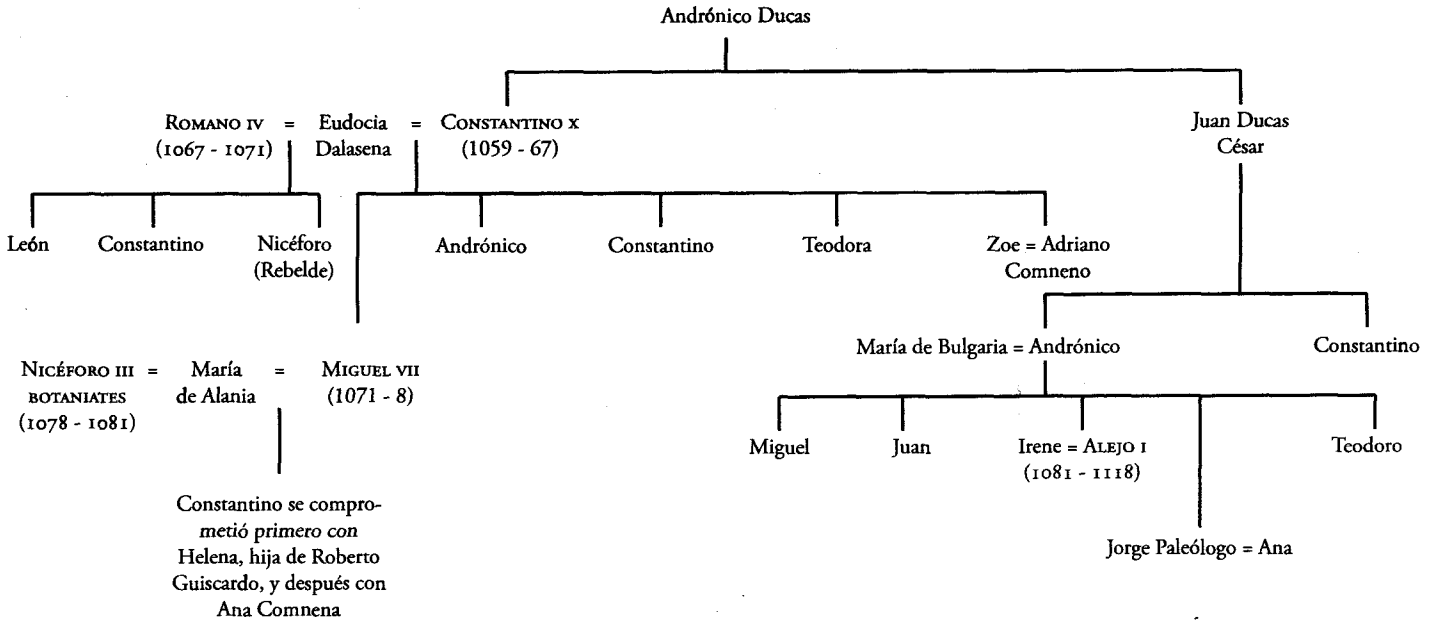

Hungría (Dacia)
Peristlaba
Belgrado
Buranitzoba
Escitas, pechenegos y cumanos
Hierro
Vidin
Dristra
Dalmacia
Rascia
Mar Negro
Nicópolis
Paristrio
Gran Peristlaba
Bitzina
Montes Balcanes
Monte Zigo
Bulgaria
Mesembria
Berroea
Anquíalo
Dubrovnik
Kotor
Zeta
Lipenio
Beliatoba
Diámpolis
Sozópolis
Río Drin Negro
Río Euro
Escopia
Mar Adriático
Skodra
Filipópolis
Blisno
Agatópolis
Montañas Ródope
Adrianópolis
Polobos
Pequeña Nicea
Bulgarófigo
Dirraquio
Río Varda
Strimón
Didimótico
Bari
Bodena
Tzurulo
Selimbria
Elbasan
Pelagonia
Drama
Panfilo
Rodosto
Constantinopla
Acrida
Filipos
Maximianópolis
Apron
Heraclea
Italia
Lago
Estruga
Ostrobo
Cipsela
Brindisi
Ohrid
Tesalónica
Mar de Mármara
Río Devol
Ninfeo
Bodena
Tasos
Cule
Rusio
Tarento
Avlona
Kastoria
Berroea
Cariópolis
Otranto
Orico
Kanina
Quersoneso
Quimara
Imbros
Servia
Helesponto
Butrinto
Lemnos
Yoanina
Trikala
Corfú
Río Salabria
Larisa
Mar Jónico
Mar Egeo
Nicópolis
Leucas
Naupacto
Ítaca
Cefalonia
Eubea
Zacinto
Esparta
Pilos
Imperio Romano de Oriente
al final del reinado de Alejo
Frontera aproximada del Imperio hacia 1118



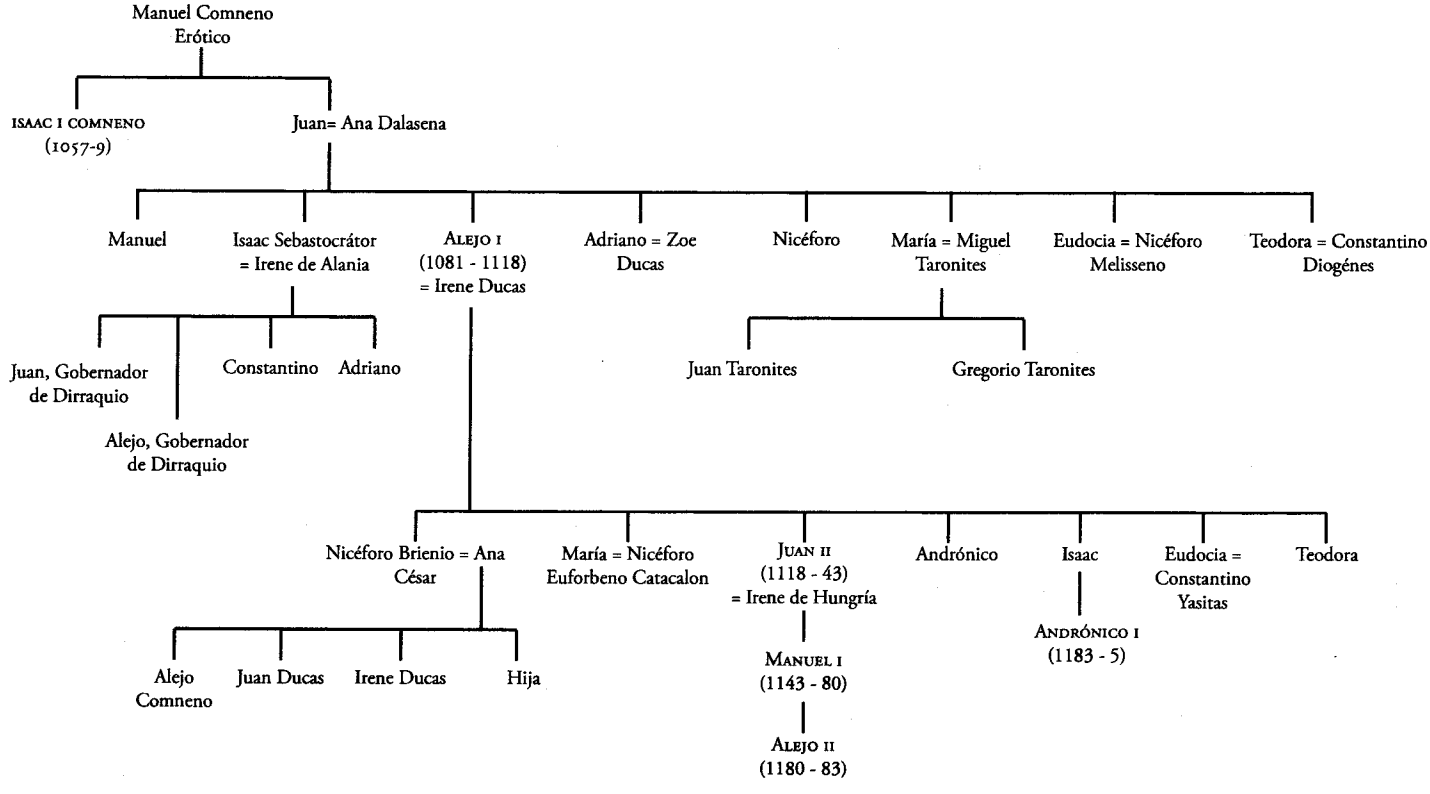
Imperio Romano de Oriente al final del reinado de Alejo

Frontera aproximada del Imperio hacia 1118

ÁRBOL GENEALÓGICO DE LA FAMILIA DUCAS



ÁRBOL GENEALÓGICO DE LA FAMILIA COMNENO



INTRODUCCIÓN

I. La persona

Ana Comnena nació un sábado 2 de diciembre de 1083. Era hija del emperador Alejo I Comneno y de Irene Ducas. La autora quiso rodear su nacimiento de un hecho fantástico. Cuenta ella misma que su madre estaba a punto de dar a luz, pero que deseaba que su hija naciera estando presente su esposo. Alejo se hallaba inmerso en la campaña contra Roberto Guiscardo, sin embargo tenía previsto el regreso en unos días. Irene, entonces, se hizo la señal de la cruz sobre el vientre y le pidió a su hija que aguardase al retorno de Alejo para nacer. Su suegra la reconvino por lo extravagante de su deseo, pero Ana hizo caso a su madre y vino al mundo estando presente su padre, a los dos días del ruego de la madre. La autora nos dice que ese hecho es prueba del amor que siempre sintió por sus padres y, añadamos, muestra el alto concepto que tenía de sí misma, ya que esta clase de portentos se asociaban en la Antigüedad a la aparición de grandes personajes de la historia.

La princesa nació en la sala Púrpura[1] del Palacio Imperial. Era este el lugar que el protocolo fijaba para el alumbramiento de los hijos del matrimonio imperial. Nacer allí confería a los hijos el título de «porfirogénetos», y era un punto de orgullo y distinción. No se recata Ana Comnena de hacérnoslo recordar aquí y allí en su obra y, en el caso de tratar con algún personaje que pertenezca a tan selecto club, deja constancia del hecho.

Era la hija primogénita del matrimonio. Ella misma nos dice que nada más nacer se la consideró heredera del trono y se le confirieron

1. «Pórfira» [Πόρφυρα] en griego. «Porfirogéneto» [Πορφυρογέννητος] significa «nacido en la sala Púrpura».

los honores propios del título. Había, no obstante, un problema. Era mujer, y ello suponía un obstáculo para ocupar el trono. La instancia a la que recurrió Alejo fue prometerla en matrimonio a Constantino Ducas, hijo del antiguo emperador Miguel VII Ducas y de María de Alania. Constantino había sido derrocado por Nicéforo III Botaniates, pero permanecía en el Palacio Imperial porque su madre había sido obligada a casarse de nuevo con Nicéforo, aunque su primer marido vivía aún convertido en monje y recluido en un convento. El matrimonio de Ana con Constantino cumplía dos objetivos. Consolidaba la alianza entre la casa de los Ducas y la de los Comneno y, al tiempo, daba estabilidad a la dinastía asegurando un heredero al trono con toda la legitimidad. El monarca nombró coemperador al niño y lo hizo partícipe de todos los honores.

La situación prometía buenas expectativas para Ana Comnena, no obstante, surgieron las adversidades. En una fecha comprendida entre el 1 de septiembre de 1087 y el 31 de agosto de 1088 nació el primer hijo varón del emperador, Juan Comneno. En este caso, había ya un heredero más adecuado que Ana y su futuro esposo. Juan fue proclamado sucesor inmediatamente, y las esperanzas de Ana Comnena se disiparon. Unos años más tarde, en 1094, murió Constantino Ducas, y nuestra autora quedó entonces libre para jugar una nueva partida en ese papel que las grandes familias reinantes siempre han reservado para las hijas, y que no era sino el ser objeto de matrimonios de conveniencia para los intereses políticos de la dinastía.

Mientras tanto, la niña, la adolescente y la joven Ana recibió una educación exquisita. No solo dentro de los ceremoniales y convenciones de la corte, sino accediendo también a un densa formación cultural. Ella misma nos cuenta con orgullo que había estudiado las artes liberales, es decir, el *trivium* (gramática, dialéctica y retórica) y el *quadrivium* (geometría, música, matemáticas y astronomía). Asimismo, se la instruyó en los dogmas de la religión, y se familiarizó con la literatura sagrada. Aunque su padre no era muy partidario de darle una formación en los saberes profanos, ella se las ingenió para que dentro del palacio un instructor le enseñara esa faceta de la tradición griega. Todo ese acervo convirtió a Ana Comnena en una mujer muy culta y dotada de unos recursos tales

que le permitieron escribir una obra como *La Alexíada,* donde da buena muestra de la profundidad y calidad de su formación.

Esta conciencia de su superior cualidad influyó, a buen seguro, en las aspiraciones, que nunca abandonó, a ocupar el trono. Jamás se resignó a ser una segundona. Aunque era mujer, su pertenencia a la más alta clase social le había permitido acceder a unos recursos intelectuales que le estaban prohibidos al resto de las mujeres.[2]

En el año 1097 o 1099 Ana se casó con Nicéforo Brienio, hijo de otro Nicéforo Brienio que se rebeló contra Nicéforo III Botaniates y al que redujo el propio Alejo por encargo del emperador. Ana y Nicéforo tuvieron cuatro hijos: Alejo, Juan, Irene y una cuarta hija cuyo nombre desconocemos. De estos, el primero tomó el apellido Comneno, y los dos restantes, el de Ducas.

Nicéforo Brienio y Ana Comnena estuvieron separados durante una buena parte de su matrimonio. Antes de que Juan cumpliera un año de reinado, la princesa intentó arrebatarle el trono mediante una conspiración que contaba en sus planes con el asesinato del emperador. Nicéforo Brienio debía ocupar el puesto de Juan II. La conjura estaba planeada para llevarse a cabo aprovechando la estancia de Juan en el hipódromo de Filopation. La guardia ya había sido sobornada. Pero Nicéforo Brienio no colaboró como se esperaba en

2. Las pretensiones al trono se basaban en la primogenitura, que, a pesar de su condición de mujer, no le parecía un derecho que debiera ser ignorado. La opinión popular, expresada en proverbios, parece desmentir una decorosa posición de la mujer en el mundo bizantino. Sin embargo, las mujeres de alta alcurnia mantenían una intensa vida social y tenían acceso a una buena formación cultural, como demuestra la propia Ana Comnena. Hay más ejemplos. Ana Dalasena, abuela paterna de nuestra autora, sentaba a su mesa a monjes y fundó la iglesia de Cristo Pantepoptes. Irene Ducas causaba la admiración de su hija por su saber teológico. Estas dos mujeres también colaboraron en el gobierno con los hombres de la familia. Asimismo, a lo largo de la historia de Bizancio, la mujer participa en numerosas conjuras y conspiraciones y en cualquier aspecto de la vida pública; la figura de la «augusta» era esencial en el ceremonial de la corte y del Imperio. Una muestra de ello la tenemos en las aclamaciones oficiales del pueblo, dirigidas a la pareja imperial, no solo al emperador. Era tenida en consideración hasta el punto de conferir legitimidad a un aspirante al trono, como demuestra el caso de Nicéforo III Botaniates. Ana Comnena contaría también con el antecedente de dos mujeres, las hermanas Zoe y Teodora, que reinaron en 1042 de forma conjunta, y en 1055-1056, la segunda en solitario.

el plan debido a su carácter, al escarmiento de su familia y a posibles reflexiones morales. La conspiración fue descubierta, hecho que probablemente provocara las iras de Ana. Parece ser que Nicéforo tuvo buenas relaciones con el emperador Juan y permaneció en el palacio como uno de sus consejeros. También lo siguió en diferentes campañas, a la vuelta de una de las cuales murió en 1138, a los cincuenta y siete años.

Como castigo, Ana fue recluida en el monasterio de la Virgen Llena de Gracia[3] junto con su hermana Eudocia y su madre. Todas las propiedades de los miembros involucrados fueron confiscadas. Gracias, no obstante, a la mediación del gran doméstico y amigo de Juan Comneno Juan Axuco, persona además con intereses intelectuales, se logró el perdón imperial y le fue concedida la devolución de los bienes a nuestra autora.

Con todo, Ana Comnena siempre se refiere a su esposo en *La Alexíada* en tonos muy elogiosos y muestra tristeza al lamentar su muerte como una pérdida irreparable. No obstante, nos tememos que las múltiples declaraciones de Ana sobre el amor a su marido y su dolor por la pérdida de tan adorado compañero no podrían ser más que un puro ejercicio de retórica y uno de sus sutiles instrumentos para infravalorar la labor de gobierno de los sucesores de Alejo I. Manifestar y exaltar la bondad de todo lo que la rodeaba era un instrumento para marcar el contraste con la pésima política y el nefasto estado del Imperio en tiempos del emperador Juan y su hijo Manuel. Por otra parte, Ana Comnena suele callar aspectos que no le interesa revelar porque podrían deteriorar la buena fama de aquellos a quienes desea salvaguardar. Así, pasa como sobre ascuas por encima de las desavenencias entre los Comneno y los Ducas, y omite el desagradable final de la vida de su padre, que sí nos cuentan otros historiadores como Juan Zonaras y Nicetas Coniates, según los cuales Ana y su madre Irene presionaron

3. El monasterio femenino de la Virgen Llena de Gracia [Μονὴ τῆς Παναγίας Κεχαριτωμένης] fue fundado por Irene Ducas en paralelo a la creación del monasterio masculino del Cristo de la Caridad [Μονὴ τοῦ Χριστοῦ Φιλανθρώπου] a instancias de su esposo Alejo Comneno. Ambos, a su vez, fueron réplica al monasterio de Cristo Pantepoptes [Μονὴ τοῦ Χριστοῦ Παντεπόπτου, «que todo lo ve»], fundado por Ana Dalasena, madre de Alejo.

al moribundo Alejo para que se retractara del nombramiento de Juan Comneno como heredero al trono y lo sustituyera por la pareja de Nicéforo Brienio y Ana Comnena.

Ana Comnena dedicó el resto de su vida al estudio y al fomento de las letras y las ciencias. Tuvo tratos con personajes de la intelectualidad bizantina del momento: Jorge Tornices, que escribió una oración fúnebre a su muerte; Miguel de Éfeso, a quien encargó comentar obras de zoología, antropología, la *Retórica* y la *Política*, todas de Aristóteles, y parece ser que Eustracio de Nicea le dedicó su comentario.

Tras las muertes de Nicéforo Brienio, de su hermano favorito, Andrónico, que había adoptado las posiciones de Ana en sus aspiraciones al trono en 1129, durante una expedición contra los búlgaros, y de su madre, muerta el 19 de febrero de 1123, Ana se decide, a sus sesenta y cinco años, treinta después del fallecimiento del protagonista de su obra, y recluida en el monasterio, a continuar la obra histórica que había escrito su esposo bajo el título de *Ὕλη ἱστορίας*,[4] el césar Nicéforo. Como ella misma declara, su esposo pretendió relatar, a instancias de la emperatriz Irene, la historia del reinado y las hazañas de los Comneno, pero se quedó antes de la llegada de Alejo al poder.

En estos menesteres transcurrieron los años finales de su existencia. La fecha de su muerte resulta controvertida. Contamos con dos datos. En el año 1148 concluye la elaboración de *La Alexíada*, momento a partir del cual se puede fijar su fallecimiento. Sin embargo, dos sellos con su nombre y fechados en 1153 parecen afirmar la idea de que se produjera en torno a este último año. En su lecho de agonía tomó finalmente los hábitos.

El carácter de Ana Comnena llama la atención por las aparentes contradicciones que marcan su vida con el reflejo lógico en su obra. Ana tenía una personalidad compleja. En la introducción a su testamento, se resalta la voluntad de la princesa de recluirse en un convento desde muy pronto. No obstante, si algo destaca claramente de su trayectoria vital es el deseo desesperado por ser emperatriz.

4. *Materia para una historia.*

Ana amaba a su familia, pero sentía una profunda animadversión hacia su hermano Juan, hasta el punto de conjurar para su muerte, como hemos dicho. Declara en numerosas ocasiones a lo largo de su historia la intención de escribir una obra imparcial, pero no puede evitar caer en el juego de simpatía/antipatía al describir a los personajes que trata. Es decir, Ana no era un espíritu tan noble como parece desprenderse de sus propias confesiones. Ella misma se goza de modo morboso en hacernos ver su vida como un camino de espinas donde solo parecen brillar los años iniciales de su existencia.

Ana Comnena no debe engañarnos con sus innumerables muestras de autocompasión morbosa. Es una mujer de gran carácter a la que, frustrada en sus ambiciones, por las que había apostado fuertemente, solo le quedaba escribir una obra con la que al magnificar las hazañas de todos los que la rodearon, minimizara las tareas de su hermano Juan, el gran detestado, y de su sucesor, Manuel (1143-1180), de quien fue contemporánea durante unos años. Sin embargo, de sus otros «enemigos» no habla. De su hermana Teodora no dice nada, tal vez porque fuera del partido de Juan. La mención a Eudocia, su tercera hermana, es indiferente, quizá por haber apoyado a Juan o por estar al margen de la querella.

Frente a este panorama, las declaraciones de autocompasión en las que, de paso, fiel a su carácter fuerte, proclama su capacidad de superación del sufrimiento, así como las de amor y cariño filial y conyugal, suenan de nuevo a pura retórica.

Las aficiones de Ana no se ciñeron exclusivamente a las materias tradicionales. En su obra hay muy claros destellos de sus conocimientos sobre medicina. Es ella la que forma parte del consejo médico que asiste a su padre en la postrera enfermedad, e incluso sus opiniones son aceptadas y llevadas a cabo. Del mismo modo se permite, gracias a su conocimiento de la materia, emitir juicios críticos sobre el equipo de doctores. Previamente, había ido dando cuenta de las enfermedades del emperador. La descripción de los últimos días y momentos de este tiene toda la exactitud de un informe médico. En esto recuerda a Tucídides, un precedente de la Antigüedad,

y a Procopio, con sus descripciones clásicas de las epidemias de peste en Atenas durante la Guerra de Peloponeso y en Constantinopla durante el reinado de Justiniano.

Junto con la medicina, sus otras aficiones iban encaminadas a los clásicos y a la Biblia. Los primeros constituían el núcleo básico de conocimiento del bizantino culto; la segunda era el fundamento doctrinal y religioso. Ana estuvo familiarizada con Homero, cuyas numerosas citas jalonan el texto de *La Alexíada* con una función en su mayor parte erudita y cuya influencia también se refleja en lo sublime de algún párrafo y en el tono general épico de la obra. Conoce a Aristóteles, a Platón, a Polibio, a diversos historiadores secundarios, a los trágicos, a los oradores, etcétera.

Las disciplinas relacionadas con adivinaciones y augurios también entraban dentro del ámbito de intereses de Ana Comnena. Muestra, no obstante, una curiosa ambivalencia en cuanto a estos asuntos. Por una parte, suele detallar cuidadosamente las intervenciones de personajes y los hechos que tenían que ver con astrologías o mánticas, pero seguidamente los critica con dureza. Se ve que este tipo de conocimientos la atraía con cierta fuerza, fenómeno en absoluto extraño, ya que nos encontramos frente a una persona de estirpe helénica. Sin embargo, también era consciente de que no entraba dentro de la ortodoxia confiar en oráculos, adivinaciones y demás expresiones del saber «oculto».

Dentro del ámbito de su formación señalaremos, asimismo, su evidente experiencia en artes plásticas, especialmente en la pintura, que la dota de un eficaz instrumento de sensibilidad patente en sus descripciones del físico de determinados personajes de *La Alexíada,* como María de Alania, Irene Ducas, Constantino, su hijo, Alejo I, o Bohemundo, entre otros.

En cuanto a la opinión de la propia Ana sobre la educación destacaremos el interés que demuestra en su correcta aplicación a los coetáneos. Achaca la presencia de males para la humanidad como la herejía a la falta de una educación eficaz. Su interés por estos aspectos se hace patente en su descripción del orfanato que Alejo mandó erigir para recoger a niños de todas partes del Imperio cuyos padres

habían perecido. Ana detalla el método didáctico seguido por los maestros, y de este se extrae la indudable orientación civilizadora y de expansión del helenismo medieval que marcó los horizontes del mundo bizantino dentro de los pueblos en contacto con él. En este mismo capítulo se vierte su opinión acerca de la decadencia de los estudios clásicos en su época (es reconfortante observar la «mala salud de hierro» de la que siempre ha gozado el estudio de los clásicos) y la inutilidad del método de la esquedografía.[5]

II. La obra

Para entender *La Alexíada* hay que intentar aproximarse al universo mental de la clase culta bizantina. El fenómeno histórico del Imperio romano de Oriente tiene tres fundamentos. La organización administrativa y política del Bajo Imperio romano, la religión cristiana en su versión ortodoxa y la cultura griega de la Antigüedad.

La tercera de estas patas sobre la que se sustenta el edificio del mundo bizantino tiene su expresión fundamental en la lengua griega. Ya desde los primeros momentos de Bizancio, cuando el latín deja de ser lengua oficial tras el reinado de Justiniano (527-565) y el griego se convierte, como había venido siendo desde los tiempos de Alejandro Magno, en único idioma oficial, se contempla un fenómeno nada extraño. En Occidente, los documentos escritos, ya fueran oficiales, ya fueran destinados a un público cultivado, también estaban redactados en una lengua de prestigio. En Occidente era el latín; en Oriente, el griego. Este idioma era el griego de la *koiné*, esa fusión de los diferentes dialectos griegos de la Antigüedad con predominio aplastante de la versión ateniense del siglo v a. C. De este modo, el griego que se hablaba en la calle fue distanciándose del griego que se empleaba en los documentos oficiales y literarios.

Sirviéndose de ese instrumento lingüístico, el contenido de esa cultura griega que ilustraba a los bizantinos estaba conformado por

5. Ver XV VII.9, nota 31.

las estructuras mentales del Bajo Imperio Romano, al igual que su estructura política. A pesar de que en los momentos del aprendizaje del idioma de prestigio los alumnos se familiarizaran con los autores de la Antigüedad, su empleo en las creaciones propias venía tamizado por la concepción de lo que se viene llamando segunda sofística.[6] Este movimiento, a su vez, no era sino el intento de renovar las letras helénicas y volver al periodo helenístico. Los bizantinos cultivados sabían de Homero, de Hesíodo, de los líricos, de Heródoto y de Tucídides. Sabían bastante más de Platón y de Aristóteles porque hubo movimientos filosóficos en Bizancio, muchos de ellos curiosamente paralelos a los del Occidente latino. Pero aquellos nunca pasaron de ser adornos convencionales que mostraban a los lectores la familiaridad con unos modelos escolares. Las citas de los clásicos eran obligadas, pero no su concepción del mundo. Entre Tucídides y Ana Comnena hay un espíritu de continuidad en el relato de la historia y el uso de un idioma parecido, pero nada más.[7]

Algún estudioso de Bizancio ha reconocido que la historiografía es una de las escasas aportaciones propias y originales de ese mundo a la cultura universal. Porque el resto de la literatura bizantina culta es un intento de reproducir esquemas y modelos ya fijados. En un universo mental estático (no así en el mundo real, donde el cambio se produce constantemente), no caben innovaciones y toda novedad se

6. Temporalmente, abarca desde el siglo I d. C. hasta el III d. C.

7. Otro aspecto, cuyo ámbito no entra dentro del foco de interés de esta introducción, es la literatura escrita en lengua popular, en ese griego que ya mostraba las características que desembocarán en la lengua cotidiana que se habla hoy en día en Grecia. En este sentido, el peso de aquella lengua de prestigio ha sido tan poderoso en el mundo griego a lo largo de su historia que solo en los años setenta del pasado siglo se logró que esa lengua de la calle entrara en los ámbitos oficiales y cultos. Hasta entonces, salvo los escritores que deseaban recoger el alma viva de la gente de su tiempo mediante su expresión natural, todo texto escrito estaba redactado en una lengua artificial que no dudaríamos en calificar como una especie de latín simplificado, para entender el fenómeno desde nuestra perspectiva cultural. Con todo, queda el último resto de aquel peso que es la imposible ortografía del griego moderno, tan sierva de la tradición como cualquier otra, pero que tiene en su contra el hecho de que reproduce gráficamente una lengua que se hablaba hace dos mil quinientos años.

contempla con recelo. No en vano, un verbo como νεωτερίζω, cuyo calco semántico al español sería «innovar», significado que tiene en griego moderno, para los bizantinos significa «actuar revolucionariamente, provocar revueltas». La aportación de la historiografía bizantina es que, a pesar del miedo a la innovación, a pesar del empleo de unas modelos establecidos y de una lengua esclerotizada y dominada por la retórica, permite al autor expresarse.

La historiografía bizantina, al igual que la escrita en el Bajo Imperio, se centra en la figura del monarca. Este enfoque tiene su lógica ya que, como hemos dicho, la segunda sofística retorna el helenismo, y es en esa época cuando aparece el culto a la personalidad del gobernante, fomentada por la apabullante figura de Alejandro Magno. A este proceso se añade la progresiva orientalización de la monarquía imperial romana, que incidía en el papel esencial de quien ostentaba el poder absoluto. No obstante, el autor en este género tiene licencia para mostrar su criterio respecto a la labor de los personajes cuya actuación política expone. Porque otra de las características que tiene la historiografía bizantina, esta sí heredada de la primera historiografía escrita en griego, es su interés exclusivo en la política y en las guerras.

Todo lo dicho lo encontramos en *La Alexíada.* El asunto son las guerras y los conflictos políticos de un emperador concreto, Alejo I Comneno, padre de la autora. La lengua es la que las normas exigen, el griego helenístico aprendido de los modelos antiguos, con algunos deslices propios de quien habla una versión diferente en su vida cotidiana. La retórica y la presencia de citas de autores de la Antigüedad son exigidas para demostrar que quien está redactando ha leído y conoce a los maestros de siempre. El mérito de la obra reside en que, a partir de materiales ya trillados y con poco margen para algo tan ajeno a la mentalidad bizantina como la originalidad, resulte una obra original. *La Alexíada* no es una biografía, porque nada se nos cuenta de la infancia del protagonista ni de su realidad más allá de su intervención en la política interna y externa del Imperio, pero narra las peripecias de un solo personaje y no entra en la sucesión de varios monarcas, tal y como era lo habitual en los historiadores bizantinos. La obra

muestra la tradicional parcialidad que encontramos en el género, pero amplificada, porque el interés de la autora es mostrar al mundo el gran gobernante que fue su padre. Esta finalidad requeriría el empleo de los recursos de un género ya fijado como era el encomio; pero no es un encomio, porque ese género estaba sometido a unas normas que *La Alexíada* no sigue. Por otro lado, hay un indudable aliento épico que se refleja no solo en las citas frecuentes de los textos homéricos, cuya presencia tiene la intencionalidad de remarcar dicho aliento, sino en las descripciones de encuentros bélicos o en las argucias de esa especie de Odiseo medieval que Ana Comnena pretende que fuera su padre. Pero no es una obra épica, porque está en prosa y porque tampoco respeta las normas del género épico. *La Alexíada*, según su autora, es historia. No se cansa de repetirlo a lo largo de su obra. Reitera una y otra vez ese tópico, que era obligado para el historiador desde Heródoto y Tucídides, de que la historia debe ser el receptáculo donde se protejan los hechos dignos de memoria del paso destructor del tiempo e, igualmente, debe recoger esos hechos tal como sucedieron en la realidad, *sine ira et studio*, en la fórmula magistral de Tácito. Pero, al igual que pasa siempre, el escritor de historia se deja llevar por sus fobias y filias. En el caso de *La Alexíada,* esa separación entre las intenciones y la realidad es todavía más amplia, porque el fin reconocido de la obra es dejar constancia de lo hecho por alguien excepcional. El marco elegido por la autora, el género histórico, le permite además hacer pasar por objetivo lo que poco tiene de tal. Sería como una coartada de la que, no obstante, nada hay que reprochar a Ana Comnena. Salvo en el caso de la tríada formada por Heródoto, Tucídides y Polibio, las declaraciones de imparcialidad de los historiadores han sido siempre papel mojado. La *ira* y el *studium* estaban siempre presentes. Pero algo que desde nuestra perspectiva sería reprochable, por lo menos de forma tan ostensible, en un giro curioso se transforma en un elogio. Gracias a esa licencia para exponer las simpatías y las antipatías del historiador, la originalidad, el criterio y la disidencia entran en el enrarecido mundo de las letras cultas bizantinas.

La Alexíada es original en la unión, a nuestro juicio muy bien lograda, de tantos elementos dispares. Aunque sus modelos estén

esclerotizados y el formalismo impere despiadadamente, la obra resulta atractiva porque Ana Comnena los combina de forma magistral para conseguir su objetivo. Por supuesto, como ocurre tantas veces con manifestaciones culturales cuyos fundamentos no resultan familiares, hay que acercarse a la obra sabiendo con qué mimbres y con qué mente se elaboró el trabajo para apreciar su valor.

Ahora bien, no despreciemos la aportación propiamente histórica de *La Alexíada*. No todo es hojarasca retórica, amor de hija, odio de hermana y de tía. Es también el relato de hechos históricos que informan sobre un periodo concreto. La información es valiosa. Para encontrarla hay que hacer lo mismo que con los historiadores de cualquier época, sean antiguos o modernos: conocer el sesgo, limarlo y ver lo que queda bajo la expresión. En este sentido, *La Alexíada* nos dice mucho. Y, sobre todo, nos dice qué vieron los bizantinos en esa convulsión que removió las aguas del Mediterráneo y las arenas de Oriente Medio con motivo de la Primera Cruzada. Nuestra obra es la tercera pata restante del trípode que sustenta el conocimiento de aquella conmoción. Tenemos las fuentes latinas y las árabes. Pero el Imperio romano de Oriente fue el tercero en discordia dentro de aquellos acontecimientos y lo fue de manera muy relevante. Ana Comnena no solo nos informa de los hechos, sino que también, y esto es muy relevante, nos dice qué pensaban los bizantinos de todo aquello. Nos comunica la extrañeza de que un líder religioso como el papa de Roma sea también un líder guerrero. Nos hace saber que los clérigos no deben mancharse las manos de sangre y que la costumbre de los sacerdotes latinos de intervenir en la batalla es una aberración. Nos dice que para los bizantinos el heroísmo caballeresco no era tan importante a la hora de la victoria como la astucia. Nos informa de que aquellos nobles aristócratas venidos desde donde se pone el sol se dejaban comprar por el mejor postor y que un buen arcón con dinero hacía que el conde tal o cual dejara a su señor natural y combatiera con las tropas de Alejo. Nos dice que, en ocasiones, el infiel puede ser de mayor utilidad

para los objetivos del Imperio que esos supuestos correligionarios procedentes del oeste. Y así nos aclara también, a fin de cuentas, por qué en la historiografía occidental sobre las cruzadas los bizantinos aparecen desde muy pronto como seres taimados, desleales, traicioneros y cobardes.

Y entre bambalinas, la princesa se revela como una autora que mediante el engrandecimiento de las obras de su padre dentro de un género pretendidamente imparcial como es la historia deja claro que los sucesores de Alejo I fueron unos inútiles que echaron a perder su gran labor. Lo hace porque quiere dejar constancia de la verdad, pero nosotros sabemos que lo evidente en todo este asunto es que Ana Comnena era una mujer de una inteligencia y una formación sobresalientes, y de un rencor todavía más sobresaliente.

III. La realidad histórica

Alejo I Comneno accedió al trono en el mes de abril del año 1081. Hubo de recurrir a la rebelión abierta para conseguir sus objetivos y destronar a un anciano Nicéforo III Botaniates que solo aspiraba ya a la tranquilidad y el reposo. Tras él llegarían unos años (del 1025 al 1081) de ruina y desolación internas junto a un retroceso de la presencia bizantina en su ámbito geográfico de gobierno. Este triste panorama fue la consecuencia del manejo de torpes emperadores, no siempre a la altura del que fuera el último gran monarca anterior al reinado de Alejo I. Nos referimos a Basilio II, muerto en 1025, quien dejó a sus sucesores un Imperio con las arcas rebosantes y un estado poderoso.

Alejo pertenecía a una familia aristocrática asentada en la región de Adrianópolis y cuyo probable origen hay que situarlo en Valaquia, la zona que corresponde aproximadamente a la actual Rumanía. En el reinado de Basilio II había ido escalando en la jerarquía social gracias a sus actividades militares hasta el punto de que el emperador le concedió tierras en Paflagonia, en la región que recibiría

el nombre de *Kastra Komnenón,*[8] de donde procede el nombre actual de Kastamuni. De 1057 a 1059, un representante de la familia, Isaac Comneno, tío de Alejo, ocupó el trono. En el momento de acceso al poder, la familia Comneno tenía un abolengo que apenas se remontaba a dos generaciones. Una trama de relaciones matrimoniales, unidas a las características políticas del momento, garantizaba a la familia el apoyo del que gozó durante bastante tiempo. Isaac y su hermano Juan heredaron las tierras de su padre y su destreza militar, y ambos se casaron con damas de la aristocracia bizantina. La esposa de Isaac era una princesa de la antigua casa real de Bulgaria, y la de Juan era una heredera de la gran familia de los Dalaseno.

El prolongado enfrentamiento entre la aristocracia civil y militar se había resuelto en favor de la segunda. La aristocracia militar, de la que los Comneno constituían un nada despreciable sector, cerró filas en torno a esta familia y la alzó al primer puesto del Imperio como reacción a la política nefasta del periodo precedente y, en especial, de Nicéforo III Botaniates. El programa político que proyectaron los Comneno, como reflejo del sentir del momento y de su clase social, giraba en torno a la recuperación del poder imperial y la creación de un cierto sentimiento patriótico bizantino. Las bases ideológicas descansaban en la ortodoxia dentro del ámbito religioso y en la recuperación de la vieja cultura helénica.

A su llegada al trono, Alejo Comneno se halló con la presencia de los turcos en toda Asia Menor. El sultán selyúcida de Iconio, Suleimán, había ocupado Nicea, ciudad a solo setenta millas de la capital, y se dedicaba a asolar las regiones circundantes. La pérdida de Anatolia produjo en el Imperio terribles resultados, ya que supuso carecer de una importante fuente de recursos de todo tipo. La reconquista de los territorios de Asia Menor constituía uno de los objetivos fundamentales de la política exterior de Alejo I. Sin embargo, hubo de posponer este apartado de su programa ante el peligro mucho más inminente de los normandos.

8. Κάστρα Κομνηνῶν, esto es, «Ciudades de los Comneno».

Estos, al poco de acceder al trono el emperador, habían protagonizado un proceso de expansión que los había situado en la costa adriática del Imperio. Alejo I, con medios ya utilizados secularmente, aceptó la presencia de los turcos en Asia Menor y los consideró poblaciones aliadas, asentadas en zonas anteriormente bizantinas y admitidas por consentimiento imperial. De este modo, la situación resultaba igualmente desastrosa, pero se salvaba un tanto el honor.

Después del tratado y tras las actuaciones —que posteriormente veremos— de Alejo contra los normandos, el siguiente objetivo fue el enfrentamiento con los pechenegos en el periodo que va de 1086 a 1091. En principio, los pechenegos,[9] aliados con los herejes maniqueos descontentos de las provincias búlgaras, penetraron en territorios del Imperio tras cruzar el Danubio y los asolaron. Las campañas se sucedieron con diversa suerte a lo largo de los años 1087 y 1088.

En la primavera de 1087, el emperador sufrió una tremenda derrota en Dristra, ciudad danubiana que abría el paso a las fortalezas fronterizas del Imperio. La derrota no llegó a tener más graves consecuencias gracias a los enfrentamientos que los pechenegos tuvieron con sus aliados cumanos a causa del reparto de botín. Finalmente, este mismo año, Alejo concluyó un tratado de paz con los pechenegos, tratado que estos no cumplieron.

En torno a 1089 y 1090, los pechenegos invadieron de nuevo el Imperio y devastaron los territorios adyacentes a Cariópolis. En este momento, el emir de Esmirna, Tzacás,[10] aprovechó las difíciles circunstancias por las que atravesaba Alejo y, tras ponerse en contacto con los pechenegos y aliarse con ellos, inició una ofensiva que lo condujo a las mismas puertas de Constantinopla, después de haberse apoderado de Clazomenas, Focea, Mitilene y

9. Tribus nómadas procedentes del norte del Caspio que se instalaron a lo largo del siglo XI entre el Don y el Danubio.

10. Çaka Bey [Chaka Bey], emir selyúcida de Esmirna. Originariamente al servicio de los emperadores bizantinos, se reveló y acabó siendo emir independiente de Esmirna. Fue asesinado por su yerno Qilidj Arslan I.

Quíos. Tzacás se encargó del asedio naval de la capital, y los pechenegos del sitio por tierra. El emir de Esmirna, que había sido prisionero anteriormente de los bizantinos, era conocedor de las tácticas militares del Imperio y deseaba dar el golpe decisivo por mar. En el invierno de los años 1090 y 1091, Constantinopla sufrió un clima bastante crudo y que sumaba nuevo desánimo. Alejo recurrió a la petición de ayuda a Occidente y obtuvo respuesta con la llegada de quinientos caballeros del conde de Flandes. Recurrió asimismo a la tradicional maniobra estratégica de enfrentar las facciones del enemigo entre sí. En este caso, contó con los cumanos. Apoyado por este pueblo nómada, en abril de 1091, Alejo derrotó a los pechenegos en Lebunio. El asedio naval de Tzacás se hubo de detener y, gracias a las labores diplomáticas del emperador ante Qilidj Arslán y al choque de Abul Kasim, emir de Nicea, con Tzacás, este último, herido en la corte del sultán y víctima de una conjura, dejó de ser un problema para Bizancio.

Más tarde, en 1094, los antiguos aliados cumanos irrumpieron de nuevo en territorios del Imperio. Esta vez iban encabezados por un impostor que se hacía pasar por Constantino Diógenes, hijo de Romano IV, que había muerto en Antioquía hacía años. Este acontecimiento obligó a Alejo a abandonar con una solución provisional la campaña contra el župan de Rascia, Vukan,[11] que estaba devastando las regiones de Serbia con sus invasiones. Alejo I apresó mediante una treta al impostor y dispersó a los cumanos.

Una vez pacificada la parte europea del Imperio, Alejo volvió su mirada hacia Asia Menor. Deseaba continuar con sus campañas de reconquista de Anatolia. Aprovechando una vez más los conflictos internos por los que atravesaban los enemigos selyúcidas, la labor de Alejo parecía ser fácil. Efectivamente, la muerte del gran sultán Malik Shâh en 1092 provocó numerosos conflictos en el territorio dominado por los selyúcidas y una dura lucha por el poder, que

11. Vukan I (1083-1112), župan (gran príncipe) de Rascia, antecedente del reino serbio.

Alejo pretendía fomentar para expandir sus dominios por Anatolia. Este no era más que un proceso iniciado a la muerte del sultán Suleimán (1086) y el consiguiente reparto de su herencia. Alejo se disponía a ayudar al nuevo sultán Qilidj Arslán, cuando sobrevino un acontecimiento inusitado, la Cruzada. Hasta entonces, Alejo había reconquistado el territorio a todo lo largo de la franja costera del mar de Mármara, incluida la ciudad de Cízico.

Alejo mantuvo el plan de recuperar Asia Menor hasta el final de su vida. En el año 1114, una incursión de cumanos fue rechazada sin combatir al enterarse estas de que Alejo en persona iba al frente de las tropas. La figura de Alejo se había convertido ya en legendaria.

Hasta ahora hemos visto cómo una de las medidas adoptadas por Alejo nada más acceder al trono y enfrentarse con las duras tareas de gobierno que un Imperio debilitado y acosado le presentaban fue la cesión de territorios de Asia Menor a los turcos en una operación destinada a salvaguardar el honor del Imperio y reconocer al tiempo legalmente una situación que de hecho ya existía. Esta cesión a los turcos, como «aliados», de territorios anatólicos tenía por finalidad la liberación de la carga que suponía un frente oriental en sus luchas por plantar cara al peligro occidental, que en esta ocasión se encarnaba en los normandos.

La presencia de estos en suelo del Imperio (concretamente, en Dirraquio) obedecía a una política cuyos antecedentes se remontan a la época del emperador Romano IV Diógenes. El mismo año en que este emperador fue derrotado en Mantzikert (1071), Roberto Guiscardo, personaje que de mercenario había pasado a ser duque de Calabria y Apulia durante un concilio en Mein (1059), acababa de terminar la conquista de los últimos reductos bizantinos del sur de Italia. Los normandos del sur de la península italiana con Roberto a la cabeza se sintieron atraídos por la organización estatal que hallaron en estos territorios. La lengua y las costumbres griegas subsistían, y Roberto acabó por considerarse un reflejo del emperador en las regiones bizantinas por él conquistadas. No obstante, Romano Diógenes propuso a Roberto un matrimonio de estado que

beneficiaría a ambas partes. El Imperio precisaba hombres de armas con los que hacer frente a las acometidas de turcos en Oriente y pechenegos, cumanos y serbios en Occidente. Los pretendidos derechos de Bizancio sobre los territorios conquistados por los normandos fueron obviados y subordinados a la necesidad de recuperar los sectores perdidos en los Balcanes y en Anatolia. Romano IV propuso el matrimonio de uno de sus hijos con una hija de Roberto. Esta propuesta no tuvo resultados. Posteriormente, Miguel VII Ducas volvería de nuevo a solicitar la alianza de los normandos mediante el establecimiento de vínculos familiares. Lo intentó epistolarmente a finales de 1071 o principios de 1072; posteriormente, entre 1072 y 1073 propuso a su hermano Constantino como esposo de una hija de Roberto. No hubo tampoco respuesta a estas solicitudes del emperador. Sin embargo, en el año 1074, Roberto accedió a desposar a su hija con el hijo de Miguel VII, Constantino. Como resultado, el emperador emitió un crisóbulo, donde se establecían los términos del compromiso. En dicho crisóbulo destaca, por parte de ambos mandatarios, la obligación de tener iguales enemigos y amigos. Las intenciones del emperador durante estas negociaciones tenían dos objetivos: introducir a los normandos en la órbita de Bizancio como mercenarios contra los enemigos de Oriente y Occidente, y, de otro lado, prevenir un proceso de expansión dentro del territorio bajo la administración bizantina en los Balcanes. De este modo, el Imperio hacía uso nuevamente del viejo sistema de reconocer legalmente como aliados a aquellos que le habían arrebatado parte de sus posesiones e intentaba, simultáneamente, situarlos bajo sus influencias. Todas estas medidas creaban una extraña sensación de unidad de intereses.

La razón del giro político de Roberto estaba relacionada con las actividades del papa Gregorio VII, cuyos tratos con los normandos no fueron, en un principio, todo lo amistosos que se deseaba. Roberto, gracias a su tratado con los bizantinos, recibiría también apoyo contra el papa. Como consecuencia, el despecho del papa ante la adversa marcha de sus intereses en el Imperio provocó la bendición de la ofensiva contra sus costas adriáticas. El papa había

visto cercanos determinados rumbos favorables en sus intenciones de atraerse el Imperio cuando los bizantinos, rechazados por Roberto en la primera ocasión, se dirigieron a Roma. Posteriormente, el recurso al papa fue desechado, ya que se había llegado a acuerdos con el caudillo normando. Los motivos más próximos fueron los deseos de Roberto de intervenir en Bizancio tras el derrocamiento de Miguel Ducas liderado por Nicéforo Botaniates y de este, a su vez, por Alejo Comneno.

En efecto, la interpretación de los lazos de alianza que unían a Roberto con Miguel Ducas eran tanto políticos como personales. El que un pariente cercano perdiera el trono de Bizancio a manos de un tercero exigía de Roberto la reparación de una ofensa hecha no solo a su aliado, sino a su propio yerno Constantino. Por otro lado, había claves internas que alimentaban esos movimientos. La sociedad normanda precisaba de una constante actividad bélica, ya que la autoridad del caudillo se fundamentaba en su capacidad para recompensar con tierras y feudos a los señores que lo seguían. Esto requería una permanente actitud de guerra de conquista. Bohemundo, hijo mayor de Roberto, carecía de una herencia que recibir por parte de su padre, puesto que las posesiones del sur de Italia habían sido ya cedidas a su segundo hijo Roger. A falta de un principado que ofrecerle, ambos se embarcaron en una guerra con el objetivo de conseguir tierras. Estas motivaciones son fundamentales a la hora de entender, no ya la futura actuación de Bohemundo, cuanto, posteriormente, la del resto de los cruzados.

Pero la sociedad normanda llevaba en sí el germen de su propia inestabilidad. Los lazos que unían a los caballeros con su señor no eran del todo firmes y ello provocaba numerosas deserciones al bando bizantino, que veían como un punto de destino beneficioso y enriquecedor. Esta visión del mundo bizantino era fomentada por los propios emperadores, que recompensaban muy generosa y liberalmente a quienes se pasaban a su lado. Del mismo modo, dentro de los propios dominios normandos abundaban las facciones, y personajes como Roberto y su hijo Roger debieron enfrentarse en su propio campo a continuas revueltas.

La situación del Imperio, cuya administración asumía Alejo, no soportaría un enfrentamiento en solitario con los normandos. Alejo intentó la alianza con el papa y el emperador alemán Enrique IV. Pero solo Venecia, a la que también había acudido, se prestó para ofrecer ayuda. Las razones, características e interpretaciones las veremos más adelante. Asimismo, confiscó los bienes de la Iglesia, que lo había apoyado en su lucha por el trono, para suministrar los fondos precisos. La escuadra veneciana rompió por mar el cerco del ejército normando. Esta victoria no pudo evitar, sin embargo, que Dirraquio fuera tomada en 1081 y que Roberto Guiscardo avanzara imparablemente hasta Tesalia. Pero unas revueltas promovidas por los bizantinos en el sur de Italia alejaron a Roberto de los territorios griegos. Los bizantinos supieron aprovechar los rasgos de debilidad que ofrecía la constitución social de los normandos. Además, el papa requirió a Roberto para que lo apoyara en su lucha contra Enrique IV. Sea como fuere, en 1082 Roberto abandonó la campaña, la cedió a su hijo Bohemundo y retornó a Italia. Los bizantinos aprovecharon esta coyuntura y fueron recuperando terreno hasta que los venecianos lograron conquistar Dirraquio. Roberto murió en 1085, tras iniciar una nueva campaña en los territorios imperiales. Los normandos se retiraron y dejaron, por el momento, de ser un peligro.

Occidente volvió a irrumpir violentamente en la vida de Bizancio con la Primera Cruzada. El choque y el contraste entre Oriente y Occidente en el siglo XI ayudarían a configurar el nuevo sentimiento patriótico bizantino. El concepto de cruzada no cabía en la mentalidad griega oriental por varias razones. En primer lugar, la lucha contra los infieles era vista por los bizantinos como algo natural y la recuperación de los Santos Lugares era una cuestión que les afectaba exclusivamente a ellos, pues fueron arrebatados de su poder en los albores del apogeo musulmán. Por otro lado, los bizantinos estaban ligados a la tradición patrística, que veía la Iglesia como un instrumento puramente espiritual, y les extrañaba que fuera precisamente el papa quien alentara la guerra. Esta era un asunto exclusivo del poder laico. Dentro de la concepción bizantina, el impulso papal

a la Cruzada era una invasión de los representantes del ámbito espiritual en un ámbito exclusivo del poder político. El origen de los sentimientos antilatinos en Bizancio reside no en el cisma de 1054, que no fue sentido en su momento como un hecho de la importancia que posteriormente se le otorgó, sino, más bien, en las sucesivas agresiones normandas, expresión de un proyecto más amplio y oculto del papado, cuyo objetivo era reducir al mundo ortodoxo. Todo esto nos deja ver que existía una radical oposición entre las mentalidades oriental y occidental respecto al hecho bélico. En Oriente, la guerra no estuvo nunca justificada y, a pesar de la lógica glorificación de lo militar, el conflicto armado era sentido como la más patente muestra de un fracaso en el objetivo de resolver los problemas planteados con otros pueblos o facciones. En Occidente, sin embargo, el propio papado supo encauzar para su provecho el ímpetu de unas concepciones ideológicas que consideraban al soldado un héroe. Es más, la muerte del combatiente en defensa de intereses relacionados con la religión lo elevaba a la suprema categoría de mártir. Finalmente, el propio carácter caballeresco que surgía en Europa durante aquellos tiempos servía de excelente caldo de cultivo para actuaciones como las que secundaron los cruzados. Nuestra autora, Ana Comnena, hace hincapié en esta divergencia de opiniones dentro de un pasaje de su obra,[12] al mostrar su asombro por la conducta agresiva y belicosa de un sacerdote latino.

En el concilio de Clermont (noviembre de 1095), el papa Urbano II predicó la Cruzada. Aparentemente, el papa respondía con la predicación de la guerra santa a las peticiones de ayuda con las que el Imperio de Oriente había requerido a las potencias occidentales. En efecto, la petición de apoyo se había realizado mucho tiempo atrás. Pero su función consistía en el reclutamiento de mercenarios con vistas a ir reconquistando territorios perdidos a manos de los infieles. Entre estos proyectos, como uno más, se incluía la reimplantación del poder de la cruz en Tierra Santa, pero siempre bajo la titularidad de sus legítimos señores, los bizantinos.

12. X, VIII 7-9.

Estos objetivos habían llevado a unas líneas de actuación política en las que primaba una reconciliación con la Iglesia Latina. Por ejemplo, en un tratado, el arzobispo de Bulgaria, Teofilacto de Ocrida, pide a sus lectores que no den tanta importancia al formalismo y a las manifestaciones religiosas, al tiempo que quita relevancia a aspectos tradicionalmente conflictivos como la inclusión de la palabra *Filioque* en el Credo y adjudica esta tergiversación de la fe ortodoxa a la pobreza del latín. Alejo I y Urbano II mantenían buenas relaciones con la finalidad de unir las iglesias y colaborar también en la recuperación de los Santos Lugares. Existen textos de la época que atestiguan peticiones de apoyo por parte de Alejo I al papado o a Roberto, conde de Flandes, si bien en este último caso, procedentes de una carta falsa, pero posiblemente basada en un original. Existe, además, otro texto, este en griego, la *Crónica sinóptica*[13] del siglo XIII, atribuido a Teodoro Escutariotes, donde el emperador, percatado de la imposibilidad de reconquistar en solitario Asia Menor y sabedor de que Occidente no soportaba el dominio de los infieles sobre Tierra Santa, convenció a los caudillos occidentales para que despacharan a los turcos de Anatolia, como motivo real, y para liberar Tierra Santa, como pretexto.

De todos modos, los cruzados aprovecharon las tradicionales peticiones de ayuda y penetraron en el Imperio con sus miras puestas en la recuperación de los Santos Lugares, pero dispuestos también a pasar por encima del propio Estado Bizantino. Los bizantinos, a su vez, nunca vieron con buenos ojos esta auténtica invasión procedente del mundo que ellos denominaban latino.

El primero en llegar a territorio bizantino y solicitar el paso hacia Asia Menor fue Pedro el Ermitaño. A mediados de 1096 y tras un viaje lleno de saqueos y pillajes, la masa de harapientos y mal armados hombres arribó a Constantinopla y alcanzó la zona selyúcida. Su fin fue el casi total exterminio a manos de los turcos, cerca de Nicea. Solo unos pocos se salvaron, entre quienes se encontraba el propio Pedro.

A fines de 1096, comenzaron a llegar los caballeros: Godofredo de Bouillon, Raimundo de Tolosa, Hugo de Vermandois, Roberto de Normandía, Roberto de Flandes y Bohemundo, hijo de Ro-

13. Σύνοψις χρονική, «Sínopsis kroniké».

berto Guiscardo. Alejo I logró el juramento de vasallaje de todos ellos, salvo de Raimundo de Tolosa y de Tancredo, sobrino de Bohemundo, quien había eludido Constantinopla y llegado a Asia Menor sin tener que someterse al emperador. Alejo les aseguró su apoyo y suministros. Los cruzados se comprometieron a ceder al emperador las ciudades conquistadas que hubieran pertenecido alguna vez al Imperio.

En junio de 1097, los cruzados tomaron Nicea. Fue cedida al emperador, y este aprovechó el éxito para recuperar las zonas occidentales de Asia Menor. Sin embargo, la toma de Antioquía en junio de 1098 originó una disputa entre Raimundo de Tolosa y Bohemundo sobre la posesión de la ciudad. Tras la victoria de Bohemundo, este rompió los lazos con el emperador y se proclamó príncipe de la ciudad. Solo Raimundo de Tolosa era partidario de la entrega a Alejo. Fue el único cruzado que, aunque no prestara juramento, iba cediendo a los delegados del emperador las ciudades que conquistaba, mientras los caballeros que sí estaban ligados por vasallaje al monarca se establecían como soberanos independientes de los territorios que ganaban. Una vez tomada Antioquía, surgieron estados como el Reino de Jerusalén, el condado de Edesa y el de Trípoli.

Bohemundo, ahora abiertamente en contra de Bizancio, sufrió diversos reveses, tanto por parte de turcos (su cautiverio como prisionero en 1101, del que fue rescatado, y la batalla de Harrán en 1104), como de bizantinos (las reconquistas de Tarso, Laodicea y la franja costera hasta Trípoli). Tras estos acontecimientos, Bohemundo regresó a Italia con intenciones de arrastrar a todo Occidente contra Bizancio y en una intensa labor de propaganda antibizantina envolvió hasta al mismo patriarca de Jerusalén, Daimberto. Hubo movimientos en la corte papal cuyo objetivo consistía en mantener los estados ya existentes, puesto que con ello se conseguiría también el sostenimiento de la égida del patriarca latino que había legitimado el poder de Bohemundo sobre Antioquía. Una caída bajo la órbita bizantina habría supuesto la pérdida de los territorios que la concepción ideológica normanda hacía

imprescindible para un caudillaje como el de Bohemundo. De ahí su interés en acabar con Bizancio.

En 1107, desembarcó en Aulón y puso sitio a Dirraquio. Pero el emperador logró derrotarlo, y en 1108 se firmó un tratado en el que se especificaba la sumisión de Bohemundo y su vasallaje. El emperador eligió como testigos de este tratado a personajes relevantes entre los caballeros occidentales a su servicio. Su deseo era humillar a Bohemundo y presentarle a vasallos y parientes suyos bien situados y partidarios del emperador. No obstante, al morir Bohemundo en 1111, su sobrino Tancredo no devolvió (como estipulaba el pacto) Antioquía a Alejo. Y este dejó de lado la cuestión, después de algunos intentos fallidos de recuperar la ciudad. Con este acontecimiento acaban los contactos entre Alejo y los cruzados. No obstante, la política bizantina se orientó en este sentido durante los tiempos posteriores hacia la recuperación de los principados cristianos fundados por los cruzados.

En relación a las ciudades italianas de Venecia y Pisa, tradicionalmente, se ha venido interpretando la petición de ayuda a la Serenísima en la lucha contra la primera incursión normanda a la costa del Ilírico como una muestra de la total impotencia del Imperio para encargarse de su propia defensa. Asimismo, las grandes concesiones que los tratados hacían a la República eran señal de la inminente necesidad de socorro por parte de una flota potente como lo era la veneciana. Para los italianos, por su parte, era evidente el temor de Venecia a ver su salida del Adriático atenazada por un poder normando asentado en ambas orillas del estrecho. Impedir la ocupación de la costa ilírica se volvía un objetivo irrenunciable en la expansión comercial veneciana. Por ello no planteó dudas la intervención a favor de Alejo, cuando este acudió a su lado en petición de apoyo.

Alejo le concedió una serie de privilegios. Unos, personales dirigidos al patriarca y al dux; otros, institucionales, a la iglesia de San Marcos y al propio comercio veneciano. Destaca, entre ellos, la cesión de un barrio en Constantinopla, la licencia de comerciar en los territorios bajo dominio bizantino, incluida la exención de todo tipo de impuestos.

Venecia intervino en 1081 en el sitio de Dirraquio y venció a los normandos con su flota. Estas actuaciones no impidieron que Roberto Guiscardo, en tierra, tomara la ciudad y avanzara imparable hacia el interior. Solo los problemas internos entre los normandos y con los reductos probizantinos causaron, como hemos visto, la partida del caudillo normando hacia sus posesiones del sur de Italia. Bohemundo no pudo evitar que las tropas bizantinas ganaran terreno y que Venecia reconquistara Dirraquio para el emperador.

Además de la desastrosa situación política del Imperio, la actuación de Alejo venía dada por el deseo de recuperar los mercados que el caótico Estado de Asia Menor había desviado de sus rutas hacia otras zonas que desbordaban los límites del Imperio. Tanto Alejo como sus consejeros presionaron en este sentido. Venecia debería revitalizar estos territorios y con ello, el movimiento económico dentro del Imperio. Por otro lado, al recibir estos beneficios ¡ Venecia, Alejo I no hacía más que continuar el método tradicional de concesión de privilegios comerciales a sus aliados. Incluso la propia aristocracia terrateniente presionaba también para estrechar las relaciones con Venecia, ya que de ella se importaban artículos de lujo que agradaban a esa clase y esta, a su vez, exportaba a la ciudad adriática sus productos agrícolas.

El hecho de que en 1111 se cerrara con Pisa un tratado (no tan ventajoso como el concertado con Venecia) parece dar a entender que los resultados de las relaciones con Venecia fueron positivos. De todos modos, la aparición de los cruzados y su intervención directa en el mundo musulmán supuso el final del monopolio bizantino en el comercio con Oriente. La concesión de privilegios a Pisa por parte de Alejo I fue una respuesta a las mismas medidas adoptadas por los cruzados con respecto a Génova. A la larga, sin embargo, la actitud de los venecianos instalados en el Imperio será para Bizancio el símbolo de una agresión occidental, ya que será copiada por pisanos y genoveses, y marcará el final de la independencia comercial bizantina.

En otro orden de cosas, uno de los aspectos de gobierno a los que Alejo dedicó más abierta atención fueron los asuntos

eclesiásticos, si bien se denota de su actitud respecto a estas instituciones y la ortodoxia una postura tornadiza, que transparentaba la talla de gran político del emperador. Como hemos visto, Alejo incluye en su programa la restauración de un Imperio decaído cuya cohesión religiosa es fundamental. En esta labor colaboró de buen grado la Iglesia.

La concepción ortodoxa del cristianismo marcará con unas características propias el fenómeno religioso dentro del Imperio que lo separarán ostensiblemente del Occidente cristiano latino y del islam. En este sentido, la tradición jugaba un papel preponderante. El emperador se entregó a fondo contra las distintas herejías que proliferaban en los territorios del Imperio. Se enfrentó y sometió a los paulicianos, maniqueos, bogomilos y a personajes como Nilo, que mantenía concepciones erróneas respecto a la unión hipostática. Contra los primeros, según cuenta Ana Comnena, su padre empleó las armas y la palabra. Los venció y los evangelizó. A los bogomilos, tras un astuto proceso de investigación y búsqueda de sus cabecillas, que habían conseguido extender sus doctrinas por sectores cada vez más amplios de la sociedad, Alejo los llevó a la hoguera.

También marchó contra aquellos movimientos intelectuales que no tanto daban una nueva versión de la religión tradicional como se apartaban de ella y pretendían interpretar el mundo desde creencias basadas en la filosofía pagana. Fue este el caso de Juan Italo, recogido en *La Alexíada*. En la doble tradición griega y cristiana que conformaban la cultura bizantina, con frecuencia, el magnetismo de la primera arrastraba a su campo a intelectuales que, posteriormente, debían retractarse y volver al redil. Ana Comnena muestra escasa simpatía por Juan Italo, y tanto su retrato como la narración del proceso denotan el desprecio que sentía hacia este intelectual.

Juan Italo fue discípulo de Miguel Pselo y llegó a ocupar una estimable posición entre la intelectualidad bizantina; sin embargo, se dejó arrastrar hacia posturas poco ortodoxas donde las influencias, fundamentalmente platónicas y neoplatónicas además de aris-

totélicas, tomaron carta de naturaleza. Sus concepciones sobre la metempsícosis y sobre las ideas platónicas lo llevaron a presencia del sínodo, que lo anatematizó. El proceso contra Juan Italo también pudo haber sido sugerido por la simpatía de que gozaba este filósofo entre la familia de los Ducas.

Sin embargo, no todo fue fácil en las relaciones de Alejo con la Iglesia, si bien gracias a su maestría política supo capear los temporales diestramente. Dos cuestiones no concuerdan con el tono general de estas distendidas relaciones. De un lado, el famoso asunto de la confiscación de bienes eclesiásticos para financiar la guerra contra los normandos y pechenegos. Este recurso es ilustrativo del estado general de las finanzas del Imperio a la llegada del emperador Comneno. Alejo fue llevado a juicio. Sin embargo, parece ser que su actuación no contó con tanta oposición como cabría esperar. La diplomacia pudo superar lo que habría supuesto un conflicto con la jerarquía eclesiástica, y todo quedó en un débil argumento para sus detractores. Alejo anunció oficialmente en 1082 que no volvería a requisar los bienes de la Iglesia, aunque posteriormente acudiría de nuevo a este recurso para procurarse fondos. El sesgo que fue tomando este conflicto le costó a León, obispo de Calcedonia, su más acérrimo adversario, el puesto y el exilio a Sozópolis del Ponto.

De otro lado, ya hemos visto anteriormente, cómo los deseos de Alejo por ganarse el apoyo de Occidente lo obligaron a adoptar una postura, en principio, no muy beligerante contra él. La inclinación hacia Roma también provocó algunas reticencias en Bizancio. Además de las opiniones de Teofilacto de Bulgaria, tenemos como prueba la aparición del nombre del papa en los dípticos y el permiso a los occidentales para construir monasterios dentro del Imperio. En el año 1112, Pietro Grossolano, arzobispo de Milán, llegó a Constantinopla para tratar el asunto de la unidad, y Alejo dejó ver que se sentía inclinado por los argumentos del emisario.

Tanto Alejo como su familia fomentaron el monacato y crearon conventos contemplativos y de asistencia social. El emperador en

persona trató problemas de disciplina en las comunidades del monte Atos y alentó las actividades de monjes como Cristódulo, quien reformó la vida monástica de la isla de Patmos, y como consecuencia llegó a constituir, gracias a los grandes derechos concedidos, una especie de estado paralelo a la península del monte Atos.

En resumen, la política eclesiástica de Alejo estuvo marcada, a pesar de sus aparentes contradicciones, por el objetivo primordial de su política, la restauración del Imperio. Alejo fomenta la unidad religiosa, pero, al tiempo, maneja con sabia diplomacia los bienes materiales de la Iglesia y tiene escarceos con Roma. Su política interior de refuerzo de la ortodoxia le reporta los beneficios que da la cohesión; mientras que la política exterior de acercamiento a Roma ofrece el apoyo de sus fuerzas.

IV. La sociedad

En época de Alejo I tiene lugar el desarrollo del fenómeno social de la *prónoia.*[14] Este recurso de pago a personas por parte del Estado tenía una existencia prolongada que se remontaba a tiempo atrás. Sin embargo, bajo el mandato del emperador Comneno y ya hasta el fin del Imperio, la *prónoia* adquiere un marcado carácter militar que la convierte en pieza clave de un proceso de feudalización sin influencias occidentales y autóctono de Bizancio.

Mediante la *prónoia,* el emperador hacía entrega de tierras propiedad del Estado (no de su fortuna personal) a aquellos hombres que merecieran, en su opinión, una recompensa. El *pronoiario,* o beneficiario de la *prónoia,* también llamado *stratiotes,*[15] quedaba a cargo de los bienes de las fincas concedidas, incluidos los campesinos, *paroikoi,*[16] que las trabajaban. Las tierras, sin embargo, no le eran cedidas en propiedad. El *pronoiario* usufructuaba las posesiones del Estado y

14. Πρόνοια. El término en griego significa «previsión» y es la palabra con que el cristianismo designará la Divina Providencia.

15 .Στρατιώτης. Su significado es «soldado».

16. Πάροικοι, «colonos».

percibía directamente las cargas tributarias de las mismas, así como sus beneficios; pero el emperador podía enajenarlas cuando lo considerara oportuno. Del mismo modo, no eran transmisibles a herederos del señor. El *pronoiario*, además, estaba obligado a contribuir con hombres, según las dimensiones de sus tierras, al ejército imperial.

La institución de la *prónoia* con una orientación plenamente militar se dirigía hacia dos propósitos fundamentales. Por una parte, completar las filas de un ejército propiamente bizantino que, a causa de la evolución histórica de los tiempos precedentes a los Comneno, había ido cediendo su plaza de manera alarmante a las tropas mercenarias. Se trataba de hacer convivir ambos sistemas de reclutamiento y dotar de este modo al Imperio de un instrumento esencial para la restauración y el mantenimiento del antiguo esplendor.

Por otra parte, la *prónoia* era el sistema de creación de una nueva jerarquía aristocrática y la dotación a la misma de un poder económico. Se recompensaba y se fortalecía a la par ese sector social de propietarios de tierras y latifundistas, que aupó al trono a los Comneno. Con todas estas medidas se cerraba lentamente el círculo de poder en torno a las familias aristocráticas de marcado carácter militar y feudal frente a la antigua nobleza burocrática y civil, que fue progresivamente relegada.

El proceso de feudalización bizantina no acabó, sin embargo, del todo con las pequeñas propiedades libres, aunque este tipo de organización rural quedó a punto de extinción. Alejo I tomó medidas, originarias de un proceso previo, para amarrar al campesino a la tierra y al señor que le tocara en suerte.

La institución del *kharistikion*[17] también al arbitrio del emperador, se incluye asimismo en esta conversión feudal del Imperio. Por ella, un laico se hacía cargo de la administración de bienes eclesiásticos pertenecientes a monasterios. Del total de recursos obtenidos se cedía al monasterio lo necesario para su sustento, y lo demás pasaba a manos del beneficiario o *caristicario*. Este instrumento económico recibió tanto críticas de un sector de la Iglesia por los abusos a que daba

17. Χαριστίκιον, «regalo, donación».

lugar, como aprobación de otros porque permitía un cierto alivio a la imposibilidad de alienación de los bienes eclesiásticos.

La burocracia civil fue objeto, dentro de estas líneas de gobierno, de una reforma administrativa por parte de Alejo. Se transformó la jerarquía cortesana con la aparición de unos títulos, generalmente adjudicados a miembros de la familia imperial, y se les otorgaron a antiguas personas vinculadas con las clases aristocráticas simpatizantes de los Comneno. El *logothetes ton sekreton*[18] se hizo cargo de las tareas burocráticas en general y concentró en sí lo que anteriormente había estado en manos de varios funcionarios. Del mismo modo, fue reformada la administración de las provincias. La estructura de los temas[19] deja lugar a una nueva distribución, al verse aumentado su número a costa de la reducción de sus terrenos, y a la aparición de grandes circunscripciones militares que se desarrollarán hasta el siglo XII.

Finalmente, debemos hacer mención a la devaluación de la moneda, que se pone en relación con la aparición de nuevas dignidades y de las rentas o *rhogai*[20] que corresponden a cada escalafón de la jerarquía cortesana. Alejo siguió devaluando la moneda, un proceso que venía ya de mediados del siglo XI. Esta devaluación ha sido interpretada a veces como símbolo de prosperidad económica, basándose en el hecho de que el recurso a esta medida tenía su origen en la necesidad de más moneda para el ejercicio de una actividad económica floreciente. De todos modos, las devaluaciones provocaron confusión entre los bizantinos y dieron lugar a irregularidades en el cambio de la moneda antigua por la nueva, de las que el fisco solía sacar provecho.

V. La traducción

La traducción que se presenta en este libro está basada en la que fue publicada en el año 1989 por la Editorial Universidad de

18. Λογοθέτης τῶν σεκρέτων.

19. Ver I II.5, nota 8.

20. Ῥόγαι.

Sevilla, galardonada con el Premio Nacional de Traducción en el año 1990.

El paso del tiempo y las características de aquella primera edición han requerido una concienzuda tarea de revisión del texto. Este hecho explica los cambios en esta «Introducción» y las numerosas variaciones que aparecen en esta edición respecto a la versión publicada hace veinticinco años. Igualmente, se ha ampliado el volumen de notas aclaratorias. Este apartado, además, tiene en cuenta que la edición actual va dirigida a un público amplio y no especializado, en contraste con el objetivo del público erudito al que aspiraba la primera edición de la Universidad de Sevilla. Este nuevo propósito explica que hayan desaparecido algunos aspectos en esta «Introducción», como las notas de tinte académico, las cuestiones específicas sobre el proceso de la traducción, algunos aspectos lingüísticos y la bibliografía.

Conviene hacer algunas especificaciones sobre las notas que aparecen en el texto. En primer lugar, he creído conveniente no recargar el aparato de notas con explicaciones sobre la posición geográfica de lugares suficientemente conocidos por sus denominaciones en la Antigüedad y me he limitado a aclararlos, dentro de lo posible, en el caso de topónimos extraños a aquel contexto histórico. Por otro lado, cuando un topónimo o el nombre de un personaje no incluye una nota es porque se ignora su situación o porque la prosopografía y la historia bizantinas no aportan conocimiento de ellos y solo contamos con la información que da Ana Comnena en su obra.

Debo dejar constancia aquí de las obras de referencia para esas aclaraciones y notas:

KOMNHNH, Ἄννα, *Ἀλεξιάς*, Ἀθῆνα, Ἐκδόσεις Ἄγρα, 1991. Trad. de Ἀλόη Σιδέρη.

GAUTIER, Jean-Paul, *Anne Comnène. L'Alexiade, Tome IV, Index*, París, Les Belles Lettres, 1976.

LEIB, Bernard, *Anne Comnène. L'Alexiade*, París, Les Belles Lettres, 1967. Tres tomos con introducción, texto, traducción y notas.

SEWTER, E.R.A., *The Alexiad of Anna Comnena*, Londres, Penguin Books, 1988.

SKOULATOS, Basile, *Les personages byzantins de l'Alexiade*, Lovaina, Université de Louvain, Recueil des Travaux d'Histoire et Philologie, número 6, fascículo 20, 1980.

En el lapso de tiempo transcurrido desde 1989 hasta hoy, ha hecho aparición internet. A la red le debo gran cantidad de información, tremendamente accesible hoy, que en aquellos años era bastante complicada de conseguir. En este caso, la búsqueda de los términos en internet es el punto de partida de las aclaraciones.

Finalmente, la presencia de lagunas en el texto original viene representada en la traducción mediante puntos suspensivos entre paréntesis, (...).

Rute (Córdoba), otoño de 2015

La Alexíada

PROEMIO

Presentación de la autora y propósitos de su obra

I. La historia como género que conserva la verdad y la transmite. Presentación de la autora

1. El tiempo, fluyendo inconteniblemente y moviéndose siempre, arrastra y lleva todo lo engendrado, lo sumerge en el abismo de la oscuridad, donde no existen hechos dignos de mención, ni donde los hay grandes y dignos de memoria, y hace surgir lo que está oculto, como dice la tragedia,[1] y esconde lo que es patente. Sin embargo, la narración de la historia se convierte en una muy poderosa defensa contra la corriente del tiempo y detiene, de algún modo, el flujo incontenible de este; y todo lo acontecido dentro de él, que ha recogido superficialmente, lo contiene, lo encierra y no permite que se deslice a los abismos del olvido.

2. Puesto que tengo conciencia de eso, yo, Ana, hija de los emperadores Alejo e Irene, vástago y producto de la Púrpura,[2] que no solo no soy inculta en letras, sino incluso he estudiado la cultura griega intensamente, que no desatiendo la retórica, que he asimilado bien las disciplinas aristotélicas y los diálogos de Platón y he madurado en el *quadriuium* de las ciencias (debo revelar que poseo estos conocimien-

1. Sófocles, *Áyax*, 648.

2. La Púrpura era el nombre de la estancia donde nacían los hijos de los emperadores; de ahí que el calificativo de porfirogéneto se aplique solo a los hijos de emperadores que ocupaban el trono en el momento de su nacimiento. El término deriva del sustantivo que significa «púrpura», en griego, «porfira» [πορφύρα]. Ana Comnena distingue entre hijos porfirogénetos y no porfirogénetos. La describe en VII II.4.

tos —y no es jactancia el hecho— todos los cuales me han sido concedidos por la naturaleza y por el estudio de las ciencias, Dios desde lo alto me ha regalado y las circunstancias me han aportado), quiero por mediación de este escrito contar los hechos de mi padre, indignos de ser entregados al silencio ni de que sean arrastrados por la corriente del tiempo, como a un piélago de olvido. Serán estos todos los hechos que llevó a cabo tras tomar posesión del cetro y los que realizó al servicio de otros emperadores antes de ceñirse la diadema.

II. La objetividad como norte de la obra de Ana Comnena

1. Vengo para contarlos sin la idea de hacer una ostentación de mi pericia literaria, sino para que tamaña gesta no sea legada sin testigos a los que nos seguirán, dado que incluso las más grandes obras, si de alguna manera no se conservan a través de la narración y se entregan a la memoria, se apagan en la sombra del silencio. Era, pues, mi padre, como los hechos mismos demostraron, experto en mandar y en obedecer, cuanto es preciso, a los que mandan.

2. Pero también, al optar por la descripción de sus obras temo tanto quedarme anclada como excederme, no sea que en cierto modo pueda pensarse que alabo mis propios actos al describir los de mi padre, y que parezca una falsedad todo el contenido de mi historia, o parezca un abierto encomio si admiro alguna de sus hazañas. Y si en algún momento su misma personalidad me llevara a ello o el curso de la obra me obligara a tocar alguna gesta, temo de nuevo, no por él, sino por la naturaleza de sus actos, que los amigos de las burlas me recuerden a Cam,[3] el hijo de Noé, lanzando todos ellos miradas de envidia a los demás sin fijarse en lo que está bien a causa de su maldad y sus celos, y acusen al inocente, según dice Homero.[4]

3. Pues cuando se asume el carácter del género histórico, es preciso olvidar los favoritismos y los odios, y adornar muchas veces a

3. *Gen.*, 9, 18-27.

4. *Il.* XI, 603; XIII,77B; *Od.*, XX, 138.

los enemigos con los mejores elogios, cuando sus acciones lo exijan, y otras muchas veces refutar a los más cercanos parientes, cuando los errores de sus empresas lo manden. Por lo que no se debe vacilar ni en atacar a los amigos ni en elogiar a los enemigos.[5] En lo tocante a mí, a estos y a aquellos, a los que ataquemos y los que nos acepten, podría tranquilizarlos en razón de las obras mismas y de los que las han visto, llamando como testigos a ellos y a sus obras. Pues los padres y los abuelos de algunos de los hombres que viven ahora fueron conocedores de esos hechos.

III. Motivos de la autora para escribir su historia

1. Ante todo, he venido a historiar las acciones de mi padre por la siguiente razón. Se había convertido en mi legítimo esposo el césar[6] Nicéforo, descendiente del tronco familiar de los Brienio, hombre que largamente sobrepasaba a sus coetáneos por la exageración de su belleza, la agudeza de su inteligencia y la exactitud de sus palabras. Era maravilloso tenerlo enfrente y oírlo hablar. Pero a fin de que nuestra historia no se aparte de su ruta, continuemos por el momento con nuestro asunto.

2. Era, pues, el hombre más esclarecido de todos y acompañó a mi hermano, el soberano Juan, cuando organizó una campaña contra diversos bárbaros y cuando se lanzó contra los sirios y puso de nuevo bajo su autoridad la ciudad de Antioquía. Pero el césar, que no podía desatender su afición por las letras, incluso entre dificultades y trabajos, redactaba también otro tipo de escritos dignos de mención y recuerdo, y se encargó ante todo, por orden de la emperatriz[7] de describir los hechos de Alejo, soberano de los romanos y padre mío, y de llevar a las páginas las acciones de su reinado, cuando, alejado

5. Cfr. Polibio, I, 14.

6. El rango de césar era solo inferior al de emperador y generalmente era concedido a miembros de la familia imperial.

7. La emperatriz que aquí cita Ana Comnena es su madre, Irene Ducas. Nicéforo Brienio compuso una obra titulada Ὕλη ἱστορίας (*Materia para una historia*).

momentáneamente de las armas y la guerra, el tiempo le permitía dedicarse a los escritos y a sus labores literarias. Comenzó, por tanto, su escrito llevando el inicio de su historia a la época previa a la del soberano, obedeciendo también en esto las órdenes de nuestra señora, y empezó por el emperador de los romanos Diógenes,[8] para descender hasta aquel cuya vida informaba el plan de la obra. Fue durante aquel reinado cuando la edad presagiaba en mi padre una floreciente adolescencia. En cuanto a su vida previa, ni siquiera era un adolescente y nada había realizado digno de escribirse, a no ser que se presentara su infancia como argumento para un elogio.

3. Esos eran, pues, los objetivos del césar, como nos muestra su obra. Sin embargo, no resultó lo que esperaba ni concluyó toda su historia, y detuvo su redacción tras llegar hasta la época del soberano Nicéforo Botaniates. Las circunstancias no le permitieron avanzar en su escrito, y causó un perjuicio al tema de su trabajo y privó del placer a los lectores. Por eso, yo misma opté por escribir cuanto mi padre hizo, para que semejantes obras no escaparan a nuestros descendientes. Por otro lado, qué armonía, cuánta gracia tenían las palabras del césar las conocen todos los que han leído sus escritos.

4. Cuando había llegado a aquel capítulo, como dije, cuando tenía pergeñada su obra y nos la remitía inacabada desde la frontera, contrajo al tiempo, ¡ay de mí!, una enfermedad mortal, tal vez originada por las innumerables fatigas, quizá por las demasiado frecuentes campañas, o por su indecible dedicación a nosotros. Pues la dedicación era algo innato en él, y el trabajo, incesante. Además, el continuo cambio de aires y los climas adversos le sirvieron una bebida mortal. Aunque se encontraba terriblemente enfermo, desde aquel lugar realizaba campañas contra sirios y cilicios. Siria entregó luego a este hombre debilitado a los cilicios; los cilicios, a los panfilios; los panfilios, a los lidios; Lidia, a Bitinia, y Bitinia, a la emperatriz de las ciudades[9]

8. Romano IV Diógenes (1068-1071). Durante su reinado tuvo lugar la batalla de Mantzikert (1070), que marcó el inicio del fin de la hegemonía bizantina en Anatolia y el comienzo del irresistible avance turco.

9. Constantinopla es denominada indistintamente «la emperatriz de las ciudades» (otros traducen «reina de las ciudades»), «la capital» («metrópolis») o simplemente «la ciudad».

y a nosotros con sus entrañas hinchadas por la gran dolencia. Pero, aunque se hallaba así de débil, deseaba narrar emocionadamente los sucesos que había vivido, aunque no pudiera hacerlo, tanto por su enfermedad como por los obstáculos que nosotros le poníamos con intención de evitar que sus heridas se abrieran al describirlos.

IV. Lamentos de Ana Comnena por el rumbo que tomó su vida

1. Cuando llego a este punto, se me llena de tinieblas el alma y se humedecen mis ojos con los torrentes de mis lágrimas. ¡Qué consejero perdió el Imperio de los romanos! ¡Qué acertadísima experiencia tuvo él en la vida y de qué amplitud: sus conocimientos literarios, su saber polifacético, es decir, el profano y el sagrado! ¡Qué gracia también le corría por los miembros y qué aspecto no digno de un reino de aquí, sino, como algunos dicen, de uno más divino y mejor! Yo misma también me había relacionado con otras muchas circunstancias funestas desde mi cuna de la Púrpura, por decirlo de alguna manera, y traté con una fortuna no favorable, aunque nadie consideraría suerte adversa y no sonriente la que me regaló una madre y un padre emperadores y la sala Púrpura en que nací. En cuanto a los demás dones ¡ay de las calamidades y ay de las revueltas! En fin, Orfeo, cantando movía incluso las piedras, los bosques y hasta la naturaleza inanimada; Timoteo, el flautista, con tocar una vez el ortio[10] para Alejandro, impulsaba enseguida al macedonio a las armas y a la espada; mas, ojalá mis relatos no originen un movimiento dado hacia las armas y las batallas, sino que muevan al lector a las

10. El *orthion* es una de las «estructuras melódicas definidas, cada una de las cuales debía servir para una determinada ocasión ritual: cada *nomos* mencionaba en el título su lugar de origen (...) o sus características formales, como los *nomoi* ortio, trocaico y agudo (en los cuales la denominación hace referencia a la forma rítmica o a la extensión tonal) o a la destinación sacral (...)» en Comotti, G., *La música en la cultura griega y romana*, Madrid, 1989, pág. 16. Respecto a los poderes de Orfeo, véase también Guthrie, W.K.C., *Orfeo y la religión griega*, Buenos Aires, 1970, especialmente pág. 42 y ss. y Apolonio de Rodas, *Argonáuticas*, I, 4292 y ss., donde Orfeo calma con su canto una reyerta.

lágrimas y obliguen al sufrimiento no solo a la naturaleza sensible, sino también a la que carece de hálito vital.

2. El dolor que experimentaba por el estado del césar y su inesperada muerte me alcanzaron personalmente y me causaron una profunda herida. Creo que las precedentes desgracias frente a esta insoportable desgracia son como gotas en comparación con todo el océano Atlántico o las olas del mar Adriático. Es más, según parece, eran aquellas preludio de esta y se apoderaba de mí el humo de ese fuego propio de un horno, la quemadura aquella de llama indescriptible y las antorchas diarias de un indecible ardor. ¡Oh, fuego sin materia, que reduces a cenizas, fuego que iluminas con furor inexpresable y que ardes, pero sin consumir, y quemas el corazón, mas con la apariencia de que no nos quemamos, aunque recibamos el rojo vivo hasta los huesos, la médula y los pedazos del alma!

3. Pero soy consciente de que por causa de esos acontecimientos me aparto de mi propósito. La presencia del césar y de su sufrimiento destilan en mí un inmenso sufrimiento. Así pues, tras enjugarme el llanto de mis ojos y recuperarme de mi dolor, soportaré lo que viene a continuación ganando, según dice la tragedia,[11] dobles lágrimas, como si me acordara de la desgracia en la desgracia. Pues exponer en público la vida de semejante emperador supone rememorar su virtud y sus gestas, lo que me hace brotar las más cálidas lágrimas en un llanto que se une al de todo el universo. Recordarlo y explicar públicamente su reinado es motivo de lamentos para mí y rememoración de una pérdida para los demás. Comience, pues, la historia de mi padre desde el momento en que es más adecuado comenzar. Y el momento más adecuado es aquel desde donde nuestra obra sea más clara y más histórica.

11. Eurípides, *Hécuba,* 818.

LIBRO I

Últimas etapas de la vida de Alejo previas a su proclamación como emperador. Inicio de las invasiones normandas

I. Primeras actuaciones de Alejo. Su nombramiento como estratego autocrátor[1] para combatir al rebelde Urselio[2]

1. El emperador Alejo, mi padre, fue de gran utilidad al Imperio de los romanos incluso antes de haber asumido el cetro del Imperio. Comenzó a salir en campaña durante el reinado de Romano Diógenes. En opinión de quienes lo rodeaban parecía un ser admirable y muy arrojado. Cuando contaba catorce años de edad ansiaba acompañar al emperador Diógenes, que dirigía una expedición muy ardua contra los persas,[3] y suponía una amenaza para ellos con su ímpetu, ya que, si se enfrentaba a los bárbaros, su espada se emborracharía de sangre. Tan belicoso talante poseía este joven. Sin embargo, el soberano Diógenes no cedió en aquella ocasión a sus deseos de acompañarlo, porque un dolor muy profundo tenía sobrecogida a la madre de Alejo. Lloraba la muerte reciente de su hijo primogénito Manuel, varón que

1. General en jefe con plenos poderes civiles y militares.

2. Roussel de Bailleul, (¿?- 1077), aventurero de origen normando procedente de Sicilia que entró al servicio de Romano IV Diógenes. Rehusó enfrentarse a los turcos en la batalla de Mantzikert (1071). A pesar de ello, ante la necesidad de generales y de fuerzas que sufría el Imperio, fue contratado por Miguel VII Ducas y enviado a Anatolia a combatir a los turcos al frente de un contingente franco-normando. Una vez allí, abandonó el servicio al Imperio y actuó como señor independiente a la búsqueda de un reino propio combatiendo a los bizantinos

3. Se refiere a los turcos.

había sido protagonista de grandes y admirables hazañas para el Imperio de los romanos. Y para que ella no se quedara sin consuelo al dejar ir a uno de sus hijos a la guerra sin saber aún dónde iban a enterrar a otro, y con el temor de que el joven sufriera alguna funesta desgracia y no supiera ella en qué tierra había caído, por todas estas consideraciones, el emperador obligó al joven Alejo a regresar junto a su madre. Entonces fue apartado contra su voluntad de los que marchaban a la campaña, pero a continuación, el tiempo le abrió un mar de hazañas. Efectivamente, durante el reinado del emperador Miguel Ducas,[4] tras el derrocamiento del emperador Diógenes, la revuelta que dirigió Urselio le dio motivos para demostrar de cuánto valor hacía gala.

2. Era ese un celta que había estado sirviendo desde tiempo atrás en el ejército de los romanos y que, envalentonado por su gran suerte, cuando hubo acumulado a su alrededor poder y un ejército considerable, que había sido reclutado entre los que eran oriundos de su mismo lugar de origen y entre otros que provenían de cualquier otra procedencia, desde ese momento logró convertirse en un peligroso rebelde. En el instante en que el poderío de los romanos sufría numerosos vaivenes y los turcos aplastaban el sino de los romanos, obligándolos a retroceder como cuando la arena cede a los pies, en ese preciso instante atacó también él al Imperio de los romanos. Es más, por su carácter muy rebelde se inclinaba entonces con más claridad hacia la rebelión aprovechando el abatimiento que sufrían los intereses del Imperio, y devastó casi todos los dominios de Oriente. Aunque les fuera confiada la guerra contra él a muchos famosos por su valentía y que aportaban abundantísima experiencia sobre la guerra y las batallas, este superaba claramente la mucha experiencia de aquellos. Ya fuera recurriendo al ataque directo, a la retirada y posterior ofensiva sobre sus adversarios con el ímpetu de un vendaval, ya fuera aceptando la alianza de los turcos, era tan completamente irresistible cuando atacaba que llegaba a hacer prisioneros a algunos de los personajes más notables y confundir sus falanges.

4. Miguel VII Ducas (1071-1078), primer esposo de María de Alania, con la que tuvo a Constantino Ducas, primer prometido de Ana Comnena.

Nomisma de Miguel VII Ducas.

3. Mientras mi padre, Alejo, estuvo a las órdenes de su hermano durante sus funciones como general en jefe de todas las tropas de las partes oriental y occidental, lo hizo con el cargo de lugarteniente. Pero ante las difíciles circunstancias por las que atravesaban los romanos a causa de las continuas incursiones con las que, como un relámpago, nos acosaba ese bárbaro, se pensó en el admirado Alejo para la confrontación bélica con este, por lo que fue designado por el emperador Miguel estratego autocrátor. Él, en efecto, puso en marcha toda su inteligencia y experiencia estratégica y militar, que, además, había acumulado en no mucho tiempo. Por su ánimo muy esforzado y alerta en cualquier circunstancia, les había parecido a los militares más expertos de los romanos que había llegado a la cima de la experiencia estratégica, tal como el famoso romano Emilio, como Escipión, como Aníbal el cartaginés. Era por aquel entonces muy joven y con el bozo recién salido, como suelen decir. Capturó al dicho Urselio, que continuamente acometía a los romanos, y restableció el orden en Oriente sin necesitar muchos días. Era, asimismo, sagaz

para discernir lo conveniente y muy sagaz para ponerlo en práctica. Cómo logró capturarlo, lo cuenta con mayor detalle el césar en el segundo libro de su historia, aunque también lo contaremos nosotros en la medida en que conviene a nuestra historia.

II. Recursos de Alejo para capturar a Urselio

1. El bárbaro Tutac[5] acababa de llegar de los confines de Oriente con un muy nutrido ejército para devastar los territorios de los romanos. Entre tanto, Urselio estaba siendo derrotado gracias a las habilidades de mi padre, Alejo. Con frecuencia se veía en aprietos por causa del estratopedarca[6] y era privado progresivamente de una fortaleza tras otra, aunque acaudillara un abundante ejército todo él brillante y correctamente armado. En ese momento, pues, le pareció conveniente buscar una vía de escape. Ya que había agotado hasta el límite todos sus recursos, tuvo un encuentro con Tutac, lo convirtió en amigo y le suplicó que suscribiera una alianza con él.

2. Pero el estratopedarca planeó a su vez una táctica contra aquella maniobra. Llegó a una familiaridad con el bárbaro más estrecha que la del otro y se lo atrajo con palabras, regalos y toda clase de medios y argucias. Pues era más astuto que ningún otro y hallaba soluciones a las situaciones más irresolubles. En su opinión, el plan más efectivo consistía, para decirlo con brevedad, en acoger amistosamente a Tutac, y por ello le dijo: «Son ambos, tu sultán y mi soberano, amigos el uno para el otro. Sin embargo, ese bárbaro Urselio levanta las manos contra ambos y se erige como un enemigo muy peligroso para ambos, ya que ataca a este y le arranca poco a poco partes del Imperio de los romanos y, de otro lado, priva a Persia de las posesiones que podría gobernar. Persigue todos sus propósitos con artimañas. Ahora, aprovechando tu poder me causa problemas, pero en otro momento, cuando

5 .Tutush I, emir selyúcida de Damasco (1079-1095).

6. El estratopedarca es un cargo con las mismas atribuciones que el estratego autocrátor.

la ocasión se le presente favorable y se vea libre de peligros, volverá a darse la vuelta, me dejará en paz y levantará contra ti la mano. Si me haces caso en cierto modo, cuando se dirija nuevamente a vosotros, captura a Urselio y envíanoslo prisionero por una abundante recompensa. «Pues», añadió, «de ello obtendrás tres ganancias. La primera, una cantidad de riquezas como nunca antes lograste; la otra, que te atraigas el favor de mi soberano con lo que habrás conseguido llegar a la cima de la prosperidad, y la tercera, que el sultán se regocije grandemente al ser eliminado un peligroso enemigo que está actuando contra unos y otros, romanos y turcos».

3. Con el envío simultáneo de esta embajada al arriba citado Tutac y de algunos prestigiosos rehenes en una fecha convenida junto con una cantidad de dinero, mi padre, y jefe en aquel entonces del ejército romano, convenció a los bárbaros de Tutac para que retuvieran a Urselio. Llevada a cabo rápidamente esta acción, Tutac remitió el prisionero al estratopedarca, que estaba en Amasea.

4. Sin embargo, el dinero tardaba en llegar desde su destino. Alejo no tenía fondos con los que cubrir el pago, y el que debía venir del emperador sufría su desidia. No era que, como dice la tragedia,[7] marchara a paso lento, es que no aparecía por ningún lado. Tutac insistía reclamando el montón de dinero o bien la devolución del hombre que había comprado y el permiso para regresar al lugar donde se le había capturado. Pero Alejo seguía sin tener fondos con los que pagar el precio del hombre que había comprado. En medio de la angustia provocada por todas estas adversidades, estuvo reflexionando durante toda una noche y decidió recolectar la suma entre los habitantes de Amasea.

5. Cuando amaneció el día, aunque le parecía difícil su plan, sin embargo convocó a todos los habitantes, especialmente a los que ostentaban los primeros rangos y los que poseían riquezas. Los miró y les dijo: «Sabéis todos cómo este bárbaro ha tratado a todas las ciudades del tema Armeníaco,[8] cuántas aldeas ha saqueado, a cuántos

7. Eurípides, Inc. 969 N.

8. El tema [θέμα] era la denominación en griego de los distritos en que se dividía

ha maltratado arrojándoles insoportables desgracias y cuánto dinero ha conseguido de vosotros. Pero ha llegado el momento de liberaros de los males que él origina, si es que así lo queréis. Por tanto, debemos impedir su liberación. Estáis viendo que tenemos prisionero a este bárbaro gracias por entero al auxilio de Dios y a nuestros esfuerzos. Sin embargo, Tutac, que es quien lo ha capturado, nos reclama el pago. Y nosotros carecemos por completo de recursos, porque al estar en una tierra alejada y llevar luchando mucho tiempo contra los bárbaros, hemos agotado los fondos. Si el emperador no estuviera tan lejos y el bárbaro diera un plazo de espera, me hubiera apresurado a transportar el dinero desde la capital. Pero, ya que ninguna de estas posibilidades es factible, como sabéis, tenéis vosotros que aportar su precio con vuestro dinero, y recobraréis del emperador la aportación entera a través de nosotros cuando se suministre».

6. Nada más decir esto, fue silbado y se originó un violentísimo tumulto entre los amasianos, que se decantaban por la rebelión. Pues había hombres muy pérfidos que los incitaban al motín, agitadores que saben precipitar al pueblo en las revueltas. Se levantó, entonces, un gran tumulto, tanto por parte de los que querían quedarse con Urselio y excitaban a la masa a apoderarse de él, como de los que pugnaban agitados (así es la masa del populacho) por arrebatar a Urselio de su cautiverio y liberarlo de las cadenas. El estratopedarca veía que el pueblo estaba tan enloquecido y reconocía que su situación era completamente apurada, pero a pesar de ello no se abatió lo más mínimo, e infundiéndose valor, intentaba silenciar con los gestos de la mano aquel tumulto.

7. Cuando más tarde y con esfuerzo los hizo callar, les dirigió la palabra, diciendo: «Me llena de asombro, amasianos, que no os percatéis en absoluto de la treta de estas personas que os quieren engañar y que, comprando su propia salvación con vuestra sangre,

---

administrativamente el Imperio bizantino. Inicialmente, su finalidad era militar, pero abarcó también competencias civiles. Se creó a mediados del siglo VIII en sustitución de la organización que databa de los tiempos de Diocleciano. Su estructuración y número varió a lo largo de la historia de Bizancio. Aunque oficialmente siguió vigente hasta el final del Imperio, ya en el siglo XI sufrió cambios que le hicieron perder su configuración y finalidad originales.

siempre os causan el mayor perjuicio. ¿Qué clase de ventaja extraéis de la tiranía de Urselio, a no ser degüellos, cegueras y mutilaciones de miembros? Estos, que son para vosotros la causa de semejantes desgracias, preservan intactas sus propiedades gracias a su servilismo para con el bárbaro y, al mismo tiempo, se apropian de los regalos provenientes del emperador y se ganan su gratitud por no haber abandonado ni a vosotros ni a la ciudad de Amasea a merced del bárbaro. Y esto sin atender nunca a ninguna de vuestras razones. Por ello, mientras quieren conservar la tiranía adulando al tirano con expectativas halagüeñas y mantener intactas sus propiedades, a la vez piden al emperador honores y regalos. Pero si la situación sufriera algún tipo de cambio, ellos abandonarían esta actitud e inflamarían el ánimo del emperador contra vosotros. Por consiguiente, si me hacéis caso, dejad que se vayan por el momento a los que os incitan al motín y que cada uno de vosotros medite en su casa lo que os he dicho, y os daréis cuenta de quién es el que os aconseja lo más conveniente».

III. Alejo se hace con Urselio. Revelación del ardid a Dociano

1. Cuando hubieron oído estas palabras, como una moneda que cambia de cara al caer, modificaron sus opiniones y se retiraron a casa. Pero el estratopedarca, conocedor de que el pueblo suele cambiar de opinión en un instante, sobre todo si está inspirado por gente maléfica, y temeroso de que durante la noche pusieran en práctica su proyecto de ir contra él y dejasen escapar a Urselio tras sacarlo de su prisión y liberarlo de sus cadenas, como carecía de suficientes fuerzas para oponerse a tantos adversarios, concibió entonces un ardid propio de Palamedes.[9] Mandó cegar públicamente a Urselio. Estaba tendido en tierra, el verdugo le acercó el hierro, y él gritaba y gemía como un león rugidor. Pero todo este montaje de la privación

9. Héroe griego famoso en la mitología por su capacidad inventiva. Se decía que había inventado el juego de dados, los faros, la balanza, el disco y la guardia con centinelas.

de su vista era un engaño. El que iba a ser cegado en apariencia fue advertido de que debía gritar y vociferar, y el encargado de simular la privación de su vista fue también advertido de que debía dirigirle una agria mirada, ejecutar todos sus actos con furia y, sobre todo, fingir la acción de cegarlo. Entonces, mientras aquel era cegado sin ser cegado, el pueblo aplaudía y difundía por doquier que Urselio había sido privado de la vista.

2. Esta actuación, representada como si fuera sobre un escenario, convenció a toda la muchedumbre, tanto la del lugar como la foránea, a aportar su donativo como abejas. Y todo esto fue producto de la inteligencia de Alejo para que los remisos a entregar dinero y los que conspiraban para liberar a Urselio de las manos de Alejo, mi padre, perdieran las esperanzas en sus ya inútiles planes y se pusieran inmediatamente de parte del estratopedarca, dado que sus primitivos proyectos habían fracasado. Se lo ganarían así como amigo y esquivarían las iras del emperador. De este modo, pues, el admirado general era dueño de Urselio, a quien mantenía encerrado como un león en una jaula, mientras aún llevaba sobre sus ojos las vendas que eran símbolo de su indudable privación de la vista.

3. Sin embargo, no estaba satisfecho con su labor, como tampoco se había desentendido del resto de su misión por el hecho de haber tenido éxito, antes bien, recuperó y puso bajo la autoridad del Imperio muchas otras ciudades y fortalezas que habían tenido un comportamiento desleal en tiempos de Urselio. Entonces, volvió las riendas y se dirigió enseguida a la ciudad imperial. En el camino llegó a la ciudad de su abuelo[10] y, mientras reposaban de las muchas fatigas él mismo y todo su ejército, fue visto realizando allí una hazaña parecida a la que hizo el famoso Heracles por Alcestis, la mujer de Admeto.[11]

10. Castamuni, en Paflagonia (Asia Menor).

11. Referencia a la tragedia *Alcestis*, de Eurípides. La protagonista, Alcestis, es la única que acepta morir por Admeto, su marido, para pagar una deuda contraída por él con los dioses. Al final, Heracles, agradecido por la acogida de Admeto aun en tan tristes momentos, salva a Alcestis de los brazos de la Muerte y la devuelve a su esposo.

4. Cuando Dociano, sobrino del anterior emperador Isaac Comneno[12] y primo de Alejo (hombre que pertenecía a una clase ilustre por su linaje y posición social) vio que Urselio mostraba las señales de haber sido cegado y que era conducido con el auxilio de un hombre, profirió un hondo gemido y entre las lágrimas provocadas por el estado de Urselio acusó de crueldad al general. Le reprochaba en su enojo que hubiera dejado sin vista a un hombre tan noble, a un auténtico héroe merecedor de haber sido preservado sin castigo. Fue entonces cuando el general dijo: «Pronto podrás enterarte de los motivos de la ceguera, querido primo». Tras un breve lapso de tiempo, condujo a este y a Urselio a una sala, donde le descubrió el rostro y mostró los ojos de Urselio brillando fogosamente. Cuando Dociano vio esto, se quedó estupefacto, asombrado, sin saber qué hacer ante la magnitud del milagro. Al tiempo, se echó las manos a los ojos por si era algo parecido a un sueño lo que estaba viendo o un prodigio mágico o algún raro y novedoso artificio. Cuando se percató de la humanidad que había demostrado su primo con ese hombre y además de humanidad, de su astucia, le invadió la alegría y transformó el asombro en gozo, mientras abrazaba y besaba repetidamente el rostro de su primo. Los mismos sentimientos experimentaron la corte del emperador Miguel, el emperador mismo y todo el mundo.

IV. Alejo es encargado de someter a Nicéforo Brienio[13]

1. Todavía se le encomendó a Alejo en Occidente otra misión por el entonces soberano Nicéforo,[14] poseedor ahora del cetro de los romanos, esta vez contra Nicéforo Brienio, que estaba agitando todo el Occidente tras ceñirse la diadema y autoproclamarse emperador de los romanos. El soberano Miguel Ducas acababa de ser depuesto del trono y de vestir en lugar de la diadema y la corona, la

12. Isaac I Comneno (1057-1059), primer emperador de la familia Comneno.

13. Padre de Nicéforo Brienio, esposo de Ana Comnena.

14. Nicéforo III Botaniates (1078-1081).

indumentaria talar y la epómide[15] arzobispal. Botaniates, tan pronto se hubo sentado en el trono imperial, como nuestra obra expondrá en su desarrollo con mayor detalle, desposó a la emperatriz María[16] y se dispuso a dirigir los asuntos del Imperio.

2. Nicéforo Brienio, ya duque de Dirraquio[17] en época del emperador Miguel, antes del reinado de Nicéforo, comenzó a plantearse la posibilidad de acceder al trono y organizó la rebelión contra Miguel. No es necesario que expliquemos aquí las causas y el modo como lo hizo, pues la historia escrita por el césar ya hace constar las motivaciones de la rebelión. Pero sí hemos de relatar brevemente el hecho de que, tomando como base de operaciones la ciudad de Dirraquio, recorriera desde allí los dominios de Occidente para ponerlos bajo su propio mando y cómo fue capturado. Al interesado en poseer más exactos informes de este episodio lo remitimos al césar.

3. Este hombre merecía realmente el Imperio por su maestría en el arte de la guerra, por su pertenencia a uno de los linajes más ilustres, por estar adornado con una elevada estatura, por la belleza en su rostro y por la superioridad sobre sus contemporáneos en la seriedad de su carácter y en la fuerza de sus brazos. Era tan diestro en persuadir a la gente y tan capaz de atraerse a todos desde su primera mirada y su primera conversación, que todos en masa, soldados y civiles, lo auparon a los primeros puestos y lo consideraron digno de reinar sobre toda la parte oriental y occidental. Efectivamente, cuando marchaba sobre las ciudades, todas lo acogían con las manos alzadas y en medio de los aplausos una ciudad dejaba paso a otra. Las noticias de estos acontecimientos perturbaban a Botaniates, trastornaban también al ejército que le era fiel y precipitaban al Imperio entero en la zozobra.

15. Cinta larga y ancha que llevan los obispos de la Iglesia Ortodoxa sobre los hombros durante la liturgia. En la actualidad, se llama «omoforion» [ὠμοφόριον] y es semejante el humeral de la Iglesia Católica.

16. María de Alania. Tras el derrocamiento de Miguel Ducas, Nicéforo Botaniates se casó con ella.

17. El título de duque no tenía por qué ser hereditario. Corresponde aproximadamente al cargo de gobernador, tanto de ciudades, como de otros organismos administrativos. Asimismo, el jefe de la flota recibía la denominación de gran duque.

4. Así pues, se decidió enviar contra Brienio a mi padre Alejo Comneno, que acababa de ser designado doméstico de las escolas,[18] al frente de las fuerzas disponibles. En esta parte del Imperio de los romanos, la situación había llegado al límite. Los ejércitos de Oriente estaban dispersos cada uno por un lado a causa de la expansión de los turcos y su hegemonía sobre casi todo cuanto hay entre el ponto Euxino y el Helesponto, el Egeo y el mar de Siria, el Saro y los demás ríos, especialmente, los que, surcando Panfilia y Cilicia, desembocan en el mar de Egipto. Así se hallaban los ejércitos de Oriente. Los de Occidente, que se habían unido a Brienio, habían dejado al Imperio de los romanos con un ejército muy reducido y escaso. Le quedaban algunos inmortales,[19] que ayer mismo habían empuñado lanza y espada, unos pocos soldados de Coma y un ejército celta, que se mantenía con unos pocos hombres. Estas fuerzas le asignaron a mi padre y, mientras se llamaba a aliados turcos, el emperador le ordenó partir y enfrentarse a Brienio, confiando no tanto en el ejército que lo seguía, como en la inteligencia del hombre y su habilidad para hacer frente a guerras y batallas.

5. Pero Alejo, al enterarse de que el enemigo avanzaba imparable, sin esperar a la alianza con los turcos salió de la emperatriz de las ciudades, tanto él como sus hombres perfectamente armados y, cuando hubo llegado a Tracia, acampó en torno al río Halmiro[20] sin foso ni empalizada. Como sabía que Brienio estaba asentado en las llanuras del Cedocto,[21] deseaba que una distancia apreciable separara cada uno de los dos ejércitos, el suyo y el de los adversarios. En efecto, no quería oponerse frontalmente a Brienio, para que no se descubrieran las características de sus fuerzas y facilitar al enemigo

18. El doméstico de las escolas es el jefe de uno de los escuadrones de la guardia imperial acantonada en la capital. El título de doméstico corresponde al de jefe militar. También existen los cargos de doméstico de Occidente y de Oriente. Al primero se le confería el mando de las tropas estacionadas en la parte europea del Imperio; al segundo se le daba el mando sobre los ejércitos de la parte asiática.

19. Tropas creadas bajo inspiración persa por Miguel VII Ducas.

20. Hoy Kalivri, río de la Tracia oriental.

21. Entre Heraclea y Selimbria.

noción de las dimensiones de su ejército. Pues iba a lanzarse con unos pocos contra muchos, con bisoños contra veteranos. Por ello quería robarle por sorpresa la victoria al enemigo sin recurrir al valor y al ataque frontal.

V. Encuentro bélico con las tropas de Nicéforo Brienio. Valor de Alejo

1. Después de que mi relato haya situado en el momento del combate a estos dos gallardos personajes, Brienio y mi padre Alejo (ninguno era inferior al otro en valentía, ni el uno tenía menos experiencia que el otro), merece la pena examinar la suerte del combate, una vez estuvieron dispuestas las falanges y las respectivas formaciones de batalla. Estos dos hombres eran nobles, gallardos y parecidos en fuerza y experiencia, como puestos en una balanza. Pero debemos ver de qué lado se inclinaron los designios de la fortuna. Brienio, además de confiar en sus fuerzas y experiencia, era superior en el orden correcto de su formación. Alejo, por otro lado, tenía poca y muy débil esperanza en cuanto a su ejército, pero oponía la fuerza de su superior habilidad y los recursos de su sentido estratégico.

2. Cuando se percataron de su mutua presencia y de que había llegado ya la ocasión del combate, Brienio, enterado de que Alejo Comneno se adelantaba a interceptar el camino y que estaba acampado en Calaure,[22] dispuso sus tropas en formación y emprendió el ataque. Tras ordenar el ejército en sus alas derecha e izquierda, confirió el mando de la derecha a su hermano Juan. Cinco mil hombres eran los que integraban esta parte, entre italianos, soldados de las tropas del célebre Maniaces,[23] también jinetes de Tesalia y un

22. Al noroeste de Selimbria.

23. Jorge Maniaces había tomado Edesa y vencido a los árabes en 1032. Luego, venció a los musulmanes en Sicilia. Se sublevó en 1043 y fue reprimido. En este caso, habla de los antiguos mercenarios francos que procedían de su ejército.

sector no despreciable de la hetería.[24] De otra parte, el ala izquierda la constituían Tarcaniotes Catacalon con macedonios y tracios perfectamente armados, sumando todos juntos unos tres mil. Brienio en persona mandaba el centro de la falange formada por macedonios, tracios y lo más selecto del arcontado en pleno.[25] Todos iban cabalgando sobre sus caballos tesalios, destellando con sus corazas de hierro y los yelmos de sus cabezas. Cuando los caballos alzaban sus orejas y los escudos chocaban unos contra otros, ellos y sus yelmos despedían terroríficamente un enorme fulgor. Evolucionando en medio, como un Ares o un Gigante, Brienio, que superaba en un codo a partir de sus hombros a todos los demás, provocaba gran estupor y miedo a los que lo observaban. Fuera de toda la formación, como a dos estadios[26] de distancia, se hallaban unos aliados escitas armados a la manera de los bárbaros. Se les había ordenado que, una vez los enemigos se hicieran visibles y la trompeta diera la señal del combate, cayeran sobre la retaguardia y se arrojaran sobre los enemigos, mientras los acosaban con una densa y continua nube de dardos. Luego el resto del ejército, formado en filas compactas, atacaría con vigoroso ímpetu.

3. Así organizó Brienio a los suyos. Mi padre, Alejo Comneno, a su vez, tras reflexionar sobre la índole del lugar, situó una parte del ejército en un barranco y desplegó la otra frente al ejército de Brienio. Cuando estuvieron organizadas ambas partes y hubo alentado a cada hombre con sus palabras, animándolos a comportarse valerosamente, ordenó a una, la sección emboscada, que, cuando estuvieran a espaldas del enemigo, atacaran de improviso con el mayor arrojo posible y concentraran sus esfuerzos sobre el ala derecha. A los llamados inmortales y a algunos de los celtas los mantuvo a su

24. Cuerpo de la guardia compuesto por extranjeros y al mando de un heteriarca.

25. El término «arconte» recoge la denominación genérica de la nobleza bizantina y de la extranjera vinculada al Imperio, así como de los altos funcionarios.

26. La medida exacta del estadio es variable, llega desde los 124 metros hasta los 185, dependiendo de la época. Su origen está en la medida del estadio de Olimpia (177, 124 metros). Aquí le vamos a dar convencionalmente la equivalencia de 150 metros. En este caso, serían 300 metros.

lado para ponerlos bajo su mando. Emplazó a Catacalon[27] como comandante de los comatenos y turcos, y les encomendó que prestaran toda su atención al contingente escita a fin de repeler sus embestidas.

4. Así estaban las cosas. Tan pronto como el ejército de Brienio hubo llegado a la altura del barranco, nada más dar mi padre la señal convenida, saltaron entre clamores y gritería las tropas que estaban emboscadas y dejaron estupefactos a los enemigos con su repentina intervención, circunstancia que aprovechó cada uno acometiendo y matando al primero que encontraba hasta que los pusieron en fuga. Pero Juan Brienio, hermano del caudillo, rememorando su ímpetu guerrero y su valor, hizo volver su caballo con el freno, abatió de un único golpe al soldado de los inmortales que lo seguía, detuvo a la falange que huía en plena confusión y, tras reorganizarla, repelió a los enemigos. De ese modo, los inmortales emprendieron la huida en desorden con un cierto desbarajuste, masacrados por los soldados que iban siempre en pos de ellos.

5. Entonces mi padre se arrojó en medio de los enemigos y, combatiendo valientemente, desbarató el orden de la formación en el sector donde se había presentado, acometiendo a todo el que se le aproximaba y derribándolo al punto. En la confianza de que algunos soldados lo seguían para protegerlo, sostenía incansable el combate. Pero al darse cuenta de que su falange había sido rota y estaba ahora dispersa por todas partes, reagrupó a los de mayor presencia de ánimo (seis eran en total) y decidió que con las espadas desenvainadas, una vez estuvieran próximos a Brienio, cargarían contra él sin vacilación y, si era necesario, aquellos también morirían con él. Sin embargo, Teodoto, un soldado que había servido a mi padre desde pequeño, desaconsejó esa decisión alegando que el intento era manifiestamente descabellado. Tomando, pues, la dirección opuesta, pretendía apartarse a corta distancia del ejército de Brienio para iniciar de nuevo la acción cuando hubiera reagrupado y reorganizado a algunos conocidos de los soldados que se habían dispersado.

27. Este es Constantino Euforbeno Catacalon, diferente de Tarcaniotes Catacalon, que forma parte del ejército de Nicéforo Brienio.

6. Aún no se había apartado de allí mi padre y ya los escitas estaban desbaratando las filas de los comatenos de Catacalon mediante el empleo de alaridos y un enorme griterío. Una vez que los hubieron repelido y puesto fácilmente en fuga, dirigieron su atención al pillaje y se fueron en busca de su campamento. Pues así es la raza escita. Cuando aún no han terminado de batir claramente al contrario y poseer el dominio de la batalla, arruinan su victoria con el pillaje. Toda la servidumbre que componía la retaguardia del ejército de Brienio se mezclaba con las filas de sus soldados a causa del miedo a los escitas y para no sufrir ninguna calamidad por culpa de ellos. Como no paraba de presentarse gente que huía de las manos escitas, se originó una no pequeña confusión en las filas de Brienio, donde acabaron mezclándose unos estandartes con otros.

7. Entre tanto, mi padre, que estaba apresado y rodeado, como decíamos antes, por el ejército de Brienio, vio a un palafrenero de Brienio tirando de uno de los caballos imperiales engalanado con el manto púrpura y los fálaros dorados,[28] y también vio que los portadores de las picas terminadas en doble hacha, tradicionales acólitos del emperador, corrían cerca de él. Al ver esto, ocultó su rostro con la visera que pendía en torno a su casco y se lanzó contra ellos con sus seis soldados, de los que antes hemos dado cuenta, derribó al palafrenero, capturó el caballo imperial, arrebató también al tiempo las hachas de doble filo y abandonó sin ser advertido el ejército. Cuando estuvo fuera de peligro, despachó aquel caballo de dorados fálaros y las picas con hachas de doble filo, que marchan a ambos lados de la imperial persona, junto con un heraldo de voz muy potente con la orden de que recorriera todo el ejército gritando que Brienio había caído.

8. Esta estratagema, cuando fue realizada, logró que se reagruparan soldados del disperso ejército de mi padre, el gran doméstico de las escolas, y los hizo retornar, mientras que animaba a otros para que se mantuviesen firmes. Se quedaron inmóviles en el lugar que ocasionalmente ocupaban y, volviendo sus miradas hacia atrás, no daban crédito a tan insólito espectáculo. Se pudo entonces observar

28. Atributos imperiales.

la nueva situación que se había creado entre ellos. Las cabezas de los caballos que montaban miraban hacia adelante, pero sus rostros estaban vueltos hacia atrás, sin que avanzaran hacia adelante y sin querer volver las riendas hacia atrás. Estaban estupefactos y como desorientados por lo que ocurría.

9. Los escitas, añorando el regreso, emprendían la marcha hacia sus hogares y no perdían ya el tiempo en la persecución. Con su botín erraban por aquella zona lejos de ambos ejércitos. El anuncio de que Brienio había sido capturado y muerto iba envalentonando a los que hasta entonces se habían comportado como cobardes y fugitivos. La noticia ofrecía las pruebas de su veracidad con la presencia en todas partes del caballo adornado de insignias imperiales y con el anuncio, que las solitarias picas con hachas de doble filo hacían, de que Brienio, al que esas velaban, había caído por obra de una mano enemiga.

VI. Victoria de Alejo y captura de Nicéforo Brienio

1. Luego, la suerte contribuyó de la siguiente manera. Un destacamento del contingente aliado turco alcanzó al doméstico de las escolas Alejo y se percató de que había enderezado el curso del combate. Mientras preguntaban dónde estaban los enemigos, acompañaron a Alejo Comneno, mi padre, a una colina y a una señal de su mano sobre el ejército enemigo lo contemplaron como desde un puesto de observación. Y su estado era el siguiente. Se hallaban confundidos sin haberse reagrupado aún y se comportaban con altivez, porque con la victoria ya lograda se creían fuera de peligro. Habían relajado su ímpetu sobre todo cuando los francos que acompañaban a mi padre se pasaron a Brienio durante la anterior desbandada. En efecto, cuando estos francos hubieron bajado de los caballos y ofrecido la diestra, como es costumbre patria a la hora de rendir vasallaje, cada uno desde su puesto acudió junto a ellos para observar lo que sucedía. Las trompetas proclamaron por todo el ejército la noticia de que los francos se les habían sumado tras abandonar al general en jefe Alejo.

2. Cuando los hombres de mi padre y los turcos recién llegados vieron que aquellos estaban en una situación tan confusa, se dividieron en tres secciones y ordenaron que las dos primeras permanecieran emboscadas allí y que la tercera avanzara sobre el enemigo. Mi padre fue el responsable de la totalidad de ese plan de combate.

3. Los turcos no atacaban ordenadamente en falange, sino por separado y en grupos que se mantenían por cada lado a cierta distancia unos de otros. Luego, cada pelotón atacó a los enemigos con una carga a caballo mientras lanzaban una densa nube de flechas. Los acompañaba también mi padre Alejo, que había ideado esa táctica completa, con todos los soldados que las circunstancias le habían permitido reagrupar entre los que estaban dispersos. Entonces, uno de los inmortales que rodeaban a Alejo, y que era valeroso y audaz, se destacó con su caballo del resto de la formación y avanzó a galope tendido directamente contra Brienio. Y arremetió fuertemente con la lanza contra su pecho; pero Brienio desenvainó vehementemente su espada cuando la lanza aún no había logrado apoyarse con firmeza y la partió enseguida. Al que intentó alcanzarlo lo acometió con su espada en la clavícula, que le hizo impacto con todo su poder y le seccionó el brazo entero, coraza incluida.

4. Los turcos, que los alcanzaban en oleadas, ensombrecían el ejército enemigo con sus constantes disparos de dardos. Los hombres de Brienio estaban estupefactos por este repentino ataque; sin embargo, tras reagruparse y recomponer las líneas, encajaban la intensidad del combate exhortándose mutuamente a comportarse con valentía. Los turcos y mi padre, tras un breve enfrentamiento con los enemigos, fingieron huir, lo que arrastró pronto a los adversarios a una emboscada gracias a la artimaña con que los estaban atrayendo. Una vez llegaron al lugar donde estaba prevista la primera celada, de un giro se pusieron frente a los hombres de Brienio y a una señal convenida los emboscados salieron inmediatamente cabalgando de todas partes como enjambres. Con mucho griterío y clamor y un constante lanzamiento de dardos, ensordecieron los oídos de los partidarios de Brienio y cubrieron de tinieblas sus ojos por el denso número de dardos que llovía de todas partes.

5. Entonces, por la imposibilidad del ejército de Brienio de ofrecer resistencia (todos los hombres y caballos estaban ya heridos), este inclinó su estandarte indicando la retirada y dio la espalda a sus enemigos para que arremetiesen contra ella. Sin embargo, Brienio a pesar del agotamiento del combate y de la intensa presión que sufría, mostraba su valor y su animosidad acometiendo sin cesar en una y otra dirección al adversario, y organizando también sin cesar las medidas precisas para la huida de modo correcto y honroso. Contendían, asimismo, a cada uno de sus lados su hermano y su hijo,[29] que en aquellos momentos dieron admirables muestras a los enemigos de su heroico comportamiento.

6. Cuando ya su caballo estaba exhausto y no podía emprender ni la fuga ni la persecución (estaba próximo a expirar a causa de las sucesivas galopadas), reteniéndolo con la brida como un valeroso atleta, se plantó en posición de recibir y desafió a dos valientes turcos. Uno de ellos lo acometió con la lanza, pero no logró darle un golpe decisivo e iba a recibir de la derecha del turco otro más potente, cuando ya Brienio le había cortado con su espada la mano, que rodó por tierra aferrada a la lanza. El otro, saltó de su caballo como un leopardo, se precipitó sobre el caballo de Brienio y se agarró a su costado. Aquel estaba firmemente enganchado a este, procurando subírsele a la espalda; y este, revolviéndose como una fiera sobre sí mismo, quería clavarle a aquel su espada. Sin embargo, su empeño no encontraba la ocasión propicia y el turco que estaba aferrado a su espalda se agachaba siempre y esquivaba los mandobles. Finalmente, su derecha se dio por vencida de dar mandobles al aire, y el atleta renunció. Se puso entonces por entero a disposición de sus enemigos. Ellos lo cogieron y, como si hubieran alcanzado enorme gloria, lo llevaron a Alejo Comneno, que no se había situado muy lejos del lugar donde se capturó a Brienio y que estaba ordenando las falanges de los bárbaros y las suyas propias, mientras las excitaba para el combate.

7. Primero unos mensajeros habían anunciado a Alejo la captura de este hombre, después lo presentaron al general. Era realmente un espectáculo temible tanto durante la lucha, como cuando estaba cautivo. Dueño, pues, así de Brienio, Alejo Comneno lo envió prisionero al em-

29. Juan y Nicéforo Brienio, futuro esposo este de Ana Comnena.

perador Botaniates, sin tocarle para nada los ojos a este hombre. Pues no era Comneno de ese tipo de personas que se ensañan con sus oponentes tras su captura y consideraba suficiente castigo ser prisionero de guerra. Fueron, por tanto, sus grandes cualidades de nobleza, humanidad y generosidad las que también mostró con Brienio.

8. En efecto, tras su captura, durante una ocasión en que llegaron a un lugar llamado (...) después de haber recorrido un trecho bastante grande de camino, le dijo a Brienio con intención de que el hombre se recuperara de su pena dándole favorables expectativas: «Bajemos del caballo y sentémonos un poco para descansar». Pero él, temeroso del peligro que corría su vida, estaba como loco y no necesitaba reposo alguno. ¿Pues cómo podría hacerlo quien da por perdida su propia existencia? No obstante, pronto se doblegó al deseo del general. Pues si la persona sometida obedece a todo lo ordenado, en el caso de que sea un prisionero de guerra, lo hace aún más.

9. Los caudillos, por consiguiente, desmontaron de los caballos. Alejo yacía recostado sobre la verde hierba como sobre un lecho de follaje, y Brienio mantenía la cabeza apoyada sobre la raíz de una encina de alta cabellera. El uno dormía y al otro no lo vencía el dulce sueño, como se expresa la amable poesía.[30] Pero se fijó en la espada de Alejo y la estuvo contemplando colgada de las ramas. Como no veía a nadie por ningún lado en ese momento, rehaciéndose de su desazón, se le ocurrió una idea mejor que consistía en matar a mi padre. Quizá hubiera llevado a cabo su resolución, si no hubiera sido porque una fuerza divina procedente de lo alto se lo impidió, le calmó la furia de su ánimo y lo inclinó a observar con benevolencia al general. Yo misma pude oírle frecuentemente contar este relato. Le es legítimo, a quien quiera, pensar por ello que Dios guardaba a Comneno para un puesto de mayor rango, ya que era su deseo que el cetro de los romanos fuera honrosamente reclamado por él. Si le ocurrió a Brienio después de esto alguna desgracia no deseada, es responsabilidad de algunos que rodeaban al emperador.[31] Mi padre es inocente.

30. *Il.*, XIV 398; *Il.*, II 2.

31. Nicéforo Brienio fue cegado por orden del emperador Nicéforo III Botaniates (1078-1081). Tras la elevación al trono de su consuegro Alejo I Comneno, a pesar

VII. Basilacio[32] se rebela contra Botaniates. Alejo es encargado de someterlo

1. Así concluyó, por tanto, el episodio relacionado con Brienio. Pero mi padre Alejo, el gran doméstico, no iba a permanecer tranquilo e iría de contienda en contienda. Borilo, el bárbaro más próximo a Botaniates de los que formaban su círculo, salió de la ciudad, se encontró con mi padre, el gran doméstico, y tras arrebatarle a Brienio de sus manos, hizo lo que hizo. Ordenó también a Alejo de parte del emperador que marchara contra Basilacio, que ahora se ceñía la diadema del Imperio y sublevaba Occidente sin cortapisas después de la rebelión de Brienio. En efecto, este Basilacio era uno de los hombres más admirados por su valentía, coraje, audacia y fuerza. Además, este hombre por sus ansias de poder fue acaparando cargos y títulos de muy elevado rango, intrigando para conseguir unos y usurpando otros. Cuando Brienio fue sometido, Basilacio, como si fuese su sucesor, asumió todos los presupuestos de la rebelión.[33]

---

de su ceguera, fue objeto de grandes dignidades dentro de la corte. El castigo de cegar a los pretendientes fracasados se basaba en el requisito de que los emperadores debían de poseer una integridad física. Estar ciego era un impedimento para reinar, igual que ser un eunuco.

32 Nicéforo Basilacio, o Basilaces, pertenecía a una familia noble de Bizancio de origen, al parecer, armenio. Fue duque de Teodosiópolis. Participó con Romano IV Diógenes en la batalla de Mantzikert (1071) y contribuyó con su actitud servil hacia el emperador a la derrota. Cayó prisionero de Alp Arslán y fue liberado tras los tratados de paz. Conspiró contra Miguel VII Ducas y contra Nicéforo III Botaniates apoyando a Nicéforo Brienio en ambos casos, hasta que decidió, tras la derrota de este, aspirar él mismo al trono.

33. Una de lacras que Bizancio heredó del Bajo Imperio Romano fue la carencia de una norma clara y aceptada de transmisión del poder imperial. La sucesión dinástica funcionaba escasas veces y cualquiera con cierta fortuna militar o económica se creía capaz de aspirar a gobernar sin más apoyo que el ejército y, según periodos, la aristocracia. La mentalidad de la época suponía que el triunfo en la rebelión demostraba la anuencia divina, y la derrota, la negativa de Dios al candidato. Igualmente, la permanencia del emperador reinante en el trono venciendo a los usurpadores era prueba de la simpatía de Dios y, si alguien conseguía el derrocamiento era señal de que Dios deseaba un cambio en el trono. Esta mentalidad explica la continua aparición de usurpadores y la inestabilidad interna del Imperio en casi todas sus épocas. Igualmente, explica las aspiraciones De Ana Comnena al trono a través de su esposo

2. Comenzando desde Epidamno[34] (la capital del Ilírico)[35], había llegado hasta la ciudad de los tesalios,[36] tras haber sometido por sí mismo toda la región y haberse elegido y autoproclamado emperador, mientras trasladaba su ejército errante adonde quería. Este hombre era también admirado por las dimensiones de su cuerpo, la fuerza de sus brazos, la severidad de su rostro, cualidades que cautivan antes que otras a esa grosera clase de los soldados. Esta no para mientes en el alma, ni se fija en la virtud, sino que se detiene en las virtudes del cuerpo admirando la osadía, la fuerza, la agilidad y la estatura, Juzgándolas dignas de la Púrpura y de la diadema. Basilacio, que poseía estas cualidades no sin nobleza, poseía también un alma valiente e inconmovible. Tenía un cierto aire y aspecto digno por entero de ostentar el poder. Poseía una voz tonante, capaz de aterrar a todo un ejército, y un grito suficiente para anular el valor en el alma. Era invencible en sus arengas cuando intentaba, indistintamente, animar al soldado al combate o desanimarlo para que huyera. Dado que este hombre salió en campaña con tan ventajosas cualidades, tomó, como decíamos, la ciudad de los tesalios y reunió en torno a sí un ejército imbatible.

3. Pero mi padre, Alejo Comneno, como si fuera a enfrentarse a un enorme Tifón o un Gigante de cien brazos, tras despertar toda su astucia militar y su valiente inteligencia, estaba listo para combatir con su contrincante. Y aunque todavía no se había sacudido el polvo de sus últimas acciones ni había lavado la sangre de la espada ni de sus manos, marchaba como un terrorífico león hacia Basilacio, un jabalí de salientes colmillos, despertando su cólera.

---

el césar Brienio, pasando por encima de su hermano primogénito y del deseo del propio Alejo.

34. Más adelante, Ana Comnena la denomina Dirraquio. Es la actual Durrës, en Albania.

35. El Ilírico era una provincia romana de época imperial que comprendía zonas de la costa dálmata del Adriático y parte del interior. Estaba situada donde antiguamente estuvo el reino de Iliria. Sus límites eran Istria (Eslovenia y Croacia) por el norte y el río Drin (actualmente en Albania) por el sur. Al este, el límite era el río Sava (Croacia y Bosnia).

36. Tesalónica.

Llegó, en efecto, al río Bardario,[37] pues así lo denominan en el lugar. Este fluye desde lo alto de los montes cercanos a Misia y tras cruzar muchos lugares y separar en una parte oriental y otra occidental las cercanías de Berrea[38] y Tesalónica, desemboca en nuestro mar meridional. Algo semejante les ocurre a los ríos mayores. Una vez que mediante un cúmulo de tierras de aluvión ascienden a un nivel importante, entonces fluyen sobre tierras bajas como si cambiaran sus primeros lechos, y abandonando su antiguo curso seco de humedad y falto de agua, cubren el que recorren ahora de caudalosas corrientes.

4. Así pues, como existían dos cauces, el antiguo lecho y el curso recién creado, después de contemplar el terreno entre ambos, el gran estratega Alejo, mi padre, fijó como barrera de seguridad el torrente del río y utilizó el antiguo curso, que se había convertido en un foso por el flujo de la corriente, como una trinchera natural. Tras esto montó el campamento. No había más de dos o tres estadios[39] de distancia entre uno y otro cauce. Pronto todos estuvieron enterados de que el momento para descansar sería el día, durante el que harían reposar sus cuerpos con el sueño y darían a los caballos suficiente forraje, pues durante la noche permanecerían en vela esperando que sobreviniera un ataque por sorpresa de los enemigos.

5. Creo que estas disposiciones las había adoptado mi padre por sospechar durante esa noche alguna peligrosa tentativa proveniente de los enemigos. Esperaba que estos lo atacaran, ya sea porque lo previera gracias a su abundante experiencia, ya sea por conjeturas de otra índole. El caso es que su predicción no tardó mucho en hacerse realidad. Tampoco su previsión encontró unas disposiciones innecesarias. Salió de su tienda y marchó al lado de sus hombres con armas, caballos y toda la impedimenta necesaria para la batalla. Dejó en el campamento lámparas encendidas por todas partes y confió su tienda con su equipaje completo y con el material que llevaba dentro y que

37. Río Vardar, en Macedonia.

38. Verria, al sur de Vodena y al oeste de Tesalónica, en Grecia.

39. 300 o 450 metros.

precisaba para avituallarse a un tal Yoanicio,[40] uno de sus familiares más cercanos, que hacía tiempo había escogido la vida monástica. El general se alejó un buen trecho, ocupó sus posiciones con el ejército armado y aguardó el curso de los acontecimientos. Había tramado esto con idea de que Basilacio, cuando viera las hogueras encendidas por todas partes y la tienda de mi padre iluminada, creyese que este se encontraba descansando en ella y, como consecuencia, que podía capturarlo y someterlo.

VIII. Primer enfrentamiento con las tropas de Basilacio tras una estratagema de Alejo

1. No fue vana la predicción de Alejo, mi padre, tal como la hemos relatado. Efectivamente, como se esperaba, Basilacio atacó de repente el campamento a la cabeza de un ejército de jinetes e infantes que contaba con unos diez mil hombres aproximadamente. Encontró por doquier tiendas iluminadas con hogueras y, cuando vio también la tienda del general iluminada, entró con ímpetu en ella gritando agitada y tumultuosamente. Como no aparecía por ningún sitio la persona que esperaba hallar y no se presentaban ni soldados ni general, sino unos pobres sirvientes abandonados, todavía gritaba más y preguntaba estentóreamente: «¿Dónde está el tartamudo?» Con esas palabras pretendía burlarse del gran doméstico. Mi padre, con ser elocuente y original como ningún orador en sus ideas y argumentaciones, cuando pronunciaba la ere la lengua se le descontrolaba levemente y se le replegaba de modo imperceptible; sin embargo, en los demás sonidos hacía gala de una pronunciación fluida.

2. Mientras Basilacio le gritaba esos insultos, buscaba y revolvía todas las cosas, cofres, divanes, equipajes y hasta la propia cama de mi padre, no fuera que el general estuviera oculto entre alguno de estos enseres. Simultáneamente, miraba al monje llamado Yoanicio.

40. Monje eunuco que en estas fechas era ya un anciano. Como dirá más abajo la autora, acompañaba a Alejo en sus campañas por inspiración de la madre de este, Ana Dalasena, ya que confiaba en la prudencia y habilidad del monje.

La madre de Alejo se preocupaba afanosamente de que en todas sus campañas tuviera como compañero de tienda a alguno de los más honorables monjes, y aquel complaciente hijo obedecía la voluntad materna no solo durante su infancia, sino también en su juventud y hasta que se unió a una mujer. Basilacio buscaba entre todos los objetos de la tienda y, según palabras de Aristófanes,[41] mientras escudriñaba las tinieblas del Erebo, no dejaba de interrogar a Yoanicio sobre el doméstico. El monje sostenía con firmeza que había salido antes con todo el ejército. Cuando reconoció que era víctima de un enorme error, se retractó de sus intenciones y cambiando de un tono de voz a otro, gritaba: «Soldados, hemos sido engañados. El combate se entablará fuera de este sitio».

3. No había concluido sus palabras, cuando mi padre Alejo Comneno los atacó mientras estaban saliendo del campamento, asaltándolos enérgicamente con unos pocos soldados de su ejército. Al percatarse de que alguien estaba colocando en orden las falanges (en efecto, como la mayor parte de los soldados de Basilacio se habían entregado al pillaje y a la recogida de botín —hecho que entraba dentro de las primeras predicciones de mi padre—, aún no habían logrado reagruparse y restablecer sus líneas, cuando desgraciadamente para ellos los atacó el gran doméstico de improviso) y viendo al hombre que se dedicaba a restablecer la formación, pensó bien por su estatura bien por la brillantez de sus armas (le refulgían las armas por el reflejo de las estrellas) que aquel era el famoso Basilacio, se lanzó a su encuentro e impetuosamente lo alcanzó de un mandoble en la mano. Esta, al instante, cayó con la espada por tierra, lo que turbó grandemente a la falange. Pero no se trataba de Basilacio, sino de uno de los más valientes partidarios de Basilacio, que en nada desmerecía de Basilacio en las manifestaciones de su valentía.

4. Así pues, Alejo se batía duramente contra ellos, los alcanzaba con sus dardos, los hería con su lanza, profería aullidos de guerra, se hundía en la noche, aprovechaba todo lugar, ocasión e instrumento para la victoria y se servía de todos estos recursos valientemente,

41. Aristófanes, *Nubes*, 192.

con imperturbable prestancia y firme intención. Aunque se encontraba con gente que huía en todas direcciones, siempre sabía distinguir al enemigo del amigo. Cuando un capadocio llamado Gules, voluntarioso servidor de mi padre, diestro con su mano, de ímpetu invencible en el combate, vio a Basilacio y lo reconoció con fiabilidad, le propinó un mandoble en el yelmo; pero le pasó lo que a Menelao frente a Alejandro. Su espada, rota en tres o cuatro partes, le cayó de las manos, y solo quedó la empuñadura en la mano. Cuando el general lo vio, al momento se puso a insultarlo por no tener espada y lo llamó cobarde; pero el soldado, mostrando la empuñadura, lo único que le quedaba de su espada, calmó al gran doméstico.

5. Otro, un macedonio de nombre Pedro y de apellido Tornicio,[42] cayó en medio de los enemigos y mató a muchos de ellos. La falange le seguía, ignorando lo que se estaba haciendo. Como el combate se había entablado en la oscuridad, nadie era capaz de ver lo que estaba ocurriendo. Comneno se arrojó contra la sección de la falange que aún no se había dispersado e hirió a los que se le enfrentaban. Luego se volvió hacia sus soldados y de nuevo se afanaba para que destruyeran lo que aún resistía de la falange de Basilacio, mientras mandaba emisarios a los de retaguardia y les ordenaba no vacilar y que lo siguieran rápidamente hasta darle alcance.

6. En esto, un celta de la guardia del doméstico, por contarlo brevemente, valeroso soldado y lleno del espíritu de Ares, al ver que mi padre acababa de salir de entre los enemigos, con la espada desnuda, exhalando una cálida transpiración de sangre y, considerándolo uno de los enemigos, cayó a peso sobre él, lo acometió con la lanza sobre el pecho y pronto hubiera desplazado al general de la silla, si no es porque él mismo, simultáneamente, se afirmó en la silla y llamó al celta por su nombre, amenazándolo con cortarle enseguida la cabeza con su espada. Él siguió contándose entre los vivos gracias a que se excusó alegando el desconocimiento de su identidad y la confusión provocada por la noche y el combate.

42. Emparentado con la familia de los Taronitas. Descendiente de Tornik, príncipe de Taron, y de la casa real georgiana de los Bagrátidas.

IX. Alejo derrota a Basilacio y es nombrado sebasto por el emperador

1. Esos fueron los hechos que realizó de noche el doméstico de las escolas en colaboración con unos pocos. Cuando acababa de sonreír el día y el sol sobrepasaba el horizonte, los jefes de las falanges de Basilacio se afanaron con todas sus fuerzas en reagrupar a los que se habían dedicado al pillaje y habían abandonado la batalla. El gran doméstico, por su parte, había recompuesto su ejército y se lanzaba de nuevo contra Basilacio. Los hombres del doméstico vieron entonces de lejos a algunos soldados de Basilacio y tras una impetuosa ofensiva, retornaron junto a su jefe y trajeron consigo algunos prisioneros.

2. Manuel, el hermano de Basilacio, animaba al ejército desde una colina gritando estentóreamente las siguientes palabras: «Hoy es el día de la victoria de Basilacio». Un hombre llamado Basilio y de apellido Curticio, conocido y asiduo del famoso Nicéforo Brienio, cuyas peripecias ha contado nuestra historia, también incontenible en la guerra, avanzó a la carrera desde las filas de Comneno y subió a la colina. Manuel Basilacio, a su vez, sacó la espada de la vaina y, sueltas todas las riendas, se lanzó impetuosamente contra él. Curticio le asestó un golpe en el yelmo, no con la espada, sino tirando de la maza que colgaba de su silla de montar. El adversario al instante cayó derribado del caballo. Luego, arrastrándolo prisionero, se lo llevó a mi padre como botín. Entre tanto, los restos del ejército de Basilacio, al ver que Comneno aparecía con sus propias tropas, se dieron a la fuga tras una corta resistencia. Basilacio huía delante, y Alejo Comneno lo perseguía.

3. Cuando alcanzaron Tesalónica, los tesalonicenses no vacilaron en acoger a Basilacio y cerraron enseguida las puertas al general. Pero tampoco, a pesar de esta contrariedad, desistió mi padre de su propósito, ni se desprendió de la coraza, ni se despojó del yelmo, ni quitó el escudo de sus hombros, ni arrojó la espada. Por el contrario, tan pronto como hubo acampado, amenazó a la ciudad con someterla al

asedio y a un pillaje total. Como quería salvar al hombre, le propuso la paz a Basilacio por mediación de su acompañante Yoanicio (hombre de reconocida virtud) con unas condiciones que ofrecían a Basilacio la seguridad de no sufrir ninguna represalia a cambio de su entrega y la de Tesalónica. A pesar de la desconfianza de Basilacio, los tesalonicenses decidieron dejar el paso franco a Comneno por temor a que tomara la ciudad y a tener que soportar terribles calamidades.

4. Sin embargo, Basilacio, cuando se enteró de lo que estaba haciendo la población, se trasladó a la acrópolis y saltó de una a la otra. Y ni aún en estas circunstancias renunciaba al combate y a las batallas, por más que el doméstico le asegurara que no le sucedería nada irremediable. Antes al contrario, Basilacio aparecía como un hombre íntegro en los momentos críticos y apurados. No consintió en empañar su valor y gallardía, hasta que ocupantes y defensores de la acrópolis, tras expulsarlo de común acuerdo, lo entregaron a su pesar y por la fuerza al gran doméstico.

5. Inmediatamente, Alejo informó al emperador de la captura de Basilacio, permaneció un poco de tiempo en Tesalónica y restableció la situación en la ciudad para emprender finalmente el regreso espléndidamente victorioso. Pero unos enviados del emperador llegaron a mi padre entre Filipos y Anfípolis y, tras ponerle en la mano las órdenes dictadas por el emperador sobre aquel hombre, se hicieron cargo de Basilacio, lo condujeron a un lugar llamado Clempina y cerca de la fuente que hay allí le sacaron los ojos. Desde el momento en que se produjo este hecho y hasta hoy, la fuente se llama fuente de Basilacio.

6. Este fue para el gran Alejo, como si fuera un Heracles, el tercer trabajo previo a su reinado. No faltaríamos a la verdad si identificáramos a Basilacio con el jabalí de Erimanto y a mi padre Alejo con un valerosísimo Heracles vivo entre nosotros. Queden, pues, ahí los éxitos y las hazañas de Alejo Comneno antes del trono, por todos los cuales recibió como recompensa del soberano la dignidad de sebasto[43] con una proclamación pública de este cargo ante el senado.

43. Dignidad honorífica.

X. Comienzo del análisis del peligro normando. Descripción de Roberto Guiscardo[44]

1. Según creo, igual que hay cuerpos que padecen enfermedades por causas externas e igual que en algunos otros las causas de las enfermedades se generan en su mismo interior, y de acuerdo con uno u otro motivo acusamos con frecuencia a las irregularidades del clima o a algunas cualidades de los alimentos los orígenes de las fiebres y, en otras ocasiones, achacamos la enfermedad a la descomposición de los humores, del mismo modo el débil organismo de los romanos en aquella ocasión generó, como una mortal enfermedad, o bien a esos mencionados hombres, es decir los Urselios, Basilacios y cuantos componen la masa humana ansiosa de poder, o bien los vaivenes de la fortuna nos trajeron del exterior a unos déspotas, como si fueran un mal irremediable y una enfermedad incurable, es decir el famoso Roberto, conocido por sus tiránicas intenciones, hombre jactancioso al que generaron las tierras de Normandía y que parió y crió una perversidad sin límites.

2. El Imperio de los romanos se atrajo una enemistad de tal importancia por el pretexto que le habían dado para sus guerras contra nosotros un compromiso matrimonial concertado con los bárbaros y no ajustado a nuestros intereses y, en especial, la negligencia del entonces reinante Miguel, perteneciente al linaje de los Ducas. Y si acuso a algunos de mis parientes consanguíneos (en efecto, la familia de mi madre procede de los Ducas), que nadie se enoje. He decidido escribir la verdad de todos los acontecimientos y en lo que a ese hombre respecta no hago más que reflejar los reproches que todos le han hecho. Dicho soberano, Miguel Ducas, comprometió a la hija de ese bárbaro con su propio hijo Constantino y este hecho fue el que provocó la actitud de los enemigos. Sobre Constantino, hijo de este emperador, sobre su compromiso matrimonial y, en suma, sobre el matrimonio con la bárbara y,

44. Roberto Guiscardo (ca. 1015-1085), hijo de Tancredo de Hauteville, normando nacido en Coutances, uno de los artífices de la conquista normanda del sur de Italia. Fue duque de Apulia y de Calabria.

lógicamente, sobre qué grado de belleza, qué estatura tenía este hombre, qué carácter y de qué clase, hablaremos en su momento, cuando deba lamentar las desgracias que sufrí, es decir, tan pronto como esté concluida la exposición de los hechos relacionados con este matrimonio y con la destrucción total del poderío de los bárbaros, seguida de la consiguiente ruina de los tiranos normandos, que fueron víctimas de una irracionalidad que los alentaba a ir contra el Imperio de los romanos.

3. Sin embargo, antes debo volver atrás en la historia y detallar la peripecia vital de Roberto, esto es, aclarar su linaje, su categoría social, el poder y el rango a que lo elevó el curso de los acontecimientos, o por expresarme mejor y de forma piadosa, el puesto hasta el que lo dejó avanzar la Providencia, consintiendo sus malas artes y tretas.

4. Roberto era de origen normando y de irrelevante cuna. Tenía pensamientos propios de un tirano, un temperamento astuto y una fuerza considerable. Era muy hábil para obtener la riqueza y el rango de las personas importantes, y el más irrefrenable a la hora de actuar. Perseguía sus objetivos sin réplicas. En lo relativo a su talla, su cuerpo era tan alto que superaba a los hombres de mayor altura, su tez era rubicunda, su cabellera rubia, tenía anchas espaldas, sus ojos eran (...), pero el fuego destellaba desde ellos. Donde la naturaleza exigía proporcionar anchura, era equilibrado; y donde exigía estrechez, se ajustaba armónicamente, tal como he oído a muchos decir en numerosas ocasiones. En cuanto a su voz, Homero dijo lo mismo respecto a Aquiles. Una vez que él había terminado de hablar, los que oían se quedaban con la impresión de un tumulto producido por mucha gente, y su grito, según dicen, puso en fuga a millares de hombres. Siendo así en cuanto a linaje, naturaleza y espíritu, era también indomable, como es natural, e incapaz de subordinarse a nadie. Esas son las características que adornan a las personalidades fuertes, aunque sean de baja extracción social.

XI. Inicios de las fechorías de Roberto Guiscardo. La traición que cometió con su suegro Guillermo Mascabeles

1. Como tenía esa forma de ser y no soportaba que nadie lo mandase, partió de Normandía con algunos caballeros (cinco eran los caballeros y treinta todos los infantes), saltó de su patria y se dedicó a merodear por las colinas, las cuevas y los montes de Longibardía[45] al mando de una partida de bandidos, con los que asaltaba a los viandantes y tan pronto capturaba caballos, como otro botín o armas. El prólogo de su vida estuvo teñido de derramamientos de sangre y de numerosos asesinatos.

2. Mientras consumía el tiempo por los andurriales de Longibardía, reparó en él Guillermo Mascabeles, que era en aquella época señor de la mayor parte de los territorios colindantes con Longibardía y de donde recaudaba anualmente grandes impuestos, con los que podía ejercer su autoridad sobre abundantes fuerzas militares. Era, en suma, un ilustre caudillo. Como se dio cuenta del tipo de persona que era Roberto en ambos aspectos, es decir, su carácter y su físico, se aproximó irreflexivamente a este hombre y acabó por comprometerlo con una de sus hijas. Al poco tiempo de haberse celebrado el matrimonio y a pesar de la admiración que Guillermo sentía por su temperamento y su experiencia de los asuntos militares, fracasó sin remisión en los planes que había concebido.

3. En efecto, Guillermo le había regalado como dote una ciudad y lo había honrado con otras muestras de amistad. Pero Roberto, que abrigaba intenciones hostiles hacia él, planeó una rebelión contra su suegro. Primero estuvo fingiendo su buena disposición, mientras aumentaba sus fuerzas hasta triplicar el número de sus caballeros y procurarse el doble de infantes. A partir de entonces, empezó a agotarse la fuente de su buena disposición e iba desenmascarando paulatinamente su perversidad.

4. No dejaba de dar y recibir día tras día motivos de escándalo y de planear continuamente actitudes de las que suelen surgir conflictos y guerras. Como el citado Guillermo Mascabeles lo superaba holga-

45. Longobardia.

damente en riqueza y poder, Roberto rechazó la idea de hacerle frente en una batalla cara a cara y tramó un malévolo plan. Simuló buena voluntad, figuró arrepentimiento y planeó un ingenioso engaño difícil de descubrir en contra de su suegro para adueñarse de sus ciudades y convertirse en señor de todas las posesiones de Mascabeles.[46]

5. Primeramente, pidió la paz y envió una embajada para concertar un encuentro de ambos frente a frente. Guillermo acogió favorablemente las propuestas de paz por el extraordinario amor que sentía hacia su hija y concertó el encuentro para una fecha próxima. Roberto, a su vez, le señaló el lugar donde convendría reunirse para dialogar y ponerse de acuerdo en los puntos concretos del tratado. Era un sitio donde había dos colinas que sobresalían con pareja altura sobre una llanura y que estaban opuestas diametralmente. La zona intermedia era pantanosa, y se proyectaba en ella la sombra de diversos árboles y arbustos. En aquel mismo sitio emplazó Roberto a cuatro valerosos hombres armados y emboscados con la orden de que vigilaran atentamente en todas direcciones y cuando vieran que él reñía con Guillermo, saltaran inmediatamente sobre este sin la más mínima pérdida de tiempo. Una vez, pues, concluidos los preparativos de la trampa, aquel malvadísimo Roberto abandonó una de las colinas, la que había indicado a Mascabeles como apropiada para entablar las negociaciones, y se apropió en cierto modo de la otra. Tomó consigo quince jinetes y unos cincuenta y seis infantes, ascendió a la colina, los organizó en esta posición, les comunicó todo su plan a los más destacados de los soldados y le ordenó a uno que llevara sus armas, es decir, su escudo, su yelmo y su espada, a fin de poder armarse con facilidad llegado el momento. Finalmente,

46. Ana Comnena está novelando aquí una historia que tuvo lugar en realidad. Los protagonistas fueron, de un lado Roberto de Hauteville, que a partir de este hecho recibió el apellido de Guiscardo, y, de otro, Pietro de Turra, rico potentado de la ciudad de Bisignano, en la provincia de Cosenza, región de Calabria. Roberto citó a Pietro de Turra al pie de las murallas de la ciudad para tratar unas cuestiones que habían surgido entre los normandos y los habitantes de Bisignano. Ante los propios ojos de los conciudadanos de Pietro de Turra, Roberto y sus hombres capturaron a aquel para pedir por su liberación un rescate que hubieron de pagar los de Bisignano.

reiteró a los cuatro emboscados la orden de que, cuando vieran que reñía con Mascabeles, corrieran rápidamente hacia él.

6. En el día señalado, Guillermo llegó con intención de ultimar su tratado con Roberto a las proximidades de la elevación que previamente este le había indicado. Cuando Roberto vio que aquel se iba acercando, salió a su encuentro montado en su caballo y lo saludó abrazándolo muy calurosamente. Luego, ambos se situaron en una pendiente que estaba un poco por debajo de la cima de la colina y comenzaron a tratar lo que pensaban hacer. Aquel hábil Roberto iba consumiendo el tiempo, entrelazando discurso tras discurso hasta que dijo a Guillermo: «¿Por qué seguimos cansándonos montados a caballo? Desmontemos, sentémonos en el suelo y trataremos con mayor comodidad los asuntos que sea menester». Mascabeles secundó sus palabras, el ingenuo, porque desconocía el engaño y la trampa a que era llevado. Nada más ver a Roberto desmontar del caballo, también él descendió a tierra, clavó su codo en el suelo y continuó la conversación. Roberto reconoció su vasallaje a Mascabeles y su fidelidad, llamándolo señor y bienhechor. Algunos de los hombres de Mascabeles, tan pronto como vieron que aquellos desmontaban y que emprendían aparentemente otra charla, ataron las riendas alrededor de las ramas de los arbustos y se reclinaron en el suelo para refrescarse a la sombra de caballos y árboles, fatigados por el calor y la falta de comida y bebida (era verano, la estación en la que el sol suele arrojar sus rayos en vertical y el calor se convierte en insoportable), y otros se marcharon a casa.

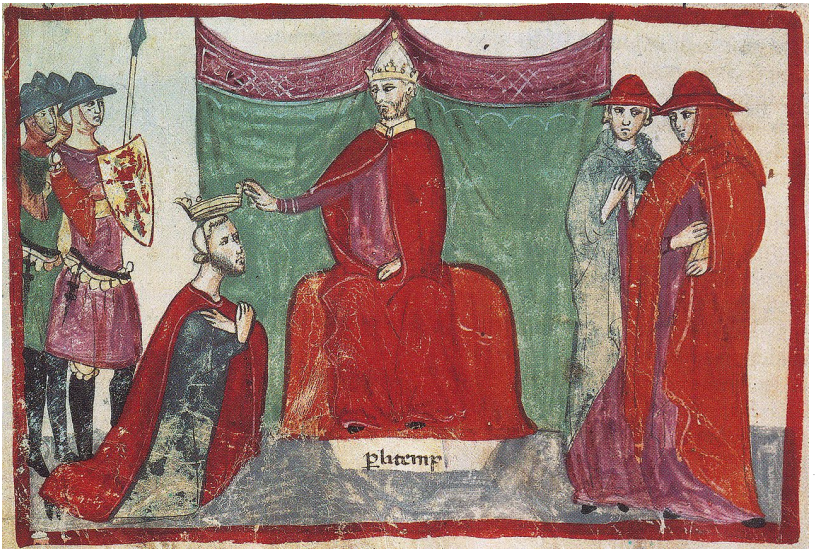
7. Así estaban los hombres de Mascabeles. A su vez, el siempre hábil Roberto, que tenía prevista esta reacción, se precipitó de repente sobre Mascabeles, abandonó la mirada que hasta entonces había mantenido, la cambió por otra llena de furor y le puso encima a Mascabeles su mano asesina. Se produjo entonces una refriega. Tan pronto atacaba Roberto, como era atacado; o arrastraba y era arrastrado. Al final, ambos cayeron rodando pendiente abajo. Cuando los cuatro hombres emboscados los vieron, salieron del pantano y cayeron a la carrera sobre Guillermo. Una vez lo tuvieron bien atado, corrieron al encuentro de los caballeros de Roberto situados

en la otra elevación, si bien ellos ya venían cabalgando en su dirección por la pendiente, seguidos detrás por hombres de Guillermo. Roberto subió al caballo, tomó yelmo, lanza, los aferró fuertemente y, cubierto con el escudo, se volvió y acometió con su lanza a uno de los hombres de Guillermo, que perdió la vida al tiempo de recibir el lanzazo.

8. Tras repeler en el mismo instante el ataque de los jinetes de su suegro y frustrar el auxilio que venían a prestarle (los restantes dieron enseguida la espalda al ver que los jinetes de Roberto estaban por encima de sus cabezas y que estaban apoyados por la naturaleza del terreno), tras frustrar de esta manera Roberto el ataque de los caballeros de Mascabeles, este fue conducido prisionero y encadenado a la fortaleza que Mascabeles había dado a Roberto como regalo de boda en el momento de comprometerlo con su hija. En consecuencia, la plaza fuerte retuvo a su propio señor como cautivo, por lo que fue llamada «La Fortaleza», como es lógico, a partir de aquel momento. Pero nada es peor que relatar la crueldad de Roberto, porque, una vez convertido en dueño absoluto de Mascabelés, se dedicó primero a arrancarle todos los dientes y a pedir por cada uno de ellos una importante cantidad de monedas al peso, mientras se informaba de dónde estaban depositadas. Como no cesó de desdentarlo hasta que se hubo apropiado de todo su dinero, las riquezas y los dientes abandonaron simultáneamente a Mascabeles. Luego, fijó su mirada en los ojos de Guillermo y lo privó de la vista, porque le envidiaba hasta la mirada.

XII. Roberto concibe el plan de apoderarse del Imperio y engaña a su gente para que lo secunden

1. Una vez convertido en dueño de todas las posesiones de su suegro, a partir de este instante empezó a medrar día a día y, por su natural inclinación a acumular mayor poder, iba sumando a las ciudades que ya poseía otras nuevas ciudades y a sus riquezas, otras riquezas. En breve ascendió a la dignidad de duque y se denominaba



El papa Nicolás II concede el título de duque de Apulia y Calabria a Roberto Guiscardo.

duque de Longibardía.[47] Como consecuencia, a partir de ese momento todos se excitaban de envidia en contra de él. Pero Roberto, que era un hombre inteligente, acabó por asumir el control total sobre Longibardía y sobre las regiones colindantes, bien sirviéndose de la adulación con sus adversarios, bien aplacando con regalos los tumultos del pueblo, o reprimiendo con su ingenio la envidia de los notables contra él y, en alguna ocasión, apelando a las armas.

2. Roberto, que siempre aspiraba a tener mayor poder y que estaba proyectando sus pensamientos sobre el Imperio de los romanos, con el pretexto de su parentesco con el emperador Miguel, como dije, se lanzó a la guerra contra los romanos. Habíamos dicho antes que el soberano Miguel, no sé cómo, prometió a su hijo Constantino[48] con la hija de ese tirano (Helena se llamaba).

47. Fue reconocido en el concilio de Melfi que tuvo lugar del 3 al 25 de agosto de 1059. Reunió a todo los obispos latinos del sur de Italia, y participaron en él un centenar de personalidades entre cardenales, obispos, abades, religiosos y nobles. El papa Nicolás II nombró a Roberto duque de Apulia y de Calabria, no de Lombardía como afirma la autora.

48. Constantino Ducas, hijo de Miguel Ducas y de María de Alania. Futuro prometido de Ana Comnena.

3. Me emociono y se me turban el alma y los pensamientos, cada vez que me acuerdo de este joven; pero dejo pendiente la narración de los hechos relacionados con él hasta que llegue el momento oportuno. Solamente, no me resisto a decir lo que sigue, aunque esté fuera de lugar. Aquel muchacho era un prodigio de la naturaleza y un regalo de las manos de Dios, por así decir. En efecto, solo con mirarlo se hubiera llegado a la conclusión de que era una pervivencia de la poetizada edad de oro de los griegos, tan arrebatadora belleza tenía. Cuando recuerdo a este joven después de tantos años, yo me cubro de lágrimas; pero contengo mi llanto y lo reservo pensando en ocasiones más adecuadas y para no confundir la historia mezclando los lamentos dedicados a los míos con los relatos históricos.

4. Este joven, de quien hemos hablado aquí y en otras partes, era mayor que nosotros en edad y, antes de que nosotros viéramos la luz del sol, se convirtió en prometido puro e inmaculado de Helena, la hija de Roberto. La promesa de matrimonio quedó por escrito, a pesar de lo cual no llegó a cumplirse y quedó solo en promesa, ya que este muchacho era aún impúber por la edad que tenía. Dicha promesa fue rota en el momento en que el emperador Nicéforo Botaniates accedió al Imperio. Pero me he desviado del curso de mi narración. Volveré de nuevo al punto en que me he desviado.

5. Pues bien, el famoso Roberto, que había pasado de tener un origen muy oscuro a ser hombre de ilustre linaje y que había acumulado un inmenso poder en su persona, conjuraba para convertirse en monarca de los romanos. Se inventó, en consecuencia, una serie de pretextos creíbles para su odio y sus guerras contra los romanos. De estos hechos se da una doble interpretación.

6. Una, que corría de boca en boca hasta que llegó a nuestros oídos, decía que un monje llamado Réctor, haciéndose pasar por el emperador Miguel, desertó al bando de Roberto y en calidad de consuegro se lamentaba de sus personales desgracias. El citado Miguel había recogido el cetro de los romanos tras el reinado de Diógenes y, después de estar al mando del Imperio durante un breve tiempo, fue derrocado por Botaniates, que se había rebelado contra

él. Entró, entonces, en la vida monástica para posteriormente vestir el hábito episcopal, la tiara y, si se quiere, incluso la epómide. Este fue el consejo que le dio el césar Juan, su tío por parte de padre, que conocía el carácter voluble del que entonces gobernaba y temía que Miguel sufriese algún daño.

7. El mencionado monje Réctor, al que llamaríamos mejor el actor más atrevido de todos los tiempos, fingió ser Miguel. Acudió al lado de Roberto como consuegro y lo puso al corriente de los hechos relacionados con la injusticia que se había cometido contra él, es decir, su derrocamiento del trono imperial y el infortunio que lo tenía reducido al estado que presentaba. Por todos estos agravios, invocaba al bárbaro en su defensa. Y añadió que había dejado sin recursos y viuda, a todas luces, de su prometido a la hermosa y joven doncella Helena, mientras decía enojado que la emperatriz María y su hijo Constantino habían sido arrastrados al partido de Botaniates contra su voluntad y obligados por el despotismo de este. Con estas palabras iba excitando la cólera del bárbaro e iba ofreciéndole las armas que precisaba para la guerra contra los romanos. Semejante relato llegó a mis oídos y no me asombré de que algunos personajes de muy oscuro linaje se fingieran seres ilustres y de noble origen.

8. Tengo presente, sin embargo, otra interpretación más creíble que proviene de otras fuentes. No hubo ningún monje que se fingiera el emperador Miguel, ni nada parecido que incitara a Roberto a combatir contra los romanos, sino que el bárbaro mismo, que era muy astuto, elaboró el citado plan sin dificultad. Esta versión continúa así. El mismo Roberto, según dicen, persona carente de cualquier tipo de escrúpulos, había estado gestando la idea de emprender la guerra contra los romanos y había estado preparándose desde mucho tiempo atrás para el combate, pero algunos de sus más señalados partidarios, incluida Gaita,[49] su propia mujer, había puesto impedimentos a su plan porque pensaban que iba a encabezar

49. Sikelgaita, Sigelgaita o Sichelgaita de Salerno (1040-1090), de origen lombardo e hija de Guaimario IV, príncipe de Salerno. Era la segunda esposa de Roberto Guiscardo y contrajo matrimonio en 1058.

una guerra injusta y que estaba haciendo preparativos bélicos contra cristianos. Por ello, debían retenerlo con frecuencia en el momento en que estaba a punto de intentar semejante empresa. Roberto, a su vez, con el deseo de dar un fundamento convincente a la excusa de la guerra, envió unos hombres a Cotrone[50] que estaban al corriente de sus secretos proyectos y que tenían órdenes de acoger, confraternizar y conducir a su presencia al primer monje que vieran con intención de cubrir la travesía hacia Italia, para ir en peregrinación al templo de los dos principales apóstoles y patronos de Roma,[51] y que por su aspecto no pareciera excesivamente vulgar. Tan pronto como encontraron al citado Réctor, hombre taimado y de inigualable perversidad, le indicaron por carta a Roberto, que estaba en Salerno, lo que sigue: «Tu deudo Miguel, el que ha sido despojado del poder imperial, ha llegado para solicitar tu ayuda». En efecto, Roberto les había ordenado que redactaran en esos términos la carta que iba a ser dirigida a él.

9. Nada más tenerla en sus manos, se la leyó inmediatamente a su esposa. Luego convocó a todos los condes y también les enseñó la carta a fin de verse libre de obstáculos provenientes de ellos con el pretexto de asumir sin dilación una causa justa. Muy pronto todos se mostraron de acuerdo con la decisión de Roberto, y de este modo hizo venir al monje y concluyó un convenio. Roberto organizó entonces una auténtica obra de teatro con todos estos elementos y montó una puesta en escena. Fingió que aquel monje era el emperador Miguel, que este había sido despojado del trono, privado de su mujer, de su hijo y de todos los demás bienes por el tirano de Botaniates y que, injustamente y contra toda razón justa, lo habían obligado a vestir el hábito monástico en lugar de las bandas y la diadema. Finalmente, añadió: «Ahora ha llegado suplicante a nuestra presencia».

10. Roberto se expresaba así públicamente, mientras tomaba medidas para restituirlo en el Imperio debido a su parentesco y mientras hacía diariamente a aquel monje objeto de honores, como

50. Crotona, en Calabria.

51. San Pedro y San Pablo.

si se tratase en realidad del emperador, concediéndole la presidencia en los actos públicos, los asientos de mayor altura y extraordinarias muestras de respeto, y disponiendo sus intervenciones públicas de diversas maneras. Tan pronto buscaba la compasión por los sufrimientos de su hija, como deseaba ahorrarle a su consuegro el recuerdo del daño que había sufrido, o alentaba y excitaba a los bárbaros que lo rodeaban para la guerra con astutas promesas de montañas de oro que, les anunciaba, obtendrían del Imperio de los romanos.

11. Tirándoles así de la nariz, logró alzar en armas tanto a los más ricos como a los más pobres de Longibardía y, arrastrándola por entero, se apoderó de Salerno, la capital de Melfi, en la que, tras ultimar las bodas de sus otras hijas, planeó la guerra magníficamente. Respecto a sus hijas, tenía dos aún con él, ya que la tercera residía infeliz en la emperatriz de las ciudades desde el mismo momento del matrimonio. Pues sucedió que Constantino, dada su condición de impúber, escapó desde el principio de estas nupcias como los niños pequeños escapan de los fantasmas. De las otras dos hijas, a una la prometió a Raimundo,[52] hijo del conde de Barcelona y a otra la casó con Eubulo,[53] también un conde muy ilustre. Ni siquiera estos compromisos los planeaba Roberto sin sacarles provecho y por todos los medios ganaba e incrementaba su poderío, ya fuera por el linaje, por la prepotencia, por el parentesco, o por otros medios de diversa índole que nadie podría siquiera imaginar.

52. Matilde o Mahalda, casada con Ramón Berenguer II, apodado «Cabeza de estopa», hijo de Ramón Berenguer I y de su esposa Almodís. La boda se celebraría antes de 1078. Ramón Berenguer era hermano gemelo de Berenguer Ramón II, con el que heredaría el condado a la muerte del padre. Al año del matrimonio de Ramón Berenguer, su hermano lo mató. El fratricida fue sometido a un juicio de Dios en presencia de Alfonso VI de Castilla. Derrotado por los caballeros que deseaban vengar la muerte de Ramón Berenguer II, marchó a Palestina para expiar su crimen en unión de sus leales. Cuenta la leyenda que allí enmudeció y que murió frente a los muros de Jerusalén.

53. En realidad, Mabilla, nombre de la otra hija de Roberto Guiscardo, se casó con Guillermo de Grantmesnil en 1093. Este personaje aparece en *La Alexíada* en XI VIII.5.

XIII. Enfrentamiento entre el papa y el rey[54] de Alemania y el papel desempeñado por Roberto en este conflicto

1. Entre tanto se produjo también el siguiente suceso digno de relatarse, porque se refiere a algo que incrementaba su buena suerte. Efectivamente, el hecho de que todos los caudillos de Occidente reprimieran cualquier tipo de actitud contraria a él podemos incluirlo entre las causas que provocaron la gran prosperidad de los intereses del bárbaro, ya que además la suerte era su colaboradora, lo elevaba al poder y le facilitaba toda clase de ayuda. Consecuentemente, el papa de Roma[55] (que ejerce un cargo noble y reforzado por ejércitos de toda índole), a causa de algunos conflictos que le habían surgido con Enrique, el rey de Alemania,[56] quería atraerse a Roberto mediante una alianza por la celebridad que había logrado y por el apogeo que gozaba merced a sus grandes dominios.

2. La disputa entre el rey y el papa consistía aproximadamente en lo siguiente. Este acusaba al rey Enrique de no cederle gratuitamente el control de las iglesias, sino de querer vendérselas a cambio de dinero y también de conferir en cierto modo la dignidad de obispo a hombres indignos. Estas eran las reclamaciones que le hacía el papa y por las que lo denunciaba. El rey de Alemania, por su parte, acusaba al papa de usurpación, ya que había arrebatado el trono apostólico sin su consentimiento. Igualmente, adoptaba una actitud desvergonzada con el papa y empleaba términos bastante insolentes en el sentido de que, si no abandonaba voluntariamente la sede, lo expulsaría arrogantemente de allí.

3. Cuando el papa se hubo enterado de estas exigencias, no tardó en enfurecerse contra los embajadores, a quienes primero torturó y luego les peló a rape la cabeza con unas tijeras y les rasuró las barbas con una navaja de afeitar. Finalmente, les permitió marcharse tras

54. Ana Comnena llama *rey*, «rex» [ῥήξ] a Enrique IV, emperador del Sacro Imperio Romano Germánico (1084-1105). Para la mentalidad bizantina, el único βασιλεύς (basileus) «emperador» era el del Imperio Romano de Oriente.

55. Gregorio VII (1073-1085).

56. La querella de las investiduras.

realizar con ellos una última e insólita prueba de su iniquidad, que superaba incluso a las vejaciones de las que suelen hacer gala los bárbaros. Yo detallaría también este ultraje, si no me retuviera el pudor propio de una mujer y de una princesa imperial. Porque el acto que llevó a cabo no solo era indigno de un pontífice, sino incluso de cualquier persona que se hiciera llamar cristiano. Me repelió no tanto el hecho como los pensamientos del bárbaro, porque si hubiera descrito en detalle aquel acto, habría mancillado mi cálamo y mi papel. Baste como muestra del ultraje que les infligió el bárbaro y de que el tiempo en su curso engendra toda clase de caracteres humanos dispuestos a atreverse con la maldad más absoluta, el que ni siquiera nosotros soportemos desvelar o narrar el más mínimo detalle de lo que se realizó.

4. Estos son los actos de un pontífice, oh, justicia, estos son los actos del primer pontífice, estos son los actos de la que es primera sede de todo el mundo, según afirman y piensan los latinos, pues se jactan de ello. Cuando se trasladaron de Roma a Constantinopla, a nuestra tierra y a nuestra ciudad imperial, el cetro, el senado y, al mismo tiempo, la administración estatal, se transformó también la jerarquía de las sedes episcopales. Los emperadores que reinaron anteriormente concedieron la primacía a la sede de Constantinopla y, principalmente, el concilio de Calcedonia[57] en pleno, que, al elevar el trono de Constantinopla a la primerísima dignidad, le subordinó todas las diócesis del mundo.

5. No hay duda, pues, de que el ultraje iba dirigido no tanto contra los embajadores, como contra el que los había enviado y por ello, además de castigarlos, el papa en persona descubrió una especie de nuevo ultraje que empleó contra ellos. Con sus actos comunicó, según creo, de forma simbólica al rey que sus exigencias eran despreciables, igual que si un semidiós pretendiera dialogar con un mulo a través de los embajadores que fueron víctimas de la citada vejación.

6. Tan pronto como el papa hubo concluido con estos actos, tal cual he dicho, y hubo remitido al rey sus embajadores de aquella ma-

57. Concilio de Calcedonia, IV Ecuménico, que tuvo lugar en el año 451. En el canon 28 se especifica, contrariamente a la afirmación de Ana Comnena, la igualdad de privilegios entre la sede de Roma y la de Constantinopla.

nera, le declaró una crudísima guerra. Para evitar que el rey llegara a ser imbatible por su unión con Roberto, se adelantó a proclamar sus pacíficas intenciones a Roberto, cuando ni siquiera previamente poseía lazos de amistad con él. Al enterarse de la llegada del duque Roberto a Salerno, el papa partió de Roma y se presentó en Benevento. Tras unas conversaciones a través de embajadores, concertaron un encuentro personal. De este modo después de que uno saliera de Benevento con la guardia y otro de Salerno con un ejército, tan pronto como las tropas de ambos se hubieron divisado a una prudente distancia, cada uno de ellos se destacó de sus filas, se encontraron en un mismo sitio, se intercambiaron mutuos juramentos de lealtad y se volvieron. El juramento establecía que el papa debía conferir a Roberto la dignidad de rey y firmar con él una alianza en el momento oportuno contra los romanos.[58] El duque, a su vez, juró al papa que lo apoyaría en lo que deseara. Sin embargo, estos juramentos nunca se hicieron realidad. El papa estaba muy enojado contra el rey, y el enfrentamiento contra este le corría mucha prisa. Y el duque Roberto, por su parte, tenía la mirada puesta sobre el Imperio de los romanos, contra el que rechinaba los dientes como un jabalí salvaje y alimentaba su cólera. Por tanto, los juramentos se quedaron solo en las palabras. Estos bárbaros, no bien habían terminado de jurar el cumplimiento de sus mutuos acuerdos cuando ya los rompían.

7. El duque Roberto volvió riendas y se dirigió a Salerno y ese despreciable papa (no sé de qué otro modo llamarlo ante el recuerdo de aquel inhumano ultraje a los embajadores) marchó a la guerra, una guerra civil, asistido por la gracia espiritual y la paz evangélica, con todo convencimiento y con todas sus fuerzas, el muy déspota, el pacífico y el discípulo del pacífico. El papa pronto despachó embajadores a los sajones y a los caudillos de los sajones, Landulfo y Velco,[59] con promesas de muchos y diversos beneficios y con el anuncio

58. Estos romanos son los bizantinos. Para la mentalidad bizantina, su estado se denominaba Imperio de los Romanos o Romania y sus súbditos eran romanos. Bizantinos eran solo los habitantes de Bizancio, esto es, Constantinopla.

59. Rodolfo, duque de Suabia y Welf, duque de Baviera.

de que los haría reyes de todo el Occidente. Y se atrajo a estos hombres a su partido. Tan pronta tenía él su diestra para nombrar reyes, haciendo oídos sordos, según parece, a San Pablo, cuando decía: «No impongas a nadie las manos con ligereza».[60] Le ceñía la diadema al duque de Longibardía tanto como coronaba a aquellos sajones.

8. Cuando ambos, Enrique, el rey de Alemania, y el papa coincidieron en el campo de batalla[61] con sus fuerzas y las tuvieron alineadas unas frente a otras, el cuerno de guerra dio la señal convenida y la batalla provocó en cada uno de los dos bandos un violento y continuo alboroto. Tan valientemente se portaban ambas facciones y encajaban las heridas de lanzas y la nube de dardos, que en breve toda la extensa llanura quedó encharcada con la sangre de la matanza hasta el punto de que los supervivientes debían luchar nadando en un amasijo de sangre mezclada con polvo. Incluso en ocasiones, al pisar los cuerpos de los muertos, algunos caían y se ahogaban en los ríos de sangre, porque si es verdad, como dicen, que cayeron más de treinta mil hombres en aquella batalla, qué grandes torrentes de sangre debieron de fluir, qué gran extensión de tierra debió de cubrirse con el polvo y la sangre.

9. Ambas partes estuvieron manteniendo las cabezas igualmente altas en el combate, por decirlo de alguna manera, hasta que la muerte de Landulfo, el caudillo de los sajones, decidió la contienda. Tan pronto como este recibió una herida mortal y dejó de vivir, cedió la falange del papa y ofreció la espalda a los enemigos en una huida no exenta de sangre ni de heridas. Lo siguió Enrique, excitando y animando a la persecución desde el mismo instante en que se enteró de que Landulfo había caído por obra de una mano enemiga. Sin embargo, acabó por detener su carrera y ordenar que su ejército descansara. Cuando volvió a armarse, ya descansado, se apresuró en dirección a Roma con intención de asediarla.

60. I *Timoteo*, V.22.

61. Batalla de Hohenmölsen, el 15 de octubre de 1080. Esta batalla estaba provocada, realmente, por el enfrentamiento entre el emperador Enrique IV y el duque de Suabia, Rodolfo de Rheinfelden (Landulfo, para Ana Comnena) por el dominio de la zona. Con todo, los conflictos con el papado influyeron en el curso de esas luchas.

10. Recordó entonces el papa los tratados y juramentos con Roberto y le mandó una embajada para solicitar su ayuda. Y he aquí que, simultáneamente, también Enrique buscó su apoyo con el envío de emisarios en el momento de marchar sobre la vieja Roma. A Roberto, sin embargo, le parecieron ambos igualmente idiotas al requerir un pacto de tal índole. Entonces, respondió al rey de palabra, sin ningún escrito y al papa le redactó una carta. La carta decía, más o menos, así: «Carta para el gran pontífice y señor mío, de Roberto, duque por la gracia de Dios. Aunque conozco de oídas la ofensiva que unos enemigos han realizado contra ti, no he dado ningún crédito a ese rumor, porque sé que nadie se atrevería a levantarte la mano. ¿Quién, a no ser que estuviera loco, intentaría algo contra tan magnífico padre? Por otra parte, te comunico que yo me estoy armando para una muy dura campaña contra un pueblo dificilísimo de batir, los romanos, que han llenado toda la tierra y el mar con sus triunfos. Sin embargo, soy deudo, desde el fondo de mi alma, de mi lealtad hacia ti, que te brindaré cuando la ocasión lo requiera». De este modo despachó a los embajadores de los gobernantes que solicitaban su auxilio. A unos lo hizo con esta carta; de otros se libró despachándolos con persuasivas palabras.

XIV. Roberto se apresta a cruzar en dirección a Aulón.[62] Actuaciones previas de su hijo Bohemundo[63] en el Ilírico

1. Pero no omitamos las acciones que realizó él en Longibardía hasta su llegada a Aulón acompañado del ejército. Porque era además una persona de carácter tiránico y muy cruel, fue en aquellos momentos cuando imitó la locura de Herodes. Efectivamente, no satisfecho con los hombres ya alistados desde antes y veteranos en las batallas, consiguió poner en armas un ejército de nuevos reclutas sin reparo ninguno respecto a su edad. Antes al contrario, se atrajo a su bando

62. Valona, en la costa de la actual Albania.

63. Bohemundo de Tarento (1058-1111).

al que se pasaba por su edad y al que no la alcanzaba, y los reunió de todas las procedencias de Longibardía y Apulia. Era penoso ver a niños, jóvenes y pobres ancianos, que ni siquiera en sueños habían visto un arma, cubiertos entonces por una coraza, aferrando un escudo, tensando un arco del modo más torpe e incorrecto y cayéndose de boca cuando había que caminar.

2. Precisamente esta actitud era origen de incesantes alborotos en la región de Longibardía, y por todas partes se elevaban lamentos de hombres y gemidos de mujeres que participaban en las desgracias familiares. De estas, una se lamentaba por su marido que sobrepasaba la edad militar; otra, por su hijo que ignoraba los entresijos de la guerra, y otra, por su hermano que era labrador o que se había ocupado en otras tareas. Esta actitud, como dije, era totalmente característica de una locura como la de Herodes, o incluso mayor que la de Herodes, pues este solo hizo víctimas de su cólera a los recién nacidos y aquel también tomó como víctimas a niños y mayores. No obstante, a pesar de tener tan poca práctica, diariamente, por así decir, los entrenaba y ejercitaba los cuerpos de los nuevos reclutas.

3. Esto le sucedía a Roberto en Salerno, antes de llegar a Hidrunte.[64] Hacia allí envió por delante un ejército bastante numeroso para que esperase su venida, que se produciría cuando estuvieran ultimadas las cuestiones referentes a la región de Longibardía y hubiera ofrecido a los embajadores las respuestas apropiadas. A todo lo que le había comunicado al papa, le añadió, no obstante, que había ordenado a su hijo Rogelio, nombrado gobernador de toda la Apulia, y a Boritilas,[65] su hermano, que cuando el trono de Roma los requiriese para auxiliarlo contra el rey Enrique, acudieran rápidamente a su presencia y le prestaran el apoyo de su poderosa alianza.

64. Otranto.

65. Roberto I, conde de Loritello a partir de 1061 (muerto en 1107), sobrino de Roberto Guiscardo, no hijo. Su padre era Godofredo de Hauteville (1020-1071), hermano de Roberto Guiscardo, ambos hijos de Tancredo de Hauteville (980-1041).

4. A Bohemundo, el más joven de sus hijos y parecido a su padre en audacia, fuerza, valentía y temperamento incontenible (era una copia perfecta del padre y poseía la viva impronta del carácter de este) lo destacó con un potentísimo ejército para que asolara dentro de nuestro territorio los lugares que rodean a Aulón. Él, tras caer enseguida amenazadoramente y con el incontenible ímpetu de un relámpago sobre Canina, Jericó[66] y Aulón, se apoderó de todas estas localidades, siguiendo siempre la táctica de tomar los alrededores de su próximo objetivo e incendiarlos mientras combatía en el anterior. Realmente, era tanto una humareda muy penetrante que auguraba un próximo incendio como los prolegómenos de un asedio que auguraba el gran asedio. Se podría identificar a estos dos bárbaros, padre e hijo, con las larvas y con las langostas, porque aquello que le sobraba a Roberto, su hijo Bohemundo lo agarraba y se lo comía. Pero no hagamos pasar todavía a Roberto en dirección a Aulón y examinemos lo que hizo por tierras de la costa italiana.

XV. Raúl, un embajador enviado por Roberto a Constantinopla, regresa y desbarata el pretexto de la guerra

1. Tras abandonar Salerno llegó a Hidrunte. Después de permanecer en este lugar unos pocos días y recibir a Gaita, su mujer (ella acompañaba a su marido en la campaña y era algo terrible cuando aparecía recubierta con las armas). Tan pronto como la hubo saludado a su llegada, salió nuevamente de allí con todo su ejército y llegó a Brentesio, que es el mejor puerto de toda Yapigia.[67] Una vez allí, esperó impaciente que se reunieran en este punto el ejército y todos los navíos, tanto los mercantes, como los largos[68] y los de guerra. Parecía, en efecto, que iba a emprender desde allí la travesía hacia nuestro territorio.

66. Realmente, el nombre de la localidad era en griego Órikos [Ὥρικος], en la actual costa sur de Albania, norte del Epiro.

67. Brentesio es Bríndisi; Yapigia es Apulia.

68. Los navíos largos eran los barcos de carga.

2. Mientras estaba en Salerno, envió un embajador, de nombre Raúl, que escogió entre hombres más destacados al emperador Botaniates, que ahora estaba al frente del Imperio tras derrocar al soberano Ducas. Esperaba sus respuestas, pues le había dirigido una serie de reproches y pretextos, en apariencia razonables, para la presente guerra; que, como hemos dicho anteriormente, había separado a su hija, prometida al emperador Constantino, de su novio, a quien le había arrebatado el Imperio, y que por esos ultrajes él se movilizaba en su defensa. También había enviado algunos regalos y una carta al que entonces tenía el cargo de gran doméstico y exarca[69] de los ejércitos de Occidente (esto es, a mi padre Alejo) con la promesa de su amistad. Así, esperando las respuestas a sus mensajes, permanecía en Brentesio.

3. Cuando aún no estaban congregadas todas las tropas y la mayoría de las naves no habían sido botadas, regresó Raúl de Bizancio. Como no traía ninguna respuesta a sus denuncias reavivó la cólera del bárbaro, tanto más cuanto que alegaba los siguientes argumentos en su discurso para hacerlo desistir de la guerra contra los romanos. Primero, que el monje que los seguía era un comediante, un impostor que estaba suplantando al soberano Miguel y que sus pretensiones eran pura ficción. Raúl afirmaba, en efecto, que había visto a Miguel después de derrocado en la ciudad imperial vestido con un mísero hábito gris y viviendo en un monasterio, ya que se había tomado la molestia de ir a ver con sus propios ojos al emperador destronado. Luego, añadió también la noticia, que había llegado a sus oídos durante el camino de vuelta. Mi padre, tras apoderarse del Imperio, como más adelante contaré, arrojó a Botaniates del Palacio Imperial e hizo llamar al hijo de Ducas, Constantino, el más ilustre de los hombres que habitan bajo el sol, para asociarlo al trono imperial.

4. Al haberse enterado Raúl de estos acontecimientos por el camino, añadió este hecho como un persuasivo argumento a fin de desbaratar los preparativos para la guerra. «¿Pues qué razón justa nos

69. El exarca es un alto funcionario cuya autoridad le ha sido conferida directamente por el emperador y que lo representa.

amparará», dijo, «en nuestra lucha contra Alejo, si fue Botaniates el que dio base a la injusticia y privó del cetro de los romanos a tu hija Helena? Los actos que unos han realizado en perjuicio nuestro no pueden ser el origen de una guerra conforme a derecho contra otros que en nada nos han agredido. Dado que la guerra no tiene una causa justa, todo carece de sentido, las naves, las armas, los hombres y todos los preparativos militares».

5. Todo lo dicho desató grandemente la ira de Roberto. Había enloquecido e iba a echarle mano. Por otro lado, el falso emperador Miguel, que fingía ser un Ducas y al que también hemos llamado Réctor, estaba enfadado y lleno de irritación sin poder contener su ira, ya que había quedado claramente probado así que no era el famoso emperador Ducas, sino un fingido pseudoemperador. Como aquel tirano estaba además molesto con Raúl porque su hermano Rogelio[70] se había pasado voluntariamente al bando de los romanos y les había revelado todos los planes de la guerra que se preparaba, quiso castigar de alguna manera a Raúl amenazándolo con una muerte instantánea. Pero él, sin esperar ni un instante para huir, escapó junto a Bohemundo, en el que halló algo de refugio gracias a que estaba cerca.

6. Réctor entonaba trágicamente la letanía de sus sangrientas amenazas contra el hermano de Raúl, que había desertado al bando de los romanos, y mientras profería grandes gritos, golpeándose el muslo con la diestra, reivindicó ante Roberto lo siguiente: «Una sola cosa es la que pido, que si accedo al Imperio y soy restaurado en mi trono, se me entregue a Rogelio; y si no le doy rápidamente una muerte miserable, crucificándolo en medio de la ciudad, que Dios haga conmigo lo que quiera». Cuando cuento estas cosas, me echo a reír de la idiotez de estos hombres, de su simpleza y todavía más de la fanfarronería que mostraban unos con otros. Roberto manejaba a ese truhán como pretexto, como cebo y como una ficción de consuegro y emperador. Lo mostraba a las ciudades y alzaba en rebelión a aquellos ante los que

70. Raúl y Rogelio eran hijos del noble francés Dagoberto. Toda la familia acabó asentada en Constantinopla y creó una dinastía al servicio del Imperio durante siglos.

se presentaba y a los que podía convencer. Pero tenía en mente que cuando le fueran favorables el curso de la guerra y la suerte, le daría un capón en el cogote y lo despacharía entre carcajadas, pues nos reímos del cebo cuando la presa es nuestra. Réctor, por su parte, se alimentaba con las falsas esperanzas de que sucedería que tendría alguna parte en el poder, como suele ocurrir inesperadamente en muchas ocasiones. Ese sería dueño absoluto del Imperio, ya que ni el pueblo ni el ejército romano aceptarían al bárbaro Roberto en el trono imperial. Entre tanto lo utilizaría como un instrumento para el desarrollo de sus intrigas. Cuando pienso en esto, esbozo una sonrisa y acude la risa, mientras voy deslizando mi pluma en dirección a la lámpara.

XVI. Actuación de Monomacato,[71] duque de Dirraquio, en los conflictos planteados por la invasión de Roberto y la rebelión de Alejo

1. Sin embargo, Roberto había congregado en Brentesio todas sus fuerzas, tanto las naves como los soldados (las primeras ascendían al número de ciento cincuenta y la totalidad de los soldados se contaba en treinta mil con doscientos hombres por cada nave, incluidos armas y caballos), y estaban dotados con este equipo porque los hombres a los que debían enfrentarse estarían pertrechados con iguales armas e irían a caballo. Pensaba zarpar hacia la ciudad de Epidamno, a la que llamaremos Dirraquio de acuerdo con la costumbre actual. Su plan consistía en atravesar desde Hidrunte hasta Nicópolis[72] y tomar las poblaciones y fortalezas vecinas a Naupacto. Sin embargo, dado que la distancia por mar es mayor desde Hidrunte hasta esas dos localidades que desde Brentesio a Dirraquio, escogió esta ruta antes que aquella, porque prefería a un tiempo hacer la travesía por

71. Jorge Monomacato fue nombrado duque (gobernador) de Dirraquio y del Ilírico en 1078 por Nicéforo III Botaniates para sustituir la rebelde Basilacio. Ocupó el cargo hasta 1081.

72. Localidad situada al norte de Préveza, en Grecia.

el camino más rápido y procurar una fácil navegación a la flota. En efecto, era invierno en aquella época y el sol, con su marcha hacia círculos meridionales y su aproximación a Capricornio acortaba la duración del día. Por consiguiente, para no navegar de noche tras haber zarpado de Hidrunte al amanecer, y meterse en alguna tormenta, decidió viajar a toda vela desde Brentesio hasta Dirraquio. La distancia de la travesía es más reducida en aquel lugar porque el mar Adriático se estrecha. No dejó atrás a su hijo Rogelio, como tenía decidido previamente, tras nombrarlo señor de Apulia, sino que, no sé cómo, cambió de opinión y lo hizo acompañarlo otra vez.

2. Durante la travesía hacia Dirraquio tomó al primer asalto la muy fortificada ciudad de Corifó[73] y algunas otras fortalezas nuestras. Tras haber cogido rehenes de Longibardía y Apulia e imponer contribuciones y tributos por todo el país, se esperaba que pusiera su atención en Dirraquio. Era en aquellos momentos duque de todo el Ilírico Jorge Monomacato, que había sido enviado por el soberano Botaniates. Este hombre había rehusado en principio hacerse cargo de la misión y no estaba en absoluto convencido de aceptar ese cargo; pero los esclavos bárbaros del soberano (Borilo y Germano eran escitas) estaban profundamente enojados con Monomacato y, como siempre estaban tramando infligirle tremendos castigos, hablaron mal de este hombre al soberano. Tramaron cuantas maquinaciones se les antojaban y excitaron tanto el ánimo del emperador contra Monomacato, que Botaniates se dirigió a la emperatriz María con las siguientes palabras: «Tengo la sospecha de que Monomacato es enemigo del Imperio de los romanos».

3. Cuando Juan de Alania, que era muy amigo de Monomacato y que conocía la inquina de los escitas y las continuas actividades contra él, se enteró de esta conjura, partió a su lado, reveló a Monomacato las palabras del emperador y las de los escitas, y le aconsejó que adoptara la medidas oportunas. Él, que era prudente, acudió a presencia del emperador y aceptó el cargo de duque de Dirraquio, mientras se ganaba su simpatía sirviéndose de términos aduladores. Tras recibir la orden de partida en dirección a Epidamno y tomar las

73. Córcira/Corfú.

instrucciones escritas para el gobierno del territorio ducal, se apresuró a salir dos días después de la ciudad imperial rumbo a Epidamno y al país del Ilírico, porque los escitas Borilo y Germano le urgían insistentemente a que partiera.

4. En torno más o menos al lugar conocido como la Fuente, donde hay un templo dedicado a Nuestra Señora la Virgen Madre de Dios que es famoso entre los templos de Bizancio, se tropezó con mi padre, Alejo. Tras reconocerse mutuamente, Monomacato comenzó a hablar muy afectado al gran doméstico. Le dijo que se había exilado por él y por su amistad, que los escitas Borilo y Germano sentían envidia de todos y, poniendo a girar la rueda del odio que le tenían a él, habían logrado separarlo de su familia y de esta hermosa y amada ciudad bajo una hermosa apariencia. Tan pronto hubo narrado detalladamente todas sus desventuras, todas las calumnias que habían levantado ante el emperador y que había padecido por culpa de estos esclavos, el doméstico de Occidente le proporcionó todo el consuelo que podía darle, ya que era capaz de aliviar el alma apesadumbrada por las desgracias. Finalmente, tras afirmar Alejo que Dios sería el vengador de esas injusticias y advertirle que recordaría su amistad, despidió a Monomacato, que se encaminaba hacia Dirraquio, y él avanzó en dirección a la ciudad imperial.

5. Cuando Monomacato llegó a Dirraquio y se enteró tanto de los preparativos del tiránico Roberto, como del levantamiento de Alejo, comenzó a ponderar su reacción. En público se mostraba hostil a ambos, pero tenía pensamientos más profundos que su hostilidad a la vista y que la apariencia. El gran doméstico le había advertido por carta de lo ocurrido: que lo amenazaba la privación de la vista y que ante esta perspectiva no tuvo más remedio que oponerse a los tiranos con prácticas propias de una tiranía, que él debía sublevarse por su amigo y que asumiera la misión de enviarle dinero recaudado por cualquier medio. «En efecto», dijo. «Necesito dinero, y sin este no es posible nada de lo que debe hacerse».

6. Pero Monomacato no envió el dinero y, tras una amistosa recepción a los emisarios de Alejo, les ofreció en lugar de dinero una carta que contenía el siguiente mensaje. Él conservaba la primitiva

amistad hasta ese día y se comprometía a cuidarla en adelante. En lo concerniente al oro requerido, deseaba vivamente enviarle cuanto dinero quisiera. «Sin embargo», dijo, «me ha retenido un motivo justo. En efecto, yo he sido enviado a esta plaza por el emperador Botaniates y le he jurado la fidelidad del vasallaje. Ni siquiera a ti te parecería una persona honrada y leal a los emperadores, si cediera enseguida a tus órdenes. Pero si la Providencia Divina te recompensa con el Imperio, del mismo modo que antes fui un amigo fiel, también seré luego tu más fiel vasallo».

7. Dado que Monomacato planeaba esta actitud con mi padre y al mismo tiempo fingía ante él, me refiero a mi padre, y ante Botaniates, y dado que además de esto, mantenía conversaciones abiertas con el bárbaro Roberto e incurría en una evidente sedición, puedo colmarlo de acusaciones. Parece que tales caracteres humanos son tornadizos y que cambian muchas veces de partido según el curso de las circunstancias. Para la sociedad esas personas sin excepción son desaconsejables, pues obran con suma prudencia para su propio interés y miran por lo que les concierne solo a ellos, aunque fracasen la mayor parte de las veces. Por culpa de estas disquisiciones, se me ha salido del camino el caballo de la historia. Conduzcámoslo de nuevo a su anterior sendero porque se hallaba sin freno.

8. Roberto, pues, que anteriormente se había agitado convulso por el ansia de hacer la travesía hacia nuestro territorio y que solo pensaba en Dirraquio, más se enardecía ahora y se le descontrolaban las manos y los pies. Apremiaba por ello a los soldados y los animaba con ardientes arengas. Monomacato, por su parte, tras comportarse como dijimos, elaboraba además otra vía de escape. Se ganó por cartas la amistad de Bodino[74] y de Micaelás, exarcas de los dálmatas, y se ganó de antemano su apoyo con regalos abriéndose diversas puertas. En efecto, si sus planes sobre Roberto y Alejo fracasaran y

74. Constantino Bodin, rey de Serbia y Dalmacia entre los años 1081 y 1101. Al denominarlo «exarca», Ana Comnena pretende sugerirnos que su autoridad real procedía de una concesión imperial. La presencia de un tal Micaelás puede deberse a que tanto el antecesor de Bodin en el poder (su abuelo o su padre) como su primogénito se llamaban Miguel.

fuera rechazado por ambos, se marcharía sin perder un instante a Dalmacia para presentarse como desertor ante Bodino y Micaelás. Si aquellos dos se revelaban como enemigos, lo esperaría Micaelás, y de otra parte también Bodino, junto a quienes había previsto huir cuando las intenciones de Roberto y de Alejo fueran evidentemente contrarias a él.

9. Terminemos aquí este libro. Tiempo es ya de aplicarnos al reinado de mi padre y exponer cómo y por qué motivos fue empujado a reinar, pues no solo es mi propósito contar los acontecimientos anteriores a su reinado, sino cuantos aciertos y errores tuvo durante su gobierno, si es que vemos que él erró en las obras por las que vamos a transitar. Pues el hecho de que sea mi padre no constituirá motivo suficiente para omitir los actos que no fueron realizados acertadamente, si es que los hay. Como tampoco pasaremos por alto los éxitos que obtuvo por la secreta sospecha de parcialidad al ser un padre sobre quien escribimos la historia. En cada uno de los dos casos, ultrajaríamos a la verdad. Yo, como he reiterado en muchas ocasiones más arriba, me he fijado el objetivo de tratar sobre mi padre y emperador. Dejemos, pues, a Roberto en el sitio adonde lo ha llevado nuestra historia y examinemos a continuación los acontecimientos relacionados con el emperador. Reservaremos las guerras y las batallas contra Roberto para otro libro.

LIBRO II

Rebelión de los Comneno y ascenso al trono de Alejo

I. Los Comneno son víctimas de las intrigas tramadas por Borilo y Germano

1. A los interesados en saber de dónde era originario el emperador Alejo y de qué linaje, los remitimos a los escritos del césar, aunque también se pueden extraer de esa obra los acontecimientos del reinado del emperador Nicéforo Botaniates. Manuel, el hermano primogénito de Isaac, de Alejo y de los restantes hijos de Juan Comneno, mi abuelo paterno, fue estratego autocrátor de toda el Asia por nombramiento del anterior emperador Romano Diógenes. La ciudad de Antioquía le correspondió a Isaac con el cargo de duque, ya que habían combatido en muchas guerras y batallas, y habían obtenido muchos triunfos sobre los enemigos. Tras ellos, mi padre Alejo fue ascendido a estratego autocrátor y enviado contra Urselio por el entonces reinante Miguel Ducas.

2. Del mismo modo, cuando el emperador Nicéforo se percató de que Alejo demostraba gran habilidad en los asuntos de la guerra y cuando se enteró de cómo se había comportado por encima de su edad en diversos combates, actuando como un héroe, con ocasión de la campaña por Oriente en la que había acompañado a su hermano Isaac, y cómo había sometido a Urselio, comenzó a estimarlo de manera especial y no menos que a su hermano Isaac. Era feliz con ambos hermanos presentes en su corazón y en algunas ocasiones los consideraba dignos de compartir su mesa.

3. Estos favores excitaban la envidia contra ellos, en particular la de aquellos dos bárbaros ya mencionados y originarios de Eslavonia, es decir, Borilo y Germano. Se consumían al ver la buena disposición del emperador hacia ellos y su invulnerabilidad ante sus envidiosos dardos a pesar de que los atacaran sin descanso. Pues el emperador nombró a Alejo por su extendida fama y aunque todavía no estaba crecida su barba, estratego autocrátor de Occidente, tras haberlo honrado con la dignidad de proedro. Ya hemos hablado bastante sobre los triunfos que obtuvo en Occidente y sobre todos los rebeldes que tras derrotarlos condujo como prisioneros ante el emperador. Eran precisamente estos éxitos los que no agradaban a los esclavos y encendían más aún su llameante envidia. Ellos propagaban muchas murmuraciones y conjuraban en secreto contra los Comneno, contando muchas historias al emperador, ya en privado, ya en público, ya a través de intermediarios, y empleando diversas argucias para que se los alejara.

4. Presionados por esta apurada situación, los Comneno planearon por necesidad ganarse a los miembros del gineceo y a través de ellos conseguir el favor de la emperatriz.[1] Sabían atraerse a las personas y eran capaces de ablandar un alma de piedra con toda clase de recursos. Isaac hacía tiempo que había sacado fruto de estas virtudes, al ser elegido por la emperatriz para marido de su prima[2] gracias a la extraordinaria distinción de la que hacía gala tanto en sus palabras como en sus actos, cualidades todas en las que se parecía bastante a mi padre. Cuando sus intereses estuvieron bien encauzados, empezó a prestar gran atención a su hermano y tanto colaboró entonces aquel con este en lo relacionado con el matrimonio, como se afanaba Isaac para que su hermano no se hallara lejos de la emperatriz. Se dice que tanto afecto se tenían Orestes y Pílades por su mutua amistad, que en el momento de la batalla cada uno se despreocupaba de sus propios enemigos para defender al otro de los que lo acometían y uno ponía el pecho para apartar los dardos

1. María de Alania. Nicéforo III Botaniates se casó con ella tras derrocar a su anterior marido Miguel VII Ducas y tras el pase de este a la vida monástica.

2. Irene de Alania.

Nicéforo III Botaniates junto a su esposa María de Alania.

destinados al otro. Esta actitud también podía verse en ellos. Ambos hermanos también querían apartarse los peligros, y las hazañas, los honores y, en general, el bien del uno el otro los sentía como propios y viceversa. Tan gran devoción mutua se tenían.

5. Así disponía la Divina Providencia los intereses de Isaac. No mucho tiempo después, los funcionarios del gineceo a sugerencia de Isaac convencieron a la emperatriz para que adoptase a Alejo. Esta secundó sus recomendaciones y el día señalado ambos se encontraron en palacio. Entonces, la emperatriz adoptó a Alejo según el ceremonial seguido desde antiguo para estos casos. Así pues, el gran doméstico de los ejércitos de Occidente quedó libre de sus enormes preocupaciones. De ahí en adelante los dos acudían frecuentemente a palacio y, tras hacer la prosternación debida a los emperadores y aguardar un breve rato, se aproximaban a la emperatriz. Estas costumbres avivaban más la envidia en contra de ellos.

6. Sin embargo, los Comneno eran informados por muchos partidarios suyos de esas reacciones y, ante el temor de caer atrapados ambos en las redes de sus enemigos y no tener a nadie que pudiera ayudarlos, buscaban con la ayuda de Dios el modo de afianzar su seguridad. En consecuencia, tras laboriosas reflexiones e intensos exámenes de la situación junto a su madre encontraron una única esperanza humana de salvación. Consistía en acercarse a la emperatriz, cuando hubiera un motivo razonable para hacerlo, y revelar su secreto. Mantenían oculta, no obstante, sus intenciones y no desvelaron a nadie sus proyectos. Estaban atentos como los pescadores, no fuera que asustasen la pesca. Su plan definitivo consistía en huir, pero temían descubrírselo a la emperatriz por miedo a que ella se presentara ante el emperador y le comunicara las intenciones de los Comneno, ya que estaba emparentada con ellos y con el emperador. Por tanto, renunciaron a su primitivo plan y dirigieron hacia otra dirección sus reflexiones, pues eran unos maestros en aprovecharse de las circunstancias que se les presentaban.

II. Los Comneno se ganan a la emperatriz María gracias a su sagacidad

1. El emperador, temeroso del ineludible golpe de la muerte, estaba preocupado por su sucesión, ya que no acababa de engendrar hijos a causa de la vejez. Había por aquel entonces un tal Sinadeno,[3] originario de Oriente, de brillante linaje, de hermoso aspecto, gran inteligencia y fuerte físicamente, que estaba en el preludio de la juventud y era además pariente del emperador. Tenía previsto dejarle el Imperio en herencia a él más que a otros como si fuera un patrimonio particular en una mala decisión. En efecto, podría haber conseguido una seguridad total hasta el final de sus días y al tiempo cumplir con lo que era justo legando el gobierno del Imperio al hijo de la emperatriz, Constantino, transmitiéndoselo como

3. Tal vez el hijo de Teódulo Sinadeno, esposo de la hermana de Nicéforo Botaniates.

un patrimonio perteneciente en origen a su abuelo y luego a su padre. Con ello también la emperatriz confiaría en él y aumentaría su lealtad. El anciano no se percató de que estaba cometiendo una injusticia y un error, y de que echaba piedras sobre su propio tejado.

2. La emperatriz se dio cuenta de esos planes por los rumores que corrían y estaba muy apesadumbrada al sospechar el peligro que se cernía sobre su hijo. Se encontraba desanimada, porque no podía comunicar a nadie su pesar. Pero los Comneno repararon en esta actitud. Cuando encontraron la oportunidad que buscaban, decidieron acercarse a la emperatriz. Su madre confió a Isaac el modo de iniciar la conversación con la emperatriz, valiéndose de la compañía de su hermano Alejo. Cuando estuvieron a su lado, Isaac dijo a la emperatriz: «No os vemos, señora, como ayer y antes de ayer, sino como corroída y obsesionada por íntimos pensamientos hasta el extremo de no mostrar confianza en aquel al que Vos podríais revelar vuestros secretos». Pero ella no deseaba revelarlos por el momento y, suspirando profundamente, dijo: «No se debe preguntar a los que habitan una tierra extraña,[4] porque esto solo es suficiente para su dolor. En cuanto a mí, ¡ay, qué sucesión de desgracias y de qué tipo se me están dispensando en tan breve lapso de tiempo, según parece!». Los Comneno se apartaron sin añadir más palabras, clavaron los ojos en tierra, cubrieron las manos y estuvieron pensativos un rato. Luego, tras hacer la acostumbrada reverencia, volvieron a casa inquietos.

3. Al día siguiente, llegaron de nuevo para hablar con ella; pero al ver que la emperatriz los miraba con mayor alegría que el día anterior, se le acercaron los dos y dijeron: «Vos sois nuestra señora y nosotros vuestros obedientes siervos, dispuestos a sufrir todo por Vuestra Majestad. Que ningún pensamiento os turbe ni os hunda en un total desaliento». Con estas palabras dieron fe de su lealtad a la emperatriz y alejaron de ellos toda sospecha. Habían adivinado el

4. Era natural de Alania, aproximadamente en lo que actualmente es Osetia del Norte y Georgia. Su nombre originario era Marta de Georgia, hija del rey Bagrat IV (1018-1072). Su padre la envió en 1065 a desposar a Miguel VII Ducas y en Constantinopla recibió el nombre de María de Alania.

secreto gracias a su agudeza, su inteligencia y su capacidad para captar a las pocas palabras los pensamientos humanos que yacen ocultos y que eran secretos hasta el momento. Pronto fueron más estrechas sus relaciones con la emperatriz, y junto a sus muchas muestras de su lealtad, prometieron apoyarla en todo aquello que exigiera su presencia. De forma generosa se dispusieron, de acuerdo con el mandato divino, a alegrarse con la que se alegraba y a entristecerse con la que penaba.[5] Pedían que se los considerara familiares e íntimos amigos suyos, oriundos del mismo país que ella, pidiendo solo a cambio que, si algo les era comentado a la soberana o al emperador por quienes los envidiaban, se lo comunicase sin tardanza, para no caer por desconocimiento en las trampas de sus enemigos. Se lo pedían junto con una exhortación a la confianza, añadiendo que, con la ayuda de Dios, le ofrecerían sin reservas su ayuda y su lealtad, para que con el apoyo de ellos su hijo Constantino no perdiera el Imperio. Por último expresaron su deseo de confirmar estos compromisos con un juramento, pues no podían permitirse ninguna distracción frente a quienes los envidiaban.

4. Estos dos hombres se vieron libres de su enorme inquietud, recobraron los ánimos y desde aquel momento conversaban con el emperador luciendo un rostro más alegre; tanto más, cuanto que eran capaces, en especial uno de ellos, Alejo, de ocultar en su interior los pensamientos más recónditos y las intenciones íntimas manteniendo al tiempo las apariencias. Como la llama de la envidia se iba convirtiendo en una gran hoguera y no ignoraban nada de lo que se decía al emperador en contra de ellos, según lo convenido previamente. Conocían, asimismo, que los dos prepotentes esclavos planeaban librarse de ellos. A partir de entonces ya no marchaban juntos al palacio, como tenían acostumbrado, y cada uno de los dos se presentaba diariamente por separado. Este era un plan inteligente y digno de Palamedes, porque, si sucedía que uno de ellos era apresado por culpa de las secretas intrigas de aquellos dos poderosos escitas, el otro podría huir, y no caerían ambos al mismo tiempo en la trampa de los bárbaros. Ese era

5. *Epístola a los Romanos*, 15.

su plan. Sin embargo, el hecho que ellos esperaban no llegó a producirse. Al final se convirtieron en más poderosos que los intrigantes, como el relato demostrará con toda claridad a partir de este punto.

III. Isaac y Alejo van asegurando sus posiciones en el Palacio Imperial

1. Cuando el emperador fue informado de la toma de la ciudad de Cízico por los turcos, llamó inmediatamente a Alejo Comneno. Se daba la circunstancia de que aquel era el día en que acudía a palacio Isaac. Al ver Isaac que su hermano, contra lo convenido, también estaba a punto de entrar se le aproximó y le preguntó la razón de su presencia. Él le aclaró la causa: «Porque», dijo, «el emperador me ha llamado». Tras entrar ambos y hacer la acostumbrada prosternación, hubieron de esperar un poco por orden suya porque era la hora del almuerzo y les mandó que lo acompañaran a la mesa. Al distribuir los puestos, el uno se sentó a la derecha de la mesa, y el otro a la izquierda, uno frente a otro. Al poco empezaron a prestar atención a los presentes y los veían murmurando con rostro sombrío. Temiendo que los esclavos hubieran tramado algo perjudicial para ellos y que hubiera un peligro en ciernes, se miraban uno a otro fija y furtivamente sin saber qué hacer.

2. Pero desde mucho tiempo atrás se habían ganado con sus palabras aduladoras, sus atenciones y afabilidad a todos los que servían al emperador, incluido el cocinero, a quien habían tratado con deferencia y habían convencido para que estuviese a bien con ellos. Entonces, uno de los servidores de Isaac Comneno se le acercó y le dijo: «Ve y anuncia a mi señor la toma de Cízico. Una carta ha llegado desde allí con este mensaje». El cocinero pronto distribuyó los manjares por la mesa, mientras daba a conocer con sigilo a Isaac la noticia traída por su servidor. Y él, con un ligero movimiento de labios, comunicó a su hermano lo que le habían dicho. Gracias a su aguda inteligencia y su viveza, mayor que la del fuego, Alejo captó pronto el mensaje. Respiraron, por tanto, ambos sintiéndose libres

de la angustia que los atenazaba. Y, ya recuperados, meditaron sobre la respuesta con la que contestarían ágilmente, si alguien les preguntaba sobre este asunto, y sobre el consejo que prestarían como el más adecuado, si el emperador se lo pedía.

3. Mientras ellos se entretenían con tales pensamientos, el emperador, apartando su mirada hacia los hombres en la creencia de que desconocían lo de Cízico, les comunicó su toma. Ellos, que estaban también dispuestos a cuidar del alma del emperador, agitada por los saqueos de nuestras ciudades, levantaron su ánimo decaído y lo confortaron con hermosas expectativas, garantizándole que la ciudad sería recuperada fácilmente: «Ante todo, que Vuestra Majestad se halle bien;», dijo, «en cuanto a los que han tomado la ciudad, recibirán en su seno el séptuplo de los males que han cometido». Se maravilló entonces de la presencia de ánimo de ellos dos y, tras despedirlos de su mesa, quedó tranquilo durante el resto del día.

4. Así pues, a partir de entonces los Comneno tuvieron la precaución de acudir a palacio y frecuentar más a los que estaban próximos al emperador para no darles ninguna clase de oportunidad a los intrigantes, ni ganarse ningún tipo de enemistad, sino convencer a todos para que les tuviesen estima y pensaran y hablaran en su favor. Proyectaban ellos atraerse algo más a la emperatriz María, mirando y viviendo solo por ella. Isaac, con la excusa de su boda con la prima de la emperatriz, ampliaba su libertad de acción junto a ella, y no menos mi padre por su estrecho parentesco, sobre todo gracias a que su ilustre adopción le había facilitado la excusa para tener acceso a la emperatriz. Su conducta aparecía como intachable y ensombrecía la envidia de los perversos. En efecto, no desconocía el espíritu vengativo de aquellos esclavos bárbaros ni la ligereza del emperador. Se preocupaban, lógicamente, de no perder aquella buena disposición, para no ser presa de sus enemigos, pues los caracteres muy ligeros son inestables y vacilantes como el flujo y reflujo del Euripo.[6]

6. El Euripo no es un río, sino un estrecho entre la isla de Eubea y Beocia. Sus corrientes cambian de dirección cuatro veces al día. Este hecho provoca que Sócrates en el *Fedón* (90c) compare las corrientes del estrecho de Eurípo con aquellos que opinan que nada es estable, ni argumentos ni ninguna otra cosa, y que todo «gira arriba y abajo».

IV. Ante el peligro inminente que suponen las actividades de los esclavos bárbaros, los Comneno deciden rebelarse como última solución

1. Los esclavos, al ver estas actuaciones, cómo no avanzaban sus planes según los objetivos y que la destrucción de tales hombres no era fácil, porque la buena disposición del emperador hacia ellos aumentaba día a día, cambiaron el rumbo de sus propósitos después de haber adoptado y abandonado numerosos proyectos. ¿Cuál era el nuevo plan? Una noche, tras hacerlos venir sin la autorización del emperador, se librarían de ellos sacándoles los ojos con el pretexto de una falsa acusación.

2. Los Comneno no ignoraban esta conspiración. Cuando, después de haber discutido muchas alternativas, se percataron de que el peligro era inminente, creyeron que la única vía de escape era la rebelión, ya que habían sido forzados a caer en ella por una irremediable fatalidad. ¿Pues por qué debían aguardar a la persona que iba a acercar a sus ojos un hierro candente para apagar la luz que recibían? Así pues, guardaron en sus corazones esta decisión. Cuando, al poco tiempo, se le ordenó a Alejo acaudillar una expedición de castigo contra los agarenos saqueadores de Cízico (era por aquel entonces doméstico de Occidente), hizo llamar por escrito, aprovechando una ocasión tan propicia, a los jefes del ejército que eran partidarios suyos junto con los hombres a su mando. Tan pronto como estuvieron todos movilizados, marcharon apresuradamente en dirección a la capital.

3. Entre tanto, alguien por consejo de uno de los esclavos, el llamado Borilo, preguntó al emperador si el gran doméstico conducía a la ciudad todas las fuerzas por voluntad imperial. El emperador hizo llamar enseguida a Alejo y le preguntó si era cierto lo que se decía. Alejo no negó que un ejército se acercaba por orden del emperador, pero rechazó convincentemente que lo estuviera reuniendo allí por entero desde todas partes. «El ejército,», dijo, «que estaba disperso por doquier, ha llegado desde sus diferentes procedencias tras recibir la orden. Si los que ven esta movilización desde los distintos puntos

del Imperio de los romanos creen que vienen las fuerzas completas para reunirse aquí convocados por una señal, se engañan al confiar solo en lo que ven». A pesar de las muchas réplicas que Borilo dirigía a estas palabras, también en este asunto fue más poderoso Alejo y se ganó la aprobación general. En lo que respecta a Germano, como era más simple, no atacó mucho a Alejo. Sin embargo, como ni siquiera estas acusaciones contra el doméstico habían turbado el ánimo del emperador, decidieron preparar una celada a los Comneno aprovechando la facilidad del momento (era la tarde).

4. Por naturaleza es la servidumbre enemiga de sus señores y cuando se emancipa de ellos, aferrándose a su éxito, se torna insoportable para sus compañeros de esclavitud. Esa clase de conducta y de temperamento fue el que sufrió Alejo Comneno por parte de los dos citados esclavos. Dichos personajes no estaban airados contra los Comneno al servicio del soberano, sino porque Borilo codiciaba el trono, como dicen algunos, con la complicidad en la conjura de Germano, que colaboraba afanosamente para la encerrona. Entre ellos discutían las decisiones que debían tomar para lograr sus objetivos y empezaban a actuar abiertamente de acuerdo con los planes que antes solo murmuraban entre dientes.

5. Alguien de origen alano escuchaba lo que se decía. Tenía la dignidad de magistro[7] y estaba emparentado desde hacía mucho tiempo con el emperador e incluido entre sus familiares. Salió, pues, en la vigilia[8] central de la noche y corrió al encuentro de los Comneno para comunicar todo al gran doméstico. Algunos dicen que la emperatriz no ignoraba del todo la marcha del magistro junto a los Comneno. Alejo lo condujo ante su madre y su hermano. Tras oír aquella abominable noticia, creyeron preciso sacar a la luz lo que habían mantenido oculto hasta entonces y, con la ayuda de Dios, procurarse la salvación.

7. Los *magistri* eran títulos de alto rango dentro de la corte. Su puesto en la jerarquía iba tras los títulos propios de los miembros de la familia imperial, y solían otorgarse a parientes directos o indirectos de la familia reinante.

8. La noche se dividía en cuatro vigilias, cuya duración dependía de la extensión de las horas nocturnas según la estación del año.

6. Cuando dos días después supo que el ejército había tomado Tzurulo (una ciudadela situada en algún lugar de Tracia), el doméstico marchó al encuentro de Pacuriano (hombre de corta estatura, pero un poderoso guerrero, como dice el poeta,[9] que era de origen armenio) en la primera vigilia de la noche y lo puso al corriente de todo, de la cólera de los esclavos, de su envidia, de su prolongado empeño por perjudicarlos y del reciente plan que consistía en quitarles los ojos. Y añadió que no debía aceptar estos ataques como si fuera un prisionero, sino morir como un valiente, si fuera necesario, pues esta es lo propio de un carácter firme, decía.

7. Pacuriano, cuando hubo escuchado todo y comprendido que no debía haber ningún retraso en semejantes circunstancias, sino que era necesario llevar a cabo una acción más audaz, dijo: «Si, cuando amanezca mañana, sales de aquí, yo te seguiré para combatir con energía a tu lado. Pero si dilatas tu decisión más tiempo, entérate bien de que yo mismo, yo, iré al emperador y te denunciaré a ti y a los que están contigo sin perder un instante». Alejo repuso: «Como veo que te preocupas de mi salvación, y esto es obra enteramente de Dios, no ignoraré tu consejo, pero tenemos que reforzar nuestro mutuo compromiso con un juramento». Allí, en efecto, se prometieron fidelidad el uno al otro mediante un juramento, de tal modo que, si Dios elevaba a Alejo al trono imperial, Pacuriano sería honrado con la dignidad de doméstico, que ahora poseía él. Tras despedirse de Pacuriano, Alejo Comneno salió de allí y marchó junto a otro hombre, también él valiente, Humbertópulo.[10] Lo hizo partícipe de su proyecto y le refirió la causa por la que en su deseo de escapar le solicitaba su alianza. Este accedió enseguida y le dijo: «Me tendrás dispuesto para servirte sin reservas, sobre todo en los momentos de peligro».

9. *Il.*,V 801.

10. Constantino Humbertópulo, sobrino de Roberto Guiscardo. Como se verá en el curso de *La Alexíada,* Alejo I estuvo siempre rodeado de personajes originarios de Occidente. Era normal que cambiaran de bando y se pasaran al lado de los bizantinos cuando estos pagaban bien sus servicios.

8. Estos hombres que hemos mencionado se sumaban al partido de Alejo especialmente porque él era superior a los demás en valor e inteligencia. Era muy generoso y le gustaba enormemente no tener la mano quieta en sus obsequios, aunque no poseía una gran fortuna. No era él de los que rapiñaban y se pasmaban ante la riqueza. Pues no se suele valorar la generosidad por el montante de las entregas de dinero, sino que se juzga según la intención. Puede darse el caso de que alguien, en posesión de escasos bienes y que los dona según sus capacidades económicas, sea generoso, pero al que tiene mucho dinero y lo entierra y no lo distribuye según sus posibilidades al necesitado, nadie se equivocaría al llamarlo un nuevo Creso o un Midas avaro, enloquecido por el oro y sórdido, capaz de aprovechar un grano de comino partido. Como los hombres mencionados sabían desde tiempo atrás que Alejo estaba adornado de todas esas virtudes, deseaban su ascenso al trono y oraban para ello.

9. Alejo, tras pedir a Humbertópulo un juramento y obtenerlo, marchó rápidamente a su casa para comunicarle todo a los suyos. La noche durante la que mi padre planeó estos hechos era la del Domingo de la Tirofagia.[11] Al día siguiente, con el nacimiento del alba, salió de la ciudad con los suyos. El pueblo aceptó a Alejo por su arrojo y su inteligencia, y por ello compuso en su honor una cancioncilla en lengua vulgar, inspirada en estos acontecimientos, que refería con mucho donaire la trama de este asunto y revelaba el presentimiento de la intriga en contra y la réplica ingeniada por él. La cancioncilla, con sus mismas palabras, decía así: «El Sábado de la Tirofagia, ¡bien por Alejo!, lo pensaste. Y el lunes por la mañana, adelante, halcón mío, bien». El sentido de dicha cancioncilla era algo así como que «el Sábado de la Tirofagia, muy bien por tu inteligencia, Alejo. Y el lunes después del domingo, como un halcón que vuela elevado, volaste por encima de los bárbaros que se conjuraban».

11. «Tirofagia» [Τυροφάγος] significa «ingesta de queso». El Domingo de la Tirofagia corresponde al Domingo de Quincuagésima e inicia la Cuaresma. Durante la semana precedente, la Semana de la Tirofagia, no se permite comer carne, pero sí se permiten los productos lácteos (queso, leche, mantequilla), pescado y huevos. Aquí es el 14 de febrero de 1081.

V. Valiente actuación de las mujeres de la familia Comneno, en especial de Ana Dalasena

1. Como Ana Dalasena, la madre de los Comneno, acababa de ultimar el compromiso matrimonial del nieto de Botaniates con la hija de Manuel, su primogénito, y temerosa de que el preceptor del joven se enterase de la conjura y la desvelase al emperador, trazó un plan muy inteligente. Ordenó a todos que se reunieran por la tarde para ir a celebrar el culto en las santas iglesias de Dios, pues solían acudir a los sagrados templos. Así se hizo. Todos, en efecto, como es costumbre, se presentaron, sacaron los caballos de las cuadras y pusieron las sillas de montar para las mujeres. El nieto de Botaniates, por su parte, dormía junto a su preceptor, pues se les había asignado una misma habitación separada de las demás.

2. En torno a la primera vigilia, los Comneno, que pensaban tomar ya sus armas y dirigirse a caballo fuera de la ciudad imperial, cerraron las puertas y le entregaron a su madre las llaves. Antes habían cerrado sin ruido las puertas de la estancia donde dormía Botaniates, prometido de su nieta, aunque no las cerraron totalmente con las dos hojas ajustadas con idea de evitar algún ruido que los despertase. Mientras esto sucedía, transcurrió la mayor parte de la noche. Antes del canto del gallo, abrieron las grandes puertas, tomaron consigo a su madre, hermanas, sus propias mujeres e hijos todos juntos y marcharon a pie hasta el foro de Constantino. Desde allí, tras despedirse de ellas, los hombres salieron de prisa en dirección al palacio de Blaquernas y las mujeres corrieron rápidamente a la iglesia de Santa Sofía.

3. Pero el preceptor de Botaniates, tras despertarse y notar lo que había sucedido, partió tras ellos con una antorcha en las manos y no tardó en alcanzarlos cuando aún no estaban cerca de la iglesia de los Cuarenta Santos. Al verlo, Ana Dalasena, la madre de aquellos nobles hijos, se dirigió a él: «Algunas personas nos han denunciado al emperador, según me han informado. Me marcho, pues, a las santas iglesias para aprovechar como pueda su derecho de asilo. Cuando amanezca, iré desde ellas a palacio. Tú, vete para que tan pronto

como los porteros abran las puertas les anuncies nuestra llegada». El preceptor se apresuró a cumplir la orden.

4. Las mujeres llegaron al templo del patriarca Nicolás, conocido hasta ahora como «El Refugio», que se halla cerca de la gran iglesia y que fue construido hace tiempo para asilo de los que han sido objeto de denuncias. La intención, creo, de nuestros antepasados era habilitar una parte de la gran iglesia para que cualquier persona que hubiera sido denunciada y lograra entrar en su interior, se viera libre automáticamente del castigo impuesto por las leyes. En efecto, los antiguos emperadores y césares consideraban dignos de gran atención a sus súbditos. El cuidador de dicho templo no abrió inmediatamente la puerta a las mujeres, sino que les preguntó quiénes eran y de dónde venían. Uno de los que componían el grupo dijo: «Mujeres de Oriente. Han gastado todo el dinero en lo que necesitaban y se apresuran ahora a hacer sus devociones antes de salir para casa». El hombre, tras abrir las puertas sin dilación, les dejó libre la entrada.

5. Al día siguiente, el emperador convocó el senado, porque se había enterado de la maniobra de los Comneno y, lógicamente, estuvo hablando contra ellos y atacaba al doméstico. Envió también entonces al llamado Estraboromano y a un tal Eufemiano junto a las mujeres, para hacerlas venir a palacio. Pero Ana Dalasena les respondió: «Decid esto al soberano: mis hijos son leales servidores de Vuestra Majestad y por servirla animosamente en todas circunstancias no escatimaron ni sus vidas ni sus cuerpos, afrontando continua y gallardamente los peligros por el bien de vuestro Imperio. Pero la envidia erigida contra ellos, que no soportaba la solicitud y la buena disposición de Vuestra Majestad hacia ellos, les creó en cada momento serios riesgos y, cuando se enteraron de que había planes para sacarles los ojos, sin poder soportar ya tan injusta amenaza salieron de la ciudad, no como sediciosos, sino como fieles servidores, para huir de un peligro inminente y al mismo tiempo también para dar a conocer a vuestro Imperio la trama que se urdía contra ellos y pedir el socorro de Vuestra Majestad».

6. Los emisarios insistían con pertinacia para que los acompañara. La mujer les replicó airada: «Permitidme que ore, ya que estoy en una iglesia consagrada a Dios. Es absurdo que haya llegado a sus puertas sin entrar ni suplicar la mediación de Nuestra Señora, la Inmaculada Madre de Dios, ante el mismo Dios y el corazón del emperador». Avergonzados los emisarios por la piadosa petición de la mujer, le permitieron el acceso. Ella marchaba a paso lento, como cansada por la vejez y las penas, pero la realidad era que fingía este cansancio. Se acercó a las puertas mismas del santuario, realizó dos genuflexiones y a la tercera se sentó en el suelo, mientras se aferraba con fuerza a las sagradas puertas gritando:[12] «No saldré de este santo templo, a menos que me corten las manos o que reciba la cruz del emperador como garantía de mi salvación».

7. Estraboromano se arrancó la cruz que portaba en torno a su cuello e intentó ofrecérsela. Pero ella le replicó: «No os pido la garantía a vosotros, sino que es al emperador mismo a quien reclamo el amparo que he mencionado. Y no estoy dispuesta a aceptar que se me entregue una cruz pequeña, sino una de un tamaño digno». Estas exigencias tenían como fin lograr que el juramento que se le hiciera fuera claro. En efecto, podría pasarle a la gente inadvertido lo estipulado porque la promesa se hubiera hecho sobre una pequeña crucecita. «Así pues, apelo a la decisión y a la piedad del emperador. Marchaos y anunciádselo».

8. Su nuera, la esposa de Isaac (que había entrado anteriormente, cuando se abrían las puertas para el canto de maitines) dijo, después de retirar el velo que le cubría el rostro: «Que ella se marche, si quiere. Nosotras no saldremos del templo sin garantías, aunque ello nos suponga la muerte». Por tanto, los representantes del emperador, al ver que la actitud de las mujeres era más obstinada y su comportamiento más arrojado que antes, temieron que se produjera un alboroto y comunicaron todo al emperador tras marcharse del

12. En las iglesias ortodoxas el altar, o santuario [τὸ βῆμα], está separado del resto del templo por el iconostasio, un muro donde se representan una serie de iconos en un orden establecido. En este se abren tres puertas. La central tiene dos hojas y solo puede ser traspasada por el sacerdote.

templo. Este, que era bueno por naturaleza, se plegó también a las exigencias de la mujer y le envió la cruz requerida con la promesa de que podía estar completamente tranquila. De este modo, cuando abandonó la santa iglesia, el emperador ordenó que fuera confinada con sus hijas y sus nueras en el monasterio de mujeres de Petria, que se encuentra cerca de la Puerta de Hierro. Hizo llamar también a la nuera del césar Juan[13] (tenía la dignidad de protovestiaria)[14] del templo de Blaquernas, que había sido fundado bajo la advocación de Nuestra Señora la Madre de Dios, y le ordenó que ella también ingresase en el citado monasterio de Petria.[15] Y ordenó que sus bodegas, sus campos de trigo y todos sus tesoros fueran conservados sin mengua.

9. Cada mañana, ambas se acercaban a sus vigilantes y les preguntaban si tenían alguna noticia sobre sus hijos. Ellos les comunicaban ingenuamente todo lo que oían. Y la protovestiaria, que era generosa con su mano y su corazón, a fin de ganarse a los guardianes para su causa los animaba a que cogiesen todo lo que quisieran de los comestibles traídos para su consumo particular, pues les estaba permitido introducir sin obstáculos aquellos productos que necesitaran. A partir de entonces, los guardianes se hallaban mejor dispuestos a facilitar las noticias, y cuando los Comneno llevaban a cabo acciones de público conocimiento, ninguna les pasaba desapercibida.

13. Juan Ducas, hermano de Constantino X y tío de Miguel VII. Se ignora la fecha de su nacimiento. Jugó siempre un papel importante en el Imperio como militar desde el reinado de su hermano Constantino (1059-1067). Su esposa era Irene, hija del general Nicetas Pegonites. Fue quien convenció a Nicéforo III que se casara con la esposa del ex emperador Miguel VII para garantizar la pervivencia de la influencia del clan Ducas. Al verse frustrado su plan porque Nicéforo adoptó a su pariente Sinadeno, orientó sus planes hacia Alejo Comneno, marido de su nieta Irene. En el momento de la rebelión, se sumó al partido de los Comneno. Su nuera era María, nieta del zar búlgaro Samuel y esposa de Andrónico Ducas.

14. Protovestiario era un cargo relacionado con el guardarropa de los emperadores. Es equivalente al cargo de camarlengo.

15. En la roca de Petrio, junto al mar y próxima al palacio de Blaquernas, había numerosos monasterios

VI. Los Comneno se ganan a Jorge Paleólogo y al césar Juan Ducas. Triunfal marcha sobre Constantinopla

1. Así evolucionaron los acontecimientos relacionados con estas mujeres. Entre tanto, los rebeldes habían alcanzado la puerta que estaba junto a la barbacana de Blaquernas, habían roto los cerrojos y se habían encaminado sin obstáculos hacia los establos imperiales. Dejaron a algunos de los caballos que allí se encontraban, tras cortarles las articulaciones de las patas traseras con sus espadas, y se llevaron a otros que les podían ser útiles. Tras salir de allí, ganaron rápidamente el monasterio llamado Cosmidio,[16] que se halla cerca de la capital. Para aclarar un tanto nuestra historia, añadiremos que fue allí donde encontraron a la arriba citada protovestiaria, antes de que fuera llamada por el emperador, como hemos contado previamente, y se despidieron de ella en el momento en que se iba a marchar de aquel lugar, y donde también encontraron a Jorge Paleólogo,[17] a quien convencieron para que los acompañara y presionaron para que se fuera con ellos.

2. Aún no le habían contado sus proyectos, porque recelaban del hombre debido a una lógica sospecha. El padre de Jorge Paleólogo era leal al emperador en sumo grado, y desvelarle la rebelión no carecía de riesgos. Consecuentemente, en un primer momento no era fácil llevar a Paleólogo a donde los Comneno querían. Aquel les ponía numerosas objeciones y les reprochaba su infidelidad al emperador. Al día siguiente ocurrió lo que dice el proverbio: «Tras reflexionar, ellos se retractarán». Gracias a la insistencia de la protovestiaria, que era la suegra de Paleólogo, para que se uniera a ellos y a sus fuertes presiones acompañadas de las más duras amenazas, se volvió más dócil.

3. Comenzó a preocuparse entonces de las mujeres, su esposa Ana y su suegra María, cuyo linaje se enlazaba con las primeras es-

16. Monasterio bajo la advocación de San Cosme y San Damián, en las cercanías del palacio de Blaquernas.

17. Jorge Paleólogo estaba casado con Ana Ducas, nieta del césar Juan Ducas. Era, por tanto, concuñado de Alejo Comneno, quien estaba casado con Irene, hermana de aquella. La protovestiaria María de Bulgaria era esposa de Andrónico Ducas, hijo del césar Juan Ducas.

tirpes búlgaras. Tan agraciada era y tanta belleza y armonía tenía su físico, que ninguna parecía en aquel tiempo más hermosa que ella. Paleólogo y Alejo, pues, no se desentendieron de la suerte que ella pudiera correr. Los partidarios de Alejo sostenían la opinión de sacar a las mujeres del lugar donde estaban, unos decían que para conducirlas a una fortaleza y Paleólogo decía que a la iglesia de la Virgen de Blaquernas. Finalmente prevaleció la opinión de Jorge. Así pues, tras partir con ellas sin perder un instante, las dejaron bajo la protección de la Inmaculada Madre del Verbo, que contiene todas las cosas. Ellos volvieron después al sitio de donde habían partido y examinaron las acciones que debían llevarse a cabo. Paleólogo dijo: «Vosotros tenéis que iros. Yo os alcanzaré enseguida con todo el dinero disponible». Pues en aquellos momentos toda la riqueza contemplada en bienes muebles estaba allí a mano. En consecuencia, siguieron sin retrasarse el camino previsto. Jorge Paleólogo, después de cargar en las acémilas de los monjes sus riquezas, se apresuró a ir tras ellos. Cuando estuvieron a salvo en Tzurulo (aldea de Tracia), se unieron todos al ejército que por fortuna se había concentrado allí por orden del doméstico.

4. Juzgaron que era necesario informar al césar Juan Ducas, residente en sus posesiones de Morobundo,[18] de lo que les estaba ocurriendo y le enviaron a alguien que lo pusiera al corriente de la rebelión. Al llegar por la mañana temprano el mensajero, se detuvo a las puertas de la residencia y pidió ver al césar. Cuando se hubo percatado de la presencia del mensajero su nieto Juan, que aún era un muchachito sin rayar en la adolescencia y que por ello convivía ininterrumpidamente con el césar, entró veloz y despertó a su abuelo con las noticias de la rebelión. Este enseguida se sobresaltó por lo que estaba oyendo y golpeó a su nieto en la mejilla, mientras lo echaba con la advertencia de que no debía decir idioteces. Pero el muchacho volvió a entrar pocos instantes después con la misma noticia, a la que añadía esta vez el mensaje de los Comneno cuyo objetivo era él.

5. El mensaje empleaba de manera genial un doble sentido que ocultaba la rebelión: «Nosotros», decía, «hemos preparado

18. En Tracia.

un abundante banquete que no carecerá de especias. Si tú quieres tomar parte del festín, ven lo más rápido posible a participar en la comida». El césar se incorporó y, apoyado en su codo, derecho, ordenó que condujeran a su presencia al mensajero procedente de allí. Cuando este hubo explicado todo lo relativo a los Comneno, el césar se echó las manos a la cara, diciendo: «Ay de mí». Al poco, echó mano a la barba, como quien elucubra mucho, y se inclinó por una sola postura, colaborar también con la rebelión. Entonces, hizo llamar sin tardanza a los escuderos, montó a caballo y emprendió el camino que llevaba a los Comneno.

6. Tropezó en ruta con un tal Bizancio, que portaba una bolsa repleta de oro y que iba rumbo a la capital, y le preguntó al modo homérico: «¿Quién eres, de dónde vienes, adónde vas?».[19] Cuando se enteró de que transportaba mucho oro procedente de unos cobros de impuestos y con destino al fisco, lo forzó a hacer alto con él, mientras le prometía que lo dejaría marchar a donde quisiese cuando amaneciera. Sin embargo, como este mostraba resistencia y aguantaba mal esa actitud, el césar insistió con mayor interés y acabó por convencerlo mediante su charla, tal como era él con su soltura a la hora de expresarse, su habilidad para utilizar el pensamiento y lo persuasivo de su discurso, como si fuese un nuevo Esquines o Demóstenes. Se llevó, pues, a este sujeto, lo hospedó en una pequeña estancia, le dispensó todo tipo de atenciones, lo invitó a compartir su mesa y con este excelente trato logró retenerlo.

7. Al alba, cuando el sol se apresura a alcanzar el horizonte oriental, Bizancio amarró las sillas a los caballos y se apresuraba a cabalgar hacia la capital. Al observarlo, el césar dijo: «Vamos, vente con nosotros». El recaudador, que no conocía siquiera adónde iban e ignoraba totalmente la causa por la que se le honraba tan solícitamente, de nuevo mostraba su reticencia a las propuestas y sospechaba del césar y de sus atenciones. Este estaba a su lado y tiraba de él; pero como no obedecía, cambió el tono y empleó con él palabras más rudas que contenían amenazas en el caso de que no hiciera lo ordenado. No obs-

19. *Od.*, XIX 100.

tante, el recaudador se resistía a obedecer. Entonces, el césar mandó que todo su equipaje se uniera al de sus acémilas y se transportara en ellas el resto del camino. Y le dio permiso para que se fuera a donde quisiese. Pero este se negó a ir en dirección al Palacio Imperial ante el temor de acabar encarcelado por los funcionarios del tesoro imperial, cuando vieran que regresaba con las manos vacías, y siguió contra su voluntad al césar, puesto que no deseaba tampoco volver sobre sus pasos debido a la inestabilidad que se cernía sobre el Imperio y a la confusión que la ya proclamada rebelión de los Comneno provocaría.

8. A continuación sucedió un hecho casual. El césar se topó con unos turcos que atravesaban el río Euro.[20] Retuvo la brida y se informó de dónde venían y adónde iban. Les prometió entonces mucho dinero y hacerlos objeto de honrosas y diversas atenciones, si se unían a él y a Comneno. Así se acordó y exigió, por tanto, un juramento de sus jefes con la intención de reforzar el acuerdo. Los turcos pronunciaron inmediatamente según su costumbre el juramento de luchar como aliados de Comneno con ánimo muy firme.

9. Partió entonces junto con los turcos al encuentro de los Comneno. Cuando estos vieron venir de lejos al césar, quedaron asombrados por el nuevo botín y no sabían qué hacer de alegría, especialmente mi padre, Alejo. Cuando se encontraron, se abrazó al césar. ¿Qué pasó a partir de entonces? El césar les recomendó y urgió a que emprendieran el camino que llevaba a la ciudad imperial

10. Los habitantes de todas las poblaciones lo iban aclamando espontáneamente emperador, salvo los de la región de Orestíada,[21] porque se habían sumado al partido de Botaniates, enojados como estaban desde hacía tiempo con él por la captura de Brienio. Tras llegar a Atira,[22] descansaron allí. Al día siguiente ganaron Esquizas (una aldea de Tracia) y levantaron en ese sitio su campamento.

20. El río Maritza.

21. Región en torno a la ciudad de Adrianópolis, de la que era originario el rebelde Nicéforo Brienio.

22. Hoy Büyük-Çekmece, en la Propóntide. Está situada entre Mesembria y Constantinopla.

VII. Alejo es proclamado emperador por el ejército. Apoyo prestado por la familia Ducas

1. Estaban todos expectantes, aguardando el futuro y deseando ver que era proclamado emperador el que esperaban. La mayoría rezaba para que Alejo asumiera el poder, pero los partidarios de Isaac dentro de sus posibilidades tampoco se daban reposo en su empeño por ganarse a todos. La situación era inviable, según parecía, a tenor de los unos, que ansiaban que aquel se convirtiera en timonel de la nave del Imperio, y de los otros que lo deseaban de este. También se encontraban presentes entonces junto a Alejo personas cercanas a él por su parentesco: el arriba citado césar Juan Ducas, hombre capaz de dar buenos consejos y hábil en el momento de actuar, a quien yo misma hace tiempo alcancé a conocer brevemente. Estaban asimismo sus nietos Miguel y Juan y, no menos aún, el marido de su hermana Jorge Paleólogo, quienes se coordinaban, trabajaban y encauzaban las opiniones de la gente en el sentido de sus deseos. Y moviendo todos los hilos, como se suele decir, manipulaban todos los recursos diestramente con vistas a la proclamación de Alejo. Consecuentemente, fueron transformando los pensamientos de la gente para llevarlos al terreno deseado, por lo que, en efecto, tras breve plazo llegó a suceder que los partidarios de Isaac empezaron a disminuir.

2. Nadie podía oponerse al césar Juan en la posición que ocupaba. Era imbatible por su gran inteligencia, por la talla de su cuerpo y por su aspecto propio de un soberano. ¿Qué no hacían, en consecuencia, los Ducas? ¿Qué no decían? ¿Qué favores no prometían a los jefes y al común del ejército, si Alejo ascendía al trono imperial? Afirmaban: «Con inmensos regalos y honores os recompensará de acuerdo con lo que sea apropiado para cada uno, no según se le antoje, como hacen los caudillos ignorantes e inexpertos. Porque durante una larga temporada ha estado desempeñando el cargo de estratopedarca vuestro y gran doméstico de Occidente, porque ha compartido la sal con vosotros, luchando valientemente a vuestro lado en emboscadas y en batallas formales sin fijarse en su integridad

ni en sus miembros ni en su propia vida por vuestra salvación, atravesando montes y llanuras con vosotros en numerosas ocasiones, sabiendo de los sufrimientos del combate, conociendo exactamente por igual a todos y cada uno de vosotros, siendo amigo del dios Ares y sintiendo una extrema devoción por los soldados valientes».

3. Así se expresaban los Ducas, pero Alejo estimaba mucho a Isaac y lo anteponía en todo momento, ya por el cariño fraternal o, mejor aún, todo hay que decirlo, porque el ejército al completo se inclinaba por Alejo y se empeñaba en su reinado y no mostraba ningún interés por Isaac. Como poseía por ello el poder y la fuerza y como veía que sus pretensiones iban por buen camino, intentaba consolar al hermano con la subordinación a su candidatura. Nada despreciable experimentaría Alejo por estos hechos si era arrebatado hacia las más altas esferas celestes por todo el ejército mientras adulaba a su hermano con palabras y simulaba cederle el poder.

4. Dado que el tiempo se estaba agotando en estas disquisiciones, un día fue reunido el ejército entero alrededor de su tienda. Todos estaban expectantes y rogaban que se cumplieran sus propios deseos. Entonces, Isaac se levantó, tomó los borceguíes de color púrpura e intentó calzárselos a su hermano. Ante la reiterada negativa de este, Isaac dijo: «Déjame hacerlo. Es la voluntad de Dios llamar a nuestra familia a través de ti». Así le recordaba la predicción que le había hecho en una ocasión alguien que apareció en los alrededores del lugar llamado Carpiano, cuando ambos hermanos volvían a casa del Palacio Imperial.

5. En efecto, al llegar allí se encontró con ellos un hombre que o bien era un ser superior, o bien, a decir verdad, un hombre con extraordinarias dotes para divisar el futuro. El ser que se les aproximaba con la cabeza descubierta, los cabellos canos y la barba poblada tenía aspecto de sacerdote. Tomó la pierna de Alejo y, como iba a pie, se atrajo a sí al jinete y le dijo al oído las siguientes palabras, pertenecientes a los salmos de David: «Estate atento, crea prosperidad y reina con la verdad, la dulzura y la justicia».[23] Y añadió a sus pala-

23. *Salmos,* XLIV 5.

bras: «Soberano Alejo». Cuando hubo dicho estas palabras y como si hubiera hecho una profecía, desapareció. Ni siquiera Alejo pudo cogerlo a pesar de que miró a todas partes por si lo veía en algún sitio, y de cabalgar a rienda suelta en pos de él para saber con mayor exactitud, si lo alcanzaba, quién era y de dónde venía. Antes al contrario, la aparición se hizo completamente invisible.

6. Cuando volvió de la búsqueda, su hermano Isaac le hizo muchas preguntas sobre el aparecido y le pedía que le desvelara las palabras dichas en secreto. Isaac insistía en preguntar, y Alejo en un primer momento parecía rehusar, pero luego le hizo saber las palabras que habían sido pronunciadas confidencialmente. Externamente, hablaba al hermano interpretando aquel mensaje como una ficción, como un engaño, pero en su interior le daba vueltas al asunto y encontraba semejanzas entre el venerable aspecto de la aparición y del teólogo hijo del trueno.[24]

7. Puesto que Isaac estaba observando hechas realidad las palabras que había dicho y con las que había profetizado el futuro aquel anciano, insistió valientemente en obligarlo hasta que logró calzarle los borceguíes de color púrpura, más aún al ver la ardiente adhesión que todo el ejército mostraba a Alejo. A partir de ese instante, los Ducas iniciaron la aclamación.[25] Lo habían aceptado entre otras razones también porque Irene, pariente suya y madre mía, era la legítima esposa de mi padre. Junto con ellos también los parientes consanguíneos de su linaje actuaban animosamente del mismo modo. El resto del ejército, tras aceptar la aclamación, alzó sus voces hasta casi el cielo. Pudo contemplarse entonces un raro fenómeno, los que antes disentían en su opinión y hubieran preferido afrontar la muerte a renegar de su voluntad, se volvieron en un instante tan acordes a los demás que no había forma de reconocer si hubo una vez una divergencia de opiniones entre estos.

24. San Juan Evangelista.

25. «Εἰς πολλοὺς καὶ ἀγαθοὺς χρόνους», «¡Por muchos y buenos años!». Constantino Porfirogéneto, *De cerimoniis*, I 38.

VIII. Nicéforo Meliseno también se rebela en Asia. Solución que adoptan los Comneno

1. Mientras pasaba esto, corrió un rumor sobre Meliseno: que había avanzado hasta los alrededores de Damalis[26] con un importante ejército, que ya se había hecho aclamar emperador y que iba vestido de púrpura; sin embargo, los Comneno no podían dar crédito a lo que entonces se estaba diciendo. Como Meliseno conocía los acontecimientos por los que estaban atravesando los Comneno, les envió rápidamente unos emisarios que nada más llegar a su presencia les entregaron una carta cuyo contenido era, aproximadamente, este:

2. «Dios me ha conservado incólume con el ejército que está bajo mi mando hasta Damalis. Me he enterado también de lo que os ha ocurrido: que, gracias a la protección que Dios os ha dispensado en contra de la perversidad de aquellos esclavos y de sus temibles intrigas, pudisteis planear vuestra salvación. Dado que, gracias a Dios, yo también soy pariente y aliado vuestro,[27] y dado que por mis opiniones y por mi firme alineamiento a vuestro lado no desmerezco de ninguno de los que son parientes vuestros por la sangre, como bien sabe Dios, que todo lo juzga, debemos mirar por nuestro bien común, procurarnos seguridad y fortaleza para no ser sacudidos por cualquier viento, y dirigir correctamente el Imperio marchando con paso firme. Todos estos objetivos estarán a nuestro alcance, si, tras la toma de la ciudad, con el consentimiento de Dios, uno de vosotros es proclamado emperador y gobernáis mediante él la parte occidental y permitís que me sea cedido el gobierno de Asia junto con el derecho a portar la corona, vestir la púrpura y ser aclamado según el protocolo habitual de los emperadores en compañía de aquel que haya sido proclamado de vosotros, de modo que nuestra aclamación sea común y, aunque hayamos dividido espacios y competencias, el criterio de gobierno sea uno y el mismo. Si nos organizamos así, podríamos los dos administrar el Imperio sin revueltas».

26. En la costa asiática, frente a Constantinopla.

27. Marido de Eudocia, hermana de Alejo. Se había rebelado en Asia y aliado con los turcos.

3. Los emisarios no recibieron ninguna respuesta definitiva al término de su mensaje. Al día siguiente, los hicieron llamar y durante largo rato intentaron demostrarles la imposibilidad de acceder a las pretensiones de Meliseno. Los Comneno, por su parte, al día siguiente les darían a conocer su parecer por mediación de Jorge, llamado Manganes, a quien habían encargado de su cuidado. Aunque estuvieran así las cosas, no desatendían en absoluto el asedio e intentaban con escaramuzas ganar dentro de sus posibilidades las murallas de la ciudad. Al día siguiente, tras hacerlos llamar, les comunicaron su decisión. Esta consistía en honrar a Meliseno con el título de césar, dignarlo con el uso de la diadema, la aclamación y todos los demás honores que son protocolarios para semejante dignidad, y en concederle el gobierno de la muy grande ciudad de Tesalónica, donde existe un bellísimo templo construido bajo la advocación del gran mártir Demetrio de cuyo ataúd fluye un líquido perfumado que siempre concede grandes curaciones a quienes se le acercan con fe.

4. Los emisarios se molestaron ante estas propuestas y como no se atendían sus peticiones, como veían los grandes preparativos que hacía el rebelde contra la ciudad y el ejército tan numeroso que poseía, y como el tiempo ya se les estaba acabando, temiendo que, cuando fuera tomada la ciudad, los Comneno no quisieran cumplir lo que ahora prometían, pidieron que esas promesas constaran por escrito en un crisóbulo certificado con rojas letras. Alejo, el recién proclamado emperador, accedió e hizo llamar enseguida a Jorge Manganes, que también hacía las funciones de secretario suyo, y le encargó la redacción del crisóbulo. Pero él estuvo retrasando la confección del escrito durante tres días, poniendo unas veces una excusa, otras veces otra. Tan pronto decía que había acabado agotado del día y que no había podido terminar el escrito durante la noche, como achacaba a una brasa que le había caído encima en la noche la reducción a cenizas de lo que llevaba escrito. Con tales pretextos y algunos otros, Manganes, como si planeara tretas[28] se retrasaba utilizando cada vez una excusa distinta.

28. Juego de palabras entre el apellido de Manganes y el verbo «manganeúo» [μαγγανεύω]: «planear tretas».

5. Tras salir de allí, los Comneno llegaron pronto al lugar llamado Aretas. Es este un sitio que se halla cerca de la ciudad, domina la llanura y los que se sitúan a sus pies lo ven elevarse como una colina, una de cuyas laderas se inclina hacia el mar, la otra hacia Bizancio y las dos restantes están orientadas hacia el norte y el oeste. Batida por todos los vientos, tiene agua transparente, potable y que siempre fluye. Desprovista totalmente de vegetación y árboles, hubiérase dicho que unos leñadores talaron la colina. Por lo agradable y templado del lugar, el soberano Romano Diógenes había erigido unas brillantes edificaciones dignas de los emperadores para estancias breves. Tras llegar a este sitio, intentaron ganar las murallas, pero no con máquinas de asedio o catapultas por la carencia absoluta de tiempo, sino con el envío de la infantería ligera, arqueros, lanceros y catafractos.[29]

IX. Desasosiego de Nicéforo Botaniates. Alejo decide tomar la ciudad mediante el soborno

1. Al ver que el ejército rebelde de los Comneno contaba con mucha gente, que estaba constituido por todo tipo de hombres, que se daba prisa por llegar a las puertas de la ciudad y que Nicéforo Meliseno, quien también luchaba por dominar el Imperio, había llegado a Damalis al mando de unas fuerzas no inferiores a aquellas, Botaniates no sabía qué hacer, ya que no podía enfrentarse a ambas facciones, y como estaba un poco tardo a causa de su vejez y sobre todo asustado, aunque en su juventud hubiera sido muy valiente, se sentía tranquilo solo en tanto en cuanto le circundaba el recinto de la muralla. Su mayor aspiración era abandonar la dirección del Imperio. En consecuencia, el miedo y el caos se apoderaron de todos, y creían que la ciudad sería fácilmente tomada por todas partes.

2. Dado que los Comneno creían difícil poder tomar la ciudad (las tropas estaban compuestas por una diversa variedad

29. Soldados de caballería pesada. Iban recubiertos de protección totalmente, incluidos los caballos.

de extranjeros y por hombres del país, y donde la muchedumbre es diversa, allí también las opiniones se muestran diversas) y al comprobar Alejo, recién calzado con los borceguíes, lo inexpugnable de la ciudad y desconfiar del carácter voluble de los soldados, cambió de estrategia. Se ganaría con adulaciones a algunos de los que guardaban los muros, les robaría su lealtad y así tomaría la ciudad.

3. Elaboró este plan durante toda la noche y al amanecer se presentó en la tienda del césar Juan Ducas para comunicarle sus objetivos y pedirle que lo acompañase, que observase con él las murallas, reconociera almenas y defensores (que tenían diversos orígenes) y reflexionara sobre el posible modo de tomar la ciudad. El césar aceptaba a duras penas esta misión, porque aún hacía poco que había vestido el hábito de monje y preveía que iba a ser objeto de burla por los que se hallaban en la muralla y en las almenas, si se presentaba con esos ropajes al aproximarse a la muralla. Efectivamente, eso fue lo que pasó. El césar se vio forzado a seguir a Alejo y tan pronto como lo hubieron visto desde la muralla, los defensores comenzaron a mofarse del monje con calificativos injuriosos. Pero él frunció el entrecejo y aunque en su interior se sentía insultado, no prestó ninguna atención a esos ultrajes y ponía todo su interés en el objetivo previsto. Los hombres de carácter firme acostumbran a perseverar en aquello que creen positivo y despreciar lo que suceda en su entorno.

4. Se informó sobre la identidad de los defensores de cada torre. Cuando se enteró de que en un sector estaban los llamados inmortales (un cuerpo propio del ejército romano), en otro los varegos de Thule[30] (llamo así a los bárbaros portadores de hachas) y en otro sector los nemitzos[31] (este es también un pueblo bárbaro que sirve desde hace mucho tiempo al Imperio de los romanos), aconsejó a Alejo que no se arriesgara con los varegos, ni tampoco con los inmortales. Pues estos, al ser naturales del Imperio y tener necesariamente una gran adhesión al

30. Los varegos era un cuerpo de tropas mercenario de origen nórdico que formaba parte de la guardia imperial. Su procedencia se situaba legendariamente en la isla de Thule, pero en realidad, era una mezcla de rusos, ingleses, escandinavos, y otros.

31. Los nemitzos eran soldados de origen germánico.

emperador, antes entregarían sus vidas que dejarse persuadir para realizar algún acto deshonroso en contra de él. Los otros, los que llevan en sus hombros las espadas, al transmitirse como tradición paterna y patrimonio hereditario de uno a otro la lealtad hacia los soberanos y la defensa de sus personas, conservan una inamovible lealtad hacia él y no soportarían en absoluto la más mínima palabra de traición. Pero si la tentativa se centrara en los nemitzos, quizás su objetivo no estaría lejos y el intento de acceder a la ciudad desde la torre defendida por ellos podría tener éxito.

5. Pues bien, a partir de ese instante Alejo obedeció las palabras del césar como si proviniesen de un oráculo divino. A través de un mensajero enviado por él pidió con mucho interés ver al jefe de los nemitzos. Este miró hacia abajo desde lo alto de la muralla y después de una larga conversación acordó entregar la ciudad sin tardanza. Llegó, pues, el soldado con esa noticia, y cuando los partidarios de Alejo oyeron esta favorable nueva, se alegraron y se dispusieron muy animosamente a montar en los caballos.

X. Manganes se deshace de los emisarios de Meliseno. Los Comneno entran en Constantinopla en medio de un gran saqueo

1. Mientras tenían lugar estos acontecimientos, los emisarios de Meliseno insistían vivamente en reclamar el prometido crisóbulo. Enseguida se hizo llamar a Manganes para que lo trajese. Él aseguraba que lo tenía escrito, pero sostenía que los instrumentos precisos para las firmas imperiales junto con la pluma se habían perdido. Y es que Manganes disimulaba bien y era un hombre hábil en prever fácilmente el futuro, sacar partido del pasado, conocer el presente con exactitud, para dirigirlo diestramente en la dirección deseada, y enmascarar los asuntos con solo desearlo. Manganes iba retrasando la redacción del crisóbulo y dejando las esperanzas de Meliseno en el aire. En efecto, temía que, si le era entregado más rápido de lo conveniente el crisóbulo que le concedía el título de césar, acabaría por rehusar esta dignidad y asumiría con audaz empeño el control de todo el Imperio, como

había señalado a los Comneno. Estos eran el recurso y la artimaña de Manganes para retrasar la firma del crisóbulo donde se le confería el título de césar.

2. Mientras pasaba esto y la oportunidad hacía urgente la entrada en la ciudad, los emisarios, sospechando la trama, insistían con mayor viveza en reclamar el crisóbulo. Pero los Comneno les dijeron: «Como ya tenemos en nuestras manos la ciudad, nos vamos para tomar posesión de ella con el auxilio de Dios. Marchaos, comunicádselo a vuestro amo y señor y decidle lo siguiente: si todo fuera como esperamos y tú te presentas a nosotros, nuestros intereses comunes se verían encauzados de conformidad con tu voluntad y la nuestra». Eso se les dijo a los emisarios. Enviaron, por otro lado, a Jorge Paleólogo al jefe de los nemitzos, Gilpracto, para poner a prueba la disposición de Gilpracto y, si comprobase que aceptaba favorablemente a los Comneno según su promesa, hacerle la señal convenida, una vez observada la cual, los partidarios de Alejo se apresurarían a entrar y Jorge, tras subir a la torre, les abriría rápido las puertas. El acogió muy favorablemente esta misión ante Gilpracto, porque era un hombre dispuesto a las acciones bélicas y a los asaltos de ciudades, por lo que se le podría haber llamado con justicia un destructor de murallas, como Homero decía de Ares.[32] Tras armarse y disponer de forma muy experta todo su ejército, los Comneno avanzaron a paso lento y se dirigieron en masa a la ciudad.

3. Así pues, al atardecer, tras aproximarse a la muralla y recibir la señal de Gilpracto, Jorge Paleólogo subió a la torre con sus hombres. Los de Alejo, que se habían acercado entonces a corta distancia de las murallas, clavaron empalizadas y acamparon ostensiblemente. Permanecieron una pequeña parte de la noche allí. Luego, los Comneno ocuparon el centro de la falange junto con los jinetes escogidos y lo mejor del ejército y, tras ordenar la infantería ligera, comenzaron a avanzar poco a poco hasta aparecer al alba súbitamente formados en filas compactas ante las murallas. Todos habían adoptado un aspecto bélico e iban cubiertos de armaduras para impresionar a los de dentro.

32. *Il.*, V 31, 455.

Cuando Paleólogo les dio la señal desde lo alto de las murallas y les abrió las puertas, entraron en masa, no en formación militar, sino cada uno a su antojo, cargados de escudos, arcos y lanzas.

4. Era el día de Jueves Santo, en el que celebramos la Pascua mística y la Cena, en la cuarta indicción, el mes de abril del año 6589.[33] De este modo, todo el ejército, que se componía de tropas extranjeras y del país, que había sido reclutado con soldados procedentes de zonas fronterizas y colindantes con la propia capital y que sabía la abundancia de toda clase de bienes que tenía gracias al continuo abastecimiento tanto por tierra como por mar, entró en breve tiempo por la puerta de Carisio y se dispersó por toda la ciudad, por avenidas, cruces y callejas, saqueando sin freno casas, iglesias y sin evitar ni siquiera los santuarios,[34] de donde recogió mucho botín, y aunque solo se privó de matar,[35] actuó sin pudor en todas las demás cosas y por doquier. Pero lo que resulta más doloroso es que ni siquiera nuestros compatriotas se abstuvieron de cometer tales atropellos y como si se hubieran olvidado de su propio origen y hubieran cambiado sus costumbres por otras peores, también ellos realizaban sin rubor los mismos desmanes que hacían los bárbaros.

XI. Actuación de Jorge Paleólogo. Renuncia de Nicéforo Botaniates a defender el trono

1. Cuando el emperador Botaniates vio que su situación se hallaba en un momento comprometido puesto que la ciudad estaba sien-

33. 1 de abril de 1081. El término «indicción» es cada uno de los quince años en los que se divide un ciclo fijado en el Imperio Romano con fines fiscales a partir del siglo III d. C. Al final de cada ciclo se procedía a una nueva estimación de la riqueza agrícola. Por otra parte, los años se contaban, como se puede deducir, desde la fecha en que conforme al Antiguo Testamento se creía que Dios había creado el mundo.

34. Recordemos que se refiere al habitáculo donde está el altar, tras el iconostasio, en las iglesias ortodoxas.

35. Otros historiadores como Juan Zonaras o Nicetas Coniates revelan que durante este saqueo de Constantinopla no se ahorró la violencia con la población y se produjeron asesinatos.

do asediada por Occidente y por Oriente Nicéforo Meliseno ya acampaba en Damalis, sin saber qué hacer, optó por concederle a Meliseno la primacía. Cuando la ciudad ya estaba tomada por los Comneno, mandó llamar a uno de sus más fieles servidores acompañado de un espatario[36] muy aguerrido y le ordenó que con ayuda de la flota condujera a Meliseno al Palacio Imperial.

2. Pero la ciudad había caído antes de que se cumpliera la orden, y Paleólogo, llevando consigo a uno de sus subordinados, había bajado junto al mar caminando. Tras encontrar una barca, montó enseguida y ordenó a los remeros que dirigieran la embarcación hacia el lugar donde habitualmente está fondeada la flota. Mientras se iba acercando a la orilla opuesta, vio que el hombre enviado por Botaniates para hacer venir a Meliseno estaba preparando la flota y que el espatario se hallaba dentro de una nave de guerra. Cuando lo reconoció en la distancia y como lo tenía por amigo desde mucho tiempo atrás, navegó a lo largo del navío y le formuló las preguntas de rigor, es decir, de dónde venía y adónde iba y pidió que él lo recibiese a bordo. Pero el espatario, al ver que Paleólogo iba armado, le dijo temeroso: «Si no te hubiera visto tan fuertemente armado, te habría acogido con mucho gusto». Paleólogo le propuso soltar el escudo, la espada y el casco, solo con que quisiera recibirlo.

3. Cuando el espatario vio que él dejaba las armas, accedió a que embarcara en su nave y tras rodearlo con sus brazos lo abrazó muy contento. Pero Paleólogo, que era un hombre arrojado, se puso manos a la obra sin esperar un instante. Saltó a la proa e interrogó a los remeros diciéndoles: «¿Qué hacéis y adónde vais? Os estáis empeñando en atraer sobre vuestras cabezas gravísimos perjuicios. La ciudad, como veis, ha sido tomada. El que era antes gran doméstico ha sido proclamado ahora emperador. Ved a los guerreros y oíd su aclamación. Ningún otro ocupará ya el puesto en el Palacio Imperial. Bueno es Botaniates, pero los Comneno son mucho mejores. Numeroso es el ejército de Botaniates, pero mucho mayor es el nuestro. No traicionéis, pues, vuestras

36. Miembros originariamente de la guardia imperial. En tiempos de Ana Comnena había perdido su función militar y era un título honorífico de bajo rango.

vidas, a vuestras mujeres e hijos. Mirad con detenimiento la ciudad, observad a todo el ejército dentro de ella y sus banderas. Advertid que la aclamación es general, que el anteriormente gran doméstico, ahora emperador, se encamina hacia el Palacio Imperial y que ya está invistiéndose del poder imperial. Dadle la vuelta a la proa de vuestro barco, inclinad hacia vosotros la victoria e id a su lado».

4. Todos obedecieron entonces sus palabras y se pusieron de su parte. Y al espatario, que se había encolerizado, este guerrero, Jorge Paleólogo, lo amenazó con encadenarlo allí mismo y arrojarlo bajo la cubierta de la nave o lanzarlo al fondo del mar. A continuación Paleólogo encabezó la aclamación y tras él lo hicieron los remeros. En cuanto al espatario, como seguía encolerizado y no se avenía a razones, lo encadenó y lo depositó bajo cubierta.

5. Después de una corta navegación, recogió su espada y su escudo, fondeó en el sitio donde estaba la flota y emprendió una aclamación general. Cuando encontró al que Botaniates había enviado para que tomase la flota e hiciera atravesar a Meliseno desde Oriente, lo prendió enseguida y ordenó soltar amarras a los marineros. Después de zarpar de allí con la escuadra, llegó ante la acrópolis lanzando una ostensible aclamación. En este sitio ordenó a los remeros que se pararan y permanecieran quietos para cerrar el paso a los que intentaban cruzar desde Oriente.

6. Cuando, pasado un poco de tiempo, vio que una nave estaba atracando junto al Gran Palacio, mandó a los remeros de su barco que se pusieran a remar con viveza para darle alcance. Tan pronto como contempló a su padre en ella, se levantó y le ofreció enseguida la reverencia debida a los padres. Pero este no lo vio con alegría, ni mucho menos lo llamó dulce luz, como hizo una vez el itacense Odiseo a su hijo, cuando lo vio.[37] En aquella lejana ocasión había un banquete, unos pretendientes, un concurso, cuerdas, un arco y la recompensa para el vencedor era la prudente Penélope. Y Telémaco no era un enemigo, sino que estaba allí como un hijo que ayuda a su padre. En esta ocasión, había una batalla, una guerra, y ambos estaban enfrentados,

37. *Od.*, XVI 23.

uno contra otro, por su opinión. Las simpatías del uno no le pasaban inadvertidas al otro, aunque aún no hubieran derivado en acciones sus pensamientos. Entonces el padre, tras mirarlo con suspicacia y llamarlo loco, le preguntó: «¿Qué vienes a hacer aquí?» Su hijo le respondió: «Ya que eres tú quien me lo preguntas, nada». Y aquel a este: «Aguanta un poco y, si el emperador me hace caso, lo sabrás a no tardar».

7. Una vez en el palacio, el citado Nicéforo Paleólogo, al ver a toda la guardia dispersa y ocupada en la recogida de riquezas y convencido de que se podía vencer a esta fácilmente, pidió a Botaniates que le fueran cedidos los bárbaros de la isla de Thule, para expulsar con ellos de la ciudad a los Comneno. Pero Botaniates, que había renunciado totalmente a defender su trono, fingió no desear que estallase una guerra civil. «Vamos, hazme caso, Nicéforo;», dijo, «puesto que los Comneno se hallan dentro de la ciudad, ve a su encuentro y pide la paz». Él, aunque a regañadientes, marchó en su busca.

XII. Los Comneno se hacen con el poder total. Huida de Botaniates

1. Una vez dentro de la ciudad y en una posición de fuerza, los Comneno se detuvieron en la explanada del gran mártir llamado Jorge Siceotas[38] y estuvieron deliberando sobre si debían acudir primero en busca de sus madres para rendirles el habitual saludo según lo acostumbrado y luego marchar sobre el Palacio Imperial o viceversa. Al enterarse, el césar envió a uno de sus servidores con orden de amenazarlos y amonestarlos por su lentitud en actuar. Ya habían llegado con rapidez a las proximidades de la casa de Iberitzes,[39] cuando los alcanzó Nicéforo Paleólogo y les dijo:

2. «El emperador os comunica lo siguiente: yo soy ya un anciano, solo, sin hijos, ni hermanos, ni pariente alguno. Acepta pues», y

38. Al parecer, estaba situada entre la puerta de Adrianópolis y la iglesia de los Santos Apóstoles.

39. Lugar próximo a la acrópolis de Constantinopla.

dirigió la palabra al reciente emperador Alejo, «ser tú mi hijo adoptivo. Yo no anularé ninguno de los honores que has conferido a cada uno de tus compañeros de armas, ni participaré contigo en ninguna de las competencias del poder imperial, y solo me limitaré a conservar el simple tratamiento de Majestad, la aclamación, los borceguíes rojos y poder habitar también tranquilamente en palacio. Tuya será la administración total de los asuntos del Imperio».

3. A esas propuestas los Comneno se expresaron con términos de acuerdo. El césar, al enterarse de esta claudicación, acudió rápidamente junto a ellos amenazándolos y apremiándolos a ir al Palacio Imperial. Él entraba a pie por la derecha del patio y los Comneno salían cuando se encontraron. Entonces el césar les lanzó numerosos reproches. Luego se fijó en la entrada y vio a Nicéforo Paleólogo, que llegaba de nuevo por la izquierda, y le dijo: «¿Qué te trae aquí y con qué intenciones vienes, consuegro?»[40]. Y él le respondió: «Nunca terminaré, supongo. De nuevo vengo para traer a los Comneno de parte del soberano las mismas propuestas que antes. El emperador insiste en mantener sus promesas y adoptar a Alejo como hijo para que asuma el poder de los soberanos y administre los asuntos del Imperio según su deseo. En cuanto al emperador, solo debe conservar el tratamiento de Majestad, el uso de los borceguíes rojos, de la púrpura y poder vivir tranquilamente en el Palacio Imperial, puesto que es ya anciano y necesita descansar». El césar enseguida clavó su penetrante mirada en él, frunció el entrecejo y le dijo: «Márchate y anuncia al emperador que esas propuestas hubieran venido muy oportunamente antes de la toma de la ciudad, pero que ahora ya no tiene ningún sentido el propósito de esta embajada. Si estás viejo, apártate del trono y preocúpate de tu propia salvación».

4. Esta fue la reacción del césar. Borilo, por su parte, cuando se enteró de la entrada de los Comneno y de que el ejército a su mando se había dispersado por todas partes, se daba al saqueo y se esforzaba solo en recoger botín. Pero como aquellos habían sido abandonados en unión de sus parientes, sus íntimos y un reducido grupo de

40. Jorge Paleólogo, hijo de Nicéforo Paleólogo, ya había desposado a la nieta del césar Juan Ducas.

soldados extranjeros, decidió oponerse a ellos, porque podrían ser fácilmente sometidos a causa de la dispersión de su ejército. Reunió entonces a todos los que llevaban las espadas sobre sus hombros[41] y a todos los soldados originarios de Coma, los fue emplazando desde el foro de Constantino hasta el denominado Milio y más arriba, alineados perfectamente en filas compactas. Los soldados se situaron con los escudos pegados unos a otros, preparados para la batalla e inmóviles, por el momento.

5. El que entonces ocupaba el cargo de patriarca era un hombre realmente santo, pobre, que había pasado por todos los grados de la ascética seguidos por los antiguos padres que consumieron su vida en desiertos y montañas y era considerado poseedor de un carisma profético y divino por haber hecho muchas predicciones sin equivocarse nunca y servir de norma y ejemplo de virtud para generaciones venideras. Parecía no ignorar en absoluto lo que le sucedía a Botaniates. Ya fuera por inspiración divina, ya por sugerencia del césar (también esto se rumoreaba), que mantenía amistosas relaciones con él hacía tiempo por lo sublime de su virtud, aconsejó al emperador que abdicase del trono, diciendo: «No des motivos para una guerra civil, ni desobedezcas los mandatos de Dios. No quieras que la ciudad se mancille con sangre de cristianos. Cede, pues, a la voluntad de Dios y abdica del trono».

6. Obedeció el emperador las palabras del patriarca. Temiendo la loca arrogancia del ejército, se vistió y bajó con idea de dirigirse hacia la gran iglesia de Dios.[42] Como estaba muy confundido, olvidó que iba vestido aún con la ropa propia de los emperadores. Entonces Borilo se volvió, lo agarró por el paño que está pegado con broches de perlas al brazo, y lo despojó de su vestidura, diciendo en tono de burla y de chanza: «Semejante atuendo, en verdad, nos conviene ahora». Una vez que él hubo penetrado en el gran templo de Dios consagrado a la Sabiduría Divina, aguardó en su interior los acontecimientos.

41. La guardia varega.

42. Santa Sofía.

LIBRO III

Alejo Comneno se hace cargo del Imperio. primeras disposiciones. Campañas contra los turcos e invasión normanda (1081)

I. Situación de la emperatriz María tras el derrocamiento de Botaniates. Acomodo de la nueva familia imperial

1. Tan pronto como los Comneno llegaron al Palacio Imperial, enviaron en busca de Botaniates a Miguel, marido de su sobrina, que más adelante desempeñó el cargo de logoteta de los secreta. Partió con el entonces eparca[1] (que era Padeno), embarcó en un pequeño navío al emperador y marchó junto a él hasta el célebre monasterio de Periblepto. Luego, ambos lo instaron a vestir el hábito monástico. Como Botaniates estuvo intentando posponer este acto para más adelante y ante el temor de que aquellos esclavos junto con los soldados de Coma pretendiesen provocar una revuelta, aprovechando la confusión y el desorden que aún reinaban, le aconsejaron que se cortara el pelo sin tardanza. Los obedeció y entonces se le honró con el hábito monástico. Así son los caprichos de la fortuna. Cuando quiere sonreír a los hombres, eleva su existencia a las más altas cotas, les ciñe la diadema imperial y les calza los borceguíes de púrpura; pero cuando les frunce el ceño, en lugar de la púrpura y las coronas los viste de negros jirones. Todo esto fue lo que, precisamente, le ocurrió al emperador Botaniates. A la pregunta de uno de sus familiares sobre si soportaba bien este cambio de vida, le dijo: «Solo me molesta la abstinencia de carne. De lo demás poco me preocupo».

1. Prefecto de Constantinopla.

La emperatriz María.

2. Sin embargo, la emperatriz María aún permanecía en palacio junto con su hijo Constantino, que había tenido del antiguo emperador Miguel Ducas, como dice el poema, «Temerosa por su rubio Menelao», sosteniendo como pretexto irrebatible de su permanencia el parentesco con los Comneno si bien algunos, movidos por la envidia, tenían algunas otras sospechas de ella. En efecto, había convertido previamente a uno de ellos en pariente y a otro en hijo adoptivo. No fueron motivos deshonestos, como afirma la gente, ni el atractivo y la afabilidad de aquellos hombres, las razones que la persuadieron a adoptar esta determinación, sino el hecho de ser originaria de una tierra extraña y no poseer aquí ningún familiar, ni allegado ni menos aún un compatriota. Así pues, no quería salir del palacio precipitadamente, porque, como suele ocurrir cuando se derroca a un emperador, temía que algo malo le ocurriera a su hijo si partía de allí antes de conseguir alguna garantía para su seguridad.

3. Por lo demás, este niño era hermoso y de corta edad (aún no había cumplido los siete años); y que nadie me haga reproches si alabo a los míos obligada por la naturaleza de las circunstancias. No solo era encantador cuando hablaba y se movía, sino que tampoco tenía igual en las evoluciones de sus juegos, como los entonces presentes dijeron después. Era rubio y blanco como la leche, con una tez rebosante de color en los lugares donde debía tenerlo, como las rosas que acaban de eclosionar de sus cálices. Los ojos no eran claros, sino parecidos a los de un halcón y brillantes bajo unas cejas que

hacían como de engarce dorado. En consecuencia, embelesaba con sus diversos encantos a quienes lo miraban y cuando se lo veía podría decirse de él, por su cierta apariencia de ser celestial y su belleza enteramente ultra terrena, lo que se dice al describir al dios Amor.

4. Ese era el verdadero motivo de la permanencia de la emperatriz en palacio. Además, respecto a este asunto afirmo aborrecer por naturaleza el fabular y el inventar datos falsos, porque sé que esta es la actitud que suele tomar todo el mundo, en especial cuando caen víctimas de la envidia y la malevolencia. Yo no me complazco rápidamente con las calumnias de la gente. También he tenido información segura sobre esos acontecimientos porque fui criada por la emperatriz en mi infancia, cuando aún no había cumplido yo los ocho años. Como me tenía mucho cariño, me hacía partícipe de todos sus secretos. Asimismo, he oído a muchos hablar sobre estos hechos y dar versiones diferentes unos de otros, cada uno con una interpretación de aquellos sucesos de acuerdo con la propia disposición de su espíritu y según mostrara hacia ella simpatía u odio; y veía que no todos eran de idéntica opinión. Yo pude oír con frecuencia sus comentarios sobre todo lo que le había ocurrido y sobre el extremo temor a que había llegado, especialmente por su hijo, cuando el emperador Nicéforo abdicó del trono. A mi juicio y al de la mayoría de las personas honestas y atentas a conocer la verdad, el amor hacia su hijo la retuvo entonces en palacio un poco más de tiempo.

5. Tan graves fueron los problemas que acuciaron a la emperatriz María. En cuanto a mi padre Alejo, que en ese momento había tomado el cetro, tan pronto como empezó a habitar en la residencia imperial, asignó el palacio inferior (así acabó llamándose por la situación de su emplazamiento) a su propia esposa, que contaba quince años, con sus hermanas, su madre y el césar, su abuelo paterno. Alejo, con sus hermanos, madre y parientes cercanos subió al palacio superior, que es conocido como Bucoleón. La causa de esta denominación hay que buscarla en el puerto que se construyó hace mucho tiempo[2] con materiales locales y mármoles en un lugar cercano a los muros del palacio

2. Por Teodosio II (408-450). El término está compuesto de «bus» [βοῦς], que significa «toro», y «leon» [λέων], de obvio significado.

y en el que un león de piedra caza a un toro. Lo tiene agarrado por los cuernos y, retorciéndole el cuello, es como si se hundiera en su garganta. Esta escultura es, sin duda, la causa de que se llame Bucoleón todo ese sitio, tanto las construcciones de tierra como el mismo puerto.

II. Problemas con la familia Ducas sobre su papel en el nuevo reinado. Actividades contrarias a esta familia de Ana Dalasena

1. Así pues, como se ha dicho arriba, muchos sospechaban de la permanencia de la emperatriz en el palacio y murmuraban que sería llevada al matrimonio por el actual dueño del Imperio. No pensaban en estos rumores los Ducas (no daban crédito a la primera habladuría que les llegara). Más bien, temían y recelaban de la madre de los Comneno por la abierta enemistad que tenía hacia ellos desde tiempo atrás, como yo les he oído contar muchas veces. Cuando Jorge Paleólogo arribó seguido por la flota y comenzó la aclamación, los partidarios de los Comneno se inclinaron desde la muralla y le mandaron que se callase por miedo a que los marineros unieran en la aclamación los nombres de Irene y Alejo y los aclamaran juntos. Pero él, montando en cólera, les respondió desde abajo: «Yo no me he comprometido en una empresa tan importante por vosotros, sino por esa que llamáis Irene». Al tiempo, ordenó a los marineros que aclamasen a Irene junto con Alejo. Estos acontecimientos sumieron el alma de los Ducas en una gran inquietud y proporcionaron a los murmuradores materia para injuriar a la emperatriz María.

2. Pero el emperador Alejo ni en su pensamiento albergaba semejante intención (¿cómo iba a hacerlo?). Tras asumir la jefatura del Imperio, se ocupó enseguida de todos los asuntos pendientes conforme a su activa personalidad y, como alguien diría, gobernó desde el centro de todo el mundo. Alejo penetró en palacio mientras se iba levantando el sol y tan pronto como estuvo en él, se entregó de lleno a las cuestiones militares, sin esperar a sacudirse el polvo del combate y a que su cuerpo descansara. Lo acompañaba continuamente su hermano Isaac, al que veneraba como a un padre, así como su madre. Ambos lo ayudaban en la administración de los

asuntos públicos, aunque su inteligencia y energía bastaban no solo para el gobierno de un imperio, sino para el de muchos y distintos. Alejo pasó el resto del día y toda la noche dedicado a los aspectos más urgentes y preocupado por el modo de reprimir sin revueltas los desordenados impulsos de la soldadesca, que se había dispersado por Bizancio haciendo gala de esos desordenados impulsos, y para procurarle a la gente en adelante la tranquilidad. Además, temía que la osadía de las tropas las impulsara a organizar alguna revuelta en contra de él, más probable en tanto que eran fuerzas reclutadas en diferentes puntos de origen.

3. El césar Juan Ducas, con el deseo de librarse rápidamente de la emperatriz María, expulsarla del palacio y alejar de la gente falsas sospechas, intentaba ganarse al patriarca Cosmas por toda clase de medios, pidiéndole que atendiese a aquello que los beneficiaría y que no cediese bajo ningún concepto a las propuestas de la madre de los Comneno. Por otro lado, poniendo como pretexto a Patroclo,[3] también sugirió astutamente a la emperatriz María que, tras solicitarle al soberano un documento escrito para su seguridad y la de su hijo, abandonara el palacio. Ya antes Juan Ducas se había ocupado de ella cuando el emperador Miguel Ducas fue derrocado. En aquella ocasión, había aconsejado a Nicéforo Botaniates, su sucesor en el trono, que se uniera a ella con el vínculo del matrimonio, ya que era de origen extranjero y no tenía adherida una muchedumbre de parientes que pudieran molestar al emperador, y le iba dando exhaustivos informes sobre su linaje y la lozanía de su cuerpo todo ello en medio de constantes elogios.

4. En efecto, su estatura era como la de un ciprés, su piel, blanca como la nieve; su rostro no se ajustaba del todo a la forma de un círculo, pero la tez era una flor en plena primavera, o mejor, era una rosa. ¿Y del resplandor de sus ojos qué ser humano podría hablar? Sus cejas eran arqueadas y del color del fuego, su mirada nacía en unos ojos claros. La mano del pintor ha imitado con frecuencia los colores de todas las flores que suelen hacer brotar las estaciones, pero la belle-

3. *Il.*, XIX 300-301. En ese pasaje, las mujeres lloran la muerte de Patroclo, pero el lamento era solo un pretexto para las desgracias de cada una de ellas.

za de la emperatriz, su gracia desbordante, el atractivo de su carácter y su prestancia superaban manifiestamente lo que las palabras y el arte pudieran hacer. Ni Apeles ni Fidias, ni ningún escultor crearon jamás una estatua de igual belleza. Según se dice, la cabeza de la Gorgona convertía en piedra a los hombres que la miraban. Del mismo modo, cuando alguien la veía caminar o se la encontraba de repente, se detenía asombrado y se quedaba clavado en la posición que por azar tuviera, aparentemente privado de vida y pensamiento. Nadie vio nunca en cuerpo humano tal armonía y equilibrio de miembros, tal proporción del todo con respecto a las partes y de estas con respecto al todo. Era una obra de arte viviente y favorita de los seres amantes de la belleza. Era, claramente, como la materialización en este mundo terreno del dios Amor.

5. El césar, pues, empleando a fondo sus recursos, ablandó y dominó el ánimo del emperador, aunque muchos le aconsejaban que desposara a la ex emperatriz Eudocia,[4] de quien se murmuraba que había vuelto a desear ser emperatriz y con este objetivo había seducido a Botaniates mediante cartas, cuando este estaba próximo a Damalis y se apresuraba para ser elevado a la dignidad imperial. Otros decían que no actuó así por sí misma, sino por su propia hija Zoe Porfirogéneta. Quizá hubiera logrado el éxito de no haberlo impedido uno de sus servidores, el eunuco León Cidoniates, tras una larga y oportuna conversación que no nos es lícito reproducir en detalle ya que huimos por naturaleza de la calumnia, pero que será de gran interés para los escritores de y sobre semejantes temas.

6. Sin embargo, el césar Juan con toda clase de presiones dio por terminado este asunto y aconsejó y convenció a Botaniates para que se casara con la emperatriz María, como hemos expuesto detalladamente, y desde entonces tuvo con ella mucha confianza. Como aquellas negociaciones se estuvieron prolongando durante días y como los Comneno no deseaban en absoluto expulsarla del palacio

4. Eudocia Macrembolítisa era viuda de Constantino X Ducas (1009-1067) y cuñada del césar Juan Ducas. Volvió a casarse, esta vez con Romano IV Diógenes y fue relegada posteriormente. Su hija Zoe se casó con Adriano, hermano de Alejo Comneno.

por los abundantes favores con que los había regalado ella durante todo el periodo de su reinado y, no menos, por la intimidad que tenían con ella en razón del doble parentesco que los unía, mucha gente hizo correr muchos rumores de diverso contenido, tomando unos los hechos de un modo y otros, de otro, conforme al odio o a la simpatía que cada persona experimentara hacia ella, y siguiendo la costumbre de juzgar los actos según las preferencias, no tal cual son. En suma, solo Alejo fue el coronado en aquella ocasión por la diestra del patriarca Cosmas. Este santo y venerable varón había sido elegido en el cuarto año del reinado de Miguel Ducas, el hijo del soberano Constantino, tras la muerte del muy venerado patriarca Juan Jifilino, el día dos de agosto de la decimotercera indicción.[5]

7. Los Ducas recelaban bastante del hecho de que la emperatriz aún no hubiera sido honrada con la diadema imperial e insistían en que también la emperatriz Irene debía ser honrada con la corona. Había a la sazón un monje, de nombre Eustracio y de apellido Garidas, que vivía cerca de la gran iglesia de Dios y fingía descaradamente su virtud. Este solía acudir desde hacía tiempo a presencia de la madre de los Comneno y le hacía predicciones sobre el Imperio. Ella, que además era amiga de monjes y se sentía halagada por tales palabras, mostraba una fe en él que aumentaba cada día más y, en consecuencia, concibió la idea de sentarlo en el trono patriarcal de la metrópolis. Con el pretexto de la simpleza e inactividad del entonces patriarca, convenció a algunos de que le sugirieran la abdicación bajo la apariencia de un consejo que le daban sinceramente con la única intención de favorecer sus particulares intereses. Pero aquel santo varón se percató de esta maniobra y, finalmente, jurando por su propio nombre, les dijo: «Por Cosmas, no abandonaré el trono patriarcal hasta no haber coronado con mis propias manos a Irene». Los agentes de la señora (ya todos se apresuraban a llamarla así por deseo del emperador, su amante hijo) regresaron y le comunicaron la respuesta del patriarca. En suma, una semana después de la aclamación de Alejo, también su esposa Irene fue coronada por el patriarca Cosmas.

5. Año 1075.

III. Descripciones de Alejo, Irene e Isaac

1. La apariencia física de ambos emperadores, Alejo e Irene, era indescriptible y sin igual. Un pintor que los contemplara no podría reproducir la imagen de este arquetipo de la belleza, ni un escultor podría dotar de tal armonía a la esencia inanimada de la piedra. Hasta el famoso *Canon* de Polícleto se convertiría a todas luces en un objeto carente de gracia ante la sola comparación de estas obras maestras de la naturaleza, los recién coronados soberanos, con los trabajos del legendario Polícleto.

2. Alejo no levantaba mucho del suelo y tenía una anchura de espaldas proporcionada a su altura. De pie no causaba tanto temor a quienes lo observaban como cuando estaba sentado en el trono imperial y lanzaba un terrorífico resplandor desde sus ojos. Entonces, parecía que una tormenta de rayos se había desencadenado en su rostro y en todo su ser, y despedía irresistibles fulgores. Las cejas se arqueaban negras a uno y otro lado de su cara y debajo de ellas tenían su asiento unos ojos que miraban terrible y, al tiempo, delicadamente, de tal modo que su mirada junto al resplandor de su frente, sus venerables mejillas y el color que corría por ellas causaban por igual temor y confianza. Sus hombros amplios, sus brazos fuertes y su pecho ancho eran, todos ellos, atributos dignos de un héroe que provocaban total admiración y embeleso en la gente. Este hombre, en conjunto, era inalcanzable tanto en su lozanía y su gracia como en su seriedad y su majestad. Tampoco en el momento de expresarse en una conversación y de poner en movimiento su lengua se tardaba en comprobar la fogosa retórica que residía en sus labios. Arrastraba con el diluvio de sus argumentaciones a toda audiencia y espíritu y era inenarrable e invencible con su lengua igual que con su mano, esta por sus cualidades al manejar la lanza y aquella por su puro encanto.

3. Mi madre, la emperatriz Irene, por aquel entonces era una adolescente que aún no había cumplido quince años de edad. Era hija de Andrónico, el primogénito del césar, y pertenecía a un ilustre

linaje que entroncaba con los famosos Andrónico y Constantino Ducas. Ella brotó de este tronco como una rama firme, siempre cuajada de flores. Era ancha y delgada en proporcionada correspondencia con el lugar de cada miembro y cada parte de su cuerpo. Apasionaba verla y apasionaba oírla, y era inagotable el placer que daban su aspecto y sus palabras, como si realmente se tratara de un maravilloso espectáculo o de un recital. Su rostro mismo reflejaba el fulgor de la luna. No estaba modelado según un círculo exacto, como las mujeres asiáticas; ni, por el contrario, se alargaba como las escitas, sino que relajaba un poco la redondez del círculo. Un prado florido nacía de sus mejillas y ofrecía sus rosales incluso a los que la veían de lejos. Sus ojos eran brillantes y miraban con temible placer, de modo que atraía hacia ella con el placer y la belleza los ojos de quienes miraban y los obligaba a cerrarlos al no saber cómo contemplarla ni cómo dejar de hacerlo.

4. No sé si existió alguna vez la diosa Atenea, imaginada por antiguos poetas y autores, pero sé de mitos que la recuerdan y nos transmiten su historia. Si alguien hubiera dicho en aquel entonces que esta emperatriz semejaba una Atenea encarnada entre los hombres o descendida del cielo en medio de un celeste estallido y un inaccesible resplandor, a buen seguro que no hubiera errado en su verosimilitud. La más admirable de sus cualidades, que no se hallaría en ninguna otra mujer, era la capacidad que poseía su sola mirada para abatir a los atrevidos y transmitir el valor a los que abatía el miedo. Sus labios la mayor parte de las veces estaban cerrados, porque ella se mostraba silenciosa, como una auténtica estatua inspirada por la belleza y una viva columna de armonía. Con frecuencia enseñaba hasta la muñeca unas manos, que acompañaban con un gesto acorde sus palabras y de las que se hubiera podido afirmar que parecían una pieza de marfil cincelada por un artista con forma de dedos y manos. El color azul de sus pupilas brillaba de forma semejante al de las profundas aguas y daba la impresión del mar en calma. Asimismo, el blanco de los ojos refulgía por su contraste con la pupila y producía en conjunto una insuperable gracia y regalaba un gozo inefable. Así eran físicamente Irene y Alejo.

5. Por su parte, mi tío Isaac tenía una estatura igual a la de mi padre, del que tampoco se diferenciaba mucho en el resto de su aspecto. Era un tanto pálido de rostro, su barba no era muy espesa, y la tenía más escasa en las mejillas que su hermano. Ambos hermanos se dedicaban con asiduidad a la caza, cuando no los agobiaban las abundantes ocupaciones de los asuntos públicos, pero más aún disfrutaban con los asuntos de la guerra que con los de la caza. Nadie adelantaba a Isaac en el ataque, ni siquiera cuando él en persona mandaba la formación, porque tan pronto como veía las líneas enemigas, se desentendía de todo lo demás y se arrojaba dentro de ellas seccionando limpiamente las falanges como un rayo. Este fue el motivo de que cayera prisionero en más de una ocasión durante sus campañas en Asia contra los agarenos. Su incontenible ataque era el único defecto del que adolecía mi tío en el campo de batalla.

IV. Alejo Comneno reestructura la jerarquía de la corte. Solución del asunto de María de Alania y su hijo Constantino

1. Como de acuerdo con lo prometido, Nicéforo Meliseno debía recibir la dignidad de césar y como Isaac, por ser el primogénito de los hermanos, debía ser honrado con un título de mayor categoría sin que existiera dignidad más alta que la de césar, el emperador Alejo inventó un nuevo título cuya denominación sería el resultado de unir los nombres de sebasto y de autocrátor. Así creó la dignidad de sebastocrátor con categoría igual a la de un segundo emperador. El césar estaría subordinado a este y ocuparía el tercer puesto, empezando por el soberano, en el orden de las aclamaciones. Ordenó, asimismo, que fueran coronados tanto el sebastocrátor como el césar en los actos públicos oficiales con unas coronas que se diferenciaban bastante por la magnificencia de la diadema que ciñe la cabeza de Alejo. La corona imperial cubre la cabeza como una semiesfera perfecta, adornada por doquier de perlas y piedras preciosas, en unos sitios incrustadas, en otros colgando, pues de cada lado de las sienes penden unas filas de perlas y piedras preciosas que rozan las

Mosaico de Alejo I Comneno.
Santa Sofía.

mejillas como un elemento destacado de la indumentaria destinada a los emperadores. Sin embargo, las coronas de sebastocrátores y césares constan de perlas y piedras preciosas dispersas por aquí y por allá, pero sin la semiesfera.

2. En aquellos días también fue honrado Taronites, el marido de la hermana del emperador, con los títulos de protosebasto y protovestiario y no mucho después fue nombrado también panhipersebasto y se le asignó un asiento al lado del césar. Además se concedió a su hermano Adriano Comneno el título de protosebasto ilustrísimo; y el último de sus hermanos, Nicéforo, fue promocionado a la dignidad de gran drungario[6] de la flota y elevado, también este, a la categoría de sebasto.

3. Mi padre inventó la nueva jerarquía de dignidades componiendo el nombre de unas, como hemos dicho arriba, y haciendo

6. El gran drungario era el segundo al mando de la flota, tras el gran duque.

de otras un uso diferente del establecido. De un lado están las dignidades de panhipersebasto, sebastocrátor y todas aquellas cuyos nombres compuso a partir de las ya existentes; de otro, los empleos distintos del título de sebasto. En efecto, antes eran denominados sebastos los emperadores. Esta palabra se le añadía como un calificativo muy apropiado; pero Alejo fue el primero en ampliar el círculo de aplicación de esa dignidad. Si alguien elevase el gobierno del Imperio a la categoría de una ciencia y de una muy elevada filosofía, como una especie de arte de las artes y ciencia de las ciencias, admiraría a mi padre por su sabiduría y sus conocimientos de arquitectura al innovar en funciones y títulos dentro del Imperio. Hay, sin embargo, una diferencia, mientras las principales figuras de las ciencias lógicas inventaron los términos que usaban por claridad, Alejo, este monarca experto en el arte de gobernar, tomó todas estas medidas e hizo frecuentes innovaciones en el orden de las funciones y la denominación de los títulos para el bien del Imperio.

4. Aquel santo varón, el patriarca Cosmas, de quien hemos hablado antes, unos días después de celebrar la sagrada liturgia en el día del apóstol Juan el teólogo dentro de la iglesia puesta bajo su advocación en el Hébdomo, renunció al patriarcado y tras haberse distinguido durante cinco años y nueve meses en el cargo, se retiró al monasterio de Calio. Detrás de este se encargó del timón de la nave patriarcal el eunuco a quien hemos hecho mención anteriormente, Eustracio Garidas.

5. Como, tras el derrocamiento de su padre Miguel Ducas, Constantino Porfirogéneto, el hijo de la emperatriz María, se había quitado voluntariamente los borceguíes rojos y se había calzado los vulgares de color negro, Nicéforo Botaniates, que había asumido el mando del Imperio como sucesor de Miguel Ducas, el padre de Constantino, decidió que se desprendiera de aquel calzado negro y le mandó ponerse borceguíes de variopintas sedas, como si le diera una muestra de respeto al joven, cuya belleza admiraba tanto como su linaje. Pero como si sintiera envidia del rojo que destellaba de su calzado por entero, solo le permitió que aquel lo dejara ver en algunas partes de sus tejidos.

6. Tras la proclamación de Alejo Comneno, la madre de Constantino, la emperatriz María, siguiendo los consejos del césar, pidió al soberano por escrito la promesa certificada, con letras rojas y un sello de oro, no solo de que sería salvaguardada indemne con su hijo y sino también de que el joven reinaría con él, haciendo uso de los borceguíes rojos, de la corona y siendo proclamado emperador a su lado. Su petición no cayó en vacío y recibió un crisóbulo confirmando todos sus deseos. Entonces le retiraron a Constantino los borceguíes de seda que calzaba, le permitieron ponerse el calzado de color enteramente rojo y en adelante fue el segundo en sellar con cinabrio tras el emperador las donaciones y los crisóbulos, y fue también el segundo en los cortejos, tocado con la tiara imperial. Por todo esto se rumoreaba que antes de la rebelión, la emperatriz había ultimado un acuerdo sobre ese particular en el que se fijaba así el futuro de su hijo.

7. En suma, salió ella de palacio con esta seguridad y con el apropiado cortejo y se estableció en las estancias del monasterio del gran mártir Jorge, en los edificios construidos por el difunto emperador Constantino Monómaco (Mangana suele llamarlos hoy en día la lengua vulgar). El sebastocrátor Isaac la acompañaba.

V. Alejo hace pública penitencia por los desmanes de sus tropas al entrar en Constantinopla

1. Así resolvieron los Comneno el problema de la emperatriz María. En cuanto al emperador, que había gozado desde pequeño de una esmerada educación y actuaba de acuerdo con las recomendaciones de su madre, albergando en su pecho y en su corazón el temor de Dios, estaba desgarrado y entristecido por el pillaje a que había sido sometida la ciudad y que todos en general habían sufrido tras su entrada en ella. En efecto, la creencia en la propia infalibilidad del que nunca ha tropezado con ningún obstáculo lo hace desembocar en la locura, pero si el que ha errado pertenece al grupo de las personas devotas y sensatas, asume pronto en su alma

el temor de Dios y es presa de grandes turbaciones y miedos, especialmente si está a cargo de importantes asuntos y ha accedido a señaladísimos puestos. Acosaba a Alejo el temor de que conducido en algún modo por su torpeza, su osadía y su soberbia se atrajera la cólera de Dios y cayera rodando del poder que hasta entonces tenía, tal como le sucedió una vez a Saúl, pues Dios por el atrevimiento del rey rompió en dos su reino.[7]

2. Alejo se hallaba agitado por estas reflexiones y su alma estaba conmovida también por temor a que en algún momento sobreviniera abiertamente la cólera de Dios. Pues se consideraba responsable del daño causado a la ciudad entera por todos y cada uno de los soldados que se desparramaron como el populacho por toda la ciudad. Pensando que fue él quien originó aquellos tremendos perjuicios, se sentía herido, angustiado y no estimaba en nada, como es lógico, el Imperio, el poder, la Púrpura, la corona de joyas engastadas y el vestido dorado y rodeado de perlas, frente a las indescriptibles desgracias que había sufrido en aquella ocasión la emperatriz de las ciudades. Los horribles infortunios que la envolvieron en aquel instante nadie, aunque quisiera, podría relatarlos. En efecto, los santuarios, los templos, las propiedades públicas y privadas, fueron saquedos por todos en todas partes, y los gritos y las voces levantadas en todas partes golpeaban los oídos de todos. Si alguien hubiera visto este espectáculo, habría dicho que fue un terremoto lo que sobrevino.

3. Alejo revolvía estos pensamientos en su mente y por ello su alma estaba afligida, desgarrada sin saber qué hacer con su infinito dolor. Pues era estricto hasta el extremo a la hora percibir lo que se había hecho mal. Sabía que los precedentes acontecimientos, durante los cuales la masa había obrado vilmente, los habían llevado a cabo las manos y las voluntades de otros, pero era consciente, y muy firmemente por cierto, de que él había facilitado el pretexto y el origen de estos sufrimientos. Con todo, para él una vez más los responsables últimos de la rebelión habían sido los ya citados siervos.

7. *Reyes,* XV 28; XXVIII; III *Reyes,* XI 11.

4. Como había aceptado de este modo la plena responsabilidad de los desmanes, pretendía y deseaba curar esta herida. Así, tras la curación y purificación de sus faltas, se haría cargo de los asuntos del Imperio y podría dirigir y administrar correctamente el Imperio y los asuntos relacionados con el ejército y la guerra. Acudió a presencia de su madre, le comunicó aquel encomiable sentimiento y buscó un medio que lo curase y alejase de estos remordimientos que torturaban su conciencia. Ella abrazó a su hijo y acogió gustosamente sus palabras. Mandaron llamar, pues, de común acuerdo al patriarca Cosmas (por aquel entonces aún no había abdicado del trono) y a algunos destacados miembros del sagrado sínodo y del estamento monástico.

5. Compareció ante ellos el emperador como acusado, como condenado, como un hombre común o alguien de otra condición que está sometido a la autoridad y aguarda en cualquier momento la sentencia que el tribunal dictará en contra de él. Alejo confesó todas las faltas sin omitir ni la instigación, ni el consentimiento, ni la actuación, ni la causa de esos actos y, tras explayarse en todos los hechos con temor y fe, pidió ardientemente la cura de sus males y se sometió a sí mismo a la pena. El tribunal condenó a idénticas penas tanto a él como a sus parientes consanguíneos que se habían alzado también en rebelión y los ordenó ayunar, dormir en el suelo y obedecer las medidas que los acompañan para reconciliarse con el favor divino. Ellos aceptaron las penas y las cumplieron de buena gana. Tampoco sus mujeres consintieron en permanecer libres de castigo (¿cómo podrían negarse si eran amantes esposas de sus maridos?) y voluntariamente aceptaron el yugo del arrepentimiento.

6. Pudo verse entonces el palacio lleno de lágrimas, de una aflicción no digna de reproche ni que acusaba una debilidad de espíritu, sino encomiable y receptáculo de una alegría mayor nunca desaparecida. El emperador, por su parte, dada su religiosidad, iba más allá y vistió por debajo de la púrpura imperial un cilicio que estuvo en contacto con la piel de su cuerpo durante cuarenta días y cuarenta noches. Además, de noche dormía acostado en el sue-

lo, apoyando su cabeza sobre una piedra y sumido en la aflicción, como es natural. De este modo, a continuación tomó el gobierno del Imperio con las manos puras.

VI. Transcripción del crisóbulo por el que Alejo Comneno deja a su madre como regente del Imperio durante su ausencia

1. Alejo deseaba que su madre fuera el timonel de la nave del Estado antes que él, pero mantuvo oculto este deseo durante un tiempo por temor a que ella abandonara el palacio al enterarse de este anhelo. El emperador sabía, en efecto, que ella aspiraba a una vida más elevada. Por tanto, para cualquier asunto que se le presentara pedía su consejo antes de despacharlo y tenía en ella un compañero al mismo tiempo que un auxiliar para las decisiones, mientras iba haciéndola imperceptiblemente partícipe de la tarea de administrar el Estado y le daba a entender también de forma evidente y de vez en cuando que sin su inteligencia y recto juicio se arruinarían los intereses del Imperio. Así estaban las cosas y el progresivo estrechamiento en las relaciones con su madre suponía un obstáculo y una desviación de los objetivos de ella.

2. Tenía ella su atención puesta en el último trecho de su existencia y pensaba pasar los años que le quedasen de vida en un monasterio, empleando el tiempo en juiciosas reflexiones. Esto pensaba y rezaba para que así le sucediera. Pero, aunque daba vueltas en su mente a pensamientos de tal clase con todo su interés puesto en una vida más elevada, también amaba a su hijo más que cualquier otra mujer y de algún modo deseaba afrontar con él los temporales que azotaban el Imperio y capitanear lo mejor posible la nave del Estado, tanto con vientos favorables como en el momento en que las olas la zarandean por todos lados. En especial ahora, cuando su hijo, que nunca antes había tenido relación con la mar, el oleaje y los vientos de esa índole, acababa de situarse en la popa y se había aferrado al timón. Al hablar de esto, hago referencia metafóricamente a las múltiples y graves turbulencias que agitaban el Imperio. En tales

casos, la pasión materna se adueñaba de ella y accedía a gobernar con su hijo y emperador. En otras ocasiones, conducía sola, sin fallos ni errores, el carro del estado al mando de sus riendas. Era, además, inteligente, guía realmente apropiada para el Imperio y puntal del trono. Pero desde el otro lado, la arrastraba el amor de Dios.

3. Cuando en el mes de agosto de esta misma indicción el paso al Ilírico de Roberto, que mostraba clara y efectivamente sus planes íntimos, obligó a Alejo a partir, designó a su madre como única regente del Imperio en un crisóbulo que certificaba abiertamente ante todos su decisión. Como el historiador no debe dejar constancia de los actos y los decretos de los hombres ilustres a grandes rasgos, sino detallar aquellos en lo posible y referir sus edictos, voy también yo, de este modo, a transcribir el contenido de dicho crisóbulo, eliminando solo los adornos de su redactor.

4. Dice así: «Nada hay equiparable a una madre cariñosa y amante de sus hijos, ni refugio más poderoso que ella, aunque el peligro se cierna, aunque se espere alguna otra desagradable amenaza. Si ella da un consejo, será un consejo seguro; si reza, sus rezos serán apoyo y protección imbatibles. Este fue el carácter que Mi Imperial Majestad creyó ver desde la más tierna infancia en mi venerada madre y señora, que ha actuado siempre en todo como mi nodriza y mi guía. En efecto, mientras Mi Majestad constaba dentro del catálogo senatorial, el amor de madre prevaleció sobre todo lo demás, y la confianza de hijo se conservó pura. En nuestros cuerpos diferentes se reconoció la existencia de una sola alma, que se ha preservado intacta, por gracia de Cristo, hasta el presente. Nunca se dijo entre nosotros "esto es mío" o "esto es tuyo", esas frías palabras; y, lo que sin duda es más importante, sus continuas oraciones subían en todo tiempo a los oídos del Señor y me elevaron a esta cima del Imperio.

5. Sin embargo, tras la toma del cetro imperial, ella no pudo soportar la idea de abandonar la colaboración con Mi Majestad, ni la de renunciar a los intereses de esta y a los públicos. Por ello, aunque Mi Majestad se disponga a partir en contra de los enemigos de la Romania y dedique mucha atención al reclutamiento del ejército y a su organización, tampoco ha descuidado la administración de los asun-

tos civiles y políticos. Halló, por tanto, una inexpugnable fortaleza para el mejor gobierno en el hecho de confiar a mi venerada y honradísima madre la administración de todas las cuestiones de estado.

6. Mi Majestad decreta, pues, oficialmente a través del presente crisóbulo que, por la experiencia que atesora sobre las cosas de la vida, aunque las haya despreciado por entero, las decisiones que ella haga constar por escrito, siempre que hayan sido propuestas por el presidente de los secreta o por sus subordinados o por cualquier otro funcionario, cuyas memorias, peticiones y resoluciones sean preparadas en materia de disminución de cargas fiscales, tengan plena vigencia, como si hubieran sido dispuestas por el sereno poder de Mi Majestad y como si hubieran sido escritos según el dictado de mi propia boca. Cualquier clase de resoluciones o instrucciones que sean expresadas, tanto escritas como no escritas, ya motivadas o no motivadas, y que lleven su sello en el que aparecen la Transfiguración y la Dormición,[8] serán tenidas en cuenta como si proviniesen de Mi propia Majestad y con la fecha puesta por el que dirija en ese momento los secreta.

7. Además, en las promociones y sucesiones de los secreta y de los temas, en las dignidades, cargos y donaciones de tierras, mi santa madre tendrá mi imperial permiso de hacer lo que le parezca correcto. Además, las personas que sean promovidas a puestos de los secreta y de los temas y sean los sucesores en estos cargos, y las personas que sean honradas con títulos de categoría superior, media o inferior serán en adelante mantenidos en sus puestos y conservarán sus privilegios. Además, los incrementos de las rentas, los aumentos en las cantidades de las donaciones, las reducciones de impuestos, las disminuciones o supresiones de pagos, será ella quien los ordene con pleno derecho. Para resumir, nada de lo que ella ordene por escrito o no, será entendido como carente de vigencia. Sus palabras y prescripciones serán tenidas en cuenta como si provinieran de Mi Majestad, ninguna de ellas será derogada y tendrán vigencia y estabilidad en los tiempos venideros.

8. Es el nombre que recibe en la Iglesia Ortodoxa la Asunción de la Virgen.

8. Ninguna persona exigirá responsabilidades ni someterá a investigación alguna, tanto ahora o como en el futuro, a ninguno de los que la hayan obedecido, incluido el que haya sido en su época logoteta de los secreta, ya parezcan razonables o no razonables las acciones emprendidas. Sean cuales sean, de las medidas vigentes en razón del presente crisóbulo no se pedirá nunca cuenta».

VII. Elogio de la madre de Alejo

1. Este era el contenido del crisóbulo. Por otro lado, dadas las circunstancias, alguien podría asombrarse del aprecio que mi padre y soberano sentía hacia su madre y de la manera en que le cedió todas las prerrogativas, como si él hubiera cedido las riendas del Imperio y de algún modo fuera el acompañante de ella, que guiaba el carro del Imperio, participando solo del simple nombre de emperador, aunque por su edad ya hubiera pasado la adolescencia, cuando especialmente en esos caracteres nace la pasión de poder. En efecto, el emperador se metió de lleno en las guerras con los bárbaros, y en cuanto supone hazañas y contiendas, y confió a su madre la administración de todos los asuntos, los cargos civiles y las medidas sobre los impuestos y los gastos del Imperio.

2. Tal vez alguien podría reprocharle, una vez llegado a este punto, que tomara esas medidas, pensando que mi padre confió al gineceo la administración del Imperio. Pero, si hubiera conocido la inteligencia de esa mujer, su enorme virtud y sensatez, y la actividad que desplegaba, dejaría de hacer reproches y los sustituiría por su admiración. Tan diestra era mi abuela para llevar adelante sus asuntos y eficiente en ordenar y organizar el gobierno que no solo hubiera podido regir el Estado de los Romanos, sino también cualquier imperio de cuantos hay bajo el sol. Era muy experta y conocía la naturaleza de cualquier clase de tareas y sabía cómo empieza cada una, dónde puede desembocar, cuáles son perjudiciales para cuáles y cuáles benefician a otras. Era muy perspicaz para captar lo que era preciso hacer y hábil para llevarlo a cabo con seguridad.

3. No se daba el caso de que fuera tan juiciosa, pero su lengua desentonara de su buen juicio, sino que era una oradora muy persuasiva. Tampoco era una charlatana que prolongara su discurso interminablemente, ni la abandonaba pronto la inspiración del discurso, sino que tras comenzar oportunamente, acababa a su vez en el momento más oportuno. El trono imperial la ganó para sí cuando disfrutaba de madurez, cuando más descollaba su inteligencia, su agudeza florecía y su saber en torno a la política alcanzaba cotas extremas, cualidades en las que el gobierno y la administración hallan su fuerza. Estaba en una edad naturalmente apropiada no solo para hablar más sabiamente que los jóvenes, como dice la tragedia, sino incluso para actuar más sensatamente.[9] Tiempo atrás, cuando ella pertenecía al grupo de las mujeres más jóvenes, era totalmente asombrosa la prudencia, propia de las canas, que mostraba en una edad juvenil. Su aspecto ofrecía al espectador la muestra de la virtud y la seriedad que residían en ella.

4. Como decía, cuando mi padre ascendió al trono, se reservó para sí los combates y las penalidades, mientras convertía a su madre en espectadora de sus trabajos, y, tras hacerla su señora, obedeció sus órdenes como un esclavo. El emperador la quería mucho, dependía de sus consejos (tan amante hijo de su madre era), prestaba su derecha como mano ejecutora de las palabras de aquella y consentía o disentía con ella en todo lo que aquella consentía o disentía.

5. En suma, la situación era la siguiente. El emperador poseía simbólicamente el Imperio, pero ella poseía el Imperio mismo; la una legislaba, administraba y regía todo, y él refrendaba con su sello las medidas de aquella, las escritas con su firma y las no escritas con su aprobación verbal. Por así decir, no era un emperador, sino un instrumento del poder imperial de ella. Él quedaba satisfecho con todas las decisiones que su madre adoptaba y decretaba, y no solo era el que mejor obedecía a su madre, sino que también le prestaba atención como a un sabio en la ciencia del gobierno del Imperio. Pues sabía que ella iba buscando siempre lo mejor y que superaba con diferencia a todos los que vivían en aquella época por su inteligencia y su comprensión de las cuestiones que se trataban.

9. Esquilo, *Euménides,* 848-849

VIII. Panegírico de Ana Dalasena. Excurso sobre la fundación de la iglesia de Santa Tecla por Isaac Comneno

1. Esos fueron los comienzos del reinado de Alejo. Nadie podría llamarlo, lógicamente, soberano ahora que había transferido por entero el cargo de soberano a su madre. En fin, que otro alabe de acuerdo con las leyes del encomio[10] la patria de aquella estupenda madre y su linaje, que entroncaba con el de los famosos Adriano Dalaseno y Caronte,[11] y dirija su narración hacia la inmensidad de sus hazañas. Porque no es adecuado que yo, una historiadora, la caracterice por su linaje o su sangre, sino por su conducta, sus virtudes y por todas los rasgos que caracterizan el género histórico.

2. Volviendo a ella una vez más, diré que era la mayor gloria tanto del sexo femenino, como del masculino, y un adorno de la naturaleza humana. Ella transformó, mejoró e impuso un orden digno de elogio en el gineceo de palacio, que estaba totalmente corrompido desde que el famoso Monómaco[12] asumiera el mando del Imperio y que había sido el centro de insensatas pasiones hasta el reinado de mi padre. Pudo comprobarse entonces cómo el palacio gozaba de un orden encomiable. Prescribió las horas de los himnos sagrados, fijó el momento de la comida y de la elección de magistrados, y se convirtió ella en hito y modelo de todas las actividades, de modo que el palacio acabó por tener más apariencia de un sagrado lugar de meditación.

3. Ese era el carácter de aquella mujer, realmente extraordinaria y santa. Tanto superaba en templanza a las mujeres celebradas en la Antigüedad y que inspiraron tantos relatos, cuanto el sol a los astros.

10. El encomio era un género literario, subgénero de la oratoria cortesana, que respondía a una serie de reglas fijas.

11. Ana Dalasena era hija de un alto funcionario imperial en Italia al que llamaban Caronte porque liquidaba a todo enemigo al que golpeaba. En cuanto a su línea materna, descendía de Adriano y Teófilo Dalaseno, cuyo linaje y hazañas se remontan al reinado de Constantino VIII (1025-1028).

12. Alusión a la degradación moral que sufrió la corte durante el reinado de Constanino IX Monómaco (1042-1054).

¿Y su compasión con el pobre, su generosa mano con los necesitados, qué palabras podrían expresarlas? Su hogar era el asilo común de los parientes que pasaban penalidades, y no menos común lo era también de los extranjeros. Honraba especialmente a sacerdotes y monjes, a los que invitaba a su mesa, de modo que nadie podría contemplar su mesa sin que estuvieran presentes los monjes. La manifiesta firmeza de su temperamento era venerada por los ángeles y temida por los demonios. Solo con su mirada se hacía insoportable a los hombres desenfrenados y dados a los placeres, pero, por el contrario, se comportaba agradable y dulcemente con los que hacían gala de su templanza. Conocía tan bien la medida de la modestia y de la seriedad, que lo modesto no parecía en ella fiero y rudo, ni lo tierno, relajado e intemperante. Creo que una buena definición del decoro es la mezcla de caridad con la altura espiritual.

4. El carácter que había en su interior se inclinaba por la reflexión y desarrollaba siempre proyectos nuevos cuyo objetivo no consistía en perjudicar al Estado, como algunos murmuraban, sino preservarlo, conducir al Imperio, entonces arruinado, a su plenitud y enderezar en la medida de sus fuerzas el rumbo de un estado que estaba reducido a la nada. Aunque estuviera excepcionalmente encargada de la administración de la cosa pública, no por ello desatendía el régimen de vida adecuado para el monacato y dedicaba la mayor parte de la noche a cumplir con los himnos sagrados, consumiendo el tiempo en continua oración y en vela. En torno al alba, en ocasiones al segundo canto del gallo, se ocupaba de los asuntos de estado, atendiendo con la ayuda de su secretario Gregorio Genesio a la elección de cargos y resolviendo las solicitudes de los peticionarios.

5. Si algún orador hubiera querido plasmar su personalidad en un discurso de encomio, ¿a qué hombres y mujeres distinguidos en la Antigüedad por su virtud o célebres por sus empresas, sus reflexiones y sus conductas respecto a los demás hubiera dejado de citar, mientras alzaba al último escalón de la gloria a la mujer que era el objeto de la alabanza, todo ello según la ley de los escritores de encomios? Pero las reglas de la historia no dan tanta licencia al

que la cultiva. Por eso, si al hablar de esta emperatriz, contamos sus éxitos muy comedidamente, que nadie de cuantos conocen su virtud, su enorme dignidad, su agudeza para cualquier asunto y su sublime inteligencia, llene nuestro relato de reproches. Pero volvamos nosotros al punto en el que, por extendernos sobre la emperatriz, nos hemos desviado un tanto del hilo narrativo. Como decíamos, pues, ella no consagraba el día entero a las ocupaciones mundanas; por el contrario, cumplía con las funciones religiosas en la iglesia consagrada a la mártir Tecla, que el soberano Isaac Comneno,[13] su cuñado, había mandado edificar por el siguiente motivo.

6. Cuando los jefes dacios decidieron dejar de respetar el tratado que mantenían hacía tiempo con los romanos y lo rompieron con su perjurio, los sármatas, conocidos antiguamente con el nombre de misios y que se extendían por todos los territorios más allá del límite que marca el curso del Istro,[14] al tener evidencia de este hecho, decidieron no continuar en paz dentro de sus fronteras, se movilizaron en masa y se instalaron en nuestros territorios. La causa de esta migración fue la implacable enemistad que los vecinos getas tenían con los sármatas, a quienes hacían víctimas de pillaje. Por eso, cuando se percataron de que era el momento oportuno y tan pronto como vieron el Istro helado, lo utilizaron como tierra firme, se trasladaron de sus tierras a las nuestras con todo su pueblo y acosaron nuestros dominios con terribles saqueos de ciudades y regiones fronterizas.

7. Cuando el emperador Isaac se enteró de ello, consideró necesario ganar Triaditza.[15] Tras haber repelido anteriormente a los bárbaros de Oriente, este nuevo conflicto se le presentó como un problema de fácil solución. Efectivamente, después de reunir todo el ejército, emprendió el camino que llevaba hacia el territorio afectado con el deseo de arrojar a esos bárbaros al otro lado de las fronteras romanas. Tras alinear como general todo su ejército en per-

13. Isaac I Comneno (1054-1057).

14. Danubio.

15. Actualmente, Sofía, la capital de Bulgaria.

fecta formación, se lanzó contra ellos. Nada más verlo, los bárbaros se dividieron según diferentes opiniones. Pero Isaac, que no podía permitirse el confiar en ellos, atacó con su potente falange la parte más potente y difícil de batir del ejército enemigo, al que aterrorizó solo con su proximidad y la de sus tropas. Y como no osaban mirar cara a cara al que parecía lanzar relámpagos, tan pronto como vieron la masa compacta que formaban los escudos de las tropas, se disolvieron. Se retiraron, pues, un tanto y a pesar de proponerle entablar batalla pasados tres días, se dieron a la fuga abandonando durante la misma jornada sus tiendas. Él llegó al lugar donde ellos habían acampado, destruyó sus tiendas y retornó triunfador con el botín que había encontrado.

8. Llegado a los pies del Lobitzo,[16] le cayó encima una furiosa tormenta seguida de una extraordinaria nevada. Era el veinticuatro de septiembre, día en el que se conmemora a la gran mártir Tecla. Las corrientes de los ríos se convirtieron en auténticas mareas, se desbordó el agua y la llanura entera, donde estaban acantonados la tienda imperial y todo el ejército, parecía un mar. En aquel instante, toda la impedimenta desapareció arrastrada por las corrientes fluviales, y los hombres y animales estaban paralizados por el frío. El cielo retumbaba con los truenos, y continuos relámpagos zigzagueaban desde las nubes sin tregua alguna, como si amenazaran con incendiar todo aquel entorno.

9. Al ver estos fenómenos, Isaac se sintió angustiado. Cuando se produjo una leve pausa en la tormenta, abandonó aquel sitio con sus generales, tras haber perdido a muchos hombres ahogados en los torbellinos de las corrientes del río, y se situó bajo una encina en compañía de aquellos. Pero percibió algo semejante a un ruido o un estruendo que surgía de la encina y temió que esta cayera derribada por la fuerza con que el viento empezaba a soplar. Por ello, se apartó a tanta distancia como para que el árbol, si caía, no lo alcanzase. Y se quedó estupefacto. La encina, como a una señal, fue arrancada de raíz y quedó a la vista de todos tirada por tierra.

16. Actualmente, Loveč, en Bulgaria.

10. El emperador estaba inmóvil, asombrado de la solicitud que Dios mostraba hacia él. Al tener noticias por rumores de una sedición en Oriente, volvió a palacio. A raíz de aquel acontecimiento mandó edificar una famosa iglesia consagrada a la gran mártir Tecla, dotada suntuosamente con generoso presupuesto y con todos los recursos artísticos, en donde ofrecía los votos que deben hacer los cristianos y cumplía siempre con los himnos sagrados. De este modo, fue construida esa mencionada iglesia y puesta bajo la advocación de la gran mártir Tecla, donde, como antes expusimos, cumplía con sus continuas devociones la emperatriz y madre del emperador Alejo.

11. Yo misma también tuve ocasión de tratar con ella y admirarla durante un breve tiempo. Todos saben bien que lo que hemos dicho no es producto de vanagloria y todos los que quieren descubrir la verdad sin partidismos pueden reconocerlo, si es que quieren. Porque si yo hubiera preferido entonar un panegírico y no hacer historia, habría aplicado mi obra a una mayor relación de sus obras, como he aclarado más arriba. Pero ahora debemos volver a nuestro objetivo.

IX. Alejo adopta las primeras disposiciones militares

1. El emperador Alejo se dio cuenta de que el Imperio estaba como agonizante. Los turcos pillaban salvajemente las posesiones de Oriente y las de Occidente se hallaban en un estado penosísimo a causa de Roberto, que se dedicaba a movilizar todos sus recursos para instalar en el palacio a ese falso Miguel que se le había presentado, lo que me parece no era sino una excusa para ocultar una ardiente ambición de poder que no lo dejaba nunca en paz. Por ello, habiendo encontrado en Miguel un pretexto al estilo de Patroclo, hizo prender la chispa de su pasión por el poder, que hasta ese momento había estado cubierta bajo las cenizas, y la convirtió en una gran hoguera. Empezó a armarse fuertemente contra el Imperio de los romanos, aparejando dromones, trirremes, birremes, sermones,[17] na-

17. El dromón era una tipo de nave de guerra bizantina con remos, velas latinas y sin espolón. El sermón era una nave cuyas características no son bien conocidas, pero que parece corresponder a naves ligeras y alargadas sin cubierta.

ves de transporte, preparando nuevos y abundantes buques en las regiones costeras y reuniendo en tierra firme fuerzas numerosas que coadyuvaran con él en sus objetivos. Sumido el joven soberano en una situación angustiosa y sin saber a cuál de los dos frentes encaminarse, ya que parecía como si cada uno de los dos enemigos fuera a atacarlo antes que el otro, aquel noble joven se irritaba y deploraba que el Imperio de los romanos no tuviese siquiera un ejército digno (pues no se disponía más que de trescientos soldados,[18] y estos originarios de Coma, muy débiles y bisoños, y de algún contingente formado por unos pocos bárbaros extranjeros de los que acostumbran a llevar la espada sobre el hombro derecho)[19] y que no se contara con recursos económicos en el tesoro de palacio con los que pudieran ganarse algunas alianzas de países extranjeros. Los emperadores que habían precedido a mi padre en el trono habían tratado de modo muy torpe las cuestiones relativas a la guerra y al ejército, y habían conducido el Estado de los Romanos a una situación límite. Yo misma oí decir a algunos soldados y ancianos que ningún país había alcanzado nunca tal extremo de infortunio.

2. Difíciles, por tanto, se le presentaban al soberano las cosas, dividido entre diferentes preocupaciones. Pero él, que era valiente e intrépido y que tenía una abundante experiencia sobre los asuntos de la guerra, quería hacer fondear de nuevo el Imperio en pacíficas costas una vez a salvo de la enorme tormenta y, con la ayuda de Dios, dispersos entre la espuma los enemigos que se levantaban, como las olas cuando chocan contra las piedras.

3. Se dio cuenta, pues, de que era preciso convocar rápidamente en pleno a todos los toparcas[20] de Oriente que estaban resistiendo con valor a los turcos al mando de fortalezas y ciudades. Inmediatamente, por tanto, redactó diversos mensajes a todos, a Dabateno, a la sazón topotereta[21] de Heraclea del Ponto y encargado de Paflago-

18. En Constantinopla.

19. La guardia varega.

20. Gobernador de una ciudad.

21. Comandante a cargo de una plaza fuerte o de la vigilancia de una «clisura» [κλεισούρα], esto es, un desfiladero de valor estratégico.

nia; a Burtzes, que era toparca de Capadocia y Coma, y a los restantes jefes, ofreciéndoles información sobre todos los acontecimientos que le habían ocurrido, por cuya causa, y gracias a la Divina Providencia, había ascendido a la dignidad imperial y había sido salvado inopinadamente de un peligro inminente. Asimismo, les ordenaba que fortalecieran sus posiciones adoptando las medidas precisas y que, tras dejar allí un número suficiente de soldados, se presentaran en Constantinopla con el resto de las tropas y con cuantos reclutas recién alistados y en pleno vigor pudieran conseguir.

4. Luego, comprendió que debía afianzar dentro de lo posible su posición frente a Roberto y apartar de la empresa a los caudillos y condes que se había atraído. Pero cuando el emisario que había sido enviado a Monomacato antes de la toma de Constantinopla y por cuya mediación le pedía ayuda y requería que le fuera remitido dinero, regresó trayendo solo una carta donde se deshacía en excusas, como antes hemos relatado, y donde exponía que le era imposible ayudarle en ese momento, puesto que aún Botaniates estaba en posesión de la autoridad, y cuando la hubo leído, quedó desolado por el temor de que Monomacato se pasase al bando de Roberto nada más enterarse del derrocamiento de Botaniates. En consecuencia, mandó llamar a su cuñado Jorge Paleólogo y lo despachó a Dirraquio (ciudad ilírica) encomendándole la tarea de expulsar de allí a Monomacato mediante el recurso a todo su ingenio y sin combatir, ya que no disponía de tropas suficientes con las que echarlo a la fuerza de la ciudad, y de oponer, en lo posible, sus argucias a las argucias de Roberto.

5. Le encomendó, asimismo, que reparase las almenas de una nueva forma, dejando sin clavar la mayor parte de sus piezas de madera, para que, si en algún momento se les ocurriera a los latinos trepar a ellas por escalas, rodase la empalizada por tierra al mismo tiempo del asalto y arrastrase en su caída a los enemigos. Además, hizo por escrito encarecidas y abundantes exhortaciones a los gobernadores de las ciudades costeras y de las islas en el sentido de que no debían abatirse ni, menos aún, volverse negligentes y que debían estar despiertos y alertas, vigilando su entorno y observando

a Roberto, no fuera a ocurrir que acabara siendo dueño al primer ataque de todas las ciudades costeras y de las islas y creara dificultades extremas al Imperio de los romanos.

X. Alejo busca alianzas contra Roberto. Texto de la carta enviada al rey de Alemania

1. Estas fueron las medidas que adoptó el emperador sobre el Ilírico y con las que, a la vista de todo el mundo, fortificó correctamente sus posiciones frente a Roberto y bajo sus narices; pero tampoco desatendió a los que se hallaban a espaldas del bárbaro. Expidió entonces una serie de cartas, primero al jefe de los longibardos, Hermano,[22] luego al papa de Roma,[23] al arzobispo de Capua, Erbio,[24] a los príncipes e incluso también a todos los caudillos de países célticos, en las que les ofrecía abundantes regalos y promesas de numerosos presentes y dignidades. Con esta maniobra, iba excitando la hostilidad en contra de Roberto. Y mientras unos empezaban ya a perder la amistad con Roberto, otros prometían hacerlo si recibían más riquezas.

2. Como sabía que, por encima de todos estos, el rey de Alemania[25] podía hacer contra Roberto lo que quisiera, le envió cartas en más de una ocasión que contenían promesas diversas y melifluas palabras. Cuando supo que estaba convencido y que prometía cumplir sus deseos, despachó de nuevo a Querosfactes con otra carta que decía así:

3. «Nuestra Majestad reza para que Tu Poderosísima Alteza esté bien e incremente su prosperidad, muy noble y, en verdad, cristianísimo hermano. ¿Pues cómo podría la piedad de Nuestra Majestad abandonar las oraciones que reza para tu mayor provecho y ventura, si conocemos la piedad que hay en ti? Porque este fraternal apoyo

22. Hermann, duque de Lombardía, sobrino de Roberto.

23. Gregorio VI.

24. Hervé, arzobispo de Capua.

25. Enrique IV.

y disposición tuya hacia Nuestra Majestad y la promesa que hiciste de aceptar la movilización en contra de ese hombre perverso y darle a probar merecidamente su propia maldad a ese maldito criminal y enemigo de Dios y de los cristianos demuestran la inmensa grandeza de tu alma, lo que da claro testimonio de tu devoción a Dios.

4. Los intereses de Nuestra Majestad, en general, marchan bien, pero en algunas insignificantes cuestiones se hallan inquietos y turbados por las alteraciones a que los someten las actividades de Roberto. Pero si en algo hay que confiar en Dios y en sus justos designios es en que la ruina de ese injustísimo hombre es inminente. Dios no consentirá en absoluto que el bastón de los pecadores se alce contra sus herederos. Por otro lado, respecto a los acuerdos entre Nuestra Majestad y Tu Poderosísima Alteza sobre el envío de ciento cuarenta y cuatro mil monedas y las cien piezas de tela púrpura, estas han sido enviadas con el protoproedro y catepán entre los títulos, Constantino,[26] con el beneplácito de tu fidelísimo y nobilísimo conde Bulcardo.[27] La citada suma de monedas que ha sido enviada se pagó mediante plata acuñada en la antigua calidad de época del emperador Romano.[28] Una vez Tu Nobleza haya prestado juramento, te serán remitidas doscientas diez y seis mil monedas y las rentas de las veinte dignidades conferidas por mediación de Bagelardo,[29] el muy fiel servidor de Tu Alteza, cuando bajes a Longibardía.

5. Por otro lado, Tu Alteza ha sido instruida previamente sobre los términos en que debe ser cumplido el juramento. Sin embargo,

26. Constantino Querosfactes, mencionado arriba. El catepán asistía a los duques en el gobierno de los temas durante el periodo de los Comneno. El título de poedro era en principio exclusivo para eunucos, pero en época de Alejo Comneno ya estaba abierto a personajes importantes de la corte no eunucos. En principio era el de mayor rango para personas no pertenecientes a la familia imperial. El excesivo uso del mismo llevó a crear el grado superior de protoproedro. A partir del siglo XI fue cayendo en desuso y desapareció en el siglo XII, y solo quedaron restos de su uso en la jerarquía eclesiástica.

27. Burchard, conde y embajador de Enrique IV de Alemania.

28. Desde el reinado de Romano IV Diógenes se había producido una devaluación en la calidad de la moneda.

29. Abelardo, hermano de Hermann (v. nota 18). Vivía en Constantinopla como refugiado.

el protoproedro y catepán Constantino, que ha sido informado por Nuestra Majestad sobre cada uno de los requerimientos que se hacen y que se confirmarán con el juramento que vas a pronunciar, te dará mayores detalles. Cuando Nuestra Majestad y los embajadores enviarlos por Tu Alteza llegaron a un acuerdo, se les recordó algunas de las más urgentes y fundamentales cuestiones, pero como los hombres de Tu Alteza afirmaron que no tenían competencia sobre esos asuntos, Nuestra Majestad dejó pendiente el juramento. Preste, pues, ahora el juramento Tu Alteza de acuerdo con la garantía que de ello ofreció a Nuestra Majestad tu leal Albertes[30] mediante su propio juramento y según Nos requerimos como preciso colofón.

6. La tardanza de tu fidelísimo y nobilísimo conde Bulcardo se produjo porque Nuestra Majestad deseaba que él contemplara a nuestro amadísimo sobrino,[31] el hijo del muy feliz sebastocrátor y carísimo hermano de Nuestra Majestad,[32] para que a su regreso te pusiera en conocimiento de la inteligencia que posee el niño a pesar de su tierna infancia. Porque a las cuestiones relacionadas con su aspecto exterior y con su físico Nuestra Majestad les confiere un valor secundario, si bien en este apartado posee abundantes cualidades. Tu embajador te pondrá al corriente de que durante su estancia en la capital vio al niño y de que, como es natural, trató con él sobre muchos aspectos. Puesto que Dios aún no ha agraciado a Nuestra Majestad con un hijo y el lugar de hijo legítimo lo ocupa este amadísimo sobrino, con la anuencia de Dios, ningún impedimento existe para que nosotros nos unamos con el parentesco de la sangre, tengamos mutuos lazos de amistad y creemos mutuas relaciones familiares en virtud de nuestro parentesco, de tal manera que, con la ayuda de Dios, uno sea más poderoso gracias a al otro y viceversa, y acabemos siendo ambos temibles e invencibles para los enemigos.

7. Ahora han sido remitidos a Tu Nobleza como muestra de afecto un colgante de oro con perlas, un relicario dorado que lleva

30. Albert, otro miembro de la embajada de Enrique IV.

31. Juan Comneno, futuro gobernador de Dirraquio.

32. Isaac Comneno.

dentro partes de diferentes santos, cada uno de los cuales se distingue por un pequeño cartel situado en, cada uno de ellos, un cáliz de sardónice, un vaso de cristal, roca de rayo atada a una cadena de oro y savia de bálsamo.

8. Ojalá Dios alargue tu vida, ensanche los límites de tus dominios y coloque a todos tus adversarios en la ignominia y en la sumisión. Ojalá la paz sea con Tu Alteza, el sol de la serenidad brille para todos tus vasallos y desaparezcan todos tus enemigos porque la poderosa fuerza del Altísimo te favorezca contra todos a ti, que amas tanto su nombre invencible y verdadero, y armas tu mano contra sus enemigos».

XI. Gracias a la pericia estratégica del emperador, los turcos son rechazados al interior de Anatolia

1. Así pues, una vez organizada de ese modo la defensa de los territorios occidentales, Alejo se preparaba contra la amenaza urgente e inminente de peligro, mientras residía aún en la ciudad imperial y examinaba cómo oponerse a los enemigos que acechaban de forma manifiesta mediante toda clase de recursos. Como señalamos anteriormente, él veía que los muy infieles turcos estaban asentados en torno a la Propóntide a causa de la hegemonía de Solimán[33] sobre todo el Oriente, el cual no cesaba de enviar incursiones de pillaje desde Nicea (donde también tenía su sede el palacio del sultán, una especie de Palacio Imperial) ni de saquear todos los territorios limítrofes con Bitinia y Tinia[34] hasta alcanzar la que ahora se denomina Damalis del Bósforo en sus cabalgadas y asaltos, y que se llevaban abundante botín sin atreverse tan solo a franquear el estrecho. Cuando los habitantes de Bizancio veían que los bárbaros habitaban sin ninguna clase de temor en las poblaciones costeras y en los templos sagrados sin que nadie los expulsara de allí, caían en la mayor desolación porque no sabían qué hacer y estaban completamente aterrorizados.

33. Suleimán, primo del sultán selyúcida Malik Shah, gobernaba casi de forma independiente en Asia Menor.

34. Cabo situado entre el mar Negro y el mar de Mármara.

2. Al ver este estado de las cosas, el emperador comenzó a dar innumerables vueltas en la cabeza a sus pensamientos, adoptando y desechando sucesivas soluciones y planes estratégicos hasta que asumió en la medida de sus posibilidades el plan que consideraba mejor y se puso manos a la obra. En consecuencia, eligió a los decarcas[35] entre los hombres recién reclutados (los había romanos y algunos oriundos de Coma). De ellos, embarcó a unos armados ligeramente solo con arcos y escudos, y a otros, los que tenían alguna experiencia, cubiertos con yelmo, escudo y lanza, les ordenó que bordearan la costa y la orilla, cruzasen el mar en secreto y cayeran sobre los infieles si notaban que estos tenían una superioridad numérica no mucho mayor que la suya. Luego, deberían retornar inmediatamente al lugar de donde habían partido. Como sabía que eran totalmente bisoños, les recomendó que ordenasen a los remeros remar sin ruido, vigilando al tiempo a los bárbaros que suelen emboscarse en las hendiduras de las rocas.

3. Así se estuvo actuando durante unos días, y pronto los bárbaros comenzaron a escapar hacia lugares más al interior de la costa. Cuando el emperador se enteró, ordenó a destacamentos de sus fuerzas que tomasen las localidades y edificaciones que habían estado antes en manos de los turcos y que pasaran las noches al abrigo de estas. Asimismo, les ordenó que en torno al alba, cuando el enemigo necesitase salir para forrajear o por otro motivo, los atacaran en masa; que se contentaran con poder realizar alguna acción en contra de ellos, aunque fuera poca cosa, y que, sin buscar más riesgos ni darle pretexto al enemigo de probar su valor, volvieran rápidamente para ponerse a salvo en el interior de las fortalezas.

4. No mucho tiempo tardaron los bárbaros en estar tan lejos que el soberano recobró el ánimo y ordenó a los hombres, que hasta entonces habían combatido a pie, montar a caballo, blandir la lanza y llevar a cabo numerosas y fugaces incursiones a caballo contra los enemigos, sin que hubieran de atacarlos ya por la noche y furtivamente, sino cuando acabara de amanecer. Los que hasta entonces habían sido decarcas ascendieron a pentecontarcas.[36] Ellos, que ha-

35. «Decurión», al mando de diez hombres.

36. Al mando de cincuenta soldados.

bían luchado a pie, de noche y con mucho miedo contra los enemigos, los atacaban ahora por la mañana y, cuando el sol brillaba en el centro del cielo, libraban grandes combates llenos de valor. De este modo, sucedió que mientras a unos se les iban reduciendo sus posesiones, a los romanos enseguida volvió a alumbrarlos el fulgor de un poderío que había estado ahogado bajo las cenizas. Pues Comneno no solo los arrojó mucho más lejos del Bósforo y de las regiones próximas al mar, sino que incluso obligó al sultán a pedir muy encarecidamente la paz gracias a la expulsión de los bárbaros más allá de los límites de Bitinia, Tinia y Nicomedia.

5. Ante las abundantes noticias que confirmaban el incontenible avance de Roberto, quien ya había reunido abundantes fuerzas y se disponía a acercarse a las costas de Longibardía, Alejo recibió favorablemente la petición de la paz. Pues si ni siquiera Heracles podía luchar contra dos, como dice el proverbio, mucho menos podría un joven general que acababa de hacerse cargo de un imperio ya arruinado y que desde hacía mucho tiempo iba marchitándose poco a poco, degradado hasta el extremo, sin poseer riquezas, sin dinero, ya que todos los recursos habían sido engullidos antes y dilapidados en gastos completamente inútiles. Por ello, tras expulsar a los turcos de Damalis y de los lugares costeros de su entorno con toda clase de medios, incluido el ganárselos con obsequios, se vio obligado a firmar un tratado de paz. Una vez fijado como frontera el río llamado Dracón,[37] los convenció para que no lo traspasaran ni hicieran nunca incursiones contra los límites de Bitinia.

XII. Roberto emprende la invasión del Ilírico. Una tempestad parece arruinar su proyecto. Fin del libro tercero

1. Así marchaban los asuntos de Oriente. Nada más llegar a Dirraquio, Paleólogo informó detalladamente al emperador mediante un correo de lo que había pasado con Monomacato. Este, al enterarse de la partida de Paleólogo, había escapado rápidamente junto a Bo-

37. Río al norte del lago de Nicea que desemboca en la Propóntide.

dino y Micaelás. Pues estaba asustado a causa de su desobediencia y por haber devuelto con las manos vacías a aquel mensajero que el emperador Alejo le había enviado antes de hacer patente su planeada rebelión, pidiéndole que le mandara dinero por mediación suya. En todo caso, el emperador no tenía intención de tomar represalias contra él, salvo la destitución de su cargo por la razón ya citada. Al enterarse de la actuación de Monomacato, el soberano le envió un crisóbulo en el que le garantizaba una completa seguridad, pero él lo tomó y lo devolvió al palacio.

2. Roberto, tras hacer aparición en Hidrunte y ceder la autoridad sobre todas sus posesiones, incluida la propia Longibardía, a su hijo Rogelio, partió de esta ciudad para llegar al puerto de Brentesio. Tan pronto como se enteró de la llegada de Paleólogo a Dirraquio, mandó construir torres de madera en las mayores naves y recubrirlas con pieles. Asimismo, se apresuró a embarcar todo lo necesario para el asedio, metió en los dromones caballos y jinetes armados, ultimó con sumo cuidado y en todas partes los preparativos bélicos y se echó sin tardanza a la mar. Sus planes consistían en arribar a Dirraquio, cercarla con helépolis[38] por mar y tierra con intención de asustar a sus defensores y tomar la ciudad al primer asalto mediante una maniobra de cerco completo. A partir de este momento, tan pronto como se enteraron de estos preparativos, los isleños y los habitantes de la zona costera de Dirraquio fueron presa de gran agitación.

3. Cuando todos los preparativos estuvieron concluidos según sus órdenes, soltó amarras, dispuso los dromones, las trirremes y moneres[39] en formación de combate de acuerdo con los modos marineros y emprendió la navegación ordenadamente. Gracias al viento de popa alcanzó el litoral de Aulón, desde donde llegó costeando hasta Botrento.[40] Allí, tras reunirse con su hijo Bohemundo, que lo había precedido en la travesía, dividió el ejército en dos partes. Él personalmente tomó el mando de una con la intención de efectuar

38. Máquinas de asedio.

39. Naves de una sola fila de remeros.

40. Lengua de tierra situada entre Córcira y la costa que se halla enfrente.

la navegación por mar hasta Dirraquio; la otra la puso bajo las órdenes de Bohemundo, quien debía encaminarla por tierra también hacia Dirraquio.

4. Cuando ya había pasado Corifó y enfilaba la proa hacia Dirraquio, cayó súbitamente dentro de una gran tempestad a la altura del cabo conocido por Glosa.[41] Abundantes lluvias y vientos procedentes de las montañas agitaban el mar con su fuerza. Entonces, comenzaron a levantarse y a rugir las olas; los remos, cuando los remeros los empujaban, se quebraban; los vientos desgarraban las velas, las vergas caían rotas contra la cubierta, y las embarcaciones se hundían con toda su tripulación. Esto sucedía a pesar de estar en la estación del verano, cuando el sol pasa de Cáncer y se apresura a Leo, también conocida con el nombre de canícula. Todos eran presa de la confusión, de la angustia, sin saber qué hacer, ya que eran incapaces de enfrentarse a semejantes enemigos. Se levantó un gran clamor, gemían, imploraban, invocaban a Dios llamándolo salvador y suplicaban poder vislumbrar tierra firme.

5. Pero la tempestad no apaciguó su cólera en todo este tiempo, como si Dios demostrase al orgullo incontenible y soberbio de Roberto, ya desde el primer momento, que su final no sería feliz. En suma, algunas naves se hundieron con sus navegantes; otras chocaron contra la costa y quedaron destrozadas. En cuanto a las pieles que cubrían las torres,[42] cuando se reblandecieron por efecto de la lluvia, los clavos saltaron de su sitio, y entonces estas pieles hicieron volcar por su peso las torres de madera, que provocaron el hundimiento de las naves en su caída. La embarcación que ocupaba Roberto se salvó semidestruida, y a duras penas, así como se salvaron, inesperadamente, algunos barcos de transporte junto con sus tripulantes.

6. El mar devolvió muchos muertos, no pocas bolsas y algunos otros objetos que transportaba la marinería de Roberto, y los esparció sobre la arena. Los supervivientes se dedicaron a enterrar a los muertos, y en ese mismo sitio los invadió la enorme pestilencia

41. Una de las puntas del golfo al fondo del cual se halla Aulón.

42. Torres de asedio.

provocada por los cadáveres, pues eran incapaces de sepultarlos a todos rápidamente. Como todos los víveres habían desaparecido, muy pronto habrían sido exterminados por el hambre, incluso los hasta entonces sanos y salvos, de no ser por las mieses, campos y huertos, que estaban repletos de sus frutos. Esos acontecimientos tenían una fácil interpretación para todos los que hacían gala de rectos pensamientos. Sin embargo, nada de lo sucedido atemorizaba a Roberto, porque era intrépido y rogaba, creo, la prolongación de su propia vida el tiempo suficiente para poder combatir contra los que su voluntad había señalado.

7. Por esto, nada de lo sucedido lo apartó del objetivo propuesto. Roberto permaneció siete días en Glabinitza[43] junto con los que se habían salvado (algunos habían conseguido escapar del desastre gracias al invencible poder de Dios) para reponerse, poder descansar, tanto él como los supervivientes, de la tormenta marina y dar tiempo a que llegaran los que quedaron en Brentesio, los que se esperaba vinieran desde otros puntos con una escuadra y los que poco antes habían desembarcado y hacían el camino por tierra con sus jinetes, infantes y la tropa ligera. Una vez hubo reagrupado a todos los de mar y tierra, llegó con todas sus tropas a la llanura ilírica.

8. El latino[44] que me ha contado estos hechos iba con Roberto, según él, en calidad de embajador del obispo de Bari. Como afirmaba, acompañó a Roberto durante esta campaña. Pues bien, levantaron el campamento en el interior de los muros en las ruinas de la antigua Epidamno y emplazaron dentro el grueso de sus tropas. Desde esta ciudad, el rey Pirro del Epiro, aliado una vez con los tarentinos, emprendió una sangrienta guerra en Apulia contra los romanos, pero como en ese lugar se produjo una matanza tan grande que todos sin excepción cayeron víctimas de la espada, fue abandonada y deshabitada por completo. En tiempos posteriores, como dicen los griegos y testimonian, en efecto, las propias inscripciones de la ciudad, fue reconstruida por Anfión y Zeto, y pronto apareció

43. En la Antigüedad, Acroceraunia, cerca de Aulón.

44. Urson, consejero y amigo de Roberto Guiscardo.

con su actual configuración. En aquel momento, precisamente, se cambió su nombre por el de Dirraquio.[45] Quede, pues, constancia así de lo que hemos contado, y concluya en este punto el libro tercero, porque los acontecimientos que siguen los debe describir el libro que viene detrás de este.

45. No hay constancia de tal despoblación de la zona. Por otro lado, aquí la autora mezcla la mitología con la historia de modo arbitrario. Anfión y Zeto son los fundadores míticos de la ciudad de Tebas.

LIBRO IV

Primeros encuentros bélicos con los normandos y derrota de Alejo (1081-1082)

I. Roberto asedia la ciudad de Dirraquio. Auténticos motivos de su invasión

1. Así pues, el continente ya acogía a Roberto, que acampó allí el diecisiete de junio de la cuarta indicción[1] con jinetes y fuerzas de infantería en número muy notable y de terrible aspecto por sus características y su disposición militar. El ejército de Roberto volvía a reagruparse desde sus diferentes puntos de procedencia. En cuanto al mar, por él navegaba su flota, que estaba integrada por toda clase de navíos con una tripulación de soldados experimentados en el combate naval. En consecuencia, los habitantes de Dirraquio estaban desolados al verse cercados por dos frentes, mar y tierra, y al ver que las fuerzas de Roberto superaban cualquier cálculo. Pero Jorge Paleólogo, que era un hombre valiente, amplio conocedor del arte de la guerra y que tras innumerables combates en Oriente había sido recibido en triunfo, reforzaba las fortificaciones de la ciudad sin dejarse abatir y preparaba la defensa según las instrucciones del soberano, abrumando las murallas con gran cantidad de catapultas y animando a los soldados abatidos. Asimismo, tras distribuir vigías a todo lo largo de la muralla, él en persona inspeccionaba sin descanso el estado general de la ciudad y ordenaba a los defensores que permanecieran alerta noche y día. También empleó aquel tiempo en

1. 17 de junio de 1081.

informar en una carta al soberano de la irrupción de Roberto y de su presencia en Dirraquio con intención de asediar la ciudad.

2. Cuando los habitantes de Dirraquio vieron fuera las máquinas, la inmensa torre de madera que había sido construida y que sobresalía por encima de los mismos muros de Dirraquio, cubierta de pieles toda entera, dotada de catapultas en su parte superior; cuando vieron también que todo el recinto de las murallas estaba rodeado en su exterior por el ejército, que contingentes aliados procedentes de cualquier origen se reunían con Roberto, que las poblaciones de los contornos eran tomadas al primer asalto y que las tiendas se iban multiplicando día a día, quedaron sobrecogidos por el miedo y comenzaron a reconocer los auténticos objetivos del duque Roberto. No había llegado a la llanura ilírica para saquear ciudades y regiones, y regresar de nuevo a Apulia tras acumular un gran botín, como se decía por todas partes, sino que ambicionaba el trono imperial de los romanos y por ello, según se dice, se apresuraba a asediar Dirraquio como punto de partida.

3. Entonces, Paleólogo ordenó preguntar desde lo alto de las murallas a Roberto la razón de su presencia. Él respondió: «Para restablecer en el puesto que le pertenece a mi pariente Miguel, que ha sido expulsado del trono, y para vengar los ultrajes a que ha sido sometido y hacerle justicia». Los defensores respondieron: «Si cuando veamos a Miguel lo reconocemos, nos prosternaremos al momento ante él y entregaremos la ciudad». Tras oír estas palabras, Roberto ordenó a Miguel que se mostrase enseguida espléndidamente vestido ante los moradores de la ciudad. Lo condujeron en medio de un brillante cortejo, acompañado con todo tipo de instrumentos musicales y címbalos, y se lo mostraron. Pero cuando estos lo vieron desde lo alto de la muralla, comenzaron a proferir contra él gran cantidad de insultos, mientras afirmaban con rotundidad que no lo reconocían. No obstante, Roberto insistió en sus proyectos sin darle la menor importancia a estos hechos. Por otro lado, en tanto los de dentro y los de fuera hablaban unos con otros, algunos de los defensores hicieron una salida repentina fuera de la ciudad y trabaron combate con los

latinos. Tras hacerles algún escaso daño, entraron de nuevo en Dirraquio.

4. La gente tenía diversas opiniones sobre el monje que acompañaba a Roberto. Unos divulgaban su creencia de que se trataba del copero del emperador Miguel Ducas. Otros aseguraban que era el propio soberano Miguel, consuegro del bárbaro, el causante de que Roberto se hubiera embarcado en esta gran guerra, según se dice. Finalmente, había quien insistía en saber con certeza que era una argucia enteramente achacable a Roberto, ya que el monje no había acudido a este por propia iniciativa. Roberto, tras conquistar desde una extrema pobreza y un oscuro origen gracias a su carácter enérgico y su gran inteligencia todas las ciudades y regiones de Longibardía y de Apulia, y convertirse en su señor, como el libro tercero ha mostrado, ambicionó muy pronto mayor poder, hecho que es frecuente en los temperamentos insaciables, entonces llegó a la conclusión de que debía intentar apoderarse de las ciudades del Ilírico y, si los asuntos le iban de acuerdo a sus planes, continuar adelante. Pues, en efecto, todos los codiciosos, una vez que acceden al poder, no presentan diferencia alguna con la gangrena. Cuando esta enfermedad hace presa en un cuerpo, no se detiene ante ningún obstáculo hasta que lo invade todo entero y lo corrompe.

II. Alejo pide ayuda a los venecianos. Victoria de estos sobre los normandos y saqueo de su campamento

1. El soberano recibió los informes de Paleólogo con todo lo sucedido, esto es, que Roberto había atravesado el estrecho en el mes de junio, de que a pesar de haber caído (como el libro tercero indicó) en una enorme tormenta, haber naufragado y estar acosado por una calamidad de tal índole, no se había abatido y había tomado Aulón con sus huestes al primer asalto. Asimismo, fue informado de cómo volvían a acudir junto a él desde todos los puntos de origen fuerzas tan numerosas como los copos de la nieve invernal y de cómo las personas más simples, confiando en que el falso Miguel era en

realidad el emperador, se estaban pasando al bando de Roberto. Por todas estas razones, era presa del miedo, ya que podía calibrar las dimensiones de este problema y comprendía que las fuerzas bajo su mando no equivalían ni siquiera a una fracción de las de Roberto. Juzgó entonces el emperador que era preciso hacer llamar a los turcos de Oriente y le comunicó este deseo al sultán.

2. Recurrió también a los venecianos (de quienes, según se dice, los romanos sacaron el color azul de las carreras de carros)[2] con promesas y obsequios. También les anunció la concesión de unos beneficios y el ofrecimiento de otros, si aparejaban la flota completa de su país, arribaban con rapidez a Dirraquio para defenderla, y trababan firme combate con la escuadra de Roberto. Si actuaban conforme a las instrucciones del emperador, tanto si obtenían la victoria con la ayuda de Dios, como si (hecho que suele ocurrir) eran derrotados, recibirían según lo prometido idéntica recompensa que en el caso de una victoria total. Además, todos aquellos de sus deseos que no fueran perjudiciales para los intereses del Imperio de los romanos serían concedidos y garantizados mediante crisóbulos.

3. Después de oír esas propuestas, los venecianos expusieron a su vez por mediación de embajadores todos sus deseos, a los que se respondió con la promesa en firme de cumplirlos. Tras aparejar, entonces, una armada con toda clase de buques, emprendieron la travesía hacia Dirraquio en perfecta formación. Cuando llevaban gran parte de la navegación, llegaron al templo erigido antiguamente en honor de la muy inmaculada Madre de Dios en un lugar llamado Palia, que dista unos dieciocho estadios[3] del campamento que Roberto había situado a las afueras de Dirraquio. Al ver la flota de Roberto al otro lado de la ciudad de Dirraquio reforzada con toda clase de máquinas de guerra, se acobardaron ante el combate. Roberto, cuando se enteró de su llegada, les envió a su hijo Bohemundo con una escuadra para indicarles que aclamasen al emperador Miguel y al mismo Roberto.

2. La tradición decía que la denominación del equipo azul («venetus») en las carreras de caballos procedía de la ciudad de Venecia. El otro equipo era el de los verdes.

3. 2,7 kilómetros.

Los venecianos dejaron pendiente la aclamación para el día siguiente. Al caer la tarde, como no podían aproximarse a la costa porque el viento estaba en calma, unieron las mayores naves, las ataron con amarras para formar el llamado puerto en el mar, construyeron torres de madera entre sus velas y levaron con cabos las pequeñas barcas que remolcaba cada una. Introdujeron en el interior de estas barcas hombres armados, cortaron en trozos de no más de un codo[4] gruesos troncos con agudos clavos de hierro hundidos en ellos y esperaron la llegada de la flota franca.

4. Cuando abrió el día, Bohemundo arribó para pedir la aclamación. Ante los insultos que algunos dirigieron a su barba, Bohemundo no pudo contenerse y se lanzó el primero contra sus naves mayores. Tras él, marchó el resto de la escuadra. Entablado un violento combate, mientras Bohemundo luchaba bastante valerosamente contra los venecianos, tiraron estos uno de los citados trozos de madera desde arriba y agujerearon la nave que ocupaba en ese momento Bohemundo. Mientras la nave se iba hundiendo tragada ruidosamente por las aguas, algunos tripulantes saltaron desde el barco y acabaron por tener el mismo final del que huían, sumergidos en el abismo. Otros fueron aniquilados combatiendo contra los venecianos. Bohemundo, que se hallaba en peligro, saltó a otra de sus naves y se refugió en ella.

5. Como los venecianos habían librado combate con mayor arrojo y más valerosamente, lograron poner a los normandos en fuga y los persiguieron hasta el campamento de Roberto. Tan pronto como estuvieron próximos a tierra firme, saltaron a ella y trabaron un nuevo combate con Roberto. Al verlos, Paleólogo hizo también una salida de la ciudad de Dirraquio y emprendió la lucha contra ellos. Así pues, se produjo un violento combate que llegó hasta el propio campamento de Roberto. Muchos de sus soldados fueron perseguidos más allá de este y otros muchos cayeron víctimas de la espada.

6. Los venecianos, cuando hubieron acumulado abundante botín, regresaron a sus propias naves y embarcaron. Paleólogo, a su vez, entró en la ciudad. Tras descansar unos días, los venecianos enviaron emisarios

4. 0,50 metros.

al soberano para informar de lo sucedido. Él los acogió amistosamente, como es natural, los honró con innumerables obsequios y los despachó con numerosas riquezas para el dux de Venecia[5] y sus magistrados.

III. Roberto, a, pesar de su situación desesperada, intenta rehacerse de la derrota

1. Pero Roberto, que era muy aguerrido, comprendió que no debía abandonar la campaña, sino combatir con empeño. Como había llegado el invierno, no podía sacar las naves al mar y, además, las flotas romana y veneciana, que vigilaban esas aguas, lo aislaban de los refuerzos procedentes de Longibardía y del suministro que ellos transportaban. Con la llegada de la primavera[6] y el apaciguamiento de las tormentas marinas los venecianos, tras levar anclas, atacaron los primeros a Roberto. Detrás de estos, inmediatamente, navegaba Máurice con la escuadra romana. Se produjo entonces un violentísimo choque militar, y los hombres de Roberto volvieron la espalda. Roberto reconoció a continuación que debía arrastrar a tierra firme toda su flota.

2. Los isleños, las villas costeras del continente y todos cuantos pagaban tributos a Roberto, enterados de su derrota naval, se envalentonaron por lo que le había sucedido y empezaron a no pagar las cargas impositivas. En consecuencia, Roberto comprendió que debía empeñarse más a fondo en esta guerra y volver a combatir por tierra y mar. Pero sus planes no podían llevarse a la práctica por temor al naufragio, ya que en aquellos momentos estaban soplando grandes vientos. Por ello, mientras permanecía dos meses en el puerto de Jericó deseoso de combatir por tierra y mar, emprendió la preparación de su dispositivo bélico. Las flotas veneciana y romana vigilaban dentro de sus posibilidades el estrecho y, cuando las aguas permitían la navegación, rechazaban a los refuerzos que intentaban atravesar desde la otra orilla en dirección a Roberto. Seguidamente, empezó a extenderse el hambre

5. Doménico Silvio (1070-1084).

6. 1082.

por la imposibilidad en que se hallaba Roberto de proporcionar suministros al contingente acampado junto al río Glicis debido a los obstáculos que interponían los defensores de Dirraquio a quienes salían por forraje u otro tipo de aprovisionamiento desde los atrincheramientos normandos. Incluso el clima del lugar, que les resultaba extraño, los perjudicaba mucho hasta el punto de que, como se dice, en el transcurso de tres meses se produjo tal mortandad de hombres que ascendió a la cantidad de diez mil. Este mal también alcanzó y aniquiló a muchas fuerzas de la caballería de Roberto. Hasta quinientos caballeros, condes y jefes, todos hombres muy valerosos, acabaron siendo víctimas de la enfermedad y el hambre. En cuanto a los soldados de rango inferior, perecieron gran cantidad de hombres de caballería.

3. Como hemos dicho, sus barcos estaban metidos en el río Glicis. El río bajó de nivel a causa del descenso de caudal provocado por el caluroso verano que había seguido a aquel invierno y a aquella primavera y, al no tener tampoco la corriente de agua que acostumbraba fluir río abajo, Roberto, angustiado, no podía sacarlos de nuevo al mar. Sin embargo, como era un hombre muy astuto e ingenioso, ordenó clavar postes a cada orilla del río y atarlos de forma compacta mediante mimbres. Luego, ordenó extender tras ellos enormes árboles cortados de raíz y echar arena desde arriba, con idea de que el agua se acumulara solo en el canal que formaban los postes. En breve, el agua volvió a ser abundante y llenó la obra fluvial hasta alcanzar una estimable profundidad. De este modo, levantó las naves y barcos que durante ese tiempo habían estado firmemente varados en la tierra, se elevaron y flotaron. A continuación los barcos navegaron sin dificultad hasta ser sacados al mar.

IV. El emperador se apresura a acudir en ayuda de Dirraquio. Hazañas de Jorge Paleólogo

1. Tan pronto como el soberano tuvo noticias de lo que le había sucedido a Roberto, mandó una carta a Pacuriano[7] donde le informaba del

7. Nombrado gran doméstico.

Roberto Guiscardo junto a su hermano Roger I de Sicilia.

empuje incontenible de aquel, de cómo había ganado Aulón sin reflexionar lo más mínimo en los terribles reveses que había sufrido por tierra y mar, ni en aquella derrota que había debido encajar nada más empezar la competición, como se suele decir. Asimismo le dijo que no debía retrasarse, antes al contrario, debía unirse a él nada más tener reunidas las fuerzas. Este fue el mensaje que envió a Pacuriano. Inmediatamente después, cuando corría el mes de agosto de la cuarta indicción, partió Alejo de Constantinopla, tras dejar en la capital a Isaac con la misión de mantener el orden y de reprimir las voces disidentes de los adversarios que se dejasen oír ocasionalmente, hecho que sucede con frecuencia, así como de guardar el palacio, la ciudad

y de consolar el carácter de las mujeres, tan dado a las lamentaciones. En lo concerniente a su madre, esta no precisaba ninguna ayuda, creo, a causa de su fuerte constitución junto a su extrema habilidad para manejar las cuestiones políticas. En fin, tan pronto como Pacuriano hubo leído aquella misiva, nombró su lugarteniente a Nicolás Branas, hombre aguerrido y en posesión de gran experiencia militar, y partió rápidamente de Orestíada en unión de todo el ejército y de la nobleza para unirse sin tardanza al emperador.

2. El soberano ya se había apresurado a emplazar en orden de batalla todo su ejército. Había nombrado jefes de los soldados de élite a los más valientes de ellos y les había dado la orden de que se mantuvieran durante el camino en el mismo puesto que se les había asignado para que gracias a su conocimiento de la formación y del lugar que ocupaba cada uno, se mantuvieran en su sitio durante la batalla y no pudieran cambiar de posición fácilmente y al azar.

3. Mandaba el batallón de los excúbitos[8] Constantino Opo; el de los macedonios, Antíoco; el de los tesalios, Alejandro Cabasilas; comandaba a los turcos que habitaban en Acrido[9] Taticio, a la sazón gran primicerio,[10] hombre muy valiente e intrépido en las batallas, aunque no descendiera de una familia libre. En efecto, su padre, que era sarraceno había caído en poder de mi abuelo paterno Juan Comneno durante una expedición que realizó para procurarse forraje. De los maniqueos,[11] que ascendían a la cantidad de dos mil ochocientos, eran jefes Jantas y Culeón, también ellos de su misma secta. Todos estos eran hombres muy aguerridos y dispuestos a gozar con la sangre de los enemigos cuando el momento lo exigiera y, lo que es más aún, osados e implacables. Las tropas más próximas al emperador (vestiaritas suelen denominarse) y

8 .Tropas montadas acuarteladas normalmente en Constantinopla y asignadas a la guardia imperial. A su mando había un doméstico.

9. En Tracia occidental.

10. Primicerios eran los primeros de cualquier orden jerárquico, y los había abundantemente en las jerarquías civil, eclesiástica y militar. En este caso, el jefe de los turcos de Ohrid al servicio del Imperio recibía esa denominación.

11. Ana Comnena hablará de ellos más extensamente en XIV VIII.3

el contingente de los francos estaban bajo el mando de Panucomites y Constantino Humbertópulo, que se llamaba de esta manera por sus orígenes familiares.[12]

4. Tan pronto como tuvo así dispuestos los batallones, se arrojó con todo su ejército contra Roberto. Un hombre que venía de allí y que se encontró con el emperador le informó sobre la situación de Dirraquio. Por estas noticias, se enteró con mayor detalle de que Roberto había puesto en movimiento todos los instrumentos necesarios para el asedio y de que estaba junto a las murallas. Jorge Paleólogo, que había hecho frente toda la noche y todo el día a las helépolis y a las máquinas, acabó por desistir de esta clase de defensa y, tras abrir las puertas de la ciudad, salió y libró con ellos un violento combate. Una serie de certeras heridas afectaron diversas partes de su cuerpo, especialmente, la herida provocada por un dardo que se le clavó cerca de la sien. A pesar de los esfuerzos que hacía para arrancarlo, no podía. Un sanitario, que había sido llamado, retiró el extremo de la flecha, es decir, la punta donde baten las plumas, pero el resto del dardo permaneció en el lugar de la herida. Tras vendársele la cabeza como buenamente se pudo, se lanzó de nuevo en medio de los enemigos y se mantuvo firme combatiendo hasta bien entrada la tarde.

5. Cuando el emperador oyó estas noticias, reconoció que Paleólogo necesitaba auxilio urgentemente y aceleró su marcha. A su llegada a Tesalónica tuvo confirmación por muchas personas de las noticias relacionadas con Roberto. Se enteró entonces de que Roberto estaba listo para combatir y de que, tras organizar a sus valientes soldados y concentrar un abundante material bélico en la llanura de Dirraquio, había situado el campamento a un tiro de flecha de sus murallas. Igualmente, había distribuido muchas de las fuerzas bajo su mando por los montes, valles y cerros cercanos. Pero también se enteró por boca de mucha gente del ahínco de Paleólogo en la defensa.

6. En efecto, Paleólogo con la pretensión de incendiar la torre

12. Era de origen normando. Por otro lado, este parágrafo tiene un aliento épico. Evoca los pasajes en los que Homero detalla los contingentes de guerreros y sus caudillos.

de madera construida por Roberto, había distribuido por la muralla nafta, pez, virutas de madera seca y catapultas a la espera de la señal para el combate. En Dirraquio se aguardaba el ataque de Roberto para el día siguiente. Paleólogo se había adelantado y había construido en el interior del recinto amurallado otra torre de madera frente a la torre que estaba en el exterior. Durante toda la noche estuvo ensayando la utilización de una viga colocada en su parte superior cuya finalidad consistía en arremeter contra los portalones de la torre que era arrastrada en el exterior. Pretendía con ello comprobar su capacidad de maniobra y ver si evitaba con su acometida la apertura de los portalones de la torre enemiga. Cuando observó que la viga de madera se empujaba fácilmente y que había logrado sus objetivos, recobró los ánimos para el combate que se avecinaba.

7. Al día siguiente Roberto ordenó que todos se armaran. Introdujo luego dentro de la torre unos quinientos infantes y jinetes armados. Cuando esta se hallaba junto a la muralla y sus ocupantes se apresuraban a abrir el portalón que había en la parte superior para utilizarlo como puente en el acceso a la fortaleza, Paleólogo hizo empujar desde dentro su inmensa torre mediante máquinas y numerosos y valientes hombres que tenía preparados de antemano, e inutilizó el ingenio de Roberto al impedir completamente la apertura del portalón con la viga.

8. Seguidamente, no cesaba de asaetear sin interrupción a los celtas que ocupaban la parte superior de la torre. Estos, al no poder hacer frente a los dardos, intentaron resguardarse. Paleólogo ordenó entonces incendiar la torre, y apenas había terminado de pronunciar la última palabra cuando al instante la torre quedó envuelta en llamas. Los ocupantes de la parte superior se tiraron y los de abajo, abrierob la puerta que se hallaba a ras de tierra y emprendieron la huida. Al ver que estos huían, Paleólogo sacó por el portillo de la ciudad a sus valientes guerreros completamente armados y otros provistos con hachas con las que debían destruir la torre. Tampoco fracasó esta misión y la torre, incendiada en su parte superior y cortados sus apoyos en tierra gracias a unas herramientas que podrían haber tallado la piedra, fue totalmente destruida.

V. A su llegada, Alejo inspecciona las posiciones. Roberto logra que el ejército le conceda plenos poderes

1. Como Roberto, según decía el que narraba estos hechos, aceleraba la construcción de una nueva torre semejante a la construida anteriormente y preparaba helépolis contra Dirraquio, el emperador, al ver que los defensores de Dirraquio necesitaban urgente socorro, formó sus tropas y continuó camino de Dirraquio. Tan pronto como hubo llegado allí, hubo cavado un foso e instalado su ejército cerca de un río llamado Carzanes,[13] preguntó mediante unos emisarios a Roberto las causas de su presencia y sus propósitos.

2. De ese lugar partió para ir al santuario dedicado al muy gran pontífice Nicolás que distaba cuatro estadios[14] de Dirraquio y allí se dedicó a examinar las características de este sitio, a fin de conocer con anterioridad el terreno más ventajoso para sus falanges en el momento de la batalla. Era el quince de octubre. Este sitio era una elevación que se extiende desde Dalmacia al mar y termina en un promontorio, casi una península, en el que se encuentra el citado santuario. La pendiente de esta elevación va cayendo suavemente sobre la llanura, inclinándose sobre Dirraquio con el mar a su izquierda y un alto monte que la domina a su derecha. Cuando tuvo allí reunido todo su ejército y fijado su campamento, hizo llamar a Jorge Paleólogo. Pero él, con ayuda de la experiencia que había adquirido sobre semejantes situaciones desde hacía mucho tiempo, pensó que esta orden era inoportuna y rehusó salir, todo lo cual manifestó al emperador. Pero ante la insistencia del emperador para que viniese a su encuentro, finalmente repuso: «Me parece de todo punto mortalmente peligroso salir cuando la fortaleza está siendo asediada. Por ello, no pienso salir a no ser que vea el anillo de la mano de Vuestra Majestad». Cuando se le hubo enviado y lo hubo visto, se dirigió junto al emperador acompañado por navíos de guerra.

3. Nada más verlo, el emperador le preguntó sobre las actividades de Roberto. Cuando aquel le hubo respondido a todas sus

13. Hoy Erzen, río del Epiro al este de Dirraquio.

14. 600 metros.

preguntas, le interrogó sobre la conveniencia de trabar combate con el bárbaro. Paleólogo lo desaconsejó de manera contundente. Del mismo modo, algunos de los jefes experimentados en la guerra desde mucho tiempo atrás ponían serios impedimentos al combate y aconsejaban actuar con paciencia y esforzarse por poner en aprietos a Roberto mediante escaramuzas, así como evitar que sus hombres salieran de su campamento para forrajear o aprovisionarse, y ordenar la misma actuación con Bodino, con los dálmatas y con los restantes caudillos de las regiones colindantes. Aseguraban que de actuar así, Roberto sería fácilmente vencido. Por otro lado, la mayor parte de los jóvenes del ejército apoyaban la postura de combatir, entre los que destacaban Constantino Porfirogéneto, Nicéforo Sinadeno, el jefe de los varegos, Nampites, y los dos hijos del antiguo emperador Romano Diógenes, León y Nicéforo.

4. Al mismo tiempo, volvieron los embajadores que habían sido enviados a Roberto y comunicaron las palabras de aquel al emperador: «Yo», decía, «en absoluto tengo intenciones hostiles contra Vuestra Majestad, sino que más bien he venido para vengar la injusticia cometida con mi consuegro. Si Vos deseáis estar en paz conmigo, yo estoy dispuesto a aceptarla gustosamente, pero solo en el caso de que Vos mismo os mostréis de acuerdo con cumplir las demandas que os son señaladas con mis emisarios». Pero sus exigencias eran completamente imposibles de aceptar y perjudiciales para el Imperio de los romanos, aunque prometiera considerar Longibardía como entregada por el emperador y ayudarlo cuando hubiera necesidad. Esto, sin embargo, no era sino un pretexto para aparentar que deseaba la paz con sus demandas, porque al hacer peticiones imposibles de satisfacer y no obtenerlas, persistiría en ir a la guerra. Después, imputaría el origen de esta guerra al emperador de los romanos.

5. Como hacía peticiones irrealizables y no las veía cumplidas, tras reunir a todos sus condes, les dijo: «Sabéis que el emperador Nicéforo Botaniates cometió una injusticia con mi consuegro y conocéis la deshonra que mi hija Helena ha sufrido por ser expulsada del trono junto con él. Como no podíamos consentirlo, partimos de nuestra tierra contra Botaniates con intención de vengarlos. Pero

aquel ha sido derrocado, y ello nos coloca ahora frente a un nuevo emperador, un soldado muy valeroso, que posee una experiencia en el arte de la guerra por encima de lo normal a su edad. No debemos, pues, plantearnos la guerra contra él sin organizarnos. Porque donde hay muchos jefes, allí también hay confusión provocada por las diferentes opiniones de la mayoría.[15] En consecuencia, es preciso que uno solo de nosotros sea obedecido por los demás, y en contrapartida, este debe pedir consejo a todos y no actuar irreflexivamente y al azar según sus propios juicios. A su vez, los demás deben exponer su parecer con sinceridad y seguir fielmente la decisión que haya adoptado el previamente elegido. Pues bien, aquí me tenéis preparado, como uno más entre todos, para obedecer al que todos escojáis».

6. Todos alabaron esta postura y, mientras afirmaban que Roberto se había expresado apropiadamente, le cedieron la primacía con el consentimiento general. Él simuló indiferencia, como si rechazara entonces su nombramiento; pero los otros insistieron en su solicitud. Finalmente, fingió ceder a sus demandas, aunque hacía tiempo trabajaba arduamente por ello, y enlazando discurso tras discurso, uniendo ingeniosamente razones tras razones con vistas a sus deseos, parecía a los que no sabían escudriñar en su mente que accedía de mala gana.

7. Después les dijo: «Condes y restantes soldados del ejército, oíd mi parecer. Debemos plantar batalla con todas nuestras fuerzas, ya que nos hemos presentado en esta tierra, tras abandonar nuestras patrias, para trabar un combate que es ya inminente con un emperador muy valeroso, a pesar de su reciente ascenso al trono, que ha vencido muchas batallas durante su servicio a los emperadores que le precedieron en el trono y les ha llevado a los más acérrimos rebeldes como prisioneros. Además, si Dios nos concediera la victoria, ya no nos faltarían las riquezas. En consecuencia, hay que prender fuego a toda la impedimenta, abrir vías de agua en las naves de transporte, dejarlas hundirse en el mar y, de este modo, asumir

15. Recuerda un verso de la *Ilíada* (II 204-205): «Οὐκ ἀγαθὸν πολυκοιρανίη· εἷς κοίρανος ἔστω,/εἷς βασιλεύς (...)». «No es bueno que haya muchos caudillos. Haya un solo caudillo, un solo rey».

el enfrentamiento con él como si en ese mismo instante hubiéramos nacido y debiéramos morir». Todos estuvieron de acuerdo con estas palabras.

VI. Disposiciones estratégicas para la batalla. Las tropas de Roberto vencen a las romanas. Actuación heroica de Alejo

1. Esos eran los deseos y planteamientos de Roberto; pero otros más astutos e inteligentes eran los del emperador. No obstante, ambos caudillos contenían a sus tropas, mientras deliberaban acerca de la estrategia y el modo de comandar y dirigir correctamente el ejército. El soberano planeaba caer súbitamente y de noche por cada uno de los dos flancos sobre el campamento de Roberto. Ordenó entonces que todo el ejército de los aliados iniciase la ofensiva desde la retaguardia, después de atravesar los campos de sal. El emperador no descartó este camino, aun siendo el más largo, por ser insospechado un ataque desde esa parte. Él, a su vez, cuando tuviera noticias de que los hombres destacados por ese camino habían llegado a su destino, tenía planeado atacar frontalmente a Roberto. Este, por su parte, tras abandonar las tiendas vacías y cruzar de noche por los puentes (era el día dieciocho del mes de octubre de la quinta indicción) llegó con todo su ejército a la iglesia del gran mártir Teodoro, erigida desde antiguo junto al mar. Rogaron a Dios durante toda la noche para ponerlo de su parte y comulgaron con los puros y divinos misterios. Luego, cuando hubo ordenado sus propias falanges, ocupó el puesto central de la formación. Puso al mando del ala que estaba junto al mar a Amicetes (un conde de ilustre linaje, valiente con sus brazos y su corazón) y de la otra a su hijo Bohemundo, apodado Sanisco.

2. Al darse cuenta de esta situación, el soberano, que tenía gran habilidad para encontrar la salida más oportuna en los momentos críticos, supo adaptarse a las circunstancias y situó su formación por la pendiente del lado del mar. Tras dividir su ejército, no contuvo el ataque de unos bárbaros que se habían adelantado contra las tiendas de Roberto,

mientras retenía a su lado a otros, los que cargan en los hombros las espadas de doble filo junto con su jefe Nampites. A estos les ordenó que desmontaran y avanzaran frontalmente y en fila hasta una corta distancia del frente. Estos soldados forman parte de un pueblo en el que todos portan escudos. Dividió el resto del ejército en falanges y él mismo ocupó el puesto central de la formación. A su derecha e izquierda situó al césar Nicéforo Meliseno[16] y al llamado Pacuriano, gran doméstico. La posición intermedia entre él y los bárbaros que marchaban a pie la ocupaban numerosos soldados expertos en el manejo del arco, a los que quería lanzar primero contra Roberto. Para ello, Nampites había recibido la orden de dejar sitio a los arqueros abriendo en dos sus filas, una vez que ellos se retiraran tras cargar contra los celtas, para concentrarse luego de nuevo y marchar en filas compactas.

3. Cuando tuvo así dispuesto todo su ejército, el emperador en persona se lanzó frontalmente contra las tropas celtas, corriendo al lado de la costa. A su vez, los bárbaros que habían sido enviados por los campos de sal emprendieron su ataque contra el campamento celta tan pronto como los defensores de Dirraquio abrieron las puertas por orden del emperador. Mientras ambos jefes marchaban uno contra otro, Roberto despachó un escuadrón de caballería con órdenes de actuar de modo que pudieran arrastrar lejos del campo de batalla a algunos soldados del ejército romano. El emperador, sin embargo, no cedió terreno en esto y envió más peltastas[17] en gran número para hacerles frente.

4. Ambos recurrían a escaramuzas contenidas el uno contra el otro. Roberto seguía tranquilamente con los suyos y las distancias del intervalo se iban acortando. Entonces, algunos infantes y jinetes, tras salirse a la carrera de la falange de Amicetes, atacaron el extremo de la formación de Nampites. Ante la enorme valentía con que les hicieron frente los nuestros, los atacantes emprendieron la huida, porque no todos eran hombres escogidos, y se adentraron en el mar

16. Cuñado de Alejo, ya que era esposo de Eudocia, la segunda hija de Juan Comneno y Ana Dalasena.

17. En la Antigüedad, los peltastas eran los integrantes de tropas ligeras armadas con la «pelte» [πέλτη] escudo pequeño y poco pesado.

hasta el cuello, pidiendo socorro a las naves de la flota romana y veneciana, que no hicieron nada por ellos.

5. Según cuenta una versión de esta batalla, Gaita, la esposa de Roberto, que lo acompañaba en esta expedición, una nueva Palas, aunque no fuera Atenea, cuando vio a los que estaban huyendo, les dirigió la palabra violentamente y les profirió un horrísono grito, que parecía exclamar en su propio idioma lo que dice aquella cita épica de Homero:[18] «¿Hasta cuándo huiréis? Deteneos, sed hombres». Como vio que no detenían su fuga, agarró con su mano una larga lanza y se arrojó a rienda suelta contra los fugitivos. Esta actuación hizo que los hombres recuperaran el dominio de sí mismos y se animaran de nuevo mutuamente para tomar parte en la batalla.

6. Cuando los portadores de hachas y su jefe Nampites estuvieron a bastante distancia de la formación romana arrastrados por el deseo de atacar a los celtas con igual ímpetu que ellos (no les iban a la zaga en el combate. Estos hombres son muy valientes y en nada desmerecen de los celtas), y cuando Roberto llegó a la conclusión de que ya estaban cansados y exhaustos debido a su rápido avance, a la distancia recorrida y al peso de sus armas, ordenó a algunos infantes que avanzasen contra ellos. Aquellos, ya agotados, se mostraban más débiles que los celtas. Cedió, pues, todo el contingente bárbaro, y todos los que lograron salvarse huyeron hacia el santuario del archiestratego Miguel.[19] Unos, la cantidad que cabía en el interior del templo, entraron; otros subieron a la parte superior y esperaban salvarse, según creían, con este gesto. Pero los latinos les prendieron fuego y los quemaron a todos, incluida la iglesia.

7. El resto de la falange romana luchaba denodadamente contra ellos, pero Roberto, como un caballero alado, cabalgó con el resto de sus fuerzas contra la falange romana, la empujó y la dispersó tras hacerla añicos. De los que se le enfrentaron, unos fueron cayendo mientras combatían y otros buscaron la salvación con la huida. Por su parte, el emperador Alejo permanecía como una torre imperturbable a pesar de

18. *Il.*, V 529.

19. El arcángel San Miguel.

haber perdido a muchos de sus compañeros, hombres célebres por su linaje y su experiencia militar. En efecto, en aquella ocasión cayeron Constancio, hijo del antiguo emperador Constantino Ducas, el Porfirogéneto, porque fue dado a luz cuando su padre no era ya un particular, criado y destinado por su padre para las ínfulas imperiales.[20] También cayó el que tenía por nombre Nicéforo y por apellido Sinadeno, un hombre valiente y muy hermoso, que en aquella jornada ardía en deseos de superar a todos en la batalla y con quien el citado Constantino andaba en tratos para casarse con su hermana, y el padre de Paleólogo, Nicéforo, y otros ilustres varones. También fue alcanzado mortalmente en el pecho Zacarías, que abandonó la vida al tiempo de recibir el golpe, así como Aspietes[21] y muchos de los mejores guerreros.

8. Pero la batalla no finalizaba porque se veía al emperador ofreciendo aún resistencia. Entonces, se destacaron tres latinos. Uno era el ya citado Amicetes; otro, Pedro, hijo de Alifa,[22] como él mismo refirió, y un tercero en nada inferior a estos. A rienda suelta y con largas lanzas en sus manos se precipitaron contra él. Amicetes erró el tiro contra el emperador al desplazarse su caballo un poco hacia un lado. Tras apartar el emperador la lanza del otro con su espada y extender su mano, le asestó un mandoble en la clavícula y le seccionó el brazo del resto del cuerpo. El tercero se apresuraba ya a alcanzarle en la cabeza, cuando él,

20. Constancio Ducas (1060-1082). Era el único hijo varón porfirogéneto de Constantino X Ducas (1059-1067). En principio, a pesar de ser el tercer varón en la línea sucesoria, fue designado heredero por su padre, pero con el tiempo, su hermano mayor Miguel consiguió relegarlo y acabó siendo Miguel VII. Cuando su hermano se vio acosado por las revueltas de Nicéforo Brienio y Nicéforo Botaniates, pensó en abdicar en él, pero Constancio se negó a aceptar la corona y fue a rendir vasallaje a Nicéforo Botaniates. Contó con el favor de este monarca, pero los soldados a su mando lo proclamaron emperador en Crisópolis, y fue apresado gracias a que Nicéforo Botaniates compró a sus principales comandantes. Fue obligado a entrar en un convento. Con la caída de Nicéforo III, recuperó sus cargos y dignidades. Los historiadores bizantinos afirman que fue un amigo muy próximo a Alejo Comneno.

21. Noble armenio al servicio del emperador. Parece tratarse del príncipe armenio Oshin. Pertenecía a una de las familias que fueron a instalarse en Cilicia tras la batalla de Mantzikert (1071).

22. Pierre d'Aulps.

que era listo y de mente despejada, sin confundirse en lo más mínimo y dándose cuenta de cómo debía actuar en un tiempo imperceptible gracias a su agilidad mental, se echó de espaldas sobre la grupa del caballo simultáneamente a la acometida del arma enemiga. La punta de la espada solo rozó levemente la piel de su cuerpo. Sin embargo, a pesar de haber sido parada por el borde del casco, cortó la correa que lo sujetaba bajo las mejillas y cayó al suelo. Entonces, el celta corrió hacia quien creía haber derribado del caballo. Alejo, a su vez, se enderezó rápidamente y se afirmó en su montura sin arrojar ni una de sus armas. Sosteniendo en la derecha la espada desnuda, enrojecida por la mezcla de polvo y de su propia sangre, descubierta su cabeza y ondeando de forma molesta la rojiza y resplandeciente cabellera ante sus ojos (el caballo, turbado, sin atender al freno, provocaba con sus movimientos el que le cayeran los rizos por el rostro), recuperó su ánimo y se dispuso a enfrentarse en la medida de sus posibilidades a sus adversarios.

9. Alejo vio cómo huían los turcos y cómo retrocedía hasta el propio Bodino sin ofrecer batalla. También este había tomado las armas y tenía dispuesto su ejército en orden de combate aquella jornada para apoyar con energía al soberano según el acuerdo al que se había llegado con él. Al parecer, el bárbaro antes de atacar a los celtas esperó a ver si la balanza se inclinaba del lado del emperador y le concedía la victoria, de lo contrario no intervendría y se retiraría. Mientras se ocupaba en estas reflexiones, como quedó claro por lo que hizo, se dio cuenta de que los celtas estaban obteniendo la victoria y, sin intentar combatir en lo más mínimo, volvió a su casa. El soberano, al contemplar el curso de estos acontecimientos y ver como nadie lo apoyaba, también volvió la espalda a sus adversarios. De este modo, los latinos emprendieron la persecución del ejército romano.

VII. Espectacular huida de Alejo

1. Roberto, cuando hubo llegado a la iglesia de San Nicolás, a cuyo lado estaba la tienda imperial y toda la impedimenta del ejército romano, envió a todos los hombres válidos en persecución del empera-

dor, mientras él se quedó allí mismo imaginando la captura del soberano. En efecto, semejantes fantasías enardecían su soberbio carácter. Aquellos lo persiguieron con mucha energía hasta un sitio llamado por los lugareños Mal Costado, por debajo de uno de cuyos lados corría el río denominado Carzanes y por el otro se elevaba una alta roca. Entre estos accidentes del terreno lo alcanzaron sus perseguidores, quienes arremetieron contra su costado izquierdo con las lanzas (eran nueve en total) y lo hicieron inclinarse hacia el otro lado. Hubiera caído rápidamente de no ser gracias a la espada que sostenía en la mano derecha y que logró apoyar en tierra, y gracias a que la punta de la espuela de su pie izquierdo se clavó en el extremo de la gualdrapa (llamada hipóstroma)[23] e hizo imposible la caída del jinete. También logró mantenerse gracias a que se aferró con la mano izquierda a las crines del caballo. Finalmente, lo socorrió sin duda una fuerza divina que, contra lo esperado, le proporcionó la salvación de sus enemigos. Surgieron por la derecha otros celtas que enfilaban sus lanzas contra él. Estos, gracias a la presión que hacían con la punta de sus lanzas sobre el costado derecho, enderezaron completamente al guerrero y lo volvieron a poner derecho en su silla.

2. Se vio entonces un inesperado espectáculo. Unos se apresuraban a hacerlo caer por la izquierda, los otros fijaban sus lanzas en el costado derecho como contrafuerte de los primeros y, lanza contra lanza, empujando, conseguían la postura erguida del emperador. Él, tras afirmarse en su montura con gran valentía y apretarse a horcajadas sobre el caballo y la silla, dio entonces una prueba de su valor. El caballo, que, por un lado, era muy fogoso y ágil y, de otro, también, el más veloz y guerrero (había sostenido a Brienio con su silla de púrpura, cuando Alejo lo capturó en el campo de batalla, reinando aún Nicéforo Botaniates) y, para decirlo de una vez, inspirado por la Divina Providencia, brincó al punto, se volvió aéreo y se plantó en la cima de la mencionada roca, como aligerado por unas alas o, por hacer referencia a la mitología, con las alas de Pegaso. Brienio llamó a este caballo Esguritzes. De las lanzas de los bárbaros, unas caye-

23. Pieza de tela que cubre la silla de montar.

ron de sus manos por no hallar donde clavarse; y otras, que habían atravesado y se habían quedado en algunas partes de la armadura del emperador, subieron con el caballo por los aires. El emperador enseguida rompió las lanzas que llevaba clavadas encima.

3. Estas terribles circunstancias no alteraron su ánimo ni enturbiaron sus reflexiones, antes bien comprendió cuál era la solución más conveniente y la siguió de forma inesperada. Los celtas se quedaron asombrados, estupefactos por lo sucedido. Efectivamente, su actuación merecía que se asombraran. Cuando vieron que Alejo escapaba por otro camino, emprendieron de nuevo su persecución. Él, tras dar la espalda a sus perseguidores durante largo tiempo, en un momento dado tiró de las riendas, se puso frente a uno de sus perseguidores y le atravesó con la lanza el pecho, y quedó tendido en tierra boca arriba.

4. El emperador volvió de nuevo las riendas y siguió por su camino. Entonces se topó con no pocos celtas de los que perseguían por delante de él a las fuerzas romanas. Al verlo, cerraron la formación con sus escudos y se detuvieron con la doble intención de dar reposo a las cabalgaduras y capturarlo vivo para llevarlo a Roberto como botín. Alejo, que estaba huyendo de sus perseguidores y que veía a los que estaban delante de él, dio por perdida toda esperanza de salvación. Pero recobró el ánimo al contemplar a uno entre los demás, a quien consideró como Roberto por su envergadura y por el centelleante resplandor de las armas. Se afirmó en su montura y enfiló contra él. Entonces, ambos se acometieron y se lanzaron uno contra otro en el espacio existente entre ellos.

5. El soberano, primero, dirigiendo su mano, lo acometió con su lanza y allí mismo lo atravesó por el pecho hasta la espalda. El bárbaro cayó enseguida por tierra y perdió la vida a causa del mortal impacto recibido. A continuación, el emperador aprovechó la ruptura que se produjo en la falange a raíz de la muerte de aquel bárbaro y cabalgó por medio de ese paso. Tan pronto como ellos vieron al alcanzado tendido en tierra, lo rodearon para asistirlo. Los que perseguían al emperador, cuando los observaron, desmontaron de los caballos y tras reconocer a la víctima, empezaron a golpearse el pecho entre gemidos. Sin embar-

go, el cadáver no era el de Roberto, sino el de uno de sus hombres más ilustres y lugarteniente suyo. Gracias a que aquellos estaban ocupados en esta tarea, el emperador pudo seguir adelante en su camino.

VIII. Justificación de la autora. Roberto monta en cólera al no poder ser capturado Alejo

1. Metida en esta narración me he olvidado, tanto por la índole de la historia, como por la excelencia de estos hechos, de que estoy escribiendo sobre las gestas mi padre. Con frecuencia, para no hacer sospechosa de parcialidad mi historia, paso por encima de los actos realizados por mi padre sin exagerarlos y sin cubrirlos de pasión. Ojalá hubiera sido libre e independiente de este amor por mi padre para que, habiendo asumido tan densa materia, hubiera mostrado con mi orgullosa elocuencia cuánta familiaridad tengo con las cosas hermosas. Pero el afecto natural empaña este deseo mío, y temo que la gente crea de algún modo que invento una sucesión de prodigios por mi deseo de hablar acerca de mi familia. Si evocara continuamente las hazañas de mi padre, vertería gota a gota mi alma escribiendo y contando cuántos sufrimientos pasó y no dejaría esta temática sin treno ni monodia.[24] Pero, para que este lugar de mi historia no adolezca de ninguna vanidad retórica, paso por encima de las penalidades de mi padre, como si yo fuera un diamante insensible o una piedra, cuando precisamente yo habría debido jurar, como aquel joven homérico, con una cita del poeta (no soy menos que aquel que decía: «No, Agelao, por Zeus y por las penalidades de mi padre.»)[25] para que fuera y se me llamara amante hija de mi padre. Déjeseme, pues, a mí sola asombrarme y lamentar los sufrimientos de mi padre y continúe el hilo de la historia.

2. Tras estos acontecimientos, los celtas emprendieron camino en dirección a Roberto. Él, al verlos e informarse de lo que les había

24. Géneros literarios centrados en el lamento.

25. *Od.*, XX 339.

sucedido, empezó a acusarlos a todos gravemente. Y amenazó a uno de ellos, un hombre destacado, con azotarlo, mientras lo llamaba cobarde e inexperto. Este hombre pensaba que sería víctima de los males más terribles por no haber saltado sobre la roca con su caballo y no haber matado al emperador Alejo tras derribarlo, o no haberlo traído vivo tras capturarlo. Roberto, efectivamente, era una persona muy audaz y valiente, pero tenía una enorme acritud, una cólera siempre a flor de piel y un corazón repleto de rabia e ira, de modo que, cuando estaba cara al enemigo, o atravesaba con su lanza al adversario o se mataba a sí mismo y rompía, como se dice, el hilo de las Parcas.

3. No obstante, aquel soldado que Roberto tenía bajo acusación intentaba explicarle con claridad lo impracticable y escarpado de la roca, que el lugar se elevaba hasta lo más alto del cielo, que la roca era abrupta y peligrosa, que sería imposible que nadie, infante o jinete, pudiera subir a ella sin el apoyo divino y que no existía nadie que consiguiera subir a esa roca no ya durante la lucha y el combate, ni siquiera sin mediar guerra alguna. «Y si desconfías de mí», dijo, «cuando tú mismo o algún otro de tus caballeros, el más valiente, lo intente, se dará cuenta de lo imposible que es. No obstante, si alguien aparece en la cima de la roca (no será porque carezca de alas, sino más bien porque las posea), yo mismo estoy dispuesto a sufrir cualquier castigo y ser juzgado por cobardía». Cuando el bárbaro hubo dicho estas palabras en medio de la admiración y el estupor que aún le duraban, el airado Roberto se retrajo y abandonó su cólera por la admiración.

4. El emperador, una vez hubo atravesado los repliegues de las montañas vecinas y todos aquellos senderos intransitables, llegó a Acrida en dos noches y dos días. En el camino, cruzó el Carzanes y permaneció un tiempo en el lugar llamado Babagora (un desfiladero de difícil acceso) sin tener la más mínima confusión en sus ideas, ni por la derrota ni por las demás calamidades de esta batalla, y sin sentir debilidad por el dolor de la herida que tenía en el rostro, aunque lo consumía el pesar por los que habían caído en la batalla y, en especial, por los hombres que habían combatido valientemente. No

obstante, estaba completamente absorto por los problemas que se le planteaban a la ciudad de Dirraquio y se acordaba de ella, lamentando que se viera privada de su jefe Paleólogo, que no había podido regresar a causa de la rapidez con que se llegó al combate. Hizo, pues, lo posible por reforzar la posición de sus defensores, emplazó en la acrópolis de la ciudad a los jefes de los venecianos y puso el resto de la ciudad al mando absoluto de Comiscortes, un descendiente de albaneses, a quien dio las instrucciones pertinentes mediante cartas.

LIBRO V

Las finanzas del Imperio. Guerra con los normandos y victoria de Alejo. El asunto de Juan Italo (1082-1083)

I. Alejo se dispone a comenzar una nueva ofensiva. Penuria del tesoro

1. Roberto se apoderó tranquilamente de todo el botín y de la tienda imperial y llegó triunfante y orgulloso a la llanura en donde había acampado antes, al emprender el asedio de Dirraquio. Mientras se tomaba un ligero descanso, deliberaba sobre si debía intentar un nuevo asalto a las murallas de la ciudad o retrasar el asedio a la próxima primavera y llegar ahora a Glabinitza y Yoanina[1] para que todo su ejército pudiera invernar allí, acampado por los valles que dominan la llanura de Dirraquio. Los defensores de Dirraquio, como nuestra historia ha señalado, que en su mayoría eran emigrados de Melfi y Venecia, al enterarse de las calamidades que había sufrido el soberano, de la enorme matanza, de la masacre de tan esclarecidos hombres, de que las escuadras se habían retirado y de que Roberto estaba reservando el asedio para la siguiente primavera, reflexionaron sobre las medidas precisas que habían de adoptar para salvarse y no correr de nuevo tan grandes riesgos.

2. Se reunieron, pues, y expusieron abiertamente lo que cada uno guardaba. Tras discutir sobre todo lo que ocurría, creyeron haber encontrado una especie de solución en medio de

1. Hoy en día Yánina, en el Epiro.

circunstancias insolubles plegándose a Roberto y entregándole la ciudad. Espoleados por un emigrado de Melfi, cuyas recomendaciones siguieron, abrieron finalmente las puertas y dejaron el paso libre a Roberto. Una vez convertido en dueño de la ciudad, hizo llamar a sus fuerzas, las dividió por naciones y se informó sobre los que estaban heridos gravemente o tenían solo rasguños en la piel provocados por la espada, así como sobre el número y el rango de los que habían sido víctimas de la guerra en las batallas antes descritas. Al mismo tiempo, meditaba sobre la idea de reunir otro ejército mercenario y reclutar fuerzas extranjeras para marchar, cuando la primavera hiciera su aparición (era invierno en aquel momento), en contra del emperador con todas sus huestes.

3. Sin embargo, Roberto no hacía semejantes reflexiones, aunque se aclamara a sí mismo vencedor y triunfante, mientras el emperador vencido, herido durante aquella insufrible derrota y habiendo perdido tantos y tan valiosos hombres estaba retraído, asustado como un niño, sino que sin achicarse lo más mínimo ni renunciar a sus propósitos, ponía todo su esfuerzo e inteligencia para neutralizar la derrota a la llegada de la primavera. Eran ambos hombres, efectivamente, capaces de prever y entender todo, y nada inexpertos en técnicas bélicas, sino habituados a toda clase de asedios, emboscadas y combates en formación. Eran decididos y valientes en las acciones militares cuerpo a cuerpo, y entre todos los jefes militares que había bajo el cielo eran adversarios dignos uno del otro por su inteligencia y su valor. Pero el emperador Alejo tenía una cualidad más que Roberto. Si bien era aún joven,[2] no estaba por debajo en ningún aspecto de él, que en plena madurez se jactaba de hacer temblar la tierra y de conmocionar a todas las falanges solo con su grito. Pero queden estos detalles para otros lugares. A buen seguro tendrán un gran interés para los que quieran dedicarse a los encomios.

2. Roberto murió a los 70 años en 1085, por lo tanto, durante esta campaña contaba con 67 o 68 años. Alejo, por su parte, nació en 1056/7; contaba, pues, con 25 o 26 años.

4. El emperador Alejo, tras recuperarse y reponer un poco sus fuerzas en Acrida,[3] llegó a Diabolis.[4] En lo posible reconfortaba del dolor de las penalidades a los supervivientes del combate, y a los demás les comunicaba por medio de emisarios que vinieran desde todas partes a Tesalónica. Dado que tenía experiencia sobre la forma de actuar de Roberto y sobre la audacia de su poderoso ejército y dado que condenaba la gran debilidad y cobardía de los hombres bajo su mando (no podría alegar yo que los soldados presentes en aquellos momentos carecieran de entrenamiento y de toda experiencia militar), por esas razones necesitaba aliados. Y eso sin dinero no era factible. No lo había porque el tesoro imperial había sido tan dilapidado inútilmente por el anterior emperador Nicéforo Botaniates, que sus puertas ni siquiera estaban cerradas y eran accesibles para cualquiera que deseara atravesarlas. Estaba agotado, efectivamente. Esta era la causa de que todo estuviese en una situación crítica con la debilidad y la pobreza oprimiendo al mismo tiempo el Imperio de los romanos.

5. ¿Qué debía hacer entonces, justamente entonces, el joven emperador que acababa de coger las riendas del Imperio? O bien dejar angustiado el poder y abandonarlo todo, para que, aun sin culpa, se lo acusase de ser un jefe inexperto o incapaz, o bien llamar por lo imperioso de la situación al mayor número posible de aliados, reunir para ellos el dinero suficiente recurriendo a cualquier fuente de recursos y hacer llamar, empleando generosos fondos, a los hombres de su ejército dispersos por todas partes para que, al recobrar la esperanza, permanecieran a su lado y para que los que se habían marchado estuvieran dispuestos a volver y tuviesen mayor valor a la hora de enfrentarse a los contingentes celtas. Por tanto, con el deseo de no realizar ningún acto indigno ni en desacuerdo con sus conocimientos militares ni tampoco con su valor, llegó a estas dos conclusiones. Tenía que mandar buscar aliados de cualquier parte y atraérselos astutamente con la esperanza

3. No confundir con Acrido. Acrida es la actual Ohrid, en la Antigua República Yugoslava de Macedonia.

4. Pequeña población a corta distancia del lago de Ohrid.

de obtener muchas riquezas, y por otro lado, pedir a su madre y a su hermano que le enviasen dinero obtenido de donde fuera.

II. La enajenación de los bienes eclesiásticos y el asunto de León de Calcedonia

1. Ellos, al no hallar otra forma de suministro, reunieron primero todas las riquezas de su propiedad que eran de oro y plata y las enviaron a la fundición imperial. La primera de todos fue la emperatriz, mi madre. Donó todos los bienes que poseía por herencia materna o paterna, confiando en que con su gesto impulsaría a los demás a una acción similar, pues estaba asustada viendo la situación crítica por la que pasaba el soberano. Seguidamente, aquellos otros que eran leales a los emperadores, se ofrecieron espontáneamente a contribuir con cuantos objetos de oro y plata tuviese cada uno y enviaron una parte a los aliados y otra al soberano.

2. Pero estos fondos no bastaron en absoluto para las actuales necesidades. Unos pedían gratificaciones porque habían colaborado en la lucha; otros, todos los mercenarios, pedían un salario más alto. El emperador volvió a insistir reclamando mayores recursos por haber desesperado de la buena voluntad de los romanos. Su madre e Isaac, ante el crítico estado de cosas, mantuvieron largas deliberaciones tanto en privado como en público. Al conocer la noticia de que Roberto se estaba armando de nuevo, sin saber qué hacer, dirigieron su atención hacia las antiguas leyes y cánones sobre la enajenación de los bienes sagrados. Entre las diversas normas, encontraron que es posible enajenar los bienes sagrados de las santas iglesias de Dios para la liberación de los prisioneros. Pensaron entonces en que todos los cristianos que pasaban sus días en Asia bajo el yugo bárbaro y habían escapado a las matanzas eran mancillados por la compañía de los infieles. Al existir unos cuantos objetos sacros que estaban arrumbados y desechados desde mucho tiempo atrás y que no servían sino para incitar a la gente al sacrilegio y a la impiedad, decidieron emplearlos como materia

prima para acuñar moneda destinada al pago de los soldados y de los aliados.

3. Cuando esta idea tuvo apoyos, el sebastocrátor marchó al gran templo de Dios[5] donde había convocado al sínodo y al clero en pleno. Cuando lo vieron, los religiosos del sagrado sínodo, que asisten al patriarca en las cuestiones eclesiásticas, le preguntaron extrañados la razón de esta convocatoria. Él les contestó: «He venido a comunicaros una medida que será útil en las duras circunstancias que estamos viviendo y que salvará al ejército». Seguidamente, comenzó a citar los cánones sobre los bienes sagrados que han perdido su utilidad. Cuando hubo concluido su intervención, añadió: «Me veo obligado a obligar a los que no quiero obligar». Alegó, entonces, una serie de nobles razones que aparentemente persuadieron con rapidez a la mayoría.

4. Pero Metaxas se oponía, alternando réplicas razonables con burlas al mismo Isaac. Prevaleció, no obstante, la opinión adoptada. Estas medidas dieron pie a muy graves acusaciones contra los emperadores (no vacilo en llamar también emperador a Isaac, aunque sin el derecho a la púrpura) que duraron desde entonces hasta nuestros días. En aquel tiempo ocupaba la sede episcopal de Calcedonia un tal León, hombre no muy sabio ni culto que, si bien se preocupaba de su virtud, tenía un carácter hosco y seco. Este, pues, mientras eran despojadas las puertas de Calcopracia[6] del oro y la plata que en ellas había, apareció en pleno trabajo y se expresó atrevidamente sin atender para nada a las necesidades económicas ni a las leyes en vigor sobre los bienes sagrados. De manera bastante insolente y, ¿por qué no decirlo?, rebelde, se dirigía al que entonces gobernaba en cuantas ocasiones acudía a la capital, abusando de su paciencia y su bondad. Cuando el emperador salía de la capital por primera vez contra Roberto, y mientras su hermano, el sebastocrátor Isaac, con la anuencia

5. Santa Sofía.

6. Iglesia construida en el siglo V o VI en las cercanías de Santa Sofía. En ella estaba depositado en un principio el cinturón de la Virgen que luego fue llevado al palacio de Blaquernas. El nombre de la iglesia hace referencia al barrio de los artesanos del cobre donde se hallaba.

general le suministraba de todas partes dinero conforme a las leyes y a lo justo, provocaba la cólera del citado hermano del emperador al dirigirse a él de forma bastante desvergonzada.

5. En otra ocasión también atacó aquel obispo con escaso pudor al soberano, cuando este, tras ser vencido muchas veces y enfrentarse con audacia a los celtas otras tantas, había vuelto vencedor gracias al apoyo divino para enterarse enseguida de que otra masa de enemigos, me refiero a los escitas,[7] se volvía a lanzar en contra de él y por ello también se apresuraba a recoger dinero durante su permanencia en la capital de acuerdo con los mismos criterios que antes. En las abundantes discusiones que se levantaron a raíz de estos acontecimientos sobre los bienes sagrados, sostenía con dogmatismo que a las santas imágenes se les daba culto de adoración, no de relación,[8] manteniendo en algunas cuestiones criterios razonables y dignos de un obispo y defendiendo en otras dogmas incorrectos. Yo no sé si era por su ánimo de polemizar y por su odio hacia el emperador o por ignorancia, ya que no podía exponer con exactitud y seguridad sus razonamientos por carecer de cualquier formación intelectual.

6. Su insolencia con los emperadores iba aumentando progresivamente, obedeciendo a hombres malintencionados, de los que entonces había muchos en el Estado, y en su excitación llegó a utilizar insultos y blasfemias extemporáneamente, aunque el emperador le pidiera que cambiara de opinión sobre las imágenes, que abandonara su animadversión hacia él con la promesa de restituir los bienes sagrados más valiosos a las santas iglesias y de hacer todo lo que fuera preciso para reparar el daño, ya que, además, el soberano había sido aceptado por los principales del sínodo, a quienes llamaban aduladores los que engrosaban el partido del calcedonio. Por todo ello fue castigado con la

7. Campaña de 1086 contra los pechenegos.

8. La postura de León de Calcedonia mantenía que el objeto seguía siendo sagrado aún cuando la imagen hubiera desaparecido de él. No deja de ser herético, por cuanto el culto de adoración solo se le presta a los miembros de la Trinidad, mientras que el culto relativo se le presta a los objetos que tienen relación con Ella y por tanto, carecen de entidad sagrada propia. Por otro lado, el culto de dulía es el que se les presta a los santos, culto de «veneración», no de «adoración».

deposición de su cargo. Pero como no se arredraba ni, menos aún, se tranquilizaba, sino que incluso volvió a turbar la paz de la iglesia a la cabeza de una facción con personas no del pueblo llano, al cabo de muchos años todos estuvieron de acuerdo en condenarlo al exilio por su actitud intratable e incorregible. Fue la ciudad de Sozópolis del Ponto[9] la encargada de acogerlo, y fue honrado con todas las atenciones y deferencias del emperador, aunque no quiso nunca gozar de ellas a causa, según parece, del resentimiento que conservaba contra el soberano. Dejemos, pues, aquí la narración de aquellos acontecimientos.

III. Regreso de Roberto a Italia para hacer frente a la invasión que Enrique IV, rey de Alemania, llevaba a cabo a instancias de Alejo

1. El soberano enseñaba cuidadosamente a los nuevos reclutas (iba apareciendo mucha gente al haberse enterado de que él estaba sano y salvo) cómo debían montar a caballo con la mayor seguridad, tirar con arco del modo más certero y cómo emplear sus armas y tender emboscadas en el momento más oportuno. Había vuelto a enviar al rey de Alemania embajadores que presidía el llamado Metimnes y por carta le instaba con energía a no retrasar más su ayuda y a invadir con gran rapidez Longibardía al frente de sus tropas, según los acuerdos concertados. De este modo distraería a Roberto y tendría las manos libres para reclutar nuevas tropas y contingentes extranjeros y poder expulsarlo del Ilírico. A continuación le comunicó al rey de Alemania que, si obraba de este modo, le quedaría muy reconocido y le aseguraba que la boda prometida sería ultimada a través de los embajadores enviados por él.

2. Tras adoptar estas medidas y dejar a su gran doméstico Pacuriano en aquel lugar, volvió a la capital con la intención de reclutar tropas procedentes de cualquier punto del extranjero y gestionar algunos otros asuntos que se habían presentado en ese momento y en esas circunstancias. Por su parte, los maniqueos Jantas y Culeón

9. Ciudad situada en la parte de Tracia colindante con el mar Negro.

junto con los hombres a su mando, que ascendían a unos dos mil quinientos, emprendieron el camino a sus casas desordenadamente. Aunque repetidas veces los hacía llamar el emperador, prometían acudir, pero retrasaban la partida. El insistía prometiéndoles incluso regalos y honores por escrito, pero ni aun así volvieron a su lado.

3. Mientras el emperador se empeñaba en estos preparativos contra Roberto, un emisario llegó a presencia de Roberto para comunicarle la inminente invasión de Longibardía por el rey de Alemania. Estuvo reflexionando sobre lo que debía hacer en este aprieto. Tras cambiar de opinión varias veces y dado que había dejado a Rogelio como heredero de su autoridad en el momento de la travesía hacia el Ilírico y que aún no había atribuido a Bohemundo, que era más joven, ninguna tierra, reunió a todos los condes y a los jefes de su ejército, hizo llamar a su hijo Bohemundo Sanisco[10] y lo presentó en público. Y dijo:

4. «Sabéis, condes, que en el momento de pasar hacia el Ilírico cedí el señorío de mis territorios a Rogelio, el amadísimo primogénito de mis hijos. Pues no hubiera sido conveniente que yo, al marcharme de allí para emprender una tarea de esta índole, abandonara mis dominios sin autoridad, como una presa fácil para las incursiones de todo el que quisiera. Pero como el rey de Alemania ya está al llegar y tiene intención de atacarlos, nosotros tenemos la obligación de defenderlos en la medida de nuestras posibilidades. Porque el hecho de estar ocupados ahora en otros asuntos no debe ser causa para actuar negligentemente con los nuestros. Así pues, parto para defender mis dominios y para presentar batalla al rey de Alemania. En cuanto a Dirraquio, Aulón y todas las demás ciudades e islas que he ocupado personalmente con mi lanza, le cedo su gobierno a este, a mi hijo más joven. Os encomiendo y os pido que estiméis a este

10. Los estudiosos no se ponen de acuerdo en la procedencia de ese apellido. Se aduce un error de copista y que la forma correcta sería Νεανίσκος, «Neaniskos», es decir, «El joven». Puede ser que esta denominación venga del hecho de que, a pesar de ser el primogénito de Roberto Guiscardo, no había sido elegido como heredero de su padre. Ambos hechos podrían haber conducido al error de Ana Comnena cuando dice que Bohemundo era menor que Rogelio en el discurso de Roberto que viene a continuación.

tanto como a mí y que luchéis por él con todas vuestras fuerzas y energías.

5. Y a ti, mi amadísimo hijo, te recomiendo», añadió dirigiendo sus palabras a Bohemundo, «que trates con toda dignidad a los condes, que aproveches sus consejos en toda circunstancia, que no actúes con ellos de manera autoritaria y que lo compartas todo con ellos. Cuídate de no descuidar el reemprender la guerra contra el emperador de los romanos. Es más, no debes relajarte lo más mínimo porque haya sufrido una gran derrota, porque casi llegara a caer víctima de la espada y porque haya perdido la mayor parte de su ejército en combate (efectivamente, estuvo cerca de ser capturado vivo, pero escapó herido de nuestras manos), no sea que, por hallar él un resquicio, recobre su aliento y se enfrente a ti más valientemente que antes. No es él un advenedizo, sino un hombre criado desde niño en medio de las batallas y las guerras, y ha atravesado todo el Oriente y el Occidente haciendo prisioneros a todos lo que se rebelaron contra sus anteriores soberanos, hechos estos de los que tú mismo oyes hablar con frecuencia a mucha gente. En suma, si te abandonas y no avanzas contra él con todas tus energías, reducirás a la nada todos los abundantes logros que he conseguido llevar a término gracias a mis esfuerzos, y tú mismo recolectarás los frutos de tu propia negligencia. En cuanto a mí, parto para combatir contra el rey de Alemania e intentar expulsarlo de nuestros territorios. De este modo reforzaré la autoridad que transferí a mi amadísimo hijo Rogelio».

6. Tras despedirse con estas palabras de su hijo, embarcó en una monere y arribó a las costas de Longibardía, desde donde partió a toda marcha para presentarse en Salerno, ciudad en la que estaba desde hacía tiempo la residencia de los que se habían investido con la dignidad ducal. Tras asentarse allí, reclutó bastantes fuerzas y un contingente lo más numeroso posible de tropas mercenarias procedentes de los países vecinos. El rey de Alemania, según las promesas hechas al soberano, se apresuraba ya a invadir Longibardía. Tan pronto como Roberto se hubo enterado de esto, se dio prisa

por llegar a Roma para unirse al papa[11] y apartar al rey de Alemania de su propósito. Como el papa no rechazó esta coalición, ambos se lanzaron sobre el rey de Alemania.

7. Sin embargo, mientras se daba prisa en atacar Longibardía, el rey se enteró de lo que le había sucedido al soberano, que había sufrido una enorme derrota, que una parte de su ejército había sido víctima de las espadas y otra parte se había dispersado por doquier, que el emperador se había salvado inesperadamente gracias a su audacia y su valiente determinación después de arrostrar grandes peligros durante los cuales luchó valerosamente y fue herido en diferentes partes de su cuerpo, que dio vuelta a las riendas y regresó por donde vino y atribuyó una victoria al hecho de no someterse a ningún riesgo sin necesidad. El rey, pues, emprendió la ruta de regreso a casa. En cuanto a Roberto, alcanzó el campamento del rey, pero no quiso perseguirlo él personalmente más allá y, tras separar una numerosa sección de sus escuadrones, ordenó que persiguieran al rey de Alemania. Roberto con todo el botín retornó con el papa a Roma. Él afianzó en el trono a este último y, a su vez, obtuvo la proclamación del papa como rey. Luego, volvió a Salerno para recuperarse de la fatiga de sus muchos trabajos.

IV. Enfrentamientos con Bohemundo. Alejo sale derrotado

1. Tras no mucho tiempo, llegó a su lado Bohemundo con el anuncio de su derrota marcado en el rostro. Cómo actuó la fortuna con él, esta obra ya mismo va a contar. En efecto, teniendo presentes las instrucciones de su padre y, aún más, como era un hombre de carácter combativo y arrojado, acometió con firmeza la guerra contra el emperador. Se puso al frente de sus tropas, a las que seguían todos los jefes y oficiales romanos y los gobernadores de las regiones y ciudades conquistadas por Roberto (todos habían desertado en masa del bando del emperador y se habían pasado al de Bohemundo) y llegó

11. Gregorio VII (1073-1085).

a Yoanina a través de Bagenecia.[12] Allí cavó primero un foso entre los viñedos que se hallaban en las afueras de la ciudad, luego emplazó todo su contingente en posiciones ventajosas y él mismo fijó la tienda en su interior. Tras inspeccionar las murallas, se percató de que la acrópolis de esta plaza fuerte era insegura. No solo se apresuró a repararla en lo posible, sino que incluso construyó otra, muy fortificada, en un lugar diferente del recinto amurallado y que le pareció más oportuno. Entre tanto, se dedicaba a saquear las ciudades y regiones colindantes.

2. Tan pronto como tuvo conocimiento el soberano de estos movimientos, reunió sin la menor tardanza la totalidad de sus fuerzas y salió a toda prisa de Constantinopla en el mes de mayo. Una vez llegado a Yoanina y con el inicio del combate y de la batalla ya inminente, se percató de que sus propias tropas ni siquiera suponían una mínima parte de las fuerzas de Bohemundo. Dado que, asimismo, conocía por la batalla contra Roberto antes relatada que la primera carga de la caballería celta contra sus enemigos era incontenible, juzgó preciso organizar primero unas emboscadas con pocos hombres, contados y selectos, para obtener así algún indicio de los conocimientos estratégicos de Bohemundo y conseguir una idea general de la situación a través de estas incursiones parciales. Gracias a esta táctica podría hacer frente al celta con mayor seguridad y conocimiento. De este modo, las tropas deseaban con ardor atacarse mutuamente. El emperador, por su parte, que temía el primer e irresistible ataque de los latinos, tuvo una nueva idea. Mandó construir carros más ligeros y pequeños de lo acostumbrado, clavó en ellos cuatro estacas y emplazó infantes armados para que, cuando los latinos cargaran a rienda suelta contra la falange romana, los infantes, que estaban situados debajo de ellos, los empujasen hacia adelante y rompiesen la formación cerrada de los latinos.

3. Cuando llegó la hora del combate en el momento en que el sol ya sobrepasaba con su fulgor el horizonte, el soberano situó las falanges en orden de combate y él mismo ocupó el puesto central. Una vez iniciada la batalla, Bohemundo no pareció sorprenderse

12. Región del Epiro entre Yánina y Arta.

de la argucia del soberano. Antes al contrario, como si hubiera previsto la estratagema, se adaptó a esta circunstancia y, tras dividir sus fuerzas en dos y dejar pasar de largo los carros, se lanzó desde cada flanco contra la formación romana. Las falanges se mezclaron entonces con las falanges, y los hombres lucharon cara a cara con los hombres. De este modo y tras caer muchos por cada bando durante la lucha, Bohemundo se alzó con la victoria. El soberano, a su vez, en medio del acoso a que era sometido por todas partes, se mantenía firme como una torre inamovible. Tanto cabalgaba contra los celtas que venían a su encuentro, acometiendo, matando y siendo acometido en el choque armado con algunos enemigos, como levantaba el ánimo con continuas llamadas a los fugitivos. Pero, cuando vio que las falanges empezaban a dispersarse en muchos sectores, pensó que debía ponerse a salvo, no para proteger su propia persona, ni por efecto de la confusión que provoca la cobardía, como quizás alguien pudiera replicar, sino porque tenía la esperanza de enfrentarse más valientemente en otro momento a los aguerridos celtas, una vez a salvo del peligro y nuevamente recuperado.

4. Mientras escapaba de sus enemigos en compañía de unos pocos hombres, se encontró de nuevo con un grupo de celtas y demostró ser un general intrépido. En efecto, tras animar a sus hombres, hizo frente a la carga que los celtas hacían contra ellos como si en ese mismo día tuviera que vencer o morir. De un mandoble, el emperador mató a uno de los celtas y entre todos los que lo acompañaban, actuando como servidores de Ares, hirieron y pusieron en fuga a muchos hombres. Así, tras escapar de innumerables y muy grandes peligros, de nuevo logró ponerse a salvo en Acrida tras pasar por Estrugas.[13] Después de permanecer allí un tiempo y hacer llamar a muchos de los soldados que habían huido, los dejó a todos en ese lugar con el gran doméstico y llegó hasta el río Bardares,[14] pero no con intención de descansar, porque no se permitía a sí mismo ninguna de las comodidades ni de los ocios propios de un emperador.

13. Ciudad situada cerca del lago de Ohrid.

14. Río Vardar.

5. Cuando volvió a tener reunidas las tropas y reclutado un contingente de mercenarios, marchó contra Bohemundo con su pensamiento puesto en otros planes para derrotar a los celtas. Se aprovisionó de piezas puntiagudas de hierro y, como esperaba la batalla para el día siguiente, las extendió la víspera por la parte de la explanada situada entre los dos ejércitos, por donde preveía que los celtas podrían llevar a cabo la carga más impetuosa. Imaginaba que la primera e incontenible embestida de los latinos tal vez pudiera romperse en el momento en que las puntas atravesaran los cascos de los caballos. En ese instante, todos los lanceros romanos que estuvieran colocados en primera línea llevarían a cabo una carga contenida para no atravesarse en lo posible con las puntas de hierro, se dividirían en dos direcciones y las rodearían, mientras los peltastas dispararían de lejos sus certeras flechas contra los celtas, y las alas derecha e izquierda caerían con incontenible ímpetu sobre los celtas desde ambos flancos.

6. Esos eran los planes de mi padre, pero no le pasaron inadvertidos a Bohemundo. Ocurrió que la táctica fraguada por el emperador al atardecer, a la mañana siguiente estaba en conocimiento del celta. Acomodando su estrategia ingeniosamente a las informaciones recibidas, aceptó la batalla, pero no la organizó del modo acostumbrado. Por el contrario, gracias a su previo conocimiento de los planes del soberano, reforzó el ataque desde sus dos flancos, mientras ordenaba que la falange que estaba situada frente al ejército romano permaneciera inmóvil durante ese tiempo. Así pues, cuando la batalla legó al cuerpo a cuerpo, los soldados del ejército romano volvieron la espalda a los latinos y ni siquiera tuvieron el valor de mirarlos a la cara por el terror que aún los sobrecogía al recordar la derrota que hemos descrito anteriormente.

7. Se produjo entonces la confusión entre las líneas romanas, a pesar de que el emperador permaneciera imperturbable y se defendiese valientemente en cuerpo y alma hiriendo a muchos y siendo herido en alguna ocasión. Al ver que todo su ejército desaparecía y que él mismo estaba siendo abandonado solo con unos pocos hombres, pensó que no debía correr riesgos resistiendo de forma

irracional. Pues cuando tras grandes esfuerzos uno no puede soportar con firmeza el ataque enemigo, es una insensatez exponerse a un riesgo manifiesto. Así pues, las alas derecha e izquierda de la falange romana se daban a la fuga, en tanto el emperador aún aguantaba valientemente el peso del combate contra la falange de Bohemundo sobre su sola persona. Pero, cuando comprendió que el peligro era insuperable, juzgó necesario salvarse para poder reemprender la lucha con el vencedor como un poderoso oponente y evitar que Bohemundo se alzara con la victoria definitiva.

8. Así era él, tanto en la derrota, como en la victoria, en la huida y en la persecución, nunca se escondía atemorizado ni, menos aún, caía en las redes de la desesperación. Tenía, asimismo, una enorme fe en Dios, que llevaba siempre presente en sus pensamientos, y se abstenía de hacer ningún tipo de juramento. Por tanto, como hemos dicho arriba, por eludir cualquier resistencia también él se vio perseguido en su escapada por Bohemundo y sus mejores condes. En medio de estos hechos, dijo a Gules (un servidor de su padre) y a los que estaban con él: «¿Hasta cuándo estaremos huyendo?», y acto seguido, dando vuelta a las riendas, desenvainó su espada y asestó un mandoble en el rostro del primero que lo acometía. Los celtas vieron esta reacción y se percataron de que él había renunciado a la vida. Como sabían desde hacía tiempo que los hombres que han tomado esta decisión son imbatibles, se echaron atrás y abandonaron la persecución. Se libró así de sus perseguidores y logró salir del peligro y es más, tampoco se mostró abatido durante esta fuga y se dedicó a llamar a unos fugitivos y a burlarse de otros, si bien la mayoría de ellos fingieron no reconocerlo. A salvo, pues, del peligro, regresó a la capital con el propósito de reunir nuevas tropas y marchar contra Bohemundo.

V. Movimientos de Bohemundo y contraofensiva del emperador

1. Tras el retorno de Roberto a Longibardía, Bohemundo se encargó de continuar la guerra con el soberano de acuerdo con los dictados de su padre y alentaba continuamente batallas y combates. Envió a Pedro Alifa

junto con Punteses[15] a asediar diferentes lugares. No tardó Pedro Alifa en dominar los dos Polobos[16] ni el citado Punteses en hacer lo mismo con Escopia.[17] Por su parte, Bohemundo, a instancias de los acridios, se apresuró a llegar hasta Acrida. Tras permanecer escaso tiempo allí, dado que Ariebes[18] defendía la ciudad, partió rumbo a Ostrobo[19] sin hacer nada. Despachado de allí con las manos vacías, marchó a través de Sosco y Serbias para llegar a Berea.[20] Tras intentar muchas incursiones en muchos lugares sin conseguir el éxito, llegó a Moglenas a través de Bodinas,[21] donde restauró una plaza fuerte que estaba en ruinas desde hacía tiempo. Luego, después de dejar en esta plaza fuerte a un conde llamado Sarraceno al mando de un buen contingente de soldados, llegó hasta un lugar denominado Iglesias Blancas[22] a través del Bardares. Mientras consumía el plazo de tres meses durante los que permaneció en este lugar, se descubrió que tres de sus más destacados condes, Punteses, Renaldo y uno llamado Guillermo, se habían conjurado para pasarse al bando del emperador. Punteses, que era previsor, huyó y logró llegar a presencia del soberano; pero los otros dos fueron capturados y obligados, según la ley de los celtas, a participar en un combate singular. Guillermo fue derrotado, y su culpa probada. Se lo apresó y se lo cegó. Mientras, el otro, Renaldo, fue remitido a Longibardía, donde se hallaba su padre, Roberto, quien también mandó sacarle los ojos. Bohemundo, tras partir de Iglesias Blancas, se dirigió hacia Castoria. Al enterarse de este mo-

15. Podría tratarse del conde Raúl de Pontoise, conde de Amiens.

16. En las fuentes del río Vardar.

17. Skopje.

18 .Gobernador bizantino de Acrida, de origen armenio. Conservó la ciudad bajo soberanía bizantina a pesar del deseo de los acridios de pasarse al bando de Bohemundo.

19. Hoy Árnisa, al este de Flórina.

20. Serbias no es el país de Serbia. Ana Comnena comete un error en este itinerario. Serbias está muy al sur de Beroe (Verria).

21. Bodena-Vodena, en Macedonia. Moglenas está al norte de Bodena.

22. Al noroeste de Tesalónica.

vimiento, el gran doméstico aprovechó para presentarse en Moglenas, apoderarse de Sarraceno, a quien mató inmediatamente, y convertir en ruinas de una vez por todas esta plaza fuerte. Bohemundo, por su parte, salió de Castoria y marchó a Larisa con la intención de invernar allí.

2. Como decíamos, el soberano se puso en acción nada más llegar a la capital, de acuerdo con su carácter resuelto y enemigo de la inactividad. Pidió, entonces, al sultán[23] tropas que estuvieran al mando de jefes con larga experiencia. Este envió siete mil hombres al mando de jefes totalmente experimentados entre los que estaba Camires, que superaba a los demás en edad y experiencia. En tanto el emperador tomaba y ultimaba estas medidas, Bohemundo, destacando una parte de su propio ejército, mandó por delante algunos catafractos celtas que tomaron Pelagonia,[24] Tricala y Castoria de una vez. Enseguida apareció Bohemundo en Tricala con la totalidad de su ejército; desde allí despachó un destacamento, todos ellos valientes guerreros, que al primer asalto se apoderó de Tzibisco.[25] Luego, en el día del gran mártir Jorge,[26] llegó con todas sus fuerzas a Larisa y, tras rodear sus murallas, les puso sitio.

3. El gobernador de esta ciudad, León Cefalas, hijo de un servidor del padre del soberano, llevaba seis meses resistiendo a las máquinas de Bohemundo. Entonces, informó al soberano por una carta de este ataque. Pero él, a pesar de sus ardientes deseos, no emprendió inmediatamente la marcha hacia el lugar donde estaba Bohemundo y retrasó su partida hasta tener reunidos más mercenarios. Una vez estuvieron todos fuertemente armados, salió de Constantinopla. Tras llegar a las proximidades de Larisa, atravesó el monte Celia, abandonó el camino público a la derecha y el monte llamado por los lugareños Cisabo y descendió a Ezebán, una aldea válaca[27] que se encuentra muy cerca de Andronia.

23. Suleimán (ver III XI.1).

24. Entre Ostrobo y Diabolis.

25. En Tesalia, a una corta distancia de Tricala.

26. 23 de abril de 1083.

27. Los válacos son poblaciones romanizadas situadas en el este de Europa. Son los antecedentes de los actuales rumanos.

Desde allí llegó a una nueva población habitualmente conocida como Plabitza, que se halla relativamente cerca del río denominado (...), donde mandó instalar su campamento, tras excavar un foso considerable. De allí levantó el campo el emperador y partió hacia los jardines de Delfinas y nuevamente de allí hacia Tricala.

4. Entonces se presentó ante el soberano el portador de una carta de León Cefalas, a quien ya nos hemos referido anteriormente, que se expresaba con mucha franqueza en los siguientes términos: «Debéis saber, Majestad, que hasta ahora he conservado a salvo la ciudad gracias a mi gran empeño. Incluso cuando nos faltaron los alimentos permitidos a los cristianos, recurrimos a los prohibidos. Pero ahora carecemos hasta de estos. Si os dais prisa, pues, en aportar vuestros refuerzos y conseguís poner en fuga a los sitiadores, daríamos gracias a Dios. De lo contrario, yo ya he cumplido con mi deber y doblegándonos ante lo inevitable (¿qué se puede hacer contra la naturaleza y su poderío?), tenemos la determinación de entregar la plaza a los enemigos que nos presionan y que a todas luces nos están ahogando. Si esta calamidad llegase a suceder, ojalá se me maldiga. Pero me atrevo a decir con toda franqueza que si no os dais prisa para apartarnos del peligro ahora que ya no podemos afrontar las enormes penalidades de la guerra y del hambre, si Vos, nuestro emperador, aun pudiendo ayudarnos, no apresuráis el envío de socorro, seríais el primero en no libraros de la acusación de traidor».

5. El soberano se dio cuenta de que se imponía derrotarlos de algún otro modo. Por ello se metió en cálculos y reflexiones. En efecto, se pasó el día entero examinando las maneras de tender emboscadas e invocando el nombre de Dios en su auxilio. Mandó llamar, por consiguiente, a un anciano de Larisa y lo estuvo interrogando sobre las características del lugar. Mientras recorría con su mirada el lugar, señalaba con su dedo determinados puntos, sobre los que preguntaba concienzudamente si eran escarpados o estaban cubiertos de espesas malezas. Se informaba sobre Larisa con la intención de tender una emboscada a los latinos y derrotarlos mediante el engaño. El enfrentamiento abierto y frontal lo tenía descartado desde antes porque en sus muchos enfrentamientos había sido vencido y porque había adquirido experiencia sobre el modo de combatir de los francos.

6. Cuando el sol se ocultó, el emperador, agotado por el trabajo de todo un día, se fue a dormir. Tuvo entonces un sueño en el que parecía hallarse dentro del sagrado templo del gran mártir Demetrio y oír una voz que decía: «No te apenes ni te angusties, mañana vas a vencer». Creía que la voz surgía de uno de los iconos colgados en el templo y en el que figuraba pintada la imagen del gran mártir Demetrio. Cuando despertó, se alegró de la profecía que había oído en sueños, invocó al mártir y le prometió que iría a su templo, si lograba arrebatar la victoria a sus enemigos. Asimismo, le prometió que desmontaría del caballo a una gran distancia de la ciudad de Tesalónica y marcharía a pie en peregrinación.

7. Tras convocar a generales, jefes y a todos sus parientes, comenzó la reunión pidiendo la opinión de cada uno. Luego, les comunicó su plan. Según este, confiaba todos los batallones a sus allegados, de manera que los comandantes en jefe fueron Nicéforo Meliseno, Basilio Curticio y el llamado Yoanaces, hombre de ilustre linaje y célebre por su valentía y conocimientos militares que era originario de Adrianópolis. No solo les entregó el mando de las tropas, sino también todas las insignias imperiales. Les impartió sus órdenes, que consistían en disponer la formación según el esquema que él había seguido en anteriores combates con la instrucción de sondear primero mediante escaramuzas la vanguardia de los latinos. Luego, debían atacarlos en masa entre gritos de guerra y, tras avanzar en formación cerrada y llegar al enfrentamiento, debían volver la espalda a los latinos y fingir una huida a la desbandada en dirección aparentemente a Licostomio.[28] Mientras el emperador detallaba estos puntos, se pudo oír de repente el relincho de todos los caballos del campamento. Todos quedaron estupefactos ante este hecho, sin embargo, pronto el emperador y los más perspicaces llegaron a la conclusión de que era un buen augurio.

8. Tras darles estas instrucciones, los dejó situados a la derecha de la ciudad de Larisa y, después de esperar hasta la puesta de sol, ordenó que algunos valientes guerreros lo siguieran para atravesar el desfiladero de Libotanio, bordear Rebenico y llegar a través del

28. En las cercanías de Tricala.

lugar llamado Alage[29] a la parte izquierda de Larisa. Una vez examinadas las características del lugar y consciente de que ese sitio era lo suficientemente bajo, se quedó allí con sus hombres para tender la emboscada. Los jefes de las tropas romanas, cuando el emperador, como hemos dicho, se disponía a cruzar el desfiladero de Libotanio apresurándose a tender su emboscada, seleccionaron un destacamento de las tropas romanas y lo enviaron contra los celtas a fin de atraerse sobre ellos su atención e impedirles disfrutar de una tregua que les permitiera descubrir adónde iba el emperador. Los soldados bajaron a la llanura, atacaron a los celtas y soportaron el combate durante largo tiempo, hasta que la noche no les permitió continuar luchado. Por su parte, el emperador, cuando llegó al lugar proyectado, ordenó que todos desmontasen de los caballos. Los hombres pasaron el resto de la noche sentados sobre sus piernas, manteniendo las riendas en las manos. También el emperador con las riendas en las manos se mantuvo así toda la noche, apoyado en una germandria que había encontrado casualmente en el lugar.

VI. Alejo obtiene una victoria gracias a su astucia

1. Cuando salió el sol, Bohemundo, al ver los batallones de los romanos alineados en falanges, las insignias imperiales, las lanzas tachonadas de clavos de plata y los caballos con las purpúreas gualdrapas imperiales, preparó lo mejor que pudo sus tropas para la batalla. Dividió en dos las fuerzas y, mientras él se puso al frente de una parte, dio el mando de la otra a Brienio,[30] un latino de noble linaje que también era llamado condestable. Por tanto, tras disponer así sus propias fuerzas, volvió a actuar del modo habitual y cayó frontalmente contra la formación de los adversarios con la fuerza

29. Libotanio está al oeste de Larisa; Rebenico, al sudeste, y Alage, en el entorno de Larisa. Todos en Tesalia.

30. Conde de Brienne, condestable de Apulia. La adaptación del nombre francés al griego hecha por Ana Comnena lo convierte en idéntico al de la familia Brienio bizantina.

de un huracán, creyendo que el soberano estaba allí donde veía las insignias imperiales. Cuando los soldados romanos, tras una corta resistencia, volvieron la espalda, se lanzó él impetuosamente en su persecución, tal como hemos descrito en ocasiones anteriores. El emperador, a su vez, cuando vio que sus tropas habían cubierto una distancia suficiente en su huida y que Bohemundo perseguía impetuosamente a las tropas romanas, y cuando calculó que Bohemundo estaba ya a bastante distancia de su campamento, montó a caballo, dio igual orden a sus hombres y llegó hasta el campamento de Bohemundo. Una vez en él, mató en gran número a los latinos que iba encontrando y se apoderó del botín. Luego, se quedó observando a los perseguidores y a los fugitivos.

2. Al darse cuenta de que la fuga emprendida por los romanos era caótica y de que Bohemundo los perseguía junto con Brienio, que iba tras él, llamó al denominado Jorge Pirro, un arquero de fama, al que ordenó junto con un numeroso destacamento de valientes peltastas que se lanzaran rápidamente tras Brienio y que, cuando le dieran alcance, no trabaran combate cuerpo a cuerpo, sino que disparasen a distancia ininterrumpidamente sus dardos contra los caballos. Así pues, cuando estuvieron cerca de los celtas, comenzaron a derribar caballos con una densa nube de dardos destinados dejar a los jinetes impotentes contra el enemigo. Efectivamente, cualquier guerrero celta muestra un ímpetu y una apariencia terribles si va a caballo; pero, una vez desmontado del caballo, se convierte en un ser indefenso y radicalmente distinto al de antes, como si hubiera perdido su salvaje aliento, en parte por el tamaño de su escudo, en parte por las espuelas de su calzado y su paso torpe. El conocimiento que tenía el emperador de estos defectos, creo fue lo que lo impulsó a ordenar que mataran a los caballos y no a los jinetes.

3. Conforme iban cayendo los caballos de los celtas, los hombres de Brienio rodaban por tierra. La gran confusión que se produjo levantó una columna de polvo amplia y densa que subía hasta las nubes a tan gran altura que fue comparada con las tinieblas opacas que cayeron antiguamente sobre Egipto.[31] La misma densidad de la polvareda impedía

31. *Éxodo*, XIII 20-22. Referencia a la columna de humo que ocultó a los israelitas

la visión a los latinos y evitaba que supieran la causa y los autores de estos flechazos. Brienio mandó tres emisarios latinos a Bohemundo y le comunicó todo. Estos le dieron alcance en un islote del río llamado Salabria[32] en compañía de unos pocos celtas y comiendo uvas, mientras se vanagloriaba con un detalle arrogante que hasta hoy se parodia y se cita. Repetía con su pronunciación bárbara del término «licostomio»:[33] «He arrojado a Alejo a la boca del lobo». Pues la arrogancia se caracteriza por desviar la atención de la gente no ya de lo que está ante la vista, sino incluso de lo que está a sus pies.

4. Tras oír los informes de Brienio y reconocer la treta y la victoria obtenida por el soberano gracias a su estratagema, como es natural, montó en cólera; pero no quedó abatido, habida cuenta de su temperamento. Destacó, pues, algunos catafractos celtas de sus tropas, que ascendieron a una colina situada frente a Larisa. Al verlos, el ejército romano empezó a presionar vivamente para atacarlos, pero el soberano los disuadió de este propósito. Sin embargo, un numeroso grupo formado por toda clase de soldados mezclados de diferentes cuerpos ascendieron para atacar a los celtas. Estos, a su vez, no tardaron en lanzarse sobre aquellos y mataron hasta quinientos. Después, el emperador, previendo el lugar por donde iba a pasar Bohemundo, envió un destacamento de valientes soldados junto con unos cuantos turcos al mando de Migideno. Tan pronto como estuvieron próximos a él, Bohemundo se arrojó contra ellos y tras vencerlos, los persiguió hasta el río.

VII. Alejo logra que Bohemundo parta hacia Italia

1. Al amanecer del día siguiente, Bohemundo atravesó el citado río en unión de sus condes y de Brienio mismo. Contempló un lugar pantanoso en los alrededores de Larisa y se tropezó con una llanura boscosa limitada por dos montañas a la que daba acceso un estre-

32. Río Peneo de Tesalia. También llamado Salamiria. Atraviesa el valle de Tempe.

33. «Licostomio» significa en griego «boca del lobo».

cho paso («clisura»[34] lo llaman), denominado Palacio de Doménico. Atravesó este paso y fijó allí su campamento. Al día siguiente, al alba, le dio alcance con todo su ejército el falangarca[35] Miguel Ducas, mi tío materno, persona célebre por su inteligencia, que superaba en belleza y en estatura no ya a sus coetáneos, sino incluso a los que nunca han existido (todos los que veían a este hombre quedaban estupefactos) y que era el más hábil e incomparable a la hora de prever el futuro, descubrir lo que es urgente y llevarlo a cabo.

2. El soberano le había ordenado que no entrasen todos por la boca del desfiladero y que situara en el exterior el grueso de sus fuerzas. A continuación, debía escoger a algunos turcos y sármatas que fueran expertos arqueros, que podrían penetrar a cierta distancia de la entrada, y darles instrucciones para que no utilizasen más armas que sus flechas. Tras entrar en el desfiladero y mientras cargaban contra los latinos, los que quedaron fuera empezaron a discutir ansiosamente unos con otros sobre quién debía entrar por la boca del desfiladero. Pues Bohemundo, al que le sobraban conocimientos de estrategia, había ordenado a sus hombres que formaran una línea compacta de escudos y que se cubrieran con estos sin moverse. El protostrátor,[36] al ver que sus hombres poco a poco se iban deslizando al interior del desfiladero, optó por entrar también él. Cuando Bohemundo los vio, «se alegró como un león que encuentra una gran presa»,[37] habríamos dicho al modo homérico, y «así también al ver él con sus ojos» a estos y al protostrátor Miguel, arremetió con todas sus tropas con un incontenible ataque. Los romanos volvieron enseguida la espalda.

3. Uzás, que llevaba ese nombre a causa de sus orígenes,[38] célebre por su valentía, que sabía «manejar a derecha e izquierda la seca piel de

34. Ver III IX.3, nota 21,

35. Otra denominación para un comandante en jefe o general.

36. Cargo a la vez militar y palatino equivalente a un comandante en jefe.

37. *Il.*, III 23.

38. Pertenecía al pueblo de los uzos, emparentados con los hunos y los escitas.

los bueyes»,[39] según Homero, cuando salía de la boca del desfiladero, con una ligera inclinación a la derecha se volvió impetuosamente y acometió al latino que venía de frente. Este cayó enseguida a tierra, donde quedó tendido. Bohemundo, a su vez, los persiguió hasta el río Salabria. Durante su huida, el citado Uzás hiere de un lanzazo al alférez de Bohemundo y le arrebata la enseña de las manos. A continuación, la ondeó un poco y la inclinó hacia adelante. Esta inclinación de la enseña desde una previa posición erguida provocó confusión entre los latinos y los impulsó a huir por un nuevo camino que los condujo hasta Tricala, ya en poder de algunos de los hombres de Bohemundo que huían hacia Licostomio. Una vez en su interior, se instalaron y desde este sitio partieron posteriormente hacia Castoria.

4. El emperador partió de Larisa y llegó a Tesalónica, actuando como suele hacerlo su carácter en semejantes circunstancias. Envió rápidamente a los condes que acompañaban a Bohemundo emisarios que les transmitirían las magníficas promesas del emperador, si reclamaban a Bohemundo las pagas que les debía de acuerdo con lo que les había prometido. En el caso de que no pudiera satisfacer estos pagos, harían bien en convencerlo para que acudiera a la costa e hiciera personalmente la travesía a fin de pedir a Roberto el dinero de sus sueldos. Si lograban que Bohemundo actuara de esa manera, todos disfrutarían de grandes honores e innumerables beneficios. Finalmente, cuantos de ellos quisieran servirlo serían acogidos previa remuneración con agrado y se les entregaría una paga acorde a sus deseos. Por otro lado, aquellos que quisieran regresar a sus hogares, podrían pasar sin problemas por Hungría.

5. Cediendo, así pues, a las propuestas del emperador, los condes reclamaban sin compasión las pagas de los cuatro años transcurridos. Ante la imposibilidad de cubrir estos pagos, Bohemundo dilató su entrega durante un tiempo. Ellos, a su vez, insistían formulando sus justas peticiones. Sin saber qué hacer, dejó a Brienio allí mismo para la defensa de Castoria y a Pedro Alifa para la de Polobos y marchó a Aulón. Cuando el emperador se hubo enterado de su partida, retornó victorioso a la emperatriz de las ciudades.

39. *Il.*, VII 238. La «seca piel de los bueyes» es el escudo.

VIII. El asunto de Juan Italo. Precedentes[40]

1. A su llegada encontró también las cuestiones eclesiásticas sumidas en la confusión y no pudo gozar ni de un breve instante de reposo. Siendo como era una persona tan apostólica, aunque tenía intención de marchar contra Brienio (el celta que ocupaba Castoria, como hemos contado), al hallarse con una iglesia agitada por las opiniones de Italo, prestó atención a la defensa del dogma aun en tan críticas circunstancias. Efectivamente, las doctrinas de Italo habían dado un enorme fruto en aquella época conturbando la paz de la iglesia. Dicho Italo (debernos explicar lo que a él afecta desde el principio) era originario de Italia y pasó largo tiempo en Sicilia, una isla próxima a Italia. Cuando los sicilianos se rebelaron contra el Imperio de los romanos y se plantearon hacerle la guerra, recurrieron a la alianza con los italianos, entre quienes se encontraba el padre de Italo y su propio hijo, que, a pesar de no tener edad militar, lo acompañaba, brincando a su lado y educándose en las artes de la guerra al estilo de los italianos. Así tuvo Italo las primeras experiencias de su vida, y ese fue el primer fundamento de su educación.

2. Cuando durante el reinado de Constantino Monómaco[41] el famoso Jorge Maniaces[42] usurpó Sicilia y se erigió en su dueño, el padre de Italo a duras penas logró escapar con su hijo de la isla y ambos se encaminaron como fugitivos a Longibardía, que aún estaba en poder de los romanos. Desde allí nuestro personaje, no sé cómo, llegó a Constantinopla, que no sufría carencias en ningún aspecto de la cultura ni de las artes literarias. En efecto, desde el reinado de Basilio Porfirogéneto[43] hasta el de Monómaco, el cultivo de las letras, a pesar de ser descuidado por la gente, no se había perdido del todo y, por ello, en tiempos del soberano Alejo las letras volvieron a florecer y los lite-

40. Uno de los puntos del programa de gobierno de Alejo Comneno dentro del propósito de restauración de la integridad imperial era la lucha contra las herejías y las doctrinas opuestas a la ortodoxia.

41. Constantino IX Monómaco (1042-1055).

42. Ver I V.2, nota 23.

43. Basilio II (976-1025).

ratos se dedicaron de nuevo a cultivarlas. Antes de él, la mayoría de la gente vivía en la molicie, los hombres se divertían, se entretenían con las codornices[44] y otros juegos más degradantes a causa de su molicie y relegaban las letras y toda cultura científica a un lugar secundario.

3. Así eran, pues, los hombres que entonces había y con los que se encontró Italo. Después de relacionarse con estudiosos sin sensibilidad y de carácter incivilizado (por aquel tiempo había personajes de tales características en la capital), de quienes asimiló, sin embargo, la cultura literaria, pasó a ser seguidamente discípulo del célebre Miguel Pselo.[45] Este, sin haber tenido trato alguno con sabios maestros, se había encumbrado a la cima de todos los saberes, con exactos conocimientos incluso de la sabiduría griega y caldea,[46] hasta convertirse en un personaje famoso en aquella época por su saber. Todo esto lo consiguió gracias a su hábil natural, a su aguda inteligencia y a que había contado también con la ayuda de Dios en sus estudios gracias a las ardientísimas súplicas de su madre, que rezaba continuamente ante el venerado icono de la Madre de Dios del templo de Ciro y que oraba con cálidas lágrimas por su hijo. Así pues, aunque Italo fuera su discípulo, desde el primer momento se alineó en contra del propio Pselo. Por su carácter rudo y bárbaro

44. La caza de las codornices, se sobreentiende.

45. Constantino (Miguel) Pselo es uno de los intelectuales más relevantes de la historia bizantina. Nació en 1018 y murió en 1078. Ocupó importantes puestos en el gobierno del Imperio a lo largo de tres dinastías. Fue profesor de filosofía y retórica en la Universidad Imperial de Constantinopla. Escribió sobre teología, derecho, filología, arqueología, historia, alquimia, matemáticas, medicina, etc., e inspiró el renacimiento intelectual en época de los Comneno. Como filósofo, orientó su pensamiento en la corriente neoplatónica. Su obra más conocida es la *Cronografía,* mezcla de memorias y de libro de historia donde narra sus experiencias en la política.

46. En principio, por Caldea se entiende en la Antigüedad grecolatina una zona que abarcaba el centro de Mesopotamia con capital en Babilonia y llegaba hasta la costa del Golfo Pérsico. La sabiduría caldea hace referencia a una tradición que parte de los comentarios escritos en griego a un antiguo poema de contenido oracular muy diverso y que se creía tenía origen en Caldea, pero que parecen haber nacido en Alejandría y haber sido redactados durante el Bajo Imperio Romano. Esos comentarios presentaban un sincretismo de doctrinas neoplatónicas con doctrinas egipcias, persas y babilónicas.

no pudo acceder a las profundidades de la filosofía, puesto que no soportaba nada durante las clases, porque estaba repleto de soberbia y de bárbara insensatez y porque creía que superaba a todos incluso antes de haber estudiado. Cuando consiguió profundizar en la dialéctica, provocaba altercados a diario en las reuniones ante el público con sus banalidades sofísticas, al hacer todas las proposiciones en esa línea y sostenerlas a su vez con argumentaciones del mismo estilo.

4. El entonces emperador Miguel Ducas y sus hermanos se volvieron asiduos a este hombre, al que ponían en segundo lugar tras Pselo y al que, sin embargo, protegían y aprovechaban para sus debates humanísticos. Pues los Ducas, tanto los hermanos del soberano como el mismo emperador Miguel, eran muy amantes de las Humanidades. Italo, por su parte, tenía su encendida y furibunda atención puesta sobre Pselo, si bien este, como un águila, sobrevolaba por encima de las banalidades de Italo.

5. ¿Qué fue lo que pasó después? Cuando los odios de latinos e italianos[47] se revolvían contra los romanos con la pretensión de dominar toda Longibardía así como Italia,[48] aquel emperador despachó hacia Epidamno a Italo por ser orignario de Italia, tener fama de honesto y ser conocedor del carácter de los italianos. En fin, y para abreviar, allí fue sorprendido traicionando nuestros intereses por lo que se envió al hombre encargado de expulsarlo de allí. Al enterarse de su llegada, emprendió camino hacia Roma como fugitivo. Luego, tal como era él, se arrepintió y tras suplicar el perdón del emperador, por orden suya volvió a Constantinopla, donde se retiró al monasterio llamado de la Fuente y a la iglesia de los Cuarenta Santos. Cuando Pselo se trasladó de Bizancio tras su tonsura, quedó él como primer maestro de toda filosofía con el cargo de cónsul de los filósofos[49] y se dedicó a explicar las obras de Aristóteles y de Platón.

47. Normandos e italianos.

48. El dominio bizantino sobre Italia finalizó en 1071, cuando los normandos se apoderaron de Bari, la última plaza fuerte bizantina en Italia.

49. En griego ὕπατος τῶν φιλοσόφων. Su traducción más directa sería algo así como «el supremo de los filósofos». Tradicionalmente, se ha venido traducien-

6. Era muy erudito, al parecer, y hábil como ningún otro hombre en explorar la complejísima doctrina peripatética, especialmente, la dialéctica. Pero respecto a las otras artes humanísticas no era ni mucho menos un entendido. Más bien cojeaba en el arte de la gramática y no gustaba del néctar de la retórica. Por ello, tampoco tenía un lenguaje armonioso ni bellamente trabajado. Además poseía un estilo rudo y completamente falto de adorno. Su discurso no hacía sino fruncir el entrecejo y despedir acritud por todos lados. Sus escritos estaban repletos de irrupciones dialécticas y su expresión en las disputas estaba repleta de argumentos silogísticos, más en las conversaciones que en los escritos. Tan fuerte era en sus argumentaciones y tan irrefutable, que quien le replicaba automáticamente caía en la impotencia y era reducido al silencio. A cada uno de los dos lados de la cuestión horadaba un agujero y arrojaba al interlocutor en un pozo de dificultades, ya que su experiencia dialéctica conturbaba la mente de este. Quien se tropezaba una vez con él era incapaz de atravesar sus laberintos.

7. Por otro lado, era el más grosero. Su cólera lo dominaba, y cualquier virtud que adquiriera gracias a las letras, esa cólera la destruía y borraba. Este hombre discutía con palabras y manos, no permitía que el interlocutor llegara por entero a la falta de argumentos, ni le era suficiente coser la boca al oponente y condenarlo al silencio, sino que su mano pronto caía sobre la barba y los cabellos, y enseguida a un insulto le sucedía otro insulto. Era incapaz de refrenar las manos y la lengua. Solo tenía como característica impropia de un filósofo que tras la paliza cesaba su cólera, lo dominaba el llanto y caía en un evidente arrepentimiento.

---

do como «cónsul de los filósofos» de la Universidad Imperial de Constantinopla. Esta institución fue fundada por Teodosio II en 425 d. C. y recibió el nombre de «Pandidakterion» [Πανδιδακτήριον], esto es, «el lugar donde se enseña todo». Originalmente, incluía treinta y una cátedras (quince en latín y dieciséis en griego) de leyes, filosofía, medicina, aritmética, geometría, astronomía, música, retórica, etc. Bajo el reinado de Constantino IX Monómaco, la Universidad fue reformada y se dividió en dos escuelas, la Escuela de Leyes y el Gimnasio. En la primera se impartían enseñanzas destinadas a futuros jueces, funcionarios y abogados. En el segundo, se impartía el resto de las disciplinas. El director de este último era el «cónsul de los filósofos».

8. Por si a alguien le gustase saber de su aspecto, diré que su cabeza era grande; su frente, prominentísima; su rostro, expresivo; su nariz exhalaba el aire con soltura y libertad, la barba era redonda; el pecho, ancho, y fuertes los miembros. En cuanto a su estatura, era más bajo de lo normal. En su forma de hablar mostraba las trazas de quien había arribado a nuestra tierra procedente del mundo latino durante su juventud. Por ello, aunque había logrado aprender la lengua griega, carecía de una correcta pronunciación y en ocasiones se expresaba mutilando bastante las sílabas. Ni la torpeza de su articulación, ni su extremada incorrección pasaban inadvertidas a la gente, y era tomado por un campesino debido a su modo de hablar entre las personas más formadas en la retórica. En suma, sus escritos estaban constreñidos por los tópicos dialécticos en todos lados y no escapaban en absoluto de la fealdad del desorden y de abundantes solecismos.

IX. Juan Italo es anatematizado

1. Por consiguiente, aunque este estuviera al frente de toda filosofía y la juventud acudiera junto a él (porque les revelaba las opiniones de Proclo y Platón, las de los filósofos Porfirio y Yámblico[50] e instruía especialmente, a quienes lo deseaban, en las doctrinas y obras de Aristóteles, como si tuvieran la utilidad de un instrumento, conocimientos todos que daban pie a su vanidad y en los que invertía su tiempo), no fue capaz de ser útil a sus discípulos a causa del obstáculo que suponían su cólera y su carácter inestable.

2. Contempladme a sus alumnos. Juan Salomón, un Yasites, un Serblias[51] y otros, que quizás hicieran grandes esfuerzos por aprender. Durante las visitas que la mayor parte de ellos hacían a palacio,

50. Proclo, Porfirio y Yámblico son filósofos neoplatónicos que vivieron entre los siglos III y V d. C.

51. De estos personajes, el más relevante es Constantino Yasites, al parecer marido de Eudocia, hermana de Ana Comnena. Juan Salomón reaparecerá en XII V de *La Alexíada*.

llegué a comprobar que no tenían ningún conocimiento científico exacto, que fingían ser dialécticos recurriendo a giros desordenados y ciertas metáforas erráticas en sus formas, que, sin saber nada sano, proponían ideas como la metempsícosis, aunque algo veladamente, y algunos otros horrendos planteamientos próximos a aquellos.

3. ¿Y qué persona que fuera culta no estaba presente mientras la sagrada pareja se daba al estudio de las Divinas Escrituras durante toda la noche y todo el día? Me refiero a mis padres y emperadores. Daré una pequeña explicación marginal porque la ley de la retórica me lo permite. Recuerdo que mi madre y emperatriz, cuando estaba servida la comida, llevaba frecuentemente un libro en sus manos, en el que estudiaba las doctrinas de los santos padres que fijaron el dogma y, en especial, del filósofo y mártir Máximo.[52] Había dirigido su atención no tanto a las cuestiones de la naturaleza, como a los dogmas, en los que deseaba recoger el fruto de la auténtica sabiduría. Muchas veces sentía nacer en mí la admiración por ella y admirada, precisamente, le dije en una ocasión: «¿Cómo has podido apartar la atención de aquí abajo y mirar hacia cosas tan sublimes? Yo tiemblo de pensar solo en oír con el borde de mis orejas esas doctrinas. Dicen que el carácter extremadamente contemplativo y conceptual de ese autor provoca vértigo a los lectores». Ella, con una sonrisa, dijo: «Sé que esa cobardía es encomiable. Tampoco yo me acerco sin temblar a estos libros. Sin embargo, no puedo desprenderme de ellos. Aguarda, pues, un poco y dedícate primero a otros libros para poder disfrutar luego con la dulzura de estos». Los recuerdos han herido mi corazón y me han arrojado a un cúmulo de nuevas digresiones, pero las exigencias del género histórico me apartan de esos propósitos. Por lo tanto, hagamos que retorne nuestra obra al asunto de Italo.

4. Mientras Italo estaba en el punto álgido de su prestigio entre los citados discípulos, se comportaba con todos despectivamente y alentaba a la masa de los insensatos a la rebelión, entre los que se contaban no pocos de sus propios alumnos. Podría citar a muchos,

52. Máximo el Confesor (ca. 580-662) se enfrentó a dos herejías, el monotelismo y el monofisismo. Sus posturas lo llevaron al enfrentamiento con el emperador Constante II (641-668), y murió mártir.

si no fuera porque el tiempo me ha arrebatado la memoria. Con todo, esta confusión provenía de la época previa al ascenso de mi padre a la dignidad imperial. Al encontrarse con que todo carecía de cualquier clase de cultura y de formación humanística por haber estado olvidado anteriormente el cultivo de las letras, se apresuró a remover las cenizas por si hubiera oculta aún alguna chispa bajo ellas. Prohibió a todos los estudiosos (eran unos pocos y se quedaban en el vestíbulo de Aristóteles) que avanzasen en el estudio a menos que hicieran preceder a la cultura griega[53] su conocimiento de los libros sagrados.

5. Como se encontró con que Italo iba provocando tumultos por donde pasaba y que engañaba a mucha gente, encargó al sebastocrátor Isaac, que era un hombre muy amante de las letras y muy instruido, que inspeccionara sus actividades. Este, cuando comprobó que Italo respondía a lo que se comentaba de él, lo presentó públicamente y refutó sus argumentaciones. Luego, según la orden de su hermano y emperador, lo remitió a la Iglesia. Como no era capaz de encubrir su incultura, allí mismo vomitó opiniones ajenas a la Iglesia sin cesar de hacer el ridículo en medio de los notables de la Iglesia y con un comportamiento propio de su carácter bárbaro y maleducado. El patriarca en aquellos momentos era Eustracio Garidas, quien lo recluyó en las dependencias de la gran iglesia con la intención quizás de que cambiase de parecer. Pero, como se decía, poco faltó para que él compartiese sus perversiones antes de que hubiera podido transmitirle las creencias correctas, y para que Italo se ganara por entero a Garidas.

6. ¿Qué fue lo que pasó? El pueblo entero de Constantinopla se movilizó en masa para acudir a la iglesia en busca de Italo. Pronto hubiera sido arrojado de lo alto de las tribunas al centro de la iglesia, de no haber subido a escondidas al techo de ese divino templo y haberse ocultado en un agujero. Como sus malas doctrinas las difundían secretamente muchos de los que frecuentaban el palacio, como no pocos notables habían siclo corrompidos por esas doctrinas perniciosas y como el alma del emperador se desgarraba enormemente

53. La cultura griega es la tradición cultural helénica previa al cristianismo.

por culpa de esta situación, mandó resumir en once principios las opiniones incorrectas de Italo que le fueron enviadas al emperador. A continuación, el soberano ordenó a Italo que renunciara a estos principios en el ambón de la gran iglesia, con la cabeza descubierta y repitiendo el anatema, mientras el pueblo en pleno escuchaba.

7. En suma, dado que esos acontecimientos tuvieron lugar, que Italo se comportaba de forma violenta y que abiertamente volvía a manifestar ante la gente semejantes conceptos, descolgándose con réplicas impertinentes y bárbaras ante las exhortaciones del emperador, acabó por ser anatematizada también su persona, si bien, posteriormente, en razón de su arrepentimiento, este anatema se aligeró un tanto. Sus doctrinas a partir de ese momento están bajo el anatema. Sin embargo, su nombre está bajo el anatema de la Iglesia de un modo indirecto, oculto y no conocido por la gente. Pues, en efecto, él cambió en tiempos posteriores de opinión y se arrepintió de las creencias que en una ocasión lo habían descarriado. Asimismo, renunció a la metempsícosis, al ultraje de los venerables iconos de los santos y se afanó por realizar una interpretación ortodoxa de la teoría de las ideas. En suma, era evidente que él se condenaba a sí mismo por aquello que había provocado su anterior desviación del camino recto.

LIBRO VI

Final de la guerra con los normandos. Diversos asuntos internos. Turcos y escitas (1083-1086)

I. Recuperación de Castoria

1. Como dijimos anteriormente, Brienio era dueño de Castoria. El soberano, en su afán por expulsarlo y recuperar Castoria, mandó llamar de nuevo al ejército y, tras suministrarles a todos los hombres armas para el asedio y el combate en campo abierto, se puso en camino hacia la plaza fuerte. Esta ciudad presenta la siguiente situación. Hay un lago, el de Castoria, en el que se adentra un promontorio desde tierra cuyo extremo se ensancha hasta terminar en un acantilado rocoso. En ese promontorio hay una edificación constituida por torres y murallas a modo de plaza fuerte, lo que le confiere la denominación de Castoria.[1] Habiendo encontrado allí dentro a Brienio, el emperador juzgó necesario intentar apoderarse primero de las torres y murallas mediante helépolis. Pero como esto no era factible a menos de que los soldados se aproximasen a los muros desde algo parecido a una base de operaciones, antes de nada mandó fijar una empalizada y luego preparó torres de madera, afianzó las junturas con cadenas y se puso a combatir contra los celtas desde estas, como si de una fortaleza se tratase.

2. Después de emplazar helépolis y catapultas por el exterior de las murallas, luchó durante toda la noche y todo el día, y derribó el

1. Una de las etimologías que se aducen para el nombre de la ciudad. Ana Comnena hace derivarlo del término «kastron» [κάστρον], tomado del latín *castrum*, «campamento», y que en griego significa «plaza fuerte», lo que incluye las ciudades amuralladas que existían en aquella época.

recinto de la muralla. Pero los defensores resistían con bastante coraje y no capitulaban, ni siquiera a pesar de tener la muralla derrumbada. Como le era imposible conseguir su objetivo, Alejo concibió un plan tan audaz como inteligente. Combatiría simultáneamente desde ambas partes, desde tierra firme y desde del lago mediante barcos en los que metería a algunos valientes. Como no había barcos, cargó unos botes ligeros en carros y los introdujo en el lago a través de un embarcadero. El emperador veía que los latinos subían con mayor rapidez por el lado del promontorio, mientras que los que descendían por el otro lado necesitaban más tiempo para su descenso. Ordenó, entonces, a Jorge Paleólogo que, una vez embarcado al frente de un grupo de vigorosos guerreros, abordara la base del promontorio y que, cuando viera la señal convenida, ascendiera a su cima por el lado posterior, accediendo a ella a través del camino más solitario y transitable. Cuando viera que el soberano reemprendía el combate contra los latinos desde tierra, también él se apresuraría cuanto pudiera para que no fueran capaces de luchar al mismo tiempo en dos frentes, sino que, al relajar la intensidad de la batalla en una de las partes, fueran derrotados entonces por esa misma parte.

3. Jorge Paleólogo atracó en la base del citado promontorio y aguardó armado en aquel sitio. Situó en lo alto un vigía para otear la aparición de la señal convenida por el emperador. Le ordenó también que nada más verla, se lo hiciera saber. Cuando alboreaba el día, los hombres del soberano lanzaron el grito de guerra y se apresuraron a trabar combate contra los latinos por el lado de tierra. Al percatarse de la señal, el vigía se lo comunicó a Paleólogo mediante otra señal. Este pronto alcanzó junto con sus hombres la cumbre del promontorio, donde se situó en formación cerrada.

4. Brienio no se rendía aunque viera que estaba siendo asediado al otro lado de sus murallas y que Paleólogo rugía amenazadoramente contra los defensores. Por el contrario, animaba a los condes para que ofreciesen mayor resistencia. Pero ellos, dirigiéndose a él sin ningún reparo, le dijeron: «Estás viendo cómo a una desgracia le sucede otra desgracia. Así pues, es lícito que cada uno de nosotros se preocupe a partir de ahora de su propia salvación y que unos nos

pasemos al emperador y otros regresemos a nuestra patria». Poniendo enseguida manos a la obra, solicitaron al emperador que colocara uno de sus estandartes junto al templo del gran mártir Jorge (esta iglesia había sido construida hacía tiempo y estaba dedicada al mártir) y otro en dirección a Aulón, para que «todos aquellos de nosotros que quieran ser vasallos de Vuestra Majestad acudan al estandarte que está vuelto hacia el templo del mártir y cuantos quieran regresar a su propia patria se dirijan hacia el que mira a Aulón». Tras decir esas palabras, se encaminaron enseguida hacia donde estaba el emperador. En cuanto a Brienio, que era un guerrero valeroso, se negaba rotundamente a cambiar de bando, pero juró no alzar nunca sus armas contrā el soberano, solo con que le cediera una escolta que debería preservarlo del peligro hasta llegar a las fronteras del Imperio de los romanos y tener así paso franco hacia su país. El soberano satisfizo con suma celeridad su petición y regresó a Bizancio como un muy ilustre vencedor.

II. El emperador acaba con la secta de los paulicianos[2]

1. Interrumpo aquí el desarrollo de mi obra para contar cómo sometió también a los paulicianos. No soportaba el no haber sometido a estos rebeldes antes de su regreso al Palacio Imperial. Y así, como si una victoria fuera el anuncio de la otra, consiguió que la turba de los maniqueos cerrase el ciclo de sus hazañas. Tampoco era posible que aquellos descendientes de los maniqueos fueran como una mancha

2. Ana Comnena identifica como iguales a los paulicianos y los maniqueos. Si bien aquellos derivan de los segundos, presentan diferencias. Su nombre parece provenir de la especial veneración que sentían hacia el apóstol Pablo, aunque hay otras teorías, como la que achaca su nombre a los fundadores, Pablo y Juan, hijos de la maniquea Calínice. La secta apareció en Armenia en el siglo VII. Debido a su actitud hostil hacia el Imperio, Basilio I los deportó desde Armenia hasta Filipópolis, en Tracia. Distinguían entre el Dios que creó el mundo material y el Dios que creó las almas y está en el cielo. Este último es el que debe ser adorado. Rechazaban el Antiguo Testamento y solo admitían una parte del Nuevo. Igualmente, no aceptaban el culto a las imágenes ni las jerarquías, ni los ritos, ni los sacramentos y se reclamaban como los más puros seguidores del cristianismo primitivo.

en el espléndido triunfo ante los enemigos en Occidente. Su deseo no era conseguir el sometimiento mediante una guerra o una batalla para evitar así que mucha gente de los dos bandos pereciera en el enfrentamiento, ya que sabía desde hacía tiempo que eran hombres muy decididos y que respiraban furor contra sus enemigos. Por todos estos motivos se apresuró a castigar a los cabecillas y sumar los restantes al contingente de sus tropas.

2. Logró, pues, ganárselos mediante el siguiente procedimiento. Habida cuenta de su arrojo y su incontenible ímpetu en combates y batallas, temía que se desesperaran y llevaran a cabo algo peor. Por ahora, vivían tranquilos en sus territorios y aún no se habían dedicado a nuevos pillajes e incursiones. Así pues, los mandó buscar mediante cartas que anunciaban abundantes beneficios si se presentaban en Bizancio. Ellos, por su parte, tenían conocimiento de su victoria sobre los celtas y por ello temían que tal vez las cartas pretendieran embaucarlos con hermosas promesas. Sin embargo, aunque de mala gana, se encaminaron hacia el emperador.

3. El soberano se presentó en Mosinópolis[3] y aguardó en los alrededores fingiendo que permanecía en este sitio por otras causas, cuando de hecho solo esperaba su llegada. Una vez que hubieron llegado, hizo como si quisiera verlos uno por uno para inscribir sus nombres. Se sentó, entonces, con terrible aspecto y mandó avanzar a los jefes de los maniqueos, no juntos, sino en grupos de diez, mientras prometía para el día siguiente la revista general y la entrada en la ciudad una vez que estuvieran inscritos. Tras esto, los encargados de apresarlos, que ya estaban listos, se apoderaron de sus caballos y armas y los encerraron en unas prisiones determinadas. Los grupos que iban apareciendo seguidamente, como tenían un desconocimiento absoluto de lo que se estaba haciendo, entraban ignorando lo que le ocurriría a cada uno.

4. Así fue como los encarceló. Tras confiscar sus bienes, los distribuyó entre aquellos bravos soldados que habían compartido sus fatigas durante las batallas habidas y aquellos peligros. A continuación, la persona encargada de la ejecución marchó para arrojar de

3. En la Macedonia oriental, al norte de Komotiní.

sus casas a las mujeres de aquellos y recluirlas en la acrópolis. El soberano, sin embargo, pronto juzgó a los maniqueos cautivos merecedores de su misericordia. Ninguno de los que decidieron recibir el santo bautismo fue privado de él. En cuanto a los responsables de semejante locura, tras someterlos a toda clase de exámenes, logró identificarlos y los deportó a islas en las que fueron confinados. A los demás los liberó y les dio permiso para que fueran a donde quisieran. Ellos prefirieron la tierra que los vio nacer a otras y pronto volvieron corriendo a ella para rehacer sus vidas lo mejor posible.

III. Alejo comparece ante un tribunal eclesiástico para responder de la confiscación de los bienes de la Iglesia

1. Alejo regresó a la ciudad imperial.[4] No ignoraba las murmuraciones que allí se extendían por calles y esquinas y que herían su corazón al oírlas, ya que, aunque no hubiera realizado ninguna fechoría tan grande, eran múltiples las bocas calumniosas que se abrían en su entorno. En efecto, por la acuciante necesidad y la general turbación ante la penuria del tesoro imperial había dirigido su atención a aquellos recursos, que entendía como préstamos, no como un despojo o como producto insidioso de una mano tiránica, tal como dirían sus calumniadores. Antes bien, tenía la intención de devolver a las iglesias los objetos preciosos que les habían sido arrebatados, una vez hubiera encauzado las guerras pendientes.

2. No soportaba, ya de regreso en la ciudad imperial, dar motivos a los que querían difundir calumnias contra él. Por ello, convocó una gran asamblea en el palacio de Blaquernas con idea de presentarse primero como acusado para defender luego su actuación. Pronto estuvo presente todo el senado, el ejército y los miembros más notables de la jerarquía eclesiástica, quienes esperaban conocer el objeto de esta reunión plenaria. El motivo no era sino el examen de los rumores contra el emperador. También estaban presentes los ecónomos de los sagra-

4. 1 de diciembre de 1083.

dos conventos y se expusieron públicamente los libros (normalmente llamados *brevia),*[5] en los que se hace constar el patrimonio de cada templo. El que en apariencia era juez, el emperador, estaba sentado en el trono imperial, pero en realidad él iba a ser examinado. Se investigaban, en efecto, los bienes donados antiguamente por gran cantidad de gente a los sagrados lugares y arrebatados posteriormente por aquella o por el propio soberano.

3. Una vez demostrado que no se había producido más expolio que los adornos de oro y plata que recubrían el ataúd de la famosa emperatriz Zoe[6] y unos pocos objetos más no muy útiles para la sagrada liturgia, se presentó públicamente a sí mismo como acusado y prometió designar juez de su causa a cualquiera que lo desease. Tras una breve pausa, añadió en otro tono: «Sabéis cuántos peligros me acecharon, hasta casi el punto de caer víctima de una espada bárbara, cuando, al hallar el Imperio acosado por bárbaros de toda especie, me enfrenté con ellos sin capacidad apenas para hacerlo contra los enemigos que nos presionaban. Los pueblos que nos asaeteaban con sus flechas se multiplicaban tanto en Oriente como en Occidente. Estáis al tanto de las incursiones de los persas y los ataques de los escitas, tenéis presentes las agudas lanzas de Longibardía. Las riquezas se habían perdido igual que las armas, y el ámbito de nuestro poderío se centraba en torno al punto indivisible que era Constantinopla. Pero, a su vez, también sois conscientes de cómo el ejército incrementó sus efectivos gracias al reclutamiento general, cómo fue reconstruido y adiestrado. Y bien sabéis todos que todas estas actividades requieren mucho dinero y que los bienes confiscados lo han sido por necesidad, como dijo el célebre Pericles,[7] y se han gastado por nuestro honor.

5. Se trata de los libros de inventario. El término en griego, «brebia» [βρέβια], es una palabra de origen latino, por eso en la traducción recobra la forma original.

6. Zoe murió en el año 1050 con 72 años de edad. Era la segunda hija de Constantino VIII. Se casó con tres emperadores sucesivos, Romano III, Miguel IV y Constantino IX. Reinó junto a Teodora, su hermana, en el año 1042. Finalmente, fue sucedida por su último esposo Constantino IX Monómaco, con quien compartió el trono de 1042 a 1050.

7. Tucídides, II 13; Plutarco, *Vida de Pericles,* 23.

4. Nada de asombroso tiene que parezcamos unos infractores de los cánones para quienes nos censuran. No obstante, oímos decir que incluso David, el rey profeta, cuando se vio reducido a una necesidad parecida a la nuestra, comió los panes sagrados junto con sus tropas, aunque al profano le estuviese prohibido alimentarse con la comida reservada a los sacerdotes.[8] Además, debemos aceptar que los sagrados cánones permiten, entre otras cosas, vender los bienes sagrados para la liberación de los prisioneros. No creo que estemos dando pie a ninguno de nuestros críticos para una acusación razonable si, cuando toda la tierra estaba en cautiverio y cuando todas las ciudades, incluida la propia Constantinopla, corrían el riesgo de convertirse en prisioneras, a causa de tan enormes coacciones echamos mano a unos pocos bienes que ni mucho menos tenían categoría de sagrados, y los empleamos para la libertad de todas esas».

5. Al término de estas palabras, cambió de lenguaje para presentarse a sí mismo como acusado y condenarse. Luego ordenó a sus portadores que abrieran los *brevia* para que se hicieran públicos los bienes confiscados. Enseguida fijó para la tesorería de la iglesia del Antifoneta[9] (allí se encontraba el ataúd de la mencionada emperatriz) una importante cantidad de oro que era satisfecha anualmente por los intendentes públicos, pago que hasta hoy ha permanecido inalterable. Para la iglesia de Calcopracia ordenó dar prioridad a una cantidad anual de oro del tesoro imperial suficiente para quienes cumplen con los himnos en el divino templo de la Madre de Dios.

IV. Desmantelamiento de una conjura. Rebelión del maniqueo Traulo

1. Entre tanto, se descubrió la existencia de una conjura contra el soberano urdida por los notables del senado y los generales del ejérci-

8. I *Reyes,* XXI 1-7; *Mateo,* XII 4; *Marcos,* II 25-26; *Lucas,* VI 3-4.

9. «Antifoneta» es «Salvador». En Constantinopla había tres iglesias dedicadas al Salvador: San Salvador de Cora, San Salvador Pantepoptes y San Salvador Pantocrátor.

to.[10] Esta fue notificada al soberano. Los acusadores comparecieron y denunciaron a los integrantes de esa conjura. Cuando la conspiración salió a la luz e iba a recaer sobre los responsables el grave castigo que señala la ley, el soberano no se mostró dispuesto a infligirlo y decretó solo la confiscación de sus bienes y su reclusión y dejó ahí el castigo de la conspiración. Pero retornemos al punto en el que nos hemos desviado.

2. Coincidiendo con el nombramiento de doméstico por Nicéforo Botaniates, el soberano había aceptado a un maniqueo, Traulo, lo había incluido en el servicio de la familia y, tras dignarlo con el santo bautismo, lo había casado con una de las damas de la emperatriz. Cuando este vio que las cuatro hermanas que tenía eran conducidas a prisión junto con los demás maniqueos y eran despojadas de todas sus propiedades, montó en cólera, ya que no podía tolerar este ultraje, y reflexionó sobre la manera de librarse del servicio al soberano. Su cónyuge, a cuyo conocimiento llegó el plan, cuando vio que estaba a punto de huir, reveló sus intenciones al encargado del asunto de los maniqueos.

3. Traulo se enteró de la actuación de su esposa y entonces hizo venir al atardecer a todos los que habían sido informados anteriormente de su plan secreto. Todos los que estaban unidos a él por algún parentesco acudieron a su lado y se marcharon juntos a Beliatoba,[11] villorrio que se halla en la elevación que domina el valle de Beliatoba. Como lo encontraron deshabitado, lo consideraron propiedad suya y construyeron viviendas. Posteriormente, en sus diarias incursiones desde su cuartel general llegarían a alcanzar hasta nuestra Filipópolis, de donde regresaron tras adueñarse de abundante botín.

4. Pero Traulo, no satisfecho con ello, firmó también tratados con los escitas[12] que moraban en el Paristrio y se atrajo a los jefes de

10. Según otros historiadores bizantinos, a pesar del papel simbólico y nulo desde el punto de vista político del senado, hubo enemistad entre Alejo y los integrantes de la institución. De ahí que muchas de las conjuras contra el emperador tuvieran su origen entre los senadores.

11. Al norte de Filipópolis.

12. Los pechenegos que habitaban entre los Balcanes y el Danubio.

Glabinitza, Dristra[13] y de las zonas vecinas, mientras se comprometía con la hija de uno de los caudillos escitas por su profundo anhelo de perjudicar al soberano con la incursión de los escitas. El emperador, que era informado de esos movimientos día a día, se esforzaba por ganárselo mediante cartas y promesas, adelantándose a los acontecimientos y para evitar los daños que pudiera causar. También le remitió un crisóbulo garantizándole la inmunidad y la libertad plena. Pero el cangrejo no aprendía a andar hacia adelante, y él seguía siendo el mismo de ayer y de antes de ayer. Así pues, persistió en sus intentos por atraerse a los escitas, de cuyos territorios hacía venir más gente, en su labor de pillaje por todas las regiones colindantes.

V. Gracias al apoyo de los venecianos, Roberto sufre varios reveses. Concesiones del emperador a Venecia en agradecimiento e sus servicios

1. Posteriormente, el emperador, que se había tomado la cuestión de los maniqueos como algo secundario, logró reducirlos a la obediencia. Bohemundo, por su parte, aún permanecía en Aulón. Por tanto, vuelva el relato nuevamente a él. Cuando se hubo enterado del final que tuvieron las actividades de Brienio y de los demás condes, de los que unos prefirieron pasar al servicio del soberano, mientras otros estaban dispersos por doquier, inició el viaje y pasó a Longibardía. Encontró a su padre, Roberto, en Salerno, como el relato ha expuesto anteriormente, a quien excitaba continuamente con sus palabras en contra del emperador. Roberto, al ver que él llevaba en su rostro aquella terrible noticia y que las muchas esperanzas que tenía depositadas en él se habían vuelto del revés, igual que una concha manejada por el oleaje, se quedó atónito durante un rato, como herido por un rayo. Cuando se hubo informado de todo y hubo conocido el final que habían tenido sus esperanzas, se vio dominado por el desaliento. Pero ni aun así cayó en reflexiones cobardes, ni indignas de su valor y su audacia. Antes

13. Hoy, Silistra, junto al Danubio.

bien, se daba ánimos para volver a batallar y la cabeza se le llenaba nuevamente de planes y proyectos mayores que los de antes. Pues este hombre era un poderoso defensor de sus decisiones y propósitos personales y no deseaba en absoluto abandonar las resoluciones que había tomado una vez. En suma, era un personaje sin miedos que confiaba en apoderarse de todo al primer ataque.

2. Tan pronto como hubo puesto en orden los sentimientos de su corazón y se hubo recuperado de su gran desaliento, envió emisarios en todas direcciones con el anuncio de una nueva travesía hacia el Ilírico en contra del emperador. Pronto estuvo reunida una muchedumbre de soldados de caballería e infantería procedentes de todos los puntos, todos brillantemente armados y con sus anhelos puestos en el combate. De la muchedumbre habría dicho Homero: «Van como enjambres de densas abejas».[14] Acudían tanto desde las ciudades vecinas, como de países extranjeros. Así se armaba con todo su poder para rehacerse de la derrota de su hijo. Cuando tuvo reclutadas gran cantidad de tropas, mandó llamar a sus hijos Rogelio y el llamado Guido (a quien el emperador Alejo, con el deseo de apartarlo de su padre, le había ofrecido mediante emisarios secretos un matrimonio y le había prometido también una distinguida dignidad y una generosa cantidad de dinero). Él, tras oír esas propuestas, las había aceptado, si bien por ahora mantenía ocultas sus intenciones) y, encomendándoles toda la caballería, los envió con la orden de que se apresuraran a tomar Aulón. Ellos, tras hacer la travesía, se adueñaron de ella al primer asalto. Después de dejar allí unos pocos hombres de guarnición, llegaron con los restantes a Botrento, que conquistaron también al primer ataque.

3. Roberto se hizo cargo de toda la flota y, siguiendo la línea de la costa junto a Botrento, llegó a Brentesio, desde donde zarparía en dirección al Ilírico. Como sabía que el estrecho se hacía más corto saliendo desde Hidrunte, inició la travesía desde allí rumbo a Aulón. De ese modo, tras navegar con toda su escuadra al lado de la costa que se extiende entre Aulón y Botrento, se reunió con sus hijos. A continuación, dejó a sus hijos en Botren-

14. *Il.*, II 87.

to y él se dirigió personalmente con toda la flota a Corifó, que antes había estado bajo su control, pero que ahora se acababa de rebelar.

4. El hecho de que Roberto realizara esos movimientos no abatió el espíritu del soberano cuando se enteró de ellos, antes bien, animó a los venecianos mediante cartas para que, tras armar una importante flota, prepararan nuevamente el inicio de las hostilidades con Roberto. En cuanto a los múltiples gastos, el emperador prometía correr con ellos. Él, por su parte, después de embarcar guerreros expertos en el combate naval, aparejó birremes, trirremes y todo tipo de barcos piratas y los envió contra Roberto.

5. Roberto se percató de la ofensiva que emprendía la escuadra en contra de él y, anticipándose a la batalla de acuerdo con su carácter, soltó amarras y con toda su flota arribó al puerto de Casope.[15] Los venecianos, a su vez, llegaron al puerto de Pasaron[16] y aguardaron allí un cierto tiempo. Cuando se enteraron de la llegada de Roberto, marcharon rápidamente también ellos al puerto de Casope. Tras un violento combate y un enfrentamiento al abordaje, Roberto fue derrotado. No por ello se rindió después de esta derrota, habida cuenta de su temperamento belicoso y dispuesto para el combate, sino que de nuevo se preparaba para luchar en otra batalla y enfrentarse en un combate más trascendente. Al conocer esto, los comandantes de ambas flotas, animados por la victoria, lo atacaron tres días después y lograron una brillante victoria sobre él. Luego, regresaron de nuevo al puerto de Pasaron.

6. Ya fuera porque, como suele ocurrir en semejantes circunstancias, se encontraban animados por las precedentes victorias, ya fuera porque se desentendieron de los derrotados, el caso es que se relajaron y, pensando que ya habían conseguido todo, despreciaron a Roberto. A continuación, apartaron y mandaron naves rápidas a Venecia para referir lo ocurrido, así como la derrota valientemente infligida a Roberto. A su vez, Roberto, que se había enterado de este

15. Al norte de Córcira, hoy Kasiopi.

16. Al este de Córcira.

estado de cosas gracias a un veneciano llamado Pedro Contarini,[17] que acababa de pasarse a su bando, sufrió un gran desaliento ya que se le hacía intolerable aquel resultado. Sin embargo, se rehízo gracias a reflexiones más animosas y se lanzó contra los venecianos. Los venecianos, asustados por su inesperada venida, inmediatamente amarraron con cabos unas a otras sus naves más grandes en las proximidades del puerto de Corifó y, disponiéndolas como el llamado puerto en el mar, empujaron sus navíos más pequeños al interior del recinto así formado y aguardaron todos armados la llegada de Roberto.

7. Cuando estuvo a su altura, se enzarzó con ellos en una batalla. El combate transcurría más sangrienta y violentamente que los anteriores, ya que se luchaba con más arrojo que en otras ocasiones. Se libraba una dura batalla en la que no solo ninguna de las partes volvía la espalda, sino que se enfrentaban en un intenso combate al abordaje. Por su parte, los venecianos tenían ya agotados sus recursos sin tener ninguna otra cosa más que soldados en unas naves que por su poco peso flotaban en la superficie a merced de las aguas, ya que el agua no las cubría ni tan siquiera por la segunda línea de flotación, y al correr en masa hacia la banda contraria para hacer frente al enemigo, terminaron ahogados un número aproximado de trece mil. Las demás naves fueron capturadas con sus tripulantes.

8. Tras aquella brillante victoria, Roberto tuvo un comportamiento cruel y muy salvaje con muchos de los prisioneros. A unos los cegó, a otros les cortó la nariz, a algunos más les cortó manos, pies o ambos a la vez. En cuanto a los restantes, mediante unos emisarios que envió a sus compatriotas les hizo saber que los interesados en rescatar a los suyos acudieran sin temor a lo que pudiera costarles. Al tiempo, les solicitó la paz. Ellos, a su vez, le respondieron: «Entérate, duque Roberto, de que, aunque viéramos degollados a nuestras propias mujeres e hijos, no revocaríamos el tratado que tenemos con el soberano Alejo, ni menos aún, dejaríamos de apoyarlo y luchar con todas nuestras fuerzas a su lado».

17. De familia ilustre, ya que el patriarca de Venecia entonces era Domenico Contarini.

9. Transcurrido un tiempo, los venecianos aparejaron dromones, trirremes y algunas otras naves pequeñas y veloces, y se encaminaron con mayores fuerzas contra Roberto. Le dieron alcance cuando tenía instalado su cuartel general en Botrento y se enzarzaron en un combate con él del que salieron indiscutiblemente victoriosos y en el que mataron a muchos enemigos y se ahogaron muchos más. Incluso poco faltó para que capturasen a su propio hijo Guido y a su esposa. Después de haber obtenido una brillante victoria sobre él, se la comunicaron al emperador.

10. Él les correspondió con abundantes presentes y honores. Honró al dux de Venecia[18] con la dignidad de protosebasto junto con sus rentas. Honró también al patriarca con la dignidad de hipértimo en unión de sus correspondientes rentas. Igualmente, ordenó que anualmente fuera distribuida entre todas las iglesias de Venecia una importante cantidad de oro procedente del tesoro imperial. Hizo tributarios a todos los naturales de Melfi que poseyeran negocios en Constantinopla de la iglesia del apóstol evangelista San Marcos y cedió la explotación de los negocios que se extendían desde el antiguo muelle de los hebreos hasta el lugar llamado Bigla,[19] incluidos los muelles existentes dentro de estos límites. Les regaló asimismo muchos inmuebles en la ciudad imperial, en Dirraquio y en donde se les antojase pedirlos. Y, lo que es más importante, les concedió la exención de aranceles en el comercio dentro de las fronteras del Imperio de los romanos, para que comerciasen libremente a voluntad, sin tener que aportar ni un óbolo en virtud de tasas comerciales o de cualquier clase de impuesto exigido para los fondos públicos, así como la dispensa de subordinarse a ninguna autoridad romana.

18. Domenico Silvio.

19. Emplazamiento de un cuartel de los «vigiles», de donde deriva el nombre en griego. Eran los encargados de la seguridad de los habitantes, una especie de policía.

VI. Muerte de Roberto y recuperación de Dirraquio

1. Roberto, por su parte (recojamos, pues, el hilo de la narración en el lugar donde lo hemos dejado y continuemos nuestra obra), no se quedó quieto tampoco después de esta derrota. Tras enviar por delante una de sus naves al mando de su hijo contra Cefalenia con la misión de apoderarse de su capital y emplear las naves que le quedaban y todas sus tropas en un ataque contra Bonditza,[20] él embarcó en una monere armada y arribó a Cefalenia. Antes de unirse a las restantes fuerzas y a su hijo y durante su permanencia en Ater (un cabo de Cefalenia,), unas intensas fiebres hicieron presa en él. En una ocasión, ante el insoportable ardor de la fiebre, pidió agua fresca. Sus hombres se dispersaron en todas direcciones en busca del agua. Entonces, uno de los lugareños les dijo: «¿Veis la isla de Ítaca? En ella hay una gran ciudad llamada Jerusalén, aunque con el tiempo ha ido quedando en ruinas. En ella existe una fuente de la que mana siempre agua potable y fresca».

2. Cuando Roberto se enteró de la indicación, cayó presa de un hondo temor, ya que reconoció en el nombre de Ater unido al de la ciudad de Jerusalén su muerte inminente. En efecto, hacía tiempo algunos adivinos lo habían adulado, como suelen hacerlo con los príncipes, con la siguiente profecía: «Hasta Ater lo someterás todo; pero cuando salgas de allí rumbo a Jerusalén cumplirás con tu deuda». Si fueron las fiebres la enfermedad que mató a Roberto o si fue una pleuresía, no sabría decirlo con exactitud. El caso es que en seis días murió.[21]

3. Gaita, su mujer, llegó al lado de Roberto y de su hijo, que lloraba por su padre, cuando exhalaba el último suspiro. Se le comunicó, entonces, su muerte a aquel de sus hijos que había designado en vida como su heredero.[22] Este, al enterarse de la noticia, quedó transido por un inmenso dolor. Cuando estuvo repuesto gracias a esperanzadoras reflexiones y hubo recuperado la claridad de ideas,

20. En el golfo de Arta, hoy Vonitsa.

21. 17 de julio de 1085.

22. Rogelio.

hizo llamar a todo el mundo, les anunció lo sucedido en medio de grandes lágrimas provocadas por la muerte de su padre y tomó juramento a todos en su favor. Una vez que los tuvo reunidos, inició la travesía rumbo a Apulia. Aunque estuvieran en verano, durante el viaje vino a caer en medio de una fortísima tormenta, de modo que se hundieron algunos barcos y algunos otros quedaron inutilizados al embarrancar en la arena. La nave que transportaba el cadáver quedó medio destrozada, y el féretro que lo contenía fue recuperado a duras penas por quienes lo acompañaban. Al cabo, fue depositado en Benusio.[23] En el antiguo monasterio de la Santísima Trinidad, donde habían sido enterrados antes sus hermanos, recibió sepultura. Roberto murió tras veinticinco años de gobierno ducal y a los setenta de edad.

4. Cuando el emperador se enteró de la súbita muerte de Roberto, se recuperó al verse libre de semejante peso e inició inmediatamente una ofensiva contra los que todavía ocupaban Dirraquio. Planeó sumirlos en la discordia mediante cartas y toda clase de medios. Esperaba tomar así de fácilmente luego la ciudad de Dirraquio. También preparó que los venecianos que habitaban en Constantinopla aconsejaran a través de cartas a los amalfitanos, venecianos y cuantos extranjeros hubiese en Epidamno, que secundaran sus deseos y le entregaran Dirraquio. También él, recurriendo a promesas y obsequios tampoco cejaba en su idea de que le entregasen la ciudad de Dirraquio. Así pues, una vez convencidos (así es el carácter de todos los latinos, codicioso y acostumbrado a vender por un óbolo[24] hasta lo más querido) y con la esperanza de grandes beneficios, urdieron una conjura y mataron al que primero los había persuadido de que entregasen la plaza a Roberto junto con sus partidarios. Aquellos, por su parte, se pasaron al emperador y le entregaron la plaza, gracias a lo cual sacaron el beneficio de una completa libertad.

23. Venosa.

24. Moneda de escaso valor.

VII. Digresión sobre las profecías y las adivinaciones en tiempos de Alejo

1. Un matemático llamado Seth,[25] que se vanagloriaba grandemente de su saber astrológico, había predicho la muerte de Roberto tras su paso al Ilírico mediante un oráculo que, después de escribirlo en una nota y sellarla, había entregado a algunos de los más allegados al emperador, con la indicación de que lo guardasen hasta un cierto momento. Posteriormente, y a raíz de la muerte de Roberto, abrieron la nota por orden suya. El oráculo rezaba así: «Un importante enemigo originario de Occidente, que ha provocado una enorme turbación, caerá de modo súbito». Todos quedaron asombrados de la perfección que este hombre había logrado con su saber sobre esa ciencia.

2. Vamos a desviarnos brevemente y a apartarnos un poco del hilo de la historia para exponer el estado en que se encuentra el asunto de la adivinación. Se trata de un hallazgo bastante reciente, ya que en la Antigüedad no conocía esta ciencia. Ni en época de Eudoxo,[26] el más sabio astrónomo, constaba la existencia de método alguno de adivinación, ni Platón poseía estos conocimientos y ni siquiera Manetón,[27] el astrólogo, dejó nada especificado sobre esta disciplina. Antes bien, ellos carecían de horóscopos destinados a predicciones, del conocimiento para fijar los puntos cardinales y para observar la posición de los astros, así como de cuantos aspectos legó a sus seguidores el que descubrió esta disciplina y que son comprensibles a quienes se dedican a semejantes banalidades.

3. En cierto modo, también yo me dediqué en otro tiempo a esa ciencia, no para ponerla en práctica (quiera Dios que nunca suceda), sino para conocer la índole de sus cultivadores y la banalidad de sus

25. Simeón Seth, contemporáneo de Miguel Pselo. Escribió obras pseudocientíficas.

26. Eudoxo de Cnido (ca. 408-355 a. C.), estudió con Platón. Matemático y astrónomo.

27. Vivió en el siglo III a. C., sacerdote egipcio. Escribió una historia de Egipto que dedicó a Ptolemeo II. El poema astrológico atribuido a él es falso.

fundamentos. Mis intenciones al escribir esto no es vanagloriarme de mi sabiduría, sino demostrar que en tiempos de este soberano, muchas de las ciencias habían recuperado su importancia gracias al respeto con que honraba tanto a los filósofos como a la propia filosofía. A pesar de ello, se confesaba molesto por esta disciplina de la astrología, según creo, porque persuadía a la mayoría de las personas simples a abandonar las esperanzas en el más allá y a quedarse pasmados con los astros. Esta fue la causa de que el soberano mantuviera un enfrentamiento con el estudio de la astrología.

4. Por todo lo dicho, no había sequía de astrólogos. Antes al contrario, en aquella época descollaba el citado Seth, ese célebre egipcio de Alejandría qūe mostraba con generosidad los misterios de la astrología. Él hacía predicciones muy exactas a instancias de la gente, y en algunos casos sin usar siquiera el astrolabio, sino por el método de lanzar los dados.[28] Esto, sin embargo, no tenía nada de mágico; antes bien, era una técnica lógica del alejandrino. Al comprobar el soberano que la juventud acudía a él y que consideraba al hombre un profeta, también él recurrió dos veces a sus servicios, y en tantas ocasiones, el alejandrino acertó sobre el objeto de la consulta. Ante el temor, no obstante, de que perjudicase a mucha gente y todo el mundo se interesase en algo tan vano como la astrología, limitó el ámbito de residencia de Seth a la localidad de Redesto,[29] tras haberlo expulsado de la ciudad, y tuvo tantas atenciones con él que incluso le suministró con generosidad los medios de vida a expensas del tesoro imperial.

5. Igualmente, el gran dialéctico Eleuterio, también él egipcio, se ocupaba con empeño en el cultivo de esta ciencia y se elevó con ella a la categoría más prestigiosa sin que nadie pudiera lograr que cediera este primer puesto. Posteriormente, el llamado Catanances, que había venido de Atenas a la capital, metido en rivalidades para conseguir el prestigioso puesto de sus predecesores, predijo a

28. E.R.A. Sewter interpreta que Ana Comnena se refiere aquí a la lecanomancia, un sistema de adivinación que consiste en tirar tres guijarros en un cuenco y pronosticar a partir del sonido que hacen.

29. En Tracia, en la Propóntide.

preguntas de algunos la fecha de la muerte del soberano según su saber y se equivocó. El que sí murió en esa fecha tras cuatro días de fiebre fue el león que había en palacio, y gracias a este suceso la gente creyó que la predicción de Catanances se había cumplido. Al cabo de mucho tiempo, de nuevo predijo la muerte del soberano y volvió a fallar; pero sí murió su madre, la emperatriz Ana, en el día que Catanances había pronosticado. El emperador, como se había equivocado en cuantas ocasiones había hecho profecías sobre su persona, no quiso exilarlo de la ciudad, porque se había refutado a sí mismo y, al tiempo también, porque no quería dar la sensación de que lo había expulsado de allí por resentimiento.

6. Retornemos, pues, nosotros al lugar de donde nos desviamos, no sea que demos la apariencia de ser unos charlatanes que empañamos la importancia de la historia con los nombres de personas procedentes de la astrología. Roberto, según la opinión general y las afirmaciones de algunos, había sido un extraordinario caudillo, inteligente, de hermoso aspecto, ocurrente con las palabras, agudo en su conversación, de voz potente y afable. Físicamente, era de alta estatura, con una melena siempre moderada en la cabeza, barbudo, atento siempre a respetar los hábitos de su familia. Era, en suma, una persona que conservó la lozanía de su rostro y de todo su cuerpo hasta el final y que estaba satisfecho de ello, lo que dio pie a una presencia que se consideraba digna de mandar. Del mismo modo, juzgaba merecedores de su respeto a todos sus hombres y mucho más a sus más íntimos partidarios. Sin embargo, también era muy avaro, ambicioso, codicioso, cicatero y muy ansioso de obtener la gloria, por lo que al ser derrotado, provocó también numerosos reproches en todo el mundo.

7. Algunos reconvenían al soberano porque se había asustado y había emprendido demasiado pronto la guerra contra él. Si no hubiera ido en su busca antes de tiempo, como decían, fácilmente hubiera sido vencido por las presiones que venían de todos los frentes, el de los llamados arbanitas[30] y el de los dálmatas enviados por Bodino. Pero

30. Albaneses.

estos detractores profieren sus acusaciones en unos puestos que están al abrigo de las flechas, desde donde disparan con la lengua sus punzantes proyectiles en contra de los que combatieron. En efecto, todo el mundo conoce la valentía de Roberto, su habilidad en las cuestiones relacionadas con la guerra y la firmeza de sus decisiones. No era, ciertamente, hombre al que se pudiera vencer fácilmente, sino todo lo contrario, porque se mostraba más valiente en las derrotas.

VIII. Nacimiento de Ana, María y Juan Comneno. Ceremonial que sigue al nacimiento de los porfirogénetos

1. El emperador retornó vencedor y triunfante a la capital en compañía de los latinos del conde Brienio que se habían pasado a su bando, como hemos dicho anteriormente. Era el uno de diciembre de la séptima indicción.[31] Allí se encontró a la emperatriz en la estancia destinada desde antiguo a las soberanas que están a punto de dar a luz, a la que nuestros antepasados dieron el nombre de Púrpura, razón por la que la denominación de «porfirogéneto»[32] se ha extendido por todo el mundo haciendo referencia a los allí nacidos. Al alba (era sábado) dio a luz a una niña que presentaba un total parecido, según se decía, con su padre. Esa niña era yo.

2. Como oí a la emperatriz, mi madre, contar en algunas ocasiones, dos días antes de la entrada del emperador en palacio (que ya regresaba de las guerras contra Roberto y de sus innumerables trabajos y batallas), ante la aparición de los dolores de parto, hizo la señal de la cruz sobre el vientre y dijo: «Aguarda aún, hijo, hasta que llegue tu padre». Su madre, la protovestiaria, añadía ella, se lo reprochó duramente y le replicó con ira: «¿Y si no regresa en un mes, eh? ¿Cómo podrás tú aguantar tan grandes dolores?». Así se expresaba su madre. Sin embargo, la orden de la emperatriz cumplió su objetivo, hecho que dejó bien subrayado, aun sin haber nacido, mi futuro afecto por mis padres. Efectivamente, cuan-

31. Año 1083.

32. Ver Proemio I.2, nota 2.

do crecí y llegué a tener uso de razón, manifesté claramente el cariño que sentía como hija por mi padre y por mi madre. Esta característica de mi forma de ser tiene como testigos a todas las personas que conocen mi vida y lo confirman mis abundantes trabajos en beneficio de mis padres, los sufrimientos y los peligros que arrostré por mi amor hacia ellos sin atender al honor, al dinero, ni a la misma vida. Tanto llegaba a enardecerme mi cariño de hija que incluso solía exponer mi propia vida por ellos. Pero ahora no es el momento de tratar este asunto. Regresemos, pues, a lo que me ocurrió a partir de mi nacimiento.

3. Las tradiciones que se cumplen cuando tiene lugar el nacimiento de algún hijo de la pareja imperial se llevaron también a cabo cuidadosamente, según se dice. Es decir, aclamaciones y distribución de obsequios y dignidades a los notables del senado y del ejército. Todos y, en especial los parientes consanguíneos de la emperatriz, estaban más contentos que nunca. Cantaban, saltaban y no sabían qué hacer de gozo. Transcurrida una serie determinada de días, mis padres me consideraron digna de la corona y de la diadema imperial. En aquella época, Constantino, el hijo del emperador Miguel Ducas, de quien hemos hablado con frecuencia, estaba todavía asociado al trono con mi padre, el soberano. Firmaba a su lado con el color rojo en las donaciones, lo seguía en los cortejos con la tiara y era aclamado tras él en las aclamaciones. Por ello, también yo sería aclamada en el momento de la aclamación y los que la dirigían, cuando debían hacer la aclamación, aclamaban juntamente a Constantino y Ana. Este ceremonial se estuvo cumpliendo durante bastante tiempo, como después he oído contar muchas veces a mis parientes y a mis progenitores. Tal vez era ello un augurio de lo que me ocurriría, tanto de las alegrías, como de las desgracias.

4. Posteriormente la pareja imperial tuvo una segunda hembra,[33] que se parecía físicamente a sus padres y que mostraba al tiempo la virtud y la inteligencia que luego brillarían en ella. Añoraban también el nacimiento de un varón y en sus oraciones lo pedían. Al fin, durante la

33. María Comnena, futura esposa de Nicéforo Catacalon.

undécima indicción les nació un varón.[34] Instantáneamente, mis padres se alegraron y ya no les quedó sombra de pena al ver su deseo convertido en realidad. Todos los súbditos saltaban viendo a sus gobernantes tan felices, se alegraban unos con otros y disfrutaban. Pudo verse entonces el palacio repleto de gozo y no de penas ni de ningún otro tipo de preocupaciones. Mientras unos, los leales, estaban contentos con todo su corazón, otros fingían estar alegres. En efecto, los súbditos sienten hostilidad hacia los que poseen el poder, pero fingen con frecuencia y se ganan con su adulación la simpatía de sus superiores. A pesar de todo, era digna de verse la alegría que sentían todos juntos y al unísono.

5. El niño era de piel morena, frente ancha, mejillas un tanto descarnadas, nariz ni chata ni aguileña, sino más o menos entre ambas y los ojos bastante negros, que dejaban traslucir un carácter todo lo perspicaz que puede adivinarse en una pequeña criatura. Con el deseo, en consecuencia, de que este niño ascendiera al trono imperial y dejarle como herencia el Imperio de los romanos, lo llevaron a la gran iglesia de Dios y allí lo bautizaron y coronaron. En suma, estas son las ceremonias que nos competen a nosotros, los porfirogénetos, desde el primer momento de nuestra vida. Lo que ocurrió después, será contado en su momento.

IX. Andanzas de Solimán,[35] sultán de Nicea. Alejo recupera posiciones en Asia Menor gracias a su astucia

1. Como señalamos anteriormente, el soberano Alejo tras haber expulsado a los turcos de las orillas de Bitinia, del propio Bósforo y de las regiones más al norte, llegó a un acuerdo con Solimán y firmó un tratado de paz con él para poder dirigirse así al Ilírico, donde sufrió grandes calamidades hasta derrotar por completo a Roberto y a su hijo Bohemundo, y salvar de una ruina total nuestras posesiones occiden-

34. Juan Comneno, sucesor de Alejo como Juan II. Nació en una fecha indeterminada entre el 1 septiembre de 1087 y el 31 de agosto de 1088. Reinó desde 1118 y murió en 1143.

35. Ya ha sido mencionado antes en *La Alexíada*. Su nombre originario era Sulaiman ibn Qutulmish. Gobernó de 1080 a 1086.

tales. A su regreso, se encontró con que los turcos al mando de Apelcasem,[36] no solo hacían correrías por Oriente, sino que habían llegado hasta la misma Propóntide y sus plazas costeras. Comencemos, pues, a relatar ya cómo el emir Solimán, cuando partió de Nicea, dejó en esta al citado Apelcasem en calidad de gobernador; cómo Puzano[37] fue enviado por el sultán de los persas[38] a Asia; cómo, una vez derrotado por Tutuses,[39] el hermano del sultán, fue muerto y cómo los primos de Puzano, tras la derrota de este, estrangularon a Tutuses.

2. Filareto, que era un hombre de origen armenio, célebre por su valentía e inteligencia y que había sido ascendido a la dignidad de doméstico por el anterior emperador Romano Diógenes, se sintió muy dolido en razón de la alta estima en que lo tenía al ver el final de Diógenes y al saber que había sido cegado. Por ello, se rebeló y se hizo con el dominio de Antioquía. Como los turcos asolaban a diario los alrededores y no le daban reposo, planeó pasarse a los turcos y circuncidarse, tal como es su costumbre. Sin embargo, su hijo lo presionaba insistentemente para que reprimiera tan insensato impulso, aunque su padre no atendía a ese excelente consejo. Empujado por su pesar, llegó tras ocho días de viaje a Nicea y se presentó ante el emir Solimán, que ya tenía la dignidad de sultán, e instigándolo a la guerra contra su padre, lo animó para que asediara Antioquía. Solimán se dejó persuadir por esta iniciativa. En el momento de partir hacia Antioquía dejó a Apelcasem como gobernador de Nicea, lo nombró jefe superior de todos los jefes y él, por su parte, en compañía del hijo de Filareto, llegó en doce noches (pues para no despertar sospechas, descansaba durante el día) a Antioquía y la tomó al primer asalto.

36. Abu'l Qasim, emir de Nicea (1084-1092).

37. Buzan, general del sultán Malik Shah, gobernador de Edesa.

38. Malik Shah (1072-1092). Era hijo de Alp Arslan (1064-1072), segundo soberano de la dinastía selyúcida y vencedor de Romano IV Diógenes en la batalla de Mantzikert (1071), que marcó el inicio de la expansión turca en Anatolia.

39. Tutush, hermano del sultán Malik Shah, emir selyúcida de Damasco desde 1079 a 1095.

3. Entre tanto, también Caratices[40] saqueó inesperadamente Sínope, porque se había enterado de que allí había grandes cantidades de oro y dinero del tesoro imperial. Pero Tutuses, hermano del gran sultán, que gobernaba Jerusalén, toda Mesopotamia, Calep,[41] así como la propia Bagdad y que pretendía el dominio de Antioquía, cuando vio que el emir Solimán se rebelaba e intentaba asumir el gobierno de Antioquía, llegó con todas sus fuerzas a la zona entre Calep y Antioquía. Cuando el emir Solimán se encontró con él, se trabó al punto un violento combate, pero cuando llegaron al cuerpo a cuerpo, los hombres de Solimán huyeron desordenadamente. Por más que procuraba Solimán infundirles valor, no acababa de convencerlos para que abandonaran la fuga. Por tanto, al ver que el peligro se cernía sobre su cabeza, emprendió la retirada hasta que le pareció que tal vez estaría fuera de peligro y, colocando su escudo en tierra, se lanzó sobre él y sentó. Pero no había pasado inadvertido para sus compatriotas. Tras presentarse en el lugar donde estaba, algunos sátrapas[42] le dijeron que su tío Tutuses[43] había mandado buscarlo. Él, por su parte, se negó a ir porque sospechaba el peligro que aquel suponía. Dada la insistencia de los sátrapas y ante la imposibilidad de oponerse por la fuerza solo como estaba, desenvainó su espada, se la clavó de un empujón en sus propias entrañas, atravesándose de parte a parte, y pereció indignamente como la persona indigna que era. Enseguida los soldados del ejército del emir Solimán que se habían salvado se pasaron al bando de Tutuses.

4. Cuando el gran sultán se enteró de este hecho, temió que Tutuses se fuera haciendo poderoso. Despachó entonces junto al emperador a Siaus para ofrecerle un compromiso matrimonial y prometerle que, de llevarse a cabo, haría levantar a los turcos el campo de las zonas costeras, le entregaría las plazas fuertes y lo apoyaría con todas sus fuerzas.

40. Emir selyúcida.

41. Alepo.

42. Ana Comnena emplea los términos «emir», «sultán», «archisátrapa» y «sátrapa» como sinónimos.

43. Solimán pertenecía también a la familia selyúcida.

El emperador, tras recibir a Siaus y leer cuidadosamente el contenido de la carta del sultán, no dijo nada sobre el mencionado matrimonio; pero al darse cuenta de que Siaus era un hombre inteligente, comenzó a preguntarle acerca de su origen y del de sus padres. Él respondió que era íbero[44] por parte de madre y turco por su padre. Ante esta respuesta, el soberano se tomó mucho interés para que Siaus recibiera el santo bautismo. Convino en ello Siaus y dio su palabra al soberano de que, una vez recibido el santo bautismo, no retornaría a su país.

5. El sultán le había encomendado que, en el caso de que el emperador estuviese dispuesto a suscribir el convenio para el matrimonio, mostrase a los sátrapas que ocupaban las zonas costeras una carta suya de la que él era portador y en cuyo texto les ordenaba que abandonasen esos lugares. El emperador propuso a Siaus que empleara ese documento y que, una vez los hubiera despachado de allí mediante la presentación de la carta del sultán, volviera de nuevo a la capital. Él aceptó gustoso y llegó primero a Sínope. Después de mostrar la carta del sultán a Caratices lo despidió de allí sin que este percibiese ni un óbolo de las arcas imperiales. En aquella ocasión tuvo lugar el siguiente prodigio. Mientras Caratices salía de Sínope, cayó a tierra echando espuma por la boca entregado por la Divina Providencia a algún demonio vengador a causa del ultraje que había cometido contra la iglesia de Nuestra Señora, la Inmaculada Madre de Dios. Así, endemoniado, salió de allí.

6. Entonces, Siaus transfirió el mando de Sínope a Constantino Dalaseno, que había sido enviado por el emperador para ello, y luego, recorriendo de ese modo las demás ciudades y mostrando el documento del sultán a los sátrapas, los despedía de sus plazas, que, a su vez, entregaba a los sátrapas del soberano. En suma, una vez cumplidos sus objetivos, Siaus retornó junto a este y después de recibir el santo bautismo y disfrutar de abundantes obsequios, fue nombrado duque de Anquialo.[45]

44. La Iberia del Cáucaso.

45. En Tracia, en el golfo de Burgas.

X. Relaciones con Apelcasem. Engaño del soberano

1. Cuando la noticia de que el emir Solimán había muerto se difundió por Asia, todos y cada uno los sátrapas que estaban a cargo de ciudades y ciudadelas retuvieron y se apropiaron de la plaza que a la sazón gobernaban. En efecto, al mismo tiempo que dejaba a Apelcasem encargado de Nicea en el momento de salir hacia Antioquía, puso a cargo de diferentes sátrapas la región costera, Capadocia y toda Asia de manera que cada uno vigilase el sector adjudicado y aguardase su regreso. Apelcasem, que era entonces archisátrapa de Nicea, la capital del sultanato, se adueñó de ella, entregó el gobierno de la región de Capadocia a su hermano Pulcases y se sintió seguro durante un tiempo creyéndose el sultán y considerando el puesto como suyo. Era un hombre hábil y arrojado. Por ello, no quería contentarse con lo que tenía y organizaba incursiones para devastar toda Bitinia hasta llegar a la misma Propóntide.

2. Así pues, el soberano, poniendo en práctica idénticos métodos que los de antes, repelía las incursiones y empujaba a Apelcasem a pedir la paz. Sin embargo, se percató de que este tramaba planes secretos y que dilataba las negociaciones. Entonces, pensó que era preciso enviar contra él una poderosa expedición militar. Despachó a Taticio, muchas veces mencionado en esta obra, contra Nicea con importantes fuerzas, y le recomendó que utilizara la prudencia a la hora de enfrentarse a los enemigos en el caso de que durante la campaña se los encontrara en campo abierto. Partió Taticio, y estaba disponiendo cerca de los muros la formación de combate, porque ningún turco había hecho acto de presencia por el momento, cuando se abrieron las puertas y unos doscientos turcos cargaron en masa contra él. Los celtas (que eran numerosos) al verlos de frente, asieron con energía las largas lanzas y se arrojaron contra ellos. Tras herir a muchos, empujaron a los restantes dentro de la ciudad.

3. Por su parte, Taticio permaneció en el mismo orden de batalla hasta la puesta de sol. Dado que no se veía aparecer a ningún turco fuera de las puertas, se retiró y fijó su campamento en Basilea, que dis-

taba de Nicea doce estadios.[46] De noche, un campesino que acudió a su presencia sostenía que Prosuc[47] había sido enviado por Pargiaruc,[48] el nuevo sultán, al mando de cincuenta mil hombres con orden de atacarlo. Cuando Taticio tuvo confirmación de esta noticia por otros y como no disponía de fuerzas para hacer frente a tan gran contingente, abandonó su plan primitivo y pensó que sería preferible conservar todo el ejército a salvo, no fuera que, por querer luchar con mínimas fuerzas contra otras muy numerosas, perdiera todo el ejército. Fue este el motivo por el que dirigió su atención a la capital, hacia la que miraba con intención de retornar a ella a través de Nicomedia.

4. Cuando Apelcasem vio desde lo alto de la muralla que Taticio se retiraba por el camino de Constantinopla, salió y emprendió su persecución con intención de atacarlo si veía que acampaba en un lugar favorable para él. Le dio alcance cuando llegaba a Preneto,[49] donde se enfrentó a él y se arrojó con resolución a la batalla. Taticio, a su vez, situó rápidamente las fuerzas en formación de combate y encomendó a los celtas la primera carga contra los bárbaros, así como el peso del combate. Ellos asieron sus largas lanzas y cargaron a rienda suelta, como el fuego, contra los bárbaros, a los que tras romper sus líneas, pusieron completamente en fuga. A continuación, Taticio regresé a la capital a través de Bitinia.

6. Sin embargo, Apelcasem no tenía la menor intención de quedarse quieto. Pretendía ardientemente apoderarse del centro del Imperio de los romanos o, caso de fracasar, poseer al menos el control de toda la región costera y de las islas próximas. De acuerdo con esas reflexiones y después de llegar a Cío (una ciudad costera de Bitinia), planeaba armar primero naves piratas. Y pensaba que con la construcción de los barcos se iban cumpliendo los planes. Pero esos preparativos tampoco le pasaron inadvertidos al soberano. Tras aprestar sin tardanza las birremes

46. 1,8 kilómetros.

47. Burzuq.

48. Barkyaruq (1092-1105), hijo y sucesor de Malik Shah.

49. En el golfo de Nicomedia.

y trirremes de que disponía y el resto de sus fuerzas navales, elevó a la categoría de duque a Manuel Butumites y lo mandó contra Apelcasem con la orden de que se apresurase a incendiar las naves a medio concluir de Apelcasem cualquiera que fuese el estado en que las encontrara. También envió por tierra contra él a Taticio con importantes fuerzas.

6. En consecuencia, ambos partieron de la ciudad. Cuando Apelcasem vio que Butumites estaba a punto de llegar por mar a toda prisa y tuvo noticias de que un ejército venía por tierra, se dio cuenta de que el lugar donde se encontraba no le convenía por lo escarpado y angosto, así como por lo completamente desfavorable que era para los arqueros, ya que no tenían terreno suficiente para cargar a caballo contra los romanos. Entonces, levantó de allí el campo y decidió situar sus fuerzas en un lugar más ventajoso. Llegó, por tanto, a un sitio denominado por unos Halices y por otros Ciparisio.

7. Butumites llegó por mar antes de lo esperado e incendió las naves de Apelcasem. Al día siguiente, se presentó también Taticio por tierra y desplegó sus tropas en un lugar favorable. Durante quince días completos, desde la mañana hasta la noche, no cesó de provocar escaramuzas ni de librar batallas con Apelcasem. Pero ante la resistencia de Apelcasem y su vigorosa oposición, los latinos acabaron por aburrirse y, aunque no contaban con el auxilio del terreno, hostigaban a Taticio para que les permitiera librar batalla ellos solos contra los turcos. Él, si bien no le parecía aconsejable emprender esa acción, cedió a los deseos de los latinos al ver que cada día se iban sumando nuevas fuerzas turcas a Apelcasem. Al alba, tras emplazar sus falanges, trabó combate con Apelcasem. En aquella ocasión fueron muchos los turcos que murieron, muchísimos los que cayeron prisioneros, y la mayoría de ellos volvieron la espalda sin echar cuenta de su propia impedimenta. Hasta el propio Apelcasem logró salvarse a duras penas en dirección a Nicea. Una vez que los hombres bajo el mando de Taticio hubieron recogido de allí un enorme botín, regresaron a su campamento.

8. Cuando el soberano se enteró de esta nueva, con su habilidad para cautivar el corazón humano y ablandar hasta las piedras, remitió una carta a Apelcasem en la que le aconsejaba que renunciara a

tan vanas empresas y que no diera golpes en el aire. Por el contrario, debía unirse a él para liberarse de sus grandes penalidades y gozar de generosos obsequios y honores. Cuando Apelcasem se enteró de que Prosuc estaba asediando las plazas ocupadas por algunos sátrapas y de que ya estaba próximo a Nicea, a la que pretendía poner sitio, sacando, como se dice, de la necesidad virtud y tras múltiples conjeturas sobre las intenciones del emperador, confió en él y aceptó sus propuestas de paz. Una vez suscrito el tratado por ambos, el soberano, atento a sacar un provecho adicional a esta maniobra e incapaz de cumplir de otra manera sus objetivos, lo hizo llamar a la capital para que tomara allí posesión de su dinero y para que mientras tanto pudiera gozar de una vida relajada, disfrutando de toda clase de placeres hasta que regresara así a su casa.

9. Apelcasem aceptó y una vez en la capital, se le dispensó toda clase de atenciones. Cuando los turcos que ocupaban Nicea se apoderaron de Nicomedia (la capital de Bitinia), el emperador, en su anhelo por arrojarlos de allí, pensó que debía levantarse otra fortaleza en la costa mientras asguraba sus muestras de afecto. En consecuencia, embarcó en naves mercantes el material necesario para la edificación junto con sus constructores y los hizo partir al mando del drungario de la flota Eustacio, como encargado de la construcción de esta fortaleza, tras revelarle sus planes secretos. Sus órdenes fueron que, si pasaba algún turco por allí, lo tratase muy cortésmente y, mientras le permitía disfrutar hasta la saciedad de lo que necesitase, le aclarara que esa fortaleza se erigía con el conocimiento de Apelcasem. Además, debía desviar todo navío de las costas de Bitinia, para impedir que este tuviera indicios de lo que estaba sucediendo.

10. El emperador, por su parte, en su diario dispensar atenciones a Apelcasem, no paraba de ofrecerle baños, cabalgadas, cacerías y de hacerle contemplar las columnas instaladas en las plazas. Incluso llegó a ordenar a los aurigas que organizasen una competición en su honor dentro del estadio construido en la Antigüedad por el gran Constantino y a diario lo animaba para que asistiera a las pruebas hípicas, con intención de proporcionar a los constructores un amplio margen de tiempo. Cuando la ciudadela estuvo ya concluida y

sus objetivos se habían cumplido, tras cubrirlo de mayores regalos, concederle el título de sebasto y confirmar la validez del tratado, lo despidió con todos los honores por mar.

11. Cuando le fue anunciada la construcción del castillo, aunque su amor propio se resintió por la erección de la plaza, fingió conocer el asunto y se guardó todo lo demás. La historia cuenta que también Alcibíades realizó una maniobra parecida. Del mismo modo engañó él a los lacedemonios, que no consentían que Atenas fuera reconstruida después de haber sido devastada por los persas. Tras encomendar a los atenienses que la reconstruyeran, partió él con una embajada hacia Lacedemonia. Luego, mientras la embajada perdía tiempo, daba ocasión a los constructores para concluir su obra. Después de concluida la superchería, los lacedemonios se enteraron de la reconstrucción de Atenas. El hombre de Peania[50] rememora este astuto engaño en algunos pasajes de sus discursos. Semejante a ese plan fue el de mi padre, por no decir que incluso poseía mayor valor estratégico que el de Alcibíades. Efectivamente, el soberano, regalando a aquel bárbaro con carreras de caballos y con toda clase de placeres, le hizo perder un día tras otro hasta que el castillo estuvo construido. Entonces, una vez completa la obra, despachó a este personaje de la ciudad imperial.

XI. Las tropas imperiales ayudan a Apelcasem contra Prosuc

1. Pero, como se esperaba, el temible Prosuc llegó al mando de sus fuerzas y puso sitio a Nicea, según los informes de un comunicante que se había presentado ante Taticio durante la noche. Al cabo de tres meses de asedio, los defensores de Nicea, con Apelcasem a la cabeza, vieron que su situación era crítica al no poder hacer frente ya a Prosuc. Enviaron, pues, embajadores al emperador para solicitar su ayuda alegando que en su opinión era mejor ser siervos

50. Demóstenes era originario del demo ateniense de Peania. La fuente de este pasaje se rastrea en *Contra Leptines,* 20; también en Tucídides, I 90. Ana Comnena confunde Alcibíades con Temístocles.

suyos que rendirse a Prosuc. El soberano, tan pronto como hubo seleccionado a sus mejores soldados entre los que allí tenía, les entregó estandartes y cetros con clavos de plata y los despachó en auxilio de Apelcasem.

2. Sin embargo, Alejo no envió un ejército para ayudar abiertamente a Apelcasem. Su propósito al ayudarlo, según los planes del soberano, era destruir a Apelcasem. Cuando dos enemigos del Imperio de los romanos luchaban uno contra otro, se hacía preciso cooperar con el más débil, no para que se volviera más poderoso, sino para rechazar a uno mientras se apropiaba de la ciudad y hacía suya la que hasta entonces estaba fuera de su control. Desde esta, apoderándose poco a poco primero de una ciudad y luego de otra, ampliaría los límites del Imperio de los romanos, que pasaba por unos momentos angustiosos, en especial desde que el poderío turco se había ido incrementando.

3. Hubo, en efecto, un tiempo en que las fronteras del Imperio de los romanos eran los dos pares de columnas que marcaban los límites de Oriente y Occidente. Por poniente, las llamadas de Hércules, y por levante, las de Dioniso, que están situadas en algún lugar cerca de las fronteras de la India. No es posible especificar cuál era el poder del Imperio de los romanos a causa de su extensión. Comprendía Egipto, Méroe, el país entero de los trogloditas, los países cercanos a la zona tórrida y, por el otro extremo, la legendaria Thule y cuantos pueblos habitan en la zona boreal, en cuyo extremo se halla el polo norte. Pero en nuestros días, las fronteras del poder imperial romano eran por Oriente el cercano Bósforo y por Occidente estaban fijadas en Adrianópolis. El emperador Alejo, actuando como si golpease con ambas manos a los bárbaros que por cada flanco amenazaban el Imperio y moviéndose en torno al centro constituido por Bizancio, iba ampliando la extensión del Imperio hasta dejar como fronteras asentadas el mar Adriático por Occidente y por Oriente, el Éufrates y el Tigris. Hubiera conseguido recuperar la antigua prosperidad del Imperio de no ser por las sucesivas contiendas y los constantes trabajos y peligros (el soberano buscaba grandes y abundantes peligros al mismo tiempo) que lo desviaron de su anhelo.

4. Pues bien, como decía al principio, con el envío de un ejército a Apelcasem, el usurpador de Nicea, no pretendía alejarlo del peligro, sino marcarse una victoria. La suerte, sin embargo, no favoreció este proyecto. Los acontecimientos se desarrollaron de la siguiente manera. Las tropas que habían sido enviadas llegaron a la villa llamada de San Jorge, y los turcos enseguida les abrieron las puertas. Subieron a las almenas que están sobre la puerta oriental y agruparon los estandartes y los cetros mientras lanzaban alaridos y proferían continuos gritos de guerra. Los sitiadores, asustados, aprovecharon la noche para retirarse por pensar que era el soberano en persona quien había acudido a este lugar. Por su parte, las fuerzas romanas volvieron a la capital dado que no constituían un contingente capaz de combatir contra el ataque persa que de nuevo se esperaba proveniente del hontanar del dominio turco.

XII. Final de Apelcasem, del sultán de Corosán[51] y de Tutuses. Clitziastlán[52] es proclamado sultán de Nicea

1. El sultán esperaba el regreso de Siaus, pero, al percatarse de su retraso y enterarse de sus actividades (esto es, que había expulsado a Caratices de Sínope mediante una treta, que había recibido el santo bautismo y que había sido enviado a Occidente por el soberano investido con la autoridad ducal de Anquialo), montó en cólera muy irritado por todo esto. Seguidamente, pensó que debía encargar la nueva ofensiva contra Apelcasem a Puzano y sus fuerzas. Al mismo tiempo, también mandó una carta al soberano que trataba sobre aquel posible matrimonio. La carta decía así: «He oído hablar, Majestad, de vuestras hazañas y cómo desde el primer momento tras vuestro ascenso al trono habéis combatido en muchas contiendas. Igualmente sé que, cuando habéis acabado de solucionar los problemas con los latinos, los escitas se han alzado contra Vos y que hasta el emir Apelcasem, rompiendo los pactos que

51. Khorasán, región oriental de Irán.

52. Qilidj Arslan I (1092/93-1107), sultán de Nicea, hijo de Solimán.

teníais con Solimán, está asolando Asia, incluida la propia Damalis. En consecuencia, si es vuestro deseo expulsar a Apelcasem de aquellos lugares y reintegrar a vuestra autoridad Asia, e incluso Antioquía, enviadme a vuestra hija para desposarla con el primogénito de mis hijos. Así, con mi alianza no habrá obstáculos que dificulten en adelante la realización de todos vuestros proyectos tanto en Oriente, como en el Ilírico y en todo el Occidente. Gracias a las tropas que os facilitaremos no habrá nadie que en el futuro se oponga a Vos».

2. Así actuó el sultán de los persas. En cuanto a Puzano, este llegó hasta Nicea. Aunque intentara tomarla no ya una sola vez, sino muchas, no tenía éxito porque Apelcasem se le enfrentaba con arrojo y porque había pedido y obtenido el auxilio del emperador. Se lanzó, entonces, a ocupar otras ciudades y pueblos y, tras retirarse de allí, fijó su residencia en la ribera del Lampe, el río que corre junto a Lopadio.[53] Tan pronto como Apelcasem vio que Puzano se había retirado, recogió todo el oro que podían cargar quince mulas y partió para ofrecerlas como presente al sultán de los persas y evitar así que este lo destituyese del mando. Lo encontró en su residencia de Espacá.[54]

3. Ante la negativa del sultán a recibirlo, recurrió a intermediarios. Aquel, molesto por su presencia, les dijo: «Ya he transferido el mando al emir Puzano y no es mi deseo privarlo de él. Por tanto, que salga a su encuentro, le entregue a Puzano el oro y le diga todo lo que quiera. La decisión que adopte Puzano será también mi decisión». Apelcasem, tras permanecer durante mucho tiempo en Espacá y fatigarse sin obtener ningún resultado, abandonó aquel lugar con intención de ir al encuentro de Puzano. En su camino se tropezó con doscientos de los mejores sátrapas que este había enviado contra él, pues su salida de Nicea no le había pasado en absoluto inadvertida. Los sátrapas lo apresaron, prepararon una soga con las cuerdas de los arcos, con las que le rodearon el cuello, y lo ahorcaron. Sin embargo, a mi juicio esta ejecución no fue obra de Puzano, sino del citado sultán, que había dispuesto ese fin para Apelcasem.

53. En Bitinia, en el extremo occidental del golfo de Apoloníade.

54. Ispahán. Era la capital estival. En invierno, la corte se desplazaba a Bagdad.

4. Este fue el final de Apelcasem. En cuanto al emperador, tras leer la carta del sultán, no quería ni oír hablar de semejante propuesta. ¿Pues cómo iba a hacerlo? La hija del emperador, que la carta solicitaba en matrimonio para el hijo primogénito del bárbaro, habría sido infeliz con toda verosimilitud si hubiera marchado a Persia para compartir un imperio peor que la pobreza más absoluta. Ni Dios aprobaba este matrimonio, ni el emperador consentía que este compromiso saliera adelante. Ni siquiera aunque se hallara apurado por las presentes circunstancias Enseguida, nada más serle leída por primera vez la carta, se rio de las pretensiones del bárbaro, mientras murmuraba: «El demonio le ha metido eso en la cabeza». Sin embargo, el soberano tenía sus planes acerca de dicho matrimonio. Pensó que debía mantener en vilo mediante falsas esperanzas las expectativas del sultán. Mandó buscar a Curticio junto con otros tres más y los envió como embajadores portando una carta en la que declaraba querer la paz y asentir a lo indicado, mientras también presentaba él algunas otras exigencias que creaban una dilación. Pero cuando los embajadores de Bizancio aún no habían llegado a Corosán, tuvieron que emprender el regreso al haberse enterado de la muerte del sultán.

5. En efecto, su hermano Tutuses, tras matar al emir Solimán y a su propio yerno,[55] que había venido desde Arabia contra él, ciego de orgullo al enterarse de que el sultán había iniciado ya conversaciones de paz con el emperador, planeó la muerte de su hermano. Pues bien, haciendo venir a doce hombres de los llamados «casios»,[56] (que en lengua persa significa «los que ansían matar»), los envió rápidamente como embajadores al sultán con las instrucciones precisas

55. Ana Comnena confunde los personajes. Malik Shah fue asesinado, seguramente mediante un veneno, el 19 de noviembre de 1092, y su visir Nizam al-Mulk, un persa, fue asesinado en otoño de 1092, antes que el sultán.

56. En árabe, «hashishiyun», esto es, «consumidores de hashish», secta islámica ismailita creada por un personaje llamado «El viejo de la montaña», Hasan-ibn-Sabah, en la fortaleza de Alamut, al norte de Irán, a fines del siglo XI. Sus integrantes, tras entrar en estado de enajenación gracias a la droga, llevaban a cabo asesinatos por encargo que solían costarles la vida. El sustantivo «asesino» deriva de esta palabra árabe. En el texto griego, Ana Comnena los denomina «khásioi» [χάσιοι] y su etimología es errónea, tanto respecto a la lengua de origen como a su significado.

sobre el modo de matar a su hermano: «Id», les dijo, «y anunciad en primer lugar que queréis comunicar al sultán determinada información confidencial. Cuando se os haya franqueado la entrada, acercaos como si quisierais hablarle al oído y aniquilad inmediatamente a mi hermano».

6. Los embajadores, o mejor, los asesinos, partieron para matar al sultán muy animosamente, como si hubieran sido invitados a una comida o a un banquete. Como lo encontraron ebrio y se les daba total libertad por hallarse lejos de aquellos soldados a los que se había confiado la custodia del sultán, se le acercaron, sacaron los cuchillos de sus axilas y en un instante aniquilaron a aquel infeliz. El placer que los casios sienten ante la sangre es tal que solo les gusta hundir su cuchillo en las entrañas de un hombre. Es más, si se ven atacados por alguien en ese mismo instante y son destrozados a mandobles, consideran como gloriosa esa muerte,[57] ya que su ansia por matar la reciben unos de otros y se la transmiten de padres a hijos como una herencia. En fin, ninguno de ellos retornó junto a Tutuses, porque sufrieron el castigo de su propia muerte.

7. Puzano, una vez enterado de ese suceso, volvió con todas sus fuerzas a Corosán. Cuando estaba próximo a Corosán, lo recibió Tutuses, el hermano del sultán asesinado. Al instante, se entabló una batalla cuerpo a cuerpo, y mientras ambos ejércitos luchaban con denuedo sin que el uno cediera en nada la victoria al otro, cayó herido de muerte Puzano, que combatía lleno de coraje y que sembraba la confusión en todas las falanges. Sus hombres se procuraron la salvación con la huida, dispersándose en todas direcciones. Tutuses, por su parte, emprendió el regreso a Corosán con la victoria en sus manos y creyéndose ya investido de la dignidad de sultán, aunque se cernía un peligro sobre su cabeza. Efectivamente, Pargiaruc, hijo de Tapares,[58] el sultán asesinado, al encontrarse con Tutuses se alegró como un león al hallarse con tan

57. Tienen asegurado el paraíso si mueren tras cometer los asesinatos.

58. Malik Shah.

enorme presa, según dice el poeta,[59] y, tras atacarlo con todo su poder y coraje, rompió las fuerzas de Tutuses en muchas partes. Una vez puestas en fuga, emprendió una persecución sin cuartel. Y murió también el propio Tutuses, que había estado hinchado de orgullo como Novato.[60]

8. Cuando Apelcasem ya había partido, como antes hemos contado, en busca del sultán de Corosán con sus riquezas, su hermano Pulcases llegó a Nicea y la ocupó. Al enterarse de este hecho, el soberano prometió generosos presentes si le entregaba la ciudad y se retiraba de ella. Aunque Pulcases lo deseaba, difería la respuesta en espera de lo que pasara con Apelcasem y remitía mensaje tras mensaje al soberano para dejarlo en suspenso, mientras de hecho aguardaba la llegada de su hermano. Entre tanto, ocurrió más o menos lo siguiente. El sultán de Corosán, que había sido asesinado por los casios, hacía tiempo que retenía en su poder a los dos hijos del gran Solimán. Estos, tras su muerte, huyeron rápidamente de Corosán y llegaron a Nicea. Los moradores de Nicea, al contemplarlos, los acogieron alegremente en una atmósfera de revuelta y Pulcases les entregó gustoso Nicea como herencia de su padre. Clitziastlán, el primogénito de los dos, fue proclamado sultán. Él hizo venir a las mujeres e hijos de los defensores de Nicea y los instaló en ella, reinstaurando en esta ciudad, como alguien diría, la capital de los sultanes. Tras tomar estas medidas acerca de Nicea, retiró a Pulcases del mando, nombró al archisátrapa Mucumet jefe de los sátrapas que estaban en Nicea y tras dejarlo allí, salió contra Melitene.

XIII. Reconquista de Cízico y Apoloníade

1. Estos fueron los acontecimientos relacionados con los sultanes. Por otro lado, el archisátrapa Elcanes[61] con los hombres a su

59. *Il.*, III 23.

60. Heresiarca que vivió en el siglo III, de orgullo proverbial.

61. Ignoramos el nombre real de quien está detrás de este. Ana Comnena emplea la denominación de un título («il-khan») como nombre propio.

mando ocupó Apoloníade y Cízico (ciudades costeras ambas) y devastó toda la región del litoral. El emperador, al enterarse de las andanzas de Elcanes y tras aparejar todas las embarcaciones que encontraba sin importarle su tipo (pues ya ni siquiera se disponía de una flota), embarcó en ellas helépolis así como valientes soldados y, una vez conferida la jefatura a Alejandro Euforbeno, hombre de ilustre linaje y célebre por su valentía, lo envió contra Elcanes. Tan pronto como arribó a Apoloníade, le puso cerco. Durante seis días perseveró en el sitio incluso de noche, hasta apoderarse del primer recinto de la muralla, que normalmente suele llamarse ahora círculo exterior. Pero Elcanes resistía enérgicamente desde su posición en la acrópolis ante la inminencia de los refuerzos procedentes del exterior.

2. Cuando Alejandro vio que un aguerrido ejército bárbaro acudía en socorro de Elcanes y que sus hombres no equivalían ni siquiera a una fracción de las fuerzas atacantes, creyó mejor preservar sus tropas intactas, aunque ello supusiera renunciar a la victoria. Viendo que su situación se iba tornando bastante crítica y que las posibilidades de sobrevivir se habían perdido, se dirigió al mar, embarcó en sus propias naves y emprendió la navegación por el río en dirección al sitio que ocupaba Elcanes. Este, sin embargo, previó las intenciones de Alejandro y se adelantó a ocupar la entrada del lago y el puente sobre el río, cerca del cual hubo antiguamente una antigua iglesia edificada por Santa Helena en honor del gran Constantino, de quien procede el nombre por el que aún hoy se conoce el puente. Tras emplazar en dicha entrada y en el puente a muy aguerridos soldados por ambos lados, les ordenó que acecharan el paso de los barcos. Todos nuestros guerreros cayeron en las redes de Elcanes en el momento de entrar en el lago a bordo de las citadas embarcaciones. Cuando vieron el peligro en el que se habían precipitado, sin saber qué hacer, vararon las naves y desde ellas saltaron a tierra. Cuando llegaron los turcos, se entabló un violento combate. Muchos de nuestros mejores soldados cayeron prisioneros, y muchos también cayeron en el río y fueron arrastrados por sus remolinos.

3. Cuando el emperador se hubo enterado de estos acontecimientos, despachó por tierra contra él un importante contingente de tropas al mando de Opo por hacérsele intolerable la idea de esta derrota. Este llegó a Cízico, de la que se apoderó al primer asalto. Seleccionó luego entre sus filas un número aproximado de trescientos aguerridos soldados, destructores de murallas,[62] y los destacó contra Pemaneno[63], que ocuparon a la primera. De sus defensores, mataron a una parte y enviaron los demás como prisioneros a Opo, que rápidamente los expidió en dirección al emperador. A continuación, levantó el campo de allí, llegó a Apoloníade y no cedía en su asedio.

4. Elcanes, que no contaba con suficientes fuerzas para oponerse a Opo, le entregó la ciudad voluntariamente y él, junto con parientes consanguíneos, desertó al bando del emperador para gozar de sus innumerables obsequios y recibir el mayor de todos ellos, es decir, el santo bautismo. Todos los que se habían negado a seguir a Opo, como Escaliario[64] y (...), que posteriormente sería dignado con el título de hiperperílampros (también ellos ilustres archisátrapas). Cuando se enteraron de la benevolencia que el emperador había mostrado con Elcanes y de las generosas donaciones de las que había sido objeto, acudieron al soberano para obtener también ellos lo que deseaban. Era, en efecto, este monarca, sin sombra de duda, muy piadoso y el sumo pontífice de la religiosidad tanto por su virtud como por su forma de hablar. Era el mejor maestro de nuestro dogma y apostólico en sus convicciones y expresiones, y deseaba introducir en nuestra fe no solo a los famosos nómadas escitas, sino a toda Persia y a cuantos bárbaros habitan en Egipto y Libia celebrando los cultos de Mahoma.

62. Ver II X.2, nota 32.

63. En Misia, al sur de Cízico.

64. Otro «il-khan» que aparecerá también más adelante.

XIV. La invasión de los escitas[65]

1. Pero ya está bien de hablar sobre los turcos. Como quiero contar un ataque más terrible y más grave que el precedente contra el Imperio de los romanos, me remontaré al principio de este episodio histórico. Los enemigos se sucedían uno tras otro como las olas del mar. Una tribu escita, a la que los sármatas hostigaban a diario con sus incursiones de pillaje, levantó el campo de lo que había sido su territorio y descendió en dirección al Danubio. Ante la necesidad que tenían de suscribir pactos con los pueblos que vivían en las riberas del Danubio, cuando estuvieron todos de acuerdo, concluyeron un tratado con los caudillos Tatú, también llamado Cales, Sestlabo y Satzas (es necesario recordar el nombre de sus principales jefes, aunque el cuerpo de la historia se manche con ellos). El primero ocupó Dristra[66] y los otros Bitzina[67] y las demás poblaciones. En suma, como tenían tratados con ellos, pasaron sin temor a la otra orilla del Danubio y comenzaron a devastar las regiones cercanas hasta apoderarse de algunas plazas fuertes. Luego, durante una tregua que obtuvieron, araron y sembraron mijo y trigo.

2. Entonces Traulo, aquel célebre maniqueo que en unión de sus seguidores y sus correligionarios había ocupado en lo alto de una colina la plaza fuerte de Beliatoba y sobre los que ya hemos dado antes amplios detalles,[68] cuando se enteraron de los movimientos escitas, sacaron a la luz las intenciones que ocultaban en su interior desde hacía tiempo y, tras ocupar los escarpados y estrechos senderos, hicieron llamar a los escitas. Desde ese momento, empezaron a saquear todos los territorios de los romanos. Los maniqueos,

65. Como ya ha quedado expuesto, Ana Comnena está sujeta al prestigio de las letras de la Antigüedad. Aquí, como en muchas otras ocasiones, emplea nombres del mundo antiguo aplicados a realidades contemporáneas que nada tenían que ver con aquellos tiempos. En este caso, al hablar de los escitas se refiere, una vez más, a los pechenegos.

66. Silistra, en el Danubio.

67. Kamchyk, cerca de Varna.

68. Ver IV IV.2 y ss.

en efecto, son por naturaleza una raza guerrera y, como los perros, siempre deseosa de gozar con la sangre humana.

3. Cuando el emperador se hubo enterado de esto, ordenó a Pacuriano, el doméstico de Occidente, cuya habilidad para dirigir el ejército, organizar las líneas y desplegar formaciones de muy variada índole conocía bien, que tomase el mando de las fuerzas junto con Branas (hombre este también muy aguerrido) y que partiera contra los escitas. Cuando Pacuriano alcanzó a los escitas, estos estaban atravesando los desfiladeros y fijando su campamento a un lado de Beliatoba. Tan pronto como vio que constituían una numerosa muchedumbre, se negó a presentarles combate pensando que era mejor preservar sus fuerzas sin luchar por el momento, antes que librar batalla con los escitas y que perecieran muchos en una derrota. Pero a Branas, que era muy valiente y arrojado, no le gustaban esas medidas. El doméstico, por su parte, para no dar pie a las sospechas de cobardía por retrasar el momento del combate, cedió a los deseos de Branas. Ordenó entonces que todos se pusieran las corazas, dispuso la formación de combate y avanzó contra los escitas, después de haber elegido para él la parte central de la falange. Como el ejército romano no bastaba contra la numerosa multitud de sus enemigos, todos se atemorizaron sólo con verlos. Sin embargo, atacaron a los escitas y perecieron muchos en esta batalla, incluido Branas, que cayó herido de muerte. En cuanto al doméstico, mientras luchaba valerosamente y hacía intrépidas cargas contra el adversario, se golpeó contra una encina y pronto perdió la vida. El resto del ejército se dispersó en todas direcciones.

4. Cuando el soberano se enteró de este desastre, empezó a lamentar por igual la muerte de todos y cada uno de los caídos. Se dolía en particular por la muerte del doméstico y derramaba torrentes de lágrimas. Apreciaba extraordinariamente a ese hombre incluso desde antes de su proclamación. Sin embargo, no por eso se deprimió e hizo llamar a Taticio, a quien envió con mucho dinero a Adrianópolis para dar a los soldados su sueldo anual, reclutar fuerzas por todas partes y alzar en armas un nuevo ejército capaz de combatir. Asimismo, ordenó a Humbertópulo que dejara en Cízico una fuerte guarnición y que se apresurara a acudir junto a Taticio solo

con los celtas. Este, tan pronto como vio a Humbertópulo junto a sus latinos y como ya tenía un ejército recién reclutado, volvió a animarse y marchó directamente contra los escitas.

5. Una vez llegado a los alrededores de Filipópolis, fijó su campamento junto a la orilla del río que pasa por Blisno. Cuando vio que los escitas regresaban de una incursión trayendo gran botín y cautivos, y a pesar de que aún no había terminado de instalar la impedimenta dentro del campamento, destacó a un elevado número de sus hombres en contra de ellos. Él también se armó y ordenó que todos se pusieran la coraza. Cuando la formación estuvo lista, siguió a los soldados que había mandado por delante. Pero cuando vio que los escitas con su botín y sus cautivos se estaban uniendo al resto del ejército escita por la orilla del Euro, dividió en dos su ejército, ordenó que se lanzara el grito de guerra por ambas partes y, en medio de alaridos y de un gran clamor, atacó a los bárbaros. Tras librarse una violenta batalla, la mayoría de los escitas perecieron, y muchos lograron salvarse gracias a que se dispersaron. Él, a su vez, después de recoger todo el botín, retornó vencedor a Filipópolis.

6. Emplazó allí todo su ejército y reflexionaba sobre el lugar y el modo de volver a atacar a los bárbaros. Sabedor del inabarcable número de sus fuerzas, diseminó por doquier a exploradores para que pudieran traerle detallados informes sobre la situación de los escitas. A su regreso, los exploradores dijeron que una numerosa muchedumbre de bárbaros permanecía en torno a Beliatoba, mientras devastaban los alrededores. Taticio se encontraba impotente mientras esperaba la llegada de los escitas sin disponer de fuerzas suficientes para enfrentarse a tan gran ejército y completamente desbordado por sus reflexiones. No obstante, afilaba su espada y daba ánimos a su ejército para la batalla. Se presentó entonces un hombre que le informó del avance de los bárbaros contra él y le dijo que estaban al llegar de un momento a otro.

7. Enseguida se armó y tan pronto como tuvo a su ejército armado, atravesó el Euro, alineó sus falanges y organizó la formación de combate. Él ocupaba el centro de las líneas. Los bárbaros, por su parte, después de ordenar sus fuerzas para la batalla al modo esci-

ta, parecían buscar el combate e instigar a sus adversarios para que presentaran batalla. No obstante, ambos ejércitos se temían mutuamente y retrasaban el momento del enfrentamiento. Mientras el romano tenía miedo de la multitud de los escitas, el escita se asustaba al ver a todos los soldados con sus corazas, con sus estandartes y al observar el brillo de sus armaduras y el resplandor que de allí brotaba y que relucía como un astro. De todos ellos, solo los valientes y osados latinos deseaban entrar en combate, para lo cual afilaban sus espadas al mismo tiempo que sus dientes. Pero Taticio los retenía, porque era una persona prudente y capaz de prever con facilidad lo que podría pasar. Así pues, ambos ejércitos tomaron posiciones, mientras acechaban sus mutuos movimientos, sin que ningún soldado se atreviera a avanzar a caballo desde sus filas por la tierra de nadie. Cuando el sol llegó al ocaso, cada uno de los jefes regresó a su campamento. Esto vino sucediendo durante dos días. Como ningún contendiente, aun estando listos para la batalla y a pesar de colocarse a diario en formación de combate, se atrevía a iniciar la batalla con el otro, cuando llegó el alba del tercer día, los escitas se retiraron. Taticio, al darse cuenta, los atacó sin perder tiempo; pero era parecido, como se dice, a «un infante corriendo en pos de un carro lidio».[69] Los escitas se adelantaron y cruzaron el valle conocido por Sidera. Como no pudo darles alcance en ese sitio, replegó todas sus fuerzas y retornó a Adrianópolis. Dejó allí a los celtas, dio licencia a los soldados para que cada uno se marchara a su casa y volvió a la capital con una parte del ejército.

69. Proverbio de origen pindárico. Plutarco, *Nicias,* I; *Moralia,* 65 B.

LIBRO VII

Campañas contra los escitas (1087-1090)

I. Tzelgú invade el Imperio. Maurocatacalon derrota a los escitas

1. Cuando la primavera hizo su aparición, Tzelgú (el jefe que mandaba el ejército escita) traspasó el valle superior del Danubio a la cabeza de un abigarrado ejército de aproximadamente ochenta mil hombres, compuesto de sármatas, escitas y un no escaso contingente dacio,[1] cuyo caudillo era el llamado Salomón, y empezó a devastar las ciudades colindantes a Cariópolis.[2] Tras su llegada a la propia Cariópolis y la recogida de un abundante botín, llegó a un lugar denominado Escotino. Al enterarse de estas noticas, Nicolás Maurocatacalon y Bembetziotes, que se llamaba así por la tierra de donde era originario,[3] ocuparon Pánfilo[4] con las fuerzas a su mando. Al ver que los habitantes de las aldeas precipitaban su marcha en dirección a las ciudades y fortalezas por el gran miedo que sentían, levantaron el campo del lugar conocido como Pánfilo y ocuparon el pueblo de Cule a la cabeza de todo su ejército. Los escitas, que venían detrás de ellos y se encontraron con los que se suele denominar «los fatigados» (este es el término empleado por

1. Húngaro.

2. Hoy Haryabolu, en la costa turca europea del mar de Mármara.

3. Hay una ciudad del mismo nombre a orillas del Éufrates.

4. Entre Rodosto y Cariópolis

los soldados)[5] del ejército romano, iban tras ellos como si estuvieran siguiéndoles la pista.

2. Cuando amaneció el día, Tzelgú emplazó sus propias fuerzas y decidió dar la batalla a Maurocatacalon. Este, por su parte, ascendió a la colina que dominaba la llanura con algunos de sus jefes para observar las fuerzas bárbaras. Al ver la masa de los escitas, se agitó deseando entrar en combate, pero contuvo al ejército romano porque sabía que no equivalía ni siquiera a una fracción de las fuerzas bárbaras. A su regreso, debatió con los oficiales de todo el contingente, incluido el propio Yoanaces, la posibilidad de atacar a los escitas. Dada la insistencia de ellos para que se combatiera y como también él se inclinaba más por dicha postura, dividió las fuerzas en tres secciones, ordenó proferir el grito de guerra y entró en combate con los bárbaros. En aquella ocasión, muchos escitas cayeron heridos y no pocos murieron. El propio Tzelgú, que había luchado valientemente y que había hecho estragos en todas las falanges romanas, fue herido de muerte y perdió la vida. La mayoría de ellos cayó durante su huida en el torrente que hay entre Escotino y Cules y se ahogaron mientras eran pateados unos por otros. En suma, tras haberse alzado con una brillante victoria sobre los escitas, los hombres del emperador entraron en la capital. Una vez hubieron recibido regalos y honores según sus méritos por parte del emperador, retornaron a su puesto con quien había sido nombrado gran doméstico de Occidente, Adriano Comneno, el hermano del emperador.

II. Diversos encuentros con los escitas. Descripción de la sala Púrpura del palacio y elogio de Nicéforo Brienio

1. Aunque con esta acción bélica los escitas fueron expulsados de los territorios de Macedonia y Filipópolis, tras regresar nuevamente a las riberas del Istro, fijaron allí su residencia y se dedicaron a saquear a su total antojo nuestros territorios como si fueran suyos. Al

5. El término de la jerga soldadesca que emplea Ana Comnena es «kopós» [κοπός] que significa literalmente, «esfuerzo», «trabajo», «fatiga». retaguardia del ejército bizantino.

oír estas noticias, el emperador no pudo consentir que los escitas se instalaran dentro de las fronteras romanas, porque también temía que atravesaran los desfiladeros[6] y cometiesen mayores tropelías que las de antes. Por ello, después de organizar y equipar bien el ejército, llegó a Adrianópolis, de donde partió en dirección a Lardeas, lugar que se halla entre Diámpolis y Goloe.[7] Allí, tras nombrar jefe a Jorge Euforbeno, lo envió por mar contra Dristra.

2. Durante su permanencia de cuarenta días allí, el soberano mandó buscar tropas por todas partes. Cuando hubo reunido un importante ejército, se planteó la necesidad de atravesar los desfiladeros y presentar batalla a los escitas. «No se les debe dar tregua a los escitas bajo ningún concepto», decía el emperador haciendo una observación lógica respecto a estos bárbaros. Efectivamente, las invasiones de los escitas no comenzaban ni mucho menos en una de las cuatro estaciones y terminaban en la siguiente, concluyendo en verano la que había comenzado en primavera, o en invierno la que lo había sido en otoño. Tampoco el ciclo de un año circunscribía este azote; por el contrario, estuvieron turbando durante bastantes años los dominios romanos, aunque nosotros aquí solo recordemos algunos pocos acontecimientos de los muchos que tuvieron lugar. Tampoco se dividían en pareceres opuestos. Aunque el soberano los provocaba con toda clase de medios, no hubo uno solo que se pasase ocultamente al bando del emperador, y mantenían hasta entonces criterios inflexibles.

3. Así las cosas, Nicéforo Brienio y Gregorio Maurocatacalon, a quien, tras caer prisionero de los escitas, el emperador había rescatado por la cantidad de cuarenta mil monedas, se negaban a aceptar una guerra con los escitas en el Paristrio. A su vez, Jorge Paleólogo, Nicolás Maurocatacalon y otros tantos, todos ellos jóvenes y en plenitud de energía, se sumaban al parecer del empera-

6. Se refiere a los pasos que atraviesan la cordillera de los Balcanes.

7. Esta zona está en torno al río actualmente llamado Tundja o Tundzha, que corre desde Bulgaria hasta la Turquía europea y desemboca cerca de Edirne (antiguamente, Adrianópolis). Diámpolis es Yambol actualmente.

dor e insistían en atravesar el valle del Hemo[8] y presentar batalla a los escitas en el Paristrio. Con ellos también estaban los dos hijos del soberano Diógenes, Nicéforo y León, que habían nacido en la sala Púrpura del palacio tras su ascenso al trono imperial y que desde entonces fueron llamados porfirogénetos.

4. La Púrpura es una estancia del palacio construida sobre una planta cuadrangular desde su base hasta el arranque del techo, desde donde cambia de forma para terminar en pirámide. Por el lado del mar, mira al puerto en el que se hallan las estatuas de piedra de toros y leones.[9] El suelo fue embaldosado y las paredes recubiertas de un mármol que no era de cualquier tipo, como tampoco de una clase valiosa, pero asequible, sino que está adornada con aquel que los antiguos emperadores mandaron traer de Roma. Es este mármol, por resumir, de color púrpura, y lo recorre una especie de picaduras blancas parecidas a los granos de arena. Por el color de este mármol, creo, nuestros antepasados denominaron la Púrpura a esta estancia.

5. Como decía, cuando la trompeta con su estentóreo sonido animó a todo el mundo a marchar contra los escitas por la senda del Hemo, Brienio, que intentaba impedir el empeño del soberano sin convencerlo, dijo sentenciosamente: «Sabed, Majestad, que si atravesáis el Hemo, pondréis a prueba los caballos más probados». Ante los requerimientos de alguien para que explicase el sentido de la frase, añadió: «Durante la huida». Este hombre, aunque había perdido la vista por su rebelión, era reconocido, al menos, como el más experto y fino consejero en asuntos de estrategia y táctica. Remitimos al muy gran césar[10] a todo aquel que desee saber con mayor detalle cómo el mencionado Brienio fue cegado a raíz de su

8. Uno de los desfiladeros mencionados por Ana Comnena. El Hemo es un monte de la cordillera.

9. El puerto de Bucoleón, un pequeño puerto artificial en el mar de Mármara construido probablemente en el siglo VI.

10. Nicéforo Brienio, *Materia para una historia,* [Ὕλη ἱστορίας]; *Alexíada,* I IV-VII.

rebelión o levantamiento contra el soberano Botaniates y cómo, capturado por Alejo Comneno, quien a la sazón era gran doméstico de las tropas de Oriente y Occidente, fue entregado a Borilo con los ojos intactos.

6. Dicho césar, que se convirtió en yerno de Alejo, cuando este ya poseía el cetro de los romanos, era hijo[11] del antes citado Brienio. Cuando toco estos temas, mi alma se hunde en la turbación y el sufrimiento me ahoga. Este hombre hacía gala de un sabio proceder y de un muy sabio intelecto. El vigor, la agilidad, la belleza física y, en una palabra, todas las cualidades que embellecen tanto el cuerpo como el alma se dieron cita en este mismo hombre para adornarlo. Porque en una sola persona la naturaleza engendró y Dios creó la más extraordinaria criatura en todos los aspectos. Del mismo modo que Homero celebró a Aquiles entre los aqueos, así también se habría podido hablar de mi césar entre todos los seres que han visto la luz del sol. Además, dicho césar no por haber obtenido el primer puesto en el ejercicio de las armas desatendía el cultivo de las letras; por el contrario, con la lectura de toda clase de libros y su aplicación a toda clase de ciencias extrajo de ellos un amplio conocimiento de nuestro saber, tanto actual como antiguo.[12] Posteriormente, se consagró también a las letras y escribió por orden de mi señora y madre (me refiero a la emperatriz Irene) una obra digna de elogio y de ser leída, donde había expuesto la historia de los hechos de mi padre antes de asumir de las riendas del Imperio. En ella expuso con bastante exactitud los acontecimientos protagonizados por Brienio, describiendo igualmente las desgracias de su progenitor con respeto a la verdad y relatando las hazañas de su suegro, pues no habría podido mentir sobre ninguno de los dos, al ser de uno pariente político y de otro, pariente por su sangre. Pero ya hicimos referencia a este particular en las primeras páginas de esta obra.

11. Hay una discusión erudita sobre si el término usado por Ana Comnena, «apógonos» [ἀπόγονος] quiere decir «hijo» o «nieto».

12. Se refiere tanto al conocimiento de las letras sagradas como de las profanas del paganismo.

7. Los escitas vieron que Jorge Euforbeno avanzaba contra ellos con un importante ejército y una flota a través del Istro. Es este un río que fluye desde lo alto de los montes occidentales y que, después de pasar unas cataratas, desemboca por cinco cauces en el Ponto Euxino. Corre amplio y caudaloso por extensas llanuras y gracias a que es navegable, los barcos más grandes y pesados flotan en él. No tiene un único nombre. En su parte superior y cercana a las fuentes se le denomina Danubis, mientras que en su parte inferior y próxima a la desembocadura se denomina Istro. Pues bien, el bando de los escitas, al observar que Jorge Euforbeno venía por este río y al saber que el soberano estaba a punto de llegar por tierra con un numerosísimo ejército, se vieron incapaces de hacer frente a ambos contingentes, por lo que buscaron un modo con el que poder escapar de tan grave peligro. Enviaron, entonces, a ciento cincuenta embajadores escitas para iniciar unas posibles negociaciones de paz, para lo cual, por aquí y por allá, simultáneamente, combinaron sus amenazas con la promesa de estar dispuestos a apoyar al soberano con tres mil jinetes, cuando él lo indicara, en el caso de que quisiera acceder a sus demandas.

8. El soberano, por su parte, se daba perfecta cuenta de que los escitas estaban mintiendo y de que habían enviado esa embajada por huir del inminente peligro. Sabía que si tuvieran oportunidad, alimentarían la brasa oculta de su perfidia hasta convertirla en una gran hoguera, y no recibió a la embajada. Mientras se estaba en tales tratos, Nicolás, uno de los secretarios al servicio del soberano, se acercó a su oreja y le dijo quedamente: «Majestad, aguardad a que en un momento se produzca un eclipse de sol». Como el emperador no se fiaba, Nicolás juró que no se equivocaba. Y con la agilidad mental que lo caracterizaba, se volvió a los escitas y les dijo: «Remito a Dios la decisión final. Si el cielo diera pronto algún signo inequívoco, sabréis con seguridad que yo no acepto en justicia vuestra embajada ante la sospecha de que vuestros comandantes no portan un sincero mensaje de paz. De no ser así, se probará que estaba errado en mi conjetura». No habían pasado aún dos horas, cuando la luna se superpuso sobre el sol y, eclipsando su luz, oscureció toda la superficie del disco.

9. Los escitas quedaron espantados. Entonces, el soberano los entregó a León Nicerites (un eunuco que había vivido desde pequeño en la milicia y que era muy apreciado), con la orden de que los condujese hasta la ciudad imperial con una fuerte escolta. Este emprendió muy resueltamente el camino a Constantinopla. Pero estos bárbaros, que solo pensaban en su libertad, cuando llegaron a la Pequeña Nicea,[13] mataron a los guardias, que cubrían negligentemente su vigilancia, y retornaron al lado de quienes los habían enviado por unos senderos bastante tortuosos. En cuanto a Nicerites, que había tenido dificultades para ponerse a salvo, alcanzó al soberano junto con tres hombres en Goloe.

III. Derrota bizantina y hazañas del emperador

1. Cuando el emperador tuvo conocimiento de estos hechos, por temor a que los embajadores, instigando a todo el ejército escita, lo hicieran caer sobre él y sin esperar a que un sueño lo incitase a combatir, como le sucedió a Agamenón, el hijo de Atreo,[14] franqueó el desfiladero de Sidera hasta llegar al río Bitzina,[15] que corre desde los montes cercanos, donde fijó su campamento. Allí, muchos de los hombres que se habían alejado del campamento para forrajear fueron muertos, y muchos, también capturados. Al alba, el emperador salió rápidamente en dirección a Pliscoba,[16] desde donde ascendió a una colina llamada de Simeón, que también era denominada por los lugareños Cortes[17] de los Escitas. Allí, volvió a pasarles la misma desgracia a los que se habían alejado del campamento en busca de suministros.

13. También llamada Nikitza, al sudeste de Adrianópolis. Hoy, Hafsa o Havsa.

14. *Il.*, IX 1 y ss.

15. Río de Bulgaria oriental.

16. Pliskova-Pliska, en Bulgaria oriental, al noroeste de Kolarovgrad.

17. En el sentido de «parlamento», «lugar de deliberación».

2. Al día siguiente llegó junto a un río que pasa por las cercanías de Dristra a una distancia aproximada de veinte y cuatro estadios,[18] donde situó la impedimenta y fijó el campamento. Pero los escitas atacaron en masa la tienda del emperador por la retaguardia. Mataron a un importante número de hombres pertenecientes a las tropas ligeras y capturaron también a algunos maniqueos, que habían luchado con enorme valor. Tan gran alboroto y confusión creó esta sorpresa en el ejército, que la tienda del emperador cayó desarbolada por efecto de los caballos que corrían sin control, hecho que los opuestos al emperador interpretaron como un mal augurio. Pero el emperador expulsó lejos del campamento a los bárbaros atacantes con una parte de su ejército para acabar con el tumulto. Tan pronto como hubo montado a caballo y hubo apaciguado el tumulto, se dirigió con sus fuerzas en correcta formación a Dristra (una célebre ciudad de la ribera del Istro) para asediarla con helépolis. Puso manos a la obra sin vacilar, la cercó por entero y, tras derrumbar uno de los lienzos de la muralla, entró con todo su ejército.

3. Los parientes del llamado Tatú, que había partido con anterioridad para concertar una alianza con los cumanos[19] y traérselos de vuelta a los escitas como refuerzos, ocupaban aún las dos acrópolis de la mencionada ciudad. Ese, cuando se disponía a partir, se había despedido de los suyos diciéndoles: «Sé con toda seguridad que el emperador piensa asediar esta ciudad. Por tanto, cuando veáis que él está a punto de llegar a esta llanura, apresuraos a ocupar el promontorio que la domina por sernos el lugar más favorable de todos y emplazad allí un campamento. De ese modo, el emperador no tendrá facilidad para asediar la fortaleza, porque al mismo tiempo estará temeroso del daño que podáis causarle por retaguardia. Entre tanto, de noche y de día no dejéis de enviar guerreros contra él sin descanso». Pero el soberano previó lo que se requería hacer y, tras abandonar el asedio de las ciudadelas, partió de allí. Cuando hubo alcanzado un torrente próximo al Istro, fijó el campamento y convocó una deliberación sobre la posibilidad de atacar a los escitas.

18. 3,6 kilómetros.

19. Tribu turca originaria de los Urales, los polovtsianos.

4. Paleólogo y Gregorio Maurocatacalon rechazaban la batalla con los patzinaces[20] y aconsejaban presentarse con toda la panoplia en Gran Peristlaba.[21] «Pues cuando los escitas», dijeron, «nos vean marchar con nuestras armas y bien formados, no se atreverán para nada a combatir contra nosotros. Incluso en el caso de que sus jinetes osen a combatir sin sus carros, sabedlo bien, serán derrotados. Así, nosotros tendríamos en adelante Gran Peristlaba como una plaza bien fortificada». Es esa una famosa ciudad que se encuentra junto al Istro. Antiguamente, no era conocida por esa denominación bárbara, sino que poseía un nombre griego, «Gran Ciudad», porque lo era y merecía este nombre. Pero desde los tiempos en que Mocro,[22] el emperador de los búlgaros, sus sucesores y, en no menor grado, el último miembro de su dinastía, Samuel, el equivalente del Sedecías judío,[23] hicieran incursiones por Occidente, adquirió un nombre compuesto y fue llamada con el término griego «Gran», seguido de una palabra en el idioma de los eslavos, quienes al final conocían a esta ciudad en todas partes como Gran Peristlaba.

5. «Entonces, reservándola como un refugio», continuaron diciendo los partidarios de Maurocatacalon, «hostigaremos sin descanso con emboscadas diarias a los escitas y les impediremos salir de su campamento para forrajear o por los suministros necesarios». Mientras se discutía esta propuesta, Nicéforo y León, los hijos de Diógenes, tras desmontar de sus caballos, tras quitarles el bocado y golpearlos en la grupa para que fueran a comer el mijo, añadieron, como jóvenes que eran y desconocedores de las penalidades de la guerra: «No temáis, Majestad, pues nosotros los destrozaremos con nuestras espadas desenvainadas».

6. Pero el emperador, que tenía un temperamento muy arrojado y propenso por naturaleza a iniciar ofensivas, no prestó ni un segundo de atención a las personas que intentaban disuadirlo y, tras encomendar la

20. Pechenegos.

21. Preslav, en Bulgaria oriental.

22. ¿Krum? (802-814). Samuel (997-1014).

23. Por ser también el último rey de Judá, antes de la destrucción del reino por los babilonios a principios del siglo VI a. C.

custodia de la tienda imperial y de toda la impedimenta a Jorge Cutzomites, los envió a Betrino. En cuanto a sus tropas, les ordenó que por ningún motivo encendiesen hogueras y lámparas durante esa noche y que estuvieran en vela junto a sus caballos hasta la salida del sol. Al alba, salió él del campamento y, una vez tuvo divididas las fuerzas y colocadas las falanges en formación de combate, pasó revista al ejército. Después, ocupó él la posición central de la formación, compuesta por sus parientes de sangre, sus íntimos y su hermano Adriano, quien comandaba en aquella ocasión a los latinos y a otros valientes guerreros. El ala izquierda la mandaba el césar Nicéforo Meliseno, marido de una hermana del emperador.[24] A la cabeza del ala derecha iban Castamonites y Taticio, y a los extranjeros los dirigían los sármatas Uzás y Caratzás. El emperador encargó de su custodia personal a un grupo de seis hombres y les ordenó que no se dedicasen a más tarea que la de velar por su seguridad. Ellos eran los dos hijos de Romano Diógenes, Nicolás Maurocatacalon, hombre con una abundante y prolongada experiencia sobre la guerra, Yoanaces, Nampites, jefe de los varegos, y un servidor de la familia llamado Gules.

7. Los escitas también dispusieron su formación de combate, puesto que saben de forma natural cómo se debe plantear la batalla y ordenar la falange. Tras organizar las secciones de sus tropas, compactar tácticamente las líneas y convertir su ejército en una especie de muralla con ayuda de sus carros, avanzaron en masa contra el soberano lanzando proyectiles desde lejos. El soberano, a su vez, adaptó la formación de sus tropas para hacer frente a aquellos escuadrones y ordenó que ningún hoplita avanzara ni que se deshiciera la cohesión de las líneas hasta que no estuvieran cerca de los escitas y que luego, cuando vieran que el terreno entre los dos ejércitos atacantes tenía la extensión de una rienda, corrieran hacia el enemigo.

8. Así pues, mientras el soberano estaba tomando estas disposiciones, aparecieron los escitas a lo lejos acompañados de sus carros, mujeres y niños. El combate duró de la mañana a la noche y se produjo una gran cantidad de muertos con numerosas bajas por uno y otro

24. Eudocia.

bando. Cuando León, el hijo de Diógenes, cargaba con gran energía sobre los escitas, se dejó llevar más de lo conveniente en la dirección de los carros y allí cayó herido de muerte. Por otra parte, Adriano, el hermano del monarca, a quien en aquella ocasión se le había confiado el mando de los latinos, al darse cuenta de que el ímpetu de los escitas era incontenible, cargó a rienda suelta hasta donde estaban los carros y tras un valiente enfrentamiento regresó solo con siete hombres, puesto que todos los demás habían sido o bien degollados, o bien capturados por los escitas. La batalla iba igualada y ambos ejércitos luchaban aún con decisión. Cuando aparecieron a lo lejos algunos jefes escitas que venían seguidos por treinta y seis mil hombres, los romanos, al no poder ya resistir a tan enorme multitud de enemigos, volvieron la espalda.

9. Sin embargo, el emperador estaba a la cabeza de sus fuerzas y permanecía con la espada desenvainada, mientras sostenía en la otra mano el palio[25] de la Madre del Verbo a guisa de estandarte. Había sido abandonado en unión de veinte valientes caballeros que eran Nicéforo, hijo de Diógenes, el protostrátor Miguel Ducas, hermano de la augusta,[26] y algunos servidores de la familia. Entonces, tres infantes escitas, lo agarraron de un salto, uno de cada lado de la brida y otro de la pierna derecha. Él cortó al instante la mano de uno, puso en fuga al otro solo con alzar su espada acompañando el gesto con un grito y propinó al que le agarraba la pierna un tajo en el yelmo. Pero este mandoble resultó ser bastante débil, y no fue descargado de un golpe con todas sus fuerzas. Dado que un mandoble enérgico de la espada la desvía inevitablemente, temía que le ocurriese una de las dos cosas, o que se hiriese en su propio pie o al caballo en el que montaba y, de este modo, fuese capturado por los enemigos. Por esto le asestó rápidamente un segundo golpe moviendo con prudencia la mano. Así era él, en efecto, llevaba a cabo toda acción, palabra y movimiento con la sensatez siempre presente, sin exaltarse por la cólera y sin dejarse arrastrar por sus impulsos. Como al

25. Una reliquia de la Virgen, una capa corta. Estaba depositada en la iglesia de Blaquernas y era llevada a veces en campaña por los emperadores bizantinos.

26. Irene, la esposa de Alejo.

primer mandoble de la espada el yelmo había rodado por tierra, asestó otro golpe en la cabeza descubierta del escita y este, al instante, quedó tumbado en el suelo sin un gemido.

10. Cuando el protostrátor vio la desordenada huida de las tropas (las falanges ya se habían dispersado en una anárquica fuga) dijo: «¿Por qué, Majestad, intentáis permanecer más tiempo aquí? ¿Por qué entregar vuestra vida, derrochando inútilmente vuestras posibilidades de salvación?» Y él le respondió que era mejor morir luchando con valentía que salvarse gracias a una acción indigna. El protostrátor añadió: «Si dijerais esas palabras siendo un hombre cualquiera, seríais digno de alabanza; pero si vuestra muerte comporta un riesgo universal, ¿por qué no escoger el mejor camino? Si os salváis, podréis volver a luchar y vencer». Por tanto, cuando el soberano vio que el peligro era ya demasiado inminente a causa de las embestidas de los escitas, perdida ya la esperanza de salvación, dijo: «Ahora es cuando debemos pensar en salvarnos, si Dios quiere; pero no tomemos el mismo camino que los fugitivos y así evitaremos que quienes ahora persiguen a los nuestros nos encuentren al dar la vuelta. Mejor es que carguemos contra ellos», dijo señalando con la mano a los escitas situados en el extremo de la formación, «como si hoy naciéramos para morir. De este modo, con ayuda de Dios, cuando hayamos atravesado las filas escitas, podremos irnos por otro camino». Al término de sus palabras, exhortó a los demás para que lo siguieran y él mismo fue el primero en lanzarse como el fuego contra los escitas. A uno de ellos, que se encontró de frente, lo golpeó con su espada, y el enemigo al instante rodó de la silla. Tras romper en dos con los hombres a su mando la compacta formación escita, alcanzó el terreno que había en la retaguardia de los escitas.

11. Estas hazañas fueron las del emperador. En cuanto al protostrátor, su caballo resbaló y él cayó derribado inmediatamente. Uno de los servidores le cedió su caballo. Y cuando alcanzó al soberano ya no se separó de él ni un dedo por la enorme devoción que le tenía. A causa de la gran confusión que se produjo entre los que huían y los que perseguían, un nuevo grupo de escitas dio alcance al emperador. Este no tardó en volverse y asestó un golpe con su espada a uno de sus perseguidores. Los que estuvieron presentes en aquellos

momentos afirmaban que no solo mató a este, sino también a todos los demás del grupo. Cuando otro escita, que había dado alcance a Nicéforo Diógenes, iba a atacarlo por la espalda, el soberano, que se dio cuenta, gritó a Diógenes: «¡Detrás de ti, Nicéforo!» Y él, volviéndose rápidamente, hizo impacto con su espada en la cara al enemigo. Nosotros hemos oído al emperador afirmar en momentos posteriores a esos hechos que nunca había sido testigo de una agilidad y habilidad tan grandes en ningún hombre. Y añadió: «Si no hubiera llevado el estandarte aquel día, habría matado a más escitas que pelos tiene mi cabeza». No estaba vanagloriándose. ¿Alguien había alcanzado un punto más extremo de modestia? Sin embargo, las conversaciones y las propias características de sus actos a veces lo obligaban a contarnos en privado algunos momentos de su vida, si bien era forzado a ello muchas veces por nosotros. Nadie ajeno a su círculo oyó nunca al emperador soltar ninguna jactancia.

12. Debido a un fuerte viento y al ataque de los patzinaces, le costaba trabajo sostener el estandarte. Entonces, un escita que manejaba con ambas manos una gran lanza le golpeó en el glúteo y aunque no le llegó a rozar la piel, le causó un dolor incurable que persistió en él durante años. Tan apurado estaba por la situación que dobló el estandarte y lo escondió en una germandria para que nadie pudiera verlo. Él, por su parte, se salvó corriendo durante la noche camino de Goloe. Con el día, llegó a Beroe,[27] donde se quedó porque deseaba rescatar a los cautivos.

IV. Hazañas de Paleólogo. Rescate de los prisioneros romanos en poder de los escitas

1. Aquel día, Paleólogo, cuando sus tropas habían sido ya derrotadas, cayó de su caballo durante la huida y lo perdió. Como estaba en apuros y veía que el peligro se cernía sobre su cabeza, mientras miraba alrededor por si encontraba su caballo, vio que León, el proedro de Calcedonia, de quien hemos hablado anteriormente, revestido

27. Hoy Stara Zagora.

del hábito religioso le cedía el suyo, en el que montó y se dio a la fuga, y ya no volvió a ver a aquel piadoso varón. Ese hombre era, ciertamente, una persona de espíritu franco y de un carácter auténticamente digno de un patriarca. Sin embargo, tenía una mente bastante simple, mostraba en ocasiones un celo irreflexivo y no tenía un conocimiento exacto de los sagrados cánones. Por todo ello, como arriba se ha dicho, había sufrido penalidades hasta que fue depuesto de su sede. Paleólogo siempre estuvo unido a este hombre, al que estimaba muchísimo por lo excelso de su virtud. En suma, no sabría decir si Paleólogo tuvo una aparición de origen divino motivada por su firme confianza en ese hombre, o si la presencia de ese obispo se debió a algún otro secreto designio de la Providencia.

2. Mientras era perseguido por los patzinaces entró en un lugar cenagoso y de espesa vegetación, donde encontró a ciento cincuenta soldados romanos. Como estaban angustiados por el cerco de los escitas, puesto que no eran lo bastante numerosos como para hacer frente a tantos enemigos y conociendo desde siempre la valentía y firmeza de las decisiones de Paleólogo, estaban pendientes de la decisión que adoptase. Él aconsejó atacar a los escitas sin pensar para nada en la salvación personal y, creo, conseguirla por ello: «Debemos ratificar con un juramento este criterio, para que, al estar todos de acuerdo, a nadie se le ocurra abandonar el ataque contra los escitas porque piense que tanto la salvación como los riesgos solo le atañen a cada uno personalmente». Así pues, tras una impetuosa carga, golpeó al primero que encontró. Este aturdido por el vértigo, quedó enseguida tendido en tierra. De los demás, que habían cargado con decisión, unos cayeron y otros regresaron de nuevo a aquel espeso bosque como a una guarida, donde se ocultaron para salvarse.

3. Mientras Paleólogo, que de nuevo era perseguido por los patzinaces, alcanzaba una colina, su caballo fue a desplomarse por una herida. Entonces, él subió por un monte cercano. En su búsqueda de un camino que lo salvase y que no había forma de encontrar, estuvo errando durante once días hasta hallar a una mujer, viuda de un soldado, que le ofreció unos días de hospitalidad. Y sus hijos, que habían salvado también la vida, le indicaron el camino que lo salvaría.

4. Estas fueron las gestas de Paleólogo. Los caudillos escitas, por otra parte, deseaban matar a los cautivos que retenían, pero la masa de su pueblo no estaba de acuerdo en absoluto con estas intenciones porque pretendían canjearlos por un rescate en dinero. Como fue esta la decisión que se adoptó, se dio cuenta de ello al emperador mediante una carta remitida con Meliseno, que, aun en su condición de prisionero, había insistido a los escitas para que adoptasen esa resolución. El emperador, que aún permanecía en Beroe, tras hacer transportar desde la ciudad imperial una suficiente cantidad de dinero, rescató a los cautivos.

V. Intervención de los cumanos. Digresión sobre el lago Ozolimne[28]

1. Entre tanto, Tatú llegó al Istro en compañía de los cumanos con los que se había aliado, quienes, al ver tan enorme botín y el contingente de cautivos, dijeron a los jefes escitas: «Nosotros abandonamos nuestros hogares y, tras largas jornadas de camino, hemos venido en vuestra ayuda con idea de compartir tanto el peligro como la victoria. Una vez que hemos cumplido nuestra parte, no se nos debe despachar con las manos vacías. Si hemos llegado tarde a la batalla, no ha sido premeditadamente, ni somos nosotros los responsables del retraso, sino el emperador, que anticipó la hora del combate. En definitiva, o repartís todo el botín con nosotros, o nos tendréis como enemigos en vez de aliados». Los escitas se negaron a admitir estas exigencias y como los cumanos tampoco podían tolerar esta actitud, se produjo un violento enfrentamiento entre estos y los escitas, que salieron derrotados y se salvaron a duras penas gracias a que huyeron en dirección al lago llamado Ozolimne. Allí permanecieron durante bastante tiempo sin atreverse a cambiar de posición por las presiones a que los sometían los cumanos.

28. Situado en Valaquia.

2. El que nosotros denominamos ahora Ozolilmne es un lago de gran diámetro y extensión que en nada desmerece por su tamaño a los que fueron célebres entre los geógrafos antiguos. Está al otro lado de las Cien Colinas y en él desembocan ríos muy bellos y caudalosos. De la gran profundidad de este lago da prueba el que pueda mantener a flote numerosas y enormes naves de transporte. Se lo denomina Ozolimne no porque presente emanaciones perjudiciales o pestilentes,[29] sino porque a raíz de la llegada de un ejército huno al lago (los hunos son vulgarmente conocidos como uzos) y de su acampada a las orillas del lago, se empezó a llamar, creo, a este lago Uzolimne. Sustituyendo la vocal «o» por «u», tenemos su nombre actual. Sin embargo, en ninguna fuente antigua consta que se reuniera allí ningún ejército huno. Fue más bien en la época del soberano Alejo cuando todos se juntaron allí procedentes de todas partes y dieron nombre al lugar.

3. Quede aquí constancia de estos detalles referidos a ese lago, cuya historia hemos sido nosotros los primeros en recoger a fin de demostrar que muchos lugares recibieron sus denominaciones gracias a las diversas campañas del soberano Alejo, ya fuera por inspiración directa de él, ya fuera por inspiración de los enemigos que lo atacaban. Algo parecido tengo entendido que pasó también en tiempos de Alejandro, el rey de los macedonios. En efecto, tanto la Alejandría de Egipto, como la Alejandría de la India recibieron de él sus nombres. Sabemos también que Lisimaquia recibió su denominación por Lisímaco, uno de sus soldados. No podría extrañarme, por tanto, que el emperador Alejo, recogiendo ese celo propio de Alejandro, confiriera a los lugares nuevas denominaciones por los pueblos que se reunieran allí o que él convocara, o que transmitiera su propio nombre a los sitios en razón de las acciones que él había realizado en ellos. Quede constancia de estos detalles sobre el citado lago Ozolimne por su valor histórico. En cuanto a los cumanos, al carecer de suministros, retornaron a sus propios hogares para volver

29. La conjetura desechada por la autora se basa en la presencia de la raíz «oz-» [ὀζ-], que significa «oler» en griego, y el sustantivo «limne» [λίμνη], que significa «lago».

de nuevo contra los escitas una vez hubieran conseguido sus suministros.

VI. Fracasos del emperador en su política de evitar las incursiones escitas mediante tratados de paz

1. Entre tanto, el emperador, que se hallaba en Beroe, concentró allí y armó a los prisioneros rescatados y a todo el resto del ejército. Fue entonces también cuando el conde de Flandes,[30] a su regreso de Jerusalén, llegó a presencia del soberano y le prestó el juramento acostumbrado por los latinos con la promesa de que, nada más llegar a su casa, le enviaría como refuerzos quinientos caballeros. El emperador, tras recibirlo con todos los honores, despidió al latino, que se marchó satisfecho a su tierra. Luego, el soberano levantó de allí el campamento y, con las nuevas fuerzas que había reclutado, llegó a Adrianópolis.

2. Los escitas atravesaron el valle entre Goloe y Diámpolis y fijaron su campamento en torno al lugar llamado Marcela. El soberano, por su parte, al enterarse de las noticias relativas a los cumanos y como esperaba su vuelta, sentía temor y estaba receloso por su llegada. Hizo venir entonces a Sinesio y tras mandar redactar unos crisóbulos para los escitas, le ordenó que si consentían en suscribir los tratados y entregaban rehenes como garantía, refrenara su avance y organizara su estancia en el lugar que ocupasen en ese momento junto con el suministro de abundantes provisiones. Porque los planes que meditaba consistían en emplearlos contra los cumanos en el caso de que a su regreso atravesaran el Istro e intentaran avanzar más adelante. Si, por el contrario, los escitas no se dejaran convencer, Sinesio debía dejarlos donde estuvieran y regresar.

3. El mencionado Sinesio llegó a su presencia y tras las lógicas conversaciones, los persuadió para que pasaran a ser aliados del emperador. Durante su permanencia entre ellos los cubrió a todos

30. Roberto I (1031-1093), llamado Roberto el Frisón. En 1086, acompañado de una gran escolta armada, llevó a cabo una peregrinación a Jerusalén.

de atenciones, evitando los motivos de queja. Los cumanos, por su parte, a la vuelta, venían preparados para la guerra contra los escitas, a los que no encontraron. Al enterarse de que habían atravesado los desfiladeros y de que, tras llegar a Marcela, habían ultimado un tratado de paz con el emperador, solicitaron a este el permiso para poder cruzar los desfiladeros y atacar a los escitas. Pero él se negó a satisfacer esta petición, ya que acababa de firmar los acuerdos con los escitas, y añadió: «No tenemos necesidad de ayuda por ahora. Tomad todos estos abundantes obsequios y volveos». Después de agasajar a los emisarios y hacerles abundantes regalos, los despidió pacíficamente. Este hecho envalentonó a los escitas, quienes, tras romper el tratado convenido con el emperador, volvieron a comportarse con su anterior crueldad en sus saqueos de ciudades y de regiones adyacentes. En efecto, todos los bárbaros son en general incontrolables e incapaces por naturaleza de respetar los tratados.

4. Cuando Sinesio observó esta reacción, acudió por propia iniciativa al emperador para informarle de la ingratitud de los escitas y de la transgresión del tratado. Cuando el emperador se enteró de que ellos habían ocupado Filipópolis, se sintió impotente ante la situación, ya que carecía de fuerzas suficientes para oponerse a tan gran muchedumbre y presentarles definitivamente batalla. Pero, tal como era él, que encontraba soluciones en medio de las adversidades y no acostumbrado a abatirse ante los problemas, llegó a la conclusión de que debía someterlos aplicando escaramuzas y emboscadas. De este modo, previendo los sitios y las ciudades que pensaban cruzar ellos por las mañanas, por la tarde él se anticipaba a su llegada. Y si se enteraba de que los bárbaros ocuparían al atardecer alguna posición, él se les anticipaba por la mañana. Y luchaba contra ellos en la medida de sus capacidades y a distancia, mediante escaramuzas y emboscadas, para evitar que se adueñaran de alguna plaza fuerte. Al final, ambos bandos, los escitas y el soberano, llegaron a Cipsela.[31]

5. Como aún no había llegado el contingente mercenario que se aguardaba y como el soberano conocía la rapidez con que se movían

31. Ipsela, entre Adrianópolis y Demótica.

los escitas y veía que ellos estaban al llegar a la ciudad imperial con gran rapidez, se sintió angustiado. Al no disponer de fuerzas suficientes para oponerse a tan numerosa muchedumbre, aceptó, como se suele decir, el mal menor y volvió a solicitar un tratado de paz. Pidió, por tanto, la paz mediante una embajada. Ellos cedieron a las propuestas del emperador. Entonces, Neantzes, antes de que el tratado de paz fuera ratificado, se pasó al bando del emperador.

6. Se encargó entonces a Migideno de reclutar soldados en las regiones vecinas. Migideno era aquel cuyo hijo, durante la batalla que tuvo lugar posteriormente en (...), se arrojó con vehemencia contra las posiciones de los patzinaces. Allí lo agarró una mujer escita con un gancho de hierro, lo arrastró al interior del recinto formado por los carros, y cayó prisionero. El emperador compró su cabeza cortada a petición de su padre, que murió después de estar golpeándose el pecho con un bloque de piedra por su insoportable dolor durante tres días y tres noches. No duraron mucho los acuerdos de paz con los escitas y de nuevo se revolvieron, como los perros, a su propio vómito.[32] En consecuencia, tras levantar el campo de Cipsela, ocuparon Taurocomo,[33] donde invernaron, mientras devastaban las poblaciones vecinas.

VII. Continúan las campañas contra los escitas. El batallón de los arcontópulos

1. Cuando llegó la primavera, salieron de allí en dirección a Cariópolis. Pero el emperador, que tenía su residencia en Bulgarófigo,[34] sin esperar más, destacó una importante sección del ejército, constituida por toda la élite y los jóvenes guerreros llamados arcontópulos,[35] todos con

32. *Proverbios,* XXVI 11.

33. En Tracia, entre Cipsela y Cariópolis.

34. Hoy, Babaeski.

35. «Arcontópulo» significa «hijo de arconte». Este último término se refiere a las personas notables o al mando de tropas o lugares. Al denominarlos de este modo, confería a los padres de los miembros de ese batallón el honor de haber sido cau-

la barba recién salida y con un ímpetu incontenible, y les ordenó que atacasen por detrás a los que iban en lo alto de los carros. El batallón de los arcontópulos fue ideado originalmente por Alejo. Dada la penuria por la que atravesaba el ejército del Imperio de los romanos por culpa de la negligencia de los soberanos precedentes, decidió reclutar por doquier a los hijos de los soldados caídos, los entrenó para las armas y el combate, y les puso por nombre arcontópulos, como si fueran hijos de arcontes, para que gracias a la evocación de la nobleza y valentía de sus padres incitada por su nombre, recordaran la fuerza de su empuje[36] y fueran más valientes, cuando la ocasión les exigiera audacia y fuerza. Este era, brevemente, el batallón de los arcontópulos, que constaba de dos mil hombres, ideado del mismo modo que los laconios inventaron la Compañía Sagrada.[37]

2. Pues bien, estos bisoños arcontópulos fueron enviados al combate. Los escitas, emboscados al pie de la colina, observaban su paso y, cuando vieron que estos asaltaban los carros con un vigor irresistible, se lanzaron contra ellos. Durante el enfrentamiento cuerpo a cuerpo cayeron luchando valientemente unos trescientos del batallón de los arcontópulos. El emperador lamentó profundamente su muerte durante mucho tiempo, vertiendo cálidas lágrimas y llamando por su nombre a cada uno, como si solo estuvieran ausentes.

3. Así pues, los patzinaces, tras haber derrotado a sus enemigos y pasar por Cariópolis, se dirigieron hacia Apron,[38] devastándolo todo. El emperador, recurriendo nuevamente a su anterior método, se anticipó a ellos y entró en Apron por no disponer de suficientes fuerzas, como hemos dicho en numerosas ocasiones, para hacer frente al enemigo. Sabe-

dillos en vida. Con ese recurso, intentaba infundir en sus hijos valor y fuerza en el combate para emular la valentía de sus progenitores. Fue también un intento de dotar al ejército bizantino de tropas propias, al margen del eterno recurso a mercenarios.

36. *Il.*, VI 112.

37. Ana Comnena se equivoca. El Batallón Sagrado era tebano.

38. Lugar que en VII IX.7 se denominará Aspro. Hoy en día es Kermian, entre Çorlou y Silivria, en la Tracia turca europea.

dor de que ellos salían al amanecer para forrajear, hizo llamar a Taticio, de quien hemos hablado con frecuencia, y le ordenó que seleccionara para su mando a los jóvenes más célebres por su valentía, a los mejores hombres de su guardia y a todos los latinos y que, tras despertarse al alba, observasen los movimientos escitas con la intención de cargar contra ellos a rienda suelta, cuando creyeran que los escitas se habían alejado lo bastante de su campamento para ir a forrajear. Taticio cumplió la orden, mató a trescientos escitas y trajo de vuelta a muchos prisioneros.

4. ¿Qué sucedió entonces? Llegaron los quinientos caballeros escogidos enviados por el conde de Flandes con un obsequio para el emperador consistente en ciento cincuenta caballos de raza. Y es más, le vendierōn todos aquellos caballos que habían usado antes. El emperador los recibió con todos los honores y les correspondió con abundantes muestras de agradecimiento. Al recibirse la noticia desde Oriente de que Apelcasem,[39] el gobernador de Nicea (cargo que los persas acostumbran a llamar sátrapa y los turcos, que controlan ahora las antiguas posesiones persas, denominan emir), se estaba armando, los envió contra Nicomedia para que defendieran esa región.

VIII. Andanzas de Tzacás[40] por Asia Menor

1. En aquellos momentos, también Tzacás, cerciorado de las numerosas adversidades del emperador en Occidente y de las continuas guerras que los patzinaces mantenían con él, aprovechó la oportunidad y decidió que debía hacerse con una flota. Encomendó a un esmirneo que había encontrado y que poseía mucha experiencia en esos menesteres la construcción de naves piratas. Después de tener aparejadas numerosas naves junto con cuarenta chalupas reforzadas,

39. La autora ha relatado la muerte de Abu'l Qasim en el libro VI XII.3. O bien hubo dos Abu'l Qasim o bien Ana Comnena anticipó allí acontecimientos para concluir el curso de la narración en aquel punto.

40. Çaka Bey [Chaka Bey], emir selyúcida de Esmirna. Originariamente, al servicio de los emperadores bizantinos, se reveló y acabó siendo emir independiente de Esmirna. Fue asesinado por su yerno Qilidj-Arslan I.

embarcó en ellas a expertos guerreros soltó amarras y navegó hasta Clizomene,[41] de la que se apoderó al primer ataque. De allí navegó hasta Focea que también tomó al primer envite y desde donde profirió terribles amenazas mediante un mensajero al curátor[42] Alopo, gobernador de Mitilene, sobre lo que le pasaría en el caso de que no se retirara enseguida de allí. Añadió que se preocupaba de él y que por ello le adelantaba que su futuro sería nefasto, si no se marchaba de allí. Atemorizado por las amenazas de Tzacás, embarcó él de noche en una nave y volvió a la capital. Tan pronto como Tzacás se enteró de esta huida, sin esperar ya un instante, partió y se apoderó al primer intento de Mitilene.

2. Al ser informado el emperador de la resistencia que Metimna, que está en un promontorio de esta isla, ofrecía a Tzacás, despachó numerosas fuerzas a ella para que reforzaran su situación. Sin embargo, Tzacás, sin prestarle ninguna atención a Metimna, hizo enseguida la travesía a Quíos y la ocupó también al primer ataque. Cuando se hubo enterado de este hecho, el soberano envió contra él una importante escuadra con gran cantidad de soldados al mando del comandante Nicetas Castamonites. Este, tras partir y entablar combate con Tzacás, fue derrotado. Tzacás se apropió de muchas de las naves capitaneadas por aquel.

3. Cuando llegó a conocimiento del emperador lo que le había sucedido a Castamonites, equipó otra escuadra y puso a su frente como duque a Constantino Dalaseno, hombre muy aguerrido y pariente suyo por parte de madre. Este, una vez arribado a las costas de Quíos, se ocupó pronto del asedio de su capital combatiendo resueltamente y apresurándose a tomar la ciudad antes de que Tzacás llegara de Esmirna. Así pues, gracias a las embestidas de numerosas helépolis y de las piedras de las catapultas contra las murallas logró derrumbar el lienzo situado entre las dos torres. Los defensores turcos, cuando vieron lo ocurrido y supieron que los romanos eran incontenibles en su ímpetu, invocaban en lengua romana la piedad del Señor de todas las cosas.

41. La Clazomenas de la Antigüedad.

42. Prefecto o administrador civil.

Pero los hombres de Dalaseno y de Opo no refrenaban sus esfuerzos por entrar en la plaza, aun cuando estos dos, temiendo que a su entrada los hombres se apoderasen de todo el botín y el dinero depositado allí por Tzacás, los contuvieran y les dijeran: «Oíd ya la clara aclamación del soberano que hacen los turcos. Están a merced de nuestras condiciones. No debemos entrar y degollarlos cruelmente». Cuando pasó el resto del día y vino la noche, los defensores construyeron otra muralla en sustitución de la que había sido derribada y colgaron por su cara exterior colchones, pieles y toda la tela que encontraron, para que la fuerza de las piedras arrojadas se redujera y amortiguara en alguna medida.

4. Tzacás dispuso la escuadra que poseía y, después de poner en armas a unos ocho mil turcos, emprendió el camino hacia Quíos. La flota lo acompañaba bordeando la costa. Cuando Dalaseno se enteró de ello, ordenó a los navarcas de la flota que soltaran amarras una vez embarcados en ella un suficiente número de soldados y Opo en calidad de comandante. Quería que presentaran batalla, si se encontraban con Tzacás mientras navegaba contra él. Tras abandonar tierra firme, Tzacás navegó directamente hacia Quíos. Opo se encontró con él en medio de la noche y, cuando vio que había adoptado una nueva manera de fondear (en efecto, había preparado una enorme cadena y unido con ella todos sus navíos para que no pudieran huir los que intentaban escapar, ni, por el contrario, rompieran la formación naval los que deseaban adelantarse a ella), presa del temor y sin atreverse a aproximarse, dio vuelta completamente al timón y se dirigió de nuevo a Quíos.

5. Por su parte, Tzacás lo iba siguiendo astutamente sin cesar de remar. Al arribar a Quíos, Opo fue el primero en atracar las naves a su puerto (pues ya antes lo había ocupado Dalaseno). Pero Tzacás rodeó dicho muelle por su extremo y acercó sus naves a la muralla de la ciudad. Era un miércoles. Al día siguiente, desembarcó a todos sus hombres de las naves, los contó y registró. Dalaseno, a su vez, al hallar una plaza fuerte cercana al puerto, destruyó el campamento que había fortificado anteriormente y, tras llegar al nuevo emplazamiento, se fortificó con otra trinchera adecuada para todo su ejército. Al

día siguiente, ambos ejércitos se preparaban para combatir, armados uno contra otro. El ejército romano permanecía quieto, porque Dalaseno había ordenado que nadie rompiera la formación. Tzacás, por su parte, animó a la mayoría de sus tropas bárbaras para que avanzaran contra los romanos mientras reservaba un exiguo contingente de caballería para que persiguiera a los enemigos. Los latinos, cuando vieron esto, aferraron sus largas lanzas y cargaron contra los bárbaros,

Busto de Tzacás, emir de Esmirna.
Museo Naval de Mersin (Turquía).

quienes disparaban sus proyectiles no a los celtas, sino a sus caballos. Tras herir con las lanzas a algunos y matar a muchos, los empujaron en su huida al interior del campamento, desde donde se precipitaron sobre las naves en un impulso descontrolado.

6. Cuando los romanos vieron que los celtas huían asustados y en desorden, retrocedieron un poco y se detuvieron junto al muro de la mencionada plaza. A continuación, los bárbaros se dirigieron a la costa y se apropiaron de algunas naves. Cuando los marineros vieron esto, soltaron amarras, se apartaron del litoral y, después de bajar el ancla, quedaron a la espera de los acontecimientos. No obstante, Dalaseno les ordenó navegar al lado de la costa occidental de la isla, arribar a Boliso y aguardar su llegada. Boliso es una fortaleza que se halla en el cabo de dicha isla. Pero algunos escitas que se habían pasado a Tzacás le comunicaron el plan de Dalaseno. Destacó, entonces, cincuenta exploradores para que le informasen del momento en el que Dalaseno se dispusiera a soltar amarras para hacerle llegar un mensaje desde allí donde se le solicitara iniciar unas posibles conversaciones de paz. En mi opinión, Tzacás había renunciado completamente a sus objetivos porque se daba cuenta de la valentía y audacia de Dalaseno. Este comunicó a Tzacás que al día siguiente saldría por el extremo del campamento para escuchar y hablar sobre cuantos aspectos parecieran convenientes a ambos.

7. El bárbaro no rechazó esta proposición y por la mañana ambos generales acudieron al mismo punto. Tzacás comenzó la entrevista llamándolo por su nombre: «Debes saber», continuó, «que yo soy aquel muchacho que durante mis antiguas correrías por Asia y mis intrépidas luchas caí prisionero del famoso Alejandro Cabalicas, engañado por mi inexperiencia. En aquella ocasión, me llevó él como cautivo ante el soberano Nicéforo Botaniates, que me honró enseguida con el título de protonobilísimo,[43] y tras ser objeto de ricos obsequios, le prometí obediencia. Pero esta promesa ha quedado rota desde el instante en que Alejo Comneno tomó las riendas del Imperio. Por todo ello vengo a comuni-

43. Título originariamente exclusivo de los hijos de los emperadores que acabó por ser concedido a otras personas.

carte la causa de mi hostilidad. Que sepa el soberano que si quiere acabar con mi renacida enemistad, tiene que restituirme exactamente todo aquello que me corresponde y de lo que he sido privado. Y si te parece bien que nuestros hijos se comprometan, quede ratificado por escrito este acuerdo entre nosotros, como es costumbre de los romanos y de nosotros, los bárbaros. Luego, una vez hayamos cumplido la totalidad de las condiciones ya expuestas, devolveré por mediación tuya al soberano todas las islas que he arrebatado en mi ofensiva al Imperio de los romanos y en cumplimiento del acuerdo estipulado con él, regresaré a mi patria».

8. Dalaseno, que, como conocía desde hacía tiempo el carácter falaz de los turcos, veía en esas palabras solo una treta, dejó para más adelante el cumplimiento de sus solicitudes, al tiempo que le descubría la sospecha que tenía sobre él, diciéndole: «Ni tú me entregarás las islas, a pesar de lo que has dicho, ni yo puedo acceder sin la autorización del soberano a lo que desde aquí pides a aquel y a mí. No obstante, ya que está a punto de llegar Juan, el cuñado del soberano, con toda la flota y al frente de numerosas fuerzas por mar y tierra, dejaremos que él escuche lo que dices. Ten así por seguro que por su mediación en favor de la paz el tratado con el soberano será ratificado».

9. En efecto, Juan Ducas había sido enviado por el soberano a Epidamno con un aguerrido ejército para que se dedicara con intensidad a la defensa de Dirraquio y al mismo tiempo también para que presentara batalla a los dálmatas. Pues el hombre conocido como Bodino, que era muy combativo y rebosaba perversidad, no consentía permanecer dentro de sus fronteras y con sus correrías diarias por las zonas más próximas a Dalmacia añadía a sus territorios las plazas fuertes que iba encontrando. Juan Ducas durante su estancia de once años en Dirraquio, había recuperado numerosas plazas fuertes que estaban en poder de Bolcano,[44] había enviado muchos prisioneros dálmatas al soberano y, finalmente, tras una violenta batalla con Bodino, había conseguido capturarlo. El soberano tenía sobradas pruebas de que Juan Ducas era una persona muy aguerrida, útil en la milicia y com-

44. Vukan I (1083-1112), župan (gran príncipe) de Rascia, antecedente del reino serbio.

pletamente disciplinado con sus órdenes. Lo hizo, pues, venir desde su actual destino, porque necesitaba contar con este hombre para hacer frente a Tzacás, y junto a numerosas fuerzas terrestres y navales lo envió contra el bárbaro con el cargo de gran duque[45] de la flota. A continuación, el relato va a exponer con detalle todas las batallas en las que participó este hombre y el modo como logró salir vencedor gracias a la gran cantidad de riesgos que supo afrontar.

10. Como Dalaseno aguardaba su inminente llegada, durante las conversaciones con Tzacás remitió evidentemente todo a Ducas, que estaba al venir. En un momento dado, Tzacás pareció decir aquellas palabras homéricas: «Ya llega la noche. Es bueno también obedecerla».[46] Y prometió suministrar abundantes provisiones cuando amaneciera. Pero todo no era sino un engaño y un fraude, si bien Dalaseno no lo perdía de vista. En efecto, al alba, Tzacás bajó a escondidas al litoral de Quíos y como había viento favorable, navegó hacia Esmirna para reunir más fuerzas y regresar de nuevo a Quíos. Sin embargo, Dalaseno no iba evidentemente a la zaga de Tzacás en cuanto a argucias. Embarcó en las primeras naves que halló, llegó a Boliso[47] con las fuerzas a su mando. Allí, tras procurarse más naves y preparar nuevas helépolis, dio un reposo a los soldados y una vez reclutados más hombres, volvió al sitio de donde había salido. Después de librar un violento combate con los bárbaros, derribó las murallas y se adueñó de la ciudad, mientras Tzacás aún se hallaba de vuelta en Esmirna. Al encontrar el mar en calma, navegó directamente desde esta isla con todo el ejército y arribó a Mitilene.

IX. La batalla de Rusio

1. Una vez tomadas estas disposiciones por el soberano respecto a Tzacás, tan pronto como se enteró de que los escitas habían alcan-

45. Almirante en jefe.

46. *Il.*, VII 282-293.

47. En el norte de Quíos.

zado nuevamente Rusio[48] y habían establecido su campamento en Poliboto,[49] partió tal cual estaba de Constantinopla y llegó a Rusio. Lo acompañaba Neantzes, el desertor, que tramaba una grave y terrible traición. Estaban también presentes Cantzús y Catranes,[50] hombres expertos en la guerra y que hacían gala de una fervorosa devoción hacia el soberano. Cuando vio a una sección importante del ejército escita, les presentó batalla. Muchos romanos cayeron en aquella ocasión durante el combate, algunos incluso fueron ejecutados al caer prisioneros de los escitas, y bastantes fueron conducidos hasta Rusio.

2. Pero esos hechos tenían que ver con algunos forrajeadores escitas. El emperador, tras la llegada de los latinos conocidos por maniacates,[51] cobró ánimos y decidió entrar en combate formal al día siguiente. Como no había un suficiente terreno entre los dos ejércitos, no se atrevió a hacer sonar la trompeta de guerra por querer ser él quien tomara la iniciativa en la batalla. Así pues, hizo venir al cuidador de los halcones imperiales, Constantino, y le ordenó que tomara un tambor y que sin dejar de golpearlo recorriera durante toda la noche el ejército transmitiendo la orden de prepararse porque al amanecer del día siguiente, el soberano deseaba trabar combate con los escitas sin anunciarlo mediante las trompetas. Los escitas, por su parte, tras levantar el campo de Poliboto, avanzaron hasta el lugar denominado Hades, donde fijaron su campamento. En suma, el soberano tomaba las disposiciones precisas desde la víspera y, cuando amaneció, tras dividir el ejército y ordenar las tropas, los atacó.

48. En Tracia, al este de Cipsela.

49. Al sur de Tracia, al oeste de Rusio.

50. Neantzes, Cantzús y Catranes eran los tres pechenegos pasados al emperador.

51. Jorge Maniaces fue un general bizantino cuyos grandes éxitos en Sicilia contra los árabes inspiraron la invasión normanda. Fue nombrado catepán de Italia por Constantino IX. Se rebeló contra él en 1042 y llegó a estar cerca de Constaninopla cuando fue asesinado. Habida cuenta de que Maniaces murió en 1043, estos maniacates no son veteranos de su ejército, sino un contingente de soldados procedentes del sur de Italia a los que por alguna razón que ignoramos Ana Comnena les ha aplicado el nombre del mencionado caudillo.

3. Cuando aún no se había iniciado el combate y ambos ejércitos todavía estaban tomando posiciones, Neantzes, con el pretexto de querer observar las filas escitas y facilitar datos al soberano sobre su posición, le dijo que iba a subir a una colina próxima. E hizo todo lo contrario. Desde allí aconsejó en su propio idioma a los escitas que situasen los carros en línea y que no temieran al soberano, porque estaba ya vencido desde su anterior derrota y estaba preparado para la huida por la escasez de tropas y aliados que sufría. Cuando hubo concluido su mensaje, descendió junto al soberano. Pero un semibárbaro que hablaba la lengua escita y que había comprendido lo que Neantzes había dicho a los escitas, le hizo saber el contenido total del mensaje al emperador. Cuando este hecho llegó a conocimiento de Neantzes, exigió la presentación de pruebas. El semibárbaro se presentó sin reparos ante la gente y aportó su testimonio. Mientras este hablaba, Neantzes desenvainó su espada y cortó la cabeza del hombre en presencia del propio emperador y a la vista de ambas falanges situadas una frente a otra.

4. Creo que Neantzes, con su intento de apartar de sí esa delatora sospecha asesinando al delator, provocó muchas más sospechas. ¿Por qué no esperar a la prueba? Por el contrario, según parece, en su deseo de cortar de antemano una lengua que se explayara revelando su perfidia, se atrevió a realizar un acto enormemente temerario, digno de un espíritu bárbaro y tanto más sospechoso, cuanto que fue producto de la audacia. Sin embargo, el emperador no mandó prenderlo al instante, ni lo castigó, aunque debiera hacerlo, y contuvo astutamente su corazón, que ardía de ira y rabia, para no espantar antes de tiempo a la fiera y desconcertar a las falanges. Él contenía y reprimía su ira contra Neantzes aunque preveía su traición y su defección por estos últimos hechos y por otros más. La desastrosa marcha de las cuestiones militares y la falta de recursos obligaban por ahora al emperador a contener su ardiente cólera.

5. Un poco más tarde, Neantzes se presentó ante el emperador, desmontó de su caballo y le pidió otro. Rápidamente le proporcionaron un nuevo y magnífico caballo, este con la silla imperial. Montó en él y cuando las formaciones marchaban ya una contra la otra por tierra de nadie, amagó un intento de carga contra los esci-

tas, para terminar avanzando a la carrera hacia sus congéneres con la punta de la lanza vuelta hacia atrás y dándoles recomendaciones sobre la manera de hacer frente a la formación imperial.

6. Ellos llevaron a la práctica sus instrucciones y, tras librar un violento combate con el soberano, pusieron completamente en fuga a sus tropas. El emperador, al ver que sus falanges estaban diseminadas y que todos huían, se sintió incapaz de enfrentarse a esta situación y no quiso correr peligros sin sentido. Por esto, dio vuelta a las riendas y llegó al río que corre cerca de Rusio. Allí, sujetando las riendas, luchó dentro de sus posibilidades y junto a varios elegidos contra sus perseguidores, cargando contra ellos y matando a muchos, y siendo herido también en algún momento. Cuando Jorge Pirro en su huida llegó al río por otra dirección, el soberano lo llamó y animó a acudir a su lado. Pero como veía el arrojo de los escitas y que hora a hora se iban sumando muchos nuevos guerreros que venían como refuerzos, dejó allí a Jorge con los demás tras ordenarle que resistiera sin heroísmos a los escitas hasta que él regresase. Giró rápidamente las bridas de su caballo, ganó la otra orilla del río, entró en Rusio y a todos los soldados fugitivos que alcanzó en esa localidad, así como a todos los rusiotas que estaban en edad militar, incluidos los campesinos con sus carros, les ordenó que salieran sin tardanza y se colocaran junto a la orilla del río. La orden fue cumplida con mayor rapidez de la esperada y una vez emplazados en línea, corrió nuevamente en dirección a Jorge a través del río, aunque sufriera por los escalofríos de unas fiebres cuartanas[52] hasta el extremo de que sus dientes rechinaban por los temblores.

7. A pesar de que todo el ejército escita estuviera reagrupado, cuando estos vieron la doble línea de batalla y al soberano luchando con tanto arrojo, se quedaron quietos sin sacar valor para hacerle frente porque conocían su audacia, su ánimo igualmente firme tanto en las victorias como en las derrotas y su incontenible empuje. El soberano, de una parte, afectado por la fiebre y, de otra, más propiamente, porque aún no se había logrado reagrupar a todos los hombres diseminados de su ejército, se mantenía erguido en su caballo, revistando las

52. Son fiebres de origen palúdico que se repiten cada cuatro días.

tropas y cabalgando al paso para mostrarle al enemigo su valor. Pues bien, sucedió que ambos ejércitos permanecieron inmóviles hasta el atardecer. Cuando cayó la noche, retornaron a sus respectivos campamentos sin haber combatido. Ambos eran presa del miedo y no se atrevían a presentar batalla. Los soldados que se habían dispersado en todas direcciones durante el primer encuentro bélico, fueron regresando poco a poco a Rusio. La mayor parte de ellos sin haber probado siquiera el sabor de la batalla. En cuanto a Monastrás, Uzás y Sinesio, guerreros llenos del espíritu de Ares y valerosos, después de pasar por el lugar llamado Aspro, llegaron a Rusio sin que tampoco ellos hubieran tomado parte en ninguna batalla.

X. El soberano logra una victoria sobre los escitas

1. El soberano, obligado, como dije, por la fiebre de la que era víctima, se acostó brevemente para reponerse. No obstante y a pesar de su estado, tampoco así descansaba, proyectando lo que debía hacer al día siguiente. Tatranes (este era un escita que se había pasado en muchas ocasiones al soberano y lo había abandonado otras tantas para retornar con los suyos. A pesar de ello, el emperador siempre lo había dignado con su perdón. Agradecido por su enorme paciencia, el escita le tenía mucho cariño, y su conducta finalmente se orientó a la sincera búsqueda del bien del soberano) se presentó ante él y le dijo: «Preveo, Majestad, que mañana los escitas van a rodearnos para presentarnos batalla. Por tanto, hemos de adelantarnos y, cuando amanezca el día, formar fuera de la muralla». El emperador alabó el consejo que acababa de recibir y dispuso que fueran adoptadas estas medidas a la salida del sol. Al término de sus palabras, Tatranes partió junto a los jefes escitas y les dijo: «No os jactéis de la última derrota del soberano, ni, porque seamos pocos, penséis en librar una batalla favorable para vosotros. El emperador es invencible y esperamos la llegada cuanto antes de un numeroso contingente de mercenarios. Si no aceptáis la paz con él, vuestros cuerpos serán pasto de las aves».

2. Esas fueron las palabras de Tatranes a los escitas. El soberano, por su parte, planeó atrapar sus caballos mientras pastaban por la llanura (era una cantidad innumerable), ya que los bárbaros devastaban con ellos día y noche nuestro territorio. Mandó buscar a Uzás y a Monastrás y les ordenó que pasaran por detrás de las líneas escitas al frente de los mejores jinetes para llegar al amanecer a la llanura y apoderarse de todos los caballos y de los otros rebaños que hubiera, incluidos sus pastores. Les animaba a no tener miedo diciendo: «Vosotros podréis cumplir esta orden sin obstáculos, porque mientras actuáis, nosotros estaremos luchando frontalmente con ellos». Efectivamente, las palabras se hicieron realidad en el acto y la misión fue llevada a cabo felizmente.

3. A causa del esperado ataque de los escitas, el soberano no les concedía el sueño a sus ojos, ni menos aún dormitaba. Antes bien, tras mandar buscar a los soldados, especialmente a los expertos en el arco, durante toda la noche mantuvo largas conversaciones con ellos sobre los escitas. Los animaba y les daba las instrucciones más convenientes para la batalla del día siguiente, es decir, cómo se debe tensar el arco, lanzar las flechas, refrenar en ocasiones los caballos para darles rienda a continuación y cómo desmontar, si fuera preciso. Así pasó la noche. Cuando amanecía, tras haber dormido algo, toda la plana mayor de los escitas, que había cruzado el río, parecía querer combatir, lo que confirmaba las conjeturas del soberano (en efecto, tenía gran habilidad en prever el futuro gracias a la enorme experiencia que había adquirido por la cantidad de combates a que se veía sometido diariamente). El emperador montó enseguida en su caballo, ordenó que la trompeta diera el toque de combate y, cuando tuvo organizada la falange, se puso él a su frente. Tan pronto como vio que los escitas atacaban con mayor resolución que antes, mandó que los arqueros desmontasen de sus caballos y que los atacaran a pie sin dejar de usar sus arcos. El resto de la formación, a su vez, se lanzó tras estos, mientras el soberano en persona dirigía el centro del ejército.

4. Los arqueros atacaron con valor a los escitas. Cuando la batalla se hizo más violenta, los escitas volvieron la espalda atemorizados por la densidad de las flechas disparadas y, al mismo tiempo también,

porque habían visto la formación compacta del ejército romano y al propio soberano luchando con arrojo. Seguidamente, se apresuraron a vadear el río y dirigirse a los carros en su retirada. Los soldados de las falanges romanas emprendieron una persecución a rienda suelta. Unos herían con sus lanzas las espaldas de los enemigos, mientras otros disparaban sus flechas. En conclusión, muchos bárbaros cayeron muertos antes de que ganaran el río y muchos también se hundieron durante su desordenada huida en los remolinos del río y se ahogaron mientras eran arrastrados por las aguas. En aquella jornada destacaron por encima de todos los demás los hombres que pertenecían al servicio personal del soberano. Todos, en efecto, eran incansables. El soberano, por su parte, regresó a su campamento, donde fue recibido como un auténtico adalid y el claro vencedor de la batalla.

XI. La batalla de Tzurulo.[53] Victoria del emperador

1. Así pues, tras descansar en aquel mismo lugar durante tres días, levantó el campo y llegó a Tzurulo. Allí observó que no sería preciso trasladarse pronto de su nueva posición e hizo cavar por el lado oriental de esta plaza fuerte un foso suficiente para albergar las tropas con las que contaba en ese momento. Dentro del recinto, colocó la tienda imperial y toda la impedimenta. Los escitas, que también marchaban sobre Tzurulo, cuando se enteraron de que el soberano se les había adelantado, cruzaron el río que fluye por la llanura cercana a esta ciudad (Jerogipso lo denominan en el lugar) y fijaron su campamento a medio camino entre el río y la aldea fortificada. De este modo, los escitas estaban fuera, rodeando la ciudad, mientras el emperador estaba dentro, atrapado como si se tratara de un asedio. Al caer la noche, en tanto «el resto de los dioses y de los hombres conductores de carros dormían», como dice la Calíope de Homero,[54] al soberano Alejo, sin embargo, no le

53. Çorlu, en Tracia, en torno a 100 kilómetros de Constantinopla.

54. *Il.*, II 1-2. Calíope es la Musa de la poesía épica.

llegaba el dulce sueño. Por el contrario, estaba en vela sumido en toda clase de reflexiones sobre la manera de superar mediante la astucia el coraje de los bárbaros.

2. Tras comprobar que la villa de Tzurulo estaba construida sobre una elevada colina y que todo el ejército bárbaro estaba acampado abajo, en la llanura, y al no disponer de fuerzas suficientes como para atreverse a librar una batalla formal contra tan enorme contingente, ideó una estratagema muy ingeniosa. Recogió los carros de los habitantes y los desarmó para quedarse solo con ruedas y ejes. A continuación, colgó estas partes de los carros por fuera de los lienzos de muralla, sujetándolos con cuerdas a las almenas. Dicho y hecho. En una hora, estuvieron suspendidas las ruedas junto con sus ejes formando un círculo sobre la muralla con el aspecto de círculos pegados unos a otros y unidos por sus ejes.

3. Por la mañana temprano, se levantó, se armó y mandó armarse a todos sus hombres. Seguidamente, sacó a los soldados fuera de las murallas y los emplazó frente a los bárbaros. Nuestros soldados se situaron en el mismo sector donde estaban colgadas las ruedas. Frente a ellos, en una sola línea, se encontraba el enemigo. El emperador, entonces, tras ocupar el centro de las líneas formadas por sus tropas, ordenó que, cuando la trompeta diera el toque de combate, los soldados desmontaran de los caballos, avanzasen lentamente a pie contra los enemigos, sin dejar de disparar con sus arcos, y que provocasen a la falange de los escitas para que los atacaran. Cuando vieran que lograban atraerlos a sí y que espoleaban a sus caballos, debían dar la vuelta y, dividiéndose en dos secciones que se apartarían ligeramente a derecha e izquierda, cederían terreno a los enemigos hasta que estuvieran cerca de la muralla. Cuando esto sucediera, tenía ordenado que los hombres situados en lo alto de la muralla, nada más ver la escisión de las falanges, cortasen con sus espadas las cuerdas y dejaran que las ruedas con sus ejes se precipitaran muralla abajo.

4. Esta maniobra se llevó a cabo de acuerdo con las órdenes del emperador. Los jinetes escitas entre sus bárbaros alaridos se lanzaron en una masa compacta contra nuestra formación, que lentamente y a pie se dirigía contra ellos. Solo el soberano los acompañaba mon-

tado a caballo. Aquellos, de acuerdo con la estratagema del soberano Alejo, se separaron con tranquilidad, paso a paso, en dos secciones, dando la sensación de que retrocedían de manera inesperada, como si ofrecieran una puerta de considerable anchura para que los bárbaros pasaran por ella. Tan pronto como los escitas franquearon la brecha abierta por ambas falanges, las ruedas saltaron impulsadas por su peso, rebotaron estruendosamente en las murallas hasta alcanzar una altura superior a un codo, siendo despedidas al chocar con el muro como si fueran arrojadas por una honda, y rodaron entre los jinetes bárbaros gracias al fuerte impulso que habían adquirido. Debido en parte a este descenso masivo motivado por su propio peso, en parte debido a la gran velocidad que ganaban por la inclinación de la pendiente, el caso es que iban cayendo violentamente por doquier con el mismo efecto que si segaran las patas de los caballos, seccionando sus dos pares, tanto los delanteros como los traseros, por los dos costados, y obligaban a que los caballos se doblaran por donde recibían el impacto y a que los jinetes cayeran derribados. Mientras se amontonaban sin cesar unos sobre otros, nuestros guerreros se lanzaron contra ellos desde ambos flancos y se produjo una batalla terrible para los escitas. Unos murieron por efecto de las flechas, otros fueron heridos por las lanzas, y la mayoría de los que quedaban, derribados por las ruedas, se precipitaron en la corriente del río y se ahogaron.

5. Al día siguiente, al ver que los escitas supervivientes volvían al combate y como notaba que sus hombres estaban animados, les ordenó que se armaran. También él, cuando hubo tomado sus armas y hubo dispuesto la formación de combate, descendió a la pendiente. A continuación, emplazó sus falanges de cara a los escitas y se situó junto a ellas para combatir con todo su coraje. Él ocupaba el puesto central de las tropas. Tras una sangrienta batalla, las falanges romanas obtuvieron inesperadamente la victoria y emprendieron sin contenerse la persecución de los enemigos. Cuando el soberano comprobó que en la persecución sus soldados se habían alejado a bastante distancia, temiendo que algunos escitas emboscados cayeran de improviso sobre los romanos, dieran la vuelta al resultado de

la batalla y, uniéndose los emboscados con los fugitivos, provocaran un grave perjuicio al ejército de los romanos, cabalgó rápidamente hacia los soldados y les ordenó que retuvieran las riendas y refrescaran sus caballos.

6. Así, ambos ejércitos pusieron tierra por medio aquel día. Pues los unos con su fuga y el otro como vencedor regresaron a sus campamentos. Los escitas, completamente derrotados, fijaron sus tiendas entre Bulgarófigo y la Pequeña Nicea. Como el invierno ya se echaba encima, el soberano reconoció que era preciso volver a la capital para que tanto él como la mayor parte del ejército descansaran de la fatiga provocada por los muchos combates. Así pues, dividió las tropas, seleccionó para que permaneciesen en el frente a la totalidad de los hombres más intrépidos de todo el ejército y los puso al mando de Yoanaces y de Nicolás Maurocatacalon, sobre quienes frecuentemente ya hemos hablado antes. Asimismo, les encomendó que introdujeran en cada una de las poblaciones un número de soldados suficientes para su defensa y que se procuraran por toda la región infantes y carros junto con los bueyes que tiran de ellos. Como deseaba reemprender la guerra contra los escitas con mayor fuerza cuando llegara la primavera, hacía de antemano los preparativos pertinentes y tomaba las medidas precisas. En suma, cuando todo estuvo listo, regresó a Bizancio.

LIBRO VIII

Exterminio final de los escitas. Conjuras internas en el Imperio (1091)

I. Acciones en torno a Querobacos.[1] Los escitas cerca de Constantinopla

1. Al enterarse el soberano de que los jefes escitas habían seleccionado una porción de su ejército y la habían destacado contra Querobacos, adonde se esperaba que llegasen, mostrando el mismo carácter decidido de siempre a la hora de afrontar cualquier misión, como si tuviera previstos hasta los acontecimientos más inesperados, reunió a la guarnición de la ciudad y a todos los hombres recién reclutados, en total unos quinientos soldados, los armó durante la noche y sin poder descansar ni siquiera una semana en el palacio, ni tomar un baño, ni sacudirse el polvo, partió al alba. En este mismo instante, comunicó su partida contra los escitas a sus parientes e íntimos y a todas aquellas personas de noble linaje que se habían sumado al ejército (era el viernes de abstinencia) y les impartió las siguientes órdenes mediante un mensajero: «Me marcho porque me he enterado de que los escitas se mueven con rapidez en dirección a Querobacos. Vosotros salid detrás de nosotros durante la semana de la Tirofagia,[2] porque ahora, entre el Viernes de Abstinencia y el Lunes de Tirofagia, os dejo descansar un poco para no parecer gravoso y poco razonable».

1. Entre Adrianópolis y Constantinopla, junto al río Mela.

2. 17-23 de febrero de 1091. Sobre la Tirofagia, ver II IV.9, nota 11. El Viernes de Abstinencia es nuestro Viernes de Carnaval.

2. Así pues, se encaminó sin tardanza y directamente a Querobacos. Una vez en su interior, cerró las puertas y recogió él mismo las llaves. Luego, distribuyó a todos sus leales servidores por las almenas de la muralla, con la orden de que no se tomaran descanso y de que se mantuvieran en vela, vigilando las murallas, no fuera que alguien subiese a ellas y se asomase para entrar en tratos con los escitas.

3. Al salir el sol, los escitas que eran esperados ocuparon la elevación que está próxima a la muralla de Querobacos y se instalaron en ella. A continuación, se destacaron unos seis mil de ellos, se dispersaron para saquear la zona y llegaron incluso hasta la localidad de Decato, que dista en torno a diez estadios[3] de las murallas de la ciudad imperial, hecho por el que, creo, recibió su nombre. El resto del contingente enemigo permaneció en el mismo sitio. El emperador subió por la muralla hasta las almenas para observar la llanura y las colinas de los alrededores por si nuevas fuerzas bárbaras se sumaban a las que allí estaban o por si estas tendían emboscadas para intentar detener al que pudiera atacarlos. Como no observó ningún indicio de tales movimientos. En la segunda hora del día vio que los escitas no se disponían a combatir, sino que se agachaban para comer y descansar. Entonces se le hizo insoportable la sola idea de que, tras someter a pillaje toda la región, avanzasen hasta los propios muros de la emperatriz de las ciudades sin que él pudiera hacerles frente en una batalla formal por la cantidad de gente que vio en sus fuerzas. Y todo ello cuando él había salido de Constantinopla para expulsarlos del país.

4. Hizo entonces llamar a los soldados que estaban a su mando y con la pretensión de tantear su parecer, les dijo: «No debemos acobardarnos al mirar la masa de los escitas, sino presentarles batalla con nuestra confianza puesta en Dios, pues solo con que actuemos coordinados, estoy convencido de que los derrotaremos completamente». Ante el radical rechazo de sus hombres a ese plan, él les dijo para atemorizarlos más y alertarlos ante el peligro: «Si los que han salido para saquear regresaran y se unieran a los que están aquí, el peligro sería manifiesto. Porque o la fortaleza caería en sus manos y nosotros

3. 1,5 kilómetros.

seríamos víctimas de una matanza, o por el contrario, sin prestarnos la más mínima atención, se acercarían tal vez a las murallas de la ciudad imperial y no nos permitirían entrar en la ciudad por estar acampados delante de sus puertas. En consecuencia, hay que arriesgarse y no morir como cobardes. Por lo que a mí respecta, pienso salir ahora mismo. Todos aquellos de vosotros que queráis seguirme cuando yo corra en vanguardia para meterme en medio de los escitas, hacedlo. Todos aquellos de vosotros que no podáis o no queráis hacerlo, no crucéis el umbral de las puertas».

5. Pronto salió armado por la puerta que daba a la zona del lago. Tras bordear la muralla y dar un pequeño rodeo, subió por la zona posterior de la colina, pues sabía que sus hombres no lo seguirían en un combate formal contra los escitas. Él fue quien primero agarró su lanza y se precipitó entre las tropas escitas, acometiendo al primero que se le oponía. Tampoco sus soldados abandonaron la batalla y en aquella ocasión dieron muerte a la mayor parte de los enemigos, mientras que a los restantes los hicieron prisioneros. Después, de acuerdo con su hábito de tramar argucias, ordenó que los soldados se vistieran con las ropas escitas y montaran en sus caballos. Entregó a algunos de sus más leales los caballos de sus soldados, sus estandartes y las cabezas de los escitas que habían cortado y les ordenó que los guardaran y que lo esperasen dentro de la fortaleza. Cuando todo estuvo organizado, con los estandartes escitas y sus soldados vestidos con ropajes escitas descendió hasta el río que corre cerca de Querobacos, que era el lugar por donde pensaba que pasarían los escitas al regreso de sus incursiones. Aquellos saqueadores, al verlos allí, creyeron que eran también escitas y acudieron a su lado sin ninguna precaución. Unos cayeron en la matanza, y los demás fueron capturados.

II. Retorno de Alejo a la capital. El emperador da la bienvenida a las tropas de refuerzo con un simpático engaño

1. Cuando cayó la tarde (era sábado) retornó en compañía de los cautivos. Tras permanecer también allí el día siguiente, al amanecer

del lunes salió de la ciudad. Dividió sus tropas y colocó a los portadores de los estandartes escitas, delante y detrás a los prisioneros escitas, todos bajo la custodia de los lugareños. En cuanto a las cabezas cortadas y clavadas en lanzas, ordenó que hicieran el camino del mismo modo y sostenidas por otros hombres. Tras estos y a una distancia moderada los venía siguiendo con sus soldados y los habituales estandartes romanos.

2. Cuando amaneció el Domingo de Abstinencia,[4] Paleólogo, que era un hombre de comportamiento arrojado en las acciones bélicas, partió de Bizancio antes que los demás. Como conocía el temperamento impulsivo de los escitas, no hacía el camino despreocupadamente; por el contrario, destacó un reducido grupo de sus servidores, que lo seguían, y les ordenó que se adelantaran a una cierta distancia para inspeccionar las llanuras, los bosques y los caminos para que, si aparecieran en algún momento los escitas, retornasen rápidamente y se lo comunicaran. Cuando en el transcurso de esta misión vieron por la llanura llamada de Dimilia a los hombres que vestían las ropas escitas y llevaban los estandartes escitas, retrocedieron y dijeron que ya estaban llegando los escitas. Paleólogo, sin perder tiempo, tomó sus armas. Entonces, pisándole los talones, se presentó otro explorador que sostenía que tras los escitas habían aparecido a una prudente distancia estandartes romanos y soldados que marchaban detrás de ellos.

3. Quienes daban estas noticias hacían conjeturas ciertas y al mismo tiempo erróneas. El ejército que iba en retaguardia era, efectivamente, romano en su aspecto y en la realidad, con el emperador a su cabeza; pero los que iban delante con indumentaria escita eran todos integrantes del ejército romano, aunque vistieran ropas escitas por orden del emperador. E igual que engañaron gracias a su apariencia de escitas a los auténticos escitas, como hemos contado anteriormente, con el mismo propósito el soberano mandó usar en aquellos momentos los ropajes escitas con idea de engañar y hacer

4. Se celebra 56 días antes de la Pascua según el calendario litúrgico de la Iglesia Ortodoxa. En el calendario litúrgico católico corresponde a Sexagésima, esto es, el segundo domingo antes del Miércoles de Ceniza.

caer en el error a los nuestros y así quienes se encontrasen con ellos quedaran aterrados como si creyeran caer sobre los escitas, cuando solo eran nuestros soldados, y se provocara una risa, tanto inocente como astuta, mezclada con el miedo. Pues antes de que el temor se adueñase completamente de ellos, se animarían viendo detrás al emperador. De esta manera el soberano iba asustando inocentemente a los que se encontraba.

4. Mientras que el miedo se adueñaba de sus demás hombres por lo aparente, Paleólogo, sin embargo, que superaba a todos en experiencia y conocía lo ingenioso que era Alejo en sus estratagemas, se percató enseguida de que todo eso no era más que una ocurrencia de Alejo. Se reafirmó a sí mismo en su confianza y lanzó la misma orden a los demás. Se precipitaron también en tropel detrás toda la masa compuesta por familiares del emperador y por parientes. Creían apresurarse para llegar junto al soberano según lo acordado con él, ya que habían convenido en que lo alcanzarían tras la abstinencia, en la Tirofagia, como hemos dicho antes. Pero no habían terminado de salir de la ciudad cuando el soberano ya retornaba triunfante. Por eso, cuando se unieron a él, no habrían creído que se trataba del emperador triunfante, que había logrado tan rápidamente la victoria, si no hubieran visto unas cabezas escitas ensartadas en la punta de las lanzas y a los restantes, cuyas cabezas aún no había cortado la espada, las manos atadas detrás, conducidos y arrastrados uno tras otro como prisioneros.

5. La rapidez de esta campaña provocó asombro, excepto en lo que sé de Jorge Paleólogo (los testigos presentes nos lo han relatado), ya que se reprochaba a sí mismo con irritación su retraso en acudir al combate y su falta de asistencia al soberano, que tan gran renombre había conseguido con su inesperada victoria sobre esos bárbaros. Paleólogo tenía gran interés en participar de tan enorme gloria. En cuanto al soberano, podría aplicársele lo que dice el versículo del Deuteronomio, que en aquella ocasión fue dicho y hecho: «¿Cómo es que uno va a perseguir a mil y cómo es que dos van a poner en fuga a millares?».[5] Casi en solitario se enfrentó entonces el

5. *Deuteronomio,* XXXII 30.

emperador Alejo a aquella masa de bárbaros tan numerosa y asumió correctamente todo el peso de la guerra hasta obtener la victoria. Si reflexionamos sobre el número de soldados que lo acompañaban y sobre su valía, para luego compararlos con las estratagemas del soberano y su astucia, así como su valentía y su audacia en la actuación contra la masa de los bárbaros y su poderío, nos encontraríamos con que la victoria fue obra exclusiva de él.

III. El Imperio se halla acosado por tierra y mar y reducido a escasos territorios. Reacción de Alejo

1. Esa fue la manera en que Dios concedió aquella inesperada victoria al soberano. Los bizantinos, por su parte, al ver su entrada, quedaron admirados y contentos por la rapidez, la determinación y la habilidad de las que había hecho gala, celebrando con cantos el repentino triunfo, saltando y entonando himnos a Dios, que les había dado ese salvador y benefactor. Pero este jolgorio, así son los seres humanos, carcomía interiormente a Nicéforo Meliseno y, sin poder soportarlo, dijo: «Esta victoria es tanto una alegría inútil, como un sufrimiento que quedará sin castigo». En efecto, los escitas, que formaban una incontable muchedumbre, devastaban todo el Occidente y nada de lo sucedido refrenaba en absoluto su incontenible arrojo. En ciertos lugares del Occidente llegaron incluso a ocupar algunas ciudades, sin contar los pueblos próximos a la capital del Imperio. Es más, se presentaron hasta en el denominado Torrente Profundo, donde hay una iglesia dedicada al muy gran mártir Teodoro. Era costumbre que mucha gente acudiera diariamente a venerar al santo y que los domingos los devotos hicieran una peregrinación masiva a ese sagrado santuario y permanecieran durante la noche y el día en su recinto, ya fuera en el vestíbulo o en la parte posterior de la iglesia. Pero tan arrollador era el incontenible empuje de los escitas, que quienes deseaban venerar al mártir ni siquiera osaban abrir las puertas de Bizancio a causa de las continuas incursiones de los escitas.

2. Estos terribles hechos sucedían en las tierras de Occidente al soberano. Tampoco estaba libre de las preocupaciones que le provocaba la situación en el mar; antes bien, estaba en grave peligro, ya que Tzacás se había hecho con una nueva escuadra y recorría todas las zonas del litoral. Esta situación afligía al emperador, que se irritaba por el acoso a que lo sometían estos problemas. En ese momento, le fue comunicado que Tzacás, tras haberse hecho con una gran flota en las zonas costeras y devastar las islas que previamente había ocupado, intentaba poner en práctica sus planes contra las regiones occidentales y aconsejaba a los escitas por medio de embajadores que ocuparan el Quersoneso. Tampoco permitía que el contingente de tropas mercenarias que había venido de Oriente para unirse al soberano, es decir, el contingente turco, respetase los inquebrantables tratados que tenían con él. Los halagaba y les prometía beneficios si abandonaban al soberano y se sumaban a sus fuerzas nada más recibir la cebada.

3. Cuando el emperador se enteró de estos hechos y como los asuntos por mar y tierra tomaban un cariz totalmente negativo y el invierno, al presentarse con crudeza, impedía el uso de las salidas en todas partes, de modo que ni siquiera se podían abrir las puertas de las casas por los montones de nieve que se formaban ante ellas (había caído mucha y en cantidades que nadie recordaba anteriormente), hacía lo posible por apresurarse a llamar mercenarios mediante cartas enviadas en todas direcciones.

4. Cuando el sol acababa de llegar al solsticio de primavera, momento en el que la amenazadora hostilidad de las nubes se alejó y el mar calmó su cólera, como el enemigo acechaba por ambos frentes, consideró preciso ocupar primero la franja costera, tanto para enfrentarse con facilidad a los adversarios que atacaban en naves, como para combatir cómodamente contra los que acudían por tierra. Sin perder tiempo envió un mensaje al cesar Nicéforo Meliseno con la orden de que se apoderara de Eno[6] antes de lo que se esperaba. Previamente, le había indicado por carta que reuniera a cuantos hombres pudiera, pero no entre aquellos que ya hubieran estado en filas

6. En la desembocadura del río Maritza.

(los había diseminado por todas las ciudades de Occidente para que defendieran sus plazas más importantes), sino alistando a nuevos reclutas, parte entre los búlgaros, parte entre los nómadas (que la lengua vulgar conoce con la denominación de válacos) y parte entre los procedentes de cualquier otra región, tanto jinetes como infantes.

5. En cuanto al emperador, tras hacer venir a los quinientos celtas del conde de Flandes desde Nicomedia, salió con sus allegados de Bizancio para llegar rápidamente a Eno. Subió entonces a una barca y después de inspeccionar cuidadosamente la situación del río y examinar todo su cauce desde ambas orillas, reconoció el lugar donde el ejército ocuparía una posición más segura y se volvió. Esa noche convocó a los jefes del ejército y les comentó el resultado de la inspección del río y de sus dos orillas: «Tenéis que atravesarlo mañana para observar toda la extensión de la llanura que hay al otro lado. Tal vez no os parezca inapropiado el emplazamiento que os voy a mostrar y donde tenemos que montar el campamento». El acuerdo fue unánime. Al amanecer, el primero en tocar la otra orilla fue el emperador seguido de todo el ejército. Después de examinar otra vez con los jefes militares toda la ribera del río y la llanura que se extendía al otro lado y señalarles el lugar que le gustaba (se hallaba próximo a un pueblo llamado Querenos por los lugareños, con el río a un lado y al otro un terreno pantanoso), ante el asentimiento general de los soldados sobre la protección que ofrecía el lugar, mandó sin tardanza que se cavara un foso y acantonó en aquel sitio todo el ejército. El emperador, entonces, regresó a Eno junto con numerosos peltastas para repeler los ataques de los escitas que venían por aquella dirección en contra de nosotros.

IV. Diversas acciones contra los escitas. Reaparición de los cumanos

1. Cuando los hombres atrincherados en Querenos fueron informados de la venida de innumerables tropas escitas, se lo comunicaron al emperador, que aún permanecía en Eno. El montó rápidamente en

una barca y navegó río arriba desde la desembocadura hasta unirse a todo su ejército. Al comprobar que sus fuerzas no equivalían ni siquiera a una fracción del ejército escita, se sintió incapaz de hacerles frente y temeroso por carecer de cualquier apoyo humano. Pero no se abatió, ni flaqueó, sino que reflexionó largamente sobre estos hechos.

2. Al cuarto día, vio acercarse a lo lejos por otra dirección un ejército cumano de unos cuarenta mil hombres. Ante el temor de que se sumaran a los escitas y provocaran un enfrentamiento que sería funesto para él (ninguna otra cosa se podía esperar en ese caso, salvo el total aniquilamiento), creyó que debía atraérselos a su bando. Tomó, pues, la iniciativa y los hizo llamar. Había muchos otros jefes en el ejército cumano, pero los cabecillas eran Togortac, Maniac[7] y algunos otros hombres muy aguerridos. Mientras veía acercarse a él la muchedumbre de los cumanos, por su experiencia sobre lo tornadizo de su carácter tuvo miedo de que, a pesar de hacerlos sus aliados, acabasen convirtiéndose en enemigos y adversarios, lo que le produciría enormes perjuicios.

3. Alejo consideró que era más seguro levantar el campo de allí con todo su ejército y cruzar de nuevo el río, pero antes creyó preciso hacer llamar a los jefes cumanos. Ellos acudieron inmediatamente a presencia del soberano, incluido Maniac, aunque más tarde que los demás por una previa reticencia. Ordenó a los cocineros que les sirvieran una abundante mesa. Después de la celebración del festín, de un cortés agasajo y de ser honrados con todo tipo de regalos, les pidió un juramento y rehenes porque desconfiaba de su carácter mendaz. Ellos hicieron de buena gana lo que se les exigió, ofrecieron mantener su lealtad y solicitaron que se les permitiera presentar batalla a los patzinaces en un plazo de tres días. Si Dios les daba la victoria, prometían asignar al soberano una parte de las dos en que dividirían todo el botín obtenido. Él les concedió permiso para que atacasen a los escitas con completa libertad no ya dentro de tres días, sino dentro de diez días con sus noches y les cedió por entero todo el botín que pudieran arrebatarles, si Dios les otorgaba la victoria.

7. Son los Tugorkán y Boniak de la *Primera crónica rusa,* que narra hechos comprendidos entre 850 y 1110. Fue recopilada originalmente en Kiev en torno al año 1113. Es la fuente principal para la historia de los eslavos orientales.

4. Los ejércitos escita y cumano permanecieron en aquel mismo lugar quietos durante un tiempo, si bien los cumanos habían tanteado ya al ejército escita mediante emboscadas. No habían transcurrido aún tres días, cuando el soberano hizo llamar a Antíoco (un hombre noble y destacado de los demás por su carácter enérgico) y le ordenó que fabricase un puente. Este fue construido con barcas unidas entre sí por larguísimas planchas de madera que estuvo terminado enseguida. A continuación, el emperador hizo llamar al protostrátor Miguel Ducas, su cuñado, y al gran doméstico, su hermano Adriano, para encomendarles la misión de que permanecieran junto a la orilla del río y no dejaran que lo cruzaran al mismo tiempo la infantería y la caballería mezcladas, sino que los primeros en destacarse del ejército fueran los infantes junto con los carros, la impedimenta y las mulas de carga. Cuando la infantería hubo atravesado el río, mandó que se guareciera en el interior de un atrincheramiento que fue cavado con mayor rapidez de lo normal por temor a las fuerzas escitas y cumanas, y recelando de sus furtivos ataques. Luego, ordenó que cruzasen los jinetes y, mientras lo hacían, él, quieto junto a la orilla del río, contemplaba a quienes lo pasaban.

5. Meliseno, por su parte, siguiendo las instrucciones contenidas en la carta del emperador que había recibido previamente, reunió tropas de todas partes e hizo levas forzosas de infantes que cargaron en carros tirados por bueyes su impedimenta y todo lo necesario, y los envió sin perder tiempo al emperador. Cuando llegaron a una distancia del ejército suficiente para que el ojo pudiera distinguir lo que veía, la mayoría de los soldados creyó que era un grupo destacado de las fuerzas escitas para atacar al soberano. Incluso alguien con insistencia los señalaba con el dedo ante el emperador y sostenía que eran escitas. Y él, creyendo que era cierto lo que se decía y sin disponer de bastantes tropas como para hacer frente a tantos enemigos, se sintió incapaz de soportar su ofensiva. Hizo venir entonces a Rodomero (un noble de origen búlgaro y pariente por línea materna de la augusta, nuestra madre)[8] y lo despachó con

8. Radomir o Rodomir. Juan Ducas y su hijo Andrónico habían desposado princesas búlgaras. Este último era padre de Irene Ducas, madre de Ana Comnena.

la misión de observar a los que venían. Él cumplió raudo lo ordenado y a su vuelta dijo que eran los hombres enviados por Meliseno. El soberano se puso contento. Después de esperar un poco la llegada de los que venían, atravesó con ellos el río y, cuando hubo ampliado el atrincheramiento, los unió al resto del ejército.

6. Los cumanos pronto llegaron al atrincheramiento desde donde el soberano, tras levantar el campamento había salido para cruzar el río con todo su ejército, y acamparon allí mismo. Al día siguiente, después de levantar el campo, el emperador se dispuso a ocupar corriente abajo el llamado por los lugareños «Vado de Filocales».[9] Se encontró entonces con bastantes escitas, a quienes atacó y llevó a un violento combate. Durante la batalla murieron muchos hombres de ambos bandos, sin embargo, el soberano obtuvo la victoria gracias a la total derrota de los escitas. Después de que la batalla concluyera con ese resultado y una vez separados los dos ejércitos en dirección a sus respectivos campamentos, el ejército romano permaneció en el mismo sitio durante toda aquella noche. Al amanecer, levantaron el campo de allí y llegaron a una colina denominada Lebunes, que domina la llanura. El emperador subió a su cima y, como el lugar elevado no daba cabida a todo el ejército, mandó erigir a sus pies una fortificación y un foso capaz de albergar a todo el ejército y lo situó en su interior. En aquel instante se volvió a pasar al soberano el desertor Neantzes y con él unos cuantos escitas. Cuando el soberano lo vio, recordó sus anteriores muestras de ingratitud y como añadiera algunas otras fechorías, acabó por prenderlo y encadenarlo junto con sus compañeros.

V. La batalla de Lebunio

1. Mientras el emperador llevaba a cabo esas acciones, los escitas, que se hallaban junto al arroyo denominado Mauropotamo,[10] intentaban atraerse secretamente a los cumanos requiriendo una alianza

9. Vado sobre el río Maritza.

10. «Río Negro».

con ellos. Pero tampoco paraban de enviar embajadores al emperador para negociar la paz. Él, por su parte, adivinando su dolosa actitud, les respondía apropiadamente, porque quería dejar en el aire sus planes hasta que recibiera los mercenarios esperados desde Roma.[11] A su vez, los cumanos, que consideraban ambiguas las promesas de los patzinaces, no se les unieron. Es más, una tarde le informaron al emperador: «¿Hasta cuándo retrasaremos el momento de la batalla? Sabed que ya no aguardaremos y cuando el sol se levante, comeremos carne de lobo o de cordero».[12] Al término de estas palabras, el emperador, percatándose de que la decisión de los cumanos era definitiva, no podía ya retrasar más el momento de la batalla. Como habían decidido para aquel día el momento del combate, les prometió que el enfrentamiento con los escitas tendría lugar al día siguiente. A continuación, convocó a los jefes, a los pentecontarcas y a los demás para ordenarles que anunciasen por todo el campamento que el combate sería al día siguiente.

2. Aunque tenía intención de combatir, sin embargo, temía a la innumerable muchedumbre de patzinaces y cumanos, y sospechaba de un entendimiento entre ambos. Mientras el emperador hacía estas reflexiones, se pasó a sus filas un contingente de cinco mil hombres audaces y belicosos procedentes de regiones montañosas.

3. Puesto que la batalla no admitía ya más retrasos, invocó a Dios como auxilio. Cuando el sol se estaba poniendo, el emperador fue quien primero comenzó los ruegos destinados a Dios en medio de una brillante procesión con antorchas y con el canto de los himnos consagrados a Él. No dejó que el resto del campamento permaneciera inactivo, sino que fue aconsejando uno por uno a los más prudentes que hicieran lo mismo, y a los más descuidados se lo ordenó. Entonces se vio como el sol se ocultaba en el horizonte al mismo tiempo que el ambiente se iluminaba no ya con el fulgor de un único sol, sino con el de muchos otros astros que regalaban su brillante resplandor. Todos

11. Existió un intercambio de cartas entre Alejo y el papa Urbano II, en las que aquel le pedía ayuda. Están recogidas en las crónicas latinas.

12. Esto es, serán vencidos o vencerán.

los hombres aplicaron antorchas o velas a sus lanzas, según las posibilidades de cada cual, y las encendieron. El rumor de las voces que se elevaban desde el ejército, creo que llegaba a la bóveda celeste o, más aún y por ser sinceros, ascendía hasta Dios mismo, Nuestro Señor. Por todo esto considero que debe dejarse aquí constancia de la religiosidad del emperador, ya que no accedía a atacar al enemigo sin auxilio divino. Su valor no se basaba en hombres, caballos o máquinas, sino que ponía toda su confianza en la voluntad divina.

4. Estas preces duraron hasta media noche. Luego, tras dormir un poco, se despertó y armó fuertemente a los soldados ligeros. En algún momento también mandó a determinados hombres que se vistieran con unas túnicas de seda que imitaban el color del hierro, como si fueran corazas y yelmos, porque no había bastantes existencias de ese material para todos. Cuando acababa de despuntar el día, salió fuertemente armado de su atrincheramiento y ordenó que sonara el toque de combate.

5. A los pies del Lebunio (aquel era el lugar) dividió su ejército y situó en orden las falanges. El emperador mismo se puso al frente «respirando un vivo ardor guerrero»,[13] mientras que el ala derecha e izquierda las comandaban respectivamente Jorge Paleólogo y Constantino Dalaseno. Más allá de los cumanos emplazados en el ala derecha, se colocó Monastrás, preparado junto con los hombres a sus órdenes. Cuando estos vieron que el emperador estaba ordenando las falanges romanas, aprestaron a sus fuerzas y adoptaron una formación de combate acorde con sus costumbres. A la izquierda de estos estaba el llamado Uzás y por la parte que mira a Occidente, Humbertópulo con los celtas. Cuando el soberano hubo dispuesto así el ejército, dejándolo con el aspecto de una fortaleza, y lo hubo rodeado con los escuadrones, de nuevo ordenó que la trompeta hiciera sonar el toque de combate. Entonces, los romanos, con temor ante aquella inmensa muchedumbre de escitas y a sus incontables carromatos, que les servían como de murallas, tras solicitar la compasión del Señor de todas las cosas con un solo clamor, a rienda suelta corrieron a dar batalla a los escitas con el emperador marchando al frente de todos ellos.

13. *Od.*, XXIV 319.

6. Con sus líneas en forma de media luna, en un mismo instante y como a una única señal todo el ejército, incluidos los cumanos, inició el ataque. Uno de los principales jefes escitas, previendo lo que iba a suceder, se procuró la salvación y, tomando a unos pocos consigo, se pasó a los cumanos por ser gente que hablaban la misma lengua. Aunque los cumanos luchasen con valor contra los escitas, aquel jefe tenía más confianza en estos que en los romanos y se había pasado a su bando para emplearlos como mediadores ante el soberano. A la vista de este hecho, el soberano temió que otros escitas vinieran a unirse a los cumanos y los convenciesen de que atendieran solo a sus intereses personales y volvieran contra la falange romana a la vez sus riendas y sus intenciones. Haciendo gala de su habilidad para comprender lo que era conveniente en los momentos críticos, ordenó inmediatamente al portaestandarte imperial que llevara su enseña hasta el campamento de los cumanos y que se quedara allí.

7. Disuelta ya la cohesión militar de los escitas, cuando los dos ejércitos se acercaron uno al otro, pudo verse una matanza como nunca nadie había visto antes. Mientras los escitas eran terriblemente masacrados, abandonados ya por el favor divino, los masacradores se agotaban con el enérgico y continuo manejo de sus espadas hasta desfallecer y ceder en su empuje. El soberano, a su vez, cabalgando entre los enemigos, conmocionaba a todas las falanges con sus embestidas contra quienes se le enfrentaban y con sus gritos, que paralizaban de miedo incluso a los que estaban lejos.

8. Cuando notó que el sol lanzaba sus rayos directamente sobre su cabeza, porque acababa de llegar el mediodía, tomó la siguiente medida. Hizo llamar a algunos hombres y los envió con la orden de que unos campesinos llenasen pellejos de agua, los cargasen en sus mulas y los llevaran al lugar de la batalla. Al verlos, incluso los lugareños vecinos, que no habían sido llamados a colaborar, uno con un ánfora, otro con un pellejo, otro con cualquier vasija que hallara, realizaron la misma labor a fin de refrescar con agua a los soldados que los libraban de la terrible mano escita. Y ellos, tras beber un poco de agua, de nuevo se entregaban a la batalla. Se vio

entonces un raro espectáculo, cómo todo un pueblo, si no infinito, al menos superior a todo número, fue aniquilado en aquella jornada sin perdonar ni a sus mujeres ni a sus niños. Era un martes, veinte y nueve de abril.[14] A raíz de aquella batalla, los bizantinos entonaban una cancioncilla que decía: «Por un único día, los escitas no vieron mayo».

9. Cuando el sol ya llegaba al ocaso y todos habían acabado como víctimas de las espadas, incluidos tanto hijos como madres, y muchos también habían sido tomados como cautivos, el soberano ordenó que se tocara retirada y regresó a su campamento. La persona que reflexione sobre estos hechos podría percatarse de un prodigio, cómo a quienes antiguamente habían salido de Bizancio en contra de los escitas después de haber comprado cuerdas y correas para llevar atados a los cautivos escitas les había pasado todo lo contrario, puesto que fueron precisamente ellos los capturados por los escitas y los que fueron convertidos en prisioneros. Estos acontecimientos pertenecen al momento en que se produjo contra los escitas la batalla de Dristra. En aquella ocasión, Dios humilló el orgullo de los romanos. Posteriormente, durante los instantes que acabo de relatar, cuando reconocieron que estaban aterrados y que sin fuerzas que oponer a tan enorme muchedumbre de enemigos habían perdido las esperanzas de salvación, Dios les regalo inopinadamente la victoria, de modo que no ya aprisionaron, mataron y condujeron como cautivos a los escitas (con frecuencia suelen producirse sin esperarse hechos semejantes en batallas concretas), sino incluso liquidaron todo un pueblo en solo un único día.

VI. Exterminio de los escitas

1. Cuando las tropas de cumanos y romanos se separaron unas de otras y mientras el soberano iba a cenar a la hora en que se encienden las lámparas, se presentó con impertinencia el llamado Sinesio:

14. 29 de abril de 1091.

«¿Qué ocurre? ¿Qué son estas medidas?», decía al soberano. «Cada uno de nuestros soldados tiene a su cargo por encima de treinta y muchos cautivos escitas. La masa de los cumanos está próxima a nosotros. Si los soldados se durmieran, algo lógico, puesto que están exhaustos, y los escitas se desataran unos a otros, sacaran las espadas y los mataran. ¿Qué ocurriría después? Vamos, ordenad que la mayoría de ellos sean ejecutados al punto». El emperador lo miró irritado y le dijo: «Aunque escitas, son por entero seres humanos. Aunque enemigos, merecen nuestra compasión. Ni yo sé qué estás pensando al parlotear así». Dada su insistencia, lo despidió enfadado.

2. Ordenó entonces que se hiciera saber a todo el ejército que debían tomar todas las armas de los escitas, depositarlas en un único lugar y vigilar atentamente a los prisioneros. Tras impartir estas órdenes, el emperador pasó el resto de la noche en calma. Pero en torno a la vigilia central de la noche, ya por una inspiración divina, ya por otro motivo que ignoro, como a una sola indicación, los soldados mataron a casi todos. Cuando amaneció, el emperador se enteró de este hecho y sospechó enseguida de Sinesio. Lo hizo llamar inmediatamente y lo acusó gravemente entre amenazas: «Esto es obra tuya». Aunque él juraba que no sabía nada, ordenó que fuera prendido y encadenado: «Para que sepa», dijo, «de qué modo ya solo las cadenas son malas y en adelante no actúe de esa manera con los seres humanos». Y quizá lo hubiera castigado de no ser por los principales jefes, sus parientes y allegados, que intercedieron por él ante el soberano y suplicaron unánimemente clemencia para Sinesio.

3. La mayoría de los cumanos por temor a que el soberano intentase durante la noche alguna maniobra perjudicial contra ellos, recogieron todo el botín y emprendieron de noche la marcha por el camino que conduce al Danubio. En cuanto a él, cuando amaneció, levantó el campo de allí, para huir del mal olor de los cadáveres, y marchó en dirección a un lugar denominado Bellos Árboles, que dista dieciocho estadios de Querenos.[15] En el momento de su partida le dio alcance Meliseno, que no había conseguido presentarse

15. 2,7 kilómetros.

en el momento de la batalla porque estaba ocupado en enviar aquel contingente de reclutas al soberano. Tras los naturales saludos y las felicitaciones, pasaron el resto del camino charlando sobre los acontecimientos relacionados con la derrota de los escitas.

4. Cuando a su llegada a Bellos Árboles el soberano se enteró de la huida de los cumanos, mandó cargar en mulas todo lo que les correspondía en razón de lo pactado con ellos y se lo envió, ordenando a los encargados de llevar a cabo el envío que se apresuraran a alcanzarlos, si podían, incluso al otro lado del Danubio. En efecto, siempre le resultaba difícil no ya mentir, sino incluso aparentar la mentira, máxime cuando solía hacer significativos alegatos a todos contra la mentira. Esto es lo que pasó con los que huyeron. En cuanto a los demás, tras acompañarlo durante el resto de la jornada, fueron obsequiados con generosos presentes. Sin embargo, consideró preciso no entregar en ese momento los sueldos convenidos, sino dejar que digirieran con el sueño el vino que habían bebido para que luego, con el dominio de su conciencia recobrado, pudieran apreciar su generosidad. Así pues, al día siguiente, hizo llamar a todos y no solo les dio lo estipulado, sino mucho más. Pero tomó rehenes entre ellos, ya que quería despedirlos en dirección a sus hogares y temía que al dispersarse produjeran durante su retorno no pocos daños a las aldeas que se hallaban en el camino. Como también le pidieron una escolta para el viaje, les cedió a Yoanaces (hombre muy destacado por valentía y sensatez), a quien responsabilizó del cuidado de todos y del buen comportamiento de los cumanos hasta que llegasen a Zigo.[16]

5. En fin, todas esas gestas que el soberano llevó a cabo fueron posibles gracias a la Divina Providencia. Tras concluir definitivamente con los asuntos pendientes, volvió a Bizancio como triunfante vencedor cuando corría el mes de mayo. Pongamos aquí el punto final a los acontecimientos relacionados con los escitas, aunque he dicho pocas cosas de las muchas que sucedieron, como si fuera solo la punta de mi dedo la que tocase el mar Adriático. Porque respecto a las brillantes victorias del soberano, las derrotas parciales de sus enemigos, cada una

16. La cordillera de los montes Balcanes.

de sus gestas, los sucesos ocurridos entre unas y otras, su astucia y su capacidad de resolver mediante toda clase de soluciones los momentos críticos, ni otro Demóstenes o el coro al completo de los oradores, ni toda la Academia y el Pórtico, *si* se hubieran reunido en un mismo sitio y hubieran tratado de los hechos de Alejo con plena justicia, habrían tenido fuerzas para abarcarlas.

VII. Conjuras de Ariebes y Humbertópulo. Acusaciones contra Juan, el hijo de Isaac Comneno

1. Apenas habían pasado unos días desde la llegada del emperador a palacio, cuando el armenio Ariebes y el celta Humbertópulo (hombres notables entre los de ilustre linaje y muy aguerridos) se conjuraron contra el soberano y fueron descubiertos en el momento en que habían arrastrado a esa conspiración a un grupo de personas numeroso y de no despreciable linaje. Las pruebas estaban a la vista y la verdad habló por sí sola. Los conjurados fueron condenados y sentenciados a la confiscación de sus bienes y al exilio, si bien el soberano decidió concederles una suspensión total de las penas fijadas por las leyes.

2. Cuando llegó a conocimiento del soberano el rumor de un ataque de los cumanos, así como, por el otro frente, las intenciones de Bodino y de los dálmatas de romper los tratados y avanzar contra nuestro país, sus reflexiones se dividieron, al no saber contra cuál de los enemigos dirigirse primero. Finalmente, consideró preciso tomar las armas en primer lugar contra los dálmatas y ocupar los valles que se extienden entre nuestro país y ellos para fortificarlos lo mejor posible. En una asamblea general comunicó sus planes y, como a todos les pareció oportuno, salió de la capital para preservar nuestros intereses en Occidente.

3. Tras su rápida llegada a Filipópolis recibió una carta del que entonces ocupaba el cargo de arzobispo de Bulgaria, donde se aseguraba que Juan, el duque de Dirraquio hijo del sebastocrátor, tenía la secreta intención de rebelarse. Estuvo lleno de desaliento durante toda la noche y todo el día. Dilataba, de un lado, una investigación sobre dicho asunto por causa del padre; y, de otro

lado, temía que el contenido de la misiva no fuera falso. Como Juan era un muchacho y sabía perfectamente que los impulsos de semejantes personas son ingobernables, temía que organizara alguna revuelta y provocase un disgusto insoportable a ambos, a su padre y a su tío. Por tanto, consideró preciso apresurarse por cualquier medio a frustrar sus planes. Pues sobre el afecto hacia él se podría hablar abundantemente.

4. Hizo llamar, por consiguiente, al que era entonces gran heteriarca[17] Argiro Caratzás, de origen escita, muy prudente y preocupado tanto por su virtud, como por su lealtad, y le entregó dos cartas. Una era para Juan, que decía así: «Nos hemos enterado de la venida de los bárbaros a través de los desfiladeros en contra de nosotros y hemos salido de Constantinopla para reforzar las zonas limítrofes del Imperio de los romanos. Es preciso, en consecuencia, que tú te presentes para informarnos de tu gestión (pues tememos que Bolcano tenga intenciones hostiles hacia nosotros) así como que nos pongas al corriente sobre la situación en Dalmacia y sobre el mismo Bolcano respecto a su observancia de los tratados de paz (a diario me llegan noticias negativas sobre él), para que gracias a una información más clara nos preparemos mejor contra sus maquinaciones. Cuando te hayamos dado las recomendaciones pertinentes, te enviaremos de nuevo al Ilírico de modo que obtengamos la victoria con el auxilio de Dios enfrentándonos al enemigo por ambos frentes».

5. Ese era el contenido de la carta destinada a Juan. La dirigida a los notables de los habitantes de Dirraquio decía lo siguiente: «Ya que nos hemos vuelto a enterar de que Bolcano está urdiendo un plan contra nosotros, hemos salido de Bizancio para reforzar los valles que se extienden entre nuestro país y el de los dálmatas y, al mismo tiempo, para conocer con exactitud su situación y la de los dálmatas. Por ello, consideramos preciso llamar a vuestro duque y dilecto sobrino de Nuestra Majestad y os hemos enviado al que porta nuestra carta para que lo sustituya en el cargo de duque. Admitidlo también vosotros y obedecedlo en todo cuanto sea

17. Heteriarca era la denominación que se le daba al comandante de la «hetería», tropas de origen extranjero al servicio del Imperio. Ver también I V.2, nota 24.

ordenado por él». Después de entregarle las cartas a Caratzás, le ordenó que cuando llegara, entregase primero su carta a Juan y si accedía de buen grado que lo enviara desde allí sin problemas y que él se encargara de la defensa del país hasta que volviera; pero si ofrecía resistencia y no obedecía, que mandara buscar a los notables de Dirraquio y les leyera la otra carta para que colaboraran con él en el objetivo de prender a Juan.

VIII. Alejo resuelve diplomáticamente el problema planteado por las acusaciones de sedición contra su sobrino Juan

1. Tan pronto como fue informado de esos rumores, el sebastocrátor Isaac, que se hallaba en Constantinopla, salió diligentemente y en dos noches con sus días llegó a Filipópolis. Entró sin ruidos en la tienda mientras dormía el emperador, se acostó en la cama que había al lado de la de su hermano y emperador, y se puso a dormir con una indicación de su mano a los que vigilaban el sueño del soberano para que mantuvieran silencio. Al despertarse el emperador y ver inesperadamente a su hermano, permaneció en silencio y ordenó a los que allí se encontraban que hicieran lo mismo. Cuando el sebastocrátor vio que su hermano y emperador se había despertado ya y este lo vio a su vez, acercándose uno a otro, se fundieron en un abrazo. Luego, el emperador le preguntó qué deseaba y cuál era el motivo de su presencia. Él le dijo: «Tú». Y el emperador repuso: «¡Tan gran esfuerzo has hecho por haberte precipitado en vano!»

2. El sebastocrátor no replicó por el momento lo más mínimo, porque estaba soñando con la información que iba a llegar de Dirraquio mediante un mensajero que había sido enviado por él. Efectivamente, tan pronto como se enteró de los rumores que corrían sobre su hijo, le escribió una carta muy escueta donde le ordenaba que acudiera inmediatamente a presencia del emperador, y le informaba que él mismo había salido de Bizancio sobre la marcha y se apresuraba en dirección a Filipópolis con el propósito de rechazar las acusaciones transmitidas al soberano contra él y mantener una conversación razonable con su hermano y emperador mientras esperaba

su llegada junto a ellos. El sebastocrátor se retiró de la presencia del emperador y marchó a la tienda asignada a él. Pronto entró a la carrera el portador de la carta que había sido enviada a Juan. Regresaba de allí con la noticia de su llegada.

3. Por tanto, libre entonces el sebastocrátor de las muchas sospechas y animado por pensamientos más favorables, marchó agitado a presencia del emperador, repleto de cólera contra los que habían vertido esas acusaciones sobre su hijo. Nada más verlo el emperador, reconoció el motivo de su presencia. No obstante, le preguntó cómo estaba. Él dijo: «Mal por tu causa». Isaac, en efecto, no tenía la más mínima capacidad de dominar las riendas de su rugiente cólera y se descontrolaba sólo con oír cualquier palabra. Y añadió a estos términos alguno más, diciendo: «No estoy enojado tanto contra Vuestra Majestad, cuanto contra ese», y señaló a Adriano, «porque va difundiendo falsedades». A estas palabras no replicó aquel tierno y dulce emperador ni con una sílaba, pues sabía cómo hacer cesar la ardiente cólera de su hermano. Una vez sentados ambos junto con el cesar Nicéforo y algunos de sus parientes y allegados, trataron solamente entre ellos sobre las acusaciones contra Juan. Al ver el sebastocrátor que Meliseno y su propio hermano Adriano atacaban con cierto disimulo a su hijo, sin poder contener otra vez su ira en ebullición y fijando una penetrante mirada en Adriano, lo amenazó con cortarle la barba y enseñarle a no intentar apartar al emperador de tales parientes con sus manifiestas mentiras.

4. En esto llegó Juan, se introdujo enseguida en la tienda imperial y escuchó todo lo que se había dicho en contra de él. No se le abrió, sin embargo, ninguna investigación y fue dejado en libertad tras estas palabras del emperador: «Por el respeto que tengo hacia tu padre y hermano mío, no consiento en oír hablar en contra de ti. No te preocupes y obra como siempre». Estas palabras fueron pronunciadas dentro de la tienda imperial ante la única presencia de los parientes, sin nadie ajeno a la familia. Así pues, cuando los rumores, o tal vez los intentos de conjura, se remansaron por igual, hizo llamar a su hermano, es decir, al sebastocrátor Isaac, y a su hijo Juan y tras una extensa charla, le dijo al sebastocrátor: «Vuelve

tú en buena hora a la capital para comunicar a nuestra madre lo relacionado con nosotros. En cuanto a este,», dijo señalando a Juan ,«lo envió de nuevo a Dirraquio para que cumpla eficazmente con las responsabilidades de su propio gobierno». Después de esta separación, al día siguiente el uno emprendió el camino a Bizancio y el otro fue enviado a Dirraquio.

IX. El asunto de Teodoro Gabras

1. No se detuvieron en este punto, sin embargo, los problemas que afectaban al soberano. Cuando Teodoro Gabras residía en la capital, como conocía su violento comportamiento y sus enérgicas reacciones, con el propósito de alejarlo de la ciudad, lo nombró duque de Trapezunte,[18] ciudad que él había reconquistado hacía tiempo a los turcos. Este hombre era oriundo de Caldea[19] y de noble linaje. Tras convertirse en un ilustre militar, había destacado sobre todos los demás por su inteligencia y valor, y porque no había fracasado casi nunca en sus misiones, antes al contrario, siempre había vencido a sus enemigos. Así, tras la toma de Trapezunte, la administraba como si fuera su propiedad particular y se había hecho fuerte.

2. A Gregorio, su hijo, el sebastocrátor Isaac Comneno lo prometió a una de sus hijas. Como ambos eran aún impúberes, firmaron solo un acuerdo de matrimonio entre ellos. Luego, tras poner a su hijo Gregorio en manos del sebastocrátor para que se cumpliera el compromiso en la edad permitida por la ley,[20] se despidió del emperador y regresó a su tierra. Cuando tras no mucho tiempo su cónyuge pagó la deuda co-

18. Trebisonda, hoy Trabzon, en la costa norte de Asia Menor, junto al mar Negro.

19. Caldea era la denominación en la Antigüedad de la zona media de Mesopotamia. Realmente, Teodoro Gabras parece haber sido originario de la región de Trebisonda.

20. Según la legislación sobre el matrimonio que data del año 726, durante el reinado del emperador León III, una pareja podía contraer matrimonio a partir de los quince años en el varón y de los trece en la mujer.

mún,[21] se volvió a casar con otra muy noble mujer de origen alano. Pero coincidió que la esposa del sebastocrátor y la que desposó Gabras eran hijas de dos hermanas. Al hacerse esto público y como según las leyes y los cánones la unión de los niños quedaba entonces vetada, se disolvió aquel compromiso. Sin embargo, el emperador, sabiendo qué clase de militar era Gabras y con cuántas actividades podía perturbar el Imperio, no deseaba que su hijo Gregorio volviera junto a él tras la anulación de aquel compromiso, y lo retuvo en la capital por dos razones. De un lado para utilizarlo como rehén y de otro para ganarse la lealtad de Gabras y así apartarlo de sus pretensiones en el caso de que tuviera alguna pérfida aspiración. Quería, en suma, unir a Gregorio con una de mis hermanas. Por eso retrasaba el momento de devolver al niño.

3. Cuando Gabras retornó a la ciudad imperial, aunque no tenía conocimiento de la trama del soberano, planeaba recuperar encubiertamente a su hijo. Por el momento, mantuvo en secreto su propósito, a pesar de que el soberano le hacía veladas insinuaciones y sugerencias sobre sus intenciones. Él, sin embargo, no sé si por no comprender nada, o por estar descorazonado ante la ruptura, recientemente acaecida, de aquella boda, el caso es que pedía que le fuera devuelto su hijo porque pensaba emprender el regreso. El soberano se negó a esta petición.

4. Gabras fingió dejarlo de buen grado y confiar a los criterios del soberano el futuro de su hijo. Cuando, tras despedirse del emperador, estaba a punto de partir de Bizancio, el sebastocrátor recibió una visita suya motivada por el cercano parentesco y por la confianza que se había ganado gracias a esa causa. Lo recibió allí donde hay una iglesia dedicada al gran mártir Focas, en una villa muy hermosa situada en la Propóntide. Tras celebrar un estupendo festín y cuando el sebastocrátor se disponía a regresar a Bizancio, él pidió que le fuera concedido disfrutar de la compañía de su hijo durante el día siguiente. El sebastocrátor no puso reparo alguno. El muchas veces mencionado Gabras, cuando al día siguiente iba a separarse de su hijo, pidió a sus tutores que lo acompañaran hasta

21. Murió.

Sostenio,[22] donde pensaba acampar. Ellos asintieron y partieron con él. A continuación, cuando iba a levantar de nuevo el campo, hizo la misma petición a los tutores. Esta vez su hijo debía acompañarlo hasta el faro. Pero ellos se negaron. Entonces él puso sobre la mesa sus sentimientos de padre y mezclando el argumento de su larga ausencia con algunos otros, les ablandó el corazón a los tutores y, convencidos por sus palabras, lo acompañaron. Por fin, cuando llegaron al faro demostró sus verdaderas intenciones y tras arrebatar al niño y embarcarlo en una nave mercante, salieron él y su hijo al encrespado Ponto.

5. Cuando el emperador se enteró de este hecho, envió contra él con mayor presteza de la esperada unas veloces naves, ordenándoles a los que partían en ellas que entregaran a Gabras una carta dirigida a él y que procurasen recuperar al niño con su anuencia, a no ser que quisiera tener al soberano como enemigo. Los emisarios le dieron alcance pasada la ciudad de Egino, en la ciudad llamada por los lugareños Carambis.[23] Y, efectivamente, le entregaron la carta del emperador en la que el soberano le revelaba su deseo de comprometer al niño con una de mis hermanas y, tras deliberar bastante tiempo con él sobre algunos puntos, lo convencieron de que devolviera a su hijo.

6. Tras verlo el soberano y sancionar el compromiso por escrito según las leyes habituales, lo entregó a Miguel el eunuco, uno de los servidores de la emperatriz, para que fuera su tutor. Luego, de este modo, mientras residía en el palacio, lo honró con espléndidas atenciones, le educó el carácter y lo instruyó con una completa formación militar. Pero, tal como es el carácter de los jóvenes, se hallaba a disgusto porque no quería estar subordinado a nadie en absoluto y pensaba que no se le dispensaban los honores apropiados. Al estar contrariado también con su tutor, planeó escapar junto a su padre, cuando habría sido más honroso que agradeciera el habérsele dignado con tan grandes atenciones. No se limitó solo a los pensamientos su

22. Al norte de Constantinopla, hoy İstinye.

23. Egino está en Paflagonia. Carambis es un promontorio y tal vez, una ciudad de Paflagonia al este de Amastris.

decisión, sino que puso manos a la obra. Así pues, acudió a presencia de algunos hombres a quienes les comunicó sus planes secretos. Estos eran Jorge, hijo de Decano, Eustacio Camitzes y Miguel el copero, cargo también llamado habitualmente «pincerna» por los cortesanos del Palacio Imperial. Eran estos hombres muy valientes y estaban entre los íntimos del emperador. Uno de ellos, Miguel, fue a su presencia y le reveló todo al soberano, quien sin creérselo por completo, negaba esas palabras. Ante la insistencia de Gabras y sus prisas por partir, los partidarios del soberano le dijeron: «Si no nos garantizas tus planes mediante un juramento, no secundaremos tus deseos». Él estuvo de acuerdo en prestar el juramento y ellos le indicaron el sitio donde se hallaba el Santo Clavo[24] con que aquellos criminales atravesaron el costado de mi Salvador, para que lo tomara y la trajera como testigo de su juramento por Aquel que fue herido con ella.

7. Gabras los obedeció y tras entrar a escondidas en el lugar donde estaba, tomó el Santo Clavo. Uno de los que previamente había advertido al emperador, entró a la carrera y le dijo: «Tenemos a Gabras con el Santo Clavo escondido en su pecho». Enseguida, a una orden del soberano, Gabras fue apresado y el Clavo arrebatado de su pecho. En el interrogatorio reveló todo su plan a la primera pregunta y delató a los cómplices. Así pues, tras ser condenado, lo puso bajo la custodia del duque de Filipópolis,[25] Jorge Mesopotami-

24. Hay un debate sobre aquello a lo que se refiere Ana Comnena con las palabras «τὸν ἅγιον ἦλον». Literalmente, significa «el santo clavo», pero lo que atravesó el costado de Cristo fue una lanza. Ahora bien, «lanza» en griego es «λόγχη». Hay quien sugiere que Ana Comnena está aquí empleando «clavo» en sentido metafórico por cuanto es puntiagudo y se clava como una lanza. Había varios clavos de la lanza de Cristo en las iglesias de Constantinopla, uno de ellos en la iglesia de la Virgen del Faro. En todo caso, el término «clavo» en griego es inequívoco. Sin embargo, en XI VI.7 vuelve a aparecer la expresión. Esta vez, las fuentes latinas hablan expresamente de la Santa Lanza. Como era habitual en las reliquias, aparecían varios ejemplares de una misma en diferentes sitios. A pesar de que existía una Santa Lanza en Constantinopla, los cruzados en el pasaje mencionado del libro XI encuentran otra en Antioquía. Finalmente, los juramentos hechos sobre reliquias eran considerados sagrados.

25. El castigo de Gregorio Gabras fue breve. Unos pocos años más tarde, fue desposado realmente con María, la hija del emperador, pero el matrimonio fue un fracaso y se anuló. A partir de ahí, se pierde la pista del personaje.

tes, para que lo mantuviera recluido y encadenado en la acrópolis. A Jorge, el hijo de Decano,[26] lo remitió junto con una carta a León Nicerites, quien era a la sazón duque del Paradunabo,[27] aparentemente para que defendiera con él la zona del Danubio, aunque en realidad estaba allí para que Nicerites pudiera vigilarlo de cerca. Por último, metió en prisión y confinó a Eustacio, el hijo de Camitzes,[28] y a los demás.

26. Castigo que fue levantado, ya que en 1112 lo encontramos encargado por el emperador Alejo en la represión del levantamiento de Miguel de Amastris, gobernador de Acruno, tal como cuenta Ana Comnena en XIV III.5

27. Paristrio.

28. La prisión de Eustacio Camitzes duró poco, ya que en 1094 reaparece en el sínodo de Blaquernas de ese año con un cargo importante. A partir de ahí, participará en diferentes campañas recogidas en *La Alexíada.*

LIBRO IX

Campañas contra Tzacás y los dálmatas. Conjura de Nicéforo Diógenes (1092-1094)

1. Tzacás es expulsado de Mitilene

1. Así resuelto el asunto de Juan y Gregorio Gabras, el soberano partió de Filipópolis y llegó a los valles situados entre Dalmacia y nuestros territorios. Atravesó todo el alto del Zigo, así llamado en el lugar, no a caballo (no siempre lo permitía el sitio, ya que era escarpado, con barrancos, boscoso y casi intransitable), sino recorriéndolo todo a pie e inspeccionándolo con sus propios ojos, no fuera que le quedase oculto ningún lugar desprotegido por donde muchas veces el enemigo tiene fácil acceso. En unos sitios ordenó que se levantaran fortificaciones; en otros, donde las condiciones del terreno lo permitiesen, que se construyeran torres de madera y bastiones, prescribiendo que fueran de ladrillo o piedra. Él personalmente medía las distancias entre unos y otros y sus tamaños. En alguna ocasión dispuso que árboles, cuya altura llegaba al cielo, fueran talados de raíz y dejados en tierra. Una vez hubo cercado así los lugares de paso del enemigo, volvió a la capital.

2. Quizá nuestra narración deje entrever al lector que la organización de esas actividades resultaba tarea fácil; sin embargo, aún vive mucha de la gente que presenció aquellos hechos y que puede atestiguar cuánto sudor le costó al soberano todo aquello. No había pasado mucho tiempo, cuando llegaron unas informaciones bastante exactas sobre las actividades de Tzacás. Ninguno de los reveses que había sufrido por mar y por tierra lo apartaban de sus proyectos; por

el contrario, empleaba los símbolos propios de los emperadores, llamándose a sí mismo emperador, y durante su estancia en Esmirna, como si estuviera en un Palacio Imperial, aparejaba una flota para volver a saquear las islas, arribar hasta la misma Bizancio e incluso subir, si le fuera posible, al trono imperial.

3. El soberano, conforme se iba cerciorando a diario de estos movimientos, llegaba a la conclusión de que no debía desanimarse ni desoír aquellos anuncios, sino prepararse durante lo que aún restaba de primavera y el siguiente invierno, para afrontar ventajosamente estos problemas en la próxima primavera y afanarse por todos los medios en hacer fracasar no solo sus proyectos, decisiones, expectativas y empresas, sino incluso expulsarlo de la propia Esmirna, así como defender de su mano todo cuanto él había poseído anteriormente. Una vez pasado el invierno, al hacer su aparición la risueña primavera, mandó llamar de Epidamno a su cuñado Juan Ducas y lo nombró gran duque de la flota. Lo puso al frente de un ejército reclutado en tierra firme, le ordenó que marchara en dirección a Tzacás por tierra y que encargara la jefatura de la flota a Constantino Dalaseno con la orden de bordear la zona costera para llegar simultáneamente a Mitilene y así presentar batalla a Tzacás por ambos frentes, mar y tierra.

4. Tan pronto como Ducas llegó a Mitilene, construyó torres de madera y partiendo desde allí, como si fuera su base de operaciones, se enfrentó vigorosamente a los bárbaros. Tzacás, que había encomendado la defensa de Mitilene a su hermano Galabatzes, consciente de que este en la batalla no estaba a la altura de un hombre de tal valía, llegó allí a toda velocidad, dispuso la formación de combate y libró batalla con Ducas. La noche dio por terminado el duro enfrentamiento que se produjo. Desde ese instante y durante tres meses, Ducas no dejó de atacar las murallas de Mitilene y de librar con Tzacás heroicos combates desde la salida del sol hasta la puesta.

5. Pero Ducas nada obtenía más que grandes fatigas, lo que al soberano, al entrarse, le provocaba enfado y irritación. En una ocasión, tras preguntar a un soldado procedente de allí, se percató de que Ducas no conseguía más que complicarse en batallas y

combates. Entonces, le preguntó al soldado en qué momento y a qué hora se libraban las batallas con Tzacás. Cuando él dijo que sobre el alba, el emperador inquirió a su vez: «¿Y qué combatientes miran a levante?» El soldado respondió: «Nuestro ejército». Consciente de la causa entonces, tal como era soberano para dar con lo que debe hacerse en un tiempo imperceptible, redactó una carta para Ducas donde le aconsejaba que evitara combatir con Tzacás al amanecer, a fin de que no luchara contra dos enemigos, los rayos del sol y el propio Tzacás. Asimismo, le dijo que aprovechara para atacar al enemigo el momento en que el sol hubiera rebasado el círculo del mediodía y fuera declinando hacia el ocaso. Tras confiar la carta al soldado y darle abundantes recomendaciones sobre el particular, le dijo finalmente en tono sentencioso: «Si atacáis a los enemigos cuando el sol se esconde, saldréis pronto vencedores».

6. Cuando Ducas tuvo conocimiento de estas instrucciones a través del soldado y como nunca despreció los consejos del soberano en ningún asunto, al día siguiente, cuando los bárbaros estuvieron armados como de costumbre, no compareció ningún enemigo (las falanges romanas permanecían inmóviles de acuerdo con las recomendaciones del soberano). Desesperados por la ausencia de su enemigo aquel día, dejaron las armas y se quedaron en el mismo sitio. Sin embargo, Ducas no permanecía inmóvil. Cuando el sol llegó a la mitad del cielo, él y todo su ejército estaban ya en armas. En el momento del declive solar, dispuso la formación de combate y se lanzó súbitamente contra los bárbaros en medio de una enorme algarabía. Sin embargo, tampoco pareció que a Tzacás le cogiera desprevenido este ataque y tras armarse sin tardanza, hizo frente a las falanges romanas. Entre el fuerte viento que soplaba y el combate cuerpo a cuerpo, el polvo se levantaba hasta alcanzar el cielo. De un lado, por tener el sol brillando de frente y de otro porque el viento impedía una cierta visibilidad con la polvareda que levantaba, así como gracias a un ataque más impetuoso que los anteriores, los enemigos fueron derrotados y volvieron la espalda.

7. Ante la imposibilidad de soportar el asedio durante más tiempo y su incapacidad para afrontar continuamente las batallas,

Tzacás pidió la paz con una sola condición, que le fuera permitido navegar sin contratiempos hasta Esmirna. Accedió Ducas y tomó dos rehenes entre los principales sátrapas. El bárbaro, a su vez, también pidió a Ducas rehenes con el compromiso de no causar daño a ningún mitilenio en su partida, ni llevarse a nadie consigo en la travesía a Esmirna. Ducas se comprometió a procurarle una navegación sin problemas hasta Esmirna para lo que le cedió a Alejandro Euforbeno y a Manuel Butumites, hombres aguerridos y valientes. Con sus palabras de honor mutuamente comprometidas, uno tenía la tranquilidad de que Tzacás no haría ningún daño a los mitilenios durante su partida y el otro que la flota romana no le provocaría ningún conflicto durante su travesía.

8. Pero como el cangrejo no aprende a andar hacia adelante, así tampoco Tzacás abandonó su habitual perversidad. En efecto, intentó llevarse consigo a todos los mitilenios, mujeres y niños incluidos. Mientras esto sucedía, Constantino Dalaseno, que era entonces talasocrátor[1] y que aún no había arribado, de acuerdo con las órdenes impartidas por Ducas fondeó las naves junto a un promontorio y, cuando se enteró de las noticias, acudió a presencia de Ducas para pedirle que le permitiera librar combate con Tzacás. Este se lo negó eventualmente por respeto al juramento dado. Dalaseno, por su parte, insistía, alegando lo siguiente: «Tú has jurado, pero yo no estaba presente. Respeta tú la palabra que diste, porque yo, que no estuve presente y que ni he jurado, ni conozco el acuerdo al que llegasteis ambos, me aprestaré a la guerra contra Tzacás». Cuando Tzacás hubo soltado amarras y emprendía la navegación con su botín rumbo a Esmirna, Dalaseno le dio alcance antes de lo previsto y tras atacarlo inmediatamente, emprendió su persecución. También Ducas dio alcance al resto de la flota de Tzacás, que estaba soltando amarras, y una vez en poder de las naves, liberó a todos los prisioneros del bárbaro y a los cautivos encadenados en ellas. Dalaseno, a su vez, tras apoderarse de un buen número de naves corsarias de Tzacás, ordenó matar a sus tripulantes y remeros.

1. Otra denominación para el almirante de la flota.

9. Pronto hubiera sido capturado también Tzacás, si no hubiera actuado con astucia y, previendo lo que iba a ocurrir, no hubiera trasbordado a una barca muy ligera y se hubiera puesto a salvo en ella, pasando inadvertido gracias a tan insospechado recurso. Efectivamente, como suponía lo que podría suceder, había tomado la precaución de dejar a algunos turcos apostados en un cabo de la costa para que vigilasen hasta que llegase sin peligro a Esmirna o hasta que apareciera ante ellos en una barca buscando refugio para escapar del enemigo. Ciertamente, no se equivocó con sus previsiones. Una vez hubo atracado allí y se hubo unido a los turcos que lo aguardaban, se encaminó a Esmirna, adonde llegó. Dalaseno retornó vencedor junto al gran duque. Y Ducas, cuando terminó de reforzar las defensas de Mitilene y Dalaseno se hubo marchado, seleccionó una parte significativa de la escuadra romana y la despachó contra las posesiones de Tzacás (había logrado ocupar, efectivamente, numerosas islas). Tras adueñarse al primer ataque de Samos y de algunas otras islas, regresó a la capital.

II. Rebeliones en Creta y Chipre

1. No habían transcurrido muchos días, cuando se enteró el soberano de la defección de Carices[2] y de que se había hecho con Creta; y luego, Rapsomates,[3] con Chipre. Envió a Juan Ducas con una gran flota en contra de ellos. Los cretenses, al enterarse de que Ducas había llegado a Cárpato y sabiendo que esta isla no estaba lejos, atacaron a Carices y tras ultimarlo de una forma cruel, entregaron Creta al gran duque. Una vez hubo reforzado las defensas de la isla y tras dejar una importante guarnición para este fin, Ducas emprendió la navegación rumbo a Chipre. Nada más desembarcar ocupó Cirene al primer ataque. Cuando Rapsomates se enteró de este hecho, se armó fuertemente contra él. Consecuentemente, partió de Leucusia[4] y lle-

2 Duque (gobernador) de Creta.

3. Duque (gobernador) de Chipre.

4. Nicosia, actualmente.

gó al cerro de Cirene, donde fijó su campamento. Prefirió retrasar por el momento la hora de entrar en combate a causa de su bisoñez y su ignorancia en materia de estrategia. En efecto, hubiera debido caer sobre ellos inopinadamente. Sin embargo, dilataba el momento de la batalla, no con vistas a organizar el enfrentamiento porque realmente no estuviera listo (contaba con estupendos preparativos y, si hubiera querido, habría podido entrar en combate enseguida), sino porque no quería librar batalla y porque se planteaba la guerra como un juego infantil. Mientras, recurría cobardemente a embajadores y hacía como que intentaba atraerse al adversario con palabras aduladoras.

2. Creo que no era sino la inexperiencia sobre las guerras la razón de su comportamiento, porque, como yo misma oí decir acerca de él, había tocado por primera vez una lanza y una espada el día anterior, y ni siquiera sabía montar a caballo. En el caso de que casualmente hubiera montado en uno y luego hubiera querido desmontar, habría sufrido miedo y vértigo. Tan inexperto era Rapsomates en cuanto a experiencia militar. Así pues, ya fuera por dicha causa, ya fuera porque el repentino ataque de las tropas romanas había consternado su pretendida valentía, el caso es que su mente se hallaba desconcertada. De ahí que, al haber marchado al combate con una cierta desesperanza, los acontecimientos no se desenvolvieran a su favor. Butumites, en efecto, se había ganado a algunos de sus seguidores, que tras desertar ingresaron en su ejército. Al día siguiente, cuando Rapsomates tuvo emplazadas sus falanges, presentó batalla a Ducas, marchando a paso lento pendiente abajo por el cerro. Tan pronto como el espacio de tierra entre ambos se estrechó, una parte de los hombres de Rapsomates, en número de cien, desertó al bando de Ducas y a rienda suelta, con las puntas de las lanzas vueltas hacia atrás, avanzaron hacia él.

3. A la vista de estos hechos, Rapsomates volvió enseguida la espalda y escapó a toda velocidad en dirección a Nemeso,[5] por si lograba encontrar una nave con la que abordar Siria y ponerse a salvo. Pero Manuel Butumites se lanzó en su persecución tras él.

5. Hoy, Limassol, en la costa sur de Chipre.

Apurado por este y fracasado su empeño, huyó por otro camino en dirección a un monte, en busca de refugio en un santuario consagrado desde antiguo a la Santa Cruz. Butumites (a quien Ducas había encomendado esta persecución) le dio allí mismo alcance, le dio su palabra de inmunidad y lo condujo preso al gran duque. Todos llegaron, entonces, a Leucusia y, una vez puesta la isla entera bajo su autoridad, reforzaron el lugar y dieron a conocer por carta estos hechos al soberano.

4. El emperador aprobó el combate de aquellos y reconoció que se debía reforzar la presencia en Chipre. En consecuencia, eligió como juez e inspector fiscal[6] a Calipario, varón este que, aunque no de los insignes, daba muchos testimonios de ecuanimidad, insobornabilidad y humildad.[7] Puesto que la isla carecía de un cargo que la gobernase, le ofreció su gobierno a Eumacio Filocales y lo nombró estratopedarca, mientras le cedía naves de guerra y caballería para que reforzara la situación en Chipre por mar y tierra. Butumites, por otro lado, cuando hubo capturado a Rapsomates y a los inmortales que se habían rebelado con él, regresó junto a Ducas y así marcharon juntos hacia la capital.

III. Final de Tzacás

1. En suma, así se desarrollaron los acontecimientos relativos a las islas, es decir, Chipre y Creta. Tzacás, por su parte, que era un hombre arrojado, no quería quedarse quieto por lo enérgico de su temperamento y marchó a Esmirna, adonde no tardó en llegar. De nuevo, perseverando en sus propósitos, aparejó concienzudamente naves corsarias, dromones, birremes, trirremes y otros muchos barcos

6. Ana Comnena emplea aquí el término «exisotés» [ἐξισωτής], cuya traducción literal al español sería «igualador». Se trata de un cuerpo de funcionarios imperiales que tenían como tarea inspeccionar el funcionamiento de la administración.

7. La función de Calipario, como *exisotés* era distribuir de forma justa el pago de impuestos, ya que las revueltas en Creta y Chipre fueron debidas a la política fiscal del Imperio en ambas islas. La decisión de Alejo de poner al frente de esa tarea a una persona íntegra tiene por objeto eliminar posibles agravios en el futuro.

más ligeros. Tampoco esta vez, cuando se enteró de estas noticias, se deprimió el soberano ni retrasó su reacción; antes al contrario, se apresuró a derrotarlo por mar y por tierra. En consecuencia, nombró a Constantino Dalaseno talasocrátor y lo despachó con toda la escuadra contra Tzacás.

2. Creyó también conveniente instigar al sultán contra Tzacás mediante cartas que decían lo siguiente: «Sabes, Ilustrísimo sultán Clitziastlán, que la dignidad de sultán te pertenece por herencia paterna. Sin embargo, Tzacás, tu pariente, emplea la vulgar excusa de que se está armando aparentemente contra el Imperio de los romanos y se aplica a sí mismo el título de emperador. Pero bien sabe él, gracias a su experiencia y a su exacto conocimiento de la realidad, que nada se le ha perdido en el Imperio de los romanos y que es imposible apoderarse de tan amplios dominios. Toda su perfidia, pues, la está dirigiendo en contra de ti. Por tanto, es nuestro deber dejar de tolerar esta actitud y, evidentemente, no desanimarnos, sino darnos más prisa para que no llegues a verte privado de tu trono. Por lo que a mí respecta, pienso expulsarlo, con el auxilio de Dios, de las fronteras del Imperio de los romanos. Pero desde mis desvelos por tu persona te exhorto a que mires también tú por tu Imperio y tu trono y a que te apresures para someter a Tzacás, ya sea por medios pacíficos o, si no te agradan estos, por medios violentos».

3. Después de que el emperador hubiera adoptado esas medidas, Tzacás llegó a Abido por tierra con las fuerzas a su mando y la asedió con helépolis y todo tipo de catapultas, pues no tenía aún a mano naves corsarias por no estar todavía listas. Por su parte, Dalaseno, hombre muy aguerrido y resuelto, emprendía con las fuerzas a su mando el camino hacia Abido. En cuanto al sultán Clitziastlán, al recibir las noticias del emperador, se puso en movimiento inmediatamente y tomó la ruta que conducía hasta Tzacás con todo su ejército. De semejante índole es el carácter del bárbaro, siempre dispuesto a guerras y matanzas.

4. Cuando Tzacás vio que el sultán estaba al llegar y que sus enemigos lo iban a atacar por tierra y mar sin que él dispusiera aún ni de uno de los barcos que estaba preparando porque no habían sido termina-

dos, ni de suficientes fuerzas contra la flota romana y el ejército de su pariente, el sultán Clitziastian, se sintió incapaz de hacer frente a esta situación. Por el temor que llegó a sentir incluso ante los habitantes y soldados de Abido, pensó que debía acudir a presencia del sultán, sin conocer la maquinación preparada contra él por el soberano. El sultán, cuando lo vio, le mostró un rostro amable y lo recibió afectuosamente. Luego, ante una mesa dispuesta como es costumbre y durante la cena en su compañía obligó a Tzacás a beber vino puro. Cuando se percató de que él estaba repleto de vino, sacó la espada y la clavó en su costado. Y este quedó muerto allí mismo. El sultán, por su parte, pidió una paz duradera al soberano mediante embajadores y, efectivamente, no erró en su objetivo. El soberano aceptó la petición y, concluidos los trámites habituales, las provincias costeras quedaron estabilizadas.

IV. Incursiones de Bolcano al frente de los dálmatas

1. No se había aún liberado el soberano de estos graves problemas ni había acabado con las perniciosas actividades de Tzacás (aunque él no hubiera estado presente en algunos de estos acontecimientos, sí lo había estado y había colaborado con sus disposiciones y su dedicación), cuando otra vez corría a una nueva contienda. Bolcano (el caudillo que gobernaba toda Dalmacia, hombre hábil en sus palabras y hábil en sus obras) había rebasado sus fronteras tras la segunda rotación completa del sol desde la destrucción de los escitas y devastaba las regiones y ciudades fronterizas. Incluso llegó a apoderarse de Lipenio,[8] a la que prendió fuego e incendió.

2. Cuando el emperador se enteró de la noticia, no pudo tolerar más esta situación y después de congregar suficientes fuerzas contra los serbios, emprendió camino directamente hacia Lipenio (una ciudadela a los pies del Zigo,[9] que separa Dalmacia de nuestro

8. Hoy Lipljan, en Macedonia, entre Pristina y Skopje, junto al río Vardar.

9. Esta cadena montañosa es diferente de la mencionada en VIII VI.4. Allí hace referencia a la cordillera de los Balcanes; aquí, es un macizo montañoso en Mace-

país) para enfrentarse a Bolcano, librar una violenta batalla con él, si se lo encontraba y, en el caso de que Dios le concediera la victoria, reconstruir y devolver su aspecto primitivo a Lipenio y todos los demás lugares saqueados.

3. Cuando Bolcano se enteró de la llegada del soberano, partió del lugar donde estaba y llegó a Esfentzanio, una ciudadela que se halla en la cima del citado Zigo, en el espacio de tierra situado entre la frontera romana y Dalmacia. Cuando el soberano hubo llegado a Escopia, Bolcano envió embajadores para pedir la paz, mientras se eximía de la responsabilidad por los daños causados, poniendo como único motivo de sus saqueos la actuación de los sátrapas de los romanos. Y decía: «Por no querer permanecer dentro de sus propias fronteras y haber realizado diversas incursiones, ellos han atraído no pocas desgracias a Serbia. En cuanto a mí, en adelante me abstendré de hacer nada parecido a lo que he hecho y cuando esté de vuelta en mi tierra, mandaré a Vuestra Majestad rehenes escogidos entre mis parientes y no traspasaré mis fronteras». El emperador accedió a estas condiciones y, después de dejar allí a los encargados de erigir las ciudades que habían sido reducidas a ruinas y recibir a los rehenes, volvió a la capital.

4. A pesar de las reclamaciones que se le hacían a Bolcano acerca de los rehenes, él no los entregaba y dejaba pasar un día tras otro. Cuando aún no había transcurrido un año entero, salió con intención de volver a devastar los territorios romanos. Por más cartas que recibiera del soberano en las que le recordaba el tratado y las promesas anteriormente contraídas con él, ni aun así quería cumplir sus compromisos. En consecuencia, el emperador mandó buscar a Juan, el hijo del sebastocrátor, su hermano, y lo envió contra él a la cabeza de suficientes tropas. Él, como bisoño que era y deseoso de entrar en batalla a causa de su juventud, partió, atravesó el río que pasa por Lipenio y estableció su campamento frente a Esfentzanio, a los pies del Zigo. No le pasaron inadvertidos a Bolcano estos movimientos,

---

donia occidental. La palabra «zigón» [ζυγόν], significa «yugo» en griego. Quizá su forma inspire la denominación de cualquier cadena montañosa por la semejanza en el perfil.

por lo que volvió a pedir la paz, adjuntando la promesa de ceder los rehenes prometidos y conservar en adelante íntegra la paz con los romanos. Pero esto solo eran simples promesas, porque él se estaba preparando para atacarlo de improviso.

5. Cuando Bolcano se puso en camino contra Juan, un monje, que se había percatado previamente de lo que estaba tramando, se lo comunicó a Juan, mientras le aseguraba que el enemigo estaba al llegar. Pero él lo despidió encolerizado, llamándolo mentiroso y bribón. La realidad, sin embargo, pronto confirmó sus palabras. Efectivamente, Bolcano cayó de noche sobre Juan. Muchos soldados fueron muertos en el interior de sus tiendas y otros muchos se ahogaron durante su huida a la desbandada, arrastrados por los remolinos del río que va corriente abajo. Los que tenían mayor presencia de ánimo, buscaron la tienda de Juan y gracias a que combatieron con resolución sobre el terreno, pudieron preservarla a duras penas. Así, por tanto, se dispersó la mayor parte del ejército romano. Tras reagrupar a los suyos, Bolcano ascendió Zigo arriba y se estableció en Esfentzanio.

6. A la vista del número de enemigos, los hombres de Juan, como eran pocos y no podían hacer frente a tanta gente, decidieron cruzar el río en retirada. Tras pasarlo, llegaron a Lipenio, que dista unos doce estadios[10] de ahí. Habida cuenta de la imposibilidad de ofrecer resistencia por haber perdido la mayoría del ejército, Juan emprendió camino hacia la capital. A continuación Bolcano, confiado en la idea de que ningún adversario lo detendría, se dedicó a devastar las ciudades y regiones limítrofes. Dejó en ruinas la región de Escopia y quemó otras partes. Y no solo no se limitó a esto, sino que, tras llegar también a Polobos, ocupó Branea[11] y devastó toda esa región. Seguidamente, se retiró en dirección a sus tierras con un abundante botín.

10. Unos 1,8 kilómetros.

11. Hoy Vranje, en Macedonia, en el curso superior del río Morava.

V. Nicéforo Diógenes[12] conspira contra el emperador

1. Tan pronto como el emperador se enteró de estos hechos, no pudo ya consentirlos y se armó sin que le hiciera falta para ello ningún flautista Timoteo, como sí lo necesitaba Alejandro, que solía esperar el modo ortio.[13] Así pues, una vez armado el soberano, armó al resto de los hombres que a la sazón había en la capital, se puso en camino directamente hacia Dalmacia para reconstruir a toda prisa aquellas fortalezas que habían quedado en ruinas, devolverles su aspecto primitivo y vengar con toda dureza las fechorías que el otro había cometido contra él. Partió, pues, de la capital, llegó a Dafnucio (una vieja ciudad que distaba cuarenta estadios[14] de Constantinopla) y se quedó allí mismo, mientras aguardaba a los parientes que aún estaban por venir.[15]

2. Al día siguiente llegó Nicéforo Diógenes lleno de cólera y arrojo, con su acostumbrada máscara y cubierto con su piel de zorro. Fingiendo un alegre porte, decía acudir por propia iniciativa junto al emperador. Sin embargo, no fijó su tienda con una distancia apropiada respecto a la del emperador, sino junto al paso que conducía a él. Cuando Manuel Filocales vio dónde la había colocado, quedó como sacudido por un rayo y, puesto que tampoco desconocía las maquinaciones de Diógenes, se estremeció. En cuanto logró recobrar la serenidad, se presentó enseguida ante el emperador y le dijo: «No creo que haga eso inocentemente; antes al contrario, me persigue el temor a que de alguna manera atente por la noche contra Vuestra Majestad. Por tanto, voy a decirle unas palabras para que traslade su tienda de ahí». Pero él, de acuerdo con su temperamento siempre ecuánime, negó en redondo la autorización a Filocales. Como este insistía con fuerza, acabó por decirle: «No le facilitemos ese pretexto.

12. Uno de los hijos de Romano IV Diógenes.

13. Este pasaje ya ha sido empleado por Ana Comnena en el Proemio, IV.1, nota *.

14. 6 kilómetros.

15. Febrero de 1094.

Que sea él solo el responsable de sus actos contra nosotros ante Dios y ante los hombres». Filocales, salió apesadumbrado, retorciendo las manos y llamando loco al soberano.

3. No mucho tiempo después y cuando el emperador dormía despreocupadamente en unión de la emperatriz, alrededor de la vigilia central de la noche, Diógenes se levantó con una espada bajo la axila y se detuvo una vez llegado al umbral de su tienda. Durante el sueño del emperador, la entrada de su tienda no se cerraba ni velaba fuera la guardia. Así se hallaba el emperador, cuando Nicéforo se vio impedido de llevar a cabo su plan por una fuerza divina, pues al ver a la muchacha que ventilaba el ambiente y espantaba a los mosquitos de la piel de la pareja imperial, el temor se apoderó de sus miembros instantáneamente, la palidez, como dice el poeta,[16] le inundó las mejillas y dejó su crimen pendiente para más adelante.

4. Mientras este hacía continuos intentos por matar sin justificación al emperador, ninguna de sus pretensiones contra él le pasaban inadvertidas. Efectivamente, la muchacha se había acercado rápidamente al soberano y le había comunicado el hecho. Al día siguiente, partió y siguió su ruta, fingiendo ignorarlo, aunque organizaba su vida de modo tal que estuviera protegido y al mismo tiempo no diera a Nicéforo ningún pretexto razonable. Cuando llegaron a la región de Serras, ante el interés mostrado por el porfirogéneto Constantino Ducas, que acompañaba al soberano, para que se detuvieran en sus propiedades por lo agradables que eran y por estar atravesadas de frescas y potables aguas, como disponía su residencia (Pentegostis se llamaba) de suficientes estancias para la acogida del emperador, cedió a sus deseos e hizo allí una parada. Cuando al día siguiente quiso partir, el porfirogéneto no consintió dejarlo marchar y le pidió que se quedara aún un poco más para reponerse del viaje y limpiarse el polvo del camino con un baño. Tenía preparado, efectivamente, en su honor lo preciso para un opíparo banquete. Él volvió a ceder a los deseos del porfirogéneto.

5. Cuando se enteró Nicéforo Diógenes de que él se había lavado y salido del baño, volviendo a su afición por usurpar, probó

16. *Il.*, III 34-35.

si podía asesinarlo con sus propias manos. Tomó, pues, la espada y entró en la cámara del baño como si volviera de una cacería, según era su costumbre. Al verlo, Taticio, que conocía de tiempo atrás sus intenciones, le impidió el paso, diciéndole: «¿Por qué entras con una indumentaria tan poco apropiada a este lugar y con una espada? Es el momento de bañarse, no de salir en ruta, cazar o combatir». Él retrocedió habiendo errado en su objetivo. Como sospechaba que ya había sido descubierto (tremenda acusadora es la conciencia) decidió buscar su salvación en la huida, marchando hasta las tierras de la emperatriz María en Cristópolis[17] o hasta Pernico o Petritzo[18] y desde allí reorganizar sus planes de acuerdo con los acontecimientos ocurridos. Pues hacía tiempo que era un protegido de la emperatriz María porque era hermano por parte de madre de su primer esposo, el emperador Miguel Ducas, si bien eran de distinto padre.

6. El emperador partió de Pentegostis al tercer día. Había dejado a Constantino allí para que descansara, ya que temía por la delicada constitución del joven y porque aquella había sido su primera salida en campaña y no estaba acostumbrado a ellas. Era el hijo único de su madre y el soberano, que lo quería extraordinariamente como a un hijo propio y que mostraba por el joven un vivo interés, le concedía siempre permiso para pasar el tiempo con su madre la emperatriz.

VI. Excurso sobre los antecedentes vitales de Nicéforo Diógenes. Avance de su conjura

1. Pero, para que nuestra historia no avance confusa, contaremos la trayectoria vital de Nicéforo Diógenes desde su mismo origen. Diversos historiadores ya se han ocupado del modo en que su padre Romano fue elevado al trono imperial y del final que tuvo su reinado, y en ellos los interesados podrán conocer su historia. Había fallecido

17. Kavala, en la Macedonia oriental.

18. Pernico estaba situada al suroeste de Sofía y Petritzo, en Tracia, al sur de Filipópolis.

dejando como hijos a León y Nicéforo. El soberano Alejo, desde los inicios de su proclamación, se los encontró viviendo como simples particulares, aun cuando eran de linaje imperial. Su hermano Miguel, tan pronto como había subido al trono, les había quitado sus borceguíes de color púrpura, despojado de sus coronas y condenado al exilio en el monasterio de Ciperudes[19] junto con su madre, la emperatriz Eudocia. El emperador los cubrió de honores, en parte porque los compadecía a causa de los sufrimientos que habían pasado, en parte porque veía que los jóvenes destacaban del resto de la gente por su lozanía y vigor físico, con el bozo reciente en su cara, de elevada estatura y proporcionados como un canon. Por aquel entonces estaban saliendo de la flor de la infancia y daban clara muestra, a quienes no cegaba la pasión, de un valor y una nobleza semejantes a las de los cachorros de león.

2. Es más, los quería como a sus propios hijos porque, de acuerdo con su carácter, no se quedaba en la superficie de las cosas, ni cerraba los ojos ante la verdad, ni era víctima de pasiones censurables, sino que sopesaba los hechos en la balanza equilibrada de su conciencia y se daba cuenta de la categoría desde la que habían caído. ¿Qué palabras no diría en favor suyo, qué acciones no emprendería en su beneficio, qué atenciones no les dispensaría? Y todo ello a pesar de los continuos dardos con que los acosaba la envidia. Por más que mucha gente intentara ponerlo a mal con ellos, el soberano en persona les prestaba toda su asistencia, los miraba siempre con amabilidad como si estuviera orgulloso de ellos, y les daba continuamente los consejos adecuados.

3. Otro quizás los hubiera considerado como sospechosos y se hubiera empeñado desde el primer momento en alejarlos por toda clase de medios. Pero este soberano no les prestaba la menor atención a los cuentos que la gente difundía en contra de los jóvenes, porque los quería extraordinariamente. Incluso rodeaba a su madre Eudocia de obsequios y no la privaba de los honores propios de las emperatrices. Es más, le concedió a Nicéforo el gobierno de Creta en calidad de propiedad privada.

19. En el Bósforo. El nombre correcto es Piperudes.

4. Esta fue la actitud del soberano respecto a los jóvenes. Por su parte, uno de ellos, León, que era honrado y franco, y que estimaba la benevolencia que el emperador les brindaba, apreciaba la suerte que le había tocado y estaba contento con su vida, igual que aquel que dijo: «Te ha tocado Esparta. Embellécela».[20] El otro, Nicéforo, que era irritable y colérico, no cesaba de conjurar en secreto contra el soberano y de intentar subir al trono, aunque mantenía ocultas sus intenciones. Cuando comenzó a poner en práctica sus planes, contactó con algunos abiertamente. La gente reparó en ello y a través de ella llegó la conjura a oídos del emperador, quien reaccionó de una insólita manera. Los mandaba buscar en ocasiones adecuadas y, sin revelarles lo que había oído, les aconsejaba con nobleza y les ofrecía sensatas recomendaciones. Cuanto más evidente se iba haciendo la conjura, tanto más generosamente se comportaba con ellos en su deseo de ganárselos con esta actitud. Pero el etíope no puede volverse blanco.[21] Nicéforo seguía siendo el mismo e iba haciendo partícipes de su conspiración a cuantos se acercaba, conquistando a unos con promesas y a otros con juramentos.[22]

5. Las bases del ejército no le preocupaban tanto a Nicéforo ya que todos estaban a favor de él. Prestó entonces mucha atención a los miembros más importantes del generalato y del sector relevante inscrito dentro del senado, y se los iba ganando. Era en cuanto al carácter más incisivo que una espada de doble filo, pero nada constante, salvo en lo que respecta a su deseo de gobernar, donde se mostraba inquebrantable. Sabía adular y ser sociable con la gente. Recubría su humildad como con una piel de zorro, si bien en algún momento mostraba el carácter enérgico de un león. Era robusto y se jactaba de poder enfrentarse a los Gigantes. Tenía la tez trigueña, era ancho de pecho y más alto que cualquiera de sus coetáneos. Si alguien lo veía jugar al polo, cabalgar, disparar flechas o blandir la lanza y hacer una carga, creía contemplar

20. Eurípides, *Fragmentos,* 722. Plutarco, *Moralia,* 472 E y 602 B.

21. *Jeremías,* XIII 23.

22. Esta conjura parece haber sido la más grave del reinado de Alejo. Los conjurados con Nicéforo Diógenes pertenecían a las más altas esferas del Estado.

un espectáculo irreal y se quedaba no ya asombrado, sino estupefacto. Por eso se atraía también el favor de más gente. Tanto progresaba su empeño, que sedujo hasta a Miguel Taronites, el marido de una de las hermanas del soberano, a quien este había honrado con el título de panhipersebasto.

VII. El emperador toma medidas contra Nicéforo Diógenes

1. Pero retornemos al punto en el que hemos abandonado el curso normal de la historia y prosigamos ordenadamente con él. Así pues, el soberano, desde que se dio cuenta de las hostiles intenciones de Diógenes, evocaba en sus reflexiones cómo se había comportado con ambos hermanos desde el principio de su ascenso al trono, con cuánta benevolencia y afecto los había estado honrando durante tantos años sin que nada de ello hubiera hecho cambiar el carácter de Nicéforo, y caía en el desaliento. Le daba muchas vueltas a su pensamiento al pasar revista a todo esto, cómo tras un primer fallo, había vuelto a reincidir y cómo Taticio había frustrado su plan. Sabía que con su espada afilada para asesinarlo se apresuraba a manchar sus manos de sangre inocente, y que ese hombre, que hasta entonces estaba al acecho y procuraba perpetrar el crimen por la noche, se obstinaba ahora en hacerlo abiertamente. No sentía, sin embargo, deseo alguno de vengarse de Diógenes, por quien sentía un entrañable afecto y a quien amaba extraordinariamente. En una palabra, tras poner en orden los acontecimientos y reconocer hasta qué punto había avanzado el mal, sintió estremecerse su corazón, pues sabía que él estaba en peligro de muerte

2. Y sacó una única conclusión. Juzgó necesario prender a Nicéforo. Este, en sus prisas por huir, según lo planeado, y con el deseo de emprender por la noche el camino hacia Cristópolis, envió por la tarde un emisario a Constantino Porfirogéneto para pedirle que hiciera el favor de cederle el más veloz caballo de los que el emperador le había regalado. Pero él se negó a hacerlo, alegando que no podía deshacerse en el mismo día de un regalo tan importante procedente del emperador.

3. Cuando por la mañana el emperador continuó el camino previsto, también lo seguía Diógenes, porque Dios, que deshace los planes y frustra los propósitos de los pueblos, lo hizo fracasar con la duda sobre su huida, que posponía hora tras hora. Así son los designios de Dios. Cuando hubo acampado en las cercanías de Serras, donde también estaba el emperador, volvían a sobrevenirle los pensamientos de que ya estaba descubierto, así como sus temores hacia el futuro. El emperador hizo llamar entonces aquella tarde a su hermano, el gran doméstico Adriano. Era el día en que se celebra la memoria del gran mártir Teodoro.[23] Volvió a darle cuenta de las actividades de Diógenes, que tampoco ignoraba desde hacía tiempo, es decir, que había ido a buscarlo empuñando una espada, que había sido expulsado ya en la puerta y que lo que desde tiempo atrás tenía decidido se empeñaba en realizarlo apresuradamente si era posible. Por tanto, el emperador mandó al gran doméstico que se le trajera a Diógenes a su tienda y que se lo convenciera con amables palabras y toda clase de promesas para que revelara sus proyectos. Si además de no ocultarle nada le detallaba también los nombres de todos sus cómplices, se comprometía a ofrecerle la inmunidad y el ulterior olvido de sus delitos.

4. Adriano cumplió la orden lleno de tristeza. Pero no logró persuadir a Diógenes para que revelara el menor detalle de proyectos ni con amenazas, promesas o consejos. ¿Qué pasó entonces? El gran doméstico se lamentaba, apenado por el pensamiento de los males a los que se precipitaba Diógenes. Y es que Diógenes lo tenía como cuñado por el matrimonio con la más pequeña de sus hermanastras.[24] Precisamente por este motivo, no cesaba de suplicarle entre lágrimas, pero no lo convencía de ninguna manera por más que insistiera evocando unos sucesos que tuvieron lugar tiempo atrás.

23. 8 de febrero de 1094.

24. Se trata de Zoe, una de las hijas de Constantino X Ducas y la emperatriz Eudocia.

5. Efectivamente, en una ocasión, durante un partido de polo[25] que se jugaba en el picadero del Gran Palacio y en el que intervenía el soberano, un bárbaro de doble origen armenio y turco con una daga escondida entre sus vestiduras, cuando vio que el soberano se había apartado de los jugadores y había aflojado las riendas para darle reposo a su extenuado caballo, se le aproximó y cayó de rodillas, fingiendo hacer una petición. El emperador paró enseguida su caballo y, tras volverse a él, le preguntó cuál era su petición. El otro, que más que un pedigüeño era un asesino, metió su mano en sus vestiduras, agarró la daga e intentó sacarla de su vaina. Pero el arma no seguía a su mano. Mientras se esforzaba por sacar la daga, una, dos, tres veces, iba improvisando en sus labios falsas peticiones, hasta que desesperado se tiró por tierra y quedó en el suelo pidiendo clemencia. El emperador volvió su caballo hacia él y le preguntó por qué pedía clemencia, a lo que el bárbaro solo mostró la daga envainada mientras entre golpes de pecho y gritos decía asombrado: «Ahora me doy cuenta de que Vos sois un auténtico siervo de Dios. Ahora he comprobado que el gran Dios os protege. Yo tenía lista esta daga para daros muerte y con ella en mi poder salí de casa y me presenté aquí con intención de clavarla en vuestras entrañas. Pero a pesar de haber intentado desenvainarla una, dos y tres veces, no hubo forma de que obedeciera a los tirones de mi mano».

6. El emperador se mantuvo valiente en la misma postura, como si no hubiera oído una confesión de tal gravedad. Enseguida corrieron todos hacia él, los unos al oír aquellas palabras, los otros asombrados por estos hechos. Los más leales al soberano pretendían despedazar a aquel hombre, si bien él con movimientos de su cabeza, de sus manos y con una continua reprimenda los disuadía del empeño. ¿Qué ocurrió entonces? Aquel soldado, que era un asesino, no solo fue absuelto inmediatamente y sin reservas, sino que también recibió abundantísimos presentes y además gozó de libertad. Muchos de los presentes insistían

25. Parece que el polo es el deporte ecuestre más viejo del mundo. Nace en torno al siglo VI a. C. en Persia, entre las tribus iraníes, como medio de entrenamiento para el combate de la caballería. Poco a poco, a lo largo de los siglos, se extendió desde Bizancio hasta China.

hasta con impertinencia en que expulsara de la ciudad a ese asesino, pero el emperador no les prestaba atención y les decía: «Si el Señor no defiende la ciudad, en vano velan sus defensores.[26] Por tanto, hemos de pedir a Dios que prolongue nuestra existencia y que nos proteja».

7. Todos murmuraban que aquel hombre había intentado asesinar al soberano a instancias de Diógenes, aunque el soberano en modo alguno prestara oído a esas palabras y se encolerizara contra ellos. Tanta paciencia tuvo con él, que incluso cuando la punta de la daga tocaba su garganta, fingía no saber nada. Así se desarrollaron estos acontecimientos. En suma, tras recordarle el gran doméstico a Nicéforo estas tentativas y como no tenía forma de convencerlo, volvió al lado del emperador y le comunicó la obstinación de Diógenes, así como que Diógenes mantenía una absoluta negativa a confesar, aunque, como afirmaba, se le hubiera pedido con insistencia que lo hiciera.

VIII. La conspiración de Diógenes es descubierta y los conspiradores castigados

1. Mandó buscar entonces a Muzaces y le ordenó que se presentara armado en compañía de más hombres, que lo recogieran de la tienda del gran doméstico y lo condujeran a la suya propia, donde debían custodiarlo atentamente sin emplear cadenas ni otro tipo de malos tratos. Muzaces cumplió inmediatamente lo ordenado y, tras tomarlo consigo, lo llevó a su tienda. Aunque durante toda la noche le estuvo rogando y aconsejando que confesara, no lograba convencerlo, por el contrario, vio como se le resistía desvergonzadamente. Lleno de cólera, se dispuso a intentarlo por medios para los que no había recibido autorización. Así pues, probó con someterlo a tortura y cuando se puso manos a la obra, Nicéforo aseguró que lo confesaría todo, incapaz de afrontar ni siquiera la primera prueba. Lo liberó enseguida de sus ataduras y se requirió la presencia de un escribano con sus instrumentos. Apareció Gregorio Camatero, que acababa de

26. *Salmo* 126 v. 2.

ser nombrado subsecretario del soberano. Diógenes confesó todo sin callar tampoco lo del asesinato.

2. Con la confesión escrita en sus manos, a primeras horas de la mañana Muzaces, buscó y encontró las cartas que ciertas personas le habían remitido y en las que aparentemente constaba la participación de la emperatriz María en la rebelión de Diógenes, si bien ella no admitía bajo ningún concepto el asesinato e incluso intentaba apartarlo con ahínco no solo del crimen, sino incluso de su sola idea. Y le fueron enviadas al emperador. Este, al término de su lectura y ante el descubrimiento de que había más implicados de los que se sospechaba, todos ellos de elevada extracción, no sabía qué hacer. En efecto, Diógenes no mostraba el más mínimo interés en atraerse a la gente sencilla porque la tenía desde hacía tiempo totalmente fascinada y ganada para su causa; sin embargo, se estaba empeñando en seducir a los principales cargos del estamento civil y del militar. Pues bien, el soberano quiso mantener en secreto la implicación de la emperatriz María. Y, efectivamente, la mantuvo en secreto fingiendo ignorar su participación en la conjura por la confianza y el trato que venía teniendo con ella incluso desde antes de recibir el cetro del Imperio. Así, difundía por todas parte la versión de que la conjura de Diógenes le había sido revelada por el emperador Constantino Porfirogéneto, el hijo de María, aunque la realidad fuera otra. Los demás detalles de la conspiración fueron descubiertos lentamente a través de los cómplices de Diógenes.

3. Después de que Diógenes fuera descubierto, encadenado y exilado, los principales cómplices, que aún no habían sido prendidos, se dieron cuenta de que ellos mismos se habían convertido ya en sospechosos, por lo que reflexionaron visiblemente asustados sobre las medidas que debían adoptar. A su vez, los partidarios del emperador, al comprobar la enorme agitación de aquellos, parecían encontrarse en un callejón sin salida ya que veían que la situación del emperador era crítica. Los apoyos del soberano se circunscribían a algunos pocos hombres y se cernía sobre su cabeza un grave peligro.

4. Entre tanto, el emperador analizaba el desarrollo de estos acontecimientos desde el comienzo y pensaba inquieto en todas las

ocasiones en que Diógenes había aceptado voluntariamente asumir el papel de un asesino y había intentado matarlo, aunque había errado gracias a Dios. El emperador mantenía una lucha interior, cambiando continuamente de opinión y de conclusiones porque sabía que los estamentos civil y militar estaban completamente corrompidos por las adulaciones de Diógenes. Como no tenía suficientes fuerzas para apresar a tanta gente y tampoco deseaba mutilar a un colectivo tan abundante, envió a Diógenes y a Cecaumeno Catacalon,[27] los principales inspiradores de la conspiración, a Cesarópolis,[28] con la única condena de ser encadenados y vigilados allí, ya que había decidido no tomar ninguna otra represalia más dura contra ellos, aunque todos le aconsejaban que los mutilase (le tenía un extraordinario afecto a Diógenes y mantenía aún sus antiguas atenciones hacia él). También exilió al marido de su hermana, Miguel Taronites y a (...) y les confiscó sus bienes. En cuanto a los demás, no decidió nada en concreto, ni siquiera la apertura de un proceso. Antes prefirió atraérselos a través de la generosidad. Todos los exiliados llegaron por la tarde a su destino, incluido Diógenes, que llegó a Cesarópolis. De los demás, ninguno cambió de posición y todos conservaron sus antiguos puestos.

IX. Una vez condenados los más directos inspiradores de la conjura, Alejo perdona a los demás

1. En medio de estas terribles circunstancias, al día siguiente, el emperador quiso convocar a todos y participarles su decisión. Asistieron todos los que sentían una profunda devoción por la persona del soberano entre sus parientes y allegados, y todos los que a la sazón integraban el servicio de la familia. Atrevidos y hábiles en prevenir acontecimientos, sagaces para averiguar la postura más conveniente y llevarla a cabo, ante el temor de que al día siguiente, cuando la

27. En el periodo que va de 1038 a 1057, había sido protagonista de hazañas heroicas. En el momento de la conjura, era un anciano.

28. En Macedonia oriental, en la región de Kavala.

gente acudiera, algunos se lanzasen contra él y lo despedazasen en el mismo trono, habida cuenta de que solían portar espadas bajo las vestiduras (como aquel que se le aproximó con aire de pedigüeño mientras jugaba al polo) y como no había más remedio que terminar con las expectativas de la gente respecto a Diógenes, difundieron la noticia de que este había sido cegado a escondidas. Con tal fin hicieron venir a algunos y les encargaron que difundieran en secreto este hecho a todo el mundo, aunque en absoluto semejante idea nunca se le hubiera ocurrido al soberano. Sin embargo, este rumor, que en aquellos instantes carecía de fundamento, acabó por convertirse en realidad, como expondremos a continuación.

2. Cuando el sol, habiendo sobrepasado el horizonte, salió resplandeciente, todos los hombres del emperador que no habían sido cómplices de Diógenes en su delito y los soldados que desde antiguo integran la guardia imperial, marcharon en primer lugar hacia la tienda del emperador, unos con las espadas ceñidas, otros llevando lanzas, otros con las pesadas hachas de hierro de doble filo sobre sus hombros, y se situaron todos juntos a una cierta distancia del trono imperial y como si abrazaran al soberano con una formación semicircular, dispuestos todos para el combate, encolerizados y afilando, si no sus espadas, sí sus corazones. El contingente formado por los parientes y allegados se aproximó y se situó a ambos lados del trono imperial. A derecha e izquierda también se iban emplazando más escuderos. El emperador estaba sentado en el trono con un rostro terrible y miraba a la concurrencia no ya de forma majestuosa, sino con el gesto propio de un soldado. No dominaba a los asistentes desde una cierta altura, pues su estatura no era elevada; sin embargo, el trono estaba recubierto de oro y sobresalía por encima de su cabeza. Tenía contraída la frente, la tensión enrojecía mucho sus mejillas, y los ojos, fijos y meditabundos, dejaban traslucir un alma ocupada por infinidad de pensamientos.

3. Todos concurrieron al mismo tiempo, atemorizados y a punto de exhalar la vida por el intenso miedo que sentían. Unos estaban atravesados, más profundamente que por un dardo, por sus conciencias, mientras otros temían una falsa sospecha. No se oía una

voz de nadie. Todos tenían la mirada fija en el hombre que estaba de pie a la entrada de la tienda y aguardaban quietos y aterrados. Era este un hombre inteligente a la hora de hablar y enérgico a la hora de actuar. Su nombre era Taticio. En un momento preciso, el emperador le indicó con la mirada que podía dar paso a la gente que esperaba fuera. Este les dejó franquear la entrada al instante. Entraron a pesar del miedo que sentían, con la cara desencajada y a paso lento. Después de encontrar cada uno su posición en las filas, esperaron lo que sucedería con el temor de haber recorrido el último tramo de su vida.

4. Pero tampoco el soberano las tenía todas consigo (me refiero en lo humano; en las demás cosas, aceptaba la voluntad de Dios), ya que temía, ante la abigarrada muchedumbre de los presentes, que atentaran contra él de alguna otra grave y nefasta manera. Cuando hubo reforzado su ánimo y se sintió mejor preparado para la contienda, comenzó su alocución pública (estaban más mudos que los peces, como si les hubieran cortado la lengua) diciendo: «Sabéis que Diógenes nunca sufrió ningún daño por mi culpa. Tampoco le quité yo el trono a su padre, sino otro, ni he hecho nada que lo perjudicara o lo engañara. Cuando Dios tuvo a bien transferirme el mando del Imperio, no solo respeté el rango que ocupaban, tanto él, como su hermano León, sino que los amé y los traté como a mis propios hijos. Aunque en numerosas ocasiones descubrí a Nicéforo conspirando contra mí, otras tantas veces lo consideré digno de mi clemencia. Aunque tampoco así corregía su actitud, la soporté y pasé por alto el gran número de sus ofensas, creyendo que todo el mundo sentía hostilidad hacia él. A pesar de todo, ninguno de los favores que obtuvo gracias a mí cambió su innoble proceder. Por el contrario, él decretó mi muerte como muestra de agradecimiento por todo lo que yo había hecho».

5. A estas palabras clamaron todos que no querrían ver a otro ostentando los atributos imperiales, aunque no era esa la verdadera voluntad de la mayoría, sino que tan solo eran unas palabras de adulación que les permitieran escapar de aquel peligro inminente. El emperador aprovechó al vuelo la oportunidad y concedió a todo

el mundo un perdón general, puesto que los responsables de la conjura habían sido ya condenados al exilio. A estas palabras se elevó un enorme tumulto como ninguno de los entonces presentes nunca ha oído hasta nuestros días, según dicen, mientras todos alababan al emperador entre la admiración de unos por la paciencia y bondad que mostraba y los insultos de otros a los exilados, a los que, con la forma de actuar habitual en la naturaleza humana, insistían en condenar a muerte. Pues, el que hoy es cubierto de alabanzas y es acompañado en cortejo y conducido entre honores, cuando la gente ve que el dado de su vida ha caído de otra cara, recibe un trato radicalmente opuesto sin que nadie se avergüence por ello.

6. El emperador, tras silenciarlos con una seña, les volvió a hablar: «No hay que alborotar, ni malinterpretar la decisión que he adoptado. He sido yo, como he dicho, quien os ha concedido a todos el perdón y quien volverá a ser con vosotros el mismo de antes». Y mientras el emperador les concedía el perdón, los que habían colaborado en aquella conjura enviaron a quienes cegaron a Diógenes sin el consentimiento del soberano. Igual castigo le decretaron también para Cecaumeno Catacalon, ya que había sido cómplice de Diógenes en la misma conjura. Era el día de los Grandes Apóstoles.[29] Estos son los hechos que se cuentan desde aquel entonces hasta nuestros días. Dios sabrá si el emperador conoció por sus instigadores ese acto y accedió, o si fue él su responsable. Yo, por mi parte, no tengo modo de saberlo con certeza.

X. Sometimiento de los dálmatas y comentarios finales sobre Nicéforo Diógenes

1. Por semejante trance hubo de pasar el soberano a causa de Diógenes; sin embargo, contó con la inesperada protección de la invencible mano del Altísimo contra un peligro inminente. Y él, lejos de abatirse por los hechos acaecidos, avanzó directamente contra Dalmacia. Cuando Bolcano se enteró de la llegada del emperador a

29. San Pedro y San Pablo, 29 de junio de 1094.

Lipenio y supo que había sido ocupado, incapaz de hacer frente a las filas romanas, a su famosa formación cerrada y al armamento militar, envió enseguida embajadores para pedir la paz con la promesa de entregar a los mismos rehenes anteriormente prometidos y de no causar en adelante ningún daño. El soberano aceptó gustosamente las propuestas del bárbaro, porque estaba como descorazonado y aborrecía la guerra civil (aunque fueran dálmatas, eran cristianos). Pronto se presentó Bolcano ante él, confiadamente, en compañía de sus allegados y de los principales zupanes,[30] y le entregó con placer como rehenes a sus primos Uresis[31] y Esteban Bolcano junto a otros más hasta un número de veinte. No tenía otra manera de arreglar su situación. El soberano, tras solucionar pacíficamente todo aquello que por naturaleza se logra con las batallas y las armas, retornó a la capital.

2. Sin embargo, no dejaba de prestar atención a Diógenes. Se le veía llorando y lamentándose muy compungido por la suerte de este y, haciendo gala de una benévola generosidad para con él, buscaba el modo de consolarlo. Por ello, le devolvió la mayor parte de los bienes que le habían sido arrebatados. Aquel, que era presa del dolor y odiaba la idea de vivir en la capital, residía voluntariamente en sus propiedades rurales dedicado por entero al estudio de los libros antiguos, que otros leían para él, pues privado de la luz, se servía de los ojos ajenos para la lectura. Estaba este hombre tan extraordinariamente dotado por la naturaleza, que a pesar de su ceguera comprendía con facilidad lo que era difícil de asimilar por los videntes. A partir de entonces, se instruyó en toda clase de disciplinas hasta incluso en la conocida geometría (algo muy novedoso) gracias a que ordenó a un sabio que trabajaba con él que le suministrara las figuras geométricas en relieve. Él iba tomando conocimiento de todos los teoremas y figuras de la geometría con el tacto de sus manos, como el célebre

30. Ver libro VII VII.8. Župan era el nombre que recibían los gobernantes de las regiones de Serbia y Dalmacia.

31. Uroš, primo hermano de Vukan.

Dídimo,[32] quien gracias a la agudeza de su mente llegó a poseer sin la vista los mayores conocimientos de música y geometría, aunque, una vez en posesión de estos saberes, cayó en una herejía absurda por culpa de la ceguera que la vanagloria provocaba en su inteligencia, del mismo modo que la enfermedad lo hacía con sus ojos. Todo el mundo se asombra al oír estos hechos, pero yo personalmente he visto a este hombre y lo he oído disertar asombrada sobre tan interesantes temas. Y yo misma, que no soy lega en tales cuestiones, reconocía que este hombre estaba en posesión de un exacto conocimiento de los teoremas.

3. Aunque se dedicara al estudio de temas intelectuales, no abandonaba su antiguo rencor contra el soberano; por el contrario, sus aspiraciones a gobernar estaban enteramente vivas. Lógicamente, cuando comunicó de nuevo a algunos sus secretas intenciones, uno de ellos fue a presencia del soberano y le informó sobre esta cuestión. Este hizo venir a Diógenes y lo interrogó acerca de lo que había tramado y sobre sus cómplices en la conjura. Como él confesó todo muy pronto, fue perdonado.

32. Dídimo de Alejandría. Vivió durante el siglo IV d. C.

LIBRO X

Enfrentamientos con los cumanos. Principio de la Primera Cruzada (1094-1097)

1. Las herejías de Nilo[1] y Blaquernites

1. El conocido Nilo sacudía a la iglesia como un torrente de calamidades y producía gran turbación en las almas de la gente con su presencia, que no fue muy posterior al momento en que los dogmas de Italo habían sido condenados, y hundía también a muchos en los torbellinos de su misma heterodoxia. Era un hombre hábil en fingir la virtud (no sé de dónde la sacaría). Durante una momentánea estancia en la capital, centrado en Dios y en sí mismo, se aplicaba a estudiar sin descanso los libros sagrados. Aunque fuera completamente profano en la cultura griega[2] y no tuviese siquiera un profesor que le simplificara desde el principio la complejidad de las Divinas Escrituras, se había dado a los santos escritos, en cuya interpretación erraba debido a la carencia de formación intelectual.

2. Se atrajo a un coro de personas de no innoble linaje y penetraba en las grandes casas en calidad de autoproclamado maestro gracias tanto a su aparente virtud y su vida austera, como a los conocimientos que posiblemente aparentaba albergar ocultos. Porque no sabía qué era la unión hipostática, uno de nuestros misterios. No podía, sencillamente,

1. Poco se sabe de Nilo aparte de lo que dice Ana Comnena. Era de Calabria, discípulo de Juan Italo, y se conservan el documento de retractación y un testimonio de Nicetas de Heraclea casi contemporáneo.

2. Como ya sabemos, hace referencia a la cultura no cristiana de la antigua Grecia.

comprender lo que es la unión, ni sabía en modo alguno lo que es la hipóstasis, ni podía entender por separado la hipóstasis y la unión, ni, por otra parte, la unión hipostática en conjunto. Dado que tampoco había aprendido de los santos cómo había sido divinizada la parte humana,[3] opinaba erróneamente, arrastrado lejos de la verdad, que esta había sido divinizada por naturaleza.

3. Tampoco estos hechos eran ignorados por el emperador. Cuando se dio cuenta de lo que estaba haciendo, encontró una solución rápida. Hizo llamar a este hombre y le dirigió numerosas acusaciones por su osadía y su ignorancia. Lo instruía con claridad, adjuntando abundantes pruebas, sobre la unión hipostática del Verbo humano y divino, le presentaba el modo del intercambio y le enseñaba cómo la parte humana fue divinizada con la gracia del cielo. Pero él se mantenía firme en su propio error y estaba totalmente dispuesto a sufrir cualquier vejación, instrumento de tortura, cadenas, mutilaciones, todo antes que renunciar a enseñar que la parte humana fue divinizada por naturaleza.

4. Por aquel entonces había gran número de armenios en la capital, a cuya desviación religiosa sirvió de acicate el famoso Nilo. Por ello, solía tratar a los conocidos Ticranes y Arsaces, que eran además instigados a la herejía por las opiniones de Nilo. ¿Qué ocurrió entonces? Viendo el soberano que la desviación se iba propagando por las almas de la gente, que la herejía de Nilo y la de los armenios se iban acercando una a otra, que por doquier difundía sin reparos la divinización por naturaleza de la parte humana, que los escritos de los santos padres sobre estas cuestiones estaban siendo desplazados hasta el punto de llegar a desconocerse la unión hipostática, convocó

3. La expresión «parte humana» traduce mal que bien la palabra griega «próslemma» [πρόσλημμα], cuya versión directa al español sería «adición». Es un vocablo especializado de la teología que designa la adquisición adicional de la naturaleza divina y humana a través de la Encarnación del Hijo de Dios. Por otra parte, mediante la expresión «unión hipostática» se entiende que en la persona de Jesucristo había dos naturalezas conjuntas al mismo tiempo, la humana y la divina, ninguna de las cuales sufre merma por la unión en vida, salvo en el hecho de que la parte humana desconoce el pecado. Por otro lado, las «hipóstasis» [ὑποστάσεις] son las tres personas de la Santísima Trinidad, en cada una de las cuales hay una sola esencia, «ousía» [οὐσία], o naturaleza, «physis» [φύσις]. El Verbo es la segunda hipóstasis.

a los notables de la Iglesia y organizó la celebración de un sínodo público sobre este asunto para detener el imparable avance de este mal.

5. En aquel sínodo estuvieron presentes todo el colegio de obispos y el patriarca Nicolás.[4] Nilo se situó cara al público junto con los armenios, y sus doctrinas fueron expuestas. Incluso él en persona desarrolló claramente sus creencias, defendiéndolas con vigor y por extenso. ¿Qué ocurrió entonces? El sínodo, para apartar las almas de la gente de sus corruptas enseñanzas, lanzó contra él un anatema eterno y ratificó con mayor claridad el principio de la unión hipostática en consonancia con las tradiciones de los santos.

6. Después de este, o mejor dicho, al mismo tiempo que este, también Blaquernites, aunque fuera un clérigo, llegó a convertirse en un personaje público merced a sus opiniones impías y ajenas a la Iglesia. En efecto, este estaba en tratos con iluminados[5] y participaba en sus desviaciones, engañaba a mucha gente, minaba las principales casas de la capital y divulgaba los dogmas de su impiedad. Aunque el soberano lo estuvo llamando durante mucho tiempo e instruyéndolo en la ortodoxia, no había manera de que se retractara de sus falsas y particulares creencias. El soberano remitió también este caso a la Iglesia. Sus miembros, tras una intensa investigación, comprobaron su obstinación y lanzaron sobre él y sus opiniones un anatema eterno.

II. Aparición de un impostor que se hace pasar por un hijo del emperador Diógenes y que se gana a los cumanos. Disposiciones de Alejo para hacerles frente

1. El soberano, pues, tras haber hecho frente a las sucesivas acometidas de olas como un buen piloto, tras haberse limpiado el salitre del

4. El sínodo fue presidido por el patriarca Nicolás Gramático y tuvo lugar en 1087.

5. «Enthousiatai» [ἐνθουσιασταί] denomina Ana Comnena a los pertenecientes a la herejía de Blaquernites. Según sus creencias, no es necesaria intermediación alguna para acceder directamente a la comunicación con Dios, sino solo aceptar su inspiración.

mundo y haber ordenado correctamente los asuntos de la Iglesia, se vio arrastrado nuevamente a otro mar de conflictos y tumultos. Pues siempre a un problema se añadía otro, a un mar de calamidades, como se dice, otro mar, y a un río, otro río, de tal modo que no le permitían al emperador ni tomar aliento ni cerrar los párpados, como se dice. Se podría afirmar con justicia que nosotros no mostramos más que una pequeña gota del mar Adriático con nuestro pequeño esbozo, más que descripción, de las hazañas realizadas en aquella época por el emperador. Se opuso él a todas las olas y tempestades hasta que la nave del Imperio, empujada por vientos favorables, ancló en un puerto seguro. ¿Quién, si no la voz de Démostenes, la impetuosidad de Polemón o todas las Musas homéricas podrían cantar dignamente sus gestas? Incluso me atrevería a afirmar que ni siquiera el mismísimo Platón, ni el Pórtico al completo, ni la Academia, reunidos en un mismo sitio, hubieran podido describir convenientemente su espíritu. Cuando aún no habían amainado aquellas borrascas ni complejas guerras, ni habían perdido su fuerza las tempestades, se le levantó otra borrasca en nada menor a las citadas.

2. Efectivamente, un hombre, no de linaje ilustre, sino de baja extracción y origen cuartelero, aseguraba ser el hijo de Diógenes, aunque este hubiera muerto hacía tiempo en la época en que Isaac Comneno, el hermano del emperador, había librado combate con los turcos en Antioquía. Quien esté interesado en conocer más detalladamente cómo ocurrió, podrá hacerlo recurriendo a la obra de nuestro célebre césar. Pues bien, aunque muchos intentaban silenciarlo, este personaje no cejaba. Había venido de Oriente pobre y vestido con una rústica piel y se dedicaba a brujulear por la ciudad, entre las casas y los barrios, ayudado por su muy pérfido y astuto carácter, y haciendo acerca de sí mismo ciertas elevadas apreciaciones. Decía que era León[6] el ilustre hijo del antiguo emperador Diógenes, que se decía había muerto alcanzado por una flecha en Antioquía. Así el impostor revivía al muerto y, habiendo usurpado su nombre, aspiraba abiertamente al trono, para lo que iba

6. Ese hijo de Romano IV Diógenes se llamaba en realidad Constantino. Puede tratarse de un error de copista.

seduciendo a los más simples. Este desagradable asunto fue también un nuevo añadido a las desgracias del emperador, como si Fortuna le hiciera interpretar un drama con ese pérfido. Del mismo modo que, según creo, los disolutos, una vez saciados se hacen servir como postre de lujo ciertas tartas de miel, así también la Fortuna de los romanos, saciada ya, se burlaba del emperador con semejantes pseudoemperadores.

3. Sin embargo, el soberano despreciaba por completo lo que se decía. Pero como este militarote no cesaba de parlotear continuamente en calles y cruces sobre dicho asunto, acabaron por llegar estas palabras a oídos de Teodora, hermana del monarca Alejo y viuda de ese hijo muerto de Diógenes. Ella no soportaba los parloteos y se irritaba, porque a raíz de la muerte de su marido se había retirado a la vida monástica, de modo que había asumido muy estrictamente la vida ascética y se dedicaba solo a Dios. Como, aunque el soberano le hubiera hecho una segunda y hasta una tercera amonestación a aquel charlatán, este no se callaba, lo envió a Querson[7] con la orden de que fuera encarcelado. Una vez allí, solía subir de noche a las almenas y, asomándose al borde, trataba asiduamente con los cumanos, que acudían con frecuencia a esa plaza para comerciar y llevarse lo que necesitaban, y tras el intercambio de promesas, una noche se ató a unas cuerdas y se deslizó por la muralla.

4. Después de acogerlo, los cumanos partieron hacia su país. Mientras compartía los campamentos con ellos, hasta al punto los conquistó que lo nombraron emperador. Ellos, con su deseo de beber sangre humana, saciarse de carne de hombre y acumular abundante botín de nuestras tierras, habiendo hallado a este Patroclo como pretexto, decidieron avanzar contra el Imperio de los romanos junto a todo su ejército con la aparente pretensión de restaurar en el trono de su padre a este hombre. El emperador no ignoraba esas maniobras, a pesar de que por el momento dejaban sus planes en suspenso. Por ello, estaba armando lo mejor posible sus fuerzas y se preparaba para dar batalla a los bárbaros, pues los desfiladeros, que la lengua vulgar suele denominar «clisura», como dijimos, los había fortificado anteriormente. Con

7. En Crimea.

el transcurso del tiempo, cuando se enteró de que los cumanos habían llegado al Paristrio junto con el impostor, reunió a los notables del estamento militar y a sus allegados y parientes para plantearles la conveniencia de salir en contra de ellos. Todos, sin embargo, desaconsejaban este plan.

5. En consecuencia, como él no podía confiar solo en sí mismo ni deseaba llevar a la práctica sus propios planes, rogó a Dios que tomara una decisión. Convocó, pues, a todos los miembros de los estamentos sagrado y militar, y marchó al atardecer hacia la gran iglesia de Dios, donde ya se encontraba el patriarca Nicolás, que había ascendido al trono patriarcal durante la séptima indicción, el año 6592,[8] tras la dimisión de Eustracio Garidas. Después de haber escrito en dos tabletas la consulta sobre si debía partir y atacar a los cumanos o no, le ordenó al presidente de la reunión que las depositara en la mesa del altar. Cuando concluyó el canto de los himnos, que duró toda la noche, al alba, el que las había colocado entró, recogió un texto, lo sacó, lo desató delante de todos y lo leyó. Por consiguiente, habiendo interpretado la señal proveniente de este hecho como un oráculo divino, el soberano se entregó por completo a la campaña y reunió al ejército mediante cartas que envió en todas direcciones.

6. Cuando estuvo bien preparado, emprendió el camino en contra de los cumanos. Cuando llegó a Anquialo junto con todo el ejército que había hecho reunir, mandó llamar a su cuñado, el césar Nicéforo Meliseno, a Jorge Paleólogo y a su sobrino Juan Taronites y los envió a Beroe para que vigilasen y protegiesen tanto esta ciudad como las regiones colindantes. Respecto a los demás jefes, tras dividir sus tropas, puso al mando de estas a Dabateno,[9] a Jorge Euforbeno y a Constantino Humbertópulo y les encomendó la defensa de los desfiladeros que había en los alrededores del Zigo. Desde allí llegó a Cortarea (así se denomina un desfiladero del Zigo), recorrió todo el Zigo inspeccionando, para corregir las

8. Agosto de 1084.

9. Uno de los fieles de primera hora a Alejo. En aquel momento era topotereta de Heraclea del Ponto.

deficiencias, si todas las instrucciones que había impartido anteriormente habían sido cumplidas por los encargados de llevarlas a cabo, o si estaban a medio terminar o eran insuficientes, de modo que los cumanos no pudieran cruzar fácilmente a través de estos pasos. Una vez organizado todo, regresó de aquella zona y fijó el campamento junto al conocido como Lago Sagrado, que está próximo a Anquialo. De noche, un tal Pudilo, un jefe válaco, llegó para anunciar el paso de los cumanos por el Danubio. El emperador entonces juzgó preciso reunir al amanecer a la flor y nata de sus parientes y jefes y decidir lo que debía hacerse. Ante la opinión común de que era necesario acudir a Anquialo, despachó enseguida a Cantacuzeno y a Taticio al lugar conocido por Termas en unión de algunos aliados, el ilkán Escaliario y otros hombres escogidos, para organizar la vigilancia de aquella zona. Él, por su parte, salió en dirección a Anquialo.

7. Cuando se hubo enterado del ataque de los cumanos sobre Adrianópolis, hizo venir en pleno a los notables de esta ciudad. De ellos envió al llamado Tarcaniotes Catacalon y a Nicéforo Brienio (el hijo del que antiguamente había montado una conspiración, había intentado tomar el poder y había sido cegado) y les encomendó que organizasen una minuciosa defensa de la plaza y que cuando llegaran los cumanos, no librasen combate contra ellos de forma irresoluta, sino que los acosaran con flechas certeras y disparadas a distancia, así como que mantuvieran cerradas las puertas la mayor parte del tiempo, prometiéndoles abundantes favores si observaban las órdenes. Una vez les hubo dado estas órdenes a Brienio y a los demás, el soberano los despidió hacia Adrianópolis con excelentes expectativas. A Euforbeno Constantino Catacalon le mandó por carta que recogiera al llamado Monastrás (un semibárbaro que poseía experiencia sobre asuntos militares) y a Miguel Anemas junto con los soldados a sus órdenes y que, cuando se enterasen de que los cumanos habían atravesado los desfiladeros, los siguieran por detrás y los hostigasen con ataques por sorpresa.

III. Sitios de Anquialo y de Adrianópolis

1. En todo caso, los cumanos supieron gracias a los válacos cuáles eran los senderos a través de los pasos y cruzaron el Zigo fácilmente. Conforme se iban acercando a Goloe, sus habitantes encadenaron al hombre encargado de defender la plaza y la entregaron a los cumanos, quienes la ocuparon entre gritos de placer. Constantino Catacalon, que tenía presentes las recomendaciones del emperador, al encontrarse con los cumanos que habían salido para forrajear, los atacó con valor y se trajo como prisioneros a cien de ellos. Tan pronto como el emperador lo hubo recibido, lo honró con la dignidad de nobilísimo. Pero los habitantes de las ciudades vecinas de Goloe, Diámpolis y otras más, cuando vieron que los cumanos se habían apoderado de la primera, se pasaron a su bando, los recibieron con los brazos abiertos y les entregaron las ciudades en medio de aclamaciones al impostor Diógenes. Este, una vez convertido en señor de todas estas localidades, se hizo cargo de todo el ejército cumano y llegó a Anquialo con intención de atacar inmediatamente sus murallas.

2. El emperador, que estaba en su interior y poseía desde joven abundante experiencia sobre los asuntos militares, cuando reconoció que la posición de la plaza disuadía a los cumanos de asaltarla gracias a la protección de sus murallas, dividió sus fuerzas, abrió las puertas de la ciudad y las situó fuera en formación cerrada y compacta. Una parte de la falange romana se precipitó gritando sobre el extremo de las filas cumanas (...), que huyeron y fueron perseguidas hasta el mar. Al contemplar este hecho el soberano, como carecía de fuerzas suficientes para tan numerosa muchedumbre y era imposible enfrentarse a ella, ordenó que todos conservaran en adelante la formación cerrada y que nadie se destacara de las líneas. Los cumanos, por su parte, ordenaron su formación y se iban colocando frente por frente a la falange romana, aunque tampoco ellos se atrevieran a atacar. Estas maniobras estuvieron realizándose durante tres días, desde la mañana a la noche, ya que la disposición del lugar y el hecho de que nadie corriera desde la falange romana en contra de ellos los disuadía de querer combatir.

3. La plaza de Anquialo presentaba a la sazón el siguiente aspecto. A la derecha estaba el mar del Ponto y a la izquierda un lugar escarpado, de difícil acceso, lleno de viñedos y que no permitía el paso de la caballería. ¿Qué ocurrió entonces? Los bárbaros, al ver la resistencia del emperador y habiendo desesperado de sus pretensiones, cambiaron de objetivo y se dirigieron a Adrianópolis, ya que el impostor los engañaba diciendo: «Cuando Nicéforo Brienio se entere de que yo estoy a punto de llegar a Adrianópolis, abrirá las puertas, me recibirá alegremente, me obsequiará con muchas riquezas y se portará muy cortésmente conmigo, puesto que si no por naturaleza, sí al menos por adopción, le tuvo un cariño fraternal a mi padre. Y cuando nos sea entregada la plaza, continuaremos camino hacia adelante, en dirección a la ciudad imperial». Llamaba «tío» a Brienio erigiendo una falsedad basada en un fundamento cierto. En efecto, el antiguo emperador Romano Diógenes sabía que aquel hombre superaba en inteligencia a todos los de su época, conocía con toda seguridad que era recto en su proceder y que tanto sus palabras como sus obras estaban orientadas por la verdad. Por ello, tuvo a bien adoptarlo como hermano y, como es natural, el acuerdo se hizo con el mutuo consentimiento. Estos hechos son ciertos y son así conocidos por todo el mundo, pero el impostor tanto despreció el pudor, que llegó a llamar tío a Brienio.

4. Estas eran las maquinaciones del impostor. En cuanto a los cumanos, que por bárbaros poseen como consecuencia natural un carácter inestable y tornadizo, obedecieron a sus palabras. Una vez llegados a Adrianópolis, acamparon en las afueras de la ciudad. Después de cuarenta y ocho días durante los cuales se libraban combates a diario (los jóvenes, ansiosos por combatir y salir cada día, libraron frecuentes combates con los bárbaros), el impostor requirió la presencia de Nicéforo Brienio, quien se asomó a una torre y en cuanto pudo discernir por la voz del hombre, dijo no reconocer en él al hijo de Romano Diógenes, su pariente por adopción según una costumbre que es frecuente, como hemos dicho. Y afirmaba que, de hecho, el hijo del emperador había muerto en Antioquía. Tras decir esto, despidió al falsario cubierto de vergüenza.

5. Como los defensores con tan prolongado asedio empezaban a pasar privaciones, pidieron ayuda al soberano por carta. Este ordenó inmediatamente a Constantino Euforbeno que destacara un contingente suficiente entre sus condes y que se introdujera durante la noche en Adrianópolis junto con ellos por la parte de Calatades. Catacalon emprendió enseguida el camino hacia Orestíada, creyendo con plena confianza que pasaría inadvertido a los cumanos. Pero sus apreciaciones resultaron erróneas. Cuando los cumanos se percataron de su presencia, muchos de ellos lo atacaron a la carga, lo hicieron retirarse y lo persiguieron sin descanso. En aquella ocasión Nicéforo, su hijo, quien sería posteriormente mi cuñado por ser marido de mi hermana porfirogéneta María, aferró una larga lanza, se dio la vuelta y se encontró de frente con el escita que lo perseguía, al que hirió en el pecho. Enseguida quedó muerto en tierra. Nicéforo sabía ciertamente manejar la lanza y protegerse con el escudo y su aspecto al cabalgar, de poder vérsele, bien hubiera podido no pertenecer a un romano, sino a un guerrero de Normandía. Era admirable aquel joven cuando cabalgaba y un auténtico prodigio de la naturaleza. Con Dios mostraba una enorme devoción y con los hombres era bondadoso y agradable.

6. Cuando aún no se había llegado a los cuarenta y ocho días, por orden de Nicéforo Brienio (en quien se concentraba toda la autoridad de Adrianópolis) se abrieron las puertas de la ciudad de par en par y salió un contingente de valientes guerreros para atacar a los cumanos. Durante este violento combate cayeron muchos romanos luchando con valor y sin escatimar sus vidas, pero ellos mataron a muchos más enemigos. Cuando Mariano Maurocatacalon creyó ver a Togortac (el jefe más importante del ejército de los cumanos) aferró su larga lanza y cargó directamente contra él a rienda suelta. Lo habría matado al instante de no ser porque los cumanos que se hallaban a su lado corrieron a socorrerlo. Y estuvieron a punto de matar a Mariano. El citado Mariano, aunque era joven por sus años y acababa de entrar en la edad adulta, se acostumbró a salir fuera de las puertas de Orestíada y a luchar con los cumanos, a los que solía vencer tras herir o matar a muchos. Era, ciertamente, un

soldado muy valeroso que parecía haber heredado de su padre el valor y haber nacido como un hijo valeroso de padres muy valerosos. Tras escapar de una muerte segura, hirviendo de cólera contra el falso Diógenes, siguió avanzando. Este se hallaba junto a la orilla del río, donde Mariano luchaba con los bárbaros. Cuando lo vio vestido de púrpura y ataviado al modo de los emperadores, así como que sus hombres se habían dispersado, alzando entonces su fusta, lo golpeó en la cabeza mientras lo llamaba sin contenerse falso emperador.

IV. Final de la campaña contra los cumanos con la victoria del emperador

1. Al enterarse el emperador de la presencia de los cumanos en Adrianópolis y de los continuos combates que allí tenían lugar, creyó necesario partir de Anquialo y acudir a esa ciudad. Mandó buscar, pues, a los principales jefes y a los notables de la localidad para deliberar sobre las posibles resoluciones. Un hombre llamado Alacaseo pidió la palabra y dijo: «Se da la circunstancia de que mi padre conoció hace tiempo al padre del impostor. Yo podría marchar a su lado, meterlo en una fortaleza y tenerlo preso». Entonces le preguntaron cómo llevaría a cabo su acción. Él se inspiró en el famoso Zópiro de la época de Ciro[10] y expuso el método de este al soberano. Se torturó a sí mismo, se cortó la barba y los cabellos, y fue a su encuentro, como si en realidad el soberano le hubiera hecho sufrir esos malos tratos.

2. Dicho y hecho, su compromiso fue llevado a la práctica y mientras el emperador aún estaba elogiando su decisión, Alacaseo volvía pelado a rape y maltrecho físicamente. Luego, marchó al encuentro del fingido Diógenes, a quien entre otras cosas recordó su antigua amistad, diciendo: «Tras haber sufrido muchas y crueles

10. Heródoto, III 154-8. Zópiro, para ganarse la confianza de los babilonios, que resistían al asedio de los persas, se cortó la nariz y las orejas, se hizo pasar por desertor y consiguió entregar la plaza a su rey. Según Heródoto, Ciro debe ser sustituido por Darío I (521-485).

vejaciones por parte del soberano Alejo, he llegado a vuestra presencia confiando en la antigua intimidad de mi padre con Vuestra Majestad y para cooperar con Vos en vuestros planes». Se servía de tan aduladores términos para atraérselo aún más. Para dar mayores detalles sobre la actuación de este hombre, añadiré que había recibido un salvoconducto del soberano Alejo, así como una carta donde se indicaba lo que sigue al encargado de defender una plaza llamada Putza: «Obedece todo lo que el portador de esta te encomiende y hazlo al instante». Pues el emperador había previsto certeramente que los cumanos llegarían allí una vez partieran de Adrianópolis. Cuando estuvieron ultimadas todas estas medidas, Alacaseo, como hemos dicho, fue al encuentro del impostor y mientras ponía como prueba su pelado a rape, decía: «Por Vos he sufrido terribles ultrajes, por Vos he sido torturado y encadenado, por Vos he estado encerrado en prisión durante bastantes días desde que atacasteis las fronteras romanas, porque le parecí sospechoso al soberano a causa de la amistad que mi padre tuvo con Vos. En suma, he huido sin que nadie se diera cuenta para venir junto a Vos, mi Señor. Ya libre, someteré a vuestra consideración aquellas opiniones mías que os sean más convenientes».

3. El impostor lo recibió amablemente y le preguntó lo que debía hacer para cumplir sus planes. Él le dijo: «¿Veis esa fortaleza y esa extensa llanura capaz de dar forraje a vuestros caballos durante todo el tiempo que deseéis descansar Vos y todo vuestro ejército? No hay razón para que vayamos más lejos. Quedémonos ahí un poco de tiempo a fin de que podáis apoderaros de la plaza y reponeros, mientras los cumanos salen y suministran las vituallas para emprender así el camino de la ciudad imperial. Si es de vuestro agrado, veré al gobernador de la ciudadela, que es un antiguo conocido mío, y me encargaré de que os la entregue sin combatir».

4. Este plan satisfizo a Diógenes. Esa noche, Alacaseo ató la citada carta a una flecha y la disparó al interior de la fortaleza. Cuando su comandante la hubo leído, preparó la entrega de la plaza. A la mañana siguiente, Alacaseo fue el primero en aproximarse a las puertas y fingir mantener una conversación con el gobernador.

Previamente, había acordado con Diógenes que cuando este viera una señal, avanzara directamente hacia la ciudad. Tras una larga entrevista con el gobernador, hizo la señal convenida con el impostor, quien tan pronto como la vio entró valientemente en la plaza junto a unos pocos soldados. Los defensores de Putza los recibieron amablemente y el gobernador lo invitó al baño. Dada la insistencia también de Alacaseo en ello, les hizo caso enseguida. Luego los regalaron, tanto a él como a los cumanos, con un espléndido banquete. Al final del opíparo festín, todos por igual estaban ebrios de beber el vino que habían tragado desde odres rebosante por lo que se quedaron dormidos roncando. Sin perder tiempo, Alacaseo y el gobernador con algunos de sus hombres los rodearon y, tras despojarlos de caballos y armas, abandonaron allí mismo al impostor roncando y a los cumanos los mataron y arrojaron directamente a los fosos, que sirvieron de tumbas improvisadas.

5. Catacalon, que seguía a las tropas cumanas según las instrucciones del emperador, cuando vio que el falso Diógenes se había introducido en la fortaleza y que los cumanos se habían dispersado para forrajear, marchó y fijó su campamento en un lugar cercano a la mencionada ciudad. Como los cumanos estaban diseminados por todas partes, Alacaseo no se atrevió a informar del resultado de su misión al soberano y, haciéndose cargo de ese hombre, se puso en ruta hacia Tzurulo con idea de partir desde esta localidad hacia la ciudad imperial. Al enterarse de esto, la madre y señora del emperador, que residía en el palacio como regente, envió con toda celeridad y sin retraso al drungario de la flota, el eunuco Eustacio Ciminiano, para que tomara consigo a aquel individuo y lo trajera a la capital. Él marchó en unión de un turco llamado Camires, al que empleó para cegarlo.

6. El soberano, que aún permanecía en Anquialo, cuando se hubo enterado de que los cumanos se habían dispersado con intención de someter a pillaje las regiones colindantes, levantó el campo de donde estaba y llegó a la Pequeña Nicea. Al tener conocimiento de que Citzes, uno de los jefes del ejército cumano, había tomado consigo a doce mil cumanos y de que tras diseminarlos estaba

consiguiendo un abundante botín, al tiempo que había ocupado la cresta de Taurocomo, descendió en compañía de las tropas que estaban a su mando y se estableció junto al borde del río que pasa por la llanura situada a los pies de dicha cresta y cubierta de chaparros y brotes de árboles recientes. Así pues, tras emplazar allí sus fuerzas, destacó una sección numerosa de turcos seleccionados por su habilidad con el arco y los lanzó contra los cumanos para que mediante ataques y cargas los atrajeran hacia la pendiente. Los cumanos los atacaron y persiguieron sin contenerse hasta llegar al lugar que ocupaba la falange romana, donde contuvieron brevemente los caballos con idea de organizar la formación y prepararse para cargar contra la falange romana.

7. Al ver el soberano a un arrogante cumano que se destacaba de la falange y que, recorriendo la formación, parecía buscar a alguien que se enfrentara con él y al percatarse de que sus alas derecha e izquierda estaban inmóviles, no pudo tolerar esta cobardía y, en presencia de todos sus hombres, cargó a rienda suelta contra el bárbaro que pretendía un combate singular y lo hirió primero con su lanza para seguidamente atravesarle de parte a parte el pecho con su espada y derribarlo del caballo. En ese día se comportó más como un soldado corriente que como un general. Así pues, gracias a su heroico gesto, que infundió gran ánimo en las tropas romanas y no menos temor entre los escitas, atacó y quebró, como lo haría una torre, la cohesión del ejército enemigo. Rota así la unión de las filas bárbaras, estas emprendieron una incontenible fuga y se dispersaron por doquier. En conclusión, siete mil fueron los cumanos que murieron en aquel enfrentamiento y tres mil los que fueron hechos prisioneros.

8. A pesar de la victoria, el soberano no autorizó a los integrantes del ejército romano el reparto de todo el botín obtenido, como es la costumbre, ya que había sido producto del saqueo de las regiones vecinas, y ordenó que les fuera devuelto a sus habitantes. Esta resolución del emperador recorrió volando todos los contornos, por lo que, cuando se enteraron de la misma, se presentaron todos los que habían padecido saqueos y cada uno fue recuperando sus propiedades. Estos, golpeándose el pecho y levantando al cielo las manos

suplicantes, rogaban a Dios que le concediese la mayor ventura al soberano. Y se oyó como las voces unánimes de hombres y mujeres alcanzaban hasta la luna misma.

9. Así se desarrollaron estos acontecimientos. El soberano, por su parte, satisfecho, hizo descansar a sus fuerzas y retornó de nuevo a la citada Pequeña Nicea. Tras permanecer allí durante dos días, salió al tercero y llegó a Adrianópolis, donde estuvo albergado durante bastantes días en casa de Silvestre. Todos los caudillos de los cumanos se destacaron del resto del ejército y con intención de engañarle, acudieron a su presencia fingiendo urgentes negociaciones con él para que, mientras se consumía tiempo con el asunto de la paz, el ejército cumano ganara más terreno en su avance. Tras permanecer a su lado durante tres días, la noche del tercer día emprendieron camino a sus hogares.

10. El soberano, al darse cuenta del engaño de los cumanos, envió alados mensajeros que revelaron estos hechos a los encargados de defender los pasos de Zigo para que no se relajasen y estuvieran continuamente alerta con intención de capturarlos. Tan pronto como él se enteró de que todo el ejército cumano iba cubriendo su ruta, reagrupó a los soldados de los que disponía en esos momentos y llegó a un lugar llamado Escutario, que dista unos diez y ocho estadios[11] de Adrianópolis. Al día siguiente, llegó a Agatónice. Una vez enterado de que el campamento cumano ya se encontraba en Abrilebo (un lugar que no se halla lejos de las mencionadas ciudades), se acercó hasta allí. Cuando vio en la distancia las innumerables fogatas que habían encendido, meditó sobre la situación e hizo venir mediante mensajeros a Nicolás Maurocatacalon y a otros jefes escogidos del ejército para deliberar sobre el plan de combate. En la reunión se consideró preciso hacer venir a caudillos aliados como Uzás (este lo era de los sármatas), Caratzás, el escita, y el semibárbaro Monastrás, e igualmente hacer preparativos para que estos marcharan y prepararan quince o más hogueras por cada tienda de modo que los cumanos, al ver tan gran cantidad de hogueras, creyeran que el ejército romano

11. 2,7 kilómetros.

era inconmensurable y, atemorizados por ello, no tuvieran valor para atacarlos en adelante. Cuando la orden fue cumplida, un enorme temor hizo presa en el ánimo de los cumanos. A su vez, el soberano se armó por la mañana y con las fuerzas a su mando se lanzó contra ellos. Tras un combate disputado por ambas partes, los cumanos volvieron la espalda. El emperador dividió su ejército y envió por delante a las tropas ligeras para que los persiguieran. Incluso él en persona se lanzó sin reservas en persecución de los fugitivos. Cuando logró darles alcance en el desfiladero de Sidera, muchos fueron los que mató y muchísimos los que llevó prisioneros.

11. Los hombres que habían sido destacados volvieron una vez hubieron recogido todo el botín de los cumanos. El emperador pasó toda la noche en el desfiladero de Sidera a causa de una enorme tormenta que se había desencadenado y al amanecer, marchó hasta Goloe. Permaneció allí durante un día y una noche para honrar a todos los que habían luchado valientemente y concederles grandes recompensas. Cuando hubo cumplido sus propósitos y hubo enviado a todos alegres de vuelta a casa, alcanzó el Palacio Imperial en dos jornadas.

V. Inicio de la Primera Cruzada. Proclama de Pedro el Ermitaño a Occidente

1. Después de haberse repuesto un poco de sus grandes fatigas y a raíz de unos informes sobre las correrías y los pillajes que los turcos estaban haciendo por todo el interior de Bitinia aprovechando los problemas surgidos en Occidente que habían absorbido la atención del soberano en esta parte del Imperio y que lo habían entretenido más en estos territorios que en aquellos (dedicaba mayores esfuerzos a lo urgente), elaboró un proyecto grandioso y digno de su persona, pensado para reforzar Bitinia y protegerse de las incursiones de los turcos gracias a las medidas que expondremos a continuación, ya que merece la pena contar en qué consistían.

2. El río Sangaris[12] y la costa que se extiende en línea recta hasta la aldea de Quele y la que se repliega hacia el norte encierran un extenso país dentro de los límites que forman. Pues bien, los hijos de Ismael, que desde siempre hemos tenido como pérfidos vecinos, a causa de la enorme carencia de defensores que sufría, devastaban fácilmente este país pasando por la región de los mariandenos[13] y por la de los que viven al otro lado del río Sangaris, que solían cruzar para acosar Nicomedia. Mientras el emperador intentaba reprimir el empuje de los bárbaros y fortificaba sobre todo Nicomedia contra las incursiones al interior de su región, observó un extenso foso que se encontraba más abajo del lago Baanes y cuyo curso él siguió hasta el final. Por su configuración y su posición concluyó que este accidente no era un producto espontáneo de la tierra y que no había sido excavado de modo natural, sino que era obra del hombre. Gracias a sus indagaciones junto a algunas personas, acabó sabiendo que esa zanja había sido cavada por orden de Anastasio Dícuro,[14] aunque esas personas no podían explicar su finalidad. El soberano Alejo, por su parte, opinaba que aquel emperador había proyectado trasvasar agua del lago a ese canal artificial. Pues bien, asumiendo tal propósito, el soberano Alejo ordenó cavar el foso a gran profundidad.

3. Temiendo que las aguas no fueran vadeables en el punto de enlace de las corrientes, erigió una poderosa fortaleza, segura e inexpugnable en toda su extensión tanto por el río como por la altura y grosor de sus murallas. Esta fue la causa de que se la llamara Sidera.[15] Aun hoy ese férreo baluarte es una plaza fuerte delante de una plaza fuerte y una muralla delante de una muralla. El soberano en persona inspeccionaba la construcción de la fortaleza desde la mañana a la noche y, aunque hacía mucho calor por estar en plena estación estival, soportaba polvo y ardor. Invirtió

12. Hoy Sakarya. Río de Frigia.

13. Pueblo de Asia Menor, cuya capital era Claudiópolis.

14. Anastasio I Dícoro (491-518). Se le llamó Dícoro porque tenía las pupilas de diferente color, término formado por «dis» [δίς] (dos veces) y «korai» [κόραι] (pupilas).

15. En griego «Siderá» [Σιδηρᾶ], esto es «férrea», «de hierro». Estaba en Bitinia, entre Nicomedia y el lago Sofón. Construida en 1095.

Pedro el Ermitaño alienta a los cruzados.
Grabado de Gustave Doré.

gran cantidad de fondos para que de allí surgiera una muralla poderosa e inexpugnable, recompensando generosamente a cada uno de los que acarreaban piedras, ya fueran cincuenta o cien. A partir de ese momento, no solo los que a la sazón se encontraban en el sitio de las obras, sino todo soldado o sirviente, lugareño u oriundo de otro país, se movilizaba para acarrear dichas piedras al ver los generosos salarios y al emperador mismo presidiendo la marcha de los trabajos como si fueran unos juegos. Gracias a este recurso afluía mucha gente y el acarreo de aquellas enormes piedras podía hacerse con mayor rapidez. Así era él, un ser capaz de las más profundas reflexiones y de las más grandiosas acciones.

4. En suma, los hechos que el soberano protagonizó hasta la (...) indicción del año (...)[16] se habían desarrollado como hemos descrito. Pero aún no había tenido tiempo de descansar un poco,

16. Se deduce que en las lagunas del texto se hace referencia al año 1096.

cuando oyó rumores acerca de la llegada de innumerables ejércitos francos. Temía su aparición porque conocía su incontenible ímpetu, su inestable y voluble temperamento y todos los demás rasgos que el carácter de los celtas posee como propios o agregados. Sabía cómo, pasmados ante el dinero, aparecen desdiciéndose fácilmente de sus tratados por cualquier motivo. Siempre había oído esa cantinela, y la había verificado en mucha ocasiones. Pero no se dejó abatir y se preparaba con todo empeño para estar listo en el momento en que fuera preciso pelear. Ahora bien, la realidad resultó más aterradora incluso que los rumores que se difundían. Todo el Occidente, la raza de los bárbaros al completo, que habita las tierras comprendidas desde la otra orilla del Adriático hasta las columnas de Hércules, toda en una masa compacta, se movilizaba hacia Asia a través de toda Europa y marchaba haciendo la ruta con todos sus enseres. Aproximadamente, los motivos de tan enorme muchedumbre fueron las siguientes.[17]

5. Un celta, de nombre Pedro y de apodo Pedro de la Cogulla,[18] tras haber sufrido en su peregrinación hacia el Santo Sepulcro muchas calamidades por culpa de los turcos y sarracenos que devastaban toda el Asia, a duras penas logró regresar a su casa. Pero no soportaba haber fracasado en su objetivo y quería volver a emprender el mismo camino. Como era consciente de que en esta ocasión no debía ponerse a caminar en solitario hacia el Santo Sepulcro, concibió un astuto plan para que no le sucediese desgracia alguna. Este consistía en lanzar la siguiente proclama por todos los países latinos: «Una voz divina me ordena anunciar a todos los condes de Francia que deben abandonar sin excepción sus hogares y partir para peregrinar al Santo Sepulcro, y dedicar todas sus fuerzas y pensamientos a rescatar Jerusalén del poder de los agarenos».

6. A pesar de todo, tuvo éxito. Como si hubiera grabado un oráculo divino en el corazón de todos los hombres, consiguió que los celtas, desde lugares distintos, fueran cuales fueran, se congregaran

17. *La Alexíada* es la única fuente original que explica la Primera Cruzada desde el punto de vista bizantino, lo que hace su testimonio inestimable. Otros autores, como Juan Zonaras, solo la tratan en quince líneas.

18. Pedro el Ermitaño.

con armas, caballos y demás impedimenta de guerra. Tanto ánimo e ímpetu tenían, que todos los caminos vieron su presencia. Acompañaba a aquellos guerreros celtas una muchedumbre de gente desarmada que superaba en número a los granos de arena y a las estrellas, llevando palmas y cruces en sus hombros. Mujeres y niños habían partido también de sus respectivos países. Pudo verse entonces cómo, igual que ríos que confluyen de todas partes, avanzaban masivamente hacia nuestros territorios a través del país de los dacios.

7. Precedió a la llegada de tan numerosos ejércitos una plaga de langosta que respetaba el trigo, pero devoraba sin compasión los viñedos. Esto era signo, como los adivinos de entonces profetizaban, de que los ataques de tan gran ejército celta se apartarían de objetivos cristianos y se dedicarían con celo a combatir contra los bárbaros ismaelitas, que están esclavizados por la ebriedad, el vino y Dioniso. Esta raza, en efecto, es seguidora de los cultos de Dioniso y del dios Amor, está sumida en la práctica de toda clase de promiscuidad, de modo que, si bien su carne está circuncidada, no lo están sus pasiones y no es más que esclava y mil veces esclava de las perversiones de Afrodita. Por eso, ellos adoran y veneran a Astarté y Astarot y estiman muchísimo la imagen de ese astro junto con la imagen dorada de Cobar.[19] Precisamente, el trigo era símbolo del cristianismo en esa profecía porque no embriaga y tiene gran valor alimenticio. Esta fue, pues, la interpretación dada por los adivinos a los viñedos y al trigo.

8. Dejemos en este punto las cuestiones relacionadas con la adivinación. Los hechos relacionados con la llegada de los bárbaros

19. San Juan Damasceno, en su obra *Sobre las herejías* [Περὶ αἱρέσεων, en latín *De hæresibus*] trata en un capítulo el islam como herejía del cristianismo. En sus inicios, nos revela que los árabes antes de la aparición de Mahoma adoraban a Afrodita y a la estrella de la mañana que ellos denominan «Khabar», término que el autor traduce como «Grande». Ana Comnena añade aquí a Astarté y Astaroth. La primera era considerada por los griegos como la versión fenicia de su Afrodita. La segunda figura aparece en la Biblia hebrea y es, en origen, el plural en fenicio de Astarté y se refiere a las numerosas estatuas de la diosa. Fue recogido el término en la Biblia griega y latina como una figura aparte. Posteriormente, a mediados del siglo xv aparece en textos hebreos como el nombre dado a un demonio. El comentario de la autora, con todo, ilustra la concepción que había en Bizancio sobre los seguidores del islam.

venían así acompañados y quienes al menos eran perspicaces podían prever novedades. La venida de tan gran cantidad de gente no se producía de manera uniforme ni en el mismo instante (¿cómo hubiera sido posible que tan numerosa muchedumbre procedente de diferentes lugares, atravesara en masa el estrecho de Longibardía?). Hubo una primera travesía, luego una segunda a la que siguió otra más hasta que, una vez la hubieron hecho todos, emprendieron camino por tierra firme. Como hemos dicho, a cada uno de sus ejércitos lo precedía una inmensa plaga de langosta. Todos, pues, cuando la observaron varias veces, llegaron a la conclusión de que anunciaba la llegada de los batallones francos.

9. Ya en el momento en que algunos empezaban a atravesar aisladamente el estrecho de Longibardía, el soberano hizo llamar a determinados jefes de las fuerzas romanas y los envió a la zona de Dirraquio y de Aulón con orden de recibir amablemente a los que hiciesen la travesía y darles abundantes provisiones sacadas de todas las regiones que hay en el camino hacia aquellos lugares. Tenían órdenes de no perderlos luego de vista y de emboscarse para alejarlos con breves escaramuzas, cuando vieran que realizaban incursiones y correrías para forrajear por las regiones vecinas. Los acompañaban también algunos intérpretes del idioma latino a fin de evitar los enfrentamientos que pudieran surgir entre tanto.

10. Para dar más detalles y profundizar en este episodio añadiré que, cuando se expandió por todo el mundo el rumor de aquella convocatoria, el primero que vendió sus propiedades y se puso en camino fue Godofredo.[20] Este hombre era adinerado y presumía grandemente de su valor, valentía e ilustre linaje. Y cada uno de los celtas se afanaba en adelantarse al resto. Fue aquella una muchedumbre de hombres y mujeres como nunca nadie recuerda, unos con la sincera idea de peregrinar al Santo Sepulcro del Señor y contemplar los sagrados lugares; otros, más pérfidos, como Bohemundo y sus seguidores, que albergaban en su seno otras intenciones,

20. Godofredo, duque de Bouillon. Nació en 1060 en Boulogne-sur-Mer y murió en 1110 en Jerusalén, con el título de «Defensor del Santo Sepulcro».

es decir, poder apoderarse de paso también de la ciudad imperial como si hubieran hallado en ella un cierto objetivo. Bohemundo, en concreto, turbaba las almas de muchos y muy valientes caballeros a causa del antiguo rencor que le guardaba al soberano. Tras su proclama Pedro se adelantó a todos, atravesó el estrecho de Longibardía con ochenta mil jinetes y llegó a la capital a través de las tierras de Hungría. Como puede adivinarse, la raza de los celtas tiene además un temperamento muy ardiente e inquieto y es incontenible cuando se lanza a alguna empresa.

VI. Derrota del primer contingente de cruzados cerca de Nicea

1. Como el emperador conocía los sufrimientos que había padecido Pedro en su primer viaje a causa de los turcos, le aconsejó que aguardase la llegada del resto de los condes; pero no logró convencerlo, ya que aquel confiaba en el número de quienes lo acompañaban en aquel momento. Atravesó, pues, el estrecho y una vez en la otra orilla, fijó su campamento en una ciudadela llamada Helenópolis.[21] Los diez mil normandos que lo seguían se separaron del resto de la expedición y se dedicaron a devastar los alrededores de Nicea, dando muestras de extrema crueldad con todo el mundo. De los recién nacidos, a unos los descuartizaban, a otros los empalaban y los quemaban al fuego, y atormentaban con toda clase de suplicios a los adultos.

2. Sus habitantes, al percatarse de lo que estaba pasando, abrieron las puertas e hicieron una salida en contra de ellos. Tras un violento combate, retrocedieron hasta meterse dentro de la plaza, derrotados por la decidida manera de combatir de los normandos. De este modo, una vez hubieron recogido todo el botín, volvieron de nuevo a Helenópolis. Como suele suceder en semejantes circunstancias, se produjo una disputa entre ellos y quienes no los habían

21. Las fuentes latinas mencionan la localidad de Civetot. Helenópolis está en Bitinia, cerca de Nicomedia, en el golfo del mismo nombre. La tradición cuenta que fue el lugar de nacimiento de la madre del emperador Constantino, Santa Helena y que por ella recibió su nombre. Hoy es Hersek.

acompañado en sus correrías a causa de la envidia que corroía a los que se habían quedado. Tras un enfrentamiento entre ambos grupos, los osados normandos se separaron de nuevo, llegaron a Jerigordo[22] y se apoderaron de ella al primer asalto.

3. Cuando se enteró de lo ocurrido, el sultán envió contra ellos a Elcanes[23] en unión de numerosas fuerzas. Tras llegar a Jerigordo, la tomó, y de los normandos, a unos los hizo víctimas de la espada y a otros se los llevó prisioneros. Y planeó acciones contra los que estaban junto a Pedro de la Cogulla. Preparó emboscadas en lugares apropiados del camino hacia Nicea para caer sobre ellos de improviso y matarlos. Como conocía la codicia de los celtas, mandó buscar a dos hombres de carácter arrojado y les ordenó que se dirigieran al ejército de Pedro de la Cogulla, para darle a conocer que los normandos habían ocupado Nicea y estaban haciendo el reparto de las riquezas que había en ella.

4. Esta noticia intranquilizó tremendamente a los que acompañaban a Pedro. Pero tan pronto como oyeron hablar de reparto y de riquezas, se pusieron desordenadamente en camino hacia Nicea, olvidando no solo sus conocimientos militares, sino incluso la formación correcta que conviene guardar cuando se parte a la batalla. Como hemos dicho anteriormente, la raza de los latinos es muy codiciosa y cuando ha resuelto atacar un país, es inmanejable porque carecen de raciocinio. En su avance carente de orden y formación, vinieron a caer en manos de los turcos que estaban emboscados en el Dracón[24] y fueron masacrados miserablemente. Tan grande fue la muchedumbre de celtas y normandos que cayó víctima de la espada de los ismaelitas que cuando se reunieron los despojos existentes por doquier de los hombres muertos, erigieron no digo ya un enorme collado, ni un montículo, ni una colina, sino una especie de montaña elevada que tenía una longitud y extensión considerables. Tan voluminoso fue el amontonamiento de huesos. Posteriormente,

22. Al noroeste de Nicea.

23. En este caso, Ana Comnena toma el nombre del cargo Il-khan como nombre propio. Ver libro VI XIII.1.

24. Al norte del lago de Nicea.

algunos bárbaros del linaje de los masacrados, al edificar unas fortificaciones aparentemente semejantes a las de una ciudad, colocaron los huesos de los que habían caído intercalados como argamasa, haciendo que la ciudad les sirviera de algo parecido a una tumba. Aún hoy día sigue en pie esa ciudad, cuyas fortificaciones fueron erigidas con piedras y huesos mezclados entre sí.

5. En suma, todos habían caído bajo la espada. Solo Pedro, en unión de unos pocos, regresó y se introdujo de nuevo en Helenópolis. En cuanto a los turcos, le estuvieron tendiendo emboscadas nuevamente para capturarlo. El soberano, al oír todas estas noticias y confirmarse tan gran matanza, se indignaba al pensar que Pedro pudiera ser capturado. Mandó buscar enseguida a Constantino Euforbeno Catacalon, de quien ya hemos hablado en muchas ocasiones, embarcó bastantes fuerzas en naves de guerra y lo envió por mar en su auxilio. Los turcos, al observar su llegada, se dieron a la fuga. Él, sin perder un instante, rescató a Pedro y a sus acompañantes, que eran contados, y logró ponerlos a salvo junto al emperador.

6. Durante la entrevista en la que el emperador le recordó la imprudencia que había demostrado tener desde el primer momento y cómo por hacer caso omiso de sus recomendaciones se había sumido en tantas calamidades, él, como altivo latino que era, no reconoció su propia culpabilidad en tan enormes desgracias y se la achacaba a aquellos que no lo habían obedecido, sino que habían seguido solo sus particulares deseos, y los calificaba de piratas y ladrones. Por todo ello, afirmaba que Nuestro Salvador no había permitido que pudieran peregrinar al Santo Sepulcro.

7. Los latinos que como Bohemundo y sus secuaces ambicionaban desde hacía tiempo gobernar el Imperio de los romanos y querían apropiárselo, tal cual hemos dicho, hallaron una excusa en la proclama de Pedro para reunir tal muchedumbre y engañar a las personas más puras. Y con el pretexto de que partían contra los turcos para liberar el Santo Sepulcro vendieron sus tierras.

VII. Llegada de Hugo de Francia

1. Un tal Hugo,[25] hermano del rey de Francia, inflado de orgullo como Novato por su nobleza, riqueza y poderío, en el momento de partir apresuradamente camino del Santo Sepulcro, despachó un mensaje en atrevidos términos al soberano, al que anunció su llegada para que previera una brillante recepción a su persona. La carta decía: «Sabed, Majestad, que yo soy el emperador de emperadores[26] y él más grande que habita bajo el cielo. Conviene que a mi llegada, que está a punto de producirse, me recibáis y acojáis magníficamente de un modo digno de mi posición».

2. Cuando él emperador hubo oído esa misiva y como a la sazón el duque de Dirraquio era Juan, el hijo del sebastocrátor Isaac, de quien hemos hablado anteriormente, y el duque de la flota era Nicolás Maurocatacalon, que había fondeado sus naves a cierta distancia unas de otras en el puerto de Dirraquio para hacer desde allí incursiones y vigilar el mar a fin de que no se le escaparan las naves corsarias que bordeaban la costa, el soberano al punto les expidió cartas a ambos en las que ordenaba al duque de Dirraquio que estuviera atento a la llegada de aquel ya fuera por tierra o por la costa, una vez producida la cual debía ponerla inmediatamente en conocimiento del soberano. Debía ofrecer a Hugo un magnífico recibimiento. En cuanto al duque de la flota, le ordenó que no relajara su vigilancia bajo ningún concepto y que estuviera permanentemente alerta.

3. Cuando Hugo se encontró a salvo en la costa de Longibardía, envió veinticuatro embajadores al duque de Dirraquio cubiertos de doradas corazas y con similares grebas en unión del conde Tzerpenterio[27] y de Elías, que había hecho defección del emperador en Te-

25. Hugo, conde de Vermandois (1058-1101), hermano menor de Felipe I de Francia.

26. La petulancia de Hugo resalta al denominarse a sí mismo «basileus» [βασιλεύς], «emperador», título reservado solo al emperador de Bizancio.

27. Guillermo, vizconde de Melun (ca. 1070-1102), llamado «el Carpintero» [Charpentier] por su gran fuerza. Participó en la Reconquista de España.

salónica. Ellos hablaron al duque en los siguientes términos: «Séate notorio, duque, que nuestro señor Hugo está a punto de llegar portando desde Roma el estandarte dorado de San Pedro.[28] Que sepas que él es caudillo de todo el ejército franco. Por tanto, disponte a recibirlo a él y a las fuerzas a su mando de modo digno de su poderío y prepárate a marchar a su encuentro».

4. Mientras estos utilizaban tales términos con el duque, Hugo descendió por Roma hasta Longibardía, como hemos dicho, y emprendió la travesía desde Bari hacia el Ilírico, durante la cual cayó en medio de una fortísima tormenta y perdió la mayoría de sus barcos junto con sus remeros y tripulantes. Solo una barca, donde coincidió que iba él, fue despedida medio destrozada por las olas en el sector de costa entre Dirraquio y un lugar llamado Pales.[29] Un par de hombres que estaban escudriñando el horizonte aguardando su llegada lo encontraron milagrosamente a salvo. Lo llamaron y le dijeron: «El duque aguarda tu llegada con vivos deseos de verte». Él pidió al punto un caballo. Uno de aquellos desmontó de su caballo y se lo ofreció gustosamente.

5. Cuando el duque lo vio tan inesperadamente a salvo, lo saludó, le preguntó adónde iba y de dónde venía, se enteró de cómo le habían sucedido esas calamidades en la travesía, lo alivió con sus grandes promesas y le brindó a continuación un abundante banquete. Tras el festín lo dejó a su aire, si bien no le permitió una completa libertad. Sin perder tiempo, indicó al soberano las circunstancias en que aquel había llegado y le dijo que esperaba sus instrucciones. Tan pronto como el soberano se hubo enterado de todo, envió a Butumites a Epidamno, a la que con frecuencia hemos llamado Dirraquio, para que lo recogiera y lo condujera a la capital no por el camino directo, sino desviándose por Filipópolis, pues temía a la muchedumbre de los celtas y a los ejércitos que venían detrás. El emperador lo acogió con cortesía y lo cubrió de toda clase de atenciones. Nada más hacerle entrega de gran cantidad de dinero, lo

28. Entregado por el papa a quienes iban a combatir contra los enemigos de la fe.

29. Cabo Palli, al norte de Dirraquio.

convenció para que pasara a ser su vasallo, pronunciando el habitual juramento de los latinos.

VIII. Travesía del conde de Prebentza.[30] Excurso sobre la tzangra. Hazañas de Mariano Maurocatacalon

1. Estos fueron, desde sus comienzos, los acontecimientos relacionados con Hugo. En cuanto a Bohemundo, de quien hemos hablado con frecuencia, cuando no habían transcurrido aún quince días, hizo la travesía con diversos condes y un ejército que superaba a todos en número hasta llegar a la costa de Cabalion, un lugar cercano al Boúsa.[31] Estos son los nombres que reciben los lugares en aquella zona y que nadie nos reproche el empleo de semejantes denominaciones bárbaras, por las que quizás se mancille el estilo de nuestra historia, ya que tampoco Homero despreció el nombrar a los beocios ni de determinadas islas bárbaras en pos de la exactitud de su narración.

2. Siguiéndolo de cerca, también el conde de Prebentza llegó a las costas del estrecho de Longibardía con el deseo de cruzarlo. Allí alquiló una gran nave pirata de tres mástiles por seis mil estáteras[32] de oro, en la que había doscientos remeros y tres botes que la seguían a remolque. No dirigió la navegación hacia el sector de Aulón, como hacía el resto de los ejércitos de los latinos, por temor a la flota romana y tras soltar amarras, se desvió un tanto para navegar directamente hacia Quimara.[33] Tuvo la suerte de hacer la navegación con viento de popa.

30. Hay dudas sobre el personaje al que se refiere la autora con ese título. Unos dicen que se trata de Raimundo de Saint Gilles, conde de Tolosa y marqués de Provenza, al que Ana Comnena llamará más adelante Isangeles. Otros opinan que se trata de Ricardo de Principat, hijo de Guillermo de Hauteville, hermano de Roberto Guiscardo.

31. Río del Epiro, al norte de Aulón.

32. En la Antigüedad, la estátera ateniense tenía un peso de 8,72 gramos de oro, y la eginética, 12,62 gramos.

33. Al sur de Aulón.

3. No obstante, por escapar al humo, cayó en la hoguera. En efecto, no halló escuadras que se emboscaran a lo largo del estrecho de Longibardía, sino al mismísimo duque de toda la flota romana, Nicolás Maurocatacalon. Este se había enterado previamente de la existencia de aquella nave pirata y tras tomar consigo las birremes, trirremes y naves ligeras de toda su flota, partió y se situó en Cabalion, frente a Asón,[34] desde donde había zarpado, dejando allí la mayor parte de la escuadra. Envió al que se llama segundo conde con su galera, que los marineros denominan «excusato»,[35] y le ordenó que encendiera una hoguera cuando viese que los remeros de la nave pirata soltaban amarras y que esta se adentraba entre las olas del mar. Tan pronto como partió, se dispuso a cumplir la orden.

4. Nada más observarla, el duque Nicolás dotó de alas a unas naves, desplegando las velas, y a otras dotó de innumerables patas, poniendo sus remos en movimiento, y marchó contra el conde que estaba cruzando el estrecho. No había navegado aún tres estadios[36] desde tierra firme, cuando le dio alcance mientras aquel se apresuraba a arribar a la costa de Epidamno al frente de mil quinientos soldados armados y ochenta caballos de raza. Cuando el piloto de la nave vio al duque, le dijo al conde de Prebentza: «El barco que nos está dando alcance es de Siria. Corremos el riesgo de caer bajo sus cuchillos y espadas». En consecuencia, el conde ordenó enseguida que todos se pusieran las corazas y que luchasen con valentía.

5. Aunque estuvieran a mitad del invierno, en el día de Nicolás, aquel gran patriarca,[37] se dio la circunstancia de que el mar estaba completamente en calma y la luna llena brillaba en una noche más clara que en primavera. Como el viento había dejado de soplar, la nave pirata no tenía fuerza que la impulsara y sucedió que se quedó quieta en medio

34. Colina cercana a Aulón, también llamada Yasón.

35. Del latín, «excussatum», aquí transcrita al griego como «exkoussaton» [ἐξκουσσάτον]. Parece ser una galera donde se embarca el segundo al mando de la flota.

36. 0,450 kilómetros.

37. 6 de diciembre de 1096.

de las aguas. Al llegar a este punto de la historia, quisiera que mi lengua celebrara las gestas de Mariano. Enseguida pidió él al duque de la flota, su padre, los barcos más ligeros, se arrojó directamente sobre aquella nave e intentó apoderarse de ella con un abordaje por proa. Rápidamente acudieron a ese punto los hombres en armas, nada más verlo armado para el combate. Mariano exhortaba a los latinos empleando su idioma para que no tuvieran miedo y no lucharan contra correligionarios. Pero un latino le disparó con su tzangra[38] al casco.

6. La tzangra es un arco bárbaro totalmente desconocido para los griegos. No se tensa tirando con la derecha de la cuerda y sosteniendo con la izquierda el arco, antes bien, el que tensa este instrumento bélico de gran potencia, debe, por así decir, tenderse de espaldas, apoyar ambos pies en los semicírculos del arco y tirar muy fuertemente de la cuerda a la vez con ambas manos. En su centro hay un tubo semicilíndrico de un tamaño parecido al de un dardo de considerable longitud que va desde la cuerda al centro del arco y por el que se dispara todo tipo de dardos. Los dardos que se colocan en el tubo son de escasa longitud, pero muy gruesos y están forrados en su punta con pesado hierro. Cuando se dispara, la cuerda se suelta con enorme fuerza y velocidad y los proyectiles, donde quiera que caigan, no rebotan hacia atrás, sino que llegan a horadar un escudo o una gruesa coraza de hierro, que pueden atravesar para seguir volando por el otro lado. Tan poderoso e imparable es el impulso de semejantes dardos. Ya ha habido ocasiones en que esta clase de dardos ha atravesado una estatua de bronce y en que, tras venir a dar en la muralla de una ciudad muy importante, o bien la punta se incrustó dentro, o bien se ocultó enterrada en el interior de las murallas. En suma, los resultados de la actuación de la tzangra son realmente diabólicos. Quien experimenta su golpe muere, el muy mísero, sin darse cuenta siquiera de la enorme potencia del golpe.

7. La flecha, por tanto, salió desde la tzangra, golpeó la parte superior del casco y lo atravesó volando sin rozar siquiera superfi-

38. Ballesta. Ana Comnena recoge aquí en transcripción al griego [τζάγγρα] el nombre originario de «chancre», derivado del latín «cancer» (cangrejo), denominación que adoptaría por su forma.

cialmente un pelo de Mariano, porque la Providencia lo protegió. Él disparó rápidamente una flecha contra el conde y lo hirió en el brazo. Esta había horadado el escudo, atravesado la armadura en forma de escamas y lo había alcanzado en el costado mismo. Un sacerdote latino, que estaba junto a otros doce compañeros de armas del conde y que se hallaba en popa, al ver estos hechos disparó numerosos dardos contra Mariano. Pero tampoco así cedía Mariano y mientras combatía, exhortaba a hacer lo mismo los que estaban a su mando, de modo que en tres ocasiones hubo que relevar a los hombres heridos y agotados que rodeaban al sacerdote latino. En cuanto al sacerdote, aunque había recibido muchos impactos y estaba empapado en su propia sangre, aguantaba a pie firme.

8. No hay coincidencia de opiniones sobre la cuestión de los clérigos entre nosotros y los latinos. A nosotros se nos prescribe por los cánones, las leyes y el dogma evangélico: «No toques, no murmures, no ataques, pues estás consagrado».[39] El bárbaro latino, sin embargo, lo mismo manejará los objetos divinos que se colocará un escudo en la izquierda y aferrará en la derecha la lanza, y de igual modo comulga con el cuerpo y la sangre divinos, que contempla matanzas y se convierte en un ser sanguinario, como dice el salmo de David.[40] Así, esta bárbara especie no son menos sacerdotes que guerreros. Pues bien, aquel combatiente, mejor que sacerdote, lo mismo se vestía con la estola sacerdotal que manejaba el remo o se dedicaba a combatir en batallas navales, luchando con el mar y con los hombres simultáneamente. En cambio, como acabo de decir, nuestro modo de vida se remonta a Aarón, a Moisés y a nuestro primer pontífice.

9. Tras haberse prolongado esta violenta batalla desde la tarde hasta la mitad del día siguiente, los latinos se rindieron en contra de su voluntad, una vez pedida y obtenida de Mariano la garantía de inmunidad. Por su parte, aquel aguerridísimo sacerdote no cesaba de combatir ni siquiera cuando ya se había llegado a la paz. Es más, cuando su aljaba estuvo vacía de proyectiles, tomó un guijarro de

39. II *Colosenses*, 21.

40. *Salmos*, XXV 9.

honda y lo lanzó contra Mariano, que aunque se cubrió la cabeza con el escudo, lo golpeó en él y, tras partirlo en cuatro partes, rompió el casco. Mariano, aturdido por el impacto de la piedra, perdió el conocimiento y estuvo tendido en el suelo sin voz durante mucho tiempo, como el famoso Héctor, que estuvo a punto de agonizar por efecto de la piedra que le había lanzado Áyax. Una vez logró a duras penas volver en sí y reponerse, disparó sus flechas e infligió tres heridas al que lo había alcanzado con sus proyectiles. Ese polemarca,[41] más que sacerdote, que no se cansaba nunca de batallar, como había arrojado todas las piedras de sus manos y, en una palabra, carecía tanto de piedras como de dardos, sin saber qué hacer ni con qué defenderse de su adversario, comenzó a agitarse, a enardecerse y enfurecerse, dando vueltas como una fiera sobre sí mismo, y utilizaba sin reservas todo lo que caía en sus manos. Y así, al encontrar una bolsa llena de pan de cebada, lanzó los panes de la bolsa como si fuesen piedras de honda, a la manera de una consagración y haciendo de la guerra una celebración y una ceremonia sagrada. Pues bien, agarró un pan y, con toda la fuerza de su mano, lo arrojó contra el rostro de Mariano y lo golpeó en la mejilla.

10. Estos fueron los hechos relacionados con aquel sacerdote y con aquella nave y sus tripulantes. En cuanto al conde de Prebentza, tras su rendición, la de su nave y la de los hombres a su mando, siguió voluntariamente a Mariano el resto de la travesía. Cuando hubieron llegado a tierra y desembarcaban de la nave, aquel sacerdote emprendió una y otra vez la búsqueda de Mariano, al que por no conocer su nombre lo llamaba por el color de sus vestiduras. Una vez se hubo acercado a él, lo rodeó con los brazos, mientras se jactaba: «Si me hubierais encontrado en tierra firme, muchos habríais muerto entre mis manos». Sacó y le entregó, entonces, una copa de plata de ciento treinta estáteras de valor. Y mientras charlaba y hacía este regalo, expiró.

41. Antigua denominación del arconte encargado de los asuntos bélicos en la ciudad de Atenas. Aquí tiene el sentido de almirante de una flota.

IX. Comportamiento de Godofredo de Bouillon. Enfrentamientos entre cruzados y bizantinos

1. También el conde Godofredo hizo la travesía en ese momento con otros condes y un ejército de diez mil caballos y sesenta mil infantes y, una vez en la capital, situó sus tropas por el lado de la Propóntide en un terreno que se extendía desde el puente situado cerca del Cosmidio hasta San Focas. Aunque el emperador lo exhortaba a que cruzase el estrecho de la Propóntide, el conde retrasaba el paso un día tras otro, ideando excusa tras excusa. En una palabra, aguardaba la llegada de Bohemundo y de los demás condes. Efectivamente, mientras Pedro había aceptado desde el mismo comienzo hacer tan largo camino con la finalidad de peregrinar al Santo Sepulcro, el resto de los condes y, más que ellos Bohemundo, le guardaban un viejo rencor al emperador y buscaban una oportunidad para vengarse de aquella brillante victoria que había obtenido sobre Bohemundo durante la batalla librada en Larisa. Como los condes estaban de acuerdo y soñaban con apoderarse de la capital, acordaron llevar adelante un mismo plan (esto lo hemos mencionado en repetidas ocasiones anteriormente) que consistía en seguir aparentemente el camino que conducía a Jerusalén, cuando en realidad lo que querían era arrebatarle al soberano el trono y adueñarse de la capital.

2. Pero el emperador, que desde hacía tiempo conocía su perfidia, había ordenado por cartas a las fuerzas aliadas y a sus jefes que se situasen escalonadamente desde Atira hasta Fileas (lugar de la costa del Ponto), que estuviesen atentos por si Godofredo enviaba a alguno de sus hombres a Bohemundo y a los condes que venían detrás, o viceversa, y que los apartaran de su ruta.

3. Entre tanto tuvo lugar el siguiente suceso. El emperador había mandado buscar a algunos de los condes de Godofredo para aconsejarles que lo convencieran de que prestase juramento a su persona. Como el tiempo se consumía a causa de la charlatanería natural y la gran prolijidad de los latinos, acabó por difundirse entre ellos el falso rumor de que los condes habían sido apresados por el emperador. Como consecuencia, inmediatamente se

movilizaron sus compactas falanges contra Bizancio y arrasaron totalmente los palacios que se hallaban junto al llamado Lago de Plata, mientras al mismo tiempo, intentaban tomar las murallas de Bizancio sin helépolis, porque carecían de ellas, y confiando en su propia masa. Tan poco pudor mostraron tener, que osaron arrojar fuego contra la puerta que está a los pies del Palacio Imperial, cerca de la iglesia levantada antiguamente por un emperador en honor del gran patriarca Nicolás.[42]

4. No solo los bizantinos que integran la masa del populacho y que son pusilánimes sin remedio e ignorantes del arte de la guerra al ver las falanges de los latinos se lamentaban, gemían y se daban golpes de pecho sin saber qué hacer, sino que incluso el conjunto de los hombres leales al emperador se unía a aquel coro, porque imaginaban que aquel jueves sobrevendría la toma de la ciudad y temían sufrir durante aquella jornada el castigo de los acontecimientos pasados. Todos cuantos tenían conocimientos militares acudían desordenadamente al palacio. El emperador, por su parte, no se había armado en modo alguno, ni se había puesto la coraza de escamas de hierro, ni aferrado escudo ni lanza, ni ceñido la espada; antes al contrario, estaba sereno, firmemente sentado en el trono imperial, animando a todos con una mirada sonriente, infundiendo valor en sus almas y aconsejando sobre las medidas que debían adoptarse a parientes y jefes del ejército.

5. Y así, como primera disposición había ordenado que nadie hiciera ninguna salida contra los latinos, en parte porque el día en que estaban era sagrado (era el jueves de la más grande y santa de las semanas, en el que el Salvador sufrió por todos nosotros una muerte vergonzosa), en parte también porque aborrecía la idea de matar a gente de su misma religión. Por tanto, aconsejó a los latinos que abandonaran su empeño mediante continuos mensajes que decían: «Respetad a Dios, que hoy ha muerto por todos nosotros sin rechazar para nuestra salvación ni la cruz ni los clavos ni la lanza, que son atributos propios de los criminales. Si tenéis deseos de combatir, nosotros acu-

42. El Palacio Imperial de Blaquernas.

diremos dispuestos para la batalla tras el día en que resucite Nuestro Salvador».[43]

6. Los latinos, sin embargo, lejos de obedecer a esta petición, compactaron más las falanges y lanzaron sin cesar sus flechas hasta el extremo de que hirieron en el pecho a uno de los que estaban al lado del soberano. Al ver esto, la mayoría de los que rodeaban al emperador retrocedieron; pero él se quedó quieto en el trono, mientras los alentaba y regañaba con una cierta dulzura. Esta actitud dejó a todos asombrados. Como observaba que los latinos se iban aproximando sin ningún pudor a las murallas y que no obedecían a lo que se creía conveniente, mandó buscar primero a su yerno Nicéforo, mi césar, y le ordenó que tomara a su cargo a los arqueros más aguerridos y expertos, y los emplazase en lo alto de las murallas con orden de disparar flechas sin descanso contra los latinos; pero no debían apuntar a nadie, sino procurar errar en la mayoría de los casos, de modo que la densidad con que se disparasen las flechas sirviera solo para atemorizarlos y no matarlos. Como hemos dicho, respetaba el carácter sagrado de la jornada y no deseaba una matanza fratricida.

7. En segundo lugar, ordenó que algunos soldados escogidos, armados con arcos la mayoría y aferrando largas lanzas el resto, abrieran la puerta de San Romano y les hicieran una demostración de fuerza. Cada uno de los lanceros debía ir cubierto por dos peltastas a cada flanco. Cuando estuviesen así formados, avanzarían a paso lento. Previamente, habrían sido enviados contra los celtas unos pocos y expertos arqueros que dispararían flechas desde lejos y acosarían incesantemente sus dos flancos. Cuando estos vieran que el terreno intermedio entre ambos contendientes se acortaba, ordenarían a los arqueros que iban tras ellos que arrojasen una densa nube de flechas contra los caballos, no contra los jinetes, para cargar luego a rienda suelta contra los celtas. Así se conseguiría de un lado detener la fase más impetuosa del ataque de los celtas y evitar una fácil carga contra los romanos, que no podrían hacer por tener los caballos heridos, y de otro lado, sobre todo, impedir la muerte de cristianos. Las órde-

43. Jueves Santo, 2 de abril de 1097.

nes del emperador fueron cumplidas con decisión y las puertas fueron abiertas. Unas veces cargando a rienda suelta contra el enemigo y otras reteniendo los caballos, lograron matar a muchos, mientras que entre ellos hubo pocos heridos aquel día.

8. Dejémoslos aquí a esos. En cuanto al césar, mi señor, como hemos dicho, tomó a su cargo algunos expertos arqueros, los emplazó a lo largo de las torres y estuvo acosando a los bárbaros con ellos. Todos poseían arcos potentes y certeros, porque era un grupo de jóvenes con una experiencia en manejar el arco que no desmerecía en nada a la pericia del Teucro homérico.[44] El arco del césar, por su parte, era realmente el arco de Apolo. No hacía como los famosos griegos de los poemas de Homero que, llevando la cuerda hasta el pecho, ponían el hierro en su sitio para mostrar como ellos su excelencia en la caza; antes bien, como un Heracles, disparaba flechas mortales desde arcos inmortales y bastaba que se propusiera un blanco para acertar en él con solo quererlo.[45] Y así, en los momentos en que se presentaba la ocasión de combatir y pelear no erraba su disparo, fuera cual fuera el blanco que se propusiera, y donde apuntaba siempre causaba heridas. Tan fuertemente tensaba el arco y con tanta potencia lanzaba la flecha, y parecía manejar las habilidades del arco por encima del propio Teucro y de los Ayantes. Sin embargo, aunque así fuera, por respeto al carácter sagrado del día y teniendo presente la orden del emperador, cuando veía que los latinos se iban aproximando audaz e insensatamente a las murallas cubiertos con escudos y cascos, tensaba el arco, colocaba la flecha en la cuerda y la disparaba con una trayectoria alta o baja, pero siempre intentando fallar el tiro.

9. Aunque reprimiera sus impulsos de disparar a los latinos con propósito de acertar a causa del día en que estaban, la osadía y desvergüenza de un latino que no solo lanzaba una densa nube de flechas contra los que estaban en lo alto de las murallas, sino que incluso, hablando en su propio idioma, parecía proferir numerosas injurias, empujó al césar a tensar su arco contra él, y de su mano

44. *Il.*, IV 105-111.

45. *Il.*, IV 105-111, 123.

salió un dardo que lejos de perderse, horadó el largo escudo, la coraza de láminas junto con el brazo y fue a clavarse en su costado. El latino quedó enseguida tendido en tierra sin voz, como dice el poeta,[46] mientras que el clamor de los que vitoreaban al césar y de los que lloraban al caído se elevaba hasta el cielo. En suma, aquel día se libró un horrible y sangriento combate entre ambos bandos por la decisión con que luchaban tanto nuestra caballería como los hombres situados en las murallas. Cuando el soberano hizo entrar en combate a su guardia personal, las falanges de los latinos emprendieron la huida.

10. Al día siguiente, Hugo fue a aconsejar a Godofredo que obedeciera los deseos del emperador y jurara guardarle completa lealtad, si es que no quería tener una segunda muestra de su experiencia militar. Godofredo, sin embargo, lo hizo objeto de graves recriminaciones, diciendo: «Tú, que partiste de tu país como emperador con tantas riquezas y un gran ejército para acabar tirándote desde un puesto tan alto a la categoría de esclavo, ¿has venido para darme semejantes consejos, como si se tratase de una gran hazaña?» Él repuso: «Hubiera sido preferible quedarnos en nuestros propios territorios y dejar en paz los ajenos; pero, ya que hemos venido hasta aquí y necesitamos el apoyo del emperador, hagamos caso a sus palabras. De lo contrario, nada bueno puede ocurrirmos». Como Godofredo despidió a Hugo con las manos vacías y como también se recibió la noticia de que los condes que venían después ya estaban próximos, el emperador envió a algunos de sus mejores jefes al frente de sus tropas con orden de aconsejarle otra vez y empujarle a cruzar el estrecho. Cuando los vieron, los latinos se pusieron a guerrear sin esperar un instante y sin preguntar al menos qué querían. Tras un violento combate, perecieron muchos combatientes de cada bando y fueron heridos todos los hombres del soberano que habían marchado imprudentemente a la batalla. Pero como estos habían luchado con mayor arrojo, los latinos volvieron la espalda.

46. *Il.*, XV 537-538; XX 483; *Od.*, V 456-457.

11. De este modo, al cabo de poco tiempo Godofredo terminó por aceptar la voluntad del emperador. Acudió, pues, a presencia del emperador y le prestó el juramento que exigía. Según este, cuantas ciudades, regiones y fortalezas lograra ocupar que antes hubieran dependido del poder romano, debería devolverlas al jefe militar que el emperador destacaría con ese objeto. Y así, tras prestar juramento, haber recogido abundantes riquezas, haber compartido con él casa y mesa y haber sido generosamente festejado, atravesó y acampó en Pelecano.[47] El emperador, entonces, ordenó que se les suministrara copiosas provisiones.

X. Llegada del conde Raúl y de los demás condes

1. Después de Godofredo también hizo su aparición el conde llamado Raúl con quince mil jinetes e infantes. Acampó con sus condes en la Propóntide, en torno al monasterio denominado del Patriarca,[48] y acantonó a sus demás hombres a lo largo de la costa hasta Sostenio. Al igual que Godofredo, también Raúl retrasaba el momento de cruzar el estrecho esperando la llegada de los que venían tras él. Pero el emperador, que preveía lo que iba a pasar y temía la llegada de los otros latinos, agilizaba su traslado por todos los medios. A través de emisarios hizo llamar a Opo (persona de nobles sentimientos y no inferior a nadie en experiencia militar) y, cuando se hubo presentado, lo envió por tierra hacia donde estaba Raúl en unión de otros valientes guerreros con orden de obligarlo a efectuar el traslado. Al ver que no había manera de que el conde obedeciera la orden del emperador y que adoptaba una actitud insolente respecto al soberano, dando numerosas muestras de su arrogancia se armó y alineó la formación, posiblemente para asustar al bárbaro y en la creencia de que con esta

47. En Bitinia, en el borde septentrional del golfo de Nicomedia.

48. Dedicado a San Miguel. Se llamaba así porque en el monasterio se hallaba la tumba del patriarca San Ignacio de Constantinopla (847-867). San Ignacio fundó tres conventos en las islas Príncipe, próximas a Constantinopla, y fue nieto del emperador Nicéforo I (802-811) e hijo de Miguel I (811-813), Su festividad se celebra el 23 de octubre.

Alejo I recibe a Godofredo de Bouillon.

medida, lo persuadiría para que hiciera la travesía a la otra orilla. Pero el conde, alegre como un león que halla una gran presa, tras alinear la formación de sus celtas más rápido de lo esperado, libró un violento combate con Opo.

2 Cuando Pegasio, que había llegado allí con la misión de facilitarles el traslado por mar, contempló la batalla que estaba teniendo lugar en tierra firme y vio que los celtas atacaban con gran arrojo al ejército romano, desembarcó de las naves y atacó también él a los celtas por la retaguardia. Muchos cayeron muertos, y muchos también heridos. Así, los supervivientes latinos pidieron ser trasladados. El emperador, que era hombre muy astuto, temiendo que al juntarse con Godofredo lo

pusieran al corriente de lo que había ocurrido y lo instigasen en contra de él, aceptó gustoso su sometimiento, los embarcó y a petición propia los envió por mar al Sepulcro del Salvador. Despachó asimismo algunos embajadores a los condes que estaban al venir y les expresó sus mejores propósitos al tiempo que les adelantaba un venturoso futuro. A su llegada, ellos cumplieron de buen grado todo lo que se les ordenó.

3. Tales fueron, pues, los hechos protagonizados por el conde Raúl. Tras él venía una nueva muchedumbre inmensa y heterogénea, que se había formado con aportaciones de hombres provenientes de casi todos los países celtas, con caudillos, reyes, duques, condes e incluso obispos a su frente. Conforme iban llegando, el soberano les enviaba embajadores, los recibía amablemente y les dirigía palabras de bienvenida haciendo gala de la habilidad que tenía para prever el futuro y adivinar la actitud más conveniente. Ordenó a los encargados de esta tarea que suministrasen víveres a quienes se iban presentando para que ellos no tuvieran oportunidad ni, lógicamente, motivos para cometer ninguna fechoría. Ellos, por su parte, se apresuraban para llegar pronto a la capital. Podría decirse que eran numerosos como las estrellas del cielo o los granos de las arenas que se extienden junto a la orilla del mar. Eran tantos como hojas y flores brotan en primavera, según palabras de Homero,[49] y tenían prisa por llegar a Constantinopla.

4. Aunque no me importaría detallar los nombres de los jefes, no deseo hacerlo. Mi obra se vería entorpecida por ello, en parte porque dichos términos bárbaros son impronunciables y no puedo transmitirlos, en parte porque me disuade de hacerlo la inmensidad de su número. Además, ¿por qué pretender dar las denominaciones de tan enorme gentío, cuando incluso los que fueron testigos de aquellos hechos solo mostraron indiferencia? Así pues, una vez en la capital, sus ejércitos se acantonaron por orden del soberano cerca del monasterio de Cosmidio[50] y abarcaron hasta Hiero.[51]

49. *Il.*, II 468; *Od.*, IX 51.

50. Monasterio dedicado a San Cosme y San Damián, en los arrabales de Constantinopla, cerca del palacio de Blaquernas.

51. En el extremo septentrional del Bósforo.

5. No eran nueve los heraldos que, según una antigua costumbre griega, los contenían con sus gritos, sino un gran número de valientes hoplitas que los seguían, instándoles a que obedecieran las exhortaciones del soberano. El emperador con el deseo de estimularlos para que jurasen como hiciera Godofredo, los hacía llamar por separado, conversaba con ellos en particular sobre lo que deseaba y a los más sensatos los usaba como intermediarios ante los más irreductibles. Pero no obedecían por estar aguardando la llegada de Bohemundo e inventaban toda clase de peticiones sobre las que añadían, a su vez, más reclamaciones. Sin embargo, el emperador resolvía sus problemas fácilmente e insistía en animarlos a jurar como Godofredo. Incluso mandó llamarlo de Pelecano, en la otra orilla, para que estuviera presente en el acto del juramento.

6. Después de que todos los condes comparecieran, incluido Godofredo, y prestaran juramento, uno de aquellos nobles tuvo la osadía de sentarse en el trono del emperador. El emperador soportó esta injuria sin decir una palabra porque hacía tiempo que conocía el temperamento altivo de los latinos. El conde Balduino[52] se le acercó, lo tomó de la mano, lo levantó de allí y le recriminó su actitud en estos términos: «No deberías haber hecho eso, ya que has prometido ser vasallo del emperador. No es costumbre de los emperadores romanos el compartir su trono con los que les son inferiores en rango. Los que por su juramento se han convertido en vasallos de Su Majestad deben observar las costumbres de su país». El otro no respondió nada a Balduino y, fijando su penetrante mirada en el emperador, se dijo a sí mismo en su propio idioma: «Mirad cómo un campesino es el único que está sentado, mientras a su lado están en pie tan magníficos caudillos».

7. El movimiento de los labios del latino no le pasó inadvertido al emperador y, llamó a un intérprete y le preguntó sobre lo que había dicho. Cuando hubo oído la frase de aquel, prefirió no dirigirse al latino por el momento y reservó para sí sus reflexiones. Cuando todos se des-

52. Balduino de Boulogne, hermano de Godofredo de Bouillon, al que sucedió en el trono como rey de Jerusalén. Sería coronado como Balduino I (1100-1118).

pedían del emperador, hizo venir a aquel soberbio y desvergonzado latino, y le preguntó quién era, de dónde procedía y a qué linaje pertenecía. Él le respondió: «Soy un franco de pura raza, de una familia noble. Y una cosa sé, que en un cruce del país de donde procedo existe un antiguo santuario al que se acerca todo el que esté dispuesto a enfrentarse en un combate singular y tras plantarse allí como un solitario combatiente, solicita ayuda a Dios desde las alturas y espera con tranquilidad al adversario que se atreva a contender con él. En dicho cruce pasé yo mucho tiempo inactivo, esperando a alguien que luchara conmigo; pero en ninguna parte había un hombre que se atreviera a ello». Cuando hubo oído estas palabras, el emperador le dijo: «Si buscando entonces el combate no lo hallaste, te ha llegado el momento de hartarte con innumerables combates. Te recomiendo que no te coloques ni en la retaguardia, ni en la vanguardia de la falange, sino ocupar el medio con los hemiloquitas,[53] pues hace mucho tiempo que conozco el método de combate de los turcos». No solo le daba a él estos consejos, sino también a todos los demás y les adelantaba todos los problemas que iban a encontrar en su camino. Asimismo, les recomendaba que no se obstinaran en perseguir a los turcos hasta el final, cuando Dios les concediera la victoria contra los bárbaros, para no caer muertos en medio de sus emboscadas.

XI. Bohemundo se acerca al emperador. Amistad de este con Isangeles[54]

1. Estos fueron los hechos protagonizados por Godofredo, Raúl y el resto de condes que los seguían. En cuanto a Bohemundo, llegó junto con los demás condes a Apron. Consciente de que no era de noble linaje, ni estaba al frente de numerosas fuerzas debido a la escasez de dinero que sufría y con el deseo de ganarse el favor del emperador, pero ocultándole la totalidad de sus planes, se adelantó al resto de los condes

53. Jóvenes oficiales del ejército.

54. Raimundo IV conde de Tolosa (1042-1105), también conocido como Raymond de Saint Gilles, marqués de Provenza.

y solo con diez celtas corrió hacia la ciudad imperial. El emperador, que conocía sus tretas y sabía de su carácter intrigante e insidioso desde hacía tiempo, se dio prisa en conversar con él, antes de que llegaran los demás condes, y convencerlo antes de la venida de estos para que cruzara el estrecho y así, evitando que entrase en contacto con los condes que estaban al llegar, no le hicieran cambiar de opinión. Tras mirarlo con una sonrisa en el momento de su entrada, el emperador se fue informando de las peripecias del viaje y del lugar donde había dejado a los condes.

2. Cuando Bohemundo le hubo dado todos los informes de acuerdo con sus apreciaciones, el emperador le recordó con fineza la osadía que había mostrado anteriormente en Dirraquio y Larisa, así como su antigua enemistad. Él le dijo: «Aunque entonces yo era un enemigo y un adversario ahora he venido como amigo y por propia iniciativa a presencia de Vuestra Majestad». El emperador mantuvo largas conversaciones con él y puso discretamente a prueba sus intenciones. Cuando reconoció que aceptaba prestar un juramento fiable, le dijo: «Ahora debes retirarte para descansar de las fatigas de tu viaje. Mañana conversaremos sobre lo que queramos».

3. Una vez en el Cosmidio, cuyas dependencias le habían sido acondicionadas para alojamiento, le fue ofrecida una abundante mesa repleta de toda clase de manjares y alimentos. Los cocineros llegaron incluso a presentarle la carne cruda de ganado y volatería, diciéndole: «Nosotros, como ves, hemos preparado los manjares de acuerdo con nuestro modo de cocinar, pero si no son de tu agrado aquí los tienes crudos y que sean cocinados como tu deseas». Así les había ordenado actuar y expresarse el soberano. Había acertado, efectivamente, con sus conjeturas gracias a su habilidad característica para prever la actitud del ser humano y a su capacidad para sumergirse dentro de su corazón y captar sus reflexiones, y gracias a que conocía también la animadversión y malevolencia de Bohemundo. Y así, para que no tuviese ninguna sospecha sobre él, ordenó que se le presentasen las carnes crudas, con lo que eliminó rápidamente la sospecha. Sus previsiones fueron acertadas.

4. El hábil Bohemundo no solo evitó degustar las viandas que ya estaban preparadas, sino que ni tan siquiera las tocó con la punta de sus dedos. Por el contrario, las rechazó al instante sin revelar a nadie

los secretos pensamientos que recorrían su mente y las distribuyó por entero a los comensales fingiendo mostrarles su amistad con este gesto, pero, en realidad, un examen atento de la situación revelaría que les estaba sirviendo una copa mortal. Y tampoco ocultó su perversidad, tanto despreciaba a sus subordinados. Al mismo tiempo, ordenó a sus propios cocineros que preparasen las carnes al modo de su país. Al día siguiente, se dedicó a preguntar a los que habían comido las primeras viandas cómo se encontraban. Ellos dijeron: «Estupendamente», y añadieron que no habían sentido la más pequeña molestia. Entonces fue cuando les reveló su secreto y les dijo: «Yo tenía bien presentes las guerras contra él y aquella célebre batalla. Por ello, temía que pudiera buscar mi muerte introduciendo un veneno mortal en la comida». Este fue el comportamiento de Bohemundo. Por mi parte, puedo afirmar que nunca vi a ningún malvado que no se diera prisa por obrar lejos de lo correcto en todas sus palabras y actuaciones, pues cuando se abandona el justo medio, no importa en dirección a qué extremo se vaya, uno se sitúa lejos de la virtud.

5. Tras hacer venir a Bohemundo, el emperador le pidió que prestara también el juramento habitual de los latinos. Y Bohemundo, que sabía cuáles eran sus recursos, que no era de antepasados ilustres, ni tenía abundancia de riquezas, lo que motivaba que tampoco contara con fuerzas numerosas, sino con los escasísimos celtas que lo seguían y como, además, era perjuro por naturaleza, cedió de muy buena gana a los deseos del soberano. A continuación, el emperador escogió una estancia del Palacio Imperial y extendió por el suelo todo tipo de riquezas, (...), vestidos, monedas de oro, de plata y objetos de menor valor. Tan llena estaba la habitación, que ni siquiera se podía caminar por la abundancia de los obsequios. Al encargado de mostrar este despliegue de riquezas a Bohemundo le ordenó que abriera de par en par las puertas. Él, estupefacto ante la visión del tesoro, dijo: «Si tantas riquezas hubieran sido mías, hace tiempo que sería yo señor de muchos países». Y el encargado repuso: «Todos estos bienes te regala hoy el emperador».

6. Bohemundo aceptó alegremente esos regalos y agradeció el gesto. Seguidamente, se encaminó para descansar al lugar donde

se hospedaba. Pero cuando le fueron llevadas esas riquezas, cambió de parecer y el que antes se había asombrado, dijo ahora: «Nunca habría esperado sufrir tal deshonra por parte del emperador. Tomad, pues, estos presentes y devolvedlos al que los ha enviado». El emperador, que conocía la natural inconstancia de los latinos, replicó con el dicho vulgar: «Las malas obras se vuelven contra el que las ha hecho».[55] Al oír esas palabras Bohemundo y ver que los encargados de transportarlas venían con celeridad a recogerlas de nuevo, cambió de actitud y el que antes las había despreciado y se había molestado, dirigía ahora una amable mirada a los cargadores, como un pulpo que puede transformarse con toda rapidez. En efecto, este hombre era por naturaleza pérfido y hábil para adaptarse a las circunstancias, y tanto superaba en maldad y valor a todos los latinos que entonces atravesaron el estrecho, cuanto era inferior a ellos en fuerzas y riquezas, pero incluso así dominaba a todos por su enorme bellaquería. De igual modo, la inconstancia, como una impronta natural de los latinos, formaba también parte de él. En conclusión, el que había rechazado las riquezas, ahora las tomaba alegremente.

7. Él había partido de su país con su malicia por no poseer ni siquiera un trozo de tierra y con el motivo aparente de peregrinar al Santo Sepulcro, cuando en realidad se proponía ganarse algún dominio y mejor aún si pudiera, apoderarse del propio Imperio de los romanos de acuerdo con las instrucciones de su padre. Y como dice el proverbio, quien mucho mueve, mucho necesita. El soberano, que conocía su hostilidad y perfidia, se apresuraba a eliminar hábilmente todo aquello que pudiera coadyuvar a sus secretas aspiraciones. Por ello, no obtuvo el título de doméstico de Oriente, cuando lo solicitó, ya que actuaba como un cretense ante otro cretense.[56] El emperador temía que si obtenía autoridad y convertía en vasallos gracias a ella a todos los condes, los condujera con facilidad en adelante por el camino que deseaba. Como no quería que Bohemundo sospechara que ya había sido totalmente descubierto, entre halagos y bue-

55. *Salmos,* VII 17.

56. Proverbio por el que se da a entender lo inútil de las tretas y ardides con quien las utiliza como norma general de conducta. Plutarco, *Emilio,* 23; *Lisandro,* 20.

nas promesas para el futuro, le dijo: «Todavía no es el momento. Pero con tu energía y lealtad, podrá hacerse realidad en no mucho tiempo».

8. En conclusión, tras conversar con los condes y obsequiarlos con todo tipo de presentes y honores, al día siguiente se sentó en el trono imperial y mandó buscar a Bohemundo y a todos los condes, para tratar sobre las dificultades que se les presentarían en su ruta. Les dio los consejos más apropiados, los instruyó en los métodos de combate que suelen usar los turcos durante las batallas y les recomendó la manera en que debían ordenar la formación y tender emboscadas, así como les indicó también que no debían perseguirlos largo rato cuando los turcos dieran la espalda. Una vez pulido su rústico carácter con las riquezas y las charlas, y tras darles las más adecuadas recomendaciones, los animó para que cruzaran el estrecho.

9. Apreciaba, en particular a Isangeles por su superior inteligencia, sus rectas concepciones y la pureza de su vida, y conocía asimismo cuánto le preocupaba la verdad, a la que no le anteponía nunca nada. Destacaba entre los demás latinos tanto como el sol entre las estrellas. Por esto, precisamente, lo mantuvo a su lado durante un tiempo. Y así, cuando tras despedirse todos del soberano, llegaron a través del estrecho de la Propóntide a Damalis, libre ya de su molesta presencia, mandaba buscar con frecuencia a Isangeles con intención de facilitarle más detalladas instrucciones sobre lo que podría sucederles a los latinos durante el viaje. De igual forma, le confiaba las sospechas que tenía sobre las intenciones de los francos. Merced a estas frecuentes confidencias y con las puertas de su alma abiertas en cierto modo a Isangeles, le recomendó con toda franqueza que estuviera alerta ante la perfidia de Bohemundo, para que cuando quisiera transgredir los tratados, lo apartara de su empeño y frustrara por todos los medios sus proyectos. Él dijo al soberano: «Si Bohemundo tiene por herencia de sus antepasados la inclinación al perjurio y al engaño, sería un milagro que guardase su juramento. En cuanto a mí, procuraré dentro de mis posibilidades cumplir siempre vuestras órdenes». Tras despedirse del soberano, partió para unirse al grueso del ejército de los celtas.

10. Por lo demás, el soberano deseaba seguir a los celtas en su campaña contra los bárbaros, pero temía su innumerable muchedumbre.

Juzgó, pues, necesario acudir a Pelecano, desde donde por su proximidad a Nicea podría enterarse de lo que les iba sucediendo a los celtas y, al tiempo también, de las incursiones de los turcos fuera de los muros de Nicea y de la situación de sus defensores. Creía que sería perjudicial no llevar a cabo mientras tanto ninguna acción militar que le permitiese, si encontraba la oportunidad, apoderarse por su cuenta de Nicea y no conseguirla de manos de los celtas, como le habían jurado. Pero mantenía en secreto sus planes y todo lo que había preparado. Solo él y Butumites, su confidente en este proyecto, conocían los motivos de su presencia allí. Envió entonces a este para que se ganara a los bárbaros del interior de Nicea con promesas de toda clase de favores y de una completa inmunidad, y en parte también, con la amenaza de sufrir calamidades sin cuento y de que caerían bajo las espadas de los celtas si eran capturados por ellos. La elección de este hombre se debió al conocimiento que desde siempre tenía sobre la lealtad de Butumites y su energía en lo relacionado con las misiones de esta índole. En fin, así se desarrollaron estos acontecimientos desde su inicio.

LIBRO XI

Continuación de la Primera Cruzada (1097-1104)

1. Asedio de Nicea

1. Por su parte, Bohemundo y todos los condes aguardaban la llegada de Isangeles, reunidos en el lugar desde donde pensaban iniciar la travesía hacia Ciboto[1] en unión de Godofredo. Puesto que, al ser una muchedumbre considerable, no podían permanecer en ese mismo sitio por la dificultad de aprovisionamiento, se dividieron en dos a pesar de estar esperando la venida del emperador con Isangeles para emprender el camino de Nicea una vez se hubieran reunido allí con él. Unos se encaminaban a través del país de los bitinios y de Nicomedia hacia Nicea; otros, tras cruzar el estrecho de Ciboto, confluyeron en el mismo punto. De este modo, situados ya cerca de Nicea, se distribuyeron las torres y los lienzos de muralla entre ellos mismos, porque habían decidido efectuar el asalto a los muros de acuerdo con una cierta organización para hacer más enérgico el asedio gracias a la mutua competencia. Dejando libre el sector asignado a Isangeles, esperaban su venida. Entonces llegó también el soberano a Pelecano con sus pensamientos puestos en Nicea, como nuestra obra mostró anteriormente.

2. Los bárbaros del interior de Nicea mandaban continuos mensajes al sultán, para que los socorriese. Dado que este aún se retrasaba y el asedio se venía ya prolongando durante muchos días desde la salida del sol hasta la puesta, cambiaron de parecer y reconocieron

1. Civetot, en el golfo de Nicomedia.

como más ventajoso pasarse al emperador que ser capturados por los celtas, ya que veían su situación en un punto crítico. En consecuencia, hicieron llamar con ese objeto a Butumites, quien continuamente les había hecho saber mediante frecuentes cartas que obtendrían incontables favores del emperador en el caso de que le entregasen Nicea. Él, tras haber ofrecido como clara respuesta, si se le entregaba la plaza, la benevolencia del emperador y tras hacer constar por escrito sus promesas, fue acogido gustosamente por los turcos, quienes ya habían renunciado a enfrentarse con tan numeroso contingente y consideraban más positivo entregar voluntariamente la ciudad al emperador y contar con riquezas y honores que convertirse en víctimas de la espada.

3. No se cumplía aún el tercer día de la entrada de Butumites, cuando tras su llegada, Isangeles se apresuraba a intentar tomar las murallas con las helépolis que tenía aprestadas. Entre tanto, les llegó un rumor que informaba de la venida del sultán. Cuando los turcos se enteraron de esta nueva y se animaron, expulsaron enseguida a Butumites. El sultán,[2] por su parte, destacó una sección de su ejército y la envió para que inspeccionase la ofensiva de Isangeles, con orden de que si se topasen con algunos celtas, no rehuyeran el combate con ellos. Cuando los hombres de Isangeles los vieron de lejos, se enzarzaron en una batalla. Los otros condes y el propio Bohemundo, enterados de la incursión de aquellos bárbaros, seleccionaron a grupos de doscientos hombres de cada contingente y, una vez reunida una tropa muy numerosa, lo enviaron sin dilación en apoyo de Isangeles. Después de ponerlos en fuga, persiguieron a los bárbaros hasta el anochecer.

4. Mas el sultán en absoluto estaba deprimido por estos acontecimientos, antes bien, cuando iba amaneciendo el día, se armó y ocupó con todas sus tropas la llanura que se extendía por fuera de las murallas de Nicea. Los celtas, tras percatarse de su presencia y armarse fuertemente, se lanzaron contra ellos como leones. Entonces se produjo un duro y sangriento enfrentamiento. Como la batalla se encontraba estabilizada con igual provecho para ambas partes

2. Qilidj Arslán I, hijo de Solimán. Ver libro VI XII.1, nota 52.

durante todo el día, al llegar el sol al crepúsculo, los turcos huyeron, porque la noche reguló el combate. En suma, perecieron muchos de ambos bandos, hubo no pocos muertos y la mayoría fueron heridos.

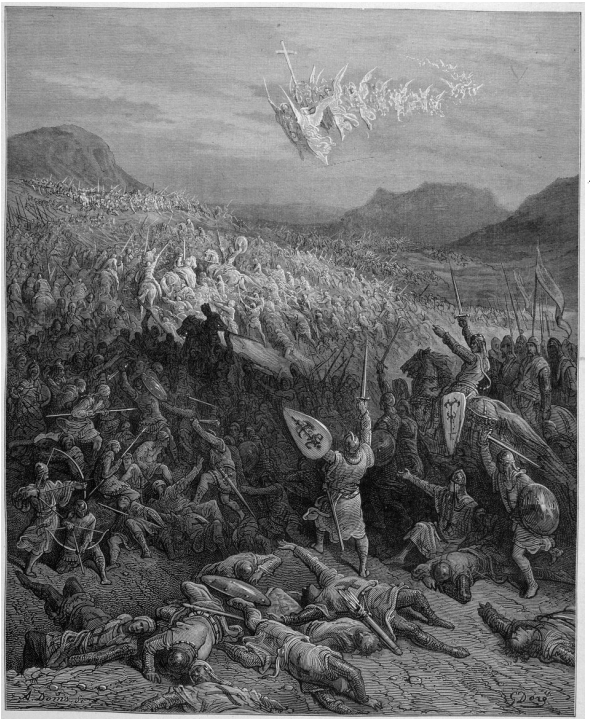
5. Los celtas retornaron después de haberse alzado con esta brillante victoria y de haber ensartado en sus lanzas, como estandartes, las cabezas de muchos enemigos, para que los bárbaros, al ver de lejos lo sucedido, se asustasen por esta prematura derrota y renunciasen a una obstinada resistencia. De tal índole eran los actos que habían llevado a cabo y las reflexiones que hicieron los latinos. El sultán, tras la visión de las infinitas huestes de estos y habida cuenta de su irrefrenable valor a raíz del propio ataque, cursó a los turcos del interior de Nicea un mensaje con sus palabras: «Haced en adelante todo aquello que juzguéis mejor». Pues sabía de antemano que preferían entregar al emperador la ciudad antes que caer cautivos de los celtas.

6. Isangeles, por su parte, que mantenía su primitivo empeño, tras construir una torre circular de madera y cubrirla de pieles por ambos flancos, completar su interior con mimbres entrelazados y fortificarla en todo su perímetro, la aproximó al costado de la torre llamada Gonata. Se le había dado este nombre hacía tiempo, cuando el famoso Manuel, padre del precedente emperador Isaac Comneno,[3] y de su hermano Juan, mi abuelo paterno, fue elegido por el entonces emperador Basilio[4] para el cargo de estratego autocrátor de todo el Oriente, con la orden de dar fin a las hostilidades con Esclero,[5] ya fuera mediante oposición militar, ya convenciéndolo con su buen juicio para firmar un tratado de paz. Pero Esclero, que era muy aguerrido y disfrutaba con la sangre, prefirió siempre la guerra a la paz, con lo que a diario se producían violentos combates. Como Esclero no solo no deseaba la paz, sino que pugnaba valientemente por apoderarse de Nicea con ayuda de helépolis, sucedió que, después de

3. Isaac I Comneno (1057-1059).

4. Basilio II (976-1025).

5. Bardas Esclero, miembro de elevado rango en la corte, pariente del emperador Basilio I el Grande (867-886). Se sublevó contra Basilio II entre los años 976 y 979 y fue derrotado.



Representación de la batalla de Nicea.
Grabado de Gustave Doré.

haber derruido la muralla, la torre perdió sus apoyos y cayó a peso. Quedó con el aspecto de estar inclinada sobre una rodilla y por este hecho recibió semejante apelativo.[6]

7. Así era conocida la historia de la torre Gonata. Isangeles, cuando gracias a su enorme pericia tuvo dispuesta la ya citada torre de madera, que los más expertos en ingenios bélicos denominan tortuga, introdujo en su interior hombres armados «demoledores de murallas»,[7] y otros que sabían minar la torre con sus herramientas, con objeto de que los unos lucharan contra los defensores de la muralla y mediante esta maniobra los otros dis-

6. El término «Gonata» [Γονάτης] deriva del sustantivo «gony», genitivo «gónatos» [γόνυ, γόνατος], que significa «rodilla». Así, el nombre de la torre sería algo así como «Torre Arrodillada».

7. «Teikhesipletes» [τειχεσιπλήτης], esto es, «demoledor de murallas», epíteto del dios Ares en la *Ilíada* (V 455).

pusieran de tregua para minar la torre. Estos fueron introduciendo vigas de madera en lugar de las piedras que sacaban. Cuando desde el interior alcanzaron a vislumbrar la claridad de tal modo que vieron penetrar por un lugar cierto resplandor, les metieron fuego a las vigas y las quemaron. Cuando estas estuvieron calcinadas sucedió que la torre Gonata se vino más abajo de tal manera que no perdió su apelativo. Rodearon de arietes y tortugas el resto de la muralla y cubrieron con escombros en un abrir y cerrar de ojos el foso que se hallaba en su exterior hasta llegar a unirse sin solución de continuidad a la llanura que se extendía por una y otra parte.

II. Toma de Nicea

1. El emperador, que había elaborado numerosas y certeras reflexiones continuamente, y había reconocido la imposibilidad de que Nicea fuera tomada por los latinos, aunque sobrepasasen en número toda cuenta, aprestó, a su vez, diversos tipos de helépolis, la mayoría de ellas en desacuerdo con las normas de la ingeniería y según aquellos otros criterios que le parecieron adecuados, lo que provocó asombro en todos, y las envió a los condes. Como ya nuestra historia ha mostrado anteriormente, él había pasado al otro lado en compañía de las tropas que tenía a mano y se había quedado en Pelecano, cerca de Mesampelas, donde también desde tiempos lejanos se había erigido un santuario bajo la advocación del gran mártir Jorge.

2. Quería así el soberano partir en unión de los latinos contra los turcos infieles, pero desistió de su empeño porque, al sopesar la cuestión, comprendió que la enormidad del ejército franco superaba a las tropas romanas y porque conocía desde hacía tiempo el carácter voluble de los latinos. Y no solo por esta razón, sino también porque preveía la actitud incierta y desleal de ellos, quienes, a la manera del Euripo,[8] se veían con frecuencia transportados de un punto al contrario, y estaban dispuestos a vender a sus mujeres e hijos por un solo óbolo debido a su temperamento codicioso. En suma, merced

8. Ver II III.4, nota 6.

a estas reflexiones renunció el soberano a sus proyectos. Aceptó que no debía unirse a los celtas, aunque sí otorgarles tanto apoyo, como durase su presencia.

3. Como estaba al tanto de la poderosa fortificación de las murallas de Nicea, sabía que era imposible su conquista por los latinos. Pero cuando se enteró de que el sultán estaba introduciendo fácilmente en Nicea por el lago vecino importantes fuerzas y un completo reaprovisionamiento, intentó la conquista del lago. Por tanto, una vez dispuestas las barcas apropiadas para la navegación por aquellas aguas y cargadas en carros, las echó al lago por el sector de Cío tras embarcar en ellas soldados armados al mando de Manuel Butumites y tras hacerles entrega de un número de estandartes mayor del necesario, así como de trompetas y tambores de modo que parecieran por ello mucho más numerosos.

4. Así fueron tomadas por el soberano las medidas relativas al sector del lago. Por lo que respecta a tierra firme, mandó buscar a Taticio y al llamado Tzitas junto a valientes peltastas que ascendían al número de dos mil, y los destacó a Nicea con órdenes de que en el desembarco tomaran el castillo de San Jorge, que cargaran en mulas la gran cantidad de flechas que transportaban y que, tras desmontar de los caballos a distancia de las murallas de Nicea, marcharan a pie y fijaran su campamento directamente frente a la torre llamada Gonata; que luego, con los escudos en formación cerrada atacaran las murallas junto a los latinos a una señal convenida. Una vez llegado Taticio con el ejército a sus órdenes, dio cuenta de ello a los celtas de acuerdo con los planes del emperador. Todos entonces se vistieron las armaduras y atacaron las murallas entre alaridos y un enorme griterío.

5. Los hombres de Taticio disparaban dardos incesantemente y los celtas por una parte horadaban las murallas y por otra, intensificaban el lanzamiento de piedras con sus catapultas. En cuanto al sector del lago, los bárbaros, aterrorizados con los estandartes y trompetas imperiales por Butumites, quien en ese mismo instante les transmitía las promesas del emperador, a tal punto fueron constreñidos que ni siquiera se atrevían a asomarse a las almenas

de Nicea. Dado que también habían perdido la esperanza de la llegada del sultán, consideraron más conveniente entregar la ciudad al soberano y emprender negociaciones acerca de este particular con Butumites. Este trató en los términos esperados y les mostró el crisóbulo que previamente le había entregado en mano el emperador. En consecuencia, permitieron el acceso a Butumites, después de haber escuchado la lectura del crisóbulo con el que el emperador les prometía no solo la inmunidad, sino incluso una generosa donación de riquezas y dignidades a la hermana y a la mujer del sultán, que, según se decía, era hija de Tzacás y, en suma, a todos los bárbaros de Nicea dispuestos a confiar en las promesas del soberano. Este, sin dilación, comunicó por carta a Taticio la siguiente noticia: «Ya tenemos en nuestras manos la presa. Hay que disponerse para el asalto y facilitarle esta misma acción a los celtas, pero no confiarles nada más que el combate en torno a las murallas, cercarlas como se debe, e intentar el ataque cuando salga el sol».

6. Esto era una treta para que los celtas creyeran que esa ciudad había sido tomada en combate por Butumites e ignoraran la maniobra practicada por el soberano para su entrega. El emperador deseaba que las actividades de Butumites quedaran en secreto para los celtas. Al día siguiente, se profirió el grito de guerra desde ambos frentes de la ciudad. De un lado, los celtas se emplearon en el asalto por tierra con bastante arrojo y de otro, Butumites tras ascender a las almenas y plantar los cetros y los estandartes en la muralla, aclamó con trompas y trompetas al soberano. De esta manera entró todo el ejército romano en Nicea.

7. Butumites conocía el abundante número de los celtas y temía que ellos, por lo inseguro de su carácter y lo irresistible de su ímpetu, se apoderasen de la plaza después de su entrada. Veía también que los sátrapas de la ciudad se bastaban contra las fuerzas de las que él disponía y solo con quererlo eran capaces de encadenarlas y degollarlas. Por ello, se hizo cargo al punto de las llaves de la puerta. En aquel momento existía una sola puerta de entrada y salida, ya que las demás habían sido cerradas por miedo a los celtas que por

allí estaban. Así pues, ya en su poder las llaves de aquella puerta, consideró preciso reducir a los sátrapas con un ardid para poder someterlos fácilmente de manera que no tramaran nada contra él. Mandó buscarlos y les aconsejó que acudieran a presencia del soberano si deseaban recibir abundantes riquezas de él, ser dignados con los mayores honores y que se les dispensaran presentes anuales. Convenció a los turcos y, abriendo de noche la puerta, los fue despachando por el cercano lago en pequeños grupos a Rodomero y al semibárbaro Monastrás, que permanecían en la fortaleza denominada de San Jorge, y a quienes les había ordenado que los remitiesen sin dilación al soberano nada más desembarcar de las naves, y que no los retuviesen ni un instante para que no conspiraran contra ellos al unirse con los turcos que eran enviados después de ellos.

8. En efecto, el augurio fue correcto, y la conjetura, basada en la gran experiencia de aquel hombre, incontrovertible. Mientras estuvieron despachando al soberano con diligencia a quienes iban viniendo, conservaron la seguridad y ningún peligro los acechó, pero cuando se relajaron, se cernió sobre ellos el peligro que suponían los bárbaros retenidos. Efectivamente, cuando se vieron en tan gran número, planearon llevar a cabo una de estas dos alternativas, o caer sobre esos durante la noche y matarlos, o conducirlos encadenados al sultán. Puesto que todos quedaron de acuerdo en esta última propuesta, los atacaron de noche y conduciéndolos encadenados según la previa decisión, partieron de allí. Luego, una vez llegados al cerro de Azala, lugar que dista (...) estadios de las murallas de Nicea, allí, como era de esperar, desmontaron de los caballos y los dejaron descansar.

9. Monastrás era medio bárbaro y conocía el idioma turco, e incluso Rodomero, que había sido hacía tiempo capturado por los turcos y había permanecido mucho tiempo con ellos, tampoco era desconocedor de dicho idioma. Ambos continuamente los agitaban con persuasivos términos diciéndoles: «¿Para qué nos preparáis una copa mortal, si ni siquiera os sacaréis un mínimo provecho de ello? Mientras todos los demás disfrutan de grandes presentes distribuidos por el soberano y se les inscribe para que dispongan de rentas

anuales, vosotros os priváis de todos esos beneficios. No os hagáis tales planes respecto a vosotros mismos y no corráis un riesgo evidente, cuando podéis salvaros sin peligros, retornar a vuestros hogares repletos de riquezas y, quizás, ser dueños de tierras. Quizás, también, cuando os encontréis con los romanos emboscados ahí», dijeron señalando con sus manos los torrentes y los lugares pantanosos, «perezcáis y perdáis inútilmente vuestras vidas, porque os acechan no solo gran cantidad de celtas y bárbaros, sino también un innumerable contingente de romanos. Así pues, si nos obedecéis, dadles la vuelta a las riendas y marchemos unidos junto al soberano. Y os juramos por Dios que gozaréis de sus infinitos presentes y luego tendréis pasō franco, como personas libres, en la dirección que deseéis».

10. Los turcos obedecieron sus palabras y tras dar y recibir mutuas garantías de honor, emprendieron el camino al encuentro del soberano. A su llegada a Pelecano, nada más verlos el emperador, después de dirigirles a todos una alegre mirada, aunque en su interior estuviera muy indignado con Rodomero y Monastrás, los despidió en aquel instante para que descansaran. Al día siguiente, todos los turcos que estuvieron dispuestos a rendirle vasallaje gozaron de infinitos beneficios. En cuanto a los que aspiraban a volver a sus propios hogares, también a ellos, una vez hubieron recibido no pocos presentes, les fue concedido permiso para cumplir sus deseos. Posteriormente, les reprochó a Rodomero y a Monastrás su mucha negligencia, pero al ver que estos, avergonzados, ni siquiera tenían el valor de mirarlo a la cara, cambió el tono y se apresuró a animarlos con otros términos. Estos fueron los acontecimientos relativos a Rodomero y Monastrás. Una vez nombrado entonces Butumites por el soberano duque de Nicea, los celtas le solicitaron el acceso para ver y venerar sus sagrados templos. Pero aquel, que, como se dijo, conocía claramente su temperamento, no permitía la entrada a todos juntos, sino que la concedía a los celtas abriéndoles las puertas por grupos de diez.

III. El paso por Anatolia

1. El soberano, que aún residía en Pelecano y deseaba que todos los condes que aún no habían prestado juramento lo hicieran entonces, encargó por carta a Butumites que aconsejara públicamente a todos los condes no emprender el camino de Antioquía sin haber jurado ante el emperador, pues así quizás se diera la circunstancia de que volvieran a obtener espléndidos regalos. Entre todos fue el primero Bohemundo, quien, al oír hablar de riquezas y regalos, obedeció las palabras de Butumites y aconsejó a todos que retornaran junto al emperador, tal era su irresistible pasión por acaparar. Cuando llegaron a Pelecano, el soberano los recibió magníficamente, haciéndolos objeto de gran solicitud. Luego, los congregó y les dijo: «Conocéis el juramento que todos me hicisteis. Si no queréis transgredirlo de ahora en adelante, aconsejad a cuantos sabéis que no han jurado que hagan el mismo juramento». Ellos al punto mandaron buscar a quienes no habían jurado y, en efecto, acudieron todos y pronunciaron el juramento.

2. Pero Tancredo,[9] el sobrino de Bohemundo, que era hombre de carácter independiente, insistía en deber fidelidad solo a Bohemundo y en querer guardarla hasta la muerte. Ante las increpaciones de sus compañeros y de los propios parientes del emperador, por los que se hacía de rogar, se fijó en la tienda donde el emperador presidía los actos (pues era de unas dimensiones como nadie viera nunca) y dijo: «Si me la dieras repleta de riquezas y de todo cuanto has dado a los demás condes, también yo pronunciaría el juramento». Paleólogo, que por su celo hacia la persona del emperador no soportaba las palabras de Tancredo, aunque estuviera fingiendo, intentó expulsarlo con desprecio. El otro, que era muy altivo, se echó contra él. Al ver esto, el emperador se levantó del trono y se situó en medio. También Bohemundo contuvo el ímpetu de Tancredo diciéndole: «No conviene dar muestras de insolencia a los parientes del emperador». Lue-

9. Tancredo de Hauteville, príncipe de Galilea y de Antioquía. Vivió entre 1075 y 1112. Roberto Guiscardo era su abuelo materno. Era sobrino de Bohemundo, ya que su madre, Emma de Hauteville, era hermana de este.

go, Tancredo, avergonzado por su comportamiento impertinente con Paleólogo y, obedeciendo por otra parte los consejos de Bohemundo y de los demás, juró también.

3. Una vez todos hubieron jurado ante el emperador, les cedió a Taticio, que ostentaba entonces el cargo de gran primicerio, junto con las fuerzas bajo su mando, en parte para que en todo momento colaborara con su apoyo y los precaviera de los peligros, y en parte también para que se hiciera cargo de las ciudades tomadas por aquellos, si Dios así lo establecía. Por tanto, tras hacer de nuevo la travesía al día siguiente, todos los celtas emprendieron el camino que conduce a Antioquía. Luego, como el emperador conjeturara que no todos irían necesariamente acompañando a los condes en su ruta, instruyó a Butumites para que cuantos celtas abandonaran su propio ejército fueran admitidos a sueldo para la defensa de Nicea.

4. Después de que Taticio con el ejército bajo sus órdenes, todos los condes y las incontables tropas celtas a su mando hubieron alcanzado Leucas[10] en dos días, confió la vanguardia a Bohemundo por petición propia, y ellos marchaban detrás en formación y a paso lento. Los turcos, a causa del paso más vivo que llevaba, lo vieron por la llanura de Dorileo[11] y creyeron haberse topado con el grueso del ejército celta. Al momento trabaron combate con él subestimándolo. El engreído latino que había osado sentarse en el trono imperial, ocupaba la vanguardia de la formación de Bohemundo y olvidando el consejo del emperador, se adelantó estúpidamente a los demás. Como consecuencia, murieron entonces cuarenta de sus hombres, y él, herido gravemente, dio la espalda a sus enemigos y se metió a resguardo en su formación mientras con sus actos, que no con sus palabras, divulgaba qué sagaz era el emperador.

5. Bohemundo, al ver que los turcos estaban combatiendo decididamente, mandó buscar con un emisario a las fuerzas celtas. Llegaron raudas y entonces se libró un combate duro y sangriento. La victoria la obtuvo el ejército romano y celta. Mientras los batallones se alejaban de allí en formación cerrada, se dieron de frente

10. En Bitinia, al este de Nicea.

11. Hoy Eski-şehir, en Frigia.

en Hebraice[12] con estos el sultán Tanismán[13] y Asán, quien solo él comandaba ochenta mil guerreros. Se entabló, pues, una violenta batalla por la abundancia de tropas y de fuerzas y porque ningún bando daba la espalda a la parte adversaria, puesto que los turcos luchaban contra sus enemigos con mucho arrojo. Al comprobarlo Bohemundo, que estaba al mando del ala derecha, se destacó del resto del ejército y se precipitó audazmente, como un león seguro de su propia fuerza, según dice el poeta,[14] contra el mismo sultán Clitziastlán. Este hecho atemorizó a los turcos y les hizo presentar la espalda a los celtas.

6. Estos, que tenían presentes las recomendaciones del emperador, no los persiguieron mucho rato, antes bien, llegaron al atrincheramiento de los turcos y reposaron allí un poco. Volvieron a alcanzar a los turcos en Augustópolis y los pusieron en fuga por completo con su ataque. Aquella fue la ruina del bárbaro. Los supervivientes, persuadidos de que no serían capaces de oponerse en adelante a los latinos y de que hallarían la salvación en la fuga, se dispersaron por doquier siguiendo cada uno distinto camino y dejaron abandonados a mujeres y niños.

IV. Sitio de Antioquía

1. ¿Qué ocurrió a partir de ahí? Llegaron los latinos con el ejército romano a través del conocido como camino rápido[15] sin prestarle atención al entorno. Tras hacer el atrincheramiento cerca de las murallas, instalaron la impedimenta y asediaron la ciudad durante tres ciclos lunares. Los turcos, temerosos del destino que les sobrevenía,

12. Heraclea.

13. El emir Ghâzi-ibn-Danishmend, muerto en 1104. Pertenecía a la dinastía de los Danishmends. A partir de la batalla de Mantzikert, en 1071, su dinastía controló el norte y el centro de Anatolia. Después de la toma de Nicea, se había reconciliado con el sultán Qilidj Arslán en contra de los cruzados.

14. *Il.*, V 299.

15. El valle del Orontes.

informaron al sultán de Corosán y le pidieron que enviase suficientes fuerzas para auxiliar a los antioquenos y expulsar a los latinos que asediaban desde el exterior.

2. Casualmente, un armenio[16] observaba desde lo alto de una torre el sector de la muralla asignado a Bohemundo. A ese, que se asomaba con frecuencia, Bohemundo lo ablandó con abundantes promesas y lo convenció de que le entregase la ciudad. El armenio le dijo: «Cuando tú quieras y me hagas una señal desde fuera, al instante te entregaré este torreón. Solo tenéis que permanecer alerta tanto tú como todas las tropas a tu mando con las escalas también dispuestas. Pero no solo debes estar tú preparado, sino incluso todo el ejército debe tener puestas las corazas para que, en cuanto vean los turcos que habéis subido y que estáis lanzando el grito de guerra, se den a la fuga asustados».

3. Bohemundo mantuvo en secreto entonces sus planes. Cuando ya estaba ultimado ese plan, llegó alguien afirmando que una inmensa muchedumbre de agarenos estaba al llegar conducida contra ellos por un general de Corosán llamado Curpagán.[17] Al enterarse de esta noticia Bohemundo y como no deseaba entregar Antioquía a Taticio de acuerdo con los juramentos prestados anteriormente al emperador, sino que la pretendía para sí, urdió un pérfido plan por el que preparó la partida de aquel en contra de su voluntad. Acudió a su lado, por tanto, y le dijo: «Deseo revelarte un secreto, ya que miro por tu seguridad. Un rumor que ha llegado a oídos de los condes ha turbado sus almas. El emperador ha convencido al sultán para que envíe contra nosotros a los soldados que acuden desde Corosán. Como consideraron fiable esta noticia están tramando algo contra tu vida. Yo he cumplido mi parte y te he prevenido del inminente peligro. En adelante, es tu responsabilidad cuidar de tu propia salvación y la de las tropas a tu mando». Taticio, tomando en consideración la terrible hambruna (en efecto, una cabeza de buey

16. Su nombre era Firuz, se había convertido al islam y había jurado fidelidad a Yaghi-Siyán, gobernador turco de Antioquía

17. Kerbogha, atabeg de Mosul. Atabeg, atabek, o atabey es un título de nobleza hereditario, de origen medio iranio y medio turco. Se trata del gobernador de una región o provincia, subordinado al monarca.

Representación del sitio de Antioquía.
Grabado de Gustave Doré.

se vendía por tres estáteras de oro), renunció entonces a la toma de Antioquía, partió de allí y, tras embarcar en la escuadra romana atracada en el puerto de Sudi,[18] arribó a Chipre.

4. Una vez se hubo retirado este, Bohemundo, con las palabras del armenio aún secretas y alimentando una halagüeña expectativa porque se veía dueño de Antioquía, dijo a los condes: «Contemplad cómo después de tanto tiempo de sufrimientos no solo no conseguimos ningún éxito, sino cómo incluso estamos a punto de caer víctimas del hambre a no ser que elaboremos un plan mejor para nuestra supervivencia». Algunos le preguntaron cuáles eran los planes. Él

18. El puerto de San Simeón, de Antioquía, en la desembocadura del Orontes.

dijo: «No todas las victorias las concede Dios a los caudillos mediante las armas, ni siempre se logran los éxitos con la batalla. Es más, aquello que las penalidades de la guerra no han facilitado, muchas veces lo regalan las palabras. Los rodeos empleando la amistad y el disimulo erigen muchos trofeos. No debemos consumir el tiempo en vano, sino apresurarnos más antes de que llegue Curpagán, y llevar a cabo alguna acción inteligente y valerosa para nuestra salvación. Que cada uno de nosotros se gane rápidamente al bárbaro que defiende su propio sector. Y si así lo queréis, que se establezca una recompensa para el que logre primero ese objetivo, el gobierno de la ciudad hasta que llegue el encargado del soberano que vaya a recibirla de nosotros. Así, tal vez, podamos obtener un provechoso triunfo».

5. El hábil Bohemundo, que amaba el poder y que había proyectado, dicho y explicado esto no tanto en beneficio de los latinos en su conjunto, cuanto en beneficio de su propio prestigio, no erró en su objetivo, ni en sus palabras y ni en su engaño, como nuestra historia expondrá en su desarrollo. Tras asentir a estas propuestas, todos los condes se pusieron manos a la obra. Al amanecer Bohemundo partió hacia la torre.[19] El armenio, a su vez, abrió las puertas según lo acordado. Bohemundo ascendió al punto en unión de quienes lo acompañaban con mayor velocidad de la esperada. Los del interior y el exterior lo contemplaron plantado en las almenas de la torre y mandando que la trompeta diera el toque de combate. Entonces, se pudo ver un acontecimiento insólito. Los turcos, totalmente atemorizados, huyeron sin dilación por la puerta opuesta y solo unos pocos y valientes hombres resistieron para la defensa de la ciudadela. Los celtas ascendieron desde el exterior tras los pasos de Bohemundo por las escalas y se apoderaron enseguida de la ciudad de Antíoco. Tancredo tomó consigo a bastantes celtas y emprendió la persecución en pos de los turcos fugitivos. Muchos cayeron muertos y otros tantos, heridos.

6. Curpagán, que había llegado con muchos miles de hombres en auxilio de la ciudad de Antíoco, al encontrársela ya tomada, fijó el

19. Conocida como la torre de las Dos Hermanas.

campamento, mandó hacer trincheras, colocó en él la impedimenta y decidió asediar la ciudad. No había aún puesto manos a la obra cuando llegaron hasta él unos celtas que habían hecho una salida. Se libró entonces entre ellos un gran combate. Los turcos obtuvieron la victoria y los latinos se encerraron puertas adentro con dos frentes de batalla, los que defendían la ciudadela (pues aún la retenían los bárbaros) y los turcos que estaban asentados fuera. Bohemundo, que era un hombre hábil y quería adueñarse del gobierno de Antioquía, dándoles aparentemente un consejo, dijo de nuevo a los condes: «No deben los mismos luchar a la vez en ambos frentes, el interior y el exterior, sino dividirse en dos secciones desiguales, proporcionalmente al número de los enemigos que se oponen a nosotros por cada frente, y plantear así la batalla contra ellos. Me permitiréis, en consecuencia, que combata con los que guardan la acrópolis, si vosotros estáis conformes con ello. A los demás les corresponderá pelear con energía contra los del exterior».

7. Estuvieron todos de acuerdo con la opinión de Bohemundo. Él se puso inmediatamente manos a la obra y erigió pronto frente a la acrópolis un muro transversal que la aislaba por entero de Antioquía, como una muy poderosa fortificación para el caso de que la guerra se prolongase. Y en efecto, después se plantó como un guardián incansable de dicho muro, mientras sin cesar luchaba valerosamente contra los del interior cuando la ocasión se lo permitía. Los demás condes mostraban mucho interés por el sector encomendado a cada uno, defendiendo la ciudad sin descanso e inspeccionando las almenas y los lienzos de las murallas, no fuera que los bárbaros ascendieran de noche desde el exterior y se apoderasen de la ciudad, o que alguien del interior se presentara a escondidas en lo alto de la muralla y mediante tratos con los bárbaros entregase la ciudad a traición.

V. Éxitos de los bizantinos en Asia

1. Estos fueron los acontecimientos que sucedieron en Antioquía. El soberano, por su parte, tenía mucho interés por acudir

personalmente en auxilio de los celtas, pero se lo impedían, aunque ansiaba hacerlo, el pillaje y la total destrucción de las regiones y ciudades costeras. Tzacás ocupaba Esmirna como una propiedad particular, y el conocido como Tangripermes ocupaba la ciudad de Éfeso que se hallaba cerca del mar, donde antaño se fundara un templo bajo la advocación del apóstol teólogo Juan. Cada sátrapa ocupaba una plaza fuerte distinta, y habían hecho a los cristianos esclavos en su indiscriminado pillaje. Ocuparon incluso las islas de Quíos, Rodas y todas las demás, y aparejaron allí naves piratas. Precisamente por ello, el emperador creyó preciso tomar medidas concernientes a la situación en el mar y a Tzacás, reservar una importante flota y bastantes fuerzas en tierra. Luego, gracias a estos contingentes repeler el empuje de los bárbaros y enfrentarse a ellos, y así, después, emprender el camino en dirección a Antioquía con el resto del ejército combatiendo entre tanto a los bárbaros en la medida de sus posibilidades.

2. Mandó buscar, por tanto, a su cuñado Juan Ducas y le entregó tropas reclutadas en diferentes regiones y una flota suficiente para el asedio de las ciudades costeras. Le entregó también a la hija misma de Tzacás, que había sido capturada junto con los que eventualmente ocupaban Nicea, encomendándole que divulgara por doquier la toma de Nicea y que si no lo creían, mostrase a la hija misma de Tzacás a los sátrapas turcos y a los bárbaros que ocupaban la costa para que quienes ostentaban el poder de las ya citadas ciudades, al verla y asegurarse de la toma de Nicea, renunciaran sin combatir y entregasen las ciudades. Una vez lo hubo aprovisionado con todo tipo de suministros en cantidad suficiente, despachó a Juan. Este libro, conforme vaya exponiendo su asunto, irá revelando cuántos triunfos obtuvo este en contra de Tzacás y cómo lo expulsó de allí.

3. Así pues, el duque y tío mío, tras despedirse del emperador partió de la capital y a su paso por Abido, hizo llamar al conocido como Cáspax y le transfirió el mando de la flota y el total gobierno sobre la navegación, prometiendo que si luchaba decorosamente en la toma de Esmirna, lo nombraría gobernador de la misma Esmirna y de toda la zona circundante. Lo despachó, pues, como talasocrátor de la flota por mar, según se ha dicho. Él quedó de comandante en

tierra. Cuando los habitantes de Esmirna vieron que Cáspax con la flota y Ducas por tierra se aproximaban simultáneamente a Esmirna, que Ducas fijaba su campamento cerca de la muralla y que Cáspax había atracado en el puerto, habida cuenta de que conocían ya la toma de Nicea, bajo ningún concepto quisieron enfrentarse a ellos y prefirieron recurrir a negociaciones y a un tratado de paz donde constara la promesa de que, si Juan Ducas consentía mediante juramento en que podrían retirarse indemnes de todo mal a sus casas, ellos se replegarían y le entregarían Esmirna sin derramamiento de sangre y sin resistencia. Ducas asumió las condiciones de Tzacás, prometiendo cumplir todos los compromisos según lo pactado. Una vez los hubieron expulsado de allí pacíficamente, cedió a Cáspax toda autoridad sobre Esmirna. Pero sucedió la siguiente desgracia.

4. Cuando Cáspax regresaba de haber estado con Juan Ducas, se le aproximó un esmirneo que acusaba a un sarraceno de haberle robado quinientas estáteras de oro. Él ordenó que estos fueran conducidos a juicio; pero al ser arrestado, el sirio, que creía que era llevado para ser ejecutado, desesperando de su propia salvación, sacó un cuchillo y lo hundió en las entrañas de Cáspax. Al darse la vuelta, también hirió a su hermano en la pierna. Debido a la enorme confusión provocada por este crimen, el sarraceno escapó, pero todos los hombres de la flota junto con los propios remeros entraron atropelladamente en la ciudad y los mataron a todos despiadadamente. Quedó a la vista entonces un espectáculo digno de lástima, alrededor de diez mil personas fueron aniquiladas en un aciago instante. Juan Ducas, muy dolido por la muerte de Cáspax, volvió a ocuparse por entero de la plaza durante bastante tiempo. En sus salidas e inspecciones de las murallas, se aseguró del parecer de los habitantes a través de quienes lo conocían. Como se precisaba un hombre valiente y como sabía que Hialeas[20] era el más valiente de todos, lo nombró duque de Esmirna, pues era un hombre aguerrido.

5. Tras abandonar toda la escuadra para la defensa de Esmirna, tomó él sus fuerzas y se encaminó hacia Éfeso, que estaba ocupada por

20. Nicéforo Exazeno Hialeas. Tendrá más adelante protagonismo en *La Alexíada*.

los sátrapas Tangripermes y Maraces.[21] Cuando los bárbaros vieron que aquel se lanzaba contra ellos, se armaron, emplazaron sus falanges y formaron en orden de combate sobre la llanura que se extiende fuera de la muralla de la ciudad. El duque sin perder un instante se arrojó contra ellos en correcto orden militar. El combate duró la mayor parte del día. En medio de la batalla, cuando el resultado era incierto, los turcos volvieron la espalda y huyeron a la desbandada. Muchos murieron entonces. No cayeron prisioneros solo miembros de la soldadesca, sino incluso la mayoría de los sátrapas, de modo que el número de los cautivos ascendió a cerca de dos mil. Cuando tuvo noticias de este hecho, el emperador ordenó que estos fueran dispersados por las islās. Los turcos que sobrevivieron atravesaron por el río Meandro en dirección a Poliboto.[22] Habían actuado despectivamente con Ducas creyendo que estaba acabado, pero no fue así. Tras dejar a Petzeas[23] como duque de esa ciudad, tomó él consigo a todo su ejército y avanzó inmediatamente en su persecución, no en tropel, sino con una adecuada formación y del modo como según la recomendación del soberano un general muy experto debe atacar a sus enemigos.

6. Los turcos, como se ha dicho, en su ruta por el Meandro y las ciudades que lo bordean llegaron a Poliboto. El duque no emprendió al instante su persecución, sino que marchó por el camino más corto, ocupó Sardes y Filadelfia al primer asalto y confió la defensa de estas ciudades a Miguel Cecaumeno. Cuando llegaron a Laodicea, todos sus habitantes se pasaron enseguida a su bando. Actuó con ellos como gente que de forma voluntaria se pasa a su lado y, confiando en ellos, les permitió que administrasen libremente sus propiedades sin imponerles tampoco un jefe. Desde allí, atravesan-

21. El emir Marak. Sin más datos.

22. Hoy Bulwadin. En Frigia, al sur de Amorio.

23. Duque de Éfeso hasta un momento entre 1105 y 1106. A partir de esa fecha, fue nombrado duque de Laodicea en sustitución de Cantacuzeno, llamado por el emperador Alejo a Europa para enfrentarse a la inminente invasión de Bohemundo.

do por Coma, llegó a Lampe[24] y la dejó bajo el mando de Eustacio Camitzes en calidad de general. Una vez llegado a Poliboto, alcanzó al numeroso contingente de turcos. Cayó sobre ellos, cuando acababan de colocar su impedimenta, trabó combate al momento y venció totalmente. Mató a muchos y recogió un botín de una abundancia proporcionada a la multitud.

VI. Reconquista de Antioquía. Conquista de Jerusalén

1. Aún no había regresado este, sino que combatía contra los turcos, cuando el emperador estuvo preparado para acudir en auxilio de los celtas de Antioquía. Tras su llegada a Filomelio[25] en unión de todas sus fuerzas, después de haber matado durante el camino a gran cantidad de bárbaros y haber saqueado también muchas ciudades ocupadas antes por estos, se presentaron procedentes de Antioquía, Guillermo Grandemane, Esteban, conde de Francia,[26] y Pedro Alifa, quienes, tras ser descolgados por las almenas de Antioquía y haber atravesado por Tarso, aseguraron que la situación de los celtas había llegado a un punto crítico y juraron que la desolación era total.

2. Por ello, el emperador pensaba en acelerar más su ayuda, si bien todos intentaban disuadirlo de semejante empeño ya que se anunciaba por doquier el ataque contra él de un inmenso contingente de bárbaros a punto de llegar a su posición. En efecto, el sultán de Corosán, al conocer la partida del soberano en ayuda de los celtas, había enviado contra él a su propio hijo de nombre Ismael, una vez hubo reclutado infinitas huestes en Corosán y en lugares más lejanos, y armado a todos fuertemente. La orden era alcanzar pronto

24. En Frigia.

25. Hoy, Akşehir. En la antigua Frigia, al sur de Amorio.

26. Guillermo de Grandmesnil (1055/60-1114), barón normando de Calabria emparentado con la casa de Hauteville, ya que en junio de 1098 se casó con Mabilla, hija de Roberto Guiscardo y hermana de Bohemundo. Esteban, conde de Blois, murió el 19 de mayo de1102 en la batalla de Ramla.

al soberano antes de que llegara a Antioquía. Con todo, las informaciones facilitadas por los francos que se habían presentado y por los que acudieron con la noticia de la llegada de Ismael en contra de él detuvieron la ofensiva que el soberano proyectaba para salvar a los celtas y liquidar pronto a los turcos, que estaban enfurecidos contra él, y a su propio jefe Curpagán. Mientras, hacía los lógicos cálculos sobre el futuro en la idea de que era algo imposible salvar la ciudad recién tomada por los celtas, todavía sumida en una total confusión y asediada asimismo desde el exterior, puesto que los celtas, perdidas las esperanzas de salvación, pensaban cederlas abandonadas murallas a los enemigos y salvarse de la aniquilación con la fuga.

3. Es la raza de los celtas, junto con otras características, independiente e intratable. Nunca emplea la formación militar correcta ni su técnica, antes al contrario, cuando se le presenta la ocasión de batallar y combatir, tanto los soldados rasos, como los propios caudillos obran irrefrenablemente en medio de los aullidos de su cólera, de manera que solo con que el adversario se muestre levemente débil, caen sin que pueda haber resistencia en medio de las falanges de los enemigos. Pero si los adversarios tienden frecuentes emboscadas gracias a su experiencia militar y se les enfrentan según las normas del arte de la estrategia, todo su coraje se queda en nada. En resumen, pues, es imposible resistir a los celtas en la primera carga, pero después de esta quedan a merced de cualquiera por la pesadez de sus armas y lo impetuoso e irracional de sus decisiones.

4. Por eso, porque no tenía ni suficientes fuerzas contra tamaña multitud y porque no podía cambiar el temperamento de los celtas, ni conducirlos al terreno de su conveniencia con un consejo adecuado, consideraba que no debía continuar su avance, no fuera que por apresurarse en auxilio de Antioquía perdiera Constantinopla. Ante el temor de que por la venida de infinitas tropas turcas los moradores de la región de Filomelio acabaran siendo víctimas de la espada bárbara, se le ocurrió la idea de difundir por doquier la noticia del ataque de los agarenos. También se difundió al punto la proclama de que todo hombre y mujer se anticipara con su partida a la llegada de esos, preservando así sus propias personas y cuantas riquezas pudieran transportar.

5. Todos prefirieron unirse inmediatamente al emperador, tanto los hombres como las mujeres mismas (...). Tales medidas había dispuesto el emperador sobre los cautivos. Después de haber separado una parte del ejército y haberla dividido a su vez en otras muchas partes, las envió por diferentes caminos en contra de los agarenos para que, si encontrasen turcos que realizaran incursiones, trabaran combate con ellos y luchando con coraje contuvieran su ataque contra el soberano. Él retornaba a la capital con todo el ejército de los bárbaros cautivos y de los cristianos venidos a su lado.

6. El archisátrapa Ismael, por su parte, al haberse enterado de que el soberano, tras su partida de Constantinopla había hecho abundantes matanzas, reducido totalmente a ruinas muchas aldeas a su paso, recogido mucho botín y cautivos, y de que retornaba a la capital sin haberle dejado ninguna posibilidad de represalia, renunció a la caza y se sumía en la impotencia. Se volvió en otra dirección y decidió asediar Paipert,[27] localidad que ocupaba, tras haberla tomado recientemente, el famoso Teodoro Gabras. Cuando hubo llegado al río que corría cerca de esta, situó allí mismo todo su ejército. Enterado Gabras de este hecho, planeó caer sobre aquel durante la noche. Pero resérvese nuestra historia para otro lugar el final de la peripecia de Gabras, su origen y temperamento y continúe ahora con el asunto que nos ocupa.

7. Los latinos, por su parte, terriblemente apurados por el hambre y el prolongado asedio, acudieron a su obispo Pedro, el que había sido una vez derrotado en Helenópolis, como nuestra historia ha mostrado previamente, y le pidieron consejo. Él les dijo: «Aunque prometisteis que os conservaríais puros hasta vuestra entrada en Jerusalén, creo que habéis roto la promesa. Por esto, Dios no os está ayudando como antes. Debéis, pues, convertiros al Señor y llorar por vuestros pecados, demostrando con cilicios, cenizas, fervorosas lágrimas y oraciones nocturnas vuestro arrepentimiento. En ese caso, también yo dedicaré mi tiempo a apaciguar a Dios en beneficio vuestro». Obedecieron a las exhortaciones del obispo. Tras algunos días, movido por una voz divina, el obispo

27. Hoy, Bayburt, al nordeste de Turquía.

mandó buscar a los principales condes y les indicó que excavasen a la derecha del altar[28] y que allí encontrarían el Santo Clavo.[29] Una vez cumplida la orden, como no daban con ella, se volvieron desanimados y revelaron su fracaso. Pero aquel, tras una oración más intensa, mandó que se hiciera un nuevo intento con mayor empeño. Ellos volvieron a cumplir lo ordenado y, cuando hallaron el objeto que se buscaba, corrieron a referírselo a Pedro, sobrecogidos por la alegría y el temor de Dios.

8. A partir de entonces, durante las batallas, confiaron el venerable y divino Clavo a Isangeles, por ser el más puro de todos. Al día siguiente se precipitaron contra los turcos por una puerta insospechada. En ese momento, el llamado conde de Flandes hizo a los restantes una única petición. Que le fuera concedido solamente a él cargar el primero de todos en unión de tres hombres contra los turcos. Se le otorgó lo solicitado, y cuando las falanges se hubieron situado compactas en cada ala y el encuentro estaba a punto de producirse, desmontó él del caballo, echó pie a tierra y suplicó por tres veces a Dios pidiendo ayuda de lo alto. Al grito general de «¡Dios está con nosotros!» se precipitó a rienda suelta contra el propio Curpagán, que se había situado sobre una colina. A quienes se encontraban de frente les arrojaron sus lanzas y los derribaron por tierra. Atemorizados, los turcos se dieron a la fuga antes de trabar combate gracias al total apoyo que el cielo dispensaba a los cristianos. A causa de su atropellada huida, la mayoría de los bárbaros se ahogaron apresados en los remolinos de las corrientes fluviales, de modo que los cuerpos de los ahogados sirvieron como puente a quienes los seguían.

9. Tras una prolongada persecución de los fugitivos, se volvieron hacia el atrincheramiento turco. Encontraron allí la impedimenta de

28. De la catedral de San Pedro de Antioquía.

29. Las fuentes latinas hablan expresamente de la punta de la lanza que hirió el costado de Jesucristo, pero, de nuevo, Ana Comnena nos habla, como en VIII IX.6 (nota 24), del «Santo Clavo». Desde el siglo VII, en Constantinopla se conservaba como reliquia una punta de lanza que se consideraba la auténtica y que estaba depositada en la iglesia de Santa Irene, próxima a Santa Sofía. Por otro lado, Ana Comnena comete varios errores. En primer lugar, confunde a Pedro el Ermitaño con Ademaro, obispo de Puy. En segundo lugar, el inspirador del descubrimiento de la reliquia fue un monje llamado Pedro Bartolomé.

los bárbaros y todo el botín que transportaban y sintieron el deseo de llevárselo sin tardanza. A causa de lo abundante que era, al cabo de treinta días de duros esfuerzos consiguieron introducirlo en Antioquía. Durante su permanencia en aquel sitio, dedicada por igual al reposo de las penalidades militares y a la defensa de Antioquía, buscaban al que debía gobernar esta ciudad. Fue Bohemundo, tal como lo había solicitado previamente antes de que la ciudad fuera tomada, y tras cederle la autoridad total sobre Antioquía, tomaron el camino hacia Jerusalén. A su paso iban ocupando muchas de las poblaciones costeras. Cuantas presentaban fortificaciones bastante poderosas y precisaban un más largo asedio, las dejaban de lado por el momento y se apresuraban en dirección a Jerusalén. Tras cercar sus murallas y asediarla con continuos ataques durante un ciclo lunar, la ocuparon después de una enorme matanza de los sarracenos y hebreos que la habitaban. Cuando todo estuvo sometido a su poder, ante la ausencia de oponente, ofrecieron su gobierno a Godofredo y lo nombraron rey.

VII. Reacción de los musulmanes

1. El regente de Babilonia, Amerimnes,[30] fue informado la invasión de los celtas, de cómo había sido tomada por ellos Jerusalén, cómo habían sido ocupadas por los celtas la ciudad misma de Antioquía y otras muchas localidades vecinas. Reclutó entonces una abundante cantidad de soldados entre armenios, árabes, sarracenos y agarenos, y los envió contra ellos. Cuando Godofredo hubo dado esta noticia a los celtas, se vistieron sus armaduras para marchar en contra de ellos, descendieron a Jafa y aguardaron su ataque. Luego, desde allí llegaron a Ramel,[31] donde fuera martirizado el gran mártir Jorge, y

30. Al-Amir (1101-1130), el califa fatimita de Egipto. El nombre que da Ana Comnena lleva añadido el título árabe que se traduce como «Comendador de los creyentes». Por otro lado, es frecuente en la Edad Media denominar Babilonia a Egipto.

31. Ramla, en Palestina.

una vez tomado contacto con el ejército de Amerimnes, que venía contra ellos, trabaron batalla con este. Los celtas obtuvieron inmediatamente la victoria.

2. Pero al día siguiente, cuando la vanguardia enemiga los hubo atacado desde la parte posterior de la formación, los celtas fueron derrotados y se salvaron llegando hasta Ramel. Tan solo el conde Balduino estaba ausente, porque había preferido huir no como lo hace un cobarde, sino con la intención de adoptar mejores medidas para su propia salvación y para reclutar un ejército contra los babilonios. Los babilonios llegaron a Ramel, montaron un asedio en torno a ella y pronto la tomaron. Muchos latinos perecieron entonces y muchos más aún fueron conducidos como cautivos a Babilonia.[32] Mientras volvía de aquel sitio, el ejército entero de los babilonios se apresuró a asediar Jafa, pues esa es la estrategia de la raza bárbara. El arriba citado Balduino, por su parte, en su recorrido por todas las aldeas en poder de los francos, reunió no pocos caballeros e infantes, congregó un aguerrido ejército y, tras partir en contra de los babilonios, los derrotó completamente.

3. Cuando el emperador se hubo enterado de la derrota de los latinos en Ramel, se sintió muy afectado por el cautiverio de los condes. Como sabía que por su lozanía, su vigor físico y la fama de su linaje estaban a la altura de los héroes celebrados en la Antigüedad, no podía soportar además que estuvieran prisioneros en tierra extranjera. Por ello, mandó buscar a un tal Bardales, le entregó bastante dinero y lo despachó a Babilonia para que los rescatara. Le entregó también cartas para Amerimnes que trataban sobre los condes. Él, tras abrir la misiva del soberano, le devolvió los condes con amabilidad y sin percibir cantidad alguna, excepto Godofredo, pues a este lo había devuelto anteriormente a su hermano Balduino por un rescate en dinero. Cuando llegaron a la capital, el emperador recibió a los condes con honores, les entregó abundantes riquezas y, después de un adecuado descanso, los despidió y envió a casa. Godofredo, restablecido como rey de Jerusalén, despachó a su hermano Balduino a Edesa.

32. Entiéndase El Cairo.

4. En aquella ocasión fue cuando el soberano ordenó a Isangeles que cediera el mando de Laodicea a Andrónico Tzintziluces y las plazas de Maraceo y Balaneo a los subordinados del que entonces gobernaba Chipre, el duque Eumacio. Le ordenó asimismo que continuara su avance y combatiera con toda la energía posible para ocupar las demás plazas, acciones que, efectivamente, llevó a cabo obedeciendo las cartas del emperador. Así pues, una vez entregadas las plazas a los arriba indicados, partió hacia Antárado[33] y se apoderó de ella sin combatir. Al enterarse de eso Atapacas[34] de Damasco, una vez reunidas suficientes fuerzas, avanzó contra él. Puesto que Isangeles no poseía bastantes tropas para enfrentarse con tan numerosos soldados, concibió un plan no tanto valeroso como inteligente. Confiado en los lugareños, dijo: «Voy a ocultarme en algún lugar, ya que la plaza es enorme. Vosotros, cuando Atapacas llegue, no le confeséis la verdad, sino aseguradle que yo he huido atemorizado».

5. Una vez llegado Atapacas y tras preguntar por Isangeles, fijó su tienda cerca de la muralla agotado por el viaje y con la confianza de que había huido. Ante la abrumadora cortesía mostrada por los lugareños, los turcos, confiados y sin sospechar ninguna hostilidad, soltaron sus propios caballos por la planicie. Isangeles, cuando el sol del mediodía lanzaba sus rayos desde el cielo, tras armarse fuertemente, abrió de repente las puertas y se arrojó en medio del campamento de aquellos en unión de sus hombres (que se elevaban al número de cuatrocientos). Cuantos estaban habituados a luchar decididamente, tras plantarse erguidos, aceptaron el combate con ellos sin escatimar sus vidas. Los demás intentaban procurarse su propia salvación con la fuga. Pero la amplitud de la planicie y la ausencia de zona pantanosa o montañosa o de barrancos los entregó a todos en manos de los latinos. Ello provocó que todos acabaran como víctimas de sus espadas y pocos cayeran prisioneros. Después de haber derrotado así a los turcos gracias a esa estratagema, avanzó hacia Trípoli.

33. Isla junto a la costa siria.

34. No es el nombre del dirigente, sino su título, Atabeg. Este es Zahir ad-Din Toghtekin (1104-1128). Fundó la dinastía Burid en Damasco.

6. Ascendió y conquistó primero directamente la cima de la colina situada frente a Trípoli, que forma parte del sistema montañoso del Líbano, para tenerlo como baluarte y retener el agua que desciende del Líbano hacia Trípoli por la pendiente de esa colina. Entonces, informó al emperador de todo lo acontecido y le pidió que se construyera un baluarte bien fortificado antes de que llegaran de Corosán huestes más numerosas e iniciaran la guerra contra ellos. El emperador encomendó al duque de Chipre la construcción de dicha plaza fuerte tras darle instrucciones para que rápidamente expidiera con la flota todo el material preciso y a los obreros encargados de edificar dicho bastión en el emplazamiento que Isangeles les había indicado. Entonces sucedió lo siguiente.

7. Isangeles, que había acampado fuera de Trípoli, no se concedía tregua en el empeño de tomarla. Por su parte, cuando Bohemundo se hubo enterado de la llegada de Tzintziluces a Laodicea, sacó a la luz la enemistad que de tiempo atrás albergaba en su seno contra el soberano y envió contra Laodicea a su sobrino Tancredo en unión de nutridas huestes con la intención de someterla a asedio. Nada más llegar este rumor a oídos de Isangeles, inmediatamente, sin perder un instante, acudió a Laodicea y, empleando todo tipo de razones y argumentos, aconsejó a Tancredo que renunciara al asedio de la ciudad. Como a pesar de su prolongada conversación con él no conseguía convencerlo, sino más bien parecía a todas luces que le cantaba a un sordo, se volvió de allí y llegó de nuevo a Trípoli. Aquel de ninguna manera cejaba en su asedio. Tras comprobar Tzintziluces el empeño de Tancredo y el punto crítico al que estaba abocada su situación, solicitó auxilio de Chipre. Pero ante el retraso de los refuerzos desde allí y sumido en una situación angustiosa, prefirió entregar la plaza abrumado tanto por el asedio, como por el hambre.

VIII. Derrota de un contingente normando

1. Mientras así se iban desarrollando estos acontecimientos, como a la muerte de Godofredo se necesitaba que otro lo sucediera en el

puesto de rey, al instante los latinos de Jerusalén mandaron llamar de Trípoli a Isangeles con el deseo de convertirlo en rey de Jerusalén. Él estuvo dilatando durante un tiempo el momento de la partida. Una vez en la capital, al percatarse los habitantes de Jerusalén de que él iba dando largas, mandaron buscar a Balduino, que residía en Edesa, y lo proclamaron rey de Jerusalén. El emperador, que había acogido amistosamente a Isangeles, cuando se enteró de que Balduino había recibido el gobierno de Jerusalén, lo retuvo consigo coincidiendo con la aparición del ejército normando acaudillado por los dos hermanos conocidos como Biandrate.[35]

2. A pesar de sus continuos y numerosos consejos para que marchasen por el mismo camino que los ejércitos precedentes, para que llegasen por la costa a Jerusalén y se reuniesen así con el resto del ejército de los latinos, no logró convencerlos, ya que no era el deseo de aquellos juntarse con el ejército de los francos, sino marchar por la otra ruta del este y avanzar directamente sobre Corosán con intención de apoderarse de dicho reino. El emperador, que conocía lo inconveniente de esos planes y que no deseaba la destrucción de tan gran ejército (pues eran cincuenta mil jinetes y cien mil infantes), al no ver forma de convencerlos, tomando, como se suele decir, otro camino, mandó buscar a Isangeles y Tzitas y los envió con ellos, para que les dieran los consejos adecuados y refrenaran su insensato empeño dentro de lo posible. Así pues, una vez hubieron atravesado el estrecho de Ciboto, iban a marchas forzadas hacia el tema Armeníaco y, al llegar a Ancira,[36] se apoderaron de ella al primer asalto. Así, tras cruzar el Halis,[37] llegaron a una ciudad. Puesto que la habitaban confiados romanos, los sacerdotes se revistieron con las sagradas estolas y, transportando el Evangelio y las cruces, se acercaron a ellos como cristianos. Pero ellos no solo mataron inhumana y cruelmen-

35. En el texto griego se dice «Flantras» [Φλάντρας], denominación que en otros contextos se refiere a Flandes. En esta ocasión, sin embargo, se trata del conde Alberto, conde de Biandrate (en la provincia de Novara), jefe de los cruzados procedentes de Lombardía. No hay constancia de que fueran dos hermanos.

36. Hoy Ankara.

37. Hoy Kizil Irmak. Río de Anatolia.

te a los sacerdotes, sino también al resto de los cristianos y continuaron sin preocupación camino adelante en dirección a Amasea.[38]

3. Pero los turcos, que eran expertos guerreros, se fueron adelantando por todas las poblaciones, prendieron fuego al forraje en todas ellas y cuando llegaron, los atacaron impetuosamente. Era lunes el día en que los turcos los vencieron. Entonces, una vez hubieron acampado y fijado sus tiendas, instalaron la impedimenta. Al día siguiente, volvieron a combatir ambos ejércitos. Los turcos, que habían emplazado sus tiendas en torno a aquellos, no les daban terreno para el forrajeo ni les permitían que ganado y caballos salieran a abrevar. Al comprender los celtas por sí mismos que su destrucción sería total, al día siguiente, un miércoles, fuertemente armados, entablaron combate con los bárbaros sin escatimar sus vidas. Los turcos, que los tenían a su merced, no se les enfrentaron ya con lanzas ni arcos, sino que aferraron sus espadas, las sacaron de sus vainas, llevaron la batalla al cuerpo a cuerpo y enseguida pusieron en fuga a los normandos. Estos alcanzaron su campamento y buscaron un consejero.

4. Pero el más experto de los soberanos, el que les hiciera las mejores recomendaciones y que no había sido escuchado, no estaba presente. Así pues, se refugiaron en la opinión de Isangeles y de Tzitas. Al mismo tiempo, también se informaron sobre si existía cerca alguna región bajo dominio del soberano para buscarla. Tras dejar abandonada allí la impedimenta, las tiendas y toda la infantería, montaron en sus caballos y salieron corriendo a la mayor velocidad que podían hacia las zonas costeras del tema Armeníaco y de Paurae.[39] Los turcos mediante un asalto en masa sobre su campamento lo saquearon todo. Luego, emprendieron la persecución tras aquellos y masacraron a toda la infantería cuando le hubieron dado alcance. Tras capturar también a algunos, los condujeron como prueba a Corosán.

5. Esas fueron las hazañas de los turcos contra los normandos. Isangeles, por su parte, y Tzitas llegaron a la ciudad imperial con

38. Hoy Amasya, en el norte de Anatolia, cerca de la costa del mar Negro, de ahí que en la Antigüedad fuera llamada Amasea del Ponto.

39. Bafra, en Paflagonia, al oeste de la desembocadura del Halis.

los pocos caballeros que sobrevivieron. El soberano, tras acogerlos, regalarles con abundantes presentes y ofrecerles reposo, les preguntaba a dónde preferían ir a continuación. Ellos pidieron ir a Jerusalén. Habiéndoles dado generosos regalos, los envió por mar sirviendo en todo a sus deseos. Tras su partida de la capital, Isangeles se dirigió a su propio ejército. Llegó de nuevo a Trípoli con la clara voluntad de tomarla. Posteriormente, cayó en una mortal enfermedad y, cuando estaba expirando, hizo venir a su sobrino Guillermo[40] y le cedió en herencia todas las plazas ocupadas por él, proclamándolo caudillo y jefe de sus tropas. Cuando el soberano se enteró de su muerte, dio instrucciones por escrito enseguida al duque de Chipre para que enviara a Nicetas Calintzes con bastantes riquezas a Guillermo para que se lo ganara y dispusiera que prestase el juramento de guardar al soberano una firme lealtad, tal como su fallecido tío Isangeles observó hasta el final.

IX. Bohemundo revela sus intenciones

1. Luego, el soberano, enterado también de la ocupación de Laodicea por Tancredo, expidió una carta a Bohemundo con el siguiente contenido: «Conoces los juramentos y compromisos que no solo tú, sino todos han contraído con el Imperio de los romanos. Sin embargo, tú has sido el primero en romperlos ahora y has ocupado Antioquía y otras diversas plazas llegando incluso a someter a la propia Laodicea. Por todo ello, te ordeno que te retires de Antioquía y de todas las demás poblaciones haciendo gala de un comportamiento justo y que ceses ya en tu deseo de atraerte contra ti más guerras y batallas». Bohemundo, tras la lectura del mensaje imperial, asintió aparentemente a lo que decía el escrito, puesto que no era capaz de recurrir a sus habituales mentiras ante la verdad evidente que los hechos probaban. No obstante, decía que el soberano era el responsable de las actuaciones incorrectas que

40. Guillermo, conde de Cerdeña (muerto en 1110). Añadió a su nombre «Jordán» tras ser bautizado de nuevo en las aguas del río.

había llevado a cabo y le escribió lo siguiente: «Yo no soy el causante de esos hechos, sino vos. Pues aunque prometisteis que vendríais tras nosotros con abundantes fuerzas, no quisisteis confirmar con las obras vuestra promesa. Nosotros, después de nuestra llegada a Antioquía, hemos estado pasando muchas fatigas durante tres meses y hemos luchado con los enemigos, y con un hambre como ningún hombre nunca ha visto, hasta el punto de que la mayoría de nosotros ha devorado carnes prohibidas por la ley. Mientras pasábamos bastante tiempo aguantando, el hombre que nos fue cedido para apoyarnos, el muy fiel servidor de Vuestra Majestad, Taticio, nos abandonó y se marchó cuando corríamos peligro. Con todo, inesperadamente, tomamos la ciudad y pusimos en fuga a las fuerzas que habían llegado de Corosán en ayuda de los antioquenos. ¿Cómo puede ser justo que renunciemos tan fácilmente a lo que hemos adquirido con nuestro propio sudor y esfuerzo?»

2. Cuando, tras el regreso de los embajadores, hubo leído la misiva de Bohemundo, reconoció que aquel volvía a ser el mismo Bohemundo de siempre, que de ninguna manera había cambiado para mejor, y juzgó que debía prestársele atención a las fronteras del Imperio de los romanos y reprimir, dentro de sus posibilidades, su empuje irresistible. Envió, por tanto, con Butumites, abundantes fuerzas contra Cilicia y a lo más distinguido del estamento militar, todos hombres muy aguerridos y servidores de Ares, a Bardas mismo y al archicopero Miguel,[41] que estaban en la flor de la edad y tenían una barba incipiente. El soberano, que los había tomado desde pequeños a su cargo e instruido en el arte de la guerra, los entregó a Butumites como los más leales de todos en unión de varios miles de valerosos hombres, celtas y romanos, para que lo acompañaran y obedecieran sin reservas, y al mismo tiempo le indicó que fuera poniéndolo al corriente mediante cartas secretas de cualquier acontecimiento que sobreviniera en cada ocasión. Tenía prisa por conquistar entero el país de Cilicia para ultimar allí con más facilidad los preparativos concernientes a Antioquía.

3. Butumites partió con todas sus tropas y, a su llegada a Atalia, ante la evidencia de que Bardas y el archicopero Miguel no

41. Ver VIII IX.6. Este fue quien descubrió el proyecto de huida de Gregorio Gabras.

obedecían su voluntad, dio rápido conocimiento al soberano de la existencia de esa conducta, solicitando que se le excusara de su compañía a fin de que no se produjese un levantamiento en el ejército y por ello quedara frustrada la misión de Butumites y acabara expulsado de Cilicia sin haber hecho nada provechoso. Él, que conocía los perjuicios que acostumbran a sobrevenir por semejantes actitudes, rápidamente desvió a aquellos y a cuantos tenía por sospechosos hacia otro destino mediante una misiva, con la finalidad de que, tras arribar a Chipre, se unieran a Constantino Euforbeno, que entonces ostentaba el gobierno ducal de la isla, y se pusieran a sus órdenes en todo. Aquellos, que recibieron la carta con gusto, hicieron enseguida la travesía a Chipre. Al poco de estar junto al duque de Chipre también se empezaron a comportar con él siguiendo su habitual desvergüenza. Por ello, los miraba con desconfianza. Los jóvenes, tras haber recordado la solicitud del emperador, le hicieron por escrito abundantes reproches contra el duque, mientras reclamaban el retorno a Constantinopla. Después de haber abierto su carta, el soberano, que había enviado a Chipre con ellos a algunos aristócratas sospechosos, ante el temor de que por su contrariedad quizás se unieran a esos, ordenó enseguida a Cantacuzeno que los tomara bajo su cargo. Este, una vez hubo llegado a Cirene,[42] los mandó llamar y los tomó consigo.

4. Estos fueron los acontecimientos relacionado con Bardas y el archicopero Miguel. Butumites, por su parte, después de su llegada a Cilicia en unión de Monastrás y de los comandantes que quedaron con él, cuando se encontró con que los armenios habían concluido un tratado con Tancredo, pasó de largo, se adueñó de Marasin[43] nada más llegar y al mismo tiempo de todas las aldeas colindantes y fortalezas. Tras ceder bastantes huestes para la defensa de toda la región y dejar como jefe al medio bárbaro Monastrás, a quien ha mencionado en muchas ocasiones nuestra historia, retornó a la ciudad imperial.

42. En el litoral septentrional de Chipre.

43. La antigua Germanicea, hoy Kahramanmaraş.

X. Intervención de los pisanos

1. Los francos, al salir hacia Jerusalén para apoderarse de las ciudades de Siria, habían prometido al obispo de Pisa[44] bastantes beneficios si compartía con ellos los objetivos propuestos. Él quedó convencido de sus palabras. No tardó en instigar también para el mismo fin a los otros dos obispos que tienen sedes costeras, incluso armó birremes, trirremes, dromones y otras naves ligeras en número aproximado de novecientas y zarpó como si fuera en busca de aquellos. Sin embargo, destacó un buen número naves y las envió con la misión de saquear Corifó, Léucade, Cefalenia y Zacinto.

2. Al enterarse de este hecho, el emperador ordenó que desde todos los territorios bajo dominio romano se aportaran barcos. Mientras otros muchos se iban aparejando en la misma ciudad imperial, se subía a una monere de vez en cuando y daba instrucciones a los que la estaban aparejando sobre cómo debía hacerse. Conocedor de que los pisanos eran expertos en el combate naval y temeroso del enfrentamiento con ellos, aparejó en la proa de cada barco cabezas de leones y otros animales terrestres de hierro y bronce con sus bocas abiertas, las recubrió de oro de modo que a simple vista parecieran aterradores, y las dispuso de manera tal que el fuego destinado a ser arrojado por los tubos contra los enemigos se vertiera por sus bocas, para que los leones y los demás animales citados tuvieran la apariencia de estar vomitándolo. Una vez tuvo ultimadas estas medidas, hizo llamar a Taticio, que acababa de venir procedente de Antioquía, le cedió todos los barcos y lo nombró comandante ilustrísimo. A Landulfo,[45] por su parte, le encomendó toda la flota y lo nombró gran duque, como el mayor experto que era en combates navales.

44. El arzobispo Dagoberto de Pisa (c. 1050 - Mesina, 15 de junio de 1107). En 1085, fue nombrado por el papa Urbano II primer arzobispo de Pisa. En 1092, le otorga las sedes de Córcega y Cerdeña. Una vez conquistada Jerusalén y tras morir Ademaro, obispo de Le Puy, líder del clero cruzado, fue nombrado en 1098 primer patriarca de la ciudad.

45. Personaje de origen italiano y conocedor de las tácticas navales italianas, solo se sabe de él lo que cuenta la autora. No tiene nada que ver con el Landulfo que aparece en I XIII.7.

3. Así pues, tras zarpar de la capital cuando corría el mes de abril, llegaron a Samos con la flota romana y, una vez sacados los barcos a tierra, partieron para el interior con intención de reforzarlos y asegurarlos con más alquitrán. Cuando se enteraron de la navegación de la nota pisana, soltaron amarras y corrieron también en dirección a Cos. Los pisanos arribaron a esta por la mañana, y ellos llegaron a la isla por la tarde. Como no hubo contacto con los pisanos, partieron hacia Cnido, que se halla cerca de Anatolia. Después de hacer su aparición en aquel sitio, cuando la presa había escapado, se encontraron con algunos pocos pisanos abandonados allí y les interrogaron sobre el rumbo que había tomado la flota pisana. Ellos dijeron que lo habían emprendido hacia Rodas. Tras soltar amarras, pronto los alcanzaron entre Patara[46] y Rodas. Nada más verlos, los pisanos se pusieron en formación de combate para la batalla e iban afilando no solo las espadas, sino también sus corazones. A la llegada de la flota romana, un conde peloponesio de nombre Periquites, experto en grado sumo en el combate naval, nada más verlos, dotó de alas a su propia monere con los remos y, tal como estaba, se arrojó contra ellos. Y tras haberse introducido en medio de ellos como una llamarada, retornó de nuevo a la flota romana.

4. Sin embargo, la escuadra romana no intentó combatir con los pisanos en formación, sino que los atacó impetuosa y desordenadamente. El propio Landulfo fue el primero que, tras aproximarse a las naves pisanas, erró al lanzar el fuego y no logró otro objetivo que desperdiciarlo. El conde llamado Eleemon, que había atacado sin reparos a un enorme barco por la popa, inutilizó su timón y, al no poder maniobrar libremente para separarse, podría haber sido capturado de no haberse dirigido con celeridad a los recursos disponibles y no haber lanzado fuego contra ellos sin desperdiciarlo inútilmente. Luego puso rápidamente proa en otra dirección y enseguida estuvo consumiendo con su fuego otras tres enormes naves bárbaras. Al mismo tiempo, una tempestad, que se había levantado repentinamente, embravecía el mar, destrozaba los barcos y amenazaba casi con hundirlos (pues las olas bramaban, las vergas chirriaban y los mástiles se rompían). Atemorizados los bárbaros

46. Puerto de Licia.

de una parte por el fuego que se lanzaba (no estaban acostumbrados a recursos tales como el fuego que, si bien tiene una tendencia natural a ascender, sin embargo el que lo maneja puede dirigirlo en la dirección que desee, incluso hacia abajo y hacia cada lado) y de otra confundidos en su interior a causa de la tormenta marina, se dieron a la fuga.

5. Así se desarrollaron los acontecimientos relacionados con los bárbaros. La flota romana fondeó en un islote llamado algo así como Seutlo.[47] Cuando amanecía el día, partieron de allí y atracaron en Rodas. Así pues, tras desembarcar de las naves y bajar a tierra a cuantos habían conseguido capturar, entre los que se contaba el mismo sobrino de Bohemundo, se dedicaban a asustarlos con la amenaza de venderlos como esclavos a cambio de dinero, o matarlos. Como los vieron impasibles ante esta amenaza y sin que les importara lo más mínimo su venta, al punto los hicieron víctimas de la espada.

6. Por su parte, los supervivientes de la flota pisana se dedicaron al pillaje de las primeras islas que iban encontrando y también de Chipre. Eumacio Filocales, que se daba la circunstancia de que estaba allí, se arrojó contra ellos. Los tripulantes de las naves, dominados por la cobardía, sin preocuparse siquiera del contingente que había desembarcado para aprovisionar sus naves y tras dejar abandonada en la isla a la mayoría de su gente, con el pensamiento puesto en Bohemundo zarparon hacia Laodicea, habiendo soltado amarras desordenadamente. Y en efecto, tras su llegada acudieron a presencia de este y afirmaron que abrazaban sinceramente su partido. Él, como era así, los acogió gustosamente. Los que habían desembarcado en costa para someterla a pillaje, puesto que al regresar no vieron su propia flota, se echaron sin reservas al mar y se ahogaron.

7. Los talasocrátores de la flota romana, incluido Landulfo, después de arribar a Chipre y juntarse, estuvieron deliberando si pedir la paz. Cuando todos llegaron a un acuerdo, se envió a Butumites al encuentro de Bohemundo. Después de acogerlo y tenerlo retenido durante quince días completos, ante la circunstancia de que el hambre también asolaba Laodicea, Bohemundo, que seguía siendo

47. Próximo a Rodas.

Bohemundo y que no cambiaba ni había aprendido a vivir en paz, lo mandó buscar y le dijo: «No te has presentado tú aquí en persona por amistad o paz, sino para prender fuego a mis naves. Vete, por tanto, pues te basta con salir incólume de aquí».

8. Después de partir de aquel lugar, llegó al lado de quienes lo habían enviado y que lo aguardaban en el puerto de Chipre. Cuando tuvieron conocimiento además de la perversa actitud de Bohemundo por los informes procedentes de allí y de que era totalmente imposible que pactara con el soberano, partieron todos y navegaron a toda vela rumbo a la capital a través de húmedos caminos.[48] Debido al inmenso oleaje y a la fuerte borrasca que se levantaron en Sice,[49] los barcos, exceptuadas las naves que comandaba Taticio, quedaron todos medio desarbolados, al haber encallado en tierra.

9. De ese modo se habían desarrollado los hechos relativos a la flota pisana. Bohemundo, que era por naturaleza muy malvado, temía que el emperador se adelantara a ocupar Curico[50] y tras atracar a su puerto la flota romana, defendiera Chipre y alejara a los aliados procedentes de Longibardía que iban a acudir en su auxilio a través de la costa de Anatolia. Así pues, impulsado por estas reflexiones, quería él reedificar las fortificaciones y ocupar el puerto. Aunque Curico antiguamente fue una ciudad muy fortificada, en los últimos tiempos había acabado convertida en ruinas. El soberano, por su parte, habiendo previsto estos movimientos y presentido sus intenciones, envió al eunuco Eustacio,[51] que ostentaba el cargo de canicleo[52] con el título de gran drungario de la flota y con la misión de apresurarse a ocupar Curico, de erigir fortificaciones en ella y en la ciudad de Seleucia,

48. *Od.*, III 171.

49. Gálata y Pera, al otro lado del Cuerno de Oro, en Constantinopla.

50. Puerto de Cilicia. En la desembocadura del río Curk. Hoy, Korgos.

51. El eunuco Eustacio Ciminiano.

52. Funcionario encargado de custodiar y llevar el tintero con cuya tinta negra el emperador firmaba sus decretos. Parece ser que tenía forma de perro, de ahí su nombre. El cargo llevaba aparejados privilegios, como la competencia de poder firmar algunos documentos oficiales.

que distaba seis estadios[53] de esa, de dejar en ella bastantes fuerzas, de elegir duque a Estrategio Estrabo, varón de corta estatura, pero de larga y muy abundante experiencia militar, de atracar también una importante escuadra al puerto, ordenar que se dieran prisa en tender emboscadas a los hombres que procedentes de Longibardía iban en auxilio de Bohemundo y, asimismo, de ayudar a Chipre.

10. Dicho drungario de la flota, tras partir y anticiparse a las intenciones de Bohemundo, restauró la plaza y le devolvió su primitivo estado. Cuando hubo reconstruido también Seleucia, la hubo fortificado rodeándola de atrincheramientos y hubo dejado suficientes fuerzas en ambos lugares, bajó con el duque Estrategio al puerto, lo dejó con una importante escuadra allí de acuerdo con las instrucciones del soberano y retornó a la capital, y, tras ser objeto de grandes elogios por parte del soberano, fue recompensado con generosidad.

XI. Asedio de Laodicea

1. Así se desarrollaron los acontecimientos relacionados con Curico. Al cabo de un año,[54] el emperador, enterado de que también la flota genovesa se aprestaba a salir movida por la alianza con los francos y previendo que ellos serían también responsables de no pocas desgracias para el Imperio de los romanos, despachó por tierra a Cantacuzeno con bastantes fuerzas y a Landulfo, rápidamente equipado, con una escuadra por mar con la orden de llegar a la costa sur del Peloponeso a la mayor brevedad posible, para que librase combate con los genoveses que venían en aquella dirección. Tras su partida de acuerdo con las órdenes, sobrevino un fuerte temporal imposible de capear por cuya causa salieron averiadas numerosas naves. Varadas en tierra de nuevo, les fueron aplicando cuidadosamente una mano de pez líquida.

2. Cantacuzeno, cuando se hubo enterado también entonces de que la flota de los genoveses navegaba por las costa sur del

53. 900 metros.

54. Año 1104.

Peloponeso y de que estaba próxima, recomendó a Landulfo que tomara consigo dieciocho naves (se daba la circunstancia de que solo estas estaban en condiciones de navegar entre todas las que habían sido botadas), que partiera y las fondeara en el cabo Maleas según las prescripciones del soberano; que si durante la travesía de los genoveses se vieran con valor para combatirlos, al punto libraran batalla y si no, que se procurara la salvación propia y la de las naves a su mando junto con sus marineros abordando Corone.[55] El otro partió y, una vez que vio la gran flota, rehusó la batalla con ellos y llegó velozmente a Corone.

3. Cantacuzeno, que había tomado toda la flota romana, como lo pedían las circunstancias, y que había embarcado en ella a sus hombres, con la mayor rapidez posible emprendió la persecución en pos de los genoveses. Puesto que no les dio alcance, llegó a Laodicea apresurándose a prepararse con todo su empeño y todas sus fuerzas en la guerra contra Bohemundo. Una vez puestas manos a la obra, arribó al puerto y no abandonaba su asedio ni de día ni de noche.

4. No obstante, el asedio se prolongaba sin resultados. Había llevado a cabo mil ofensivas, pero en tantas otras había fracasado, ya fuera por no convencer a los celtas de pasarse a su lado, ya fuera por fracasar en el combate. Erigió en tres noches y tres días un pequeño muro circular con piedras sin argamasa entre la orilla y las murallas de Laodicea y, teniéndolo como protección, erigió velozmente otro baluarte dentro de este con argamasa con objeto de poseer una especie de base de operaciones para hacer frente al asedio más dignamente. Tras edificar también dos torres en cada extremo de la bocana del puerto, lanzó de parte a parte una cadena de hierro y con ella reforzó su posición contra las naves que probablemente vinieran por mar en auxilio de los celtas. Al mismo tiempo, ocupó muchas villas costeras, la llamada Argirocastro, Marcapin, Gabala[56] y algunas otras, y llegó hasta el mismo borde de Trípoli, que antes había dado tributo a los

55. Ciudad costera del Peloponeso, al suroeste de Kalamata.

56. Safita. Los cruzados la llamaban Castillo Blanco. Margat/Markab. Gibel/Jabala, ciudad de Celesiria, a doce millas de Laodicea.

sarracenos y que últimamente había recobrado el soberano para el Imperio de los romanos con muchos sudores y esfuerzos.

5. El emperador, entonces, consideró preciso asediar Laodicea por tierra. Como conocía de tiempo atrás al hábil Bohemundo y sus ardides gracias a esa destreza tan suya capaz de percibir rápidamente el carácter de los seres humanos, y puesto que tenía una idea exacta de su temperamento doloso y sedicioso, hizo llamar a Monastrás y lo mandó por tierra con numerosas fuerzas, de modo que Cantacuzeno por mar y él por tierra asediaran simultáneamente Laodicea. Sin embargo, Cantacuzeno, antes de que llegara Monastrás, se apoderó del puerto y de la ciudad misma. La acrópolis, sin embargo, que hoy suele denominarse habitualmente «kulá»,[57] aún la mantenían ocupada quinientos infantes celtas y cien jinetes.

6. Cuando Bohemundo se hubo enterado de la ocupación de esas villas y el conde que defendía la acrópolis de Laodicea le hubo notificado que carecían de víveres, cargó todo tipo de provisiones en mulas, reunió a todas las huestes bajo su mando junto con las de su sobrino Tancredo y de Isangeles y, una vez hubo llegado a Laodicea, introdujo pronto las vituallas en el kulá. Tras entrar en conversaciones con Cantacuzeno, le dijo lo siguiente: «¿Con qué fin te has dedicado a hacer construcciones y obras?» Él le respondió: «Sabes que por haber reconocido vasallaje al soberano y haberle prestado juramento os comprometisteis a entregarle las ciudades que vosotros fuerais conquistando. Después, tú has violado los juramentos y despreciado los tratados de paz. Tras apoderarte de esta ciudad y entregárnosla, te arrepentiste y volviste a adueñártela, de tal modo que yo he venido en vano a este lugar para hacerme cargo de las ciudades que vosotros capturáis». Bohemundo replicó: «¿Has venido con intención de recibir estas ciudades nuestras por dinero o con las armas?» El otro dijo: «El dinero lo han recibido quienes nos siguen para luchar con más valor». Bohemundo, rebosante de ira, dijo: «Entérate de que sin dinero no podrás ocupar ni tan siquiera un fortín». Y entonces animó a sus falanges para que cargasen hasta las mismas puertas de la ciudad.

57. Término de origen árabe.

7. Los hombres de Cantacuzeno, que defendían las murallas de sus atacantes con una nube de flechas tan densa como copos de nieve, casi lograron rechazarlos. Enseguida Bohemundo, una vez hubo reagrupado a todos sus hombres, entró en la acrópolis. Como desconfiaba del conde y de los soldados celtas a su mando, encomendó la defensa de la ciudad a otro y expulsó a aquellos de ese lugar. Al tiempo, destruyó los viñedos cercanos a las murallas, de modo que no supusieran un obstáculo para los latinos en el momento de cargar. Después de tomar estas medidas, partió de allí y llegó a Antioquía. Cantacuzeno, por su parte, no aflojaba el asedio ni dejaba de hostigar a los latinos que ocupaban la acrópolis mediante diversas tretas e intentonas y mediante helépolis. Monastrás, de otro lado, que venía por tierra con sus tropas de caballería, se apoderó de Longiníade, Tarso, Adana, Mamista e incluso de toda Cilicia.

XII. Bohemundo simula su propia muerte

1. Bohemundo, asustado por las amenazas del soberano y carente de los recursos necesarios para la defensa (no poseía ni un ejército en tierra ni una flota en el mar; por ambos frentes se cernía el peligro sobre él), tramó el siguiente ardid, completamente indigno, completamente artero. Primero, tras dejar Antioquía a Tancredo, hijo del marqués[58] y sobrino suyo, esparció por doquier rumores sobre sí mismo diciendo que Bohemundo había muerto, y, a pesar de estar aún vivo, preparó al mundo para admitir su muerte.

2. El rumor corría en todas direcciones más veloz que las alas y proclamaba que Bohemundo estaba muerto. Y, efectivamente, cuando hubo comprobado que la difusión del rumor cobraba una extensión satisfactoria, en ese instante emprendió la navegación desde Sudi, el muelle de Antioquía, hacia Roma una birreme con un ataúd de

58. Tancredo de Hauteville era hijo de Emma, hermana de Bohemundo (ver nota 9 de este libro) y de Eudes (u Odo), el Buen Marqués, gobernante italo-normando de una zona no conocida del sur de Italia. Las fuentes latinas suelen referirse a él añadiendo a su nombre «el hijo del marqués».

madera y este cadáver viviente embarcados a bordo. Era transportado por mar como un cadáver, puesto que por la configuración externa, por el ataúd y por el aspecto que presentaba era como un cadáver (conforme iban pasando por cada sitio, los bárbaros se arrancaban los cabellos y gemían clamorosamente), pero en el interior aquel yacía cuan largo era y por ahora como si fuera un cadáver. Inspiraba y expiraba el aire mediante agujeros ocultos. Esto sucedía en las costas, ya que, cuando el navío se hallaba mar adentro le daban de comer y se ocupaban de él. Luego, volvían los mismos cantos fúnebres y las mismas tretas.

3. Para que pareciera que el cadáver estaba corrompido y maloliente, estrangularon o degollaron un gallo y lo introdujeron junto al cadáver. Enseguida, al cuarto o quinto día apestaba a quienes tenían olfato. Los que eran víctimas de ese engaño en el exterior creían que la pesada pestilencia procedía del cuerpo de Bohemundo. El célebre Bohemundo disfrutaba más con el fingido hedor, de tal manera que yo misma me admiro de cómo pudo soportar tan grande asedio a su nariz yendo como acompañante aún vivo de un cuerpo muerto. Pero de esto he aprendido que la raza bárbara entera es difícil de contener cuando se propone algo, y que no hay nada lo bastante duro que no pueda soportar, si ha admitido padecerlo voluntariamente. Y así, este, que aún no había muerto, sino que solo aparentaba haber muerto, no vaciló en vivir junto a cuerpos muertos. Esta treta apareció ante los ojos de nuestro mundo como insólita y única, y destinada a aniquilar el poderío de los romanos. Ningún griego ni bárbaro había maquinado antes parecido ardid contra sus enemigos, ni, creo, el curso de nuestra vida podrá contemplar en adelante.

4. Cuando hubo arribado a Corifó,[59] como si Corifó resultara ser la cumbre de una montaña, una cima y refugio, hallándose fuera de peligro, resucitó de su muerte aparente y, tras abandonar aquel ataúd fúnebre, se llenaba de sol, aspiraba aire puro y paseaba por la ciudad de Corifó. Al verlo con un atuendo extranjero y bárbaro, le preguntaban por su raza y linaje, quién era, de dónde venía y junto a quiénes acudía.

59. Juego de palabras que asocia el nombre de la isla con la palabra griega «korifé» [κορυφή], que significa «cumbre», «punto elevado», «cima».

5. Pero él menospreciaba a todos y buscaba al duque de la ciudad. Lo era en aquel entonces un tal Alejo, oriundo del tema Armeníaco. Tras acudir a su presencia, le ordenaba con un rostro y una apariencia severa y empleando un tono serio y completamente bárbaro que comunicara al soberano Alejo el siguiente mensaje: «Ante vos estoy yo, el famoso Bohemundo, hijo de Roberto, de cuya valentía y perseverancia hace tiempo que tenéis buena cuenta tanto vos como vuestro Imperio. En cuanto se me presente la coyuntura, bien sabe Dios que no me aguantaré los perjuicios que me han sido provocados. Pues desde que llegué a Antioquía a través del Imperio de los romanos y me apoderé de toda Siria con mi lanza, he sufrido muchas amarguras por causa de vos y de vuestro ejército, enviado de promesa en promesa, precipitado a innumerables calamidades y combates con bárbaros.

6. Pero ahora, enteraos al menos de que, si bien he estado muerto, de nuevo he vuelto a vivir y he escapado de vuestras manos. Después de pasar desapercibido a todos los ojos, manos y pareceres bajo el aspecto de un muerto y mientras ahora me muevo con vida y respiro el aire, desde esta Corifó, expido a Vuestra Majestad unas noticias muy desagradables, que es imposible oigáis con alegría. A mi sobrino Tancredo he dejado a cargo de la ciudad de Antioquía como digno adversario para vuestros generales. Yo parto para mi país bajo el rumor de ser un muerto para vos y los vuestros, y un vivo para mí y los míos, y con idea de planear contra vos terribles calamidades. Aunque vivo, he muerto; y habiendo muerto, acabo de recuperar la vida, solo con el fin de destruir la Romania. Pues si logro alcanzar la otra orilla y ver a los longibardos, a todos los latinos, germanos y a mis francos, hombres expertos en las artes de Ares, colmaré vuestras ciudades y territorios de ríos de sangre y matanzas sin cuento hasta que consiga clavar mi lanza en la misma Bizancio». A tal punto de jactancia había llegado el bárbaro.

LIBRO XII

Campañas de Bohemundo contra el Imperio (1105-1107)

1. Bohemundo difama a Alejo. Rescate y acogida de los condes latinos presos de los musulmanes

1. Así pues, queden de esta manera descritos los acontecimientos relativos a la primera travesía de Bohemundo, la cantidad de hechos que llevó a cabo con manifiesta hostilidad hacia el soberano en su pretensión por apoderarse del cetro de los romanos, cómo se procuró astutamente su retirada con éxito y cómo, habiendo recurrido a aquella célebre navegación, transportado como un cadáver, llegó a Corifó. Continuemos en este libro describiendo sus acciones tras aquellos sucesos. Una vez hubo llegado este maloliente cadáver a Corifó, como se ha dicho, y tras amenazar por mediación de su duque al soberano, hechos que nuestra historia ha detallado anteriormente, cuando se dio por concluida la ruta hacia Longibardía, se puso en acción, pensando en ocupar de nuevo el Ilírico y apresurándose a reunir más aliados que los de antes para ese fin. Después de tratar con el rey de Francia[1] sobre un matrimonio, recibió a una de sus hijas como esposa y a la otra la despachó por mar a Antioquía para que se uniera en esponsales a su sobrino Tancredo. Luego, cuando reunió innumerables fuerzas de todas las procedencias, de toda ciudad y país, mandó buscar a los condes junto con las tropas a su mando y realizó con éxito la travesía en dirección al Ilírico.

1. Felipe I (1060-1108). Su hija Constanza casó con Bohemundo y fue madre de Bohemundo II, príncipe de Antioquía. La otra hija, Cecilia, fue la que se casó con Tancredo.

2. El emperador, cuando hubo oído el mensaje a él destinado por mediación de Alejo, expidió enseguida cartas a todos los países, a Pisa, Génova y Venecia, para precaverlos de que no se dejaran embaucar por las fraudulentas palabras de Bohemundo y secundaran sus intenciones. Pues, en efecto, mientras recorría ciudades y países, iba provocando enormes perjuicios al soberano con sus descalificaciones de pagano y enemigo de los cristianos.

3. Como el babilonio había llegado a capturar por aquel entonces trescientos condes, en el momento en que los innumerables contingentes de los celtas habían pasado por Occidente y fustigado Asia, Antioquía, Tiro y todas las ciudades y regiones, los retenía encadenados en prisión y el cautiverio era de una crueldad propia de tiempos pasados. Cuando se enteró el soberano de su reclusión y de las desgracias que les habían sobrevenido, se le desgarró el corazón y se entregó por entero a su rescate. Mandó buscar a Nicetas Panucomites y lo despachó hacia el babilonio con riquezas, tras entregarle una carta para él mediante la cual reclamaba a aquellos condes cautivos con la promesa de abundantes beneficios si los soltaba de sus cadenas y los liberaba. El babilonio, una vez hubo visto a Panucomites, oído el mensaje entero del soberano y abierto su carta, soltó a los condes de sus cadenas y los excarceló de su prisión. Pero, no solo les concedió la libertad completa, sino que los entregó y envió al soberano sin aceptar ni una parte de las riquezas enviadas. Dios sabrá si lo hizo ya fuera porque no eran suficientes para el rescate de tantos hombres, ya fuera por escapar de las sospechas de venalidad y no dar la apariencia de cederlos a cambio de dinero, sino por prestarle al emperador un favor honesto y en buena ley, ya fuera por desear mayores riquezas.

4. Cuando el emperador vio su llegada, se admiró enormemente de la actitud del bárbaro y quedó asombrado. Puesto al corriente el emperador, tras un minucioso interrogatorio sobre lo que les había sucedido, de cómo durante ese prolongado periodo de tantos meses en los que estuvieron prisioneros, ni una vez habían visto el sol, ni les habían soltado las cadenas, y que habían aguantado tanto tiempo sin tomar para nada alimentos variados, sino solo pan y

agua, se lamentó de sus sufrimientos, derramó cálidas lágrimas y enseguida los consideró merecedores de suma atención, razón por la que les entregó riquezas, los proveyó de un amplio vestuario, los invitó al baño y lo dispuso todo para que se rehicieran de tan grandes penalidades. Ellos, que habían sido antes enemigos, adversarios, transgresores de juramentos y promesas, se alegraban de los favores que recibían del soberano y se daban cuenta de su grandísima magnanimidad hacia ellos.

Retrato de Bohemundo de Tarento.

5. Pasados unos días, los mandó buscar y les dijo: «Os doy en adelante licencia para que os quedéis en esta ciudad junto a nosotros el tiempo que deseéis. Pero si alguno se acuerda de su hogar y quiere marcharse, que emprenda sin obstáculos el camino a su casa tras despedirse de nosotros y así, provisto de riquezas y de los demás recursos precisos, organice bien su partida. Sencillamente, quiero que tengáis licencia para quedaros o marcharos y para que obréis como hombres libres según vuestro propio criterio». Durante una temporada, como hemos dicho, los condes permanecieron junto al soberano regalados con todo tipo de atenciones y renuentes a apartarse de su lado. Pero, debido a que Bohemundo, como nuestra historia ha mostrado arriba, tras su llegada a Longibardía, se apresuraba a reunir más tropas que las reclutadas en anteriores ocasiones, profería innumerables invectivas contra el soberano a lo largo de su recorrido por todas las ciudades y países, y abiertamente se dedicaba a proclamarlo pagano y convencido colaborador de los paganos, el soberano, puesto al corriente de esos hechos, mandó a casa a los citados condes repletos de presentes, porque estaban a punto de partir hacia sus países conforme a su propio deseo y para que sirvieran de refutación contra las hostiles proclamas de Bohemundo.

6. Él partió presurosamente hacia Tesalónica, con intención de instruir a los nuevos reclutas en el arte militar y, al tiempo, para impedirle a Bohemundo su anunciada travesía desde Longibardía hacia nuestros territorios. Así pues, una vez se hubieron marchado aquellos condes, pasaron a ser testigos auténticos contra Bohemundo, quienes lo calificaban de embustero y de persona que ni por casualidad decía la verdad. Y lo rebatían en su cara con frecuencia, proscribiéndolo en cada ciudad y en cada país, y poniéndose a sí mismos como testigos fidedignos.

II. Tancredo y Aspietes frente a frente

1. Como la travesía de Bohemundo se comentaba por doquier y como el soberano necesitaba abundantes tropas y un ejército

equivalente a la masa de los celtas para afrontarla, no perdía el tiempo ni se echaba atrás. Antes bien, mandó buscar a los hombres de Celesiria, es decir a Cantacuzeno y Monastrás. Uno era gobernador de Laodicea y el otro de Tarso. Aunque los mandase llamar de allí, no dejó sin defensa los países y ciudades puestos bajo su gobierno. Envió a Petzeas a Laodicea con otras fuerzas. A Tarso y a todas las ciudades y regiones bajo el mando de Monastrás envió a Aspietes. Era este hombre noble, de origen armenio y de los afamados por su valentía, como los rumores proclamaban por aquel entonces, si bien en aquella ocasión no demostró que fuera así, al menos en cuanto a su capacidad como estratega.

2. Durante su etapa como gobernador de Antioquía, Tancredo, a quien nuestra historia ha dejado antes en Siria, difundía continuos rumores sobre su pronta llegada a Cilicia con intención de atacarla y arrebatarla de manos del emperador, ya que era suya y se la había quitado con su lanza a los turcos. No solo divulgaba por todas partes semejantes rumores, sino incluso profería amenazas peores que aquellas mediante cartas que a diario entregaba a Aspietes. Y no solo amenazaba, sino incluso ofrecía adelantos de sus amenazas y prometía llevarlas a cabo cuando tuviera reclutadas de todas procedencias, entre armenios y celtas, tropas que él disciplinaba a diario con vistas a las batallas y a los combates. En ocasiones, destacaba algunos hombres para que realizaran incursiones, mostrando el humo antes que el fuego. Y, preparando máquinas de asedio, se aprestaba con todos los medios para el cerco.

3. Esto era lo que hacía él. Pero Aspietes, el armenio, permanecía relajado, como si no existieran amenazas de nadie, ni temores, ni se cerniera tan enorme peligro, mientras abusaba de fortísimas bebidas durante la noche. Por muy valiente y esforzado servidor de Ares que fuera, cuando arribó a Cilicia, lejos del poder de su señor y dueño él de los asuntos públicos, se entregó a todo tipo de placeres. De este modo, el famoso armenio, afeminándose y viviendo muellemente, cuando llegó el momento del ataque, se presentó como un hombre reblandecido frente a Tancredo, un soldado muy resistente. Los oídos de Aspietes no se alteraron ante los truenos de sus amenazas, ni,

una vez llegado en medio de la devastación de Cilicia aquel portador del rayo, prestaba atención a sus relámpagos.

4. Tancredo, tras partir de Antioquía a la cabeza de un numeroso ejército, lo dividió en dos cuerpos. Uno lo envió por tierra en dirección a las ciudades de Mopso[2] y otro lo embarcó en trirremes y lo transportó por mar hacia el río Sarón.[3] Este río fluye desde las montañas del Tauro, corre por medio de las dos ciudades de Mopso, la destruida y la que está en pie, y desemboca en el mar de Siria. Desde allí las naves de Tancredo, que se habían aproximado navegando a la desembocadura de este río, remontaron corriente arriba hasta los puentes que comunican ambas ciudades. La ciudad acabó siendo cercada por ambos frentes y estando a merced del ejército. Así, unos podían fácilmente plantear un combate naval ante la ciudad y quienes la hostigaban por tierra podían combatir con la infantería por el otro flanco.

5. Aspietes, como si no pasara nada raro, ni zumbara en torno a la ciudad un enorme enjambre de soldados, se preocupaba poco de estos hechos por haberle ocurrido yo no sé qué y por comportarse de manera indigna a su valentía. Esta actitud lo hizo muy odioso para el ejército imperial. ¿Qué deberían sufrir las ciudades cilicias asoladas por semejante hombre? Pues por lo demás, Tancredo se había convertido en el más vigoroso de los suyos y en uno de los más ampliamente admirados por su experiencia militar. Era el general del que nadie podía escaparse a la hora de asediar ciudades.

6. Alguien podría preguntarse, llegado a este punto, cómo no advirtió el emperador la impericia militar de Aspietes. Yo podría salir en defensa de mi padre diciendo que lo señalado de su linaje había convencido al soberano, de modo que la brillantez del linaje y el prestigio del nombre pudieron contribuir al mando de Aspietes. Este procedía de los Arsácidas.[4] cuya jefatura ostentaba, y

2. Mompsuesta. Hoy, Massina. El río que pasa a su lado no es el Sarón, sino el Jihán, antiguamente Pírame.

3. Hoy, Seihun-çay.

4. Los Arsácidas eran una dinastía de origen persa que los romanos habían puesto en el gobierno de Armenia un milenio antes de la época de Ana Comnena.

era descendiente de un linaje real. Por ello, lo consideró a la altura del cargo de estratopedarca de todo el Oriente y lo elevó a muy destacados puestos, sobre todo al haber recibido pruebas de su valor.

7. Efectivamente, con ocasión de la guerra que el soberano, mi padre, como he recordado, sostuvo con Roberto, un celta, durante un enfrentamiento en la famosa guerra, después de alzar su lanza por encima de sus hombros y espolear su caballo, cayó como un rayo sobre Aspietes. Él, tras aferrar su espada recibió la violenta acometida del celta y encajó un certero lanzazo que le traspasó los pulmones y le atravesó la espalda. Sin embargo, él, sin ser derribado aún por el golpe ni verse caído de la silla, se afirmó en ella con mayor solidez, golpeó al bárbaro en el yelmo y le dividió en dos la cabeza y el yelmo. Cayeron ambos de sus caballos, el celta muerto, y Aspietes respirando aún. Sus hombres lo recogieron, lo llevaron completamente exangüe con sumo cuidado a presencia del soberano y mientras le mostraban la lanza y el golpe, le iban explicando la muerte del celta.[5] No sé cómo, el soberano, que se había acordado por aquel entonces de aquella heroica actuación y de su audacia, y que asoció a estas el linaje y el renombre de su linaje, lo envió como un aguerrido general a Cilicia contra Tancredo con el cargo de estratopedarca, como antes he dicho.

III. Carácter y actividades piadosas de la emperatriz Irene

1. Eso fue lo relacionado con aquellos hechos. A los generales que tenían sus plazas en Occidente expidió el emperador otras cartas con la orden de que hicieran inmediatamente el camino de Estlanitza.[6] ¿Por qué obraba así? ¿Hacía llamar a los hombres aguerridos y él se retraía, mientras gozaba de la molicie y se daba a los baños, como suelen hacer los emperadores que han optado por una existencia propia de los animales? Por cierto que esto no era así. En absoluto

5. Ver IV VI.7.

6. En Macedonia, al oeste de Tesalónica.

soportaba ya la permanencia en el palacio. Y tras salir de Bizancio, como arriba se dijo, y encaminarse hacia el interior de las regiones occidentales, llegó a Tesalónica en el mes de septiembre de la decimocuarta indicción, cuando corría el vigésimo[7] año desde que asumiera las riendas del Imperio.

2. Obligó a la augusta a que partiera con él. Su carácter era tal, que no deseaba en absoluto aparecer en público, sino que vivía frecuentemente aislada y entregada a sus tareas, me refiero a la lectura de santos varones, la meditación, las buenas obras, la caridad con las gentes, sobre todo con aquellos que sabía por su hábito y su forma de vida que servían a Dios. También se daba a la oración y a los cantos de antífonas.[8] Cuando iba a aparecer en público por una necesidad insalvable en su calidad de emperatriz, se llenaba de pudor y florecía inmediatamente el sonrojo en sus mejillas.

3. La filósofa Téano[9] a uno, que le había dicho en tono burlón al verle el codo desnudo: «Es un hermoso codo,», le respondió, «pero no es para el público». Del mismo modo, a la emperatriz, mi madre, imagen de la dignidad, hogar de santidad, no le gustaba que el codo o la mirada fueran de dominio público, y ni siquiera deseaba destinar su voz a oídos que no fueran los habituales. Tan enorme y admirable prueba de pudor daba ella. Pero, ya que contra el destino, dicen, ni siquiera los dioses luchan,[10] se vio forzada a acompañar al emperador en sus continuas campañas.

4. La retenía dentro del Palacio Imperial su innato pudor, pero el afecto hacia el soberano y su ardiente amor por él la sacaban del palacio a pesar de no ser su deseo. Las causas eran las siguientes. Primero,

7. Ana Comnena se equivoca, es el vigesimocuarto año (1105).

8. En el original griego, Ana Comnena habla de «κατάλληλοι ᾠδαῖς», esto es, «cantos alternativos». Se trata de las antífonas, cantos litúrgicos de la Iglesia Ortodoxa en los que dos semicoros cantan alternativamente.

9. Esposa o discípula de Pitágoras, vivió durante el siglo VI a. C. Era originaria de Crotona e hija de Milón, protector de Pitágoras. Quedan fragmentos atribuidos a ella sobre matemáticas, física, medicina y ética.

10. «Ἀνάγκᾳ δ' οὐδὲ θεοὶ μάχονται». La frase es proverbial. Se le atribuye a Pítaco de Mitilene (640-568 a. C.) en Diógenes Laercio, *Vida de los filósofos ilustres*, I 77. La menciona también Simónides de Ceos (3.15, ed. Bergk).

porque la enfermedad que le había atacado los pies requería de muchísimas atenciones. El soberano tenía agudos dolores por el penoso estado de sus pies y no consentía más contacto que el de mi madre y señora. Lo trataba con solicitud y gracias a su diestro tacto aliviaba algo los dolores de sus pies. Aquel emperador (y que nadie me reproche hablar sobre mí misma, pues admiro a mi familia; tampoco se me desprecie por mentir acerca del soberano, porque digo la verdad) ponía todo lo relacionado consigo mismo y tocante a él detrás de la salvaguarda de las ciudades. Nada lo apartaba del amor a los cristianos,[11] ni dolores, ni placeres, ni las penalidades de la guerra, ni ninguna otra cosa pequeña o grande, ni los rayos del sol, ni la violencia de las tempestades, ni los ataques de diversos bárbaros. Antes al contrario, era inflexible frente a todas estas circunstancias y, aunque se abatiera por los ataques de las enfermedades, se erguía para socorrer al Estado.

5. La segunda y más importante razón por la que la emperatriz acompañaba al soberano era que, habida cuenta de los numerosos conspiradores que brotaban por doquier, se precisaba de una exhaustiva vigilancia y de la energía de mil ojos. Incluso la noche conspiraba contra él, el mediodía y la tarde le planteaban algún tipo de conflicto, y la mañana le urdía las peores asechanzas, testigo es Dios de esto. ¿Acaso el emperador no debía ser protegido por incontables ojos cuando tantos malvados conspiraban, unos acribillándolo con dardos, otros afilando sus espadas, otros, cuando no podían hacer nada más, soltando una lengua injuriosa y difamándole?

6. ¿Con qué aliado hubiera debido contarse de no ser con su natural consejera? ¿Quién mejor que ella vigilaba en favor del soberano y recelaba de sus conspiradores? ¿Quién mostraba agudeza para ver su conveniencia y mayor agudeza para descubrir lo que maquinaban sus enemigos? Por todas estas razones, mi madre lo era todo en todas las cosas para mi padre y señor. De noche, una vigilante mirada y de día, un guardián muy ilustre, un buen antídoto para las asechanzas de la mesa y un remedio eficaz contra el veneno de los alimentos. Esas razones alejaban de ella su natural pudor y le daban valor ante los

11. *Romanos,* VIII 35.

ojos de los hombres, si bien tampoco entonces dejaba en el olvido su acostumbrado decoro y se daba la circunstancia de que era una desconocida para la mayoría de la gente por su aspecto, su silencio y su interés en la propia intimidad. Solo un indicio mostraba que la emperatriz seguía al ejército, la camareta portada por dos mulas con el velo imperial corrido. Por lo demás, su sagrada persona permanecía oculta.

7. Todos sabían que únicamente eran eficaces contra la dolencia del emperador unos cuidados extraordinarios, una vigilancia incansable sobre él, una mirada despierta, y que no se dejaba vencer por las circunstancias que inducían al sueño. Cuántos de nosotros éramos leales al soberano trabajábamos y ayudábamos a nuestra madre y señora en las atenciones hacia él, cada uno como podía, con toda su alma y sus fuerzas, sin darse en modo alguno al sueño. Quede esto escrito sin la más mínima vacilación contra quienes lo ridiculizaban y para las lenguas injuriosas. Pues hacen culpable al inocente (este rasgo del carácter humano lo conoce también la Musa de Homero),[12] denigran las buenas obras y someten a reproches la conducta irreprochable.

8. Pues bien, ella seguía a la expedición militar que se había emprendido en aquella ocasión (el emperador llevaba a cabo su ofensiva contra Bohemundo) tanto voluntaria como involuntariamente. La emperatriz no debía verse envuelta en un enfrentamiento con el ejército bárbaro. ¿Cómo podría ser posible? Este gesto sería digno de Tomiris[13] y de Esparetra de Masagétide,[14] pero no de mi

12. *Il.*, XI 654, XIII 775; *Od.*, XX 135.

13. Heródoto, I 205 y ss. Reina de los masagetas. Se enfrentó en la batalla contra Ciro el Grande y consiguió destruir buena parte del ejército persa, incluso mató al mismo Ciro en el momento de entrar en el palacio de ella.

14. Esposa de Amorges, rey de una tribu escita que habitaba el entorno del mar Caspio. El historiador griego Ctesias en sus *Persiká (Historia de Persia)* cuenta que, cuando su país fue invadido por Ciro el Grande, su esposo cayó prisionero de los persas. Esparetra, entonces, reclutó un ejército de 300.000 hombres y 200.000 mujeres para atacar a Ciro. Lo que consiguió fue tomar cautivos al príncipe persa Parmises y a sus tres hijos, lo que sirvió para hacer un intercambio y liberar a Amorges. El hecho de que los masagetas fueran una tribu nómada que habitaba entre el mar de Aral y el mar Caspio, así como la implicación de dos mujeres, hace que Ana Comnena convierta a Esparetra en una masageta.

madre Irene. Su valor se encauzaba en otra dirección, y se armaba, pero no con la lanza de Afrodita y el casco de Ares. Ella tenía por escudo, broquel y daga el enfrentarse rectamente a las adversidades y asechanzas de la vida (conocedora la emperatriz de que se ciernen sobre los emperadores), la energía en el momento de obrar, un rechazo muy firme de las pasiones y una fe sincera propia de Salomón. De este modo y para tal tipo de guerras estaba preparada mi madre. En los demás aspectos, era la más pacífica, haciendo honor a su nombre.[15]

9. Dado que iba enfrentarse a los bárbaros, el emperador dirigía su atención hacia los preparativos para el combate y se proponía como objetivo consolidar unas fortalezas y reforzar otras, y se apresuraba sin descanso a dejar todos los recursos que serían empleados contra Bohemundo en excelentes condiciones. Se hacía acompañar también de la emperatriz. De un lado, por su propio interés y por las razones a las que hemos aludido; de otro, porque aún no existía peligro y no había llegado el momento del combate. Una vez hubo recogido ella las monedas de oro y de otro metal y algunas otras riquezas que poseía, salió de la ciudad. Mientras hacía el camino, a su paso desplegaba una mano generosa con todos los mendigos, andrajosos y desnudos. No había nadie que le pidiese algo y se marchara de vacío. Cuando llegaba a la tienda asignada a ella y se encontraba en su interior, no se dedicaba a descansar, sino que la abría y concedía paso franco a los mendigos. Era muy accesible a ese tipo de personas y les permitía que la vieran y la oyeran. Pero no se contentaba solo con repartir dinero a los pobres, sino que también les prestaba los mejores consejos. A cuantos veía con cuerpos vigorosos y que llevaban una vida dejada, los incitaba a que cubrieran sus necesidades mediante el trabajo y la actividad, y no vagaran pidiendo de puerta en puerta abatidos por su incuria.

10. Ningún acontecimiento apartaba a la emperatriz de semejante labor. Si David a los ojos de todos mezclaba la bebida con sus lamentos,[16] nuestra emperatriz, por su parte, mezclaba de forma evidente, día

15. «Irene» [Εἰρήνη] significa «paz» en griego.

16. *Salmos,* 101 10.

a día, la comida y la bebida con la piedad. Mucho habría podido hablarse de nuestra emperatriz, si el hecho de que yo sea su hija no levantara sospechas de falsedad y de complacencia con nuestra madre. A los que así opinan, les presentaré los acontecimientos que testimonian la veracidad de mis palabras.

IV. El emperador prepara la defensa en Occidente. Fenómenos extraordinarios

1. Cuando los habitantes de las regiones occidentales se enteraron de que el soberano había llegado a Tesalónica, marcharon todos a su encuentro del mismo modo que la pesadez de los cuerpos los arrastra al centro. Ahora bien, las langostas no anunciaron la venida de los celtas, como les había ocurrido a sus predecesores, sino que apareció en el cielo un gran cometa,[17] el mayor de los nunca vistos. Unos afirmaban que era una vara de luz; otros, que un meteoro. Pues los extraños acontecimientos que iban a sobrevenir debían venir señalados de algún anuncio de los cielos que los precediera. Fue posible contemplarlo brillando durante cuarenta días y cuarenta noches completas. Salía de forma visible por el Occidente y recorría el cielo hacia el Oriente. Todos los que lo veían, atemorizados, se preguntaban sobre los hechos que anunciaba el astro.

2. El soberano, si bien no prestaba la más mínima atención a este fenómeno y opinaba que tal hecho dependía de causas naturales, preguntaba, no obstante, a los expertos en estas disciplinas. Mandó buscar a Basilio, que acababa de recibir el cargo de la eparquía de Bizancio[18] (varón este que había mostrado enorme lealtad al soberano) y se informaba sobre el astro que había hecho su aparición. Aquel declaró que guardaría la respuesta para el día siguiente y se marchó

17. Febrero-marzo de 1106.

18. El eparca de Constantinopla era el máximo cargo al frente de la ciudad. En el caso de este Basilio, probablemente, se tratara de un monje porque vivía en un convento. De las palabras de Ana Comnena se deduce que era aficionado a la astronomía.

a su residencia (un templo construido antaño bajo la advocación del evangelista Juan). Cuando el sol se ocultaba, observaba el astro. Y ocurrió que, agotado y cansado por las reflexiones, se durmió y entonces vio al santo vestido con el hábito sacerdotal. Él se alegró y no creía ya contemplar un sueño, sino una visión real. Es por lo que, tras reconocer al santo, asustado le pedía humildemente que le diera a conocer lo que anunciaba el astro. Aquel dijo que vaticinaba la movilización de los celtas: «Y su desaparición marcará su disolución en algún lugar».

3. Tales fueron los hechos relacionados con la aparición del astro. El emperador, una vez hubo llegado a Tesalónica, como nuestra historia ha contado arriba, se preparaba contra la llegada por mar de Bohemundo instruyendo a los nuevos reclutas en tensar el arco, disparar flechas contra un blanco y protegerse con el escudo. Preparaba también contingentes de tropas extranjeras procedentes de diversos lugares mediante cartas para que acudiesen sin tardanza cuando la ocasión lo requiriese. Tomaba abundantes precauciones en el Ilírico, fortificando la ciudad de Dirraquio y poniendo a su frente a Alejo, el segundo hijo del sebastocrátor Isaac. Al mismo tiempo, ordenó que fuera aparejada una escuadra en las islas Cícladas, en las ciudades costeras de Asia y en Europa misma. Aunque muchos pusieran objeciones a la construcción de la escuadra porque la presencia de Bohemundo no servía aún de acicate, él no se dejaba persuadir y afirmaba que el general debía estar permanentemente alerta y no tomar medidas solo contra lo que tiene frente a sus narices, sino saber ver más lejos, y que no debía parecer dispuesto a ahorrar dinero si la ocasión exigiese lo contrario, y con mayor razón cuando intuye el ataque de un enemigo.

4 Así pues, una vez hubo dispuesto todo magistralmente, partió de allí y llegó a Estrumpitza,[19] y desde allí se dirigió a su vez a Eslopimo. Nada más enterarse de la derrota de Juan, el hijo del sebastocrátor, que había sido enviado contra los dálmatas, despachó suficientes fuerzas en su auxilio. Como consecuencia, Bolcano, que era muy pérfido, pidió la paz al emperador y expidió a los rehenes solicitados.

19. Hoy, Strumica, en Macedonia.

Tras haber permanecido él durante un año y dos meses en aquel lugar y como había sido informado de que Bohemundo esperaba aún en sus dominios de Longibardía, ante la proximidad del invierno devolvió a los soldados a sus casas y él marchó a Tesalónica. Mientras estaba llegando a Tesalónica nació en Balabista[20] el primero de los hijos varones del porfirogéneto y emperador Juan,[21] acompañado en el parto por una hembra. Una vez hubo celebrado allí la conmemoración del gran mártir Demetrio,[22] regresó a la capital.

5. Entonces sucedió lo siguiente. En el foro de Constantino había una estatua de bronce orientada hacia levante sobre una preciosa columna de pórfido. Sostenía un cetro en su mano derecha y llevaba en la izquierda una esfera de bronce. Se decía que era la estatua de Apolo, pero creo que los habitantes de Constantinopla la denominaban Antelio.[23] El famoso Constantino, grande entre los emperadores, padre y señor de la ciudad, le dio su nombre con el título de estatua del emperador Constantino. No obstante, prevaleció el nombre puesto en origen a la estatua y todos la llamaban Anelio o Antelio. Unos vientos fortísimos, que soplaban de África, la tiraron inesperadamente de su pedestal y la precipitaron en tierra en el momento en que el sol aún andaba por la constelación de Tauro. El hecho no pareció un buen augurio a la gente y, en particular, a quienes no estaban a bien con el soberano. Murmuraban que lo acontecido presagiaba la muerte del soberano. Pero este decía: «Sé que hay un único Señor de la vida y de la muerte y no puedo creer bajo ningún concepto que las caídas de estatuas provoquen la muerte, pues cada vez que un Fidias, por ejemplo, u otro escultor esculpiera una estatua trabajando con su cincel sobre

20. Hoy, Siderocastro, en la Macedonia central, junto a la frontera con Bulgaria. El nombre que recoge Ana Comnena de la localidad procede del búlgaro, Valovishta [Валовища].

21. Juan Comneno, hermano de Ana, se casó con Piriska, hija del rey de Hungría, que cambió su nombre por el de Irene. Tuvieron ocho hijos, cuatro niños y cuatro niñas. El primogénito mencionado aquí se llamó Alejom y su hermana gemela, María.

22. 25 de enero de 1107.

23. En griego esa denominación quiere decir «frente al sol».

la piedra, ¿resucitaría a muertos y también crearía seres vivos? Y si eso es así, ¿qué dejaríamos al Creador de todas las cosas? Pues Él dice: "Yo mataré y daré la vida",[24] y no la caída o la erección de tal o cual estatua». En efecto, todo lo ponía en manos de la Providencia de Dios.

V. Estado del Imperio. Inicio de la conspiración de los Anemas

1. Se erigían contra el emperador otras nuevas tribulaciones que no eran ya organizadas por seres vulgares. Unos hombres, animados por su valor y por lo ilustre de su linaje, maquinaron una conjura asesina contra la imperial persona. Llegando a este punto de mi historia, me pregunto asombrada de dónde provino el gran cúmulo de adversidades que envolvieron al emperador. Nada había, nada, ni lugar alguno que no se moviera para perjudicarlo. El interior estaba lleno de sediciones y el exterior rebosaba de levantamientos. Cuando aún no había acabado de afrontar los problemas interiores, ya en el exterior, los Hados hacían brotar bárbaros y sediciosos como espontáneos Gigantes, aunque el emperador gobernara y administrara todo con su mirada puesta en los más civilizados y humanos objetivos, y no hubiera nadie a quien no tuviera cubierto de las muestras de su bondad.

2. Pues a unos los ensalzaba con el honor de los títulos y no paró de enriquecerlos con enormes dádivas, y a los bárbaros, no importa de qué origen fueran, no les ofrecía motivos de hostilidad, ni los obligaba a nada, pero, cuando se comportaban como agitadores, los reprimía, ya que los malos generales se caracterizan por instigar conscientemente a la guerra a los pueblos de su entorno cuando la situación está en calma. La paz es el fin de todas las guerras. El dar preferencia siempre a los motivos para declararlas y el desatender su correcta finalidad caracteriza a generales insensatos y a gobernantes que provocan la ruina del Estado. Sin embargo, el emperador Alejo hacía todo lo contrario. Se preocupaba extraordinariamente por la paz. (...) Cuando la había, la mantenía por todos los medios y

24. *Deuteronomio*, XXXII 39.

cuando no la había, buscaba con desvelo el modo de hacerla retornar. Era él por naturaleza pacífico, pero las circunstancias lo obligaban a ser el más belicoso. Yo misma afirmaría con toda seguridad respecto a esta persona que el Imperio de los romanos, tras haber perdido durante mucho tiempo su conciencia imperial, solo con él volvió a recobrarla, como si aquella fuera la primera ocasión en que se le prestara hospitalidad dentro del Estado Romano.

3. Como decía al iniciar esta obra, me quedo admirada de cómo se desbordó la cuestión de la guerra. Era digno de verse cómo en todas las partes del interior y del exterior se producían alborotos. Pero el emperador Alejo preveía las intenciones ocultas y secretas de sus enemigos y conjuraba los quebrantos con todo tipo de medios, enfrentándose a los sediciosos del interior y a los bárbaros del exterior, adelantándose con su perspicacia a las conspiraciones de los conspiradores y reprimiendo sus embates. Personalmente, yo creo, basándome en el curso de los acontecimientos, que ese era el sino del Imperio, porque las estructuras del Estado se hallaban convulsionadas y todo el resto del mundo había enloquecido en contra del Imperio de los romanos en una situación parecida a la de alguien que se encuentra en un momento tan crítico, que se ve acosado por extranjeros y a la vez atormentado por sus compatriotas y físicamente agotado, pero al que la Providencia lo levanta para que responda a las adversidades de toda procedencia, tal como debía comprobarse en aquellos momentos. Y es que el bárbaro Bohemundo, a quien hemos citado con frecuencia, se disponía a marchar contra el Estado Romano a la cabeza de una importantísima expedición y alzaba en armas una muchedumbre de rebeldes procedentes de todos sitios, como he dicho más arriba en el preámbulo de este capítulo.

4. Eran cuatro en total quienes iniciaron la conjura, de apellido Anemas y de nombre Miguel uno, otro León, otro (...) y otro (...). Eran hermanos, primeramente por su sangre y en aquella ocasión también por sus intenciones, pues todos coincidían en el mismo fin, matar al soberano y apoderarse del cetro imperial. Los secundaban también otros nobles, los Antíocos, que eran de ilustre

linaje, los conocidos por Exazeno, Ducas y Hialeas, los varones más animosos que nunca nacieron para combatir, y además Nicetas Castamonites, un tal Curticio y Jorge Basilacio. Estos eran los principales conspiradores del estamento militar. A su vez, del senado figuraban Juan Salomón, al que por la abundancia de sus riquezas y la brillantez de su linaje, Miguel, que hacía la labor de jefe del cuarteto de los Anemas, le prometió engañosamente ungirlo emperador. Este Salomón, que pertenecía a la élite de la aristocracia senatorial, era el más bajo de estatura y el de temperamento más ligero, tanto entre sus colegas, como entre quienes lo habían engañado. Creía haber llegado a la cumbre en las disciplinas aristotélicas y platónicas, pero de hecho no había logrado ningún correcto conocimiento sobre la filosofía y más bien estaba cegado por lo abrumador de su ligereza.

5. Se dirigía, pues, a toda vela hacia el control del Imperio, como si fuera impulsado por los vientos de los citados Anemas. Pero estos eran en todo unos impostores. Los partidarios de Miguel no contaban con alzarlo al trono (¡faltaría más!), sino que aprovechaban la ligereza del hombre y su fortuna personal para su propio interés. Mientras drenaban las corrientes de su oro, se ganaron a aquel vanidoso con la esperanza de cederle el mando del Imperio con la intención de que, si las cosas marcharan por buen camino y los Hados fijaran en ellos benevolentemente sus ojos, tras un breve periodo de gloria y ventura, le darían un codazo, se lo quitarían de encima y ellos por su cuenta se adueñarían del cetro. No obstante, los términos en los que se dirigían a él no contenían mención del asesinato del soberano y no aludían a la necesidad de desenvainar la espada, ni al enfrentamiento ni a la lucha, a fin de no atemorizar pronto al hombre, ya que sabían que se acobardaba como nadie ante la idea de cualquier tipo de violencia. En suma, abrazaron al citado Salomón como el elemento más importante de todos. También se unieron en secreto a la facción Esclero y Jero, que acababa de dejar entonces la eparquía de Constantinopla.

6. Pero Salomón, que tenía un carácter bastante simple, como arriba se ha dicho, y que no comprendía nada de las acciones de Exazeno, Hia-

leas y los propios Anemas y, creyendo ser ya poseedor del Imperio de los romanos, hacía tratos con algunas personas y las seducía atrayéndoselas con promesas de regalos y dignidades. En una ocasión, cuando Miguel Anemas, el director del drama, marchaba a su encuentro, lo vio dialogando con uno y le preguntó sobre qué estaban hablando. Salomón con su habitual simpleza dijo: «Nos ha pedido un título y ha recibido mi promesa de concedérselo. Por ello, se ha comprometido a colaborar con nosotros en nuestro plan común». Aquel, tras haber reprobado su loca conducta y presa del miedo, no frecuentó su compañía como antes al percatarse de que no había nacido para contener su lengua.

VI. Final de la conspiración de los Anemas y clemencia de Alejo

1. Así pues, estos militares, es decir los Anemas, los Antíocos y los conjurados con ellos, conspiraban vilmente contra la persona del emperador para llevar a cabo sin dilación, cuando hallaran el momento oportuno, el planeado asesinato del soberano. Dado que la Providencia no les concedía ninguna oportunidad y el tiempo iba corriendo, por el temor a ser descubiertos creyeron haber encontrado la ocasión que estaban buscando. Como, después de despertarse al alba, con el deseo de evadirse agradablemente en determinados momentos de la amargura y las preocupaciones que lo abrumaban, el soberano solía recurrir a algunos de sus parientes para que lo acompañasen en sus partidas de ajedrez (este es un juego inventado para el ocio de los asirios y llegado a nosotros desde sus tierras) aquellos, que habían armado su mano rebelde y albergaban en sus entrañas la intención de asesinarlo, pensaban avanzar hasta la cámara imperial con la excusa de buscar al emperador.

2. Esta cámara imperial, donde los emperadores dormían, está situada a la izquierda de la iglesia del palacio puesta bajo la advocación de la Madre de Dios, aunque la gente la crea dedicada al gran mártir Demetrio.[25] A la derecha, había un atrio pavimentado con

25. De hecho, son dos iglesias contiguas, una consagrada a la Virgen y otra a San Demetrio.

mármol y la puerta de la capilla que daba a este se hallaba abierta para todos los que quisieran entrar. Por ello, en su plan figuraba la idea de penetrar en el interior de la capilla por allí, echar abajo las puertas que cerraban la cámara imperial y, posteriormente, una vez dentro, matar con la espada al soberano.

3. Pero aquellos asesinos ultimaban estos proyectos en contra del que ningún mal les había infligido y Dios les hizo fracasar en su plan. La conjura fue revelada por alguien al soberano y al punto se mandó buscar a todos. El emperador ordenó que primeramente fueran conducidos a palacio Juan Salomón y Jorge Basilacio para situarlos cerca de la cámara en la que él se encontraba rodeado de sus parientes, a fin de que se los sometiera a interrogatorio, ya que sabía hacía tiempo por algunas personas que ellos eran de corta inteligencia y por esto, creía, se pondría fácilmente al corriente de los planes. Pero, a pesar de ser sometidos a un continuo interrogatorio, negaban las acusaciones. El sebastocrátor Isaac intervino y, fijando su mirada en Salomón, dijo: «Conoces bien, Salomón, la bondad de mi hermano y emperador. Si revelas la totalidad de los planes, enseguida se te perdonará; pero si no lo haces, se te aplicarán tormentos insufribles». Aquel lo miró fijamente, observó a los bárbaros que rodeaban al sebastocrátor, con las espadas de doble filo sobre sus hombros[26] y, atemorizado, se apresuró a revelarlo todo. Acusó a sus cómplices, pero afirmando con vigor que no sabía nada del asesinato. Luego se los encarceló por separado, tras ser puestos a disposición de los funcionarios de palacio a cargo de su custodia.

4. También los demás fueron interrogados sobre la conjura. Una vez hubieron confesado todo sin ocultar el proyectado asesinato y se hubo reconocido la conspiración por parte de estos militares, especialmente por el cabecilla de la revuelta, Miguel Anemas, que aspiraba a asesinar al soberano, todos fueron deportados y confiscados sus bienes. La casa de Salomón, que era espléndida, fue entregada a la augusta; pero ella, haciendo gala de su bondad en tales trances y

26. La guardia varega.

conmovida por los lamentos de la esposa de Salomón, se la entregó en donación sin haberle sustraído ni una pequeña parte.

5. Encarcelaron a Salomón en Sozópolis.[27] Ordenó que se les cortara a rape el pelo de la cabeza y el de la barba a Anemas y a sus cómplices por ser los principales responsables y que marcharan en cortejo por medio de la plaza y luego, que se les sacasen los ojos. Los ejecutores los agarraron, los vistieron con túnicas, les adornaron la cabeza con intestinos de bueyes y ovejas al modo de ínfulas, los condujeron a los bueyes y, tras montarlos no a horcajadas, sino a un lado, los estuvieron paseando por el patio del Palacio Imperial. Unos maceros saltando ante ellos gritaban y cantaban una graciosa cancioncilla apropiada al cortejo y compuesta en lengua vulgar. La canción pedía que se invitase a todo el mundo a venir para que vieran a esos hombres cornudos, sediciosos y que habían afilado sus espadas contra el soberano.

6. Todos, sin importar la edad, acudían a ver semejante espectáculo, de modo que también nosotras, las hijas del emperador, salimos y contemplamos el espectáculo a escondidas. Cuando la gente pudo ver que Miguel miraba al palacio y levantaba las manos suplicantes al cielo pidiendo con el gesto que le fueran separados los brazos de los hombros, las piernas de los glúteos y que fuera seccionada su cabeza, a todo ser vivo le brotaban las lágrimas y los lamentos, especialmente a nosotras, las hijas del emperador. Yo, con el deseo de librar al hombre de aquel tormento, llamé repetidas veces a la emperatriz, mi madre, para que contemplara el cortejo. Nos ocupábamos de esos hombres por causa del emperador, para que no se viera privado de tan excelentes militares y en especial de Miguel, en tanto en cuanto había sido pronunciada contra él una condena más dura.

7. Como decía, al ver yo cuánto lo estaba humillando la desgracia, forzaba a mi madre para que intentara de algún modo librar a los hombres del desastre que ya les era inminente. Los ejecutores hacían el camino con bastante lentitud, buscando ocasión para el per-

27. En Tracia, a orillas del mar Negro.

dón de los criminales. Ante su demora en presentarse (se encontraba sentada al lado del soberano en el lugar donde, frente a una imagen de la Virgen, rezaban juntos las oraciones destinadas a Dios), bajé y me situé al otro lado de las puertas. Temerosa porque no me atrevía a entrar, llamé con una señal a la emperatriz. Finalmente, ella me hizo caso y subió. Cuando vio el espectáculo que estaba ofreciendo Miguel, prorrumpió en lamentos, retornó entre cálidas lágrimas junto al emperador le rogó repetidas veces que le perdonara los ojos a Miguel.

8. Sin esperar un instante, se envió al hombre que debía detener a los verdugos. A pesar de su rapidez, los alcanzó dentro del lugar llamado «Las Manos», que, una vez atravesadas, no libran a nadie del cumplimiento del castigo. Los emperadores fijaron esas manos de bronce en un sitio elevado, en una alta bóveda de piedra. Su deseo era que si un condenado a muerte por la ley iba pasando por debajo de ellas y en el camino le llegaba la concesión del indulto imperial, se librara de la pena. Era como si las manos dieran a entender que el emperador los había vuelto a abrazar, los había retenido por entero con sus manos y aún no se habían librado de las manos de su clemencia. En el caso de que se traspasaran, era señal de que a partir de ahí el poder imperial los había desahuciado.

9. En suma, la suerte de los condenados depende de los Hados, que yo estimo es una opción decidida por Dios, cuyo auxilio debemos invocar. Pues o el anuncio del perdón les llega a estos desgraciados a su paso por las manos y se ven libres de la pena, o, una vez atravesadas las manos, han perdido la oportunidad de salvarse. Yo todo lo atribuyo a la Divina Providencia, que también en aquellos momentos salvó a aquel hombre de perder la vista. Al parecer, Dios nos movió entonces a la clemencia. En efecto, el portador del mensaje de la salvación se apresuró y le entregó la nota del indulto a los que conducían a Miguel dentro de la bóveda, donde están fijadas las manos de bronce y, tras hacerse cargo de este, llegó a la torre que existe cerca de palacio y lo encerró allí. Así se le había dado orden de actuar.

VII. Rebelión de Gregorio Taronites[28] en Trapezunte y actitud clemente del emperador hacia él

1. Este hombre no se había liberado aún de su prisión, cuando, a su vez, la prisión de Anemas retuvo a Gregorio. Era una torre de las que formaban parte de las murallas de la ciudad, cerca del palacio de Blaquernas. Se la llamaba «Torre de Anemas», como si se le hubiera asignado esta denominación de oficio por ser Anemas el primero que recibió como preso y encadenado, quien pasó mucho tiempo en ella. Pues bien, cuando corría la duodécima indicción,[29] se nombró duque de Trapezunte al ya citado Gregorio, que albergaba en su seno de mucho tiempo atrás la intención de promover una sublevación y que durante su camino hacia Trapezunte sacó a la luz sus secretos proyectos. Cuando se encontró con Dabateno,[30] que volvía a Constantinopla, una vez transferido a Taronites el poder ducal, no tardó en encadenarlo y encerrarlo en Tebena,[31] y no solo lo hizo con Dabateno, sino incluso con bastantes personajes ilustres de Trapezunte y con los sobrinos de Baqueno. Como no se libraban de sus cadenas y de su prisión, tras ponerse todos de acuerdo, redujeron a quienes los vigilaban por la orden vejatoria del rebelde, los condujeron fuera de las murallas, los expulsaron lejos y se apoderaron de Tebena.

2. El soberano lo mandó venir continuamente a través de cartas. En alguna ocasión, también le aconsejaba que concluyera con sus muy nefastas actividades, si es que deseaba obtener el perdón y recibir de nuevo su primitiva posición. Alguna vez incluso llegó a amenazarlo si no obedecía. Pero aquel tenía tan pocas intenciones de hacerles caso a los provechosos consejos del soberano, que remitió una extensa misiva donde censuraba no solo a las principales personalidades del senado y

28. Sobrino de Miguel Taronites, esposo de María Comnena, hermana del emperador Alejo.

29. Septiembre 1103-septiembre 1104.

30. Acababa de ser relevado en el cargo de duque de la ciudad. Ver sobre este personaje III IX.3.

31. Entre Sebaste y Amasea.

del ejército, sino incluso a los mismos parientes y allegados del soberano. Al percatarse el soberano por esa carta de que él iba de mal en peor, de que se había vuelto completamente loco, desahuciándolo ya sin reservas, cuando transcurría la decimocuarta indicción,[32] envió contra él a Juan,[33] el sobrino de su hermana primogénita y primo por parte de padre del rebelde, en principio para facilitarle con sus consejos el mejor medio de obtener su salvación, confiado en que lo obedecería gracias a la cercanía de su parentesco y a su sangre común. Si no aceptaba, debía enfrentarse a él por mar y tierra al mando de una nutrida tropa.

3. Cuando Gregorio Taronites se enteró de su llegada, salió y marchó en dirección a Colonea,[34] una localidad muy fortificada e inexpugnable, con intención de hacer llamar en su auxilio a Tanismanes.[35] Durante su camino, Juan se enteró de ello, separó de su ejército a los celtas y a la élite de las tropas romanas, y los mandó contra él, con quien libraron una violenta batalla nada más darle alcance. Dos valientes soldados que se lo encontraron, lo capturaron tras haberlo derribado a lanzazos de su caballo. Luego, así cautivo, lo condujo Juan al soberano y le juró que en absoluto lo había mirado ni dirigido la palabra durante el camino. Sin embargo, intercedía por él insistentemente ante el emperador, ya que este fingía querer privarlo de la vista.

4. A duras penas descubrió su fingimiento el soberano, accediendo a partir de ese instante a los ruegos de aquel, y recomendó no divulgar su decisión. Al cuarto día, ordenó que se le pelaran a rape los cabellos de su cabeza y de su barba, que fuera conducido en medio de la plaza y que fuera luego conducido con aquel aspecto dentro de la citada Torre de Anemas. Como a pesar de su reclusión continuaba siendo un insensato y lanzaba diariamente locas profecías a los guardianes, el soberano gracias a su infinita bondad pensó que merecía amplia atención, de modo que cambiase y diera alguna

32. Septiembre 1105-septiembre 1106.

33. El hijo de Miguel Taronites.

34. Cerca de Bayburt.

35. El emir Ghâzi Gümüs Tegin (1104-1134?), hijo del emir que aparece en XI III.5, Ghâzi-ibn-Danishmend.

señal de arrepentimiento. Pero él volvía a adoptar idéntica actitud y hacía llamar a mi césar continuamente, ya que era desde hacía tiempo amigo nuestro. El soberano accedía a ello para que lo sacara de su profundo desánimo y le brindara sus mejores consejos. Pero él se mostraba lento en su avance hacia una transformación positiva, por eso permaneció más tiempo encarcelado. Posteriormente, se pensó que merecía el indulto y estuvo gozando de tantas atenciones, presentes y honores, como nunca antes lo hiciera de acuerdo con el carácter del que hacía gala mi emperador en semejantes circunstancias.

VIII. Desobediencia de Contostéfano y su posterior desastre

1. Mientras adoptaba estas disposiciones contra los conjurados y contra el rebelde Gregorio, no se olvidaba tampoco de Bohemundo e hizo llamar a Isaac Contostéfano,[36] lo nombró gran duque de la flota y lo despachó a Dirraquio, amenazándolo con quitarle los ojos si no lograba anticiparse a la travesía de Bohemundo hacia el Ilírico. Expedía, asimismo, continuas cartas a su sobrino Alejo, duque de Dirraquio, donde lo animaba y lo disponía para que estuviera siempre alerta y para que ordenase a los vigías de la costa hacer eso mismo, de modo que Bohemundo no pasara inadvertido en el momento de su travesía, y que inmediatamente se le hiciese saber por carta.

2. Estas eran las medidas que adoptaba el soberano. Pero Contostéfano, que no tenía más órdenes que vigilar cuidadosamente el estrecho de Longibardía, impedir el paso en dirección a Dirraquio de las avanzadillas de Bohemundo, que transportaban la impedimenta militar de una costa a otra, y no permitir que se les facilitase suministro alguno desde Longibardía, se marchó e ignoró en su marcha el sitio por donde deben hacer la travesía quienes navegan hacia el Ilírico. Pero no quedó ahí la cosa, incluso hizo caso omiso

36. Militar desde su primera juventud. Ya había participado en anteriores campañas, como la represión por parte del eunuco Juan del rebelde Nicéforo Meliseno (Nicéforo Brienio, IV 39). Con el título de protonobilísimo, participó en el sínodo que tuvo lugar en Blaquernas en 1094 que condenó a León de Calcedonia.

a las órdenes recibidas y atravesó el mar en dirección a Hidrunte,[37] que es una ciudad costera de Longibardía. Esta ciudad tenía por gobernadora a una mujer, que no sé si era madre de Tancredo, como se afirmaba, o hermana del muy citado Bohemundo o no tenía nada que ver con ambos, pues ignoro por completo si el parentesco de Tancredo con Bohemundo era por parte de padre o de madre.

3. Tras arribar allí y atracar las naves, intentaba apoderarse de las murallas y llegó casi a tenerlas en sus manos. Cuando comprobó este hecho, la mujer que residía en el interior y que era inteligente y firme en su carácter, en cuanto fondearon allí las naves, se apresuró a llamar con emisarios a uno de sus hijos. Como toda la flota confiaba ya en que tenían en sus manos la ciudad y pronunciaban todos la aclamación al emperador, también aquella mujer, dada la crítica situación en la que se hallaba, ordenó hacer lo mismo a los del interior. Al mismo tiempo, envió una embajada a Contostéfano, que le transmitió la sumisión al soberano y prometía suscribir un tratado de paz y acudir a su encuentro para departir sobre sus proyectos a fin de que él se lo hiciera saber todo al soberano. Urdía semejantes tretas, dejando en suspenso el plan de Contostéfano, por si llegaba su hijo entre tanto y entonces, tras desmontar el escenario, como dicen los trágicos, pudiera afrontar la batalla.

4. Mientras las aclamaciones del interior se fundían con las del exterior y se generalizaban en los alrededores, gracias a que aquella belicosa mujer, valiéndose de palabras y promesas embusteras, había dejado en el aire el plan de Contostéfano, como se ha dicho, llegó el hombre que esperaba en unión de los condes a cuyo frente marchaba, quien, tras atacar en el mismo lugar a Contostéfano, lo derrotó por completo. Todos los hombres de la flota, como desconocedores que eran de las tácticas del combate en tierra, se precipitaron en el mar. Los escitas, por su parte (había muchos en el ejército romano), que se habían adelantado en busca de botín durante la batalla, según costumbre de dichos bárbaros, tuvieron que ver cómo eran capturados seis de ellos, que fueron enviados a Bohemundo y, tras haberlos

37. Otranto.

visto y tomándolos como un magnífico botín, partió con ellos en dirección a Roma.

5. Tras llegar ante el trono apostólico y dialogar con el papa,[38] inflamó sin reservas su ira contra los romanos y excitó la inveterada cólera de esos bárbaros contra nuestra raza. Con idea de enfurecer más a los italianos que rodeaban al papa, Bohemundo presentó a los escitas capturados, como si demostrara con estos hechos que el soberano Alejo, por su hostilidad contra los cristianos, estaba alineando en su ejército a bárbaros infieles y a arqueros a caballo de extraños orígenes que blandían sus armas y tensaban sus arcos contra los cristianos. A cada palabra suya le señalaba al papa aquellos escitas, vestidos a la usanza escita y con el aspecto de bárbaros y según la costumbre de los latinos, los denominaba paganos, mientras se burlaba de su nombre y su apariencia. Ladinamente, se había consagrado a esta cuestión de la guerra contra cristianos, parece ser, para convencer también a la opinión pontificia de que se había movilizado de modo razonable en contra de la hostilidad de los romanos y con la pretensión simultánea de reclutar espontáneamente a muchos hombres rudos e insensatos. ¿Qué bárbaro, cercano o lejano, no hubiera acudido voluntariamente a la guerra contra nosotros, cuando exhortaba a ello el parecer del pontífice y una causa aparentemente justa armaba todo caballo, a todo hombre y mano de soldado? Incitado, pues, el papa por las palabras de ese y acorde con él, ordenó el paso al Ilírico.

6. Pero volvamos a lo de antes. Así pues, los soldados en tierra se batían resueltamente en la batalla. A los demás los recogió el bronco rugido del mar. Los celtas acabaron entonces por tener en sus manos una brillante victoria. Nuestros más valientes soldados, por su parte, y en mayor grado los de más alto linaje entre los que se distinguían sobre todo el famoso Nicéforo Exazeno, Hialeas, su primo Constantino Exazeno, llamado Ducas, el muy valiente Alejandro Euforbeno y otros de su mismo rango y clase, dando muestras de su impetuosa fuerza, se volvieron, sacaron sus espadas y estuvieron luchando con todo vigor y empeño contra los celtas. Tras asumir todo el peso del

38. Pascual II (1099-1118).

combate y, tras haberlos derrotado, se alzaron sobre ellos con una brillante victoria.

7. Aprovechando la tregua que obtuvo en las acometidas de los celtas gracias a estas hazañas, Contostéfano soltó amarras y con toda su flota arribó a Aulón. Como en el curso de su primera llegada a Dirraquio había dispersado las naves de guerra que tenía a sus órdenes entre Dirraquio y el lugar llamado Quimara (dista Dirraquio de Aulón cien estadios[39] y Aulón de Quimara sesenta estadios),[40] pudo enterarse ahora de la inminente travesía de Bohemundo. Supuso que era más previsible su paso hacia Aulón porque la distancia hacia Aulón era menor que hacia Dirraquio y que debía por eso procurar la defensa de Aulón. Partió, pues, con los otros duques, inspeccionó con detenimiento el estrecho de Aulón y situó vigías en la cima de la llamada montaña de Jasón para que vigilaran el mar y controlasen las naves que lo surcaban.

8. Un celta, que acababa de hacer la travesía desde la otra orilla, les aseguró que el paso de Bohemundo estaba a punto de producirse. Los Contostéfano,[41] cuando se enteraron de esta noticia, asustados por la batalla naval contra Bohemundo (pues solo su fama les aterraba), fingieron estar enfermos y precisar por ello unos baños. Landulfo, que comandaba toda la flota y que poseía desde mucho tiempo atrás una abundante experiencia de la guerra en el mar y del combate naval, les recomendaba con encarecimiento que anduvieran en permanente vigilancia y esperasen el ataque de Bohemundo. Los Contostéfano, a su marcha en dirección a Quimara para tomar los baños, dejaron como responsable de la vigilancia en Glosa, lugar que no se halla lejos de Aulón, con una monere del tipo excusato al llamado segundo drungario de la flota. Landulfo, por su parte, permanecía en Aulón acompañado por un modesto número de naves.

39. 15 kilómetros.

40. 9 kilómetros.

41. Eran dos hermanos, Isaac, el gran duque de la flota entre 1106 y 1107, y Esteban.

IX. Bohemundo llega al Ilírico. Inicio del sitio de Dirraquio

1. Dispuestas así las cosas, partieron para tomar los baños o con la excusa de tomarlos. Bohemundo, por su parte, se hizo rodear de doce naves piratas, todas birremes y dotadas de numerosos remos que producían con su continuo golpear en el mar un ruidoso y sonoro rumor. Distribuyó por cada banda en torno a dicha flota naves mercantes y encerró en su interior, como en un recinto, la flota de guerra. Se hubiera podido decir al contemplarla y verla a lo lejos desde un puesto de vigilancia que esta expedición naval que iba avanzando era una ciudad flotante. También coincidió que la suerte le dispensaba sus favores. En efecto, el mar estaba en calma, y de cuando en cuando soplaba una ligera brisa del sur que hinchaba las velas de las naves mercantes. Así, era fácil que hubiera un viento de cola, que los barcos de remo avanzaran en línea recta con las embarcaciones de vela y que el ruido, producido en medio del mar, sonara en ambas orillas del mar Adriático. Tan asombroso espectáculo ofrecía la flota bárbara de Bohemundo, que, aunque se aterrasen los hombres de Contostéfano, yo no podría lanzarles reproches ni acusar a los hombres de cobardía. Incluso la famosa flota de los Argonautas, y no solo los Contostéfano, los Landulfo y algunos parecidos, habrían sentido miedo ante este hombre y la flota que traía.

2. Landulfo, cuando vio que Bohemundo venía navegando con un aspecto tan aterrador y rodeado de innumerables naves mercantes, como hemos señalado antes muy detalladamente, se alejó un poco de Aulón por su incapacidad para combatir contra tan gran fuerza y dejó a Bohemundo paso franco. Este, tras aprovechar la coyuntura favorable, cruzó desde Bari hasta Aulón, trasladó toda su flota a la otra orilla y, tras desembarcar, primeramente devastó por entero la zona costera al frente de un ejército innumerable de francos, de celtas, de todos los hombres pertenecientes al ejército romano originarios de la isla de Thule[42] que se habían pasado al bando de Bohemundo por las

42. Parece ser que eran hombres originarios de Gran Bretaña.

imposiciones del momento y, más aún, de hombres de raza germánica y celtíberos.[43] Cuando los hubo reagrupado a todos, los diseminó por toda la franja del interior que corre junto al mar Adriático y, tras asolarla completamente, atacó a continuación Epidamno, a la que llamamos Dirraquio, con el objetivo de tomar esta ciudad y luego, de este modo, devastar el territorio hasta Constantinopla.

3. Siendo como era Bohemundo un hombre hábil para los asedios, en los que conseguía superar al famoso Demetrio Poliorcetes, y con Epidamno en su mente, movilizó todo ingenio mecánico de asedio existente contra esta ciudad. La rodeó primero con su ejército y asedió los enclaves próximos y distantes de la ciudad de Dirraquio, en unas ocasiones con la oposición de tropas romanas; en otras, libre de quienes se lo impedían. Mientras se producían muchos combates, destrucciones y matanzas, como hemos señalado arriba, ponía su atención en el propio sitio de la ciudad de Dirraquio.

4. Pero antes de meternos en materia sobre la famosa batalla de Dirraquio provocada por el rebelde Bohemundo, debemos explicar qué posición ocupa la ciudad. Se halla en la mitad de la costa del Adriático, que es un mar interior, amplio y que se extiende anchuroso hasta la orilla italiana. Se prolonga en dirección al norte y se

43. Parece ser que Ana Comnena se está refiriendo con esta denominación a hombres procedentes del condado de Barcelona y de Cataluña. En primer lugar, las fuentes antiguas de las que bebe Ana Comnena sitúan a los celtíberos en la parte oriental de la Península Ibérica, aunque no llega a la costa mediterránea, siendo su punto extremo Zaragoza y Teruel, hecho que no invalida la hipótesis ya que no es descabellado aducir la falta de un conocimiento exacto de la geografía peninsular en la autora. Por otro lado, aquella región tenía lazos históricos desde muy antiguo con el Rosellón y la Provenza, regiones importantes en la Primera Cruzada. Como hemos visto en I XII.11, una hija de Roberto Guiscardo era esposa de Ramón Berenguer II. Su hermano gemelo, Berenguer Ramón II tuvo que acudir en compañía de sus fieles a la Cruzada como expiación por el asesinato de su hermano. Por otro lado, mientras el resto de las tierras de España luchaba en la Reconquista contra los musulmanes, combate que el papado consideraba una Cruzada particular y que eximía a la nobleza aragonesa y castellana de asistir a sus correligionarios del resto de Europa, en Cataluña esa situación no se daba. Finalmente, sabemos que en el año 1102, se hallaba en la corte de Alejo el obispo de Barcelona, a quien encargó el emperador un mensaje a Pascual II.

dobla al Oriente hacia las tierras de los bárbaros vetones,[44] frente a quienes se halla el país de Apulia. Estos son los límites del Adriático. Dirraquio, o Epidamno, es una antigua ciudad griega que se halla al sur de Eliso, y Eliso está al nordeste.

5. Esta población llamada Eliso, no sabría decir con certeza si recibió su denominación por un río Eliso que desemboca en el caudaloso río Drimón o si tiene esa denomina sencillamente porque sí. Eliso es un enclave elevado y completamente inexpugnable que domina, según se dice, la llanura de Dirraquio. Es tan segura que ofrece protección a Dirraquio por tierra y por mar. Gracias al uso que de la citada ciudadela de Eliso hizo el soberano Alejo para auxilio de la ciudad de Epidamno, pudo fortificar Dirraquio por el río Drimón, que es navegable, y por tierra. Introdujo por el continente y por mar todas las provisiones que eran precisas para la alimentación de sus soldados y moradores, y todo el material necesario para armas y para la guerra.

6. Por añadir algunos datos sobre el río Drimón y su curso, diré que fluye desde lo alto del lago Licnitis, al que la gente llama Acrida con un término de origen bárbaro, y desde el monte Mocro a través de unas cien zanjas que denominamos canales. Esos ríos fluyen, como desde diferentes fuentes, separados del lago en número de cien y sin cesar. Luego, se unen así con el río que pasa por Deure, a partir de donde se llama Drimón, y aumentando su caudal, lo ensanchan y lo hacen más grande. Este río, tras bordear las fronteras de los dálmatas, sube hacia el norte, luego se dobla hacia el sur y llegando a los pies de Eliso, desemboca en el golfo del Adriático.

7. Queden así descritas la posición de Dirraquio y de Eliso, y las fuertes defensas de ambos lugares. El emperador, que aún permanecía en la ciudad imperial, al conocer por las cartas del duque de Dirraquio la travesía de Bohemundo, apresuró su partida. El duque de Dirraquio, que vigilaba sin reposo y no concedía a sus ojos el descanso del sueño, cuando supo que Bohemundo había cruzado

44. Piratas eslavos asentados en la costa del Ilírico en guerra permanente con los venecianos.

el mar hasta ganar las llanuras del Ilírico, que había desembarcado de su nave y fijado allí mismo su campamento, mandó buscar a un escita con alas en los pies, según dice la expresión, con el fin de informar al soberano de la venida de aquel. El emisario encontró al soberano cuando regresaba de una cacería, entró a toda prisa y gritó con clara voz, la cabeza en tierra, la travesía de Bohemundo. Todos los presentes quedaron clavados en el lugar que casualmente ocupaba cada uno, aturdidos por el solo nombre de Bohemundo. Pero el soberano, haciendo gala de su valor y de su sangre fría, mientras desataba el cordón de su calzado, dijo: «Vayamos ahora a almorzar. Luego veremos qué hacemos con Bohemundo».

Retrato de Alejo I procedente de un manuscrito de la Biblioteca del Vaticano.

LIBRO XIII

Continuación de las campañas de Bohemundo. Conjuras. Tratado entre Bohemundo y Alejo (1107-1108)

I. Alejo parte de la capital. La conjura de Aarón

1. Todos quedamos admirados por la talla que mostró el soberano en tales momentos. Si bien parecía no prestarle atención a la noticia a causa de los presentes en aquel lugar, de hecho, su cabeza no cesaba de darle vueltas a la cuestión. Estimó que debía salir otra vez de Bizancio. Aunque reconociera que la situación volvía a serle desfavorable en su casa, sin embargo, una vez adoptadas las disposiciones adecuadas sobre el palacio y la emperatriz de las ciudades, y encargados de su gobierno el eunuco Eustacio Ciminiano,[1] gran drungario de la flota, y Nicéforo, el hijo de Decano, partió de Bizancio en unión de algunos de sus parientes consanguíneos el uno de noviembre de la primera indicción,[2] y llegó a la tienda imperial de color púrpura situada en las afueras de Geranio.[3]

2. Temía que en el momento de su partida la Virgen de Blaquernas no realizara el acostumbrado milagro. Por ello, tras esperar cuatro días en aquel lugar, hizo con su esposa el camino de vuelta a la hora del crepúsculo y entró de incógnito en el templo dedicado a la Virgen en unión de unos pocos íntimos. Una vez realizado el habitual canto de los himnos y rezadas las oraciones más fervorosas,

1. Esta es la última vez que Ana Comnena menciona al eunuco Eustacio Ciminiano en *La Alexíada*.

2. Año 1107.

3. Arrabal de Constantinopla.

se cumplió el acostumbrado milagro y así se marchó de la iglesia firmemente ilusionado.[4]

3. Al día siguiente emprendió camino en dirección a Tesalónica. Al llegar a Querobacos nombró eparca a Juan Taronites. Era este un aristócrata, vinculado a él desde niño. Tenía el cargo de secretario desde hacía tiempo porque era una persona de inteligencia muy despierta, conocedora de la legislación romana. Cuando se le ordenaba hacerlo, se expresaba en los decretos imperiales con términos magníficos y dignos de la majestad del emperador. Era franco en sus palabras, aunque hablaba sin el escándalo que caracteriza al desvergonzado y se comportaba como aconseja el Estagirita[5] que sea el dialéctico.

4. Mientras se alejaba de aquel lugar, enviaba sin descanso cartas a Isaac,[6] el duque de la flota, y los que con él se hallaban, es decir Exazeno, Ducas y Hialeas, con la orden de que permanecieran alerta y repelieran a quienes navegaran al encuentro de Bohemundo desde Longibardía. A su llegada al Mesto,[7] la augusta reveló su deseo de retornar a palacio, pero el soberano la obligó a continuar adelante. Nada más cruzar ambos el río llamado Euro, fijaron sus tiendas en Psilo.[8]

5. Él, que había escapado de un intento de asesinato, hubiera sido víctima de otro, si una fuerza divina no hubiera apartado a los asesinos de su empeño. Cierto hombre que pertenecía a un linaje entroncado en parte con el de los famosos Aronios,[9] aunque fuera

4. En el año 1031, se descubrió un icono de la Virgen en la iglesia de Blaquernas, que se recubrió con un lujoso velo. El milagro tenía lugar todos los viernes por la tarde y consistía en la elevación y mantenimiento en el aire del velo a intervalos regulares sin ninguna causa natural que lo explicara. Lógicamente, cuando no se producía el milagro, los fieles creían que nefastos acontecimientos iban a tener lugar.

5. El filósofo Aristóteles (384-322 a. C.), nacido en Estagira, ciudad situada en el centro de Macedonia, próxima a la costa oriental de la península Calcídica.

6. Contostéfano.

7. Río de Macedonia oriental.

8. Ípsala, en la Tracia meridional, cerca del río Maritza.

9. Eran los descendientes de Iván Vladislav (cuyo padre fue Aarón I), zar de Bulgaria entre 1015-1018. Tras varios enfrentamientos contra los bizantinos que de-

descendiente de bastardos, instigaba al sector sedicioso para que asesinara al soberano. Había puesto en conocimiento de su propio hermano Teodoro el plan secreto. No es mi deseo aclarar si había otros sediciosos cómplices en este delito. A pesar de todo, lograron que un esclavo escita de nombre Demetrio (su amo era precisamente Aarón) fuera el agente del crimen y determinaron como momento para el asesinato el instante en el que la emperatriz se marchara, a fin de que el escita aprovechase la ocasión y clavase su cuchillo en el costado del emperador, ya fuera en una encerrona, ya fuera a escondidas mientras dormía.

6. Demetrio, que respiraba el asesinato, afilaba el arma y tenía lista su diestra criminal. Entonces, la justicia jugó un papel imprevisto. La emperatriz no se apartó enseguida del emperador, sino que lo fue acompañando día tras día, porque el soberano la animaba a ello. Aquellos asesinos, al ver que la incansable escolta, es decir, la emperatriz, retrasaba aún su partida, descorazonados, escribieron unos libelos y los arrojaron a la tienda del soberano (quienes los arrojaban no eran conocidos por el momento; la palabra «libelo» define determinados escritos injuriosos), donde aconsejaban al soberano que continuara su avance y a la augusta que tomara el camino de Bizancio. La ley sanciona los libelos con los más duros castigos: que se consuman estos en el fuego y que sean sometidos a las más penas más severas quienes osan escribirlos. Como fracasaron en sus objetivos, cayeron en la necedad de los libelos.

7. Una vez, cuando el soberano había terminado su almuerzo y el personal se había retirado excepto el maniqueo Romano, el eunuco Basilio Psilo y Teodoro, el hermano de Aarón, se volvió a descubrir un libelo depositado sobre el lecho del emperador que contenía un extenso ataque contra la emperatriz por acompañar al emperador y por no volver inmediatamente a la capital. Ese era su plan, poseer una total libertad de movimientos. El soberano, que conocía a su

---

seaban restaurar su autoridad sobre la zona, fue derrotado en 1017 en la batalla de Setina y, finalmente, muerto ante los muros de Dirraquio en 1018. A partir de ese instante, su viuda, herederos y la nobleza búlgara se sometió a Basilio II Bulgaróctono. La familia real fue acogida en Constantinopla y recibieron honores y una elevada posición en la corte. El Aronio de *La Alexíada* puede haber sido el hijo o el nieto de ese rey.

autor, dijo repleto de cólera mirando a la emperatriz: «O tú o yo o alguno de los presentes ha arrojado esto». En su parte inferior estaba escrito: «Este libelo lo escribo yo, el monje que vos, emperador, por ahora no conocéis, pero al que veréis en sueños».

8. Constantino, un eunuco que había servido al padre del emperador y que atendía la mesa imperial, al servicio entonces de la emperatriz, mientras se hallaba situado a la tercera vigilia de la noche en el exterior de la tienda imperial, cumpliendo con el preceptivo canto de los himnos, oyó que uno gritaba: «Que nadie me cuente entre los hombres si yo no voy, revelo vuestros planes completos y muestro mi desprecio a los libelos que habéis lanzado». Aquel ordenó sin dilación a su sirviente que fuera a buscar al hombre que estaba gritando. Este partió y, como reconoció a Estrategio, el servidor de Aarón, se hizo cargo de él y lo condujo junto al servidor de la mesa. Una vez presente, enseguida reveló cuanto conocía. Constantino lo tomó consigo y marchó junto al soberano.

9. En ese momento la pareja imperial dormía. Pero se encontró con el eunuco Basilio, quien le obligó a comunicar ya al emperador las palabras de Estrategio, el criado de Aarón. Aquel entró enseguida e introdujo asimismo a Estrategio. Sometido a un detallado interrogatorio, descubrió entera la historia de esos estúpidos libelos, al autor de la idea del asesinato y al hombre mismo encargado de dar muerte al emperador. «Pues», dijo, «mi señor Aarón, en unión de otros que Vuestra Majestad en absoluto ignora, ha conjurado contra vuestra vida, y os tenían destinado a mi compañero de servidumbre Demetrio, un hombre de raza escita, de criminales intenciones, de brazos fuertes, muy audaz en cualquier empresa y de espíritu salvaje y atroz. Le entregaron una espada de doble filo y le encomendaron la inhumana misión de aproximarse completamente resuelto a vos y hundir su espada en vuestras imperiales entrañas».

10. El emperador, remiso a creer tales acusaciones, le dijo: «Ten cuidado no sea que estés urdiendo esta confesión por enemistad hacia tus señores y tu compañero de servidumbre. Vamos, di toda la verdad y todo lo que sabes. Si te cogiéramos mintiendo, este asunto de las acusaciones no acabaría bien para ti». Aquel, que se reafirmaba en que estaba diciendo la verdad, fue entregado al eunuco Basilio para que le diese los necios escritos hasta entonces elaborados. Este

lo tomó a su cargo, partió y lo condujo a la tienda de Aarón mientras todos dormían. De allí sacó una bolsa militar llena de escritos y la entregó a Basilio. Al amanecer, el emperador, tras haber visto semejantes escritos y al corriente del asesinato planeado contra él, ordenó a las autoridades de la capital que se confinara a la madre de Aarón en Querobacos y que Aarón (...) y Teodoro, su hermano, lo fueran en Anquialo. Estos acontecimientos lo apartaron de proseguir su camino durante cinco días.

II. Alejo organiza sus tropas. Bohemundo comienza el asedio de la ciudad de Dirraquio

1. Mientras hacía el camino hacia Tesalónica, se iban congregando en el mismo punto tropas de todas procedencias y estimó necesario coordinar el ejército con una formación de combate. Inmediatamente, las falanges comenzaron a emplazarse por secciones, sus jefes se situaron a la cabeza, seguía por detrás la formación de retaguardia, y los que ocupaban el centro de la falange se mantenían con sus armas relucientes (era aquella formación un tremendo espectáculo), todos compactos en su unión como las piedras que forman la muralla de una ciudad. Hubiérase dicho que se veía a estatuas de bronce y a una masa de soldados que inundaba la llanura, todos quietos, donde solo se agitaban las lanzas, como si estuvieran intranquilas por su deseo de tocar la piel humana. El emperador, tras disponer esta formación, hacerla maniobrar y percibir cómo se movían hacia la derecha y hacia la izquierda, separó de toda la formación al contingente de nuevos reclutas y nombró jefes a los hombres que él había instruido y formado con especial dedicación en el arte de la guerra. Eran en total trescientos, todos jóvenes y fuertes, con cuerpos llenos de vida y cada uno de ellos con la barba aún reciente en su rostro, todos asimismo muy diestros en tensar el arco y muy impetuosos a la hora de arrojar la lanza. Habían sido reunidos desde diferentes procedencias y eran una tropa de élite extraída del ejército romano organizada bajo las órdenes del emperador como general, pues era para ellos el

emperador un general y un instructor. En suma, una vez seleccionados los más diestros de ellos y nombrados sus capitanes, los envió a los valles por donde iba a cruzar el ejército bárbaro. Él, por su parte, decidió pasar el invierno en Tesalónica.

2. Como decíamos, tras despedirse de su tierra, el rebelde de Bohemundo pasó con una muy potente flota desde aquellas tierras hasta las nuestras y desplegó todo el ejército franco para asolar nuestras llanuras. Marchó sobre Epidamno con intención de apoderarse de ella al primer ataque, si pudiera. Si no, plantaría máquinas de asedio y catapultas en torno a toda la ciudad. Con este objetivo, pues, acampó frente a la puerta que se abre a Oriente, encima de la cual hay un jinete de bronce, y tras una inspección comenzó el asedio. Durante todo el invierno estuvo pensando y estudiando los puntos por donde era factible tomar Dirraquio y cuando la primavera comenzaba a sonreír, al tener ya todas sus tropas en esta orilla, prendió fuego a sus naves de mercancía y a las que habían llevado caballos y soldados. Adoptó esta medida estratégica para que su ejército no tuviese la vista puesta en el mar y porque lo forzaba a ello la flota romana. Y dirigió toda su atención al asedio.

3. Primeramente, desplegó alrededor su ejército bárbaro y planeó escaramuzas destacando pelotones de soldados del ejército franco (los arqueros del ejército romano también los acosaban con sus flechas, unas veces desde las torres de Dirraquio, otras desde lejos). Atacaba y era atacado. Se adueñó de Petrula, de la aldea de Milo, situada más allá del río Diabolis y de otros lugares similares que se encontraban en torno a Dirraquio, con todo se quedó por derecho de conquista. Lograba estos éxitos gracias a su destreza bélica. Entre tanto, iba construyendo máquinas de guerra, preparando tortugas fortificadas con torretas y arietes, algunas trincheras y más tortugas para proteger a los zapadores. Trabajó durante todo el invierno y el verano atemorizando con amenazas y con hechos a quienes eran pusilánimes.

4. Pero no podía vencer en el combate a la valentía romana. Se frustraron también sus planes en el aspecto relacionado con la intendencia. Todo lo que había rapiñado previamente por los alrededores

de Dirraquio acabó consumiéndolo, y el suministro de las provisiones esperadas era obstaculizado por los soldados del ejército romano que se habían adelantado a ocupar valles, pasos e incluso el mar. Sobrevino entonces un hambre general que hacía perecer por igual a hombres y caballos, ya que no había ni forraje para los caballos ni alimentos para los hombres. Se le añadió también al ejército bárbaro la desgracia de una enfermedad del vientre, parece ser que por causa de una escasa alimentación, es decir por comer solo mijo; pero en realidad, era la cólera de Dios, que se abatía sobre tan numeroso y aguerrido ejército y que provocaba las muertes de uno tras otro.

III. Continuación del asedio de Dirraquio. Ingenio militar de Bohemundo y recursos de los defensores

1. No obstante, estas adversidades se le antojaban leves a un hombre que tenía grandes planes y que amenazaba con arruinar toda la tierra. Aunque sufriera infortunios, seguía maquinando igual que una fiera herida se retuerce sobre sí misma y, como decíamos, dirigía sus ojos sin descanso hacia el asedio. Primeramente, ultimó una tortuga reforzada con un ariete y trasladó tan indescriptible maravilla a la parte oriental de la ciudad. Solo su aspecto era un espectáculo terrible. La construyeron del siguiente modo. Se hizo una pequeña tortuga de forma rectangular, le pusieron ruedas por debajo, la cubrieron por todas partes, sus costados laterales y su cubierta superior, con pieles de buey cosidas entre sí y, tal como dice Homero tras fabricar el techo y las paredes del ingenio con siete pieles de buey,[10] suspendieron luego de su interior los arietes.

2. Cuando hubo terminado esta máquina, la acercó a las murallas gracias al impulso que desde dentro mediante pértigas le daba una masa incontable de hombres que la aproximaban a los muros de Dirraquio. Cuando estuvo lo suficientemente cerca y a una distancia adecuada, quitaron las ruedas y aseguraron por todos lados la máquina con estacas

10. *Il.*, VII 220; XI 545.

de madera, para que la cubierta no se sacudiera con los embates. Unos hombres muy fuertes situados a cada lado del ariete lo empujaban con vigor contra la muralla en un movimiento coordinado. Estos acometían con el ariete una vez, y este, en su empuje destrozaba la muralla y, tras rebotar y ser sometido de nuevo a la acción del impulso, volvía a deteriorarla. El ariete hacía este movimiento ininterrumpidamente, sin cesar de ser impulsado y sin cesar de horadar la muralla.

3. Probablemente, los antiguos ingenieros que inventaron el ariete en los alrededores de Gadira[11] le confirieron esta denominación por referencia a los carneros que conocemos, los cuales se ejercitan topándose unos con otros. Los del interior, burlándose del trágico asalto de los bárbaros que manejaban el ariete y de que el asedio no fuera para ellos por buen camino, abrieron las puertas y los exhortaban a entrar en medio de las carcajadas provocadas por las sacudidas del ariete. Decían: «El ariete nunca hará con sus acometidas contra el muro una brecha tan grande como la que ofrece la puerta». En suma, aquel empeño se demostró vano por la valentía de los defensores y el valor del general Alejo, sobrino del soberano Alejo. El enemigo acabó por desentenderse del ingenio y por renunciar al sitio, pues el coraje de los defensores y el hecho de que hubieran abierto las puertas a los bárbaros y se hubieran atrevido a afrontarlos los hundieron en el desánimo y en la desmoralización ante la máquina. De ese modo, quedaron inutilizados los efectos de la tortuga reforzada con arietes. Ninguna consecuencia peor trajo el que le prendieran fuego desde lo alto de la muralla a la máquina, ya inútil e inmóvil por los motivos antes citados, y el que la redujeran a cenizas.

4. El ejército franco renunció a esos medios y puso su atención en otro ingenio más terrible aún destinado al extremo del sector norte, frente a la sede ducal, lugar que recibe la denominación de pretorio. La situación del lugar era la siguiente. Este sitio se elevaba sobre una colina, y me refiero no a una colina rocosa, sino de tierra, sobre la que se había cimentado el amurallamiento de la ciudad.

11. Cádiz.

Frente a esta, como decíamos, los hombres de Bohemundo comenzaron a excavar con gran habilidad. Era una nueva calamidad contra las ciudades ingeniada entre los sitiadores y otro instrumento de asedio ideado por estos contra la ciudad. Excavaban bajo tierra como topos e iban horadando el terreno bajo el suelo, y ya protegiéndose en la superficie de los lanzamientos de piedras y dardos efectuados por los defensores con tortugas de cubierta elevada, ya sosteniendo el techo de la galería mediante vigas, el caso es que cavaban en línea recta e iban construyendo una galería muy amplia y larga, mientras apartaban en carros la tierra que sacaban. Una vez la excavación hubo alcanzado la longitud necesaria, lo celebraron como si hubieran realizado una gran labor.

5. Pero los defensores andaban alerta y desde cierta distancia empezaron a cavar la tierra en su sector, hicieron una zanja considerable y se emplazaron a lo largo de la extensión de dicha zanja, atentos al lugar por donde sin duda el bando sitiador iba a construir su galería desde su territorio hasta el nuestro. Pronto descubrieron un lugar donde estaban golpeando, excavando y minando los cimientos de la muralla. Apercibidos de su presencia, abrieron un hoyo frente a ellos y, cuando vieron la masa de los enemigos a través del hoyo abierto desde el interior, les arrojaron fuego y calcinaron sus rostros.

6. Este fuego había sido elaborado por ellos según el siguiente procedimiento. Se recogió la resina, que es muy combustible, del pino y de otros árboles similares de hoja perenne. Esta fue macerada y mezclada con azufre, se introdujo en tubos de caña y fue expulsada por quien los manejaba con un fuerte y prolongado soplo. Nada más tomar contacto con el fuego encendido en el extremo del tubo, prendió y cayó como un torbellino en las caras de los enemigos. Gracias al empleo que hicieron de ese fuego los defensores de Dirraquio, lograron prender las barbas y los rostros de sus adversarios al encontrárselos de frente. Era digno de verse cómo ellos salían en desbandada por donde habían entrado ordenadamente, igual que un enjambre de abejas perseguido por el fuego.

7. Como también estos esfuerzos se habían hecho en vano y el empeño de los bárbaros no había culminado en ningún resul-

tado útil, tuvieron una tercera ocurrencia, una torre de madera que, como se rumorea, era un instrumento de asedio que había comenzado a construirse hacía un año y no a raíz del fracaso de los sistemas que habían ido ingeniando. Esta era la obra fundamental, las otras dos anteriormente descritas no eran sino recursos accesorios.

8. Pero primero es preciso que yo explique brevemente la configuración de Dirraquio. Su muralla es suavizada por torres. Las torres que circundan la ciudad la sobrepasan en altura sobre unos once pies.[12] Se accede a ellas mediante una escalera de caracol y están protegidas por almenas. Tal aspecto de seguridad ofrece la ciudad. El grosor de la muralla presenta unas considerables dimensiones, hasta el punto de que pueden cabalgar con tranquilidad más de cuatro jinetes hombro con hombro. Quede aquí la explicación que he ofrecido sobre las características de las murallas para que con este excurso no exista confusión en lo que vamos a contar.

9. Los aspectos relacionados con la fabricación de esa máquina que, como la torre de una tortuga, construyeron los bárbaros de Bohemundo, son difíciles de describir y terribles de imaginar, a tenor de lo que decían quienes la vieron, aunque no en menor medida constituyó un espectáculo aterrador para aquellos a quienes se les acercó. Era de la siguiente forma. Se había construido una torre de madera con base cuadrangular y se había elevado a una altura considerable, tanta que superaba a las torres de la ciudad a veces en cinco, a veces en seis codos.[13] Esta torre había debido fabricarse así para que, mediante unas planchas que se abatían hacia abajo y que estaban situadas en su extremo superior, se pudiera atacar fácilmente la muralla de la ciudad descendiendo desde esa posición. De este modo, los defensores de la ciudad no podrían soportar el empuje del ataque y serían repelidos hacia atrás. Según parece, los bárbaros sitiadores de Dirraquio destacaban en la ciencia de la óptica, pues sin tal

12. Si aplicamos las medidas del pie ático, esa altura sería en torno a unos tres metros.

13. Aproximadamente, dos metros y medio y tres metros.

capacidad no hubieran podido calcular la altura de las murallas. Y si lo que tenían no era un conocimiento sobre óptica, al menos sí lo era de las dioptras.[14]

10. Esta torre, en consecuencia, ofrecía un terrible aspecto, pero más terrible parecía cuando se ponía en movimiento. Muchas ruedas levantaban su base. Cuando era movida mediante palancas por los soldados que iban en su interior, provocaba asombro, ya que no enseñaba el origen del movimiento y parecía moverse por sí misma, como un gigante cuya altura alcanza las nubes. Estaba protegida por doquier desde la base hasta la cima, dividida en numerosos pisos y a su alrededor se abrían toda clase de troneras, desde donde continuamente se disparaban dardos. En su parte superior, había hombres armados y valerosos que portaban en las manos espadas listas para la defensa.

11. Cuando esta tremenda visión se acercó a la muralla, los hombres de Alejo, general de la plaza de Dirraquio, no se quedaron quietos; antes bien, mientras en el exterior Bohemundo preparaba este ingenio invencible como si se tratara de una helépolis, en el interior también los defensores estaban construyendo otra. Tras comprobar la altura a la que llegaba aquella torre que en apariencia se movía sola y el lugar donde, una vez quitadas las ruedas, la habían apoyado, clavaron cuatro larguísimos maderos frente a la torre con aspecto de andamio erigido sobre una base cuadrangular. Luego, colocando plataformas entre las vigas opuestas, le dieron a su torre una altura que superaba en un codo[15] a la del exterior. Toda su altura estaba al descubierto, pues no precisaba protección, salvo la plataforma que se había puesto en su cima.

12. Una vez subidos, los soldados de Alejo tenían planeado derramar fuego líquido contra el ingenio enemigo desde la parte superior de esta torre de madera descubierta. Sin embargo, parecía que el plan y su puesta en práctica no provocarían la total destrucción de la

14. Instrumento de medición astronómica y topográfica de origen griego, inventado en el siglo III a. C. En principio, servía para hacer mediciones astronómicas. Posteriormente, los romanos lo emplearon para construir calzadas, acueductos, etc.

15. Algo menos de medio metro (49,2 centímetros.).

máquina, pues el fuego arrojado desde ese punto solo iba a prender superficialmente en la torre. ¿Qué tramaron entonces? Llenaron el lugar situado entre la torre de madera y la torre de la ciudad con todo tipo de materiales inflamables y con abundante aceite vaciado a chorros. A estos se les prendió fuego con antorchas y tizones que primero provocaron un pequeño incendio y luego, al recibir una ligera brisa, levantaron una llamarada inmensa a la que también se le unieron las fogaradas procedentes del fuego líquido y que incendió toda aquella temible máquina, hecha con muchísima madera, que provocó un estruendo y un espectáculo aterrador para quienes lo estaban observando. El fuego se percibía en trece estadios[16] a la redonda. El caos y la confusión fueron enormes e irremediables para los bárbaros que se hallaban en su interior, ya que unos se veían aprisionados y atrapados por el fuego y otros se lanzaban a tierra desde lo alto. El griterío fue inmenso y la agitación incontenible cuando se unieron a sus clamores los de quienes estaban situados en el exterior.

IV. Alejo planea romper la unidad del ejército franco mediante una treta

1. Así de espectaculares fueron los acontecimientos relacionados con esa descomunal torre y con el asedio de los bárbaros. Pero tenemos que devolver ahora el curso de la narración al emperador. Pues bien, cuando hacía su aparición la primavera, la augusta retornó de Tesalónica a la ciudad imperial, y el soberano, por su parte, continuó camino adelante y llegó a Diabolis por Pelagonia, que se halla al pie de los ya citados e intransitables desfiladeros. Conforme a la nueva táctica contra los bárbaros que tenía planeada, consideró preciso decretar el cese total de las acciones bélicas habituales, ya que no deseaba llegar a un choque cuerpo a cuerpo, y tras dejar los valles intransitables y los caminos de difícil paso como espacio libre entre ambos ejércitos, situó con bastantes fuerzas a todos sus leales en las cimas de los des-

16. En torno a 2 kilómetros.

filaderos de acuerdo con una nueva táctica consistente en evitar que los nuestros pudieran pasarse con facilidad al bando de Bohemundo y, a su vez, que desde el otro campo circularan cartas o se enviaran mensajes a nuestros hombres, medios con cuyo auxilio frecuentemente suelen crearse amigos. Pues la escasez de comunicación, según el Estagirita,[17] destruye muchas amistades.

2. Como sabía que Bohemundo era un hombre repleto de maldad y de fuerza, deseaba entablar batalla con él cara a cara, como se ha dicho, pero tampoco renunciaba en absoluto a hacer planes contra él sirviéndose de cualesquiera otros medios y estrategias. A causa de las razones ya citadas, aunque se impacientara mucho por combatir este padre mío, siendo como era desde siempre muy valiente y arrojado, se afanaba en derrotarlo por vías diversas, ya que se dejaba gobernar en todo por la razón.

3. El estratega, creo, no debe empeñarse siempre en conquistar la victoria mediante el recurso a la espada, sino que también en ocasiones debe apelar a la astucia cuando el momento y las circunstancias permitan obtener con ella una victoria completa. La cualidad que mejor caracteriza a los estrategas es, a nuestro entender, la capacidad de recurrir tanto a las espadas y las batallas, como a los pactos. Por otra parte, en ocasiones se debe vencer al enemigo acudiendo a la astucia, si se presenta la ocasión de recurrir a ella. Es evidente que el soberano organizó tales movimientos en aquellos instantes. Con el deseo de introducir la discordia entre los condes y Bohemundo, y sacudir, o incluso quebrar, su cohesión militar, planeó la siguiente estratagema.

4. Mandó llamar de Nápoles al sebasto Marino (era él del linaje de los Maistromilio[18] y, aunque en aquel momento no le guardara al emperador un muy claro vasallaje por haberlo engañado con palabras y promesas fraudulentas, sin embargo se atrevió a

17. Aristóteles, *Ética a Nicómaco*, VIII 5.1 [1157b 10-15]: «Muchas amistades destruyó la incomunicación» [πολλὰς δὴ φιλίας ἀπροσηγορία διέλυσεν].

18. El apellido de la familia deriva de la denominación latina de los gobernadores de la ciudad: «magistri militum». De hecho, el enclave ya no estaba bajo el poder del Imperio bizantino, sin embargo, sus dirigentes seguían conservando la denominación bizantina.

confiarle sus proyectos secretos sobre Bohemundo). Hizo lo mismo también con Rogelio (hombre de la nobleza franca)[19] y con Pedro Alifa, persona afamada por su valor guerrero y que conservaba una lealtad totalmente inamovible hacia el soberano. Una vez en su presencia, les pidió consejo sobre las disposiciones que debía adoptar para vencer a Bohemundo y estuvo haciendo indagaciones sobre quiénes eran los hombres más leales de Bohemundo y sobre cuántos estaban plenamente de acuerdo con este. Tras informarse por sus colaboradores de estos detalles, dijo que era necesario ganárselos apelando a cualquier recurso. «Si así fuera, gracias a ellos el grueso del ejército celta caería en las disensiones y se disgregaría». Les hizo partícipes de estas reflexiones a quienes ya hemos mencionado, y a cada uno le pidió el nombre de uno de sus más leales y discretos servidores. Ellos respondieron decididos que le cederían a los mejores de sus súbditos.

5. Cuando comparecieron los hombres, urdió la siguiente trama. Mandó escribir cartas como si fueran respuestas a escritos procedentes de los hombres más próximos a Bohemundo y como si en realidad hubieran sido ellos los redactores de unas misivas donde le habían propuesto establecer lazos de amistad desvelando los planes secretos del rebelde. Se las remitió fingiendo palabras de agradecimiento y mostrando la probable aceptación de su lealtad. Los destinatarios eran Guido,[20] el hermano de Bohemundo, y el llamado Coprisiano,[21] uno de los más famosos. Junto a ellos figuraban Ricardo y en cuarto lugar, Principato,[22] un noble perteneciente a la élite del ejército de Bohemundo, y otros más. Fueron estos los destinatarios de las fingidas cartas, pues el emperador no había recibido notificación alguna que diera cuenta de

19. Este Rogelio era hermano de aquel Raúl que en I XV 2-5 Roberto Guiscardo envía a Nicéforo III Botaniates reivindicando el antiguo matrimonio de su hija y a quien manda luego con regalos a Alejo con la idea de ganárselo.

20. El hijo menor de Roberto Guiscardo. Ver VI V.2.

21. Roberto, conde de Conversano (1070-ca. 1113).

22. Ricardo, hijo de Ranulfo de Salerno, y Ricardo de Principato, primo de Bohemundo. Fue conde de Edesa entre 1104 y 1108.

lealtades y fidelidades, ni procedentes de Ricardo ni de ningún otro como él. Semejantes cartas eran un engaño del propio emperador.

6. El objetivo de la trama era el siguiente. Si llegara a oídos de Bohemundo la traición de esos hombres y que por discrepar de su parecer se habían pasado de su bando al del emperador, enseguida Bohemundo sería presa de agitación y, dando muestras otra vez de su temperamento bárbaro, los maltrataría y los forzaría a alejarse de su lado. Entonces, aquellos gracias a las maniobras de Alejo llevarían a cabo una acción que jamás se les hubiera ocurrido y serían el origen de revueltas en contra de Bohemundo. El general sabía, creo, que cualquier fuerza enemiga, si está cohesionada y unida, se crece en el momento del ataque, pero cuando cae en las revueltas y se divide en muchas facciones, se torna más débil y de este modo puede ser derrotada por sus enemigos. Por ello actuaba secretamente y mantenía ocultas las dolosas intenciones de las cartas.

7. Alejo se puso manos a la obra de la siguiente manera. Envió las falsas cartas a aquellos con orden a los emisarios de entregar una a cada uno. Dichos escritos no solo contenían el agradecimiento del soberano, sino también el anuncio de presentes, regalos imperiales y soberbias promesas. Igualmente, los animaba a que en lo sucesivo fueran y se mostraran leales, y a que no se guardaran ningún secreto. Luego, envió por detrás a uno de sus más fieles hombres de incógnito, para que siguiera a los mensajeros y cuando viera que se iban aproximando a su objetivo, se adelantara a su llegada y, una vez en presencia de Bohemundo, se fingiera desertor, dijera que se pasaba a su bando porque detestaba la idea de continuar al lado del emperador y, tras ofrecer al rebelde su amistad, le expusiera muy claramente qué clase de lealtad era la de aquellos hombres a quienes iban destinadas las cartas, diciendo que fulano y mengano (citándolos a todos nombre por nombre), a pesar de haberle jurado fidelidad a Bohemundo, se habían vuelto leales amigos y partidarios del emperador y que debía tener cuidado no fuera que repentinamente llevaran a cabo contra él alguna acción planeada hacía tiempo.

8. Este plan debía realizarse así para que Bohemundo no tomara violentas represalias contra aquellos correos. El emperador se

tomó esta precaución tanto para preservar incólumes a esos hombres que él estaba manipulando, como para perturbar los intereses de Bohemundo. No se realizaron y comunicaron esos proyectos para verse después frustrados, antes al contrario, el citado hombre del emperador, tras haber acudido a presencia de Bohemundo y haber recibido su palabra de inmunidad para los correos, reveló todo según las instrucciones del soberano. Al ser preguntado sobre el lugar por donde se esperaba su llegada, respondió que ellos habían dejado atrás Petrula.

9. Despachó a unos hombres para que apresaran a los correos y, después de abrir las cartas, casi se desmayó lleno de turbación, ya que creía en su autenticidad. Así pues, dispuso la vigilancia de aquellos hombres y él protagonizó un duro combate consigo mismo durante los seis días en los que estuvo encerrado en su tienda. Tenía dudas sobre lo que había de hacer y le daba infinitas vueltas a su mente sobre la conveniencia de que los condestables comparecieran, de dar explicaciones a su hermano Guido acerca de la presunción existente, si debían comparecer tras una investigación o sin investigación. Reflexionaba también sobre aquellos a los que nombraría condestables en su lugar. Pero como esos hombres eran unos valientes y suponía que el perjuicio causado por la privación de sus servicios iba a ser grave, arregló la situación con los medios a su alcance (creo también que a causa de sus sospechas sobre la falsedad de las cartas) y haciendo gala de un trato cortés hacia ellos y de su confianza, les permitió que conservasen el mismo puesto.

V. Enfrentamientos entre francos y bizantinos. Muerte de Aliates[23]

1. Si bien el soberano había logrado adelantarse y había emplazado aguerridas tropas con sus escogidos jefes en todos los desfiladeros, volvió a fortificar contra los celtas todos los pasos mediante las lla-

23. Posible pariente del proedro Teodoro Aliates, a quien su lealtad hacia Romano IV Diógenes, tras la batalla de Mantzikert, le costó la vista en 1072.

madas «barricadas».[24] Al frente de Aulón, Jericó y Canina, había un gobernador siempre alerta, Miguel Cecaumeno. Al frente de Petrula con tropas de infantería mixta[25] estaba Alejandro Cabasilas, hombre muy intrépido que había obtenido muchos triunfos contra los turcos en Asia. Deure[26] la defendía León Nicerites con numerosas fuerzas, y a Eustacio Camitzes se le habían encomendado los desfiladeros de Arbano.[27]

2. Bohemundo, por su parte, desde el inicio de la carrera, siguiendo la expresión usual, envió contra Cabasilas a su hermano Guido, a un conde llamado Sarraceno y a Contopagano. Gracias a que algunas villas limítrofes con Arbano se habían pasado al bando de Bohemundo, sus habitantes, que conocían con exactitud los senderos de Arbano, pudieron acudir a su encuentro, dar detallada cuenta de la posición de Deure e indicarle la existencia de senderos recónditos. Entonces Guido, tras dividir en dos el ejército, tomó bajo su responsabilidad la batalla frontal contra Camitzes y ordenó que Contopagano y el conde llamado Sarraceno, conducidos por los deuriotas, cayeran sobre la retaguardia de Camitzes. Dado que ambos estuvieron de acuerdo en la estrategia, cuando Guido emprendió el combate de frente, los otros condes cayeron por la espalda sobre el ejército de Camitzes y provocaron una tremenda matanza, al no poder luchar él contra todos. Cuando comprobó que sus hombres estaban huyendo, los siguió también. Muchos romanos cayeron entonces, Caras, quien desde niño había sido escogido y sumado a sus íntimos por el soberano, y Escaliario, un turco que había sido antiguamente un renombrado caudillo de las gentes de Oriente y que, tras pasarse al emperador, había recibido el santo bautismo.

3. Esos fueron los acontecimientos relacionados con Camitzes. A su vez, Aliates, que defendía Glabinitza con otros hombres de

24. Hechas con troncos de árboles abatidos.

25. Infantería ligera e infantería pesada. La primera armada con arcos; la segunda, con hacha, espada y escudo. Combatían ya juntas, ya por separado.

26. Debar, al norte de Acrida.

27. Al oeste de lago de Acrida.

élite, bajó a la llanura. Dios sabe si lo hizo con intención de combatir o de inspeccionar alguna posición. Pues bien, casualmente, enseguida dieron con él unos catafractos celtas, valientes soldados. Se dividieron en dos grupos y uno (con cincuenta hombres) se precipitó frontalmente contra él a rienda suelta y con todo vigor, y los demás le daban la vuelta por detrás sin hacer ruido, pues era un lugar pantanoso. Aliates, que no se percató de la acometida por retaguardia y combatía con todas sus fuerzas contra los que venían de frente, ignoraba el peligro al que estaba expuesto. Tras caer sobre este los que atacaban por la retaguardia, lucharon duramente contra él. Un conde llamado Contopagano, al encontrarse con Aliates, lo acometió con su lanza y lo derribó. Pronto quedó muerto en tierra. No pocos cayeron con él.

4. Al enterarse de este hecho, el soberano mandó llamar a Cantacuzeno, conocedor de la competencia de este hombre en las empresas militares. Este, como iba diciendo, reclamado desde Laodicea, acababa de reunirse en un lugar con el soberano. Dado que el asunto de Bohemundo no admitía dilación, lo envió con un aguerrido ejército y salió del campamento tras él como si lo estimulase para la batalla. Cuando hubo llegado al desfiladero denominado por los lugareños Petra, se detuvo y, tras hacerlo partícipe de múltiples recomendaciones y planes militares y ofrecerle los mejores consejos, lo despachó a Glabinitza confiando en un futuro propicio, mientras él volvía a Diabolis. Cantacuzeno, en su ruta, llegó a las proximidades de una plaza fuerte llamada Milo y le puso sitio sin tardanza una vez tuvo dispuestas diversas helépolis. Los romanos se aproximaron sin recato a las murallas. Unos incendiaron las puertas mediante el lanzamiento de fuego, otros escalaron por la muralla y alcanzaron rápidamente las almenas.

5. Cuando los celtas acampados al otro lado del río conocido por Buses[28] se enteraron, corrieron hacia la fortaleza de Milo. Al verlos, los vigías de Cantacuzeno (eran bárbaros, nuestra historia lo ha indicado antes) se apresuraron a regresar desordenadamente junto a este y no informaron de la presencia de los celtas discretamente,

28. Vjosa, al norte de Aulón.

sino en medio de un griterío que se oía en lontananza. Nada más enterarse los soldados de la incursión de los celtas, aunque habían superado las murallas, habían quemado las puertas y eran ya dueños de la plaza, corrieron atemorizados en dirección a sus caballos. Debido al pánico y a la confusión, los unos montaban en los caballos de los otros.

6. Cantacuzeno, tras muchas disputas y cabalgadas contra los atemorizados hombres, gritándoles, como decía el poeta, «Sois hombres, acordaos de nuestra impetuosa fuerza»,[29] y al ver que no lograba convencerlos, acabó de una forma original con su pánico gritando: «No debemos abandonar las helépolis a los enemigos, porque serán instrumentos que se volverán contra nosotros. Prendámosles fuego y retirémonos después ordenadamente». Los soldados cumplieron enseguida y con decisión las instrucciones, y quemaron tanto las helépolis, como los barcos situados en el río Buses con idea de evitar que los celtas pudieran pasar fácilmente desde la otra orilla. Cantacuzeno volvió sobre sus pasos una corta distancia y encontró una llanura con el río Carzanes[30] a la derecha y un lugar pantanoso y cenagoso a su izquierda, que usó como fortificaciones, y fijó allí mismo su campamento. Cuando los mencionados celtas llegaron a la orilla del río, estando ya calcinadas las embarcaciones, se dieron la vuelta pasmados porque los barcos habían sido incendiados.

7. Cuando Guido, el hermano de Bohemundo, conoció por ellos todo lo ocurrido, cambió de rumbo y, tras separar de sus huestes a algunos valientes soldados, los despachó en dirección a Jericó y Canina. Una vez llegados a los valles que defendía Miguel Cecaumeno (lo había dejado el soberano para su defensa), los romanos, que se sirvieron de su emplazamiento como de un aliado, los atacaron valerosamente y los pusieron en completa fuga. Pues el guerrero celta, cuando se enfrenta a sus enemigos en un lugar angosto, es invencible, del mismo modo que se le puede reducir con facilidad en la llanura.

29. *Il.*, VI 112 y más sitios.

30. Río Erzen, en el Epiro, al este de Dirraquio.

VI. Hazañas de Cantacuzeno contra los francos

1. Seguidamente, volvieron a acometer a Cantacuzeno rebosantes de coraje. Pero, al reconocer que el sitio donde Cantacuzeno había emplazado previamente su campamento, como hemos dicho, no les sería ventajoso, retrasaron la batalla acobardados. Él, nada más apercibirse de su llegada, empleó toda la noche en intentar ganar con todo su ejército la otra orilla del río. Cuando aún no había salido el sol, ya había ocupado él, con su coraza colocada y todo el ejército armado, la parte central de la vanguardia. Los turcos se situaron a la izquierda de la formación, y el alano Rosmices mandaba el ala derecha con los compatriotas que estaban bajo sus órdenes. Destacó a los escitas contra los celtas con la orden de atraérselos mediante escaramuzas consistentes en asaetearlos intensamente y después huir, para volver a continuación y repetir la maniobra. Estos partieron con resolución, pero fracasaron por completo, puesto que los celtas, alineados en formación cerrada, se resistían firmemente a romper sus líneas y avanzaban ordenados y a paso lento. Cuando ambos ejércitos llegaron a la distancia adecuada para entablar la batalla, los escitas ya no podían arrojar dardos debido a una carga que los celtas habían hecho contra ellos con todo su ímpetu, y no tardaron en dar la espalda a los celtas. Los turcos atacaron con el deseo de prestarles ayuda, pero los celtas lucharon más decididamente sin tomarlos para nada en cuenta.

2. Cantacuzeno, nada más comprobar la derrota de aquellos, encomendó la batalla contra los celtas al exusiocrátor[31] Rosmices, que ocupaba el ala derecha junto con los hombres a su mando (eran alanos, hombres muy aguerridos). Pero también este hacía aparición en retirada tras su ataque, aunque se dedicara a rugir fieramente contra ellos como un león. Cuando Cantacuzeno vio que también este era derrotado, se dio ánimos a sí mismo y acometió la parte frontal de la formación celta como si fuera lanzado. Roto entonces el ejército celta en muchas partes, lo puso completamente en fuga, lo persiguió hasta el pueblo llamado

31. El nombre que recibe el jefe del contingente alano al servicio del Imperio.

Milo y regresó como un vencedor, tras haber matado a muchos soldados de alta y de baja extracción, y haber capturado a algunos condes ilustres como Hugo, su hermano llamado Ricardo y Contopagano. Deseoso de ofrecer al emperador alguna prueba de su victoria, le remitió inmediatamente las cabezas de numerosos celtas clavadas en lanzas y a los más nobles de los cautivos, Hugo y el llamado Contopagano.

3. Una vez llegada a este punto y mientras arrastro la pluma en el momento del crepúsculo, siento que me estoy adormilando un tanto sobre mis escritos, ya que pierdo el control sobre el curso de esta obra. Y es que allí donde se requiere necesariamente la utilización de denominaciones bárbaras y el desarrollo de una serie de acontecimientos, el cuerpo de mi historia y la continuidad de la obra parecen desarticularse; pero al menos quienes leen mis escritos con un talante positivo no deben enojarse por ello.

4. Como el muy aguerrido Bohemundo notaba que su situación era crítica a causa de los ataques que sufría por tierra y por mar, de tal modo que, dada la carencia también de todo lo necesario, se hallaba acosado por doquier, destacó un número importante de tropas y las envió en dirección a las ciudades vecinas de Aulón, Jericó y Canina para que las saquearan. Pero Cantacuzeno ni se despreocupó ni, como dice el poeta, se adueñó de él un dulce sueño,[32] y rápidamente envió contra los celtas a Beroites con un aguerrido ejército. Nada más verlos, les dio alcance y los derrotó y, como colofón, pasó a su regreso junto a las naves de Bohemundo y las redujo a cenizas.

5. Cuando el muy rebelde de Bohemundo se hubo enterado de la derrota de los soldados que había enviado, no se deprimió ni mucho menos y actuó igual que si no hubiera perdido ni un solo soldado de su ejército. Parecía más resuelto y, después de destacar otra vez muy aguerridos infantes y jinetes en número de seis mil, los envió contra Cantacuzeno, creyendo que al primer asalto capturarían al propio Cantacuzeno y al ejército romano. Pero este, que tenía siempre vigías controlando la masa de los celtas, al enterarse de su venida, se armó de noche con toda su panoplia militar y armó a los soldados con el vivo deseo de caer sobre aquellos al

32. *Il.*, XI 2.

alba. Cuando los celtas, agotados, se tumbaron a la orilla del río Buses para descansar un poco, tras darles allí mismo alcance al sonreír el día, y atacarlos sin dilación, acabó contando a su favor con muchos prisioneros y con un número mayor de muertos. Los restantes se ahogaron arrastrados entre los remolinos del río y por huir del lobo se toparon con el león.

6. Así pues, envió a todos los condes al soberano y luego marchó hacia Timoro,[33] lugar pantanoso y de difícil acceso. Tras permanecer allí una semana, despachó a unos cuantos vigías para que inspeccionasen en diferentes lugares los movimientos de Bohemundo y le suministrasen información de modo que pudiera contar con más exactas referencias sobre las actividades de Bohemundo. Los hombres que habían sido enviados encontraron casualmente a cien celtas que ultimaban la fabricación de almadías, con las que deseaban atravesar el río y tomar el pueblo que se hallaba en la otra orilla. Después de caer por sorpresa sobre ellos, casi capturaron a todos, incluido el primo mismo de Bohemundo, que medía diez pies de altura y era ancho como Heracles. Resultó curioso observar este hecho insólito, cómo aquel gran gigante, realmente inmenso, cayó prisionero en manos de un pigmeo escita. Cantacuzeno ordenó, mientras ultimaba el envío de los cautivos, que el pigmeo escita presentase a aquel descomunal ser encadenado ante el soberano, para provocar quizás el regocijo de este. Al enterarse el emperador de que ellos habían llegado, se sentó en el trono imperial y ordenó que fueran traídos los prisioneros. Entró también el escita, que apenas llegaba a la cadera de aquel gigante celta y que lo conducía encadenado. Una enorme risotada se alzó entre los presentes. Los demás fueron recluidos en prisiones.

VII. Ineptitud de Isaac Contostéfano y su sustitución por Mariano Maurocatacalon

1. Apenas había terminado de sonreír el soberano por las proezas de Cantacuzeno, cuando llegó otra infortunada noticia que daba

33. Plaza fuerte en la zona de Canina.

cuenta de una inenarrable matanza entre los batallones romanos de Camitzes y Cabasilas. El soberano no se deprimió en absoluto, aunque su corazón estuviera desgarrado y entristecido y llorara de vez en cuanto lamentándose por la muerte de cada uno de los caídos. Por el contrario, mandó llamar a Constantino Gabras, un guerrero que era como el fuego contra sus enemigos, lo envió al lugar llamado Petrula para que inspeccionara el sitio por donde los celtas habían accedido a los valles y llevado a cabo tan gran matanza y para que atrincherara contra esos en lo sucesivo dicho camino. Como Gabras se sentía molesto y en cierto modo despreciado por esta misión (era un hombre altivo y ávido de aplicarse a grandes asuntos), el emperador envió enseguida con mil valientes guerreros a Mariano Maurocatacalon, concuñado mío por parte de la hermana de mi césar, hombre aguerrido, cualidad que demostró a través de muchas hazañas, y extraordinariamente estimado por el soberano. Junto a estos envió también un gran número de hombres que estaban al servicio de los porfirogénetos y de mi césar y que ansiaban vivamente combatir. Mariano, a pesar de sentir ciertos temores ante esta misión, se retiró a su propia tienda con idea de estudiarla.

2. En torno a la vigilia central de la noche recibió el emperador una carta de Landulfo, que se hallaba en esos momentos con Isaac Contostéfano, el entonces talasocrátor, donde acusaba a los Contostéfano, a Isaac y su hermano Esteban y a Euforbeno de que habían relajado la guardia en el estrecho de Longibardía y de que solían partir en algunas ocasiones hacia el interior para descansar. Le exponía en la carta lo siguiente: «A pesar del empeño y de las fuerzas que estáis poniendo en juego, Majestad, para impedir los ataques e incursiones de los celtas, los que hacen la travesía al encuentro de Bohemundo y le suministran las provisiones necesarias actúan tranquilamente a causa de la negligencia de aquellos y de su dejadez en la vigilancia del estrecho de Longibardía. Los que hace poco emprendieron la navegación desde Longibardía hacia el lugar donde se halla Bohemundo, aprovechando el viento favorable que soplaba (los vientos del sur son fuertes y favorables para quienes navegan desde Longibardía hacia el Ilírico, y los del norte son desfavora-

bles), les prestaron a sus naves las alas de las velas y se atrevieron a zarpar rumbo al Ilírico. Como el viento del sur soplaba fuertemente y les impedía totalmente atracar en Dirraquio, se vieron obligados a costear hasta llegar a Aulón. Una vez hubieron fondeado allí los innumerables barcos mercantes, transportaron hacia el lugar donde estaba Bohemundo abundantes tropas de infantería y caballería, y le facilitaron también todos los víveres. A partir de ese momento, los celtas se hicieron con copiosos suministros de modo que importaron de allí generosamente los productos de subsistencia».

3. El emperador lleno de cólera recriminó grandemente a Isaac su conducta y gracias a sus amenazas en el caso de que no se corrigiera, lo persuadió para que anduviera alerta. Pero las cosas no le iban a Contostéfano según lo esperado. Aunque había intentado una y mil veces rechazar a los que pasaban de la costa italiana en dirección al Ilírico, había fracasado en sus objetivos. Cuando llegaba al centro del estrecho y veía que los celtas venían navegando con viento de cola, desplegadas las velas y a una velocidad imparable, no era capaz de luchar simultáneamente contra los celtas y contra los vientos y las brisas que le soplaban de proa. Ni siquiera el mismo Heracles, afirman, pudo luchar contra dos adversarios y emprendía el regreso a causa de la fuerza del viento. Por todo ello, el soberano estaba muy enojado.

4. Al conocer que Contostéfano tenía fondeada la flota romana en un emplazamiento que no era el adecuado y que por ello los vientos del sur le resultaban desfavorables, pero beneficiaban la navegación de los celtas, envió a Contostéfano una carta en la que, tras describir las costas de Longibardía y del Ilírico y los puertos que había en cada orilla, le señaló los sitios donde debía fondear y desde donde encontraría brisas de popa en el momento de zarpar contra los celtas que estuvieran haciendo la travesía. Animó nuevamente a Contostéfano y lo convenció de que se pusiera manos a la obra. Cuando Isaac se hubo repuesto de su desaliento, arribó al lugar que le recomendara el soberano y fondeó sus naves. Se mantuvo a la expectativa del momento en que los hombres de Longibardía iniciaran la navegación hacia el Ilírico con su abundante impedimenta. Cuan-

do se presentó, les salió al encuentro en medio del estrecho gracias a un viento favorable. Convirtió en pasto de las llamas algunos barcos piratas y envió muchos más al abismo con sus tripulaciones.

5. No se había enterado aún de este éxito el emperador, ocupado como estaba en reflexionar sobre las noticias enviadas por Landulfo y por el duque de Dirraquio, cuando cambió de opinión y, mandando llamar de su destino inmediatamente al ya citado Mariano Maurocatacalon, lo nombró duque de la flota y encargó a otro del sector de Petrula. Partió, pues, este y no tardó en encontrarse por un azar con las naves piratas que navegaban, escoltando a las de transporte, desde Longibardía al encuentro de Bohemundo, y las capturó a todas llenas de todo tipo de víveres. Gracias a su función de incansable guardián del estrecho que separa Longibardía y el Ilírico, no permitió en adelante el paso de celta alguno hacia Dirraquio.

VIII. Ante las circunstancias adversas, Bohemundo pide la paz al emperador y este la acepta

1. El soberano, por su parte, acampado a los pies de los desfiladeros de Diabolis, contenía a los que albergaban la intención de pasarse a Bohemundo y enviaba a los defensores de los desfiladeros tantos emisarios como copos tiene la nieve con las normas relativas al número de soldados que debían destacar a Dirraquio en contra de Bohemundo y la táctica de combate que debían seguir los que bajaban para luchar. La mayor parte de las veces debían avanzar con la caballería y volver luego para repetir la maniobra repetidamente combatiendo siempre con el arco. Los portadores de lanzas debían marchar tras esa a paso lento, para que, dado el caso de que los arqueros hubieran de retroceder más de lo preciso, pudieran protegerlos y hacer frente simultáneamente a los celtas que cayeran en sus manos. Les suministró una abundante dotación de dardos con orden de no escatimarlos bajo ningún concepto y de disparar más a los caballos que a los celtas, porque sabía qué difícilmente vulnerables, por no decir totalmente invulnerables, eran con sus corazas y cotas

de malla. Consideraba que era completamente inútil e insensato tomarlos como blanco.

2. La cota de malla es un tipo de armamento defensivo celta en el que un anillo de hierro está entrelazado a otro anillo con tan excelente calidad en el metal que repele un dardo arrojado con fuerza y preserva el cuerpo del soldado. Otro accesorio para la defensa es un escudo que no es redondo, sino largo que es muy ancho en su parte superior y termina en una punta aguda. Por dentro presenta un aspecto ligeramente curvado y por fuera brilla uniformemente y resplandece como el bronce. Un dardo, aun de procedencia escita o persa, o disparado por brazos de gigantes, rebotaría sobre este y retornaría hacia el que lo lanzó.

3. Me parece que era precisamente porque el emperador conocía el armamento usado por los celtas y nuestros arcos, por lo que mandaba dejar en paz a los hombres y ordenaba atacar más a los caballos, aconsejando que los atravesaran con los dardos para que al ser derribados de sus monturas, se les pudiera vencer fácilmente. Pues un celta a caballo es imposible de resistir en su ataque y capaz de horadar la muralla de Babilonia, pero una vez desmontado es un juguete para cualquiera.

4. El emperador, al percatarse del estado de desunión que presentaban quienes iban con él, prefirió no franquear los desfiladeros, aunque tuviera el vivo deseo de entablar una batalla campal con Bohemundo, como en muchas y reiteradas ocasiones nos explicó. Pues era en la batalla más cortante que cualquier espada, de firme resolución y completamente decidido. Sin embargo, las circunstancias lo apartaban de su empeño y limitaban tremendamente sus aspiraciones.

5. Bohemundo, pues, estaba siendo acosado por tierra y por mar. El soberano se había sentado a contemplar, como un espectador, los hechos que estaban sucediendo en la llanura del Ilírico, aunque se encontraba espiritual y anímicamente por entero junto a los combatientes y compartía con ellos sus trabajos y penalidades, por no decir más que ellos e incitaba a la batalla y a los combates a los jefes emplazados en las cimas de los desfiladeros y recomendaba cómo se debía atacar a

los celtas. Mariano, por su parte, que guardaba los accesos del estrecho entre Longibardía y el Ilírico, repelía continuamente a quienes atravesaban desde allí hacia el Ilírico, no permitiendo que ningún navío de tres mástiles ni transporte cargado con innumerables mercancías ni barco ligero de dos remos cruzase al encuentro de Bohemundo. Este veía que Alejo planteaba la guerra muy hábilmente, mientras que a él le faltaban los alimentos suministrados por mar y los abastecidos por tierra. Cuando alguien salía del campamento por provisiones o llevaba los caballos a abrevar, lo atacaban los romanos y mataban a la mayoría de ellos, de modo que poco a poco su ejército iba disminuyendo. Preguntó entonces las condiciones de paz a Alejo, duque de Dirraquio, por mediación de unos emisarios.

6. Un conde de Bohemundo, el noble Guillermo Clareles,[34] al ver que todo el ejército de los celtas estaba siendo devastado por el hambre y la enfermedad (una tremenda se había abatido sobre ellos desde el cielo), se procuró su propia salvación y desertó con cincuenta caballos al bando del soberano. El emperador lo acogió, se informó de la situación de Bohemundo y, una vez estuvo seguro de que el hambre había hecho acto de presencia en el ejército de este y que su situación había llegado a un punto crítico, le correspondió con el título de nobilísimo y le hizo innumerables regalos y favores. Cuando se hubo enterado por una carta de Alejo de que Bohemundo había enviado embajadores para pedir la paz, dado que sospechaba que quienes lo rodeaban planeaban continuamente conspiraciones contra él (veía en cuántas ocasiones se habían sublevado y había sido atacado por su gente más que por enemigos extranjeros) y, dado que creía además mejor no pelear contra ambos frentes con las dos manos, haciendo de la necesidad virtud, como se suele decir, reconoció que era más beneficioso aceptar la paz con los celtas y no rechazar la solicitud de Bohemundo, pues temía avanzar más lejos por la causa que el relato ha mostrado anteriormente.

7. Por todo ello, se quedó en el mismo lugar con idea de hacer frente a las dos clases de enemigos y ordenó al duque de Dirraquio

34. Guillaume Claret.

que comunicara por escrito a Bohemundo lo siguiente: «Sabes muy bien cuántas veces me he visto engañado por confiar en tus juramentos y palabras. Si la divina ley del Evangelio no mandase a los cristianos ceder el uno ante el otro, mis oídos no se habrían abierto a tus palabras. No obstante, es mejor ser engañado que ofender a Dios y transgredir sus divinas leyes. Por eso no rechazo tu solicitud. Así pues, si tú deseas en verdad la paz, horrorizado por lo absurdo y lo imposible de la empresa que acometiste, y no deseas ya gozar vertiendo sangre de cristianos, que no se ha derramado en beneficio de su patria, ni de los cristianos, sino por tu sola voluntad, y ya que la distancia entre nosotros es corta, preséntate tú en compañía de cuantos hombres quieras. Tanto si nuestras voluntades llegan a un acuerdo en idénticos apartados con una coincidencia de intereses, como si no, incluso así, conforme a lo estipulado retornarás incólume a tu propio campamento».

IX. Se ultiman los preparativos para la conferencia de paz entre Bohemundo y Alejo

1. Cuando Bohemundo hubo oído estas palabras, pidió que le fueran entregados algunos rehenes, escogidos entre los varones de ilustre linaje, para que, aunque siguieran siendo libres, sus condes los retuviesen en el campamento hasta su vuelta. De no ser así, no se atrevía a acudir junto al soberano. El emperador mandó buscar a Marino de Nápoles, a Rogelio, un franco famoso por su valentía, hombres sensatos y que tenían una gran experiencia sobre las costumbres latinas, a Constantino Euforbeno (era valiente en sus acciones y en sus opiniones, y nunca había tenido fallo alguno en las misiones que le había encomendado el emperador) y a Adralesto, que hablaba el celta. A estos, como he dicho, envió junto a Bohemundo con la orden de que le insistiesen y lo convenciesen apelando a cualquier medio para que acudiera por propia iniciativa a presencia del soberano y pudiera ponerse al corriente de lo que este quería y buscaba de él. Si le satisficieran sus condiciones, ulti-

maría el tratado sin reparo ninguno, y si no, regresarían indemnes a su campamento.

2. Una vez les hubo dado las instrucciones sobre esta misión, el emperador los despidió. Ellos se encaminaron al encuentro de Bohemundo. Cuando informaron a este de su llegada y ante el temor de que notasen la decadencia de su ejército y la pusiesen en conocimiento del emperador, salió a su encuentro a caballo y lejos del campamento. Ellos le expusieron las palabras del soberano: «En absoluto se ha olvidado el emperador», dijeron, «de las promesas y juramentos que hiciste, no solo tú, sino también todos los condes que pasaron contigo hace tiempo. Puedes ver con certeza que todo este asunto de la transgresión de tus juramentos no ha desembocado en nada bueno para ti». Tras oír estas palabras, Bohemundo dijo: «Basta ya de hablar en semejantes términos. Si me tenéis que dar algún informe del emperador sobre otro punto, quiero conocerlo».

3. Los emisarios le dijeron: «El emperador, deseoso de tu salvación y del ejército a tus órdenes te dice lo siguiente por mediación nuestra. Sabes bien que a pesar de tus muchas fatigas no has sido capaz de apoderarte de la ciudad de Dirraquio y no has aportado ningún beneficio ni a tus hombres ni a ti mismo. Por tanto, si no quieres ver hecha realidad tu destrucción total y la de tu ejército, acude al lado de Nuestra Majestad y revela sin temores todo lo que quieras, para que oigas, a tu vez, nuestro parecer. Si ambos pareceres coincidieran en los mismos puntos, alabado sea Dios; y si no, te enviaré de nuevo intacto a tu campamento. En cualquier caso, todos aquellos de tus hombres que quieran partir en peregrinación al Santo Sepulcro, estarán bajo mi protección, y todos los que prefieran retornar a su tierra, tras disfrutar de generosos regalos de mi tesoro, serán libres de marchar a sus hogares».

4. Él les repuso: «Ahora me doy cuenta de que el emperador ha enviado a hombres capaces de dar razones y de aceptarlas. Os pido, pues, que toméis nota de las siguientes instrucciones destinadas a evitar una recepción poco honorable por parte del emperador. A la distancia de seis estadios[35] acudirán los más íntimos de sus parientes

35. 900 metros.

consanguíneos. Cuando llegue a la tienda imperial, en el momento de traspasar su entrada, él me recibirá honorablemente, en pie ante su trono imperial. No se me hará ninguna referencia a los acuerdos precedentes y bajo ningún concepto se harán juicios sobre mí, tendré plena libertad para decir todo lo que deseo y cómo lo deseo. Tras esto, el emperador tomará mi mano y me presentará en el lugar de honor. Entraré acompañado de dos hombres de armas y estaré totalmente exento de la obligación de doblar mi rodilla o mi cabeza ante el soberano».

5. Cuando hubieron oído estas condiciones los arriba mencionados embajadores, no accedieron al hecho de que a su llegada el emperador estuviera en pie ante el trono imperial, antes al contrario, rechazaron su petición por considerarla excesiva. Y no solo lo hicieron con esta extraña prerrogativa, sino también con la de no tener que inclinar la rodilla ni la cabeza en la prosternación ante el emperador. Sin embargo, no se negaron al hecho de que algunos de los parientes del emperador salieran a recibirlo a una distancia considerable e hicieran lo mismo en el momento de hallarse en presencia del soberano por las atenciones y por la consideración que prestaba a su persona. Tampoco rehusaron conceder el privilegio de entrar con dos hombres de armas y, más aún, tampoco se negaron al hecho de que el emperador lo tomara de la mano y lo colocara en el lugar de honor.

6. Una vez concluidas estas conversaciones, los embajadores se alejaron y marcharon al lugar que se les había asignado para descansar, custodiados por cien infantes para que no salieran de noche, espiasen la pésima situación del ejército y adoptaran por ello una postura más despectiva con respecto a Bohemundo. Al día siguiente, con trescientos caballeros y todos los condes llegó al lugar en el que había conversado con los citados embajadores el día anterior y luego, tomando consigo a seis hombres escogidos, partió hacia donde estaban los enviados, tras dejar a sus restantes compañeros en aquel lugar para que lo recibiesen a su regreso.

7. Cuando se volvió a retomar la conversación del día anterior, Bohemundo insistió en sus condiciones y por ello, un conde de muy elevado linaje llamado Hugo dijo a Bohemundo: «Ninguno

de nosotros, que pensábamos trabar combate con el emperador, ha acertado aún a nadie con su lanza. Déjate de tantas historias. Debemos cambiar la guerra por la paz». Tras producirse un prolongado intercambio de pareceres por ambas partes, Bohemundo acabó disgustándose, porque se iba a sentir ultrajado si todo no transcurría como había requerido previamente a los embajadores.

8. Estos, accediendo a unas peticiones y negándose a otras, convencieron a Bohemundo, quien, sacando provecho de la necesidad, solicitó de ellos un juramento en el que constaba que sería recibido honorablemente y que si el soberano no estuviese de acuerdo con sus planteamientos, sería devuelto indemne a su campamento. Así pues, ante los Santos Evangelios exigió rehenes que serían enviados a su hermano Guido y custodiados por él hasta su regreso. Los embajadores accedieron a esta petición e hicieron a su vez peticiones. Bohemundo accedió a estas y, tras un intercambio de juramentos, entregó a su hermano Guido al sebasto Marino, al llamado Adralesto y al franco Rogelio para que, una vez ultimado, o no, el tratado de paz con el emperador, los enviase indemnes al soberano desde allí conforme a los juramentos.

X. Encuentro de Bohemundo y Alejo. Descripción de Bohemundo

1. Cuando Bohemundo iba a emprender el camino en unión de Euforbeno Constantino Catacalon, se levantó una enorme pestilencia causada por la prolongada estancia del ejército en el mismo emplazamiento durante tan largo tiempo, por lo que expresó su deseo de trasladarlo, y afirmaba que no quería hacerlo sin el consentimiento de ellos. La raza celta tiene un carácter tan imprevisible, que lleva su conducta de un extremo a otro en un momento de crucial transcendencia. Era digno de verse cómo el mismo hombre que en una ocasión se vanagloriaba de que confundiría toda la tierra, caía en otra abatido sobre el polvo, especialmente cuando se topaba con posturas más firmes. Pero los embajadores no permitieron el tras-

lado del ejército más allá de doce estadios:[36] «Si quieres hacerlo», decían a Bohemundo, «también iremos todos nosotros para ver el lugar». Bohemundo aceptó esta condición y enseguida advirtieron mediante cartas a los defensores de los desfiladeros que no les infligieran daño ni hicieran incursiones contra ellos.

2. Euforbeno Constantino Catacalon solicitó a su vez a Bohemundo permiso para partir hacia Dirraquio. Como Bohemundo asintió a la petición, Catacalon se puso en camino y llegó rápidamente a Dirraquio y, tras buscar al gobernador de la plaza, Alejo, el hijo del sebastocrátor Isaac, lo puso al corriente de los informes del soberano destinados a él y a los jefes que con él habían descendido. Los asediados, en efecto, no podían asomarse a la muralla a causa de un ingenio del soberano que estaba desde antiguo en las almenas de Dirraquio. Se habían colocado astutamente en las almenas de la ciudad unas planchas fabricadas a conciencia sin clavos, para que los latinos que eventualmente intentasen trepar por las escalas, cuando saltaran sobre las almenas, no pudieran agarrarse a nada y se deslizaran por las planchas hasta caer dentro de la plaza, como hemos dicho. En suma, tras hablar Euforbeno con aquellos, darles a conocer los informes del emperador, tras llenarlos de coraje y, una vez enterado por preguntas sobre el estado de la plaza, de que los defensores habían adoptado las medidas adecuadas para ser autosuficientes en el avituallamiento y considerando que las máquinas de Bohemundo suponían un riesgo mínimo, le dio alcance a este cuando había concluido el atrincheramiento en el lugar que anteriormente estaba establecido y emprendió camino con él en dirección al emperador. El resto de los embajadores, según lo estipulado, se quedaron con Guido.

3. Envió por delante a Manuel Modeno,[37] un muy fiel y leal servidor suyo, para que anunciara al emperador la llegada de Bohemundo. Cuando este estaba próximo a la tienda imperial, ya había sido preparado el protocolo de su recibimiento según las condiciones que los

36. 1,8 kilómetros.

37. Con cierta seguridad, italiano de Módena. Probablemente, actuara como intérprete en las negociaciones.

embajadores tenían concertadas con él. A su entrada, el emperador le tendió la mano, tomó la suya y tras saludar del modo como acostumbran a hacer los emperadores, lo situó cerca del trono imperial.

4. Este hombre era de tal manera que, por decirlo brevemente, nunca se vio a ningún otro como él en el territorio romano, ni en el bárbaro, ni en el griego. Su apariencia causaba asombro y su renombre, temor. Por describir detalladamente la planta del bárbaro, diré que era tan alto que su estatura sobrepasaba en un codo[38] a los más prominentes. El vientre y sus costados eran duros, sin grasa, ancho de hombros, de amplio pecho y fuertes brazos. Todo el conjunto de su cuerpo no era ni enjuto ni sobrecargado de carnes, sino excelentemente proporcionado y conforme, por así decir, con el canon de Polícleto. Las manos, grandes; firme sobre las plantas de sus pies. El cuello y la espalda eran sólidos. Quien lo observaba detenidamente podía apreciar un cierto encorvamiento que no estaba causado por ninguna enfermedad de las vértebras de su espina dorsal, sino porque su cuerpo, según parece, había presentado esta leve deformación desde su nacimiento. La piel del resto de su cuerpo era de un color muy blanco, y su rostro, de tan blanco, se sonrosaba. La cabellera era rubia, pero ni mucho menos colgaba sobre la espalda como pasaba con los demás bárbaros, pues no tenía este hombre obsesión con sus cabellos y llevaba el pelo cortado a la altura de las orejas. La barba no sé decir si era pelirroja o tenía otro color, pues la navaja de afeitar la había apurado y había dejado el rostro más blanco que la cal. En todo caso, tenía el aspecto de ser también roja. Los ojos eran claros y traslucían simultáneamente su temperamento y su seriedad. Su nariz y las aletas de esta respiraban generosamente el aire y la anchura de su pecho se armonizaba con la nariz, y la nariz, con el amplio pecho. Pues la naturaleza ha creado a través de la nariz los caminos para el aire que brota desde el corazón.

5. Una cierta dulzura se mostraba en este hombre, pero se quebraba por efecto del terrible conjunto. Poseía el hombre entero un talante brusco y salvaje en toda su persona, me parece que causado por su envergadura y su mirada, y su risa era para todos los de-

38. 0,48 metros.

más motivo de terror. Tanto se caracterizaba así en alma y cuerpo que su ánimo y su pasión estaban en armas y los dos miraban a la guerra. Sus pensamientos eran diversos, astutos y escurridizos ante cualquier intento de captarlos. Su conversación era inteligente y sus respuestas, inaprensibles. Con un talante lleno de tales cualidades y tan señaladas solo podía ser superado por el emperador gracias a su linaje, elocuencia y demás cualidades naturales.

XI. Las negociaciones tienen lugar

1. El soberano, pues, tras recordarle los anteriores acontecimientos de pasada y veladamente, cambió el tema de su conversación. Bohemundo, que tenía a su propia conciencia como acusadora, esquivó adecuadamente la réplica a las palabras del soberano, diciendo solo: «No he venido para daros explicaciones sobre semejantes asuntos, pues también yo tendría mucho que decir sobre todo ello. Pero como Dios me ha reducido a este estado, en lo sucesivo dejo todo en manos de Vuestra Majestad». El emperador repuso: «Olvidemos ya el pasado. En cuanto a ti, si es tu deseo suscribir un tratado con nosotros, primero debes convertirte en súbdito de nuestra Majestad. Luego, tienes que poner al corriente de este vasallaje a tu sobrino Tancredo y ordenarle que entregue a nuestros enviados la ciudad de Antioquía de acuerdo con los antiguos convenios y luego, debes observar de ahora en adelante todos los acuerdos que hayamos adoptado».

2. Después de que el emperador tratara con Bohemundo de estos y otros muchos más temas, como era el mismo de siempre y no había cambiado, dijo: «Estoy imposibilitado para hacer semejante promesa». Amparándose en alguna otra petición del emperador, solicitó el retorno junto a su ejército según los acuerdos fijados con los embajadores. El emperador le dijo: «A nadie mejor que a mí tengo para preservar tu seguridad». Coincidiendo con estas palabras, ordenaba en voz alta a los jefes de su ejército que prepararan sus caballos para emprender el camino de regreso a Dirraquio. Tras oír esto y salir con intención de marchar a la tienda a él asignada, Bohemundo

requirió ver a mi césar Nicéforo Brienio, quien entonces acababa de ser honrado con el título de panhipersebasto. Acudió él y gracias a los recursos de su persuasiva oratoria, invencible como era en discursos y debates, convenció a Bohemundo de que condescendiese a la mayor parte de los puntos que había expuesto el soberano. Lo tomó, pues, de la mano y lo condujo a presencia del emperador. Al día siguiente con un juramento y por propia voluntad conforme a su parecer, se culminó el acuerdo. Lo acordado era lo siguiente.

XII. Texto del tratado suscrito por Bohemundo y Alejo

1. «El primer pacto firmado con Vuestra Majestad coronada por Dios precisamente en aquella ocasión en la que me hallaba dentro de la ciudad imperial junto con aquel numerosísimo ejército de francos para pasar desde Europa hacia Asia y liberar Jerusalén, como por causa de ciertas imponderables circunstancias ha sido violado, quede sin validez y no tenga efecto por haber incurrido en la nulidad a causa de las circunstancias. Por todo ello, Vuestra Majestad no debe guardar ningún derecho sobre mí y por ende no ha de reafirmarse sobre lo que en aquel pacto se convino y se redactó. Pues al haberme yo alzado en armas contra Vuestra Autoridad elegida por Dios y haber roto los acuerdos, quedan también rotas igualmente las reclamaciones de Vuestra Majestad contra mí. En consecuencia, ya que vengo ante Vos como lo haría un arrepentido, como un pescador zarandeado, avenido a razones gracias a la sensatez que vuestra lanza me ha hecho recobrar y con el recuerdo presente de aquella derrota y de aquellos combates, ahora solicito este otro acuerdo con Vuestra Majestad por el que yo pasaré a ser vasallo de vuestro cetro o, para decirlo más clara y evidentemente, servidor y súbdito, ya que Vos también habéis tenido a bien atraerme bajo vuestra mano y deseáis hacerme vasallo vuestro.

2. Por consiguiente, en adelante actuaré conforme a este segundo pacto que también yo deseo preservar para siempre, lo juro por Dios

y todos sus santos, puesto que el pacto ha sido escrito y leído teniéndolos por testigos, y seré fiel vasallo de Vuestra Majestad y de vuestro muy amado hijo y emperador, nuestro señor Juan Porfirogéneto. Armaré mi diestra contra toda persona que se enfrente a Vuestra Majestad, ya forme parte quien alce su mano de la comunidad cristiana, ya sea ajeno a nuestra fe, es decir, pagano, como lo llamamos nosotros. De modo que, una vez revocados los demás puntos, solo extraigo del antiguo acuerdo, confirmo y mantengo invariablemente aquello que era grato a ambas partes, a Vuestras Majestades y a mí, a saber, que soy súbdito y vasallo de Vuestras dos Majestades, con lo que renuevo en cierto modo el compromiso roto. Pase lo que pase, nunca obraré para su invalidación. No habrá causa alguna o medio claro u oculto por el que yo aparezca como transgresor del acuerdo y del actual tratado.

3. Tomo posesión de los países en Oriente que aquí serán expresamente indicados gracias a un crisóbulo de Vuestra Majestad, el cual Vuestra Majestad ha firmado con tinta roja y del que me ha sido entregada una copia. Recibo los países cedidos como regalo de Vuestras Majestades y asumo las competencias sobre estas donaciones a través de este crisóbulo. En correspondencia a un regalo consistente en tantos países y ciudades, ofrezco mi fidelidad a Vuestras Majestades, el gran soberano, nuestro señor Alejo Comneno y a vuestro muy amado hijo el emperador nuestro señor Juan Porfirogéneto, prometiendo mantenerla inconmovible y firme, como un ancla bien fondeada.

4. Y para reiterar los términos más claramente y preservar el derecho de las partes firmantes, he aquí que yo, Bohemundo, hijo de Roberto Guiscardo, convengo con Vuestras Majestades y me comprometo a guardar este inquebrantable pacto con Vuestras Majestades, esto es, con Vos, el soberano de los romanos, Alejo, y el emperador e hijo vuestro, el Porfirogéneto, y me comprometo a ser un auténtico y sincero vasallo, mientras respire y me cuente entre los vivos. Armaré mi mano contra los enemigos vuestros y de Vuestras Majestades, los siempre venerables y honorables emperadores del Imperio de los romanos, procedentes de cualquier lugar.

5. En el momento en que se me ordene por Vuestras Mjestades, iré inexcusablemente a serviros según las necesidades del momento

con todo el ejército bajo mi mando. Si hay alguien, sea quien sea, que actúa de forma hostil con Vuestras Majestades, a no ser que sean invulnerables a nuestras lanzas, como los ángeles inmortales, o estén constituidos por cuerpos de diamante, lucharé con ellos al lado de Vuestras Majestades. Y si aún conservo mi salud y estoy libre de guerras con bárbaros o turcos, yo mismo lucharé personalmente en la guerra junto a Vosotros con el ejército que me sigue. Si me hallara impedido por una grave enfermedad, como es normal en los hombres, o una guerra inminente me arrastra, entonces en ese caso prometo facilitar un gran apoyo con mis valientes guerreros, de modo que ellos con su labor compensen mi ausencia. Pues el compromiso fiel que hoy ofrezco a Vuestras Majestades consiste en observar íntegramente las exigencias del pacto ya sea por mí mismo o por otros, como ha quedado expreso.

6. Juro conservar una sincera fidelidad en lo general y en lo particular a Vuestra Majestad y a vuestra vida, es decir a vuestra existencia terrena en este mundo. Pues por defender vuestra vida me convertiré con mis armas en una compacta estatua de hierro. Extiendo incluso mi juramento a vuestro honor y a vuestras imperiales personas, en el caso de que se conjure contra ellos algún peligro promovido por malditos enemigos, a los que posiblemente yo destruya y aparte de su pérfido empeño. Asimismo, extiendo mi juramento a la salvaguarda de todo país, ciudad, grande o pequeña, e islas que sean vuestros y, en suma, de cuantas tierras y mares están bajo vuestro cetro desde el mar Adriático hasta el Oriente todo y toda la superficie de la Gran Asia, que son los confines del Imperio de los romanos.

7. Igualmente convengo, y que sea testigo del acuerdo Dios, que lo está oyendo, en no poseer nunca gobierno ni propiedad sobre ningún territorio que esté ahora o que haya estado antiguamente bajo el poder de vuestro cetro, sea ciudad o isla, o por decirlo con otras palabras y en resumen, sobre cuantos dominios abarcaba el Imperio de Constantinopla o posee ahora por Oriente y por Occidente, salvo los lugares que me han sido expresamente cedidos como presentes por Vuestras Majestades elegidas por Dios y cuyos nombres, uno por uno, serán detallados en este documento.

8. Respecto a los países que pudiera conquistar tras expulsar a sus ocupantes y que se hayan contado alguna vez bajo el gobierno imperial, debo dejar a vuestro buen juicio las disposiciones relativas a su administración. Si es vuestro deseo que yo ejerza el poder sobre el país conquistado como vasallo vuestro y fiel servidor, así sea. En caso contrario, lo entregaría al hombre que eligiesen Vuestras Majestades sin ningún tipo de vacilación. No recibiré como pertenecientes por alguien diferente a Vos ninguna ciudad, ni aldea que antiguamente formaran parte del poder imperial. Incluso las que fueran conquistadas con o sin asedio y que hayan sido vuestras, volverán a ser vuestras sin que yo discuta nada sobre este particular.

9. Tampoco aceptaré juramento de ningún cristiano, ni se lo prestaré a otro, ni firmaré acuerdo de ningún tipo que tenga como objetivo vuestro daño o vuestro perjuicio y el de vuestro Imperio. Tampoco seré vasallo de otro señor o de otro reino, grande o pequeño sin vuestra autorización. Yo solo tengo un único señor, al que prometo servir, Vuestra Majestad y la de vuestro amado hijo.

10. Repudiaré, rechazaré e incluso me armaré contra los vasallos de Vuestra Majestad que acudan a mí con intención de rebelarse contra vuestra autoridad y pasarse a mi servicio. Recibiré a los otros bárbaros que deseen ponerse bajo mis órdenes, pero no como una persona libre, sino que les haré jurar por Vos y vuestro muy amado hijo, me haré cargo de sus países en nombre de Vuestras Majestades y a partir de ese momento prometo llevar a cabo inexcusablemente las órdenes relacionadas con ellos.

11. Estas son las cláusulas relativas a todas las ciudades y países que se dio la circunstancia de que estuvieron bajo el cetro de los destinos romanos. Respecto a los enclaves que no han llegado a ser nunca vasallos de la Romania, me comprometo con un juramento a contar también los territorios agregados a mi poder con guerras y batallas, o sin ellas, como integrantes de vuestro Imperio, ya sean turcos, ya armenios, o en otras palabras, como alguien que conociera nuestra lengua diría, paganos o cristianos. Acogeré a los extranjeros que se pasen a mí y deseen así servirme con la idea de que también ellos van a ser vasallos de Vuestras Majestades. Trasladaré también a

estos los juramentos ratificados y el compromiso hacia la autoridad del Imperio. Entre estos extranjeros pasarán a mi servicio aquellos que vosotros, siempre venerables emperadores, deseéis que estén a mi servicio. Aquellos que queráis poner bajo vuestra autoridad, si ellos están conformes, os los enviaré, y si no quieren y se niegan a serviros, yo no los aceptaré tampoco.

12. Llevaré la guerra sin cuartel a mi sobrino Tancredo, en el caso de que no desee deponer parte de su enemistad hacia Vuestras Majestades, ni liberar de su poder las ciudades de Vuestras Majestades. Cuando, quiéralo él o no, las ciudades sean liberadas, tomaré yo su mando, que me ha sido cedido por Vuestra Autoridad entre las posesiones entregadas mediante vuestro crisóbulo, cuyos nombres serán expresamente detallados. Y todas aquellas ciudades junto con Laodicea de Siria que están fuera del grupo de las que me han sido cedidas, sean adscritas a vuestro cetro. Tampoco daré acogida a los fugitivos de Vuestras Majestades, sino que los pondré en el camino de regreso y los obligaré a retornar junto a vuestras Majestades.

13. Hago, además, las siguientes promesas junto a los puntos arriba expuestos para hacer este pacto más firme. Convengo en entregar como garantía de estos acuerdos, para conservarlos inviolable e inquebrantablemente en el futuro, a los hombres que, estando ahora bajo mi mando, ocupen los países cedidos a mí por Vuestra Majestad, incluidas las ciudades y los pueblos que asimismo serán detallados nominalmente. También dispondré que estos hombres hagan los más sagrados juramentos a fin de que conserven hacia vuestro Imperio la recta lealtad que las instituciones de los romanos ordenan, y respeten todo lo estipulado en el presente acuerdo con suma exactitud. Les haré jurar por las potencias celestiales y la ineludible ira de Dios, que si alguna vez conjurara contra Vuestras Majestades (¡ojalá no suceda, Salvador mío; ojalá no, justicia divina!), se afanen ellos por todos los medios durante un periodo de cuarenta días en traerme de nuevo, tras mi rebelión, a la fidelidad de Vuestras Majestades. Pero esto sucedería, si es que pudiera ocurrir, cuando la locura o el furor me afectaran claramente o perdiera de forma evidente el sano juicio. Si me muestro enloquecido y obstina-

do ante sus consejos, y las secuelas de mi furor acosan violentamente mi alma, entonces abjurarán de mí, me rechazarán por todos los medios y devolverán a vuestra autoridad sus fuerzas y su lealtad, y las regiones que ocupan por derecho mío, una vez las hayan desgajado de mi gobierno, serán entregadas a vosotros y a vuestro bando.

14. Ellos serán obligados a llevar estas acciones a cabo mediante juramentos, guardarán la misma fidelidad, vasallaje y lealtad hacia vosotros que yo también he acordado y alzarán sus armas por vuestras vidas y honor terreno, como tampoco por vuestras imperiales personas dejarán de ansiar el combate para que no sufran ninguna penalidad motivada por algún enemigo, si es que ellos tienen conocimiento de la existencia de conspiraciones y peligros. Juro y pongo por testigo a Dios, a los hombres y a los ángeles del cielo que los obligaré a hacerlo y a actuar con energía, comprometidos por sagrados juramentos. De este modo, adoptarán acuerdos idénticos a los que he suscrito con vosotros, esté yo vivo o muerto, en lo que respecta a vuestras plazas y territorios y, en una palabra, en lo relativo a todos los lugares que están bajo la égida de vuestro Imperio en Occidente y que el Oriente abarca. En ellos tendrá vuestro Estado a vasallos obedientes y los empleará como fieles servidores.

15. Todos los que circunstancialmente han venido conmigo en esta misión también acatarán inmediatamente la fidelidad que yo he jurado y los pactos firmados con vosotros, los venerables Alejo, soberano de los romanos y el Porfirogéneto, emperador e hijo vuestro. Todos los jinetes y hoplitas de mi ejército, a los que acostumbramos a llamar caballeros, que están ausentes, cuando Vuestra Majestad mande emisarios a la ciudad de Antioquía, allí también pronunciarán ellos los juramentos y los acogerá el enviado de Vuestra Majestad, y yo, lo juro, dispondré que los hombres juren y asuman los mismos pactos sin cambio alguno. Además, contra aquellos ocupantes de ciudades y países que una vez estuvieron bajo el poderío del Imperio de Constantinopla, y así lo quiera Vuestra Majestad, acuerdo y juro declarar la guerra, entablar combate y armarme contra ellos. Contra quienes no tenéis intención de movilizar un animoso ejército, tampoco yo enviaré un ejército contra ellos. Pues en todo

queremos servir a vuestro poder y depender en toda acción y en todo deseo de vuestros deseos.

16. A todos los sarracenos y secuaces de Ismael que deseen pasarse al bando de Vuestra Majestad como desertores y os hayan entregado sus ciudades, no pondré obstáculos a su decisión, ni intentaré con mi esfuerzo someterlos a mi mando, a no ser que, forzadas y acosadas en todas partes aquellas regiones por mi lanza, atemorizados por los peligros, volvieran su mirada a Vos y pusieran su salvación en pasarse a vuestro campo. Pero a todos esos y a cuantos por su temor a la espada franca, para evitar una muerte segura, os llamen venerables emperadores, no los contaréis entre nuestros cautivos, precisamente por ello, sino, lógicamente, a los que voluntariamente se pongan a vuestro servicio sin que hayan mediado trabajos y penalidades por parte de nosotros.

17. Además, convengo en esto. Que los soldados que deseen atravesar conmigo el Adriático desde Longibardía, también ellos jurarán y estarán conformes en servir a Vuestra Majestad. Evidentemente, les tomará juramento un súbdito vuestro que vosotros mismos enviaréis con ese fin a la otra orilla del Adriático. Si se negaran a prestar juramento, no los dejaré atravesar por haber rehusado aceptar nuestras decisiones.

18. Es preciso, asimismo, detallar en el crisóbulo las ciudades y países cedidos a mí por Vuestras Majestades, elegidas por Dios, y exponerlos en el presente documento. Estos son: Antioquía de Celesiria con su recinto y su distrito e, igualmente, Suecio,[39] que está situado junto al mar; Dux[40] con todo su distrito junto con el de Cauca,[41] llamado antiguamente Lulo[42] y el del Monte Maravilloso;[43] Fersia[44] con

39. Suwaidiya, en Siria, al suroeste de Antioquía.

40. Dûqsâ, en la llanura de Suwaidiya.

41. Macizo montañoso, Gebel-el-Aqra, al suroeste de Antioquía.

42. Djebel Barakat, entre Antioquía y Alepo.

43. En la orilla derecha del Orontes. Al suroeste de Antioquía.

44. Al-Atârib, en Siria, entre Antioquía y Alepo.

toda su región; San Elías,[45] el distrito militar junto con las villas bajo su soberanía; el distrito militar de Borze[46] y las plazas a su mando; la región en torno al distrito militar de Sezer,[47] que los griegos denominan Larisa, y Artac,[48] Teluc,[49] los distritos militares con cada recinto; junto a estos, Germanicea y las fortalezas a su mando; la Montaña Negra[50] y las plazas bajo su jurisdicción y la llanura entera que se prolonga a sus pies, evidentemente, sin el distrito de los Rupenio,[51] los armenios León y Teodoro, que son súbditos de Vuestra Majestad.

19. Junto a las localidades citadas el distrito militar de Pagras,[52] el distrito militar de Palatzas,[53] y el tema de Zume[54] y todas las plazas y villas bajo su jurisdicción y la región que le pertenece a cada una. Todas estas localidades también constan en el crisóbulo de Vuestras Majestades, porque me han sido cedidas por vuestra divina autoridad hasta el fin de mi vida, con el compromiso de que han de volver tras mi óbito al Imperio de la Nueva Roma y emperatriz de las ciudades, Constantinopla, siempre y cuando guarde una muy pura fidelidad y una limpia lealtad hacia vosotros, los siempre venerables y honorables emperadores, hacia vuestro Imperio y trono, y sea siervo y sumiso vasallo del cetro imperial.

45. Râs-al-Hanzir, al noroeste de Antioquía.

46. Qalat Berze, en Siria, al noroeste de Laodicea.

47. Qalat Sêgar, en Siria.

48 En Siria, al noroeste de Antioquía, cerca de Rîhaniya.

49. Dulûk, en el norte de Siria, al oeste de Apamea.

50. El Amano (Nur Dagh), al noroeste de Antioquía.

51. Príncipes de la Pequeña Armenia, reino armenio de Cilicia. Los Rupénidas pertenecían a una rama menor de la familia real armenia de los Bagrátidas. El reino fue fundado en 1078 y estuvo precedido por el poder creciente de los oficiales armenios al servicio de los bizantinos. Los armenios aprovecharon la debilidad del poder imperial en la zona tras la batalla de Mantzikert.

52. Bagrâs, en Siria, al norte de Antioquía.

53. Quizás Balgât.

54. Al-Gûma, al norte de Antioquía.

20. Acuerdo y juro por Dios, que es venerado en la iglesia de Antioquía, que no habrá patriarca de nuestra raza en Antioquía, sino que lo será aquel que designen Vuestras Majestades de entre los que sean vástagos de la gran iglesia de Constantinopla. Ojalá suba al trono de Antioquía una persona tan sabia que actúe enteramente de modo patriarcal en las ordenaciones y demás materias eclesiásticas, de acuerdo con los estatutos de esta sede.

21. Hay partes excluidas del gobierno ducal de Antioquía por querer Vuestras Majestades reservarse total potestad sobre ellas. Son el tema de Podando, (...) junto a estos el distrito militar de la ciudad de Tarso, la ciudad de Adana, los hogares de Mopso y Anabarza y, por resumir, todo el país de Cilicia, que el Cidno y el Hermón delimitan; asimismo, el distrito militar de Laodicea de Siria y, lógicamente, el distrito militar de Gabala, que quienes hablamos lengua bárbara llamamos Zebel, los distritos militares de Balanea, Maracea y el de Antárado con Antartus, pues también son ambos distritos militares. Estos son los lugares que, tras excluirlos Vuestras Majestades de todo el territorio bajo el poder ducal de Antioquía, los ha añadido al ámbito de sus dominios, una vez separados de aquel.

22. Me contento con las posesiones cedidas y las quitadas, me atendré a los derechos y privilegios que recibí de vosotros, no actuaré contra lo que no he recibido. No sobrepasaré las fronteras y permaneceré en los territorios que me han sido dados, gobernándolos y recogiendo sus frutos hasta que deje la vida, como se ha estipulado. Tras mi muerte, como también ha quedado estipulado, retornarán a sus antiguos propietarios, por quienes fueron cedidos a mi autoridad. Ordeno a todos mis gobernadores y vasallos que, de acuerdo con mi última voluntad, devuelvan todos los territorios citados al cetro del Imperio de los romanos, sin cuestionar nada sobre la cesión y sin plantear vacilación alguna.

23. También juro y reafirmo ese punto del acuerdo, para que sin retraso ni vacilación cumplan mis órdenes. Y sea también añadida al tratado la siguiente cláusula. Como yo he suplicado a vuestro trono que me compensara por lo que Vuestra Majestad me había enajenado de los dominios de Antioquía y del ducado de esa ciudad, y como

los peregrinos lo habían suplicado previamente a Vuestras Majestades, vuestra autoridad accedió a compensarme con algunos temas, países y ciudades situados en Oriente.

24. Es preciso también mencionarlos aquí nombre por nombre para que Vuestras Majestades no tengan duda alguna y yo obtenga una prueba sobre la que podría reclamar en un momento dado. Son estos, todo el tema del país de Casiotis, cuya capital es Berea, que en lengua bárbara se denomina Calep;[55] el tema de Lapara[56] y todos los pueblos bajo su jurisdicción, esto es, Plasta, la ciudad de Conio, Romaina, la ciudad de Aramiso, la plaza de Ameras, la ciudad de Sarbano, la fortaleza de Telcampson, a las que se suman las tres Tilias, Estlabotilin y las otras dos, el castillo de Esgenin, la ciudad de Caltzierin y sus pueblos, Comermoeri y el llamado Catismatin, Sarsapin y la villa de Mecran. Esas son las localidades que se hallan en Siria. Las pertenecientes al centro del tema de Mesopotamia son las que se encuentran cerca de la ciudad de Edesa; el tema de Limnia y el tema de Aeto con todo su distrito.

25. No queden sin citar los apartados relativos a Edesa ni la cantidad de talentos anuales que me ha sido fijada por Vuestras Majestades, que Dios guarde, es decir, doscientas libras acuñadas en época del emperador Miguel. Aunque me ha sido asignado a través del piadoso crisóbulo de Vuestras Majestades el ducado de (...) completo con todas las fortalezas y territorios bajo su jurisdicción, no se ha encomendado este gobierno ducal a mi exclusiva persona, sino más bien se me ha concedido por el piadoso crisóbulo que lo traspase al que yo desee, con la obligación por parte de este de someterse a las órdenes y deseos de Vuestras Majestades como vasallo que es del mismo imperio y de la misma autoridad, y con una voluntad y unas intenciones acordes en los mismos puntos en los que yo lo estoy con vosotros.

26. Respecto a ese particular, como yo me he convertido en vuestro vasallo y me incluyo en el ámbito de vuestras posesiones, debo percibir una cantidad anual del tesoro imperial, doscientos talentos

55. Alepo.

56. En la Capadocia oriental. Los enclaves que vienen a continuación están situados en esa zona.

con acuñación y valor del anterior soberano Miguel, traídos por un emisario nuestro enviado con una carta mía desde Siria a vuestra presencia, a la ciudad imperial, para que tome la citada cantidad con destino a nuestra persona.

27. Vosotros, los siempre venerables, honorables y augustos emperadores del Imperio de los romanos, respetaréis en adelante el texto escrito en el crisóbulo por Vuestras Piadosas Majestades y observaréis las promesas. Yo, por este juramento, confirmo lo acordado entre vosotros y yo. Pues juro por la Pasión de nuestro clemente Salvador Cristo, por aquella invencible Cruz que padeció por la salvación de todos, y por los santísimos Evangelios que han asombrado a todo el mundo, y aquí presentes, juro cōn ellos en mi mano por la Cruz de Cristo asociada en mi pensamiento a la Corona de espinas, a los Clavos y a la Punta de la lanza de aquel que atravesó el costado del Señor y dador de vida, a Vos, el poderosísimo y santo emperador, nuestro señor Alejo Comneno y a vuestro coemperador, vuestro muy amado hijo, nuestro señor Juan Porfirogéneto, que todo lo pactado y dicho por mi boca para siempre guardaré y observaré sin transgresiones, que me ocupo y me ocuparé por siempre de vuestras posesiones, que no mostraré en lo más mínimo intenciones malvadas o dolosas hacia vosotros, sino que perseveraré en todos los acuerdos adoptados por mí y de ningún modo juraré en falso contra vosotros ni me encaminaré por un rumbo que anule las promesas, ni tendré ningún pensamiento opuesto al tratado, tanto yo como todos y cada uno de cuantos pertenecen a mi soberanía y constituyen el conjunto de mis soldados. Incluso nos vestiremos la coraza contra vuestros enemigos y ofreceremos la diestra a vuestros amigos. Todos mis pensamientos serán y se encauzarán para beneficio y honra del Imperio de los romanos. Ojalá cuente así con el auxilio de Dios, ojalá cuente con el auxilio de la Cruz y de los divinos Evangelios.

28. Esto fue escrito y los juramentos prestados en presencia de los testigos abajo expuestos, en el mes de septiembre de la segunda indicción del año 6617.[57] Los testigos y firmantes ante quienes se realizaron estos trámites son los siguientes: los obispos muy devotos

57. Año 1108.

de Dios, Mauro de Amalfi y Renardo de Tarento junto con clérigos que los acompañan. El muy bendito abad del venerable monasterio de San Andrés de la isla de Brentesio, en Longibardía, y dos monjes suyos. Los guías de los peregrinos cuyos signos ellos trazaron con su propia mano y cuyos nombres fueron escritos por mano del obispo, muy devoto de Dios, de Amalfi al lado de los signos, el cual había venido como embajador del papa ante el soberano. Los de la corte imperial: el sebasto Marino, Rogelio Tacuperto. Pedro Alifa, Guillermo Ganze,[58] Ritzardo Printzitas, Yosfré Males,[59] Humberto, hijo de Graúl, Pablo Romano. Los procedentes de Dacia, apocrisiarios del kral, consuegro de su Majestad, el zupán Peres y Simón,[60] y los apocrisiarios[61] de Riscardo Siniscardo,[62] el eunuco nobilísimo Basilio y Constantino el notario». En conclusión, el soberano recibió de Bohemundo este documento escrito. Y él le correspondió con el arriba citado crisóbulo, firmado con tinta púrpura por la diestra imperial, como es tradición.

58. Guillermo de Gante, hermano de Balduino de Gante, que acompañó a Godofredo de Bouillon.

59. Joffroy de Mailli.

60. Enviados del rey de Hungría, cuya hija estaba casada con el futuro Juan II Comneno.

61. Alto cargo diplomático equivalente a embajador o nuncio.

62. Ricardo el Senescal, sobrino de Roberto Guiscardo y del conde Roger de Sicilia.

LIBRO XIV

Campañas contra turcos y francos. Enfermedades del emperador. Los maniqueos (1108-1115)

I. Campañas contra los turcos en Asia. Triunfos de Eumacio Filocales

1. Así pues, una vez hubieron llegado a buen puerto los planes del soberano y confirmado el tratado arriba expuesto mediante el juramento de Bohemundo ante los sagrados Evangelios y la lanza con la que atravesaron los facinerosos el costado de Nuestro Salvador, este solicitó el retorno por el camino que había seguido a su venida, poniendo al servicio de la autoridad y de los deseos del soberano a todos los hombres que estaban bajo su mando. Asimismo, pidió permiso para invernar dentro de los dominios de los romanos. Pidió también abundantes suministros de vituallas y que, cuando pasara el invierno y se hubieran recuperado de sus muchas fatigas, les fuera permitido ir adonde quisieran. Nada más hacer esas peticiones, pudieron ver enseguida cumplidas sus demandas. Después de haber sido honrado con el título de sebasto y haber recogido abundantes riquezas, emprendió el regreso en dirección a su ejército. Lo acompañaba al salir Euforbeno Constantino, apellidado Catacalon, para evitar algún desagradable encuentro con nuestros soldados durante el camino y, en especial, para tomar las medidas precisas con vistas a que las tropas de Bohemundo acampasen en el lugar adecuado y seguro, y poder dar satisfacción a las peticiones realizadas. Cuando este hubo llegado a su campamento y entregado su ejército a los embajadores enviados por el soberano

a tal efecto, embarcó en una monere y arribó a Longibardía. Tras sobrevivir no más allá de seis meses, pagó la deuda común.[1]

2. El soberano, por su parte, se preocupaba todavía de los celtas y cuando tuvo solucionados los asuntos pendientes con estos, tomó el camino hacia Bizancio. Una vez allí, no se entregó para nada al reposo y al descanso, y estuvo meditando de nuevo sobre cómo los bárbaros habían reducido completamente a ruinas la zona costera de Esmirna hasta la misma Atalia[2] y se sentía molesto por no haberles devuelto a estas ciudades su primitivo estado, ni haberles reintegrado su antiguo florecimiento, ni recuperado a sus moradores, que estaban dispersos por todas partes. En concreto, no se desentendió de la situación en la ciudad de Atalo y mostraba gran preocupación por ella.

3. Eumacio Filocales[3] era un hombre muy arrojado que no solo superaba a los demás por el ilustre linaje al que pertenecía, sino también por su destacada inteligencia, que era liberal en su mano y en su mente, fiel a Dios y a sus amigos y leal como el que más a sus señores, pero que no había sido formado en las técnicas militares. No sabía mantener el arco y tirar de la cuerda hacia su pecho, ni cubrirse con el escudo. En lo demás, sin embargo, era muy hábil como en montar emboscadas y derrotar mediante todo tipo de ardides a sus enemigos. Acudió al soberano y le pidió con empeño el gobierno de Atalia. El soberano, que conocía la sagacidad de su temperamento y de sus empresas y el éxito que lo acompañaba, fuera cual fuera y se dijera lo que se dijera, pues cuando se lanzaba a cualquier actividad, nunca fallaba en sus objetivos, se dejó persuadir y le dio el mando de numerosas fuerzas con abundantes recomendaciones y la orden de que en toda circunstancia se condujera prudentemente.

4. Tras llegar él enseguida a Abido,[4] atravesó el estrecho entre ambas ciudades y arribó a Atramicio.[5] Esta había sido en otro tiempo una

1. Parece ser que la fecha de su muerte es el 6 de marzo de 1111.

2. En Panfilia.

3. Anterior gobernador de Chipre, ver IX II.4.

4. Llave de los Dardanelos.

5. En Misia. Hoy, Edremid-Karataş.

ciudad densamente poblada, pero durante los saqueos a los que Tzacás sometió la zona de Esmirna, acabó por reducirla a ruinas y borrarla del mapa. En todo caso, al ver la total destrucción de la importante ciudad hasta el extremo de que parecía no haber sido habitada nunca por nadie, le devolvió inmediatamente su primitivo aspecto, y llamó de los lugares donde se hallaban a todos los supervivientes de sus antiguos moradores y tras hacer llamar a otra mucha gente de diferentes procedencias, la repobló y le devolvió su antiguo esplendor. Una vez informado de que los turcos estaban asentados en Lampe, destacó una parte de sus fuerzas y la envió contra ellos. Estos, al darles alcance, libraron un violento combate y obtuvieron pronto la victoria. Tan despiadadamente se comportaron con los turcos, que arrojaron en calderos a sus recién nacidos y los hicieron hervir. Mataron a otros muchos y retornaron junto a Eumacio alegres y seguidos por los cautivos. Los turcos que lograron sobrevivir se vistieron de negro con el deseo de mostrar esta desgracia a sus compatriotas a través de las vestiduras y atravesaron todo el territorio ocupado por los turcos gimiendo y lamentándose, mientras narraban las tremendas calamidades que sufrieron y provocaban el dolor de todos los hombres de armas y excitaban a la venganza.

5. Eumacio, que había llegado a Filadelfia, se alegró por el éxito de la misión. Pero un archisátrapa de nombre Asán,[6] que ocupaba Capadocia utilizando a sus habitantes como esclavos, cuando se enteró de lo que les había pasado a los citados turcos, tomó consigo sus tropas, mandó llamar a otros muchos hombres desde diferentes sitios hasta juntar un ejército de veinticuatro mil soldados y salió contra él. Pero Eumacio, que era un hombre muy hábil, como se ha dicho, no permanecía despreocupado en Filadelfia, ni se había relajado al abrigo de sus murallas, sino que enviaba por doquier observadores y para que no se descuidasen, añadía el envío por detrás de otros exploradores. Les ordenó estar tan alerta que permaneciesen despiertos toda la noche y escudriñaran cruces de caminos y llanuras.

6. Cuando uno de estos vio en lontananza el ejército turco, acudió veloz a comunicárselo a Eumacio. Él, que era prudente y que poseía

6. Hasán, emir de Capadocia. Es diferente del Asán/Hasán de XI III.5.

una inteligencia tan clara que sabía lo que debía hacerse y cómo poner en práctica sus planes en un lapso de tiempo imperceptible, conocedor además de que no poseía suficientes fuerzas para enfrentarse a tan gran cantidad de soldados enemigos, ordenó enseguida reforzar todas las puertas de la ciudad y prohibió que nadie subiera a las murallas y que nadie gritara ni hiciera sonar flautas o cítaras. En suma, confirió a la ciudad un aspecto tal que quienes viniesen la creyeran completamente deshabitada. Asán llegó a Filadelfia, rodeó con su ejército las murallas y estuvo aguardando durante tres días. Como estaba claro que nadie se asomaba a las almenas, que las puertas estaban reforzadas y que no disponía de helépolis ni catapultas, considerando que el ejército de Eumacio era pequeño y por ello ni siquiera se atrevía a salir, emprendió otro camino en medio de recriminaciones por su debilidad y de un total desprecio hacia él. Separó a diez mil hombres de su ejército y los envió contra Celbiano,[7] a otros (...) como si fueran en dirección a Esmirna y a Ninfeo,[8] y a los restantes a Cliara[9] y Pérgamo. Una vez enviados todos a realizar las incursiones, él se unió a los qué partían en dirección a Esmirna (...).

7. Sin embargo, Filocales, que conocía las intenciones de Asán, envió todas las fuerzas a su mando contra los turcos. Estas persiguieron a los que habían salido tranquilamente rumbo a Celbiano, los alcanzaron y cayeron sobre ellos cuando amanecía el día. No se contuvieron a la hora de la matanza y liberaron a todos los prisioneros que llevaban los turcos. Luego, emprendieron la persecución de los turcos que habían partido hacia Esmirna y Ninfeo. Algunos hombres de la vanguardia, que se habían adelantado, libraron combate desde las dos alas de la formación contra aquellos y los vencieron completamente. Mataron a muchos y obtuvieron gran cantidad de cautivos. Los supervivientes, que fueron escasos, en su huida general cayeron en los remolinos del Meandro y se ahogaron rápidamente. Es ese un río de Frigia, el más tortuoso de todos los ríos debido a

7. Al suroeste de Filadelfia. Cerca de Éfeso.

8. Al este de Esmirna.

9. En Lidia, entre Kirkagaş y Soma.

sus continuas curvas. Confiados por su segunda victoria estuvieron persiguiendo a los restantes, pero lo que les pasó no fue otra cosa más que los turcos les habían tomado una gran delantera. De este modo, volvieron entonces a Filadelfia. Eumacio, por su parte, tras ver a sus hombres de vuelta y enterado de que se habían esforzado por luchar valerosamente y de que ningún adversario había escapado de sus manos, les recompensó con generosos regalos y les prometió enormes beneficios en lo sucesivo.

II. Movilización diplomática de Alejo contra Tancredo. Sitio de Tiro por Balduino y fracaso del mismo. Regreso de los embajadores enviados por el emperador sin haber logrado sus objetivos

1. Bohemundo había muerto, y Tancredo había arrebatado Antioquía al soberano y se la había quedado como si fuera su propiedad. Estos hechos hacían reflexionar al emperador sobre los juramentos que se habían prestado respecto a esta ciudad y que habían transgredidos por esos bárbaros francos. Pensaba en las inmensas riquezas que había gastado, en las tremendas calamidades que había sufrido en el traslado de aquellos innumerables ejércitos desde Occidente a Asia al tratar con hombres muy levantiscos y rebeldes. Pensaba en los motivos del envío con estos de dos grandes ejércitos romanos contra los turcos, de un lado para que no acabaran siendo víctimas del cuchillo turco (mostraba interés por los francos como cristianos que eran), y de otro, para que, auxiliados por nuestros hombres, destruyesen unas ciudades ismaelitas, entregaran otras de acuerdo con los tratados a los emperadores de los romanos y se ensancharan así los límites romanos. Sin embargo, no había sacado ningún provecho para el poderío romano de tan enormes penalidades, fatigas y dispendios, antes al contrario, se quedaban resueltamente con la ciudad de Antíoco y no nos cedían la posesión de ninguna de las demás poblaciones. No podía consentir, ni tolerar bajo ningún concepto no replicarles de la peor manera y alejarlos de tan gran falta de sentido común.

2. Tancredo se había aprovechado de aquellos incontables regalos, de las montañas de oro, de la extrema atención que les había dispensado, de la masa de tropas enviadas por él para que colaborasen sin que el Imperio de los romanos hubiera obtenido ninguna compensación por su parte. Mientras, los francos planeaban sus particulares éxitos cancelando pactos y juramentos sin preocuparse por nada. Por todo ello, su alma se desgarraba sin saber cómo sobrellevar la insolencia.

3. Por ello, envió una embajada a Tancredo, gobernador de Antioquía, acusándole de su falta y de la transgresión de los juramentos. Añadía que no estaba dispuesto a soportar que se le estuviese despreciando eternamente y que lo castigaría también a él por su ingratitud con los romanos. Hubiera sido indigno y más que indigno gastar las riquezas más allá de toda cuenta, haber destacado los más ilustres batallones romanos por toda Siria y por la misma Antioquía en su afán por ampliar con todas sus fuerzas y voluntad los límites del Imperio de los romanos y que Tancredo disfrutase de los placeres a costa de sus riquezas y sus fatigas.

4. Cuando recibió esta embajada, aquel bárbaro furioso y enloquecido, que no soportaba ni siquiera en el extremo de sus oídos la verdad de las palabras y la franqueza de los embajadores, actuó enseguida como suele hacerlo su raza e, hinchado de soberbia, se jactó de que colocaría su trono por encima de los astros y amenazó con atravesar las murallas de Babilonia con la punta de su lanza. Hablaba y se expresaba en precisos términos sobre la valentía que caracterizaba a sus tropas y su incontenible ímpetu, y afirmaba que nunca dejaría escapar Antioquía, aunque los que fueran a enfrentarse con él portasen manos de fuego, y que él en persona se se tenía por un Nino,[10] el gran asirio, y que era como un gigante enorme e imbatible, erguido como una roca sobre el suelo, y consideraba a los romanos hormigas y los más cobardes de los seres vivos.

10. Para los historiadores griegos de la Antigüedad, como Ctesias de Cnido o Diodoro Sículo, Nino fue un rey legendario de Asiria, fundador del Primer Imperio asirio. A su nombre se le atribuía la denominación de la ciudad de Nínive. Se casó con la también legendaria reina Semíramis, la cual, una vez viuda, tomó las riendas del poder y amplió el Imperio hasta la India y Etiopía.

5. Cuando a su regreso los embajadores informaron de la insensatez del celta, el emperador se llenó de cólera sin que se le pudiera ya refrenar, y quería ir inmediatamente a reclamar Antioquía. Así pues, tras reunir a la élite del estamento militar y a todos los miembros del senado, pidió consejo a todos. En ese momento, todos rechazaron la expedición del soberano contra Tancredo, argumentando que antes era preciso ganarse a todos los condes que gobernaban los alrededores de Antioquía y al rey mismo de Jerusalén, Balduino, y sondear sus opiniones sobre si querrían cooperar con él en su campaña contra Antioquía. Si tuviera constancia de que estos eran enemigos de Tancredo, entonces podría atreverse a marchar contra él y si no, resolver de otro modo el asunto de Antioquía.

6. El soberano elogió este consejo, mandó buscar a Manuel Butumites y a uno que sabía la lengua latina, y los despachó en dirección a los condes y al rey de Jerusalén, después de haberles hecho abundantes recomendaciones sobre lo que debían tratar con ellos y con el propio rey de Jerusalén, Balduino. Dado que era imprescindible enviarles riquezas a causa del codicioso carácter latino, dio órdenes a Butumites para el entonces duque de Chipre, Eumacio Filocales, donde detallaba las instrucciones precisas para que le facilitara tantos barcos como le hicieran falta. A la par, le ordenó que entregase a los condes mucho dinero de todo tipo, de toda clase de formas y acuñaciones y de diversos valores. Prescribió asimismo a los ya citados y en concreto a Manuel Butumites, que tras recibir las riquezas de Filocales, atracaran sus naves en Trípoli, se entrevistaran con el conde Pelctrano,[11] hijo de Isangeles, a quien nuestra historia ha hecho frecuentes menciones, le recordaran la fidelidad que su padre guardó hacia el soberano y, al tiempo de entregarle las cartas imperiales, le dijeran: «No se te debe conside-

11. Beltrán (Bertrand) de Tolosa, marqués de Provenza y duque de Narbona (1065-1112), hijo de Raymond de Saint-Gilles. Cuando este marchó a la Cruzada, lo dejó como regente en su nombre sobre las posesiones de la familia. Ejerció como tal desde 1096 hasta 1105 en que, a la muerte de su padre, heredó todos los derechos. Marchó también él a la Cruzada y en 1109, tras tomar la ciudad de Trípoli con ayuda de los genoveses y del rey Balduino I de Jerusalén, se erigió en conde de Trípoli. Murió el 21 de abril de 1112.

rar como inferior a tu padre, por lo que debes observar también tú una fidelidad similar hacia nosotros. Que sepas que yo ya estoy a punto de llegar a Antioquía para castigar a quien no guardó aquellos venerables juramentos con Dios y conmigo. Tú esfuérzate en no colaborar para nada con él y en atraer a los condes al ámbito de nuestra fidelidad, de forma que no se vinculen a Tancredo bajo ningún otro concepto».

7. Arribaron, pues, a Chipre y tras hacerse cargo del dinero y de todas las naves que quisieron, navegaron inmediatamente rumbo a Trípoli. Después de fondear las naves en su puerto y desembarcar de ellas, se encontraron con Pelctrano y le dieron a conocer todas las órdenes recibidas del emperador. Al comprobar que aquel se inclinaba ante la voluntad del soberano, que se disponía a su favor y que, si fuera preciso, aceptaba morir por él, prometiendo incluso que acudiría a prosternarse cuando llegara a la región de Antioquía, con su visto bueno encargaron al obispo de Trípoli de las riquezas que traían, de acuerdo con las recomendaciones del soberano. Pues temía que los condes, si se enteraban de que los embajadores llevaban dinero, se lo apropiaran, y tras remitirlos a la capital con las manos vacías, empleasen las riquezas en provecho propio y en el de Tancredo. Por tanto, consideró preciso en primer lugar, que partieran de vacío y que, tras comunicarles todo lo que les fue encomendado por el soberano, sondearan sus opiniones, les prometieran la entrega de riquezas y les pidieran a cambio un juramento, por si estuvieran conformes en obedecer entonces la voluntad del soberano, para finalmente cederles el dinero. En suma, como hemos dicho, los hombres de Butumites pusieron aquellos bienes bajo la custodia del obispo de Trípoli.

8. Balduino, al enterarse de que esos embajadores iban a llegar a Trípoli, por su avidez de dinero envió a su primo Simón antes de que llegaran para invitarlos a venir. Ellos dejaron allí las riquezas con el consentimiento de Pelctrano, siguieron a Simón, el enviado de Jerusalén, y llegaron a presencia de Balduino, que estaba asediando Tiro. Este, una vez los hubo recibido amablemente y honrado con toda cortesía, aprovechando que habían llegado ante él en el tiempo

de Cuaresma, los retuvo a su lado durante los cuarenta días,[12] mientras sitiaba Tiro, como hemos dicho. La ciudad estaba protegida, además de por otros medios, por unas murallas inexpugnables que constaban de tres recintos en torno a ella. El círculo más exterior contenía al segundo y este a su vez al de más adentro, que era el tercero. Eran como círculos que contenían unos a otros y que rodeaban la ciudad con un cinturón.

9. Balduino supo atacar previamente este conjunto de murallas para tomar posteriormente la ciudad, pues actuaban como corazas protectoras de Tiro y dificultaban el sitio. Este, mediante algunas maquinar de asedio había destruido la primera y segunda líneas y lo estaba intentando con la tercera. Pero, una vez destruidas las almenas, a continuación relajó el asedio. La hubiera tomado si se hubiera esforzado, pero como creía que tras esos avances podría poner pie en la ciudad con escalas, se dedicó al asedio como si ya la tuviese en sus manos. Esto les proporcionó la salvación a los sarracenos. Balduino, que veía cercana la victoria, fue completamente repelido y quienes estaban en el interior de las redes, se libraron de sus hilos. El tiempo que hacía perder la negligencia de Balduino les permitió recuperar la iniciativa.

10. Tramaron la siguiente argucia. Pidieron en apariencia un tratado de paz y le trasladaron emisarios para la paz, pero en realidad, mientras se iban desarrollando las conversaciones de paz, se preparaban para la defensa y gracias a las expectativas que iban dejando en suspenso, tenían tiempo de tramar estratagemas contra él. Cuando comprobaron su enorme desinterés por la guerra y que los sitiadores flaqueaban, llenaron una noche numerosas ánforas de cerámica con pez líquida y las lanzaron contra las máquinas que rodeaban la ciudad. Al estrellarse, necesariamente empaparon de ese líquido la madera. A continuación de estas, les arrojaron antorchas encendidas y después, repitieron la operación con ánforas llenas de nafta que al contacto con el fuego inmediatamente comenzaron a lanzar llamas al aire, con lo que las máquinas de los sitiadores quedaron reducidas a cenizas. Mientras se iba iluminando el día, las

12. Hasta el 21 de abril de 1112.

llamas iluminaban también, lanzadas como una torre al aire desde las tortugas de madera.

11. Los hombres de Balduino obtuvieron la recompensa que merecía su negligencia y de la que se arrepentían, pues el humo y el fuego les habían dado a conocer lo sucedido. Algunos soldados, que se hallaban en torno a las tortugas y que ascendían al número de seis, fueron capturados y el gobernador de Tiro, nada más verlos, les cortó las cabezas y las despidió mediante catapultas en dirección al ejército de Balduino. Al ver todo el ejército el espectáculo del fuego y de las cabezas, huyeron aterrados en sus caballos, como si se hubieran asustado por aquellas cabezas a pesar de las continuas cabalgadas de Balduino, de sus llamadas a los fugitivos y de sus intentos de animarles por todos los medios. Pero cantaba a sordos. Aquellos, dándose en masa a la fuga, huían incontenible-mente por el camino y parecían más veloces que cualquier pájaro. Al final de la carrera tenían la fortaleza llamada por los lugareños de Acre, que se convirtió en refugio para aquellos veloces cobardes. En todo caso, Balduino desistió, privado de todo recurso, siguió contra su voluntad a los que huían y escapó de la mencionada ciudad.

12. Butumites, por su parte, tras embarcar en las trirremes chipriotas (eran doce en total), bordeó la costa que llevaban a Acre, donde encontró a Balduino, y le dio a conocer todo cuanto el soberano le había ordenado comunicarle. Decía, añadiendo estas palabras a su mensaje, que el emperador había llegado a Seleucia. Ahora bien, este último informe no era cierto, sino que era una medida tomada para asombrar así al bárbaro y para que él lo dejara partir de allí. Pero el ardid no le pasó inadvertido a Balduino y recriminó duramente a Butumites por recurrir a las mentiras. Pues se había enterado antes gracias a alguna persona del paradero del soberano, es decir, de que había avanzado a lo largo del extenso litoral, que se había apoderado de las naves piratas que asolaban el mar y de que se había retirado enfermo de allí, como nuestra obra expondrá con mayor claridad más abajo. Tras replicar Balduino con esto a Butumites y reprochándole su mentira, dijo: «Tienes

que venir conmigo hasta el Santo Sepulcro, de donde partirán mis embajadores para dar a conocer mis decisiones al soberano».

13. Ahora bien, nada más llegar a la Ciudad Santa empezó a pedirles el dinero que le había sido enviado por el emperador. Butumites dijo: «Si vosotros prometéis ayudar al soberano en contra de Tancredo poniendo en práctica el juramento que prestasteis durante vuestro paso a Asia, entonces recibiréis el dinero dirigido a vosotros». Pero Balduino quería recibir el dinero teniendo en mente no ayudar al emperador, sino a Tancredo, y se enojaba por no recibirlo. Semejante carácter presenta toda la raza bárbara. Se queda pasmada ante los presentes y el dinero, pero en absoluto quiere hacer aquello para lo que le han sido facilitados los bienes. Así pues, una vez le hubo dado una escueta carta, despidió a Butumites. Los embajadores se encontraron también con el conde Yatzulino,[13] que se encaminaba a venerar el Santo Sepulcro en el día de la Resurrección del Salvador, y se entrevistaron con él sobre el asunto que traían entre manos. Al comprobar que también él estaba de acuerdo con Balduino, se retiraron de allí sin haber logrado nada positivo.

14. Ante la noticia de que Pelctrano no se contaba ya entre los vivos, reclamaron la devolución del dinero que ellos habían dejado en depósito bajo la custodia del obispo. Pero entonces el hijo de Pelctrano[14] y el obispo de Trípoli dilataron interminablemente la devolución de los bienes. Y ellos les decían en tono amenazador: «Si no nos entregáis las riquezas, no sois auténticos vasallos del emperador ni le tenéis ningún tipo de fidelidad, como una vez la tuvieron Pelctrano y su padre Isangeles. Así pues, en adelante, no dispondréis de la generosa fuente de víveres procedentes de Chipre, ni menos aún, contaréis entre vuestros aliados al duque de Chipre, por todo lo cual terminaréis siendo víctimas del hambre». Ya que a pesar de todos los recursos puestos en práctica, fueran melifluas palabras, fueran amenazas, no lograban convencerlo de que entregara el dinero, creyeron preciso que el hijo de Pelctrano hiciera un firme juramento de

13. Joscelino (Jocelin) I de Courtenay (1070/1075-1131), príncipe de Galilea y conde de Edesa.

14. Ponce (Pons) de Trípoli (1097/1098-1137).

fidelidad al soberano y entregarle así solo los presentes destinados a su padre, que eran monedas de oro y plata y diversos tejidos. Él se hizo cargo de estos y prestó el firme juramento de fidelidad al soberano. Tras darle el resto del dinero a Eumacio, emplearon los fondos en la adquisición caballos de raza procedentes de Damasco, Edesa y de la misma Arabia. Una vez que desde allí hubieron pasado por el mar de Siria y el golfo de Panfilia, descartaron el viaje en barco por considerar la tierra firme más segura que el mar y se dirigieron al Quersoneso, donde estaba el soberano. Una vez atravesado el Helesponto, se encontraron con el emperador.

III. Retirada de una flota procedente de Longibardía sin presentar combate. Incursión de los turcos, derrota de estos y firma de un tratado con el emperador

1. Los problemas caían sin descanso sobre el emperador como los copos de nieve. Por mar, los caudillos de Pisa, Génova y Longibardía se disponían a devastar con una flota todas las zonas costeras y por tierra el emir Saisán[15] estaba al llegar desde Oriente en su ofensiva contra Filadelfia y las regiones del litoral. Reconoció que debía salir de la ciudad imperial y acudir allí donde fuera posible combatir en ambos frentes. Llegó, pues, al Quersoneso. Luego, tras hacer venir tropas terrestres y navales procedentes de todas partes y destacar un importante cuerpo de ejército, lo emplazó por el Escamandro hasta Atramicio, en el tema Tracesio. Estaba al mando de Filadelfia como general Constantino Gabras acompañado de una guarnición lo suficientemente numerosa para esa plaza. El medio bárbaro Monastrás, a quien hemos mencionado en numerosas ocasiones, hacía lo mismo con Pérgamo, Cliara y los pueblos de sus alrededores. Las restantes ciudades costeras tenían a su frente a otros hombres que se distinguían de los demás por su experiencia militar y por su audacia. Muchas recomendaciones les

15. Malik Shâh (1107-1116), hijo mayor de Qilidj Arslán y heredero. Trasladó la capital a Iconio (Konya).

hizo el soberano tales como que anduvieran alerta continuamente y enviaran observadores en todas direcciones que espiasen las incursiones de los bárbaros e informaran de ellas a cada instante.

2. En suma, una vez reforzado de esta manera el frente asiático, dirigió su atención a la guerra en el mar y ordenó a una parte de las fuerzas navales que atracase en los puertos de Madito y Cela,[16] que vigilase sin descuidarse el estrecho que hay entre ambas localidades haciendo salidas con naves ligeras y que observase las vías marítimas sin descanso a la espera de la flota franca. A otra parte de las fuerzas les ordenó que defendiera las islas navegando a lo largo de su litoral, sin perder de vista las costas del Peloponeso, y que efectuara una intensa labor de vigilancia de esta península. Y como era su deseo permanecer un tiempo en aquellas tierras, improvisó una residencia en un lugar apropiado y allí mismo invernó.

3. Una vez aparejada una flota en Longibardía y en los demás puntos de partida, soltadas las amarras y realizada la travesía, su comandante destacó cinco birremes y las mandó para que capturasen a alguien y obtuvieran información sobre el emperador. Tras la llegada de la flota a Abido, tuvo lugar un acontecimiento. Una sola de las naves destacadas regresó junto a quien las había enviado, ya que las demás habían sido capturadas junto con sus remeros. Gracias a los informes de esta, los comandantes de la ya citada escuadra tuvieron clara idea de lo relacionado con el soberano, de que había reforzado firmemente los frentes marítimos y terrestres, y de que estaba invernando en el Quersoneso para dar confianza a todos sus hombres. Ya que no eran capaces de combatir contra las tácticas del soberano, giraron los timones y cambiaron de rumbo.

4. Un celta perteneciente a la plana mayor, apartó su nave, una monere muy rauda (creo que con el consentimiento de sus comandantes), se encaminó en dirección a Balduino, al que halló asediando Tiro, como hemos señalado anteriormente, y le explicó cómo la escuadra romana se había adelantado a capturar las naves de reconocimiento, tal cual hemos dicho. También confesaba sin enrojecer que los jefes de la flota celta, al enterarse de que el soberano estaba

16. Maydos-Eçeabat y Kilia, en el Quersoneso tracio.

tan preparado para hacerles frente, se volvieron por creer más conveniente regresar sin haber entrado en acción que ser derrotados en un combate con la flota romana. Estas fueron todas las noticias que aquel celta atemorizado y asustado aún por la presencia de la flota romana dio a Balduino.

5. Estos fueron, pues, los acontecimientos que vivieron los celtas en el mar. Pero la situación en el continente no se presentaba libre de turbulencias, ni se le había planteado al soberano sin preocupaciones. Un cierto Miguel de Amastris, que era gobernador de Acruno,[17] tras urdir una sedición, se erigió en amo de la plaza y se dedicó a devastar terriblemente sus alrededores. Cuando se hubo enterado de esto el soberano, envió contra él a Jorge, el hijo de Decano[18] al mando de una nutrida tropa. Este, después de un asedio de tres meses, se apoderó de esa ciudad y rápidamente envió a aquel rebelde al soberano. El soberano encomendó el gobierno de la plaza a otro y, clavándole un dardo entre las cejas,[19] llenó de amenazas al sedicioso a quien, para meterle miedo, condenó aparentemente a muerte. Pero pronto liberó al soldado de sus temores. Aún no acababa de ocultarse el sol en el horizonte, cuando aquel prisionero se veía libre y el condenado a muerte se había encontrado con infinitos regalos.

6. Así era mi padre y emperador en todo momento, aunque solo obtuviera a cambio la tremenda ingratitud de la gente, como le pasó antiguamente también al primer benefactor, Nuestro Señor, que hizo llover maná en el desierto, dio alimento en las montañas y permitió el paso a través del mar sin que se mojaran, para ser posteriormente rechazado, insultado, golpeado y por último condenado a la cruz por los facinerosos. Cuando llego a este punto, brotan las lágrimas delante de mis palabras y me siento agitada en el momento de tratar sobre este particular y de hacer la lista de los ingratos; pero contengo mi lengua, aunque mi corazón desee vivamente detallar-

17. Hoy Afion Kara-hisar, en Frigia.

18. Ver VIII IX.6-7. Había tomado parte en la conspiración de Gabras.

19. Sentido figurado: mirar fijamente.

los, y me digo sin cesar a mí misma lo del poeta: «Sopórtalo, corazón, que en una ocasión soportaste peores momentos».[20]

7. Esos fueron los acontecimientos relacionados con aquel ingrato soldado. Por otro lado, del grueso de las tropas enviadas por el sultán Saisán desde Corosán, una parte descendía por el sector de Sinao[21] y otra marchaba por la que se denomina propiamente Asia. Cuando Constantino Gabras, a la sazón gobernador de Filadelfia, recibió informes sobre estos movimientos, tomó las fuerzas a su mando y tras alcanzarlos en Celbiano, él fue el primero de todos que soltó sus riendas contra ellos, dio a los demás la orden de hacer lo mismo y derrotó a los bárbaros. El sultán que los había enviado, cuando conoció tan enorme derrota, mandó embajadores al soberano y pidió la paz, mientras reconocía que de antaño deseaba ver la paz entre musulmanes y romanos, pues sabía desde hacía tiempo de las hazañas del soberano en sus contiendas con todo el mundo. Ante las muestras que tuvo de esas gestas y conociendo el tejido por su borde y al león por las garras, había optado a pesar suyo por las negociaciones de paz.

8. A la llegada de los embajadores de Persia, el emperador estaba sentado en su trono con aspecto temible y los maestros de ceremonia, tras situar en orden a los soldados de todas lenguas que habían sido seleccionados y a los bárbaros portadores de hachas, presentaron a los embajadores ante el estrado imperial. Él, tras hacerles las lógicas preguntas sobre el sultán y oír su mensaje a través de ellos, reconoció que ansiaba y quería la paz con todos, y como se percató con sus preguntas sobre la postura del sultán de que no todas las condiciones expuestas eran convenientes para el Imperio de los romanos, envolviéndolos verbalmente con sus certeras dotes persuasivas y defendiendo ante ellos los planteamientos provechosos para él, acabó por convencerlos tras una larga conversación de que accediesen a sus deseos. Después, los despidió a la tienda preparada para ellos, sugiriéndoles que examinaran lo que había dicho y que si aceptaban con total sinceridad las condiciones, ultimasen al día

20. *Od.*, XX 18.

21. Simav, en Misia.

siguiente el pacto. Como se mostraron acordes con las propuestas del soberano, al día siguiente se concluyó el tratado.

9. El emperador no solo prestaba atención a sí mismo, sino también a todo el Imperio de los romanos. Mostrando mayor interés por los asuntos generales que por los suyos propios, adoptaba todo tipo de medidas para que todo lo que se dispusiera estuviese dirigido y enfocado a la soberanía de los romanos, con intención de que tras él y en tiempos sucesivos los acuerdos siguieran vigentes, si bien al final no tuvo éxito con sus objetivos. El mundo que venía tras él era distinto y los acontecimientos estaban abocados a caer en la confusión. Hasta entonces los elementos provocadores de disturbios estaban en calma y marchaban hacia una paz duradera y de (...) hubiéramos prolongado la paz hasta el final de los tiempos. Pero todos los beneficios desaparecieron con el emperador y sus esfuerzos resultaron vanos tras su muerte a causa de la incompetencia de quienes lo sucedieron con el cetro.[22]

IV. Enfermedades del emperador y sus causas

1. Los comandantes de la flota franca, cuando a través de los supervivientes de las cinco naves ligeras que habían enviado tuvieron seguras informaciones sobre la escuadra romana y sobre el hecho de que el emperador estaba en el Quersoneso aguardando su llegada con la escuadra ya aparejada, renunciaron a su primitivo plan sin tener ya el menor deseo de aproximarse a los territorios de la Romania. El emperador, después de invernar en Caliópolis[23] con la emperatriz (lo estaba acompañando por la enfermedad de sus pies, como hemos detallado en nuestra historia numerosas veces) y después de mantener la vigilancia durante el periodo de tiempo en que la flota de los latinos suele emprender navegaciones, volvió a la ciudad imperial. No había transcurrido mucho tiempo, cuando se anunció una invasión de los turcos procedente de todos los puntos de Orien-

22. Evidente dardo envenenado contra su hermano Juan II y su sobrino Manuel I.

23. Hoy Gelibolu, en el Quersoneso tracio.

te y de Corosán con un contingente que llegaba a los cincuenta mil hombres. El emperador, en efecto, no pudo gozar siquiera de una mínima tranquilidad a todo lo largo de su reinado, ya que hubo de soportar guerras que surgían unas tras otras. Mandó, por tanto, llamar de todas partes a todo su ejército y, previendo el momento en que los bárbaros acostumbran hacer sus incursiones contra los cristianos, atravesó el estrecho entre Bizancio y Damalis.

2. Ni siquiera logró apartarlo de su tarea la agudización de los dolores de sus pies. Esta dolencia no había afectado nunca a ninguno de sus predecesores, de manera que no se podía pensar en que la enfermedad tuviera motivos hereditarios, ni que fuera originada por un régimen de vida fácil, como les suele ocurrir a los que llevan una existencia disoluta y son amigos de los placeres. Pero voy a contar las molestias que le causó ese estado de sus pies. En una ocasión, por ejercitarse, estaba él jugando al polo en compañía de Taticio, sobre quien en numerosas ocasiones he hablado. Este, empujado por el caballo, cayó sobre el emperador, lo que provocó este dolor en la rótula y en todo su pie por la caída de un gran peso sobre él, pese a lo cual, no hizo alusión a que le doliese porque era muy sufrido y tras unos leves cuidados que le dispensaron, al pasársele el dolor, continuó con sus acostumbradas ocupaciones. Esta es la primera causa de la dolencia de los pies del emperador, pues los dolores locales atrajeron hacia sí a los dolores reumáticos.

3. La segunda y más efectiva causa de todas sus dolencias fue la siguiente. ¿Quién no supo de aquella infinita masa de celtas que llegó a la ciudad imperial cuando se arrojaron sobre nosotros tras abandonar por doquier sus propios países? En aquel momento, se hundió el emperador en un inmenso mar de preocupaciones porque sabía que ellos soñaban desde mucho tiempo atrás con apoderarse del Imperio de los romanos y cuando veía que su número era mayor que el de los granos de arena y el de los astros, y que todas las fuerzas romanas ni siquiera lo igualaban en una mínima parte, aunque se juntaran en un único ejército. Esta situación se agravaba porque la mayor parte de ellas se hallaban diseminadas guardando unas los valles de Serbia y Dalmacia, vigilando otras la zona entorno al Istro

contra las invasiones de los cumanos y dacios, y estando muchas también encargadas de la defensa de Dirraquio para que no volviera a ser capturada por los celtas. Cuando el soberano se percató en conjunto de estos hechos, se dedicó por entero a los celtas y colocó en segundo lugar los demás asuntos.

4. A los bárbaros que se movilizaban en secreto y no sacaban a la luz su hostilidad los estuvo conteniendo con títulos y regalos, mientras reprimía los ímpetus de los celtas con todo tipo de recursos. Pero no menos debía también atender a los conflictos internos, ya que sin tenerles tampoco mayor temor, se esforzaba por estar vigilante con todos los medios para frustrar astutamente las conjuras. ¿Sin embargo, quién podría describir la ponzoña de los malvados que se le vinieron encima? Actuando de maneras diversas con todos ellos y adaptándose, como podía, a las circunstancias, se dedicaba a lo que era urgente, usando las reglas de su arte como lo haría un experto médico.

5. Al amanecer, nada más salir el sol por el horizonte del este, se sentaba en el trono imperial ordenando diariamente a todos los celtas que entraran sin reservas para que le comunicasen sus peticiones y, al mismo tiempo, para intentar ganárselos mediante todo tipo de razones. Los condes celtas, que eran por naturaleza desvergonzados, atrevidos y codiciosos, y que hacían gala de una intemperancia y una prolijidad por encima de toda raza humana en lo relativo a sus deseos, no se comportaban con decoro en su visita al soberano. Cada uno de los condes venía acompañado de cuantos deseaba. Uno traía a ese y, seguidamente, el otro, a aquel. Una vez dentro, los celtas no ceñían su intervención al agua de la clepsidra, como una vez fuera deseo de los oradores, sino que cada uno, quienquiera que fuese el que deseaba conversar con el soberano, tenía tanto tiempo como quería. Esos eran tan inmoderados en su conducta y respetaban tan poco al soberano que no se preocupaban del paso de su turno ni temían la indignación de quienes los estaban mirando, ni procuraban un hueco en la audiencia a los que venían detrás, reiterando sin contención sus palabras y sus peticiones. Su charlatanería y la insolencia y mezquindad de sus expresiones las conocen todos cuan-

tos se interesan en investigar las costumbres de los hombres. A los entonces presentes, la experiencia se lo mostró con mayor exactitud.

6. Cuando caía la tarde, después de haber permanecido sin comer durante todo el día, se levantaba del trono para dirigirse a la cámara imperial. Pero tampoco en esta ocasión se libraba de la molestia que suponían los celtas. Uno tras otro iban llegando, no solo aquellos que se habían visto privados de la diaria recepción, sino incluso los que retornaban de nuevo, y mientras exponían tales y cuales peticiones, él permanecía en pie, soportando tan gran charlatanería y rodeado por los celtas. Era digno de verse cómo una y la misma persona expertamente daba réplica a las objeciones de todos. Sin embargo, no tenía fin su palabrería impertinente. Cuando alguno de los funcionarios intentaba interrumpirlos, era interrumpido por el emperador. Pues conociendo el natural irascible de los francos, temía que con un pretexto nimio se encendiera la gran antorcha de una revuelta y se infligiera entonces un grave perjuicio al Imperio de los romanos.

7. Realmente, era un fenómeno completamente insólito. Como una firme estatua que estuviera trabajada en bronce o en hierro templado con agua fría, así se mantenía en pie durante toda la noche, frecuentemente desde el atardecer hasta la media noche, con frecuencia también hasta el tercer canto del gallo y alguna vez hasta casi el total resplandor de los rayos del sol. Muchas veces, todos se retiraban agotados, descansaban y volvían a presentarse enfadados. Por ello ninguno de sus asistentes podía soportar tan prolongada situación sin reposo y todos cambiaban de postura alternativamente. El uno se sentaba, el otro doblaba la cabeza para reclinarla en algún lado, otro se apoyaba en la pared. Solo el emperador se mantenía firme ante tan grandes fatigas. ¿Qué palabras podrían estar a la altura de aquella resistencia a la fatiga? Las entrevistas eran infinitas, cada uno hablaba por extenso y chillaba desmesuradamente, como dice Homero.[24] Cuando uno cambiaba de lugar era para cederle a otro la oportunidad de parlotear y este mandaba buscar a otro y, a su vez,

24. *Il.*, II 212.

este a otro. Y mientras ellos solo debían permanecer en pie durante el momento de la entrevista, el emperador conservaba su postura inmutable hasta el primer o segundo canto del gallo. Y tras descansar un poco, salido de nuevo el sol, se sentaba en el trono y volvía a encajar nuevas fatigas y redobladas contiendas que prolongaban aquellas de la noche.

8. Dicha dolencia, pues, hizo aparición en sus pies a causa de las razones expuestas. Desde entonces hasta su muerte, con intervalos de algunas temporadas, le estuvo atacando un reuma que le provocaba fuertes dolores. Él tan gran aguante mostraba que nunca salió de su boca una palabra de queja y decía: «Sufro merecidamente. Estos dolores los tengo en justicia por la abundancia de mis pecados». Y si en alguna ocasión salía de sus labios una palabra de debilidad, hacía inmediatamente la señal de la cruz contra el demonio criminal y decía: «Huye de mi lado, pérfido. Malditos seáis tú y tus argucias contra los cristianos».

9. Queden aquí nuestras explicaciones sobre la enfermedad de sus pies. No obstante, si alguien colaboró en esa enfermedad con una copa llena y mezclada para él con amargura, como en breve señalaremos para no decirlo todo ahora, e incrementaba sus dolencias, aunque la emperatriz untara con miel esa copa y la preparara para aliviarle la mayoría de sus males siendo un incansable guardián del soberano, añádase también esta persona a nuestra historia y constituya una tercera causa de la enfermedad del emperador y no tanto una causa lejana, sino la más próxima, como dicen los hijos de la medicina. Esa persona no se ausentaba tras efectuar su ataque, sino que lo acompañaba como los más perjudiciales de los humores en las venas, y es más, si prestáramos atención a su naturaleza, no solo veríamos en él la causa de la enfermedad, sino con toda evidencia la propia enfermedad y el más grave síntoma. Pero debemos proseguir el relato y mordernos la lengua para no apartarnos del camino principal, aunque me halle totalmente dispuesta para acometer a los perversos. Reservemos, pues, este asunto para un momento adecuado.

V. Campañas contra los turcos. Actuación de Eustacio Camitzes y victoria del emperador

1. Quede ahí la descripción de la actitud de los celtas. Así pues, el soberano acampó en la orilla opuesta, en Damalis. Es allí donde lo habíamos dejado en el momento de su paso. Pronto hicieron todos la travesía y acudieron como copos de nieve junto al emperador, que permanecía en el mismo sitio mientras aguardaba la venida de toda la gente y esperaba que se le aliviara aquel fuerte dolor. Cuando contempló la luna llena, dijo el emperador a la augusta, que se hallaba presente a su lado, cuidando de la enfermedad de sus pies y aliviándolo de sus sufrimientos con todo tipo de atenciones: «Si los turcos quisieran llevar a cabo una incursión de pillaje, este es el momento adecuado, y me molesta haber desperdiciado ya una ocasión tan favorable». Dijo estas palabras por la tarde. Al amanecer, el eunuco a cargo de la cámara imperial entró y anunció la incursión de los turcos contra Nicea y le mostró la carta de su gobernador, a la sazón Eustacio Camitzes, que trataba sobre los movimientos de aquellos.

2. El soberano, sin retrasarse un instante ni perder el tiempo y como si olvidara el dolor que lo estaba martirizando, tomó el camino hacia Nicea en un carro y con un látigo en la mano derecha. Entonces los soldados, tras tomar consigo sus lanzas, se pusieron en marcha por escuadrones y alineados a sus dos lados. Unos corrían junto a él, otros lo adelantaban, otros lo seguían alegres de verle lanzándose contra los bárbaros, pero entristecidos por el dolor que le impedía cabalgar. Él animaba a todos con sus gestos y sus palabras sonriéndoles dulcemente y arengándolos para que tuvieran coraje. Al cabo de tres días llegó a un lugar llamado Egialos,[25] desde donde pensaba navegar hacia Ciboto. La augusta, al ver que este tenía prisa por hacer la travesía, después de decirle adiós marchó a la ciudad imperial.

3. Cuando el soberano hubo llegado a Ciboto, vino a su presencia un hombre con la noticia de que unos sátrapas pertenecientes de los escogidos habían destacado a cuarenta mil hombres, de los que unos

25. En el golfo de Nicomedia.

iban al asalto de Nicea y sus regiones limítrofes y que Monolico[26] y (...) estaban devastando las zonas costeras. Los primeros, una vez hubieron asolado los territorios limítrofes con el lago de Nicea y Prusa, así como Apoloníade, acamparon allí mismo y tras acumular todo el botín en ese sitio continuaron su avance al mismo ritmo y devastaron entonces Lopadio y toda la zona de sus alrededores hasta llegar a Cízico, que tomaron al primer asalto por la parte del mar sin que su gobernador opusiera la más mínima resistencia. Más bien, huyó cobardemente de la plaza. Luego informó de que Contogmes y el emir Mucumet,[27] archisátrapas de gran rango, habían marchado por los montes Lencianos hacia Pemaneno,[28] arrastrando un abundante botín y a muchos hombres capturados a punta de lanza, incluidos a cuantas mujeres y niños habían perdonado sus armas. Monolico, por su parte, había vadeado un río llamado por los lugareños Bareno,[29] que fluye desde un monte conocido por Ibis,[30] en el que nacen también muchos y diversos ríos como el Escamandro, el Angelocomites[31] y el Empelo,[32] se había encaminado a Pario[33] y Abido del Helesponto y había atravesado Atramicio y Cliara en unión de numerosos cautivos de forma incruenta y sin combatir.

4. Ante estos informes el soberano ordenó por carta que Camitzes, entonces con el cargo de duque de Nicea, siguiera a los bárbaros con quinientos soldados, que lo mantuviera al corriente de sus movimientos por carta y que evitase trabar combate con ellos. Él, tras su salida de Nicea alcanzó a Contogmes, al emir Mucumet y a los demás en el lugar llamado Aorata y, como si se hubiera olvidado

26. El emir Manalough.

27. El sultán Mohammed I (1105-1118), hijo de Malik Shah I.

28. Cerca de Lopadio, en Misia.

29. Hoy Gönen-çay.

30. Monte Ida, en Misia.

31. El Gránico. Hoy Bigha-çay.

32. Kara-deré.

33. En la Propóntide, al este de Galípoli.

de las prescripciones del soberano, los atacó enseguida. Estos, que esperaban al soberano, creyendo que era él quien atacaba, dieron la espalda aterrados. Pero cuando gracias a la captura de un escita y de la información que les facilitó, se enteraron de que era Camitzes, atravesaron las colinas y, dándose ánimos con tambores y gritos, convocaron a todos los congéneres que se habían dispersado. Estos se dieron cuenta de la señal de convocatoria y fueron acudiendo sin excepción. Tras retornar por la llanura que se extendía próxima a los pies del lugar denominado Aorata, volvieron a reagruparse.

5. Camitzes, por su parte, una vez hubo acumulado todo su botín, no quiso llegar hasta Pemaneno, como habría sido correcto disponer en esas circunstancias (era un baluarte muy fortificado) y con su parada en Aorata tomó una errónea decisión opuesta a sus intereses. Los bárbaros, que estaban fuera de peligro, no se habían olvidado de Camitzes y lo estuvieron acosando con incesantes emboscadas. Cuando supieron que él aún permanecía en Aorata y que estaba organizando la cuestión del botín y los cautivos, emplazaron al instante las fuerzas a su mando en escuadrones, y a la hora del alba cayeron sobre él. La mayor parte del ejército de Camitzes, al ver venir sobre ellos tan enorme masa de bárbaros, creyó que lograría salvarse huyendo. Sin embargo, él luchó decididamente en unión de escitas, celtas y de los romanos más valientes. Durante aquel encuentro cayeron la mayoría de ellos.

6. Camitzes, por su parte, abandonado con unos pocos aún ofrecía resistencia. Pero al ser herido de muerte el caballo que montaba, cayó por tierra. Su sobrino, llamado Catarodon, desmontó de su propio caballo y se lo ofreció. Pero como era un hombre de gran peso y altura, no podía subir fácilmente al caballo; por ello, se retiró un tanto, se apoyó en una encina, sacó su espada y, perdida la esperanza de salvación, no cesó de dar mandobles sobre el casco, la espalda o incluso las manos de cuanto bárbaro osaba acercarse a él. Al ver los bárbaros que este resistía mucho, que estaba matando a muchos de los suyos e hiriendo también a muchos, admirados extraordinariamente por el valor del hombre y asombrados por su firmeza, quisieron perdonarle la vida por estas cualidades. El archisátrapa Mucumet, que lo conocía de antiguo y que lo había reconocido en

esta ocasión, reprimió el ímpetu de quienes se estaban enfrentando a él y, bajando del caballo, se le acercó junto con los que estaban a su lado y le dijo: «No prefieras la muerte a la vida. Vamos, dame la mano y sálvate». Él, que se veía rodeado de tantos enemigos y no podía enfrentarse ya a tanta gente, le dio la mano a Mucumet. Este lo montó en un caballo y le ató los pies para que no pudiera escapar fácilmente.

7. Estos fueron los acontecimientos que le sucedieron a Eustacio. El soberano, por su parte, previendo la ruta por la que iban a pasar los enemigos, cambió de rumbo, atravesó por Nicea, Malagina[34] y el lugar denominado Basílica (son valles y senderos intransitables que se hallan en la cima del Olimpo),[35] descendió hasta Aletina[36] y llegó a Acroco, dándose prisa por alcanzar la vanguardia de los turcos y así librar una dura batalla con ellos. Estos, que ni siquiera guardaban el menor recuerdo de lo que era un ejército romano, una vez hubieron llegado al cañaveral que se extiende por el valle, instalaron allí mismo de forma dispersa su campamento. Cuando fue informado el soberano, que había partido contra ellos, de que los bárbaros habían llegado a la llanura, situó su ejército a suficiente distancia del valle en posición de combate y lo organizó. Puso al frente de la vanguardia a Constantino Gabras y a Monastrás, dispuso las dos alas en escuadrones y encomendó la retaguardia a Tzipureles y a Ampelas, que tenían gran experiencia sobre la guerra desde hacía mucho tiempo. El emperador, que se colocó en el centro de la formación al mando de todas las falanges, cayó como un rayo sobre los turcos y entabló un violento combate con ellos.

8. Tras llegarse al combate cuerpo a cuerpo, cayeron muchos bárbaros y muchos también fueron conducidos como cautivos. Solo se salvaron entonces quienes huyeron hacia el cañaveral. El soberano con una brillante victoria sobre los turcos se dirigió al cañaveral y puso su empeño en expulsarlos de allí. Pero los soldados, impotentes, no podían entrar por lo pantanoso y agreste del cañaveral. El emperador

34. En Bitinia, al sudeste de Nicea, en la confluencia del Kara y del Sangario.

35. El Olimpo de Bitinia, hoy Ulu Dag.

36. Entre Dorileo y Cotieo, en Frigia.

entonces cercó el cañaveral con sus soldados y ordenó que se le prendiera fuego desde un lado. Cumplida esta orden, una gran llamarada brotó hacia el cielo. Los de dentro, por huir del fuego, iban cayendo en manos de los soldados. De todos aquellos, unos fueron víctimas de la espada, otros acabaron siendo conducidos ante el soberano.

VI. Muerte de Ampelas y Tzipureles. Liberación de Eustacio Camitzes y su retorno a Constantinopla

1. En suma, estos fueron los acontecimientos relacionados con los bárbaros que desceñdieron de Carme.[37] El emir Mucumet, cuando se enteró del desastre de los musulmanes de Carme, marchó al punto en busca del soberano junto con los turcomanos que habitaban en Asia y con otros más, de tal manera que se dio la circunstancia de que la misma persona perseguía y era perseguida. Pues los bárbaros al mando de Mucumet rastreaban las huellas del soberano y lo iban siguiendo; él, a su vez, iba tras los hombres de Carme, de forma que estaba encerrado en medio de ambos. Pero unos habían sido completamente vencidos y respecto a sus perseguidores aún estaban lejos de suponer algún peligro. No obstante, Mucumet logró caer de improviso sobre la retaguardia del soberano y se topó con Ampelas. Al estar en presencia del soberano, se comportaba más valerosamente, y como además era una persona audaz, sin esperar un instante para recibir en correcta formación el ataque de los turcos, se lanzó contra Mucumet. Lo seguía también Tzipureles.

2. Cuando ya estaban ambos en una antigua plaza fuerte sin sus soldados, porque aún no habían llegado, les dio alcance Mucumet, que era muy valiente, e hiriendo con dardos al caballo de Ampelas, no al jinete, lo derribó por tierra. Al verlo los turcos y encontrarlo en tierra, lo mataron. Cuando se vieron que Tzipureles se precipitaba contra ellos resueltamente, cubrieron el caballo que montaba con sus dardos como si fueran alas, lo descabalgaron y lo mataron enseguida con sus espadas. Los soldados que guardaban la retaguardia

37. Puede tratarse de Germé, en Misia.

con la misión de defender a los hombres encargados de preservar la impedimenta y los caballos, y repeler en lo posible a quienes los atacasen, al notar la presencia de los turcos, se lanzaron contra ellos y los pusieron totalmente en fuga.

3. Camitzes, que estaba entonces prisionero de los turcos, al ver la confusión surgida en el encuentro de la batalla y contemplar que unos huían y otros perseguían, como era un hombre de firme carácter, planeó su fuga y emprendió el camino. Un catafracto celta, que se encontró con él, le cedió su caballo con el que dio alcance al soberano cuando estaba acampado en la llanura del valle que se extiende entre Filadelfia y Acroco y que tiene una amplitud capaz de admitir la presencia no de un ejército, sino de varios. Al ver a Camitzes, tras recibirlo con una enorme alegría y agradecer a Dios el haberlo liberado, lo envió a la ciudad imperial, diciendo: «Cuenta todas las penalidades que has visto y sufrido y anuncia a los nuestros que, gracias a Dios, aún estamos vivos».

4. Cuando se hubo enterado de la muerte de Ampelas y Tzipureles, dijo el soberano muy dolido en su alma por la muerte de aquellos: «Hemos entregado dos y hemos recibido uno». Pues, cuando obtenía alguna victoria en combate, era su costumbre averiguar si alguno de sus soldados había sido capturado o si alguno había muerto por una mano enemiga. Aunque hubiera puesto en fuga todas las falanges enemigas y se hubiera alzado con la victoria sobre ellas, si por casualidad había perecido uno de sus últimos soldados, no le concedía valor ninguno al hecho de la victoria y la consideraba realmente como una victoria cadmea[38] o un perjuicio en lugar de un provecho. Tras dejar él como comandantes a Jorge Lebunes y a otros con soldados a su mando para que vigilaran el país, emprendió victorioso el camino de regreso a la ciudad imperial.

38. En la actualidad, suele hablarse más de «victoria pírrica». Es una victoria cuyos resultados para el vencedor son peores que si hubiera perdido. Hace referencia a Cadmo, fundador mítico de la ciudad de Tebas. Según el mito, a la hora de establecer el primer asentamiento de Tebas, mandó a sus compañeros a tomar agua de una fuente guardada por un monstruo similar a la Hidra de Lerna (una serpiente gigante de varias cabezas y aliento mortífero). Los hombres consiguieron el objetivo de matar al monstruo y conseguir el agua, pero a costa de perecer en su totalidad.

5. Camitzes, pues, llegó a Damalis y subió a una barca en la vigilia central de la noche y, como sabía que la emperatriz se encontraba en la zona superior del palacio, llegó a este por la parte que da a la costa y golpeó en su puerta. A las preguntas de la guardia sobre su identidad, no quiso revelar su nombre y pedía que le fueran abiertas las puertas. Finalmente, tras aclarar a duras penas su identidad, se le permitió la entrada.

6. La augusta lo recibió contenta a la puerta de su estancia (que desde antaño se denomina Aristerio),[39] y viéndolo ataviado, a la usanza turca y cojeando de ambos pies por la herida que había recibido en el momento de la batalla, le ordenó que se sentara, mientras le iba preguntando en primer lugar por el soberano. Luego se informó de todo lo ocurrido. Cuando se enteró de aquella nueva e inesperada victoria del soberano y viendo libre al cautivo, no sabía qué hacer de gozo. Le mandó descansar hasta que amaneciese y luego que saliera y anunciara a todo el mundo lo acontecido. Él se levantó temprano, montó a caballo con aquellas ropas que vestía a su llegada tras la sorprendente liberación de su cautiverio y marchó al foro de Constantino.[40] Toda la ciudad acudió a su lado ansiosa de conocer más extensamente sus peripecias y, al mismo tiempo, deseando tener noticias sobre el soberano. Él, rodeado de muchos infantes y jinetes, relató con voz clara lo que había sucedido en la batalla, enumeró todas las adversidades que se habían acumulado sobre el ejército romano y, no menos, todas las argucias que había

39. El Aristerio es una estancia del Palacio Sagrado de Constantinopla. Se encuentra a la derecha del patio del Trípeto. Es la estancia privada donde el emperador toma sus comidas y donde se celebran las fiestas para los invitados a los que se les brinda mayores honores. Durante los banquetes, se toman allí los postres. El patio del Trípeto es la antesala del Crisotriclinio, salón principal del trono donde se reciben a los embajadores, se celebran las ceremonias de concesión de dignidades y tienen lugar los banquetes oficiales y las fiestas más importantes.

40. Foro de estructura ovalada en las cercanías del complejo del Palacio Imperial y de Santa Sofía. Fue construido por Constantino el Grande en el momento de la fundación de Constantinopla. En su centro se hallaba una columna con una estatua de Apolo en su cima que se menciona en XII IV.5 y que conmemoraba el momento en que la ciudad se coinvirtió en el año 330 en la Nueva Roma, capital del Imperio Romano.

planeado el emperador contra los bárbaros y cómo se había alzado con una brillante victoria que le reportó la satisfacción de una estupenda venganza. Finalmente, expuso su inesperada fuga de los bárbaros. A estas palabras todo el mundo lo aclamó, y la algarabía de la aclamación ascendió hasta el cielo.

VII. Fuentes de información y método historiográfico de la autora. Su estado personal en el momento de la redacción de esta obra

1. Así concluyó este asunto. Constantinopla estaba rebosante de comentarios sobre las gestas del emperador. Y es que, en verdad, se había enfrentado azarosamente a circunstancias difíciles, adversas a él y a los intereses de los romanos, y se había visto sumido por entero en un cúmulo de desgracias; pero su virtud, su decisión y su energía hacían frente y plantaban cara a cualquier contratiempo. A ninguno de los emperadores precedentes habidos hasta hoy se le acumularon tantas complicaciones y penalidades provocadas por personas tan diversas de dentro y fuera del Imperio, como encontramos en este soberano. Ya fuera porque los acontecimientos debían estar dispuestos de forma adversa a los romanos, con el consentimiento de Dios (por nada podría relacionar nunca la marcha de nuestros asuntos con el curso de los astros), ya fuera porque el poderío romano acabó viéndose reducido a este estado por la despreocupación de anteriores emperadores, el caso es que una multitud de problemas y una turbulenta inestabilidad coincidieron en el momento del reinado de mi padre.

2. Simultáneamente, se habían rebelado el escita en el norte, el celta en el oeste, y el ismaelita en el este, sin contar con los peligros procedentes del mar, sin los bárbaros que dominaban los mares, sin las innumerables naves piratas, que había aparejado la cólera de los sarracenos y coordinado la ambición y el odio de los vetones[41] hacia el Imperio Romano. En efecto, todos lo miran con envidia. Dado

41. Ver XII IX.4, nota 44.

que por naturaleza es señor de todos los pueblos, el Imperio de los romanos tiene a unos súbditos hostilmente dispuestos que a la primera oportunidad, cada uno desde su lugar de origen, lo acosan por tierra y por mar. En un principio, las tareas de gobierno de nuestro Imperio eran más llevaderas y prósperas, pero en el momento del reinado de mi padre, al tiempo de subirse al carro del Imperio, en ese preciso instante, confluyeron por doquier todas las desventuras: el celta se había movilizado y mostraba la punta de su lanza, el ismaelita tensaba el arco y todos los pueblos nómadas, además del pueblo escita por entero, nos acosaban en pleno con sus infinitos carros.

3. Tal vez alguien que haya llegado a este punto de nuestra obra podría decir, mientras va leyendo estas líneas, que mi lengua está comprada por la naturaleza. No, por los peligros del emperador en pro de los romanos; no, por las contiendas y desventuras que mi padre sufrió en pro de los cristianos. Yo no cuento ni escribo semejantes cosas por hacerle un favor a mi padre. Cada vez que veo que mi padre se equivocaba, abiertamente me aparto de la ley natural y me atengo a la verdad. Aunque lo considere un ser querido, tengo por más querida la verdad. Cuando se tienen dos cosas queridas, como dijo en alguna parte un filósofo, es mejor preferir la verdad.[42] Yo cuento y escribo lo que sucedió sin omitir ni añadir nada de mi pluma.

4. He aquí la prueba. No me he remontado a tiempos muy alejados para escribir mi obra. Aún hoy hay algunos supervivientes de aquellos que conocieron a mi padre quienes me han contado hechos relacionados con él y de quienes no poca información histórica se ha reflejado en esta obra, aportando cada uno de ellos cualesquiera datos que su memoria les traía a colación y mostrando todos un acuerdo general. Por otra parte, pasamos muchísimo tiempo al lado de nuestro padre y acompañamos a nuestra madre. No fue nuestra vida de estilo doméstico, orientada hacia la sombra y la molicie, sino que desde la primera infancia, lo juro por Dios y por su Madre, hicieron presa en mí penalidades, tribulaciones y continuas desgracias tanto desde mi entorno como en mi persona. No podría decir qué aspecto tengo físicamente. Que se refieran

42. *Ética a Nicómaco*, I 4.

a ese particular y lo detallen los que viven en el gineceo. En cuanto a las desgracias provenientes del mundo exterior a mí, glosar todas las que me sobrevinieron, cuando aún no superaba mi octavo año de vida, y todos los enemigos que la maldad de los hombres me procuró, precisa de la Sirena de Isócrates,[43] de la grandilocuencia pindárica,[44] del ímpetu de Polemón,[45] de la Calíope[46] homérica, de la lira sáfica[47] o de algún otro talento además de esos. No existió penalidad pequeña o grande, cercana o lejana, que no se me viniera encima. Sin duda, las tormentas descargaron sin piedad sobre mí desde entonces hasta ahora. Incluso en el momento en que escribo estas líneas, el mar de mis desgracias me zarandea, y las olas me acometen una tras otra. Pero me he olvidado de mi objetivo, arrastrada a detallar mis propias desgracias. En fin, ahora que he recobrado la compostura, remontaré la corriente, como si fuera río arriba, y volveré a mis primitivos propósitos.

5. Así pues, como dije, unas informaciones proceden de mí misma; otras, por haberlas conocido en detalle a través de los compañeros de armas del soberano y a través de algunos bateleros que nos transmitían las noticias sobre los acontecimientos de las guerras. Pero sobre todo, yo personalmente se las oí relatar con frecuencia al soberano y a Jorge Paleólogo. He reunido la mayor parte del material sobre esta historia fundamentalmente mientras poseía el ce-

43. Alusión a las Sirenas, personajes míticos que atraían a los navegantes con sus cantos para que destrozaran sus naves contra los escollos de la costa, tal como se narra en la *Odisea* (canto XII). Metáfora de la capacidad del orador ateniense Isócrates (436-338 a. C.) para atraer la atención de los supuestos oyentes. Supuestos porque Isócrates, aunque orador, nunca compuso discursos para ser pronunciados en público, sino para ser leídos, aunque fuera en voz alta ante un auditorio.

44. Píndaro (518-438 a. C.), el más famoso de los poetas líricos corales de la Antigüedad.

45. Polemón de Laodicea (ca. 88-145 d. C.). Orador afamado por emplear el llamado estilo asiático, caracterizado por usar recursos que acentuaran el aspecto apasionado y emotivo, así como un estilo más complejo que el estilo aticista.

46. Musa de la poesía épica.

47. De Safo (primera mitad del siglo VII a. C.), poetisa lírica.

tro del Imperio el tercer emperador sucesor de mi padre,[48] cuando cualquier adulación y mentira habían desaparecido con su abuelo, pues todo el mundo alaba al que ocupa el trono, pero no ofrecen la más mínima lisonja al que está muerto, por lo que cuentan los sucesos desnudos y los relatan tal como han sido.

6. Mientras lamento mis desgracias y lloro por tres emperadores, mi padre y soberano, mi madre, señora y emperatriz, y, ay, mi esposo, el césar,[49] me entrego la mayor parte del tiempo a la vida retirada y me dedico a los libros y a Dios. Ni siquiera se les permite venir a nuestro lado a los hombres menos ilustres ni aun a aquellos por cuya mediación podríamos conocer datos oídos casualmente a otros, como tampoco se lo permiten a quienes fueron los más allegados a mi padre. Pues hasta hoy, hace ya treinta años, lo juro por las almas de los muy bienaventurados soberanos, no he mirado ni he visto ni he tratado siquiera con una persona vinculada a mi padre, ya que la mayoría han fallecido, y los demás se mantuvieron al margen por temor a lo variable de las circunstancias. Las autoridades nos decretaron esta absurda condena, no ser vista y ser odiada por la gente.

7. El material que he recopilado para mi historia ha sido obtenido, bien lo sabe Dios y su Madre celestial, mi Señora, a partir de algunos escritos sin importancia y completamente descuidados y a partir también de ancianos vasallos que lucharon en las campañas de aquella época en que mi padre ostentaba el cetro de los romanos, los cuales sacaron provecho de las desgracias y se pasaron empujados por la turbación general al tranquilo estado de los monjes. Los documentos escritos que cayeron en mis manos eran sencillos de expresión y simples, se ocupaban de la verdad, sin mostrar ninguna afectación y sin dejarse arrastrar por la grandilocuencia retórica. Las informaciones expresadas por los más ancianos eran del mismo estilo en palabras e ingenio que los escritos, y a partir de ellos pude dar testimonio de la verdad histórica, conjun-

48. Manuel I Comneno (1143-1180). La cuenta que hace Ana Comnena de los emperadores sigue la numeración inclusiva: Alejo I (1º) – Juan II (2º) – Manuel I (3º). Esta declaración nos aclara que la composición de *La Alexíada* se realizó cuando la autora contaba ya en torno a los sesenta años de edad.

49. Obsérvese el detalle de que Ana Comnena cuenta como monarca a su esposo Nicéforo Brienio, hecho que nunca tuvo lugar.

tando y confrontando la historia que yo refería con lo que ellos decían y su versión con la mía, que era la que yo personalmente había oído en muchas ocasiones a mi propio padre y a mis tíos paternos y maternos. Con todos estos materiales como punto de partida ha salido a la luz el contenido entero de la verdad.[50]

8. Continúe, pues, nuestra historia con lo que arriba dije sobre Camitzes, es decir, su fuga de los bárbaros y su discurso público a los habitantes de la ciudad. Él relató, como hemos dicho, los sucesos y todas las argucias que había maquinado el emperador contra los ismaelitas. Los moradores de Constantinopla, convertidos en una sola voz y una boca, aclamaban, vitoreaban al soberano, divinizaban, elogiaban su estrategia y no sabían cómo contener el gozo por él. Una vez hubieron enviado alegres a su casa a Camitzes, recibieron tras unos días, al soberano vencedor, triunfante, general invicto, invencible emperador, venerable soberano. Pero mientras unos se regocijaban así, él, cuando hubo llegado al Palacio Imperial y hubo ofrecido votos a Dios y a su Madre, empezó a dedicarse a las tareas acostumbradas.

9. Una vez enderezado el curso de las guerras en el exterior y reprimidas las revueltas de los sediciosos, dirigió su atención a leyes y tribunales. En ambas circunstancias, la paz y la guerra, era el mejor administrador. Juzgó la causa de un huérfano, hizo justicia con una viuda y actuó certeramente contra todo tipo de injusticia. Mientras, daba un poco de reposo a su cuerpo con cacerías y distracciones. Efectivamente, en estas actividades, como en las demás, se comportaba sabiamente, controlando su cuerpo[51] y haciéndolo más sumiso

50. Estos dos parágrafos pueden resultar un tanto confusos. Parece ser que Ana Comnena recopiló información sobre su obra antes de la muerte de su padre. Posteriormente, los avatares políticos en los que se vio inmersa la llevaron al alejamiento de la vida pública y a la reclusión en el monasterio de la Llena de Gracia [Κεχαριτωμένη], donde, en los últimos años de vida, comenzó la redacción de su obra. Durante su reclusión, parece decirnos que solo tuvo acceso a fuentes escritas y a la información de antiguos combatientes retirados a la vida monástica, ya que las visitas de otras personas le estaban prohibidas. Los treinta años a los que se refiere irían desde el año de la muerte de su padre (1118) hasta 1148, fecha de referencia respecto al momento en que estaba a punto de concluir *La Alexíada.*

51. *Epístola de Santiago,* III 2.

a sí mismo. Lo entregaba al trabajo la mayor parte del tiempo y se relajaba también, pero su descanso era para él un segundo trabajo, la lectura y examen de los libros, la ocupación en el mandato de «escudriñad las Escrituras».[52] Por otro lado, las cacerías y el juego del polo eran aficiones, en segundo y tercer lugar, de mi padre mientras fue joven, y «la fiera», el estado de sus pies, aún no le había afectado como, según dice la maldición, una tortuosa serpiente que le mordiera el talón.[53] Desde el momento en que surgió su enfermedad y alcanzó su punto álgido, desde ese instante, se entregó a los ejercicios, cabalgadas y otras actividades, ya que la ciencia médica le dio esas prescripciones, para que algo de la materia humoral se evacuara en las cabalgadas y se aliviara su pesada carga. Este padecimiento, como he dicho arriba, mi padre no se lo atrajo por otro motivo más que por las fatigas y esfuerzos en pos de la gloria de los romanos.

VIII. Alejo parte para combatir a los cumanos. Datos sobre la región de Filipópolis. Cruzada contra los maniqueos

1. No había aún transcurrido un año, cuando salió de la emperatriz de las ciudades durante la octava indicción en el mes de noviembre,[54] ya comenzado el otoño, a causa de los rumores que se oían sobre un nuevo cruce del Istro por parte de los cumanos. Tras hacer llamar a todas sus fuerzas, las dispuso entre Filipópolis, en un lugar llamado Petritzo,[55] Triaditza,[56] el tema de Niso[57] y la localidad de Buranitzoba,[58] en el Paristrio,

52. *Juan,* V 39.

53. *Génesis,* III 13.

54. Noviembre de 1114.

55. Petrič, en Macedonia.

56. Sofía.

57. Nish, en Serbia.

58. Branicevo.

con órdenes de que cuidaran atentamente a sus caballos de modo que al estar cebados pudieran llevar a sus jinetes en el momento de la batalla. En cuanto a él, se quedó en Filipópolis. Es esta una ciudad de la Tracia central. El Euro pasa por la ciudad en la dirección del viento del norte. Este río fluye desde la cumbre de Ródope y haciendo muchos giros y meandros pasa a lo largo de Adrianópolis y desemboca, una vez han afluido a él otros muchos ríos, en el mar, en el entorno de la ciudad de Eno.[59]

2. Cuando hablo de Filipo no me refiero al macedonio, el hijo de Amintas, pues el origen de esta ciudad es más reciente que este Filipo, sino a Filipo el romano, que fue un hombre muy alto e invencible por su fuerza y vigor físico.[60] Antes de que hiciera su aparición Filipo, existía un populoso emplazamiento denominado Crenides,[61] o como decían algunos, Trimus. Ese altísimo Filipo, tras ampliar las dimensiones de la ciudad y rodearla de murallas, la convirtió en una de las más famosas ciudades de Tracia construyendo en ella un enorme hipódromo y otros edificios dignos de admiración, cuyos restos alcancé a ver yo misma, cuando salí de viaje con el soberano hacia esta ciudad a raíz de un asunto.

3. La ciudad consta de tres colinas, cada una de las cuales está rodeada por una gruesa y elevada muralla. En el punto donde se inclina hacia la llanura y la planicie, la recorre una zanja que se halla junto al Euro. Según parece, esta ciudad fue en un tiempo una población grande y hermosa. Pero desde la época en la que los tauros y los escitas esclavizaron la ciudad, la plaza presentaba el estado con el que la hallamos durante el reinado de mi padre y por el que conjeturamos que

59. Enez, en Tracia, en la desembocadura del río Maritza.

60. La ciudad fue, de hecho, refundada por Filipo II de Macedonia, el padre de Alejandro Magno, en el año 342 a. C. tras su conquista. El enclave sobre el que fue erigida la nueva ciudad se llamaba hasta entonces Eumolpia. En época romana, fue la capital de la provincia de Tracia y se llamó Trimontium («Tres Montes»), nombre que recoge Ana Comnena como Trimus. La ciudad fue conquistada por los eslavos en el siglo VI y, finalmente, por los búlgaros en el 815 (los tauros y escitas que menciona la autora más abajo). Es la ciudad moderna de Plovdiv, en Bulgaria, nombre que aparece a partir del siglo XV. Por otra parte, el Filipo romano al que se refiere la autora es el emperador Filipo (244-249 d. C.).

61. Hay una confusión aquí. La ciudad que se erigió sobre Crenides es Filipos, no Filipópolis.

había sido realmente una gran ciudad. Además, sufrió la presencia de muchos impíos junto con las otras desgracias, pues se apropiaron de esta ciudad los armenios, los bogomilos,[62] sobre quienes hablaremos posteriormente y sobre cuya herejía trataremos en su momento, y los muy infieles paulicianos, que eran secuaces de la herejía maniquea y seguidores de Pablo y Juan, como su nombre indica, quienes abrazaron la impiedad de Manes[63] y la transmitieron íntegra a sus discípulos.

4. Hubiera sido mi deseo hacer un repaso del dogma de los maniqueos, explicarlo resumidamente para pasar enseguida a rebatir esos dogmas impíos. Pero como sé que todo el mundo estima ridícula la herejía de los maniqueos y, al mismo tiempo, porque tengo prisa en recuperar el hilo de mi historia, dejo de lado el refutarla. Por otra parte, sé que no solo personas que profesan nuestra fe, sino incluso algunas como Porfirio,[64] filósofo que mantuvo una dura oposición a nuestra religión en muchos tratados donde examina de forma muy sabia la cuestión de los dos principios, redujo al absurdo más completo el estúpido dogma de los maniqueos. Su principio de la unidad obliga a sus lectores a concluir en la unidad platónica, o el Uno. Nosotros veneramos el principio

62. Sobre los bogomilos, ver XV VIII.1 y ss. Nota 33.

63. Mani o Manes (215-276 d. C.) fue el fundador del maniqueísmo, doctrina influida por el zoroastrismo persa. Es sabido que el maniqueísmo ve dos principios en perpetuo combate en el mundo, el bien (asociado a la Luz) y el mal (asociado a las Tinieblas). El alma del ser humano es de Dios, de la Luz; y el cuerpo, del Diablo, de las Tinieblas. El medio de librarse del influjo del mal es mediante el ascetismo que permitirá al alma reencarnarse entre los «elegidos», última de las reencarnaciones. La comunidad maniquea se dividía entre los «elegidos» y los «oyentes». Los primeros eran célibes, vegetarianos y pasaban la vida en oración. Los segundos podían casarse, aunque estaban sometidos a normas como el ayuno regular.

64. Filósofo neoplatónico (232-ca. 305 d. C.). Se opuso al cristianismo. El neoplatonismo es una corriente sincrética del final de la Antigüedad encabezada por Plotino (205-270 d. C.), maestro de Porfirio. En él se mezclan las corrientes filosóficas precedentes, con especial papel del platonismo. El núcleo de su pensamiento estriba en la búsqueda del alma de la unión con el Uno, principio puro e inteligible del ser. El neoplatonismo tiene conexiones místicas, ya que esa unión puede producirse durante ciertos éxtasis, como se decía que había experimentado Plotino. Ana Comnena acepta el argumento neoplatónico del Uno como refutación del dualismo maniqueo, pero la existencia del dogma de la Trinidad le hace presentar reservas hacia la concepción neoplatónica de ese principio.

de la unidad, pero no el que la circunscribe a una única persona; y tampoco admitimos el Uno de Platón. Este era, precisamente, «lo inefable» entre los griegos y entre los caldeos, «lo secreto», y de él hicieron depender muchos otros principios terrenos y ultraterrenos.

5. Juan Tzimiscés,[65] aquel admirable emperador, venció a esos discípulos de Manes, que eran más radicales y crueles en su forma de ser que Pablo y Juan de Calínice[66] y que asumían el peligro hasta derramar su sangre, si fuera preciso. Tras reducirlos al cautiverio, los deportó desde las regiones cálibes[67] y armenias de Asia a Tracia. Los obligó a establecerse en Filipópolis, de un lado, con el fin de alejarlos de las ciudades fortificadas y de los baluartes que ocupaban sediciosamente; y de otro, con el fin de situarlos como guardianes muy firmes contra las invasiones provocadas por los escitas que las poblaciones de Tracia habían venido sufriendo frecuentemente a causa de estos bárbaros, ya que tenían por costumbre franquear los valles del Hemo y recorrer las llanuras que se extienden a sus pies.

6. Esta del Hemo es una cordillera muy extensa y paralela al Ródope. Comienza el macizo en el Ponto Euxino,[68] deja un tanto de lado las cataratas y llega hasta el mismo Ilírico. Creo que, tras interrumpirse su prolongación por el mar Adriático, de nuevo reaparece en la otra orilla, en tierra firme, y termina en los propios Bosques Hercinios.[69] A ambos lados de su extensión se asientan muchos y muy ricos pueblos. Los más septentrionales son los dacios y los tracios, y más australes que los tracios son los macedonios. Los nómadas escitas, atravesando el Hemo en tiempos pasados, antes de que la lanza de Alejo y sus

65. Juan I Tzimiscés (969-976).

66. Fundadores del paulicianismo. Ver VI II.1, nota 2.

67. Habitantes míticos de la actual Georgia, en el Cáucaso.

68. Mar Negro.

69. Los Bosques Hercinios era la denominación que recibían en la Antigüedad las zonas boscosas de Germania paralelas al Danubio. Los diferentes autores atribuyen esa denominación a diversas áreas que van desde las limítrofes con el nacimiento del río hasta los Cárpatos, pasando por Bohemia y Hungría. Parece ser que la denominación moderna de las montañas Harz procede del nombre antiguo. Corresponde a una región que abarca partes de Baja Sajonia, Sajonia-Anhalt y Turingia.

muchas contiendas los condujeran al total exterminio, acostumbraban a asolar masivamente el Imperio de los romanos y sobre todo las ciudades más próximas a ellos, entre las que destacaba la antes muy mencionada Filipópolis.

7. Juan Tzimiscés, haciendo de sus enemigos de la herejía maniquea nuestros aliados, los enfrentó como tropas aguerridas en el manejo de las armas a esos nómadas escitas. A partir de entonces, estas ciudades recuperaron el aliento liberadas de las muchas incursiones. Sin embargo, los maniqueos, que eran por naturaleza independientes e insubordinados, actuaron según es su costumbre y se doblegaron ante su propio carácter. Todos en Filipópolis, excepto unos pocos, eran maniqueos y ejercían un gobierno despótico sobre los cristianos allí asentados, rapiñando sus propiedades sin preocuparse poco o nada de las amonestaciones que les llegaban a través de los enviados del emperador. Su número fue aumentado y todo el entorno de Filipópolis acabó por ser herético. En ellos desembocó otro río salitroso, el de los armenios, y otro, el procedente de la muy turbia fuente de Jacob.[70] Era, por así decir, la confluencia de todas las perversiones. Los dogmas de estas comunidades diferían entre sí, pero todos coincidían con los maniqueos en su carácter levantisco.

8. Sin embargo, mi padre y soberano, que les opuso su gran experiencia militar, sometió a unos sin necesidad de combatir y condenó a otros al cautiverio tras una batalla. ¡Qué tarea realmente tan apostólica realizó y soportó este valiente! ¿Por qué no se le va a elogiar? ¿Porque no prestara atención a las tácticas militares? No, pues llenó Oriente y Occidente con sus estratagemas. ¿Porque no daba importancia a las palabras? No, pues había estudiado como ningún otro las divinas Escrituras con intención de afilar su lengua contra los sinuosos argumentos de los herejes. Solo él había logrado coordinar el poder de las armas con el de las palabras, y vencía con el armamento a los bárbaros y con las palabras derrotaba a los infieles. Igualmente entonces, estaba armado para librar contra los maniqueos un combate apostólico en vez de militar. Yo me atrevería a llamarlo por ello el decimotercer apóstol. Aunque algunos

70. Jacob Baradeo, líder de los monofisitas durante el siglo VI.

adjudiquen a Constantino el Grande ese honor, a mí me parece que Alejo se encuentra al mismo nivel del soberano Constantino, o por si alguien lo discutiese, tras Constantino como apóstol y emperador.

9. Como dijimos antes, cuando llegó a Filipópolis por los motivos ya citados, aprovechando que los cumanos aún no habían hecho su aparición, se dedicó al margen de su ruta a una tarea más importante, hacer abjurar a los maniqueos de su corrupta religión e introducirlos en nuestras dulces creencias. Los mandaba buscar por la mañana temprano y los estaba instruyendo en la auténtica fe hasta el mediodía, el atardecer y alguna vez incluso hasta la segunda o tercera vigilia nocturna, mientras les probaba las desviaciones de su herejía. Estaban presentes a su lado Eustracio, obispo de Nicea,[71] sabio en lo divino y en lo profano, que era más famoso por su dialéctica que quienes frecuentaban el Pórtico o la Academia.[72] También estaba el hombre que ocupaba el trono episcopal de Filipópolis. Pero entre todos y ante todos, el soberano tenía como asistente a mi césar Nicéforo, a quien había entrenado en el dominio de los libros sagrados. Muchos maniqueos entonces acabaron por acudir sin dudarlo un instante a los sacerdotes, confesar sus pecados y recibir el santo bautismo. Sin embargo, se podía ver en aquellos momentos cómo muchos, superando a los famosos Macabeos, persistían en su propia religión aduciendo citas y testimonios de las Divinas Escrituras en la creencia de que reforzaban con ellos su despreciable dogma. Gracias, no obstante, al continuo trato con el soberano y a sus frecuentes exhortaciones también la mayoría de ellos acabó por convencerse y recibieron el santo bautismo. Desde la salida de los primeros rayos solares por Oriente hasta lo más

71. No tenemos datos biográficos sobre este personaje, pero sabemos que fue alumno de Juan Italo, pese a lo cual no se dejó seducir por sus doctrinas. Colaboró con el emperador en la persecución de aquel, lo que le procuró como recompensa el trono episcopal de Nicea. Fue autor de diferentes escritos en defensa de la ortodoxia y llegó a participar en encuentros con representantes de la Iglesia Católica donde se defendía la visión ortodoxa de los dogmas. No obstante, Alejo hubo de intervenir para que no fuera condenado por las opiniones expresadas en algún momento ajenas a la corrección dogmática. Con todo, fue suspendido de su actividad por el sínodo. Ignoramos la fecha de su muerte.

72. Estoicos y platónicos.

profundo de la noche se prolongaba sin cesar la conversación, y como el emperador no abandonaba tan extensas charlas, pasaba la mayor parte del tiempo sin comer. Todo esto tenía lugar durante el verano y en una tienda al aire libre.

IX. Los cumanos huyen al enterarse de la llegada de Alejo. Final de su actuación contra los maniqueos

1. En tanto se producían estos acontecimientos y se entablaba aquella disputa dialéctica contra los maniqueos, llegó un mensajero desde el Istro anunciando el paso de los cumanos. El emperador se encaminó al Danubio sin perder tiempo, empleando a los soldados que tenía a mano. Ya en Bidine[73] y como no encontraba a los bárbaros (porque al haberse enterado previamente de la llegada del soberano, emprendieron la retirada en dirección al otro lado), destacó enseguida a algunos valientes soldados y les encomendó la persecución de los bárbaros. Ellos pronto marcharon tras estos, atravesaron el Istro y los estuvieron persiguiendo durante tres días y tres noches. Cuando vieron que los cumanos habían atravesado un afluente del Danubio que fluye por aquella parte con las balsas que suelen utilizar para el transporte, volvieron junto al soberano sin haber efectuado acción bélica alguna.

2. El emperador se irritó porque los soldados no habían dado alcance a los bárbaros. Sin embargo, consideró una victoria parcial el haber rechazado a los bárbaros solo con su nombre y haber convertido a muchos herejes maniqueos a nuestra fe con lo que había obtenido dos triunfos contra los bárbaros mediante las armas y contra los herejes mediante muy piadosas palabras. Así pues, retornó de nuevo a Filipópolis y tras descansar un poco, de nuevo se dedicó a sus contiendas dialécticas.

3. El emperador mandaba llamar diariamente a Culeón, a Cusino y además de estos a Folo, los cabecillas de la herejía maniquea. Presentaban idénticos defectos a los del resto de los maniqueos, hábiles a la hora de sostener su error, duros como el diamante frente a

73. Bononia, en el Danubio.

argumentos persuasorios y muy hábiles en desvirtuar la palabra de Dios y desviarla malévolamente hacia la extravagancia. Libraba con ellos un combate dialéctico y era digno de verse un doble juego, el del emperador, que combatía con todas sus fuerzas para que se salvaran y la de quienes disputaban por obtener una victoria cadmea. Aquellos tres se afilaban mutuamente como dientes de jabalí y tenían como finalidad rebatir las razones del soberano. Si alguna objeción se le escapaba a Cusino, Culeón la retomaba y cuando Culeón carecía de recursos, Folo, a su vez, asumía la defensa, o bien uno tras otro se iban levantando, como enormes olas que viniesen una sobre otra, frente a las argumentaciones y réplicas imperiales. Sin embargo, el soberano refutaba todas las objeciones y como con una tela de araña cosía la boca de los impuros; pero, como no había forma de convencerlos, finalmente renunció a su objetivo ante la estupidez de estos hombres y los envió a la ciudad imperial, asignándoles como residencia los pórticos que rodean el Gran Palacio.[74] Pero ni mucho menos resultó vana su caza. Aunque en aquella ocasión no cazara a esos cabecillas con sus palabras, diariamente conducía hacia Dios a un centenar tras otro de herejes, de modo que entre los que antes habían sido capturados por su elocuencia y los que ahora eran cautivados se sumaban cantidades infinitas, incontables, de miles y miles de hombres.

4. ¿Por qué hay que hablar y tratar de lo que todo el mundo conoce y cuyos testigos son el Oriente y el Occidente? El soberano fue astutamente convirtiendo a nuestra fe ortodoxa a todas las ciudades y países que estaban dominados por las diversas variedades de herejías. Repartió, pues, grandes presentes a los maniqueos convertidos que pertenecían a las clases superiores y los alistó entre los mandos del ejército. Reunió a todos los demás que eran de clases modestas y, agrupando a los que eran agricultores y trabajaban con carros y bueyes junto con sus hijos y mujeres, les construyó una ciudad en un lugar cercano a Filipópolis, en la otra orilla del río Euro, los trasladó allí y le puso el nombre de Alexiópolis, también conocida por Neocastro, nombre este que ha prevalecido, después de haber-

74. Donde también se aloja los diferentes cuerpos de la guardia imperial.

les distribuido a unos y otros tierras de labranza, viñedos, casas y bienes inmuebles. No les hizo donaciones fraudulentas ni parecidas a los jardines de Adonis,[75] que florecen hoy y mañana se marchitan, sino que les entregó sus regalos garantizados con un crisóbulo, permitiendo el goce de estas posesiones a los que entonces vivían y haciéndolas transmisibles a sus descendientes y a los descendientes de estos. Y si la línea masculina se agotara, en ese caso, las mujeres podrían heredar las concesiones. Así prodigaba él sus favores.

5. Queden así dichos esos acontecimientos, aunque la mayor parte se haya omitido. Y que nadie lance reproches a la historia, como si el relato fuera comprado. Entre los que aún viven hay muchos testigos de lo narrado y no se nos podría coger en falsedad. El soberano, una vez tomó las medidas precisas, partió de allí y trasladó su residencia a la ciudad imperial. De nuevo los mismos enfrentamientos y las mismas discusiones se hicieron habituales entre el soberano y Culeón y Cusino. Se ganó a Culeón, creo, porque era el más sensato y porque deseaba secundar los argumentos de la verdad, y acabó por convertirlo en el animal más domesticado de nuestro rebaño. En cuanto a Cusino y a Folo, quienes estaban exasperados y eran forjados como el hierro por las constantes charlas con el soberano, permanecían, no obstante, inflexibles como el hierro, lo esquivaban y no le resultaban dóciles. Por eso, como eran los más blasfemos de los maniqueos y se deslizaban hacia una actitud profundamente atrabiliaria, los confinó en la prisión llamada Elefantina[76] con un generoso suministro de cosas necesarias para vivir y los dejó morir a solas con su propia maldad.

75. Teócrito, *Idilio*. I5 1.113; Eurípides, Ed. Dindorf, Frag. 518. Referencia al festival dedicado a Adonis que tenía lugar en Atenas en el mes de abril, cuyas protagonistas eran las flores, con las que se adornaban las casas. Lógicamente, las flores se marchitaban pronto.

76. Quizá llamada así por hallarse cerca de la Puerta Elefantina.

LIBRO XV

Alejo organiza sus últimas campañas. Postreras actuaciones en política religiosa. Muerte del emperador (116-118)

I. Expedición contra los turcos del sultán Solimán. Victoria sobre ellos

1. Esa fue la actuación del soberano en Filipópolis con los maniqueos. Otras alteraciones de origen bárbaro se cernieron de nuevo sobre él. El sultán Solimán[1] deseaba asolar Asia otra vez y hacía llamar de nuevo a sus huestes de Corosán y Calep, por si se daba el caso de poder enfrentarse valientemente al soberano. Cuando un informante lo hubo puesto al corriente de las intenciones del sultán Solimán, pensó marchar en campaña hasta Iconio y trabar un sangriento combate con él. Era aquel el lugar donde el sultanato de Clitziastlán tenía sus fronteras. Mandó, pues, llamar a sus tropas desde diversas regiones y a numerosos mercenarios, y organizó en todas partes su ejército. Mientras ambos generales hacían planes el uno contra el otro, el soberano sufrió una recaída de su habitual enfermedad de los pies. Las fuerzas iban afluyendo de todas partes, pero lo hacían con lentitud y no de golpe por la lejanía de sus puntos de origen. Su dolencia le impedía no solo alcanzar los objetivos propuestos, sino incluso simplemente el acto mismo de caminar. Recostado como estaba, se afligía no tanto por la enfermedad de sus

1. Ana Comnena está aquí equivocada. En el sultanato que tenía su sede en Asia Menor, o Sultanato de Rum, cuya capital fluctuó entre Nicea e Iconio, la secuencia es Suleimán ibn Kutalmish (1077-1086), Qilidj Arslán I (1092-1107), Melik Shâh/Shâhinshâh (1107-1116) y Mesud II (1116-1156).

pies, cuanto por el retraso de su movilización contra los bárbaros. El bárbaro Clitziastlán no ignoraba estos hechos y precisamente por este motivo se dedicaba sin la más mínima inquietud a hacer innumerables incursiones contra los cristianos y a devastar toda Asia.

2. Nunca antes aquella dolencia había atacado tan virulentamente al soberano. La enfermedad, que en anteriores ocasiones lo había postrado en medio de largos intervalos de tiempo, ahora no se presentaba periódicamente, sino de forma continua, lo que sumía al emperador en sucesivas crisis agudas. A los hombres de Clitziastlán se les antojaba este padecimiento un simulacro de enfermedad y no una enfermedad auténtica, o peor aún, efecto de su vacilación y su negligencia, camuflada como gota ante la opinión pública. Por eso, los bárbaros solían burlarse del emperador en medio de tremendas borracheras e imitaban, como espontáneos actores, el dolor de pies del soberano llegando a convertirse la dolencia de sus pies en excusa para montar una farsa. Actuaban en escena personajes que hacían de médicos y de gente que atendía al soberano y presentaban en público al propio emperador acostado en el lecho, con todo lo cual se mofaban a su manera de él. Y con esta bufonada provocaban una sonora carcajada entre los bárbaros.

3. No ignoraba estos hechos el soberano y por ello, con la cólera bullendo en su interior, ansiaba vivamente presentarles batalla a esos bárbaros. No mucho tiempo después, aliviado de su dolor, pudo poner en marcha los planes previstos. Tras pasar por Damalis y navegar por el estrecho entre Ciboto y Egialos, llegó a Ciboto y partió desde allí en dirección a Lopadio, donde estuvo esperando la venida de sus batallones y de todos los contingentes de mercenarios que había mandado reunir. Una vez hubieron llegado todos, partió con todas sus huestes, ocupó la fortaleza de San Jorge, que se halla cerca del lago colindante con Nicea y de allí regresó a Nicea. Luego, en un plazo de tres días volvió más allá del puente de Lopadio y acampó con su ejército en la llamada Fuente de Cariceo. Actuó así para que sus tropas después de pasar por el puente, fijaran las tiendas en un lugar favorable. Posteriormente, el soberano en persona cruzó el mismo puente e instaló la tienda imperial al lado de todo su ejército.

4. Los muy astutos turcos, sin embargo, mientras devastaban la llanura que se extiende entre los pies de los montes Lencianos y el lugar llamado Coterecia, al enterarse de la llegada del soberano contra ellos, enseguida encendieron aterrados innumerables hogueras, tal vez para crearle al observador la ilusión de que era un ejército numeroso. Las hogueras iluminaban el aire y atemorizaban a muchos inexpertos en las tretas militares; pero al soberano no lo asustaba ninguna de esas argucias.

5. Aquellos emprendieron la marcha, tras tomar todo el botín y a todos los cautivos. Al alba, el soberano acudió apresuradamente a la llanura ya mencionada arriba con afán de darles allí mismo alcance, pero no tuvo éxito en su caza y, en cambio, hubo de entristecerse, como es natural, al encontrarse a muchas víctimas, la mayoría romanas, que aún respiraban, y descubrir también muchos cadáveres. Quería salir en persecución del enemigo, pero para no perder toda la presa, ya que su ejército entero no tenía capacidad para perseguir con rapidez a los que huían, fijó allí mismo el campamento, en un lugar alrededor de Pemaneno, seleccionó sin perder tiempo a unos pocos y valientes soldados, y les encomendó la misión de perseguir a los bárbaros, dándoles instrucciones sobre el camino que debían seguir para encontrarse con esos criminales. Los soldados, una vez les hubieron dado alcance en un lugar denominado Celia por los lugareños junto con todo el botín y todos sus cautivos, se arrojaron sobre ellos como el fuego, pasaron enseguida a la mayoría de ellos a cuchillo, capturaron a algunos y, tras apoderarse de todo el botín, retornaron con una brillante victoria a presencia del soberano. Después de recibirlos y enterado del aniquilamiento de los enemigos, regresó a Lopadio. Se presentó allí para permanecer durante tres meses completos, en parte a causa de la sequía de las zonas por las que pensaba pasar (era verano y el calor resultaba insoportable), en parte también porque esperaba la llegada del contingente de los mercenarios que aún no había aparecido. Cuando todos estuvieron ya agrupados en ese lugar, levantó el campo, emplazó toda su fuerza militar en las cimas del Olimpo y llegó a Aer, que está enclavado en un sitio conocido por Malagna.[2]

2. Probablemente, Malagina. Ver XIV V.7, nota 35.

6. Entre tanto, la emperatriz estaba acampada en Principo[3] para poder tener más fácilmente noticias sobre el monarca, que a la sazón había llegado a Lopadio. Cuando el emperador hubo llegado a Aer, mandó buscar inmediatamente a la augusta con la monere imperial por la extrema solicitud que ella mostraba hacia su persona y por su presencia siempre vigilante. Esto era debido a que recelaba de su sempiterno dolor de pies y temía la hostilidad inconfesada de quienes lo acompañaban.

II. Derrota de los turcos a manos de Estrabobasillo y Estipeotes. Estratagemas y tácticas del soberano

1. Aún no habían transcurrido tres días, cuando al amanecer se presentó el encargado de la cámara imperial y se colocó junto al lecho imperial. Al despertarse la emperatriz se percató de su presencia y adivinó que traía la noticia de una invasión turca. Mientras el servidor estaba diciendo que acababan de llegar al denominado castillo de San Jorge, la emperatriz lo mandó callar con un gesto de su mano, para que no despertase al soberano. Este se había dado cuenta de lo que estaban diciendo, pese a lo cual se mantuvo en la misma postura de durmiente y con idéntica actitud. Cuando el sol terminó de levantarse, se dedicó a las habituales tareas con el único pensamiento de adoptar las medidas precisas relacionadas con aquella invasión. Aún no había pasado la tercera hora cuando vino otro desde aquellos lugares, diciendo que los bárbaros ya estaban cerca. La soberana permanecía aín al lado del soberano asustada, como es lógico, pero atenta a la voluntad de este. Cuando la pareja imperial se disponía a comer llegó otro hombre, ensangrentado, se echó al suelo a los pies del soberano y juraba que el peligro era ya inminente, porque los bárbaros estaban al caer.

2. El soberano ordenó a la emperatriz tomar sin pérdida de tiempo el camino hacia Bizancio. Ella, aunque tuviera miedo, escondía

3. Hoy en día Büyükada. Es la mayor de las Islas Príncipe, que se hallan en el mar de Mármara. Tenía numerosos monasterios.

sus temores en lo más recóndito de su corazón y no los demostraba ni con sus palabras ni con su actitud. Siendo, como era, valiente y de carácter firme, igual que aquella mujer cantada por Salomón en sus Proverbios,[4] no dio muestras de tener un temperamento femenino y cobarde, según vemos que manifiestan generalmente las mujeres cuando oyen alguna noticia terrible, momento en que acusan la pusilanimidad en su tez y empiezan a proferir interminables gritos de dolor, como si esas tremendas circunstancias fueran a afectarlas directamente. Por el contrario, nuestra emperatriz, aunque estuviera asustada, sentía miedo realmente de que el soberano sufriese algún mal imprevisto y solo en segundo lugar temía por sí misma. Por tanto, no adoptó ella en esos momentos una actitud indigna de su valentía y se alejó del soberano en contra de su voluntad, mientras se iba dando la vuelta y lo iba mirando fijamente. Al cabo, se dio ánimos, haciendo gala de su fortaleza de espíritu, y se separó a duras penas del emperador. Bajó de allí en dirección al mar, luego embarcó en la monere que emplean las emperatrices, para terminar finalmente atracando en Helenópolis a causa de una tormenta que se había desencadenado durante la travesía por las costas de Bitinia. Permaneció en ese sitio durante un tiempo.

3. Estos fueron, pues, los acontecimientos relacionados con la augusta. El soberano, por su parte, se armó rápidamente junto con los soldados a su mando y sus allegados. Y tras montar todos a caballo, se encaminaron a Nicea. Pero los bárbaros, que habían cogido prisionero a un alano y que se habían enterado por él de la ofensiva del emperador, huyeron por los mismos senderos que habían utilizado a su venida. A su vez, Estrabobasilio y Miguel Estipeotes (al oír el nombre de Estipeotes, que nadie piense en aquel semibárbaro, que fue un esclavo comprado por el primero y que acabó siendo regalado al emperador, sino en una persona de muy elevado rango social), hombres muy aguerridos y célebres desde hacía tiempo, permanecían en las cimas de los Germios explorando sus senderos por si los bárbaros caían, como lo hacen las fieras, en las trampas que les te-

4. *Proverbios,* XXXI 10 y ss.

nían dispuestas. Cuando se hubieron enterado de su venida, fueron a su encuentro por las llanuras denominadas (...) y entablando un combate con ellos, lucharon en una cruel batalla que terminó con la completa derrota de los turcos.

4. Una vez llegado el soberano al muy mencionado castillo de San Jorge, partió de allí en dirección a una aldea llamada por los lugareños Sagudaos,[5] pero al no encontrar a los turcos y tener noticias de la derrota infligida a ellos por los dos valientes citados, es decir, Estrabobasilio y Estipeotes, fijó su campamento en el exterior de esta fortaleza, satisfecho con la audacia natural de los romanos y su triunfo. Al día siguiente descendió en dirección a Helenópolis donde halló a la emperatriz, que aún permanecía en su campamento debido a lo innavegable del mar. Le relató lo ocurrido a los turcos, es decir, cómo por sus ansias de victoria les había sobrevenido una desgracia y habían conseguido el resultado opuesto al que esperaban. Se concedió un tiempo para reponerse de su enorme cansancio y, posteriormente, partió rumbo a Nicea.

5. Nada más enterarse de una invasión que había sido iniciada por otros turcos, acudió a Lopadio, en donde, pasado un poco de tiempo supo que un numeroso ejército turco estaba llegando a Nicea. Se puso entonces al mando de sus tropas y se dirigió a Cío. Allí se le dio la noticia de que a lo largo de toda esa misma noche, los turcos se estaban acercando a Nicea. Partió de allí y llegó a Miscura pasando por Nicea. Allí supo con certeza que el grueso del ejército turco aún no había llegado y de que unos pocos hombres enviados por Monolico estaban en Dolilo y en los alrededores de Nicea para espiar sus movimientos y dar informaciones continuas sobre él a Monolico. Envió entonces a León Nicerites con los hombres que estaban bajo su mando camino de Lopadio, y le ordenó que estuviera siempre alerta, vigilara los senderos y lo tuviera al corriente por escrito de aquellas noticias que consiguiera acerca de los turcos.

6. Una vez emplazado el resto de su ejército en una posición ventajosa, reconoció que era mejor no marchar todavía contra el sultán, al suponer que los bárbaros supervivientes habrían ido di-

5. Sögüt, en Bitinia. Aldea cercana a Nicea.

vulgando la ofensiva del emperador a todos los turcos de Asia y que habrían contado cómo se habían encontrado con los romanos y los habían atacado en diferentes circunstancias, cómo les habían hecho frente con valentía y cómo habían sido derrotados con abundantes pérdidas humanas entre prisioneros, muertos y escapados, si bien estos últimos eran pocos y además heridos. Al conocer los bárbaros por estos relatos su venida, se retirarían más allá del mismo Iconio y todos sus esfuerzos habrían sido en vano. Con estas conclusiones en su mente, dio vuelta a las riendas y llegó a Nicomedia a través de Bitinia a fin de que los bárbaros, al no esperar un ataque suyo, regresasen al lugar donde anteriormente cada uno tenía edificada su casa. Cuando, de acuerdo con el carácter que poseen los turcos, hubieran recuperado su valor y volvieran a diseminarse para saquear nuestros territorios, poniendo en práctica los primitivos planes del sultán, en ese preciso instante también él con los soldados un tanto descansados y con los caballos y acémilas cebados, emprendería en un breve plazo y con mayor vigor la guerra contra ellos y lucharía en la batalla con más coraje.

7. Por esto, después de marchar a Nicomedia, como hemos dicho, tomó todos los soldados que estaban bajo su mando y los acantonó en las aldeas cercanas, para que caballos y acémilas tuviesen suficiente alimento (ya que la tierra de Bitinia da abundante forraje) y los soldados pudieran proveerse fácilmente de víveres procedentes de Bizancio y de las localidades de sus alrededores a través del vecino estrecho. Les ordenó que prestasen mucha atención a los caballos y a las bestias de carga, de modo que no debían salir a cazar, ni a cabalgar bajo ningún concepto, para que, llegada la ocasión, estuvieran fuertes, fueran capaces de transportar sin esfuerzo a sus jinetes y les resultaran útiles en las cargas contra el enemigo.

III. Genio militar del emperador Alejo

1. Una vez ultimadas estas disposiciones, él se apostó como un vigía tras situar a distancia guardias en todos los senderos. Puesto que

pensaba permanecer allí acampado durante bastante tiempo, mandó llamar a la augusta por los motivos que continuamente hemos venido mencionando para que estuviese a su lado hasta que decidiera partir, hecho que tendría lugar cuando recibiera la noticia de la invasión de los bárbaros. Enseguida llegó ella a Nicomedia y, al notar que algunos opositores mostraban gran alegría, como si desearan ultrajar al soberano reprochándole todo aquello que no había podido hacer y murmurando que, tras prepararse tan concienzudamente contra los bárbaros y reunir tan numerosas fuerzas, se había retirado a Nicomedia sin haber llevado a cabo nada relevante, sintió una profunda irritación y un hondo pesar porque además difundían estas calumnias sin pudor tanto por las esquinas, como por las plazas, callejas y cruces. El soberano, como preveía que el final de la ofensiva contra los enemigos le sería favorable y como tenía experiencia sobre tan enojosos asuntos, no concedía ninguna importancia a las charlas y a las ansias de venganza, despreciaba los términos en que se expresaban esas personas como si fueran juegos de niños, riéndose de su infantil comportamiento. Animaba a la augusta con halagüeñas reflexiones, jurando que estas mismas murmuraciones serían la causa de una victoria más rotunda.

2. Yo considero que hay valentía en quien obtiene la victoria gracias a la inteligencia. La fuerza del espíritu se convierte sin la sensatez en un hecho condenable y resulta temeridad y no valor. Nos atrevemos a enfrentarnos con las armas contra lo que podemos, pero nos atrevemos también contra lo que no podemos, de tal manera que, cuando un peligro nos es inminente y (...) atacar de frente, utilizamos entonces otro modo de guerrear y nos esforzamos por dominar al enemigo sin combatir. La primera de las virtudes de los generales es la capacidad de obtener una victoria sin riesgos. «Con la habilidad un auriga supera a otro auriga», dice Homero.[6] Vencer temerariamente incluso lo desprecia el proverbio cadmeo. Yo personalmente creo que lo mejor es utilizar en la propia batalla astutos ardides y tácticas cuando el ejército no es lo bastante nume-

6. *Il.*, XXIII 318.

roso para hacer mella en el poderío del adversario. Como puede leer en nuestra historia quien así lo desee, no existe un único sistema ni una sola manera de lograr el triunfo, sino que desde la Antigüedad y hasta nuestros días se obtiene con medios de diferente y diversa naturaleza. Es patente que determinados generales, antiguamente celebrados, vencieron a sus enemigos mediante el recurso de su fuerza, pero otros generales consiguieron frecuentemente la victoria haciendo uso de otro proceder.

3. En lo que a mi padre y emperador respecta, dominaba a sus enemigos ya mediante la fuerza, ya recurriendo a una cierta sagacidad, y hubo ocasiones en las que concebía un astuto plan durante la batalla misma y lo llevaba audazmente a la práctica con lo que obtenía inmediatamente la victoria. Bien empleando un ardid táctico, bien luchando con sus propias manos, al final se alzaba continuamente con abundantes triunfos de forma inesperada. Era hombre arriesgado como ningún otro y podía verse cómo los peligros se iban acumulando sobre su persona sin descanso, pero él tan pronto se descubría y avanzaba contra los bárbaros con la cabeza sin protección, como fingía reconocer su inferioridad y se hacía pasar por un ser asustado, si las circunstancias exigían ese tipo de actuación y la ocasión lo aconsejaba. En suma, vencía con la huida y triunfaba con la persecución, se mantenía erguido a pesar de caer y permanecía derecho aun derribado, a la manera de los erizos de hierro, que, en efecto, siempre se mantendrán en pie sin importar el modo como se los lance.

4. Llegada de nuevo a este punto, rechazo la crítica de que soy descubierta vanagloriándome. Con asiduidad he debido justificarme, alegando que no es el cariño hacia mi padre el que provee de palabras esta obra, sino la naturaleza de los acontecimientos. ¿Qué precepto de la verdad misma me impide que sea una hija amante y veraz para con la misma persona? Yo he optado por exponer la verdad acerca de un hombre virtuoso y si coincide que es el padre de la autora, añádase el nombre de padre y désele el valor de un elemento accesorio, pero dependa nuestra obra de la esencia de la verdad. En otros momentos he demostrado el cariño que sentía hacia mi padre y por ello he aguzado contra mí las lanzas de mis enemigos y

he afilado sus espadas, bien lo saben todos los que no ignoran mis circunstancias vitales. A pesar de todo, no podía traicionar a la verdad en el instante de elaborar mi historia. Uno era el momento del cariño hacia mi padre, en el que he actuado con valor, y otro, el de la verdad, el cual, una vez presentado, no podría yo mostrar toscamente. Como he dicho, aunque este preciso momento me distinga como amante hija de mi padre, no por ello ninguna persona me reprochará que haya ocultado la verdad.

5. Pero devolvamos la historia a su objetivo originario. El soberano, a la hora de fijar en aquel lugar su campamento no tenía más misión que la de reclutar a nuevos soldados para todo su ejército e instruirlos concienzudamente sobre cómo tensar el arco y manejar la lanza, montar a caballo y maniobrar en diversas formaciones con aquel nuevo tipo de alineación que inventó mientras enseñaba a los guerreros. A veces él también cabalgaba a su lado, recorría las falanges y daba las recomendaciones pertinentes. Cuando el sol estaba abandonando los ciclos más largos, dejando de lado el equinoccio de otoño e inclinándose ya sobre los círculos meridionales, consideró que este momento era favorable para iniciar la campaña y se dirigió sin desviarse con todas sus fuerzas hacia Iconio de acuerdo con los objetivos que se había impuesto desde el principio.

6. Entonces, ya en Nicea, destacó del grueso del ejército a algunos soldados armados ligeramente con jefes experimentados y les ordenó que hicieran una incursión de forrajeo organizando escaramuzas dispersas. Incluso en el caso de que se alzaran gracias al auxilio de Dios con la victoria y derrotaran al enemigo, no debían perseguirlo largo rato y debían hacer el camino de regreso en formación, satisfechos por el triunfo concedido. Así pues, una vez llegados con el soberano a un lugar que se halla (...), conocido por los lugareños como Gaita, partieron aquellos inmediatamente y el soberano levantó el campo junto con todas sus fuerzas para llegar al puente que se halla cerca de Pitecas.[7] Luego, en tres días, por Armenocastro y por un lugar llamado Leucas llegó a la planicie de Dorileo. Como pensaba que esta tenía

7. Entre Nicea y Malagina.

suficiente capacidad para un ejército en formación y deseando contemplarlo entero y revistar en pleno el contingente armado, lo puso en orden de acuerdo íntegramente en aquella ocasión con la alineación de combate que tenía proyectada y que había descrito con frecuencia esbozando sus líneas en notas escritas (tampoco desconocía las tácticas de Eliano)[8] y acampó en aquella llanura.

7. Sabía por su grandísima experiencia que la formación turca no tiene semejanza con ninguna de las formaciones de otros pueblos, ni siguen las recomendaciones que da Homero cuando dice: «El escudo se apoya en el escudo, el casco en el casco, y el hombre en el hombre»;[9] antes bien, entre los turcos es costumbre que el ala derecha, el ala izquierda y el centro estén separados uno de otro y que las falanges estén como desgarradas unas de otras. Cuando alguien ataca al ala derecha o izquierda, el centro y la parte de las tropas turcas que viene tras estas líneas caen al mismo tiempo sobre él, conmocionando como un torbellino lo que halla a su paso. Entre sus planteamientos bélicos no entra el uso de la lanza, como hacen los llamados celtas, sino que rodean por todas partes al enemigo, lo acosan con sus flechas y organizan la defensa a distancia. Cuando al turco le toca perseguir, logra capturar al enemigo gracias a su arco, y cuando le toca ser perseguido, sale airoso gracias también a sus flechas. Dispara un dardo, el dardo vuela y alcanza al caballo o al jinete y, como procede de una mano muy potente, atraviesa todo el cuerpo. Tan buenos arqueros son.

8. En todo caso, cuando aquel expertísimo emperador hubo observado esta táctica, organizó la formación y emplazó las falanges de tal modo que los turcos tuvieran que disparar sus arcos desde el ala derecha, donde los escudos ofrecen protección, y los nuestros disparasen desde la izquierda, donde está el cuerpo al descubierto. Con el pensamiento puesto en lo invencible de su formación, él admiró

8. Eliano el Táctico. Vivió en el siglo II d. C. Escribió un tratado sobre *Los ordenamientos tácticos de los griegos,* dedicado a Trajano. En su obra describe las características de los ejércitos macedonios posteriores a Alejandro Magno y sus tácticas. También le dedica un breve espacio al ejército romano de su tiempo.

9. *Il.*, XIII 131; XVI 215.

sus huestes. Creía que este orden táctico era como de inspiración divina y que semejante disposición hacía parecer a sus tropas un ejército de ángeles. Todos estaban maravillados y alegres, confiados en las ideas del soberano. Él reflexionaba a la vez sobre sus fuerzas e imaginaba las planicies por las que iba a pasar, y la solidez de la formación, a la que también consideraba inquebrantable. Por todo ello, concebía una hermosa esperanza y suplicaba a Dios que esta se hiciera realidad.

IV. Continúan las campañas contra los turcos

1. Tras alinear sus tropas según este orden de combate, llegó a Santábaris[10] (...) destacando a todos los jefes de esa formación, envió a Camitzes contra Poliboto y Cedrea (este es un pueblo muy fortificado al mando de un sátrapa llamado Puqueas) y (...) a Estipeotes que partiera contra los bárbaros de Amorio. Dos escitas, que se habían percatado del plan y que habían desertado, informaron a Puqueas del ataque de Camitzes así como de la llegada del soberano. Aquel, poseído de un gran temor, partió del lugar que ocupaban durante la vigilia central de la noche y escapó en compañía de sus congéneres. Al amanecer, llegó Camitzes, sin hallar ni a Puqueas ni, por supuesto, a ningún turco. Aunque había hallado el pueblo, esto es, Cedrea, repleto de botín, no le concedió la más mínima importancia a este hecho y mostraba su irritación igual que los cazadores cuando pierden una presa ya cobrada, y sin detenerse, al instante volvió las riendas y marchó contra Poliboto. Cayó sobre los turcos por sorpresa, mató a numerosos bárbaros y con el botín y los cautivos en su poder, acampó en aquella zona a la espera de la llegada del soberano. Lo mismo hizo Estipeotes cuando hubo llegado a Pemaneno y luego, retornó junto al emperador.

2. El soberano, a su vez, llegó también a Cedrea al anochecer. Algunos soldados que acudieron a él le informaron de que había una masa innumerable de bárbaros emplazados en los vecinos

10. En Frigia, al noroeste de Amorio.

pueblos de Burtzes, personaje antiguamente célebre. El soberano enseguida prestó oídos a las informaciones y se puso en marcha. Una vez preparados el hijo del famoso Burtzes, llamado Bardas de nombre, Jorge Lebunes y un escita conocido en lengua escítica por Piticas junto con las tropas a su mando y al frente de un aguerrido contingente de soldados, los envió contra los turcos con la orden de que cuando llegaran a su punto de destino realizaran incursiones contra las aldeas circundantes y las desvastaran todas, y que movieran a sus habitantes para traérselos allí.

3. Aquellos emprendieron sin tardanza el camino planeado y el soberano conforme con su plan originario se apresuró a llegar a Poliboto para partir seguidamente hacia Iconio. Estaba reflexionando sobre estos planes y se disponía a ponerlos en práctica, cuando alguien le aseguró que los bárbaros y el propio sultán Solimán, enterados de su ofensiva, habían incendiado los campos y las llanuras de toda Asia, de modo que no pudieran suministrar ningún tipo de alimento ni a hombres ni a caballos. Al mismo tiempo, se difundía la noticia de otro ataque protagonizado por bárbaros del norte con un alado rumor que corría por toda Asia. Temía que en su viaje hacia Iconio todo su ejército acabara siendo víctima del hambre por la escasez de víveres e igualmente sentía inquietud porque presumía la llegada de aquellos esperados bárbaros.

4. Concibió, por tanto, un plan inteligente y audaz. Preguntar a Dios si debía emprender camino hacia Iconio o atacar a los bárbaros asentados en los alrededores de Filomelio. Apuntó las alternativas en dos notas, las depositó encima de la mesa del altar y ofreció a Dios durante toda la noche los himnos y las letanías. Al alba, el sacerdote penetró, tomó consigo una de las dos notas depositadas, la desplegó delante de todos y leyó al soberano la orden de ponerse en camino hacia Filomelio.

5. Mientras estos hechos sucedían en el lugar donde estaba el soberano, Bardas Burtzes observó durante su ruta a un numeroso ejército que corría a reunirse con Monolico por el puente de Zompe[11] y, tras armarse rápidamente, se enfrentó con ellos en la llanura de

11. Puente sobre el río Sangario.

Amorio y los venció completamente. Pero otros turcos que venían por el este e iban rápidamente al encuentro de Monolico, se encontraron con el campamento de Burtzes cuando todavía no había llegado, se adueñaron de los animales de carga que allí había y de la impedimenta de los soldados. Cuando Burtzes regresaba triunfador del lugar de la batalla transportando un enorme botín, se encontró con un hombre que venía del campamento y se enteró de cómo los turcos se habían marchado después de apoderarse de todo lo que había en él incluido su botín. Estuvo reflexionando sobre lo que debía hacer. Como los bárbaros iban ganando terreno rápidamente, quería lanzarse tras ellos sin pérdida de tiempo, pero no podía porque los caballos estaban agotados. Renunció por ese motivo a la persecución para no tener peores consecuencias, y marchando lentamente en formación, llegó al alba a las ya citadas villas de Burtzes y las evacuó todas. Tomaron de allí los prisioneros y se llevaron cuantos bienes poseían los bárbaros. Tras descansar en un lugar adecuado brevemente él y todos sus hombres, a la salida del sol reanudaron el camino en dirección al soberano.

6. En esto, sucedió que se tropezaron con él nuevas tropas turcas. Enseguida les hizo frente, lo que dio lugar a un violento combate. Después de estar peleando durante bastante tiempo, los turcos acabaron solicitando a los cautivos y el botín que se les había arrebatado, asegurando que si se les entregaba lo que pedían no volverían a intentar un ataque contra los romanos y retornarían a sus casas. Pero Burtzes no tenía la menor intención de acceder a las peticiones de los bárbaros y les plantó cara resueltamente con una batalla en la que luchó valientemente. Como el día anterior no habían probado ni un trago de agua por estar imbuidos en los avatares de la guerra, cuando llegaron a la orilla de un río, refrescaron los ardores de la sed y se fueron introduciendo de nuevo alternativamente en la batalla. Mientras unos hacían frente a la batalla, los que estaban agotados se recuperaban gracias al agua.

7. Al comprobar Burtzes el gran valor de los bárbaros y viéndose exhausto ante tan enorme muchedumbre de enemigos, cayó en el desaliento y envió al emperador con la noticia de lo que ocurría no

ya a uno cualquiera de los soldados rasos, sino al ya citado Jorge Lebunes, quien, al no ver ningún camino en el que no estuvieran presentes las tropas turcas, se arrojó temerariamente en medio de estas, las atravesó y pudo ponerse a salvo junto al emperador. Este, una vez enterado de la situación por la que atravesaba Burtzes y puesto al corriente con exactitud del número de turcos y de la necesidad que tenía Burtzes de grandes refuerzos humanos y materiales, se colocó las armas y armó al ejército. Una vez dispuestas las tropas en falanges, emprendió camino contra los bárbaros en correcta formación.

8. Al mando de la vanguardia iba el emperador; del ala derecha, iba Brienio; del ala izquierda, Gabras y de la retaguardia, Cecaumeno. Puesto que los turcos los estaban esperando desde lejos, Nicéforo, el sobrino de la emperatriz,[12] que era joven y deseaba ardientemente combatir, se adelantó de la formación arrastrando consigo a algunos escuderos de Ares y, tras hacer frente a los primeros que se lanzaban contra él, fue alcanzado en la rodilla, pero él, a su vez, alcanzó con su lanza el pecho de quien lo había herido. Este, derribado del caballo, pronto yació muerto en tierra. Nada más ver ese hecho, los bárbaros que estaban situados detrás dieron pronto la espalda a los romanos. El emperador recibió contento a ese joven como a un héroe, le hizo grandes elogios y a continuación emprendió camino hacia Filomelio.

9. Al día siguiente de su llegada al lago de los Cuarenta Mártires[13] alcanzó el lugar llamado Mesanacta.[14] De allí partió y se apoderó de Filomelio al primer asalto. Luego, destacó diversas secciones de todo el ejército y las envió junto con sus valerosos jefes contra todas las aldeas limítrofes próximas a Iconio para que las devastaran y recuperaran a los cautivos de sus manos. Ellos se dispersaron como fieras en todas direcciones por destacamentos y retornaron trayendo a los cautivos que habían liberado de los bárbaros junto con su impedi-

12. Nicéforo Paleólogo, hijo de Jorge Paleólogo y de Ana Ducas, hermana de Irene, la madre de Ana Comnena. Jorge Paleólogo y Ana Ducas tuvieron otro hijo, Andrónico Ducas.

13. Hoy Ak Şehir Göl, en Frigia, al norte de Filomelio.

14. Antiguamente, Dipótamos, en Frigia.

menta. Los seguían voluntariamente también los romanos oriundos de dichos territorios y que huían de la dominación de los bárbaros, mujeres con recién nacidos, niños e incluso hombres, como si huyeran buscando el refugio que les ofrecía el soberano. Él, una vez dispuesta su nueva y famosa formación y colocados en su interior los prisioneros junto con las mujeres y los niños, tomó el mismo camino que había seguido a la venida y por donde iba pasando marchaba con toda seguridad. Se hubiera dicho al contemplarlos que era una ciudad viviente, fortificada y en movimiento la que marchaba de acuerdo con aquella novedosa alineación que ya he mencionado.

V. Monolico y el sultán se admiran de la formación táctica del soberano. Muerte de Andrónico Comneno y lamento de la autora

1. En su avance no hacía aparición ningún bárbaro, pero Monolico seguía emboscado al ejército por cada flanco y con abundantes fuerzas. A su paso por la llanura entre Poliboto y dicho lago, una sección del ejército bárbaro con hombres sin equipo y armados ligeramente, se emboscó a cada lado del ejército y apareció de repente en lo alto de los montículos. El archisátrapa Monolico, al ver aquella nueva formación, viejo como era y con experiencia en muchas guerras y disposiciones tácticas, se quedó maravillado y asombrado por aquella nueva disposición de las líneas e indagó para saber quién era su comandante. Suponía que el jefe de los batallones y de aquella nueva formación no era otro que el soberano Alejo. Y quería atacar, pero no podía. No obstante, ordenó proferir el grito de guerra. Había concebido el plan de ofrecer a los romanos la apariencia de un numeroso ejército, no cerrando las filas y ordenando correr de forma dispersa y desorganizada de acuerdo con la táctica que arriba hemos descrito, a fin de asustar a las tropas romanas con lo inesperado del espectáculo y haciéndoles oír el retumbar de las cabalgadas.

2. El soberano, por su parte, que iba al frente de la formación presidiéndola como una torre o una columna de fuego o una visión

divina y celestial, animó a sus falanges, ordenó que avanzasen manteniendo la misma formación y los exhortó a tener valor, añadiendo a sus palabras que aceptaran este esfuerzo tan grande no por la salvación personal, sino por la gloria y el honor de los romanos, y además que estuviesen dispuestos a morir sin reservas por el bien de todos. En consecuencia, todos y cada de uno ellos guardaban su puesto llenos de coraje, mientras iban cubriendo etapas con tanta tranquilidad, que los bárbaros creían que ni siquiera se estaban moviendo. Como a pesar de sus continuos ataques a lo largo de aquel día los enemigos no habían sacado ningún provecho ni habían logrado romper total o parcialmente la cohesión del ejército romano, regresaron sin éxito a las cimas de las colinas. Entonces, encendieron muchas hogueras y se dedicaron a aullar como lobos durante toda la noche, llegando incluso en algún momento a burlarse de los romanos, pues había semibárbaros entre ellos que hablaban griego. Cuando amaneció, Monolico organizó el mismo plan y ordenó a los turcos que lo llevaran a cabo.

3. Entre tanto, hizo acto de presencia el propio sultán Clitziastlán, que primero quedó asombrado al ver la correcta formación del ejército romano y a continuación se burló, como joven que era, del anciano Monolico por su retraso en presentar batalla al soberano. Este repuso: «Yo, sea por anciano o por cobarde, el caso es que hasta aquí he venido retrasando el momento de enfrentarme abiertamente al soberano. Pero si tú piensas que tienes más valor, adelante, inténtalo. Los hechos nos darán la lección». El sultán, pues, se lanzó contra los soldados que marchaban en retaguardia, mientras ordenaba a los demás sátrapas que atacaran frontalmente al soberano y encargaba a otros el curso de la batalla en cada uno de los dos flancos de la formación. El césar Nicéforo Brienio, que comandaba el ala derecha, al percatarse de que se estaba produciendo una batalla en retaguardia, sentía un fuerte deseo de acudir en defensa de las líneas de atrás, pero no quería dar ni una muestra de inexperiencia o inmadurez, por lo que iba conteniendo su cólera pese a la rabia que sentía contra los bárbaros, y se esforzaba por continuar su camino en correcto orden y con la misma formación.

4. Como los bárbaros peleaban valientemente, el porfirogéneto Andrónico, el más querido de mis hermanos, que comandaba el ala izquierda, volvió las riendas y realizó con su falange una violenta carga contra los bárbaros. Y él, que estaba en el momento más hermoso de su vida, que era prudentemente audaz, de mano experta y de una extraordinaria inteligencia en el combate, se nos fue antes de tiempo, partió de esta vida sin que ninguno de nosotros lo esperara y desapareció. ¡Ah, la juventud, el cuerpo vigoroso, las ágiles cabalgadas! ¿Adónde os habéis ido? Mi sufrimiento me fuerza a entonar un canto triste sobre este tema, pero las leyes de la historia me vuelven a apartar de mi propósito. Puede uno admirarse de que hoy en día nadie se convierta en piedra, en pájaro, en árbol o en cualquier ser inanimado, transformando en alguno de esos objetos la propia naturaleza por el cúmulo de infortunios, como dicen que sucedía en la Antigüedad, sea fábula o historia cierta. Quizás sería mejor que nuestra naturaleza se metamorfoseara en seres que nada sienten antes que encajar tan duras sensaciones de infortunio. Si todo aquello hubiera sido cierto, muy pronto los terribles acontecimientos que he sufrido me habrían convertido en piedra.

VI. Astuta retirada de Alejo. Paz con los turcos

1. Cuando Nicéforo vio que la batalla había llegado al cuerpo a cuerpo, temiendo una derrota, dio un giro total a sus riendas y acudió rápido con sus líneas en su defensa. Entonces, los bárbaros dieron la espalda en una huida a la desbandada acompañados del sultán y ascendieron presurosamente a las cimas de las colinas. En aquella ocasión, muchos cayeron durante la lucha y muchos más fueron capturados. Ante la dispersión general de todos los supervivientes, el propio sultán, que había perdido las esperanzas de salvarse, huyó con la única compañía de su copero y subió a un templo construido en una elevación, en la que había plantados alrededor una línea de muy altos cipreses, acosado por tres escitas, que lo perseguían y por el hijo de Uzás. Gracias a que los esquivó girando levemente hacia

otro lado y a que no era una persona conocida por sus perseguidores, logró ponerse a salvo, pero los escitas capturaron por lo menos al copero y lo condujeron como un importante regalo a presencia del soberano. El emperador se alegró por esa victoria sobre el enemigo, pero estaba molesto porque el sultán no había sido capturado ni había caído en sus manos, al haber escapado por un pelo, como se suele decir.

2. Cuando cayó la tarde, acampó en aquel lugar. Los bárbaros supervivientes de la batalla, tras ascender de nuevo a las cimas, encendieron innumerables hogueras y estuvieron durante toda la noche ladrando como perros contra los romanos. Un escita, que había desertado del ejército romano, se presentó ante el sultán y le dijo: «No intentes librar combate con el soberano durante el día, pues no sacarías ningún beneficio. Por el contarlo, como las tiendas de su campamento están concentradas porque la llanura no tiene bastante amplitud, tus arqueros armados ligeramente deben bajar de noche a los pies de estas colinas y dispararles sin descanso sus flechas. Así infligirán al ejército romano no cualquier castigo».

3. Entonces también un semibárbaro, pasando inadvertido a la vigilancia de los turcos, escapó de su campamento para ir al encuentro del emperador, transmitirle todas las recomendaciones que aquel escita le había hecho al sultán y referirle con detalle todos los planes que habían elaborado contra el ejército romano. Nada más enterarse de ello, el soberano dividió el ejército en dos partes y ordenó a la primera que se introdujese rápidamente dentro del campamento y que estuviese alerta y a la segunda que se armase y, una vez fuera del recinto, se adelantase yendo al encuentro de los turcos que vinieran y trabase combate con ellos. Los bárbaros rodearon de noche el ejército y realizaron numerosas incursiones en torno a los pies de las colinas sin cesar de arrojar continuamente sus dardos contra el ejército. Pero los romanos, que actuaban según las instrucciones del soberano, se defendían sin romper la formación. Cuando comenzaba a clarear el día, todos conservaban el mismo puesto de la noche anterior y, una vez situados de nuevo en el interior de la formación el botín, toda la impedimenta y los cautivos junto con las mujeres y

los niños, reanudaron el camino en dirección a Ampus.[15] Allí les sobrevino un duro y sangriento combate. El sultán, después de haber reagrupado otra vez sus fuerzas y rodeado el ejército, mantuvo en torno a este una valiente pelea, pero no pudo quebrar las compactas líneas de los romanos y fue rechazado sin éxito, como si hubiera acometido a muros de diamante. Como consecuencia, durante toda aquella noche sintió gran irritación y, tras renunciar sin paliativos, estuvo deliberando con Monolico y los demás sátrapas. Cuando el día se iluminaba, pidió la paz al soberano con la aprobación de todos los bárbaros.

4. El soberano no lo rechazó, sino que acogió su ruego y ordenó enseguida que se diera el toque de parada. Mandó que todos permanecieran quietos en idéntica posición a la que tuviesen en ese momento, sin desmontar de los caballos, ni descargar la impedimenta de las acémilas, cubiertos con escudo, yelmo y lanza, como durante todo el viaje realizado. El soberano adoptaba estas medidas con el único fin de evitar que por la confusión que se origina frecuentemente se quebrara la compostura de las líneas y pudieran ser todos entonces fáciles de capturar. Temía, al ver que los turcos eran una masa numerosa, un ataque general contra el ejército romano. El soberano se situó en una posición adecuada y, tras seleccionar a todos sus parientes y a numerosos soldados para que ocuparan los lugares a cada lado suyo, él mismo se puso en la presidencia con sus allegados por sangre y parentesco a su derecha e izquierda y a continuación de estos, con un grupo mixto de la élite de sus soldados, todos completamente armados. Y el brillante fulgor de sus armas iluminaba el ambiente más incluso que los rayos del sol.

5. Acudió también entonces el sultán con los sátrapas que estaban bajo sus órdenes y cuya presidencia ocupaba Monolico, persona por encima de todos los turcos de Asia en edad, experiencia y valentía. Se presentó ante al emperador en la llanura que hay entre Augustópolis y Acronio. Los sátrapas, cuando distinguieron de lejos al soberano, descendieron de sus caballos y le otorgaron la reverencia acostumbrada a los emperadores. El sultán intentó, a su vez, repetidamente desmontar

15. Puede tratarse de Ambanaz, en Frigia, al norte de Acruno.

de su caballo, pero el soberano no lo aceptaba; sin embargo, desmontó rápidamente y le besó el pie. El emperador le tendió la mano y lo animó a montar en un caballo de raza. Este montó, se acercó al lado del soberano y sin perder un momento se despojó de la armadura que vestía y la depositó en los hombros de aquel. Luego, tras unos pocos instantes, expuso en público todos sus planteamientos, diciendo: «Si aceptáis ser súbditos del Imperio de los romanos y abandonar vuestras incursiones contra los cristianos, gozaréis de honor y favores, y en lo sucesivo viviréis en libertad dentro de los territorios pertenecientes a vosotros, es decir, allí donde antiguamente teníais vuestras moradas, antes de que Romano Diógenes tomara las riendas del Imperio y sufriera aquella famosa derrota como consecuencia de haber librado con el sultán una desafortunada batalla, que terminó en su cautiverio a manos de este. Debéis anteponer la paz a la guerra y debéis también retiraros de las fronteras bajo dominio romano, conformándoos con las vuestras propias. Si hacéis caso de mí, que os estoy prestando los mejores consejos, no os arrepentiréis en modo alguno y os encontraréis en posesión de abundantes beneficios. De no actuar así, sabed que yo seré el exterminador de vuestra raza».

6. El sultán y sus sátrapas mostraron una excelente disposición ante estas condiciones de paz, diciendo: «No hubiéramos comparecido en este lugar voluntariamente, si no prefiriéramos firmar la paz con Vuestra Majestad». Después de tener esta conversación, los despidió a las tiendas asignadas a ellos con la promesa de firmar el tratado al día siguiente. Al otro día, el emperador se volvió a entrevistar con el sultán, llamado Saisán,[16] ratificó el tratado según la costumbre y, tras regalarle una abundante cantidad de dinero y hacer entrega de numerosas dádivas a los sátrapas, los despidió contentos.

7. Entre tanto, el emperador, enterado de que Masut,[17] el hermano bastardo de aquel, deseando apoderarse de su reino, había planeado la muerte de Saisán incitado por determinados sátrapas,

16. Ana Comnena llama aquí Shâhinshâh (Saisán) a quien hasta ahora había llamado Qilidj Arslán (Clitziastlán). Ver nota 1 de este libro.

17. El futuro Mesud o Masud I (1116-1156).

como suele ocurrir siempre, le aconsejó que esperase un poco de tiempo hasta que supiera con mayor claridad lo que se tramaba contra él. De este modo partiría al tanto de sus planes y prevenido. Pero él, sin prestar la menor atención al consejo del soberano y confiado en sí mismo, mantuvo su propósito. En consecuencia, para no dar la impresión de que el soberano estaba reteniendo por la fuerza al sultán, que había acudido a su presencia voluntariamente, y se levantaran críticas contra él por este motivo, accedió a los deseos del bárbaro, diciendo: «Habría sido oportuno aguardar un poco de tiempo; pero como es aquello lo que tienes en mente, adoptemos el mal menor, como se dice. Toma contigo a bastantes de nuestros soldados catafractos romanos, que mantendrán tu integridad a salvo hasta que llegues a Iconio». Tampoco aceptó el bárbaro esta escolta, pues tan arrogante es el carácter de los bárbaros que se creen superiores a las propias nubes. Así pues, tras despedirse del soberano y recibir grandes cantidades de dinero emprendió el camino hacia su casa.

8. De noche, el sultán tuvo un sueño que no era engañoso, ni se lo enviaba Zeus, ni lo incitaba a la batalla, como dice la dulce poesía,[18] «parecido al hijo de Neleo», sino que vaticinaba la verdad al bárbaro. Le parecía, más o menos, que una masa de ratones lo había rodeado durante la comida con el empeño de arrebatarle de la mano el pan que estaba comiendo. Cuando él intentaba librarse de ellos con ademanes displicentes, súbitamente, cambiaron de naturaleza para convertirse en un león y pudieron con él. Cuando despertó, contó el sueño al militar del soberano que lo acompañaba durante el camino y lo interrogó sobre su significado. Aunque le interpretara el sueño en el sentido de que los ratones y el león eran sus enemigos, él no quería creerlo y continuó su viaje diligente e irreflexivamente. A buen seguro, había destacado a exploradores para que vigilasen por si alguno de sus adversarios había salido a realizar una incursión. Esos exploradores fueron a encontrarse con el propio Masut, que estaba al llegar a la cabeza de un gran ejército, trataron con este, se pusieron de acuerdo en sus planes contra Saisán y volvieron asegurando que no habían visto a nadie. Las tropas bárbaras de Masut se encontraron

18. *Il.*, II 20.

con Saisán, que había aceptado las palabras de sus exploradores como fidedignas, e hizo su ruta despreocupadamente.

9. Un tal Gazes, hijo del sátrapa Asán Catuc,[19] a quien había matado el sultán Saisán, se adelantó de la falange y lo acometió con su lanza. Él se volvió con agilidad y arrebató la lanza de manos de Gazes, diciendo: «No sabía yo que ahora hasta las mujeres llevan lanzas entre nosotros». Saisán huyó entonces camino del emperador, pero quien logró disuadirlo de esta decisión fue Puqueas, que lo acompañaba y que estaba vinculado desde hacía tiempo a la facción de Masut, aunque aparentemente se ofrecía de modo amistoso a Saisán para darle buenos consejos. En realidad, lo estaba precipitando al interior de sus redes y de sus trampas con sus recomendaciones en el sentido de que no retornara junto al emperador y entrara, pese a que con ello se apartaba un poco de su ruta, en Tiragio, una villa que se encuentra cerca de Filomelio. El ingenuo Saisán hizo caso a las palabras de Puqueas y fue recibido amablemente a su llegada a Tiragio por sus moradores romanos, ya que estaban al corriente de la simpatía que el emperador tenía por él. Pero llegaron Masut y los bárbaros y pusieron cerco a la muralla. Saisán se asomaba entonces y profería terribles amenazas a sus congéneres bárbaros, diciendo que ya estaban a punto de llegar las tropas romanas del soberano y que si no abandonaban la batalla sufrirían esto, lo otro y lo de más allá. También los romanos del interior de la plaza hacían frente a los turcos con valentía.

10. Pero Puqueas dio por concluida la comedia y sacó a la luz el lobo que iba oculto bajo su piel. Descendió de las almenas prometiendo a Saisán que iba a animar a los habitantes para que lucharan con mayor valentía. La realidad fue que los amenazó y les aconsejó que se rindieran abriendo las puertas a los turcos, si no querían acabar como víctimas de la mano bárbara, ya que estaban al llegar numerosas fuerzas de Corosán. Ellos, en parte asustados por la multitud de los bárbaros que los asediaban y en parte convencidos por las advertencias de Puqueas, dieron paso franco a los turcos y, tras capturar al sultán Saisán, lo privaron de la vista. Como carecían

19. Puede tratarse del Hasán de XIV I.5.

de un instrumento útil para esa tarea, se usó un candelabro que el soberano había regalado a Saisán. Pudo verse entonces cómo el receptáculo de la luz se convirtió en causante de sombras y oscuridad. Puesto que aún podía vislumbrar alguna pequeña luz, cuando llegó a Iconio asistido por un guía, confió este hecho a su nodriz,a y esta hizo lo mismo a su propia esposa. Llegada así esta noticia a oídos de Masut,[20] perturbó el ánimo del bárbaro. Y él, encolerizado, ordenó a Elegmo (un sátrapa ilustre) que lo estrangulase con una cuerda. Así concluyó la vida del sultán Saisán por no echar cuenta en su temeridad a los consejos del soberano. El soberano, por su parte, continuaba su camino hacia la ciudad imperial conservando perfectamente la formación en idéntico y correcto orden.

VII. Regreso de Alejo a Constantinopla. Desvelos del emperador por los menos favorecidos y por la educación de sus súbditos

1. Al oír hablar de formación y falanges, cautivos y botines, general y jefes de batallones, alguien podría creer que está oyendo hablar de aquellas tácticas que todo historiador y poeta menciona en sus obras. Sin embargo, esta formación a todos les parecía nueva e inusitada, de unas características que nunca nadie había visto antes ni ha sido legada por la historia a la posteridad. Cuando iba camino de Iconio, esta formación marchaba en orden y llevaba un movimiento perfectamente compenetrado con el ritmo que marcaba la flauta. Se habría dicho al observar la falange entera que permanecía inmóvil cuando se movía y que andaba cuando estaba parada. Con sus líneas compactas y cohesionadas se parecía a las inconmovibles montañas, moviéndose todo el conjunto de la falange en sus desplazamientos como un único y enorme ser vivo que se moviera y se desplazara alentado por una única alma. Cuando llegó a Filomelio, tras

20. Malik Shâh había mandado encarcelar a Masud, su hermano bastardo, pero logró escapar gracias a un emir y cerrar una alianza con Ghâzi II (1104-1134), un jefe de los Danisméndidas que le prestó ayuda militar. Masud se hizo con Iconio y usurpó el trono a su hermano. Más tarde afianzó su alianza con Ghâzi mediante un matrimonio.

liberar por doquier a quienes estaban bajo el yugo bárbaro, como arriba se ha dicho, introdujo en medio de la formación a cautivos, mujeres, niños y todo el botín y se puso en el camino de vuelta apaciblemente con un movimiento lento y semejante al de las hormigas.

2. Como había muchas mujeres embarazadas y otras muchas sufrían enfermedades, cuando una mujer estaba a punto de dar a luz, tocaba la trompeta a una señal del soberano, todos se detenían enseguida y la formación entera se quedaba quieta en el mismo lugar. Nada más enterarse de que el parto había concluido, mandaba dar otro toque, que no era de los habituales, comunicando la puesta en marcha y animando a todos a caminar. Si alguien se estaba muriendo, de nuevo sucedía lo mismo y el soberano se presentaba en el sitio donde yacía el moribundo, llamaba a los sacerdotes para que cantaran los himnos postreros y para que le dieran los sacramentos al agonizante y, una vez se habían celebrado las honras fúnebres a los difuntos de acuerdo con las normas sagradas, hasta que el muerto no estuviera enterrado, no permitía que se moviera en lo más mínimo la formación. A la hora de comer, hacía llamar a todas las mujeres y hombres que estuvieran agotados por las enfermedades o la vejez, les ofrecía lo mejor de su comida y ordenaba a sus comensales que hicieran lo mismo. Su mesa era como un banquete divino, sin el fastidio de la presencia de instrumentos, flautas, tímpanos ni tipo alguno de música. Debido, pues, a la protección que otorgaba personalmente a esos desgraciados, cuando llegó a Damalis (era el atardecer) no quiso que se le celebrase una brillante recepción, ni que se organizara un cortejo imperial, ni quiso vistosos montajes, ni esperar al día siguiente para cruzar el estrecho, como hubiera sido preciso. Antes al contrario, embarcó inmediatamente en una monere y llegó a palacio a la hora en que se encienden las lámparas.

3. Dedicó el día siguiente entero al cuidado de cautivos y recién llegados. Repartió entre todos aquellos de sus allegados, que sabía llevaban una vida honesta, y entre los higúmenos[21] de los sagrados monasterios a todos los niños que habían quedado privados de padres y estaban sumidos en la amarga desgracia de la orfandad, y

21. Abades.

les recomendó que no los criasen como esclavos, sino como seres libres, considerándolos merecedores de una completa formación e instruyéndolos en las Sagradas Escrituras. También entregó algunos al orfanato que él había fundado y que estaba pensado más como escuela para quienes quisieran aprender, a fin de que sus directores les enseñaran el ciclo completo de estudios.[22]

4. En el sector que existe junto a la acrópolis, donde se abre el acceso al mar, había encontrado un templo de enorme tamaño bajo la advocación del gran apóstol Pablo y construyó allí, dentro de la ciudad imperial, otra ciudad. El propio templo estaba, como una ciudadela, en la parte más elevada de esa ciudad. La nueva ciudad se extiende a lo largo y a lo ancho sobre un número de estadios que cualquiera podría decir. En su interior hay erigidas circularmente un conjunto abigarrado de viviendas, moradas para los pobres y, lo que demuestra mayor caridad, hospicios para personas mutiladas. Es posible ver cómo esas personas, ciegos, cojos y gentes afligidas por otras desgracias, van acudiendo uno por uno. Diríase que es el pórtico de Salomón,[23] viéndolo repleto de hombres inválidos en todo su cuerpo o solo en parte del mismo.

5. Este recinto circular es doble y gemelo. Los unos, hombres y mujeres mutilados, habitan en la parte superior. Otros se arrastran en la planta baja. Respecto a las dimensiones del recinto, son tales, que si alguien desea ver a esas personas y comenzara por la mañana, concluiría el recorrido al atardecer. Estas características tiene la ciudad y así son también sus habitantes. Carecen de terrenos, de viñedos y de cualquiera otro bien con cuyo cuidado nos ocupamos la vida. Cada uno o cada una habita con la paciencia de Job[24] la casa edificada para ellos, y el alimento y el vestido se los suministra generosamente la mano imperial. Lo más insólito es que estos indigentes, como si fuesen señores con propiedades y con todo tipo de recursos, tienen como administradores

22. El *triuium* (gramática, dialéctica y retórica) y el *quadriuium* (matemática, geometría, música y aritmética).

23. La autora confunde dos pasajes del Nuevo Testamento, *Juan,* V 1-4 y *Hechos,* III 1-11.

24. *Job,* I 4.

y encargados de su subsistencia al soberano mismo y a los diligentes servidores que rodean al soberano. Pues allí donde surgía una propiedad agrícola en un buen estado, siempre que fuera también accesible, la adjudicaba y ofrecía a estos hermanos, de donde manan para ellos ríos de vino, el pan y todos los productos con los que además del pan se alimentan los hombres, de modo que el número de los que comían sobrepasa todo cálculo. Tal vez peque de osada para algunos si dijera que la conducta del soberano recuerda el milagro de Nuestro Salvador, me refiero al de los siete mil y al de los cinco mil.[25] En aquel caso, con cinco panes se hartaron miles porque era Dios quien hacía el milagro; pero en este, la caridad procede de un mandato divino. Y por otra parte, en aquella ocasión se produjo un milagro y en esta era el suministro imperial el que proporciona lo suficiente para nuestros hermanos.

6. Yo misma he llegado a ver a una mujer vieja asistida por una joven, a un hombre ciego guiado por manos de uno que sí ve, a personas sin pies que poseían pies, no los suyos propios, sino los de otros; a personas sin manos auxiliadas por las de otras personas, a criaturas recién nacidas amamantadas por otras madres, a paralíticos servidos por otros hombres robustos. Era doble la muchedumbre de los que recibían alimentos, pues unos se contaban entre los servidos y otros entre los servidores. El soberano no podía decirle al paralítico: «Levántate y anda»,[26] ni al ciego ordenarle ver,[27] ni al que no tenía pies ordenarle andar.[28] Esta es una facultad solo del Unigénito, que se hizo hombre por nosotros y vivió entre nosotros en el pasado por el bien de la humanidad. El soberano hizo aquello que estaba a su alcance, dar asistentes a cada mutilado y mostrar la misma solicitud por el disminuido que por quien gozaba de salud. De ese modo, si alguien deseara hacerse una idea de cómo

25. Milagro de la multiplicación de los panes y los peces, *Mateo,* XVI 9-10. El evangelista habla de cuatro mil, no de siete mil. La autora ha debido de confundirse con el hecho de que los panes son siete.

26. *Mateo,* IX 5-6.

27. *Mateo,* IX 27-30; *Juan,* IX 1-7.

28. Alusión a varios pasajes del Nuevo Testamento donde se curan paralíticos: *Mateo,* IX 18; *Marcos,* II 1-12; *Lucas,* V 17-26; *Juan,* V 1-9.

era la nueva ciudad que mi padre edificó desde sus cimientos, debería imaginarla por cuadruplicado, o sea multiplicada por los que habitaban abajo y arriba y por quienes asistían a ambos grupos.

7. ¿Quién podría contar el número de personas que comía diariamente, o el gasto diario o los recursos que aprovechaban a cada uno? A mi padre le atribuyo lo que quedó tras su paso. Pues él concretó los bienes procedentes de la tierra y del mar que estaban destinados a su sustento y también él les procuró todas las comodidades posibles. Hay un administrador de alta alcurnia al frente de esta pobladísima ciudad, cuyo nombre es «El orfanato». Se la denomina «El orfanato» por la caridad del soberano con los huérfanos y los soldados veteranos, a partir de lo cual el nombre que se generalizó fue el relacionado con su preocupación por los huérfanos. Hay oficinas para su administración, contabilidades de las dotaciones asignadas y de las posesiones de los pobres y crisóbulos que ofrecen a los acogidos derechos inalienables.

8. Al templo del gran apóstol Pablo lo dotó con un importante y numeroso clero y con abundancia de lámparas. Si se visita este templo, se puede ver cómo cantan dos coros, uno a cada lado, alternativamente. Pues, como hizo Salomón, dispuso la existencia en el templo de los apóstoles de cantantes masculinos y femeninos. También organizó la función de las diaconisas. Asimismo dedicó mucha atención a las monjas extranjeras procedentes de Iberia,[29] que antes iban de puerta en puerta cuando llegaban a Constantinopla. La solicitud de mi padre hacia ellas le hizo erigir un enorme monasterio y dispensarles asimismo alimentos y ropas adecuadas. En suma, ya puede vanagloriarse el famoso Alejandro el macedonio por su Alejandría de Egipto, por su Bucéfala de Media o su Lisimaquia de Etiopía,[30] que el soberano Alejo no se vanagloriaría tanto de las ciudades por él erigidas, que sabemos construyó por doquier, cuanto se enorgullecía de esta ciudad.

9. Si uno entra en dicha ciudad, tiene a la izquierda esos templos y sagrados monasterios. A la derecha del gran templo hay una escuela

29. Iberia del Cáucaso.

30. Nuevo error. No existía ninguna Lisimaquia en Etiopía, sino en Etolia. Fue llamada así por el general de Alejandro, pero no fue fundada por él.

primaria para los niños huérfanos procedentes de toda variedad de razas, en donde un maestro imparte la clase y los niños se colocan en torno a él, unos atemorizados por las preguntas sobre gramática, otros escribiendo la denominada esquedografía.[31] Allí es posible ver a un latino que se está instruyendo, a un escita que aprende griego, a un romano manejando textos griegos y a un griego iletrado que aprende a hablar correctamente griego. Esos eran los afanes de Alejo sobre la formación intelectual. En cuanto a la técnica de la esquedografía, diremos que es un invento de los más recientes y originario de nuestra generación. Dejo de lado a los Estilianos, a los llamados Longibardos, a cuantos trabajaron en la recolección de todo tipo de palabras, a los Áticos y a los que han llegado a pertenecer al clero de Santa Sofía,[32] cuyos nombres omito. Sin embargo, ahora el estudio de estos maestros, de los poetas, de los historiadores y de sus cualidades no ocupa siquiera un lugar secundario. El único interés es el juego, los demás trabajos están prohibidos. Digo esto porque estoy irritada ante el completo desinterés por la formación general. Este hecho me consume el alma, porque yo he dedicado mucho tiempo a esos estudios y, cuando dejé las primeras enseñanzas, me encaucé por la retórica, me dediqué a la filosofía, me metí en ambientes de sabios, poetas y escritores y pulí la

31. La esquedografía era un recurso didáctico que empezó a aplicarse a fines del siglo X y comienzos del XI en Constantinopla. Los alumnos escribían en una tablilla («skhedos» [σχέδος]) o en otro soporte un texto en griego antiguo y sobre ese texto se ejercitaban haciendo comentarios gramaticales (sintácticos, morfológicos, léxicos, etimológicos, ortográficos, etc.). Se compusieron vocabularios y léxicos específicos para este método, algunos ordenados alfabéticamente y también agrupados por temas (costumbres, mitología, geografía, etc.). Especial atención se le daban a los «epimerismos» [ἐπιμερισμοί], pasajes de textos griegos de la Antigüedad con especiales dificultades gramaticales. Una de las finalidades de la esquedografía era superar la brecha que existía entre el lenguaje hablado y la lengua de prestigio de los textos de autores antiguos.

32. Sobre Estiliano hay varias hipótesis en cuanto a su identidad, pero ninguna con certeza. En cuanto a Longibardo, existió un erudito contemporáneo de Miguel Pselo de nombre Juan Longibardo al que le dedicó dos de sus obras en cuya dedicatoria hace mención a tareas de comentario literario. De todos modos, tampoco hay certeza sobre su identidad. Tampoco se conoce a ningún Ático que fuera gramático. Finalmente, entre los patriarcas de Constantinopla hasta el momento de Ana Comnena hay al menos dos que llevan el sobrenombre de «Gramático», Juan VII (836-843) y Nicolás III (1081-1111).

tosquedad de mi lengua. Posteriormente, condené gracias al auxilio de la retórica la complicada complejidad de la esquedografía. Sea, sin embargo, añadido a nuestra historia este excurso, aunque no como algo accesorio, sino como algo coherente con nuestra obra.

VIII. Alejo contra los bogomilos[33]

1. Después de estos hechos, cuando corría el año (...) de su reinado, se levantó una espesísima nube de herejes. La apariencia de la herejía era nueva, no conocida anteriormente por la Iglesia. Dos doctrinas muy pérfidas y nefastas, notorias en la Antigüedad, se habían fusionado, una era la impiedad, por así decir, de los maniqueos, a la que también podríamos llamar de los paulicianos, y la infamia de los masalianos.[34] Era esa la corriente de los bogomilos, síntesis de masalianos y maniqueos. Según parece, existía incluso desde antes de la época de mi padre; pero había pasado inadvertida, pues la secta de los bogomilos tiene gran habilidad a la hora de fingir un comportamiento virtuoso. No podría vislumbrarse ni un pelo de mundano

33. Los bogomilos pertenecen a una secta herética nacida en Tracia (sur de Bulgaria, norte de Grecia, Turquía europea) en el siglo X. Su nombre deriva de su fundador, el monje búlgaro Bogomil, traducción eslava del nombre griego Teófilo («amigo de Dios»), quien a fines del siglo XI dio coherencia a las doctrinas y comenzó su difusión. De todos modos, los creyentes no se llamaban a sí mismo «bogomilos», sino «cristianos». En su origen se hallan influencias de los paulicianos y maniqueos instalados en aquella región desde las deportaciones de Juan I Tzimiscés (925-976), a las que ya se ha hecho mención en *La Alexíada* (VI II.2). La base de sus creencias residía en el dualismo bien/mal. Decían que Dios había tenido dos hijos, Satán y el arcángel Miguel. Negaban la divinidad de Cristo y la coexistencia de las tres personas de la Trinidad. Negaban el valor del clero y practicaban su religión en las casas, no en templos, enseñándose unos a otros. Negaban, asimismo, los sacramentos.

34. El nombre de «masalianos» o «mesalianos» procede del siríaco *mṣallyānā* y significa «el que reza», de ahí que su versión griega fuera «eukhites» [εὐχίτης], que quiere decir lo mismo. Fue condenada por herética en el sínodo de Side (Panfilia) en el año 383. Es una secta antecedente de las que menciona Ana Comnena porque basa su doctrina en el poder de la oración como única vía de relación con Dios, lo que lleva a sus fieles a negar la validez de los sacramentos.

entre los bogomilos pues su perversión está oculta bajo el manto y la cogulla. El bogomilo es sombrío, se tapa hasta la nariz, marcha a hurtadillas y su boca murmura quedamente, pero en su interior hay un lobo indomable.

2. Mi padre, entonándoles a estos seres clandestinos una melodía encantada, atrajo y sacó a la luz esta secta, que es tan nefasta como una serpiente escondida en un agujero. Como acababa de liberarse de los problemas que le habían planteado Occidente y Oriente, se dedicaba a los asuntos espirituales. Pues en todo dominaba a todos, en materia de enseñanza derrotaba a los eruditos, y en las batallas y tácticas superaba a quienes causaban asombro con sus armas.

3. La fama de los bogomilos se había extendido ya por todas partes (pues un cierto monje llamado Basilio,[35] que escondía la herejía en su interior, había difundido muy astutamente el mal por doquier en unión de doce discípulos que llamaba apóstoles y arrastrando como discípulas a ciertas mujeres perversas y malvadas) y puesto que el mal estaba consumiendo, como el fuego, a muchas almas, se le terminó la paciencia al emperador y puso en marcha una investigación sobre el asunto de la herejía. Fueron conducidos a palacio algunos bogomilos que señalaron a Basilio como su maestro y cabeza rectora de la herejía bogomila. Entre estos un tal Diblacio, que estaba detenido, se negaba a contestar durante el interrogatorio, por lo que fue entregado a la tortura. Entonces acusó al llamado Basilio y a los apóstoles que él había elegido. En consecuencia, el soberano encargó de la búsqueda de este hombre a muchos de sus funcionarios. Y efectivamente, el archisátrapa de Satanael, Basilio, fue descubierto con su hábito de monje, su rostro austero, su escasa barba, su elevada estatura y su habilidad para manipular la impiedad.

4. El soberano quiso desvelar enseguida mediante la persuasión lo que mantenía aquel oculto y lo mandó llamar con un pretexto piadoso. Se levantó y le cedió su asiento, compartió con él su silla

35. Monje y médico que entre los años 1084 y 1102/1104 propagó la herejía de los bogomilos en el Imperio y en Constantinopla. Es un personaje también mencionado en otros historiadores bizantinos en términos parecidos a los que usa Ana Comnena.

y su mesa, le tendió todo el hilo de su caña de pescar con todo tipo de cebos clavados en su anzuelo, se lo dio a comer a ese monstruo devorador y con diversos medios vertió todo el veneno en ese monje astuto, portador del mal, fingiendo querer convertirse en su alumno, quizás no solo él, sino también su hermano Isaac el sebastocrátor. Disimulando, le reveló que todo lo que dijera sería asumido como si fuese un oráculo divino y que obedecería en todo solo con que este malvadísimo Basilio se preocupara de la salvación de su alma. Y dijo: «Yo, veneradísimo padre (con esas dulces palabras untaba el emperador su copa para que vomitara su diabólica bilis negra), admiro tu virtud. Te ruego me enseñes algunos de los preceptos que tu venerable persona predica, porque los de nuestra religión solo hacen gala de simplezas y carecen por completo de virtud». Él se puso a esbozar sus concepciones y aquel auténtico asno que, a pesar de una cierta reticencia inicial ante esas palabras, se inflaba de vanidad con los elogios, arrastró hacia sí por todos lados la piel del león. Pues, efectivamente, el emperador lo había hecho su compañero de mesa. Estaba presente a su lado, secundándolo en la trama el hermano del emperador y sebastocrátor.

5. El otro vomitó los dogmas de su herejía. ¿Y cómo fue? Se había desplegado una colgadura entre el gineceo y el lugar donde estaban los emperadores junto con ese infame, quien soltaba y revelaba abiertamente todos sus pensamientos tal como los tenía en su alma. El secretario iba tomando nota tras el cortinaje de lo que se estaba diciendo. Aquel charlatán se convertía aparentemente en maestro, el emperador fingía ser un discípulo y de la clase tomaba nota el secretario. Y ese visionario se tiró hacia adelante con todo lo decible y lo indecible a su lado, sin escatimar ninguno de los dogmas sacrílegos: despreció nuestra teología, difamó a toda la estructura eclesiástica, llamó a los templos, ¡ay de mí!, a los sagrados templos, moradas del demonio y consideraba y estimaba como necedad el cuerpo y la sangre por nosotros conmemorados del primer patriarca.

6. ¿Qué ocurrió entonces? El emperador se quitó la máscara y desveló la trama. Todo el senado había sido reunido y convocado el estamento militar junto a los que estaba también presente el sínodo de

la Iglesia. En aquella ocasión ocupaba el trono patriarcal de la capital del Imperio Su Santidad Nicolás Gramático,[36] bienaventurado entre los patriarcas. Se dieron a conocer los dogmas sacrílegos y la prueba era irrefutable. Pero el acusado ni tan siquiera rebatió a la parte acusadora, sino que inmediata y abiertamente pasó a exponer su postura, prometiendo resistir al fuego, a los latigazos y a infinitas muertes. Pues esos errados bogomilos están convencidos de que podrán soportar sin esfuerzo cualquier castigo, ya que los ángeles los salvarán sin duda de la hoguera. Y aunque la mayoría de todos los presentes le reprocharan su impiedad, incluso todos los que habían tomado parte con él en su perdición, Basilio era el mismo, un bogomilo muy valiente e inflexible. A pesar de que lo amenazaron con arrojarlo a la hoguera y con otras penalidades, sostenía firmemente a su diablo y se abrazaba a su Satanael. Tras ser encarcelado, aunque el emperador lo hacía llamar frecuentemente y frecuentemente lo exhortaba a que abjurara de su impiedad, se mantenía firme ante los requerimientos del emperador.

7. No omitiremos el prodigio que lo tuvo por protagonista. Sucedió antes de que el emperador mostrara hacia él un comportamiento más duro y tras la confesión de su impiedad, cuando por aquel entonces había salido en dirección a una pequeña morada en las proximidades de las habitaciones imperiales y que acababa de ser dispuesta para él. Era el anochecer. Las estrellas brillaban en lo alto en medio del aire puro y la luna iluminaba aquella noche posterior al sínodo. Una vez el monje dentro de la celda y a media noche, empezaron a caer piedras espontáneamente, arrojadas como el granizo contra la celda, sin que ninguna mano las lanzara y sin que ningún hombre apedreara a ese diabólico abad. Era, según parece, la cólera de los demonios airados que rodean Satanael, que no soportaban la divulgación de sus dogmas al emperador y el despliegue por parte de este de una pública persecución contra sus errores. Un hombre llamado Parasceviotes, encargado de vigilar a aquel viejo endemoniado, para que no pudiera hablar con nadie ni difundir su tremenda corrupción, aseguró con los más terribles juramentos que había oído

36. Nicolás III Gramático (1084-1111).

cómo caían arrojadas las piedras junto con su ruido al chocar contra el suelo y las tejas, y que había visto una continua e ininterrumpida lluvia de piedras, sin vislumbrar a nadie que las estuviera arrojando desde ninguna parte. Acompañaba también a las pedradas un súbito terremoto que sacudió el suelo e hizo gemir el techo. Parasceviotes, sin embargo, se mantuvo firme hasta que empezó a suponer que se trataba de una obra del demonio, como confesó. Al notar que las piedras llovían, por así decir, del cielo y que aquel anciano heresiarca se había metido dentro y estaba encerrado, achacó la acción a los demonios sin saber qué estaba pasando.

IX. Argucia de Alejo para distinguir a los bogomilos de los ortodoxos. Final de los bogomilos, excepto sus cabecillas

1. Ya hemos dicho bastante sobre ese prodigio. Habría sido también mi deseo explicar por entero la herejía de los bogomilos; pero me lo impide el pudor, como en alguna ocasión dice la hermosa Safo,[37] puesto que yo, la escritora, soy una mujer, la criatura más honorable de la Púrpura y el primerísimo de los vástagos de Alejo. Además, lo que está en oídos de la gente merece el silencio. Quiero describir y exponer al completo la herejía de los bogomilos, pero para no manchar mi propia lengua omito esta exposición. Remito a los interesados en conocer con detalle la herejía de los bogomilos al libro denominado *Panoplia dogmática*,[38] compuesto por prescripción de mi padre. En efecto, mi padre había mandado venir a un monje llamado Zigabeno, conocido de mi abuela materna y señora, y de todos los integrantes del estamento eclesiástico, persona que había alcanzado las cimas de la literatura, incluida la retórica, que no era negligente y que conocía como ningún otro el dogma,

37. La cita es del poeta lírico monódico Alceo (fr. 19, en Bergk, *Anth. lyr. græc.*), pero va dirigida a Safo. Esa es la razón que explica el error de Ana Comnena.

38. Eutimio Zigabeno (muerto después de 1118), autor de la obra mencionada, que se inicia en la época apostólica y termina con los bogomilos. Poco más se sabe de su vida, aparte de que escribió también comentarios a los Salmos, a uno de los Evangelios y a una de las epístolas paulinas.

y le ordenó que describiese en detalle todas y cada una de las herejías y expusiese las refutaciones de los Santos Padres contra cada una. Entre ellas está incluida, naturalmente, la herejía de los bogomilos tal como aquel impío Basilio la había predicado. Este libro lo tituló el soberano *Panoplia dogmática* y aún hoy conserva el libro este título.

2. Volvamos con nuestra historia a la liquidación de Basilio. El soberano mandó buscar por doquier a los discípulos y correligionarios de Basilio, en especial a los llamados doce discípulos, sondeó sus creencias y resultaron ser claramente discípulos de Basilio. El mal se había propagado y esta nefasta doctrina había llegado a afectar a importantísimas casas y a mucha gente. En consecuencia, condenó de una vez a la hoguera a esos excomulgados, al director y a su coro. Cuando fueron reunidos los bogomilos que habían sido descubiertos, unos se afirmaron en su herejía, otros se opusieron duramente a los acusadores y rechazaron la herejía de los bogomilos. Puesto que el soberano estaba decidido a no confiar en ellos y para que un buen cristiano no se confundiera con los bogomilos como un bogomilo o por el contrario, para que ningún bogomilo escapase como si fuese cristiano, concibió un original sistema por el que se revelarían los auténticos cristianos.

3. Al día siguiente, pues, se sentó en su trono imperial. Había gran concurrencia de personalidades del senado, del sagrado sínodo y todos aquellos de los nazireos[39] con formación intelectual. Tras ser conducidos ante el público todos los que eran acusados de la herejía de los bogomilos, el soberano volvió a ordenar el interrogatorio de cada uno. Unos afirmaban que eran bogomilos y se agarraban con fuerza a su propia herejía y otros rechazaban la acusación calificándose a sí mismos de íntegros cristianos y no cedían a pesar de las imputaciones de los demás. El emperador frunció el entrecejo y dijo: «Que se enciendan dos hogueras y se clave en tierra junto a una de ellas una cruz. Luego, que se le dé a todos los que quieran morir hoy en la fe cristiana la opción de separarse de los demás y avanzar

39. El término procede de la palabra hebrea *nazir*, que significa «apartado». Desde el siglo IV aparece en los textos aplicado a los monjes. Ana Comnena lo emplea como sinónimo en clave retórica de «monje».

hasta la hoguera de la cruz. Quienes persistan en su vinculación a la herejía de los bogomilos serán arrojados a la otra. Es mejor que los cristianos mueran en su fe que vivir siendo perseguidos como bogomilos e hiriendo las conciencias de la gente. Id, pues, cada uno de vosotros en la dirección que prefiráis».

4. Tras hacer estas declaraciones a los bogomilos, el emperador dio fingidamente por terminado el asunto. Inmediatamente, los tomaron y los llevaron ante una enorme muchedumbre que iba afluyendo de todas partes. Entonces fueron encendidas unas hogueras siete veces más grandes que las normales, como dice el melodo,[40] en el lugar llamado Tzicanisterio.[41] El fuego ascendía hacia el cielo, la cruz estaba erguida a un lado. Se les ofreció a los condenados la opción de marchar adonde fuera su deseo, ya que todos iban a ser quemados. Entonces, al ver el final inevitable, todos aquellos que eran ortodoxos avanzaron hacia la hoguera de la cruz para dar un auténtico testimonio de su fe. Los infieles, por su parte, manteniendo su abominable herejía, se dirigieron a la otra.

5. Cuando estaban a punto de ser arrojados por igual a las hogueras, todos los presentes sintieron lástima por los cristianos que iban a ser quemados y se indignaban enormemente con el emperador, desconocedores de las disposiciones que había adoptado. Una orden imperial, dada con anterioridad, apartó a los verdugos de su misión. Así, con las ideas claras sobre quienes eran realmente bogomilos, tras dar abundantes recomendaciones a los cristianos falsa-

40. *Daniel,* III 15. Ana Comnena no está tomando aquí la cita directamente del profeta hebreo, sino de un escritor de himnos sacros llamado Cosmas que en uno de ellos recoge el destino de los Tres Niños de Babilonia, donde aparecen esas palabras. De ahí que hable de un «melodo» (poeta) y no de un profeta. Cosmas el Melodo, originario de Calabria, nació en 685. Huérfano a temprana edad, fue criado en Constantinopla y luego, acogido por el padre de San Juan Damasceno, pasó a Jerusalén. Fue maestro de ese y murió en una fecha entre 740-750. Fue compositor de himnos litúrgicos que todavía hoy se cantan en las celebraciones de la Iglesia Ortodoxa Griega.

41. Estadio en el recinto del Palacio Imperial donde se jugaba al polo. Su nombre procede de un término persa, *tsuhu-gan,* que significa «jugar a la pelota montado en un caballo». El primero, de pequeñas dimensiones, fue construido por Teodosio II (408-450). Posteriormente, Basilio I (811-886) lo destruyó para construir la Nueva Iglesia y erigió otro, el existente en tiempos de Alejo, al este de Santa Sofía.

mente delatados, los liberó y encarceló de nuevo a los otros lejos de los apóstoles del impío Basilio, que fueron separados del resto de los herejes. Posteriormente, los mandó buscar a diario. El emperador en persona instruía a unos, animándolos continuamente a abjurar de su abominable culto, y ordenó a algunos otros notables del sagrado estamento eclesiástico que acudieran diariamente junto a ellos, los formaran en la fe ortodoxa y les aconsejaran que abandonasen la herejía de los bogomilos. Algunos de ellos cambiaron sus creencias por unas más juiciosas y fueron liberados de la prisión. Otros murieron recluidos en cárceles por herejes, si bien gozaron de una generosa provisión de alimentos y vestidos.

X. Fin de Basilio, el cabecilla de los bogomilos

1. Sin embargo, a Basilio, como auténtico e irreductible heresiarca, todos los notables del sagrado sínodo y de los nazireos e incluso el mismo patriarca Nicolás lo juzgaron merecedor de la hoguera. El emperador estuvo de acuerdo con ellos, ya que había hablado frecuentemente con él y había reconocido que era un hombre de mente retorcida e incapaz de renunciar a su herejía. Por todo lo cual, se erigió una gran hoguera en el Hipódromo. Se había cavado un profundo foso y se había apiñado un montón de madera perteneciente a grandes árboles. El conjunto daba la impresión de una montaña. Luego, cuando la hoguera fue encendida, una abundante muchedumbre de gente comenzó a afluir en silencio por la arena y los graderíos del estadio a la espera de lo que iba a ocurrir. Al otro lado estaba clavada una cruz y se ofreció al impío una opción. Si, aterrorizado por el fuego, avanzaba arrepentido hacia la cruz, sería liberado de la hoguera.

2. La masa de los herejes estaba presente viendo a su jefe Basilio. Pero él adoptaba una actitud despectiva ante cualquier condena o amenaza y mientras estaba lejos, se reía de la hoguera y soltaba extravagancias. Decía que unos ángeles lo arrebatarían del fuego, mientras cantaba aquello de David: «Y a ti no se acercará; además,

lo mirarás con tus ojos».[42] Pero cuando el pueblo se apartó y le dejó ver sin impedimentos aquel aterrador espectáculo de la hoguera (iba sintiendo el calor del fuego a pesar de la distancia y veía las llamas ascendiendo por el aire con un ruido como de truenos y las brasas que salían lanzadas al cielo por encima de la pirámide de piedra erigida en el centro del estadio), entonces aquel audaz personaje pareció atemorizarse y estremecerse ante la visión del fuego. Volvía continuamente sus ojos, daba palmadas con sus manos y se golpeaba el muslo, como quien está completamente angustiado.

3. No obstante, aunque fuera presa de ese estado de ánimo, su aspecto solo daba la apariencia del diamante. Ni el fuego ablandó su alma de hierro, ni lo despertaron de su encantamiento las recomendaciones que el soberano le daba. Por el contrario, bien fuera porque lo poseyó una inmensa enajenación ante el destino y la desgracia que se le presentaban, sin saber qué pensar y sin discernir para nada lo que le convenía; bien fuera, lo que parece más verosímil, porque el diablo que se había apoderado de su alma lo sumió en una profundísima oscuridad, el caso es que aquel despreciable Basilio se mantenía irremediablemente obstinado ante cualquier amenaza y temor, y se quedaba quieto mirando pasmado tanto a la hoguera, como a los asistentes. A todos les parecía realmente enloquecido, ya que no avanzaba hacia la hoguera, ni retrocedía, sino que estaba clavado e inmóvil en el lugar al que había sido conducido al principio. Como corrían abundantes rumores entre toda la gente sobre prodigios que se le atribuían, temerosos los verdugos de que los demonios que protegían a Basilio obraran, con el consentimiento de Dios, algún insólito prodigio, fuera arrebatado intacto de entre tanto fuego y transportado el muy pérfido a algún lugar repleto de público, perturbación que sería peor que la primera, decidieron realizar una prueba.

4. Mientras deliraba y se jactaba de que se le vería incólume entre las llamas, los verdugos tomaron su manto, diciendo: «Veamos si no prende el fuego en tus ropas», y lo lanzaron sin dilación a la hoguera. A tal punto de contento llegaba Basilio por el demonio que lo tenía enga-

42. *Salmos,* XCI 7-8.

ñado, que decía: «¿Veis cómo mi manto se va volando por el aire?» Los otros, viendo la tela por el borde, lo alzaron y lo arrojaron a la hoguera con las mismas ropas y calzado que vestía. Las llamas, como si estuvieran encolerizadas contra él, se ensañaron tanto con el impío que no se produjo olor a quemado, ni hubo transformación en el aspecto del humo. Solo apareció una leve línea humeante entre las llamas. Pues, en efecto, incluso los elementos se alzan contra los impíos y, diciendo la verdad, son benévolos con los devotos de Dios. Como antiguamente, cuando en Babilonia el fuego se apartó y obedeció a aquellos jóvenes creyentes y los rodeó como un habitáculo dorado.[43] En esta ocasión, cuando propiamente aún no lo habían agarrado quienes lo alzaron en alto, la llama parecía ya adelantarse para tirar del impío. En cuanto al resto de los que estaban destinados al mismo suplicio que Basilio, aunque el pueblo que asistía lo ansiara y presionara para que fueran arrojados también al fuego, el soberano no lo consintió y ordenó que fueran confinados en los pórticos y galerías del Gran Palacio. Una vez concluido el espectáculo, la concurrencia se dispersó. Posteriormente, los infieles fueron conducidos a otra prisión, donde tras su internamiento murieron mucho tiempo después en su impiedad.

5. Estos fueron, así pues, el último trabajo y la última hazaña de aquellos prolongados esfuerzos y gestas del soberano, todos los cuales fueron novedosos y de una insólita audacia. Creo que la gente que fue entonces testigo de estos hechos y acompañante del soberano sigue asombrándose aun hoy de estos y creen que no tuvieron una visión real con aquellos acontecimientos, sino sueños e imaginaciones. Desde que, tras la subida al trono de Diógenes los bárbaros invadieron las fronteras romanas a causa de las desgraciadas campañas contra ellos que este emperador protagonizó desde su primera línea de salida, como se dice, hasta el reinado de mi padre, el poderío bárbaro no había sufrido repliegues. Sus espadas y lanzas estaban afiladas contra los cristianos, hubo batallas, guerras y matanzas. Las ciudades habían desaparecido, las regiones habían siso asoladas y todo el territorio romano estaba manchado con sangre de cristianos. Unos cayeron

43. *Daniel,* III 19 y ss.

miserablemente bajo las flechas y las lanzas, otros fueron arrastrados de sus casas y conducidos como cautivos a las ciudades de Persia. El miedo se enseñoreaba de todos y se apresuraban a ocultarse en cuevas, bosques, montes y montañas de las crueles circunstancias que sufrían. Unos gemían por las penalidades que estaban padeciendo mientras eran llevados a Persia; otros, que aún eran libres, si es que quedaba todavía alguno dentro de las fronteras romanas, lloraban entre profundos lamentos a su hijo o a su hija; otro clamaba por su hermano o por su sobrino, muerto a temprana edad, y derramaban cálidas lágrimas como las mujeres. No había entonces ningún pariente que no llorara y se lamentara. Con excepción de algunos pocos, es decir Tzimiscés y el emperador Basilio,[44] desde entonces hasta mi padre, ningún emperador se había atrevido en absoluto a tocar con la punta de sus pies las tierras de Asia.

XI. Muerte de Alejo Comneno

1. ¿Pero, por qué este excurso? Me siento a mí misma como si me estuviera apartando del camino, ya que mi primitivo propósito me señalaba una doble tarea en esta obra, historiar y exponer la tragedia de todo lo que le aconteció al soberano. Historiar, de un lado, sus trabajos y entonar, de otro, un triste canto por todo lo que destrozó su corazón. Junto a esto, querría exponer su muerte y la devastación de todo final sobre la tierra. Recuerdo ciertas palabras paternas que me apartan de la historia y me impulsan a los lamentos y a los gemidos, porque frecuentemente le oía, le oía retener a mi madre y emperatriz cuando encargaba a sabios la transmisión a las generaciones venideras mediante la historia de sus trabajos, de aquellas innumerables hazañas y luchas. Y le oía decir que sería mejor entonar tristes cantos y llorar los infortunios por los que pasó.

2. Aún no había transcurrido un año y medio, cuando a su regreso de una campaña hizo presa en él otra terrible enfermedad, lo rodeó como una soga mortal y, a decir verdad, lo llevó al final

44. Juan I Tzimiscés (969-976) y Basilio II (976-1025).

definitivo y a la devastación. Dado que las dimensiones del tema lo requieren y como amante hija al mismo tiempo de mi padre y de mi madre desde que nací, voy a transgredir las normas de la historia para referir un hecho que no deseo en absoluto rememorar, la muerte del soberano. Tras la celebración de un certamen en el Hipódromo, a causa del viento que en aquella ocasión soplaba fuertemente, los humores como si hubieran huido y retrocedido desde las extremidades, afectaron a uno de sus hombros. La mayoría de los médicos ni siquiera comprendían la amenaza que se estaba cerniendo sobre nosotros por ese hecho. Sin embargo, al menos Nicolás Calicles, así se llamaba, adivino de nuestros detestables males, decía temer que se retiraran de las extremidades y crearan una situación de peligro irreversible si se extendía a otras partes. Sin embargo, no hubiéramos podido creer en lo que no queríamos creer.

3. Así pues, nadie excepto Calicles propuso entonces una evacuación purgativa con determinados medios. Pues su cuerpo tampoco estaba acostumbrado a recibir purgantes y carecía totalmente del hábito de tomar medicamentos. De esto se aprovechaba la mayoría y en especial Miguel Pantecnes, quien prohibía terminantemente la purga. Calicles, por el contrario, les decía en un tono serio, previendo el futuro: «En este momento el humor se ha retirado de las extremidades y se ha proyectado sobre el hombro y el cuello. De no ser evacuada con purgantes, se deslizará más tarde hacia alguno de los órganos vitales, incluso el corazón mismo, y concluirá por generar una dolencia incurable». Estaba yo presente por orden de mi señora para organizar las deliberaciones de los médicos. Yo misma estuve oyendo a quienes hablaban y estaba de acuerdo con las palabras de Calicles. Prevaleció, sin embargo, el parecer de la mayoría. Fue entonces cuando los humores del cuerpo del emperador, que lo habían atacado durante los días habituales, empezaron a remitir y el paciente recobró la salud.

4. No habían pasado aún seis meses, cuando le sobrevino una fatal enfermedad causada tal vez por el enorme agotamiento que los asuntos diarios provocaban en él y por la acumulación de las cuestiones de gobierno. Yo lo oía cuando hablaba con la emperatriz

como si le reprochara a ella la enfermedad: «¿Qué es este padecimiento que me viene cuando respiro? Quiero respirar profunda e intensamente para aliviarme el dolor de mi corazón; pero aun cuando lo intente muchas veces, ni en una ocasión puedo desprenderme ni en una mínima parte de este peso agobiante. Es más, persiste en mi corazón como una pesada piedra, que me produce un corte al respirar. No puedo conocer la causa, ni el origen de este dolor. Y te digo más, alma mía amadísima, compañera de mis penalidades y de mis pensamientos, con frecuencia deseo bostezar, pero en medio del bostezo se me corta la respiración y me crea un sufrimiento enorme. Explícame, si lo sabes, qué es esta otra dolencia que me viene».

5. A su vez, cuando la emperatriz oía estas palabras y se enteraba de los sufrimientos que él experimentaba, creía estar padeciendo idénticos dolores, como si se le cortara también la respiración a ella. De tal manera la afectaban las palabras del soberano. Continuamente mandaba buscar a médicos sabios y los obligaba a que estudiasen la naturaleza de la enfermedad, así como les pedía que la ilustrasen sobre las causas próximas y remotas. Ellos echando mano a las arterias del emperador confesaban encontrar la apariencia de todo tipo de irregularidades en el pulso arterial sin poder dar con la causa. Sabían que la dieta del emperador no era propia de una existencia cómoda, sino austera, simple, propia en todo de la vida de un atleta o de un militar, lo que evitaba las consecuencias de humores procedentes de una dieta excesiva. Por ello, achacaban a otras razones los orígenes de esa opresión y afirmaban que la causa primera de esta enfermedad no era otra más que la sobreabundancia de preocupaciones y sus continuas y hondas aflicciones, lo que motivaba que su corazón se inflamara y arrastrara a sí todos los residuos del resto del cuerpo.

6. Desde ese momento, la terrible enfermedad que atacaba al soberano no concedía ningún tipo de tregua y lo iba asfixiando como una horca.[45] Tanto se incrementaba cada día la gravedad de su

45. El diagnóstico que recoge B. Leib en su edición de *La Alexíada* (ver Introducción) sobre la postrera enfermedad del emperador refleja un estudio hecho por el padre Verdun, médico que ejercía en diferentes hospitales de París. Traduzco aquí el informe que aparece en el tomo III, páginas 232-236, nota 1: «El mal comenzó

dolencia que ya no atacaba espaciadamente, sino de forma continua y sin descanso, hasta el punto de que el soberano no podía reclinarse sobre su costado y ni siquiera tenía fuerzas para respirar naturalmente el aire. En ese instante, se convocó a todos los médicos, a quienes se les estuvo exponiendo el estado de la enfermedad del soberano. Ellos se repartían las opiniones y en medio de esta división de pareceres cada uno diagnosticaba una enfermedad distinta y daba el remedio para su curación de acuerdo con el diagnóstico. Ya se intentara la curación de una u otra manera, el caso es que el estado del soberano era crítico, pues no podía respirar libremente el aire ni por un instante. Se veía obligado a respirar sentado en una postura totalmente erguida. Si en algún momento se recostaba boca arriba o sobre uno de los costados, ay, aquello se convertía en un dogal. No era capaz de inspirar ni espirar un poco de aire del exterior siguiendo el proceso de la inspiración y la espiración. Cuando el sueño misericordioso le venía, entonces acababa por asfixiarse. De modo que permanentemente, durante el sueño o durante la vigilia, lo acosaba el riesgo de la asfixia.

7. Como no se le habían administrado purgantes, recurrieron a una sangría. Sin embargo, de nada sirvió la sangría y volvió a encontrarse en igual estado, respirando trabajosamente y con el grave peligro de

---

con una tumefacción en uno de los hombros y con un enflaquecimiento rápido de las extremidades. Esto hace pensar en un tumor maligno, tal vez un sarcoma que invadió el cuello, luego el mediastino con compresión de los nervios del entorno, especialmente del plexo cardíaco. De ahí, los fenómenos de angustia precordial, intolerancia a la postura acostada, molestias progresivas en la respiración, las irregularidades del pulso, quizá incluso la compresión de las vías aéreas y, seguidamente, del corazón y de los grandes vasos. Sus consecuencias son los fenómenos de asistolia a gran velocidad, la respiración entrecortada, el riesgo constante de asfixia, la congestión de los pulmones, la estasis sanguínea de las bases pleuropulmonares, lo que explica el ligero alivio cuando el enfermo se mantiene medio sentado. Finalmente, hinchazón del vientre, edema de los miembros inferiores y, solamente entonces, estado febril o subfebril, edema de la glotis y de la lengua por compresión progresiva de los vasos del cuello. Como consecuencia del desarrollo del tumor, compresión del esófago (deglución imposible), diarrea secundaria terminal, síncopes continuos, necesidad de aire, ligero alivio al aire libre. El diagnóstico aportado, congestión del corazón, parece exacto, pero incompleto. Nosotros diríamos que se trata de una asistolia aguda por compresión del mediastino y del cuello resultante de un tumor maligno de rápida evolución, probablemente, un sarcoma, en principio escapulotorácico».

perder la vida entre nuestras manos por lo dificultosa que le resultaba la respiración. No obstante, su estado de salud mejoró gracias a un remedio elaborado con pimienta. Entonces nosotros, del gozo y de la alegría que nos embargaba, no sabíamos qué hacer y elevamos oraciones a Dios en acción de gracias. Pero todo era una ilusión. Al tercer o cuarto día volvieron a atacarle al emperador la asfixia y la opresión de sus pulmones. Me temo que empeoró por efecto de aquel brebaje que extendió lo humores y no sirvió de nada, como no fuera para situarlas en las concavidades de las arterias y agravar su estado.

8. A partir de esos momentos no era posible encontrar fácilmente ninguna postura de descanso, ya que la enfermedad estaba en su punto álgido. El emperador permanecía en vela desde el anochecer hasta el alba, insomne, sin recibir con normalidad ni alimentos, ni ningún otro remedio para su curación. Con frecuencia, o incluso permanentemente, veía yo a mi madre permanecer toda la noche junto al emperador, a la cabecera de su lecho, y sostenerlo con sus manos para aliviarle de algún modo el proceso de la respiración. Y vertían sus ojos lágrimas más abundantes que las corrientes del Nilo. No es posible narrar todas las atenciones que tuvo con él a lo largo de noches enteras, ni la gran labor que realizó en su interés por la curación, mientras ideaba posturas y cambios y más cambios en la disposición de los cobertores. Pero nadie podía proporcionarle ni un momento de alivio, pues el soberano se veía acosado por una especie de horca que no lo dejaba en paz ni paraba de asfixiarlo.

9. Como la enfermedad no tenía remedio, el emperador se trasladó al sector meridional del palacio. Hallaba un cierto alivio a su opresión con el movimiento, por ello a la emperatriz se le ocurrió la idea de hacer que este movimiento fuera prolongado. Tras adosar unas andas a la cabecera y a los pies del lecho imperial, encargó a unos hombres que lo levantaran y transportaran, mientras se iban relevando unos a otros en sus esfuerzos por la salud del soberano. Desde allí llegó al Gran Palacio de Mangana. Pero a pesar de esta operación la salud del emperador no experimentó ninguna mejoría. Al ver la emperatriz que el asunto de la enfermedad iba por mal camino y sin ninguna esperanza ya en el auxilio humano, rezaba a

Dios fervientes oraciones de súplica por él. Hacía generosas donaciones a todos los templos para lámparas y para que cantaran continua y permanentemente los himnos. Repartía dádivas para los habitantes de todos los lugares, fueran del interior o de la costa, e instaba a todos los monjes que habitaban en montañas y cuevas, incluso a los que llevaban una existencia solitaria, a no cesar en sus oraciones e invitaba igualmente a todos los enfermos, a los presos en cárceles y a los reducidos a la miseria, que se veían convertidos en personas muy ricas, a las súplicas por la salud del soberano.

10. Como el vientre del soberano se inflamó y alcanzó una considerable hinchazón y como sus pies también estaban inflamados y el imperial cuerpo era presa de la fiebre, algunos médicos decidieron cauterizar prestando poca atención a dicha fiebre. Sin embargo todo tratamiento era inútil y vano. De nada sirvió cauterizar, antes bien, el vientre presentaba idéntico estado y la respiración era dificultosa. Al llegar los humores, como si fueran originarios de otra fuente, a la campanilla y afectar a lo que los Asclepíadas[46] denominan cielo de la boca, se inflamaron las encías, la faringe se hinchó y la lengua también se inflamó. A partir de ahí, los conductos que atraviesa la comida se estrecharon y se contrajeron hasta el límite, lo que provocaba la amenaza de una grave inanición por la imposibilidad de digerirla, aunque yo, bien lo sabe Dios, atendía con sumo cuidado a su alimentación y le daba de comer diariamente con mis manos unos alimentos que obligaba a preparar en forma de papilla.

11. En todo caso, cualquier intento de rebajar la inflamación parecía (...) y todos los cuidados nuestros y de los médicos se revelaban vanos. Tras once días, durante los cuales su enfermedad se mantuvo en una situación crítica, como estaba en un punto álgido y amenazaba peligrosamente (...) siendo su estado, apareció una diarrea. Así se nos sucedían los males uno tras otro. No podíamos acudir ni a un remedio ni a otro, ni a los Asclepíadas, ni a nosotros, los que cuidábamos del soberano, ni (...), y todo estaba perdido.

46. Los médicos.

12. Por lo demás, nuestra situación era confusa y tormentosa, los asuntos se presentaban turbulentos y el temor y el peligro se cernían sobre nuestras cabezas. La augusta, que siempre mostraba su valentía ante los peligros que iban haciendo aparición, en aquellas circunstancias también hizo gala de extraordinario valor, plantando cara al sufrimiento que le producía su pena y peleando como un atleta olímpico contra aquel agudo dolor. Tenía herida el alma y agitado el corazón de ver al soberano en ese estado; sin embargo, hacía esfuerzos por superar estas terribles circunstancias. Recibía mortales heridas, su sufrimiento le llegaba a la médula, pero les hacía frente. Sus lágrimas corrían a raudales, la belleza de su rostro se consumía y su estado de ánimo estaba hundido.

13. Cuando corría el quince de agosto (era el jueves de aquella semana), día en el que se festeja la Asunción de nuestra Inmaculada Señora y Madre de Dios, después de que algunos Asclepíadas hubieron ungido por la mañana la cabeza del soberano, medida que les había parecido oportuna, volvieron a casa, no por desconsideración o porque alguna necesidad les urgiera, sino porque conocían el peligro inminente que corría el soberano. Tres eran los principales médicos, el magistral Nicolás Calicles, Miguel Pantecnes, que había recibido el apellido de su linaje, y Miguel (...)libo, el eunuco. La emperatriz, rodeada de todo el coro de los parientes que la forzaba a tomar alimentos (...) sin dormir ni un instante, ni (...) transcurrir todas las noches sin reposo (...) al cuidado del emperador (...) obedecía. Pero cuando el soberano sufrió una definitiva recaída, (...) se dio cuenta tras una impaciente espera de que la (...) vida y se arrojó sobre el (...) se lamentaba sin cesar, se golpeaba y lloraba por todos los males que se le habían venido encima. Deseaba abandonar la vida al instante, pero no podía ver hecho realidad su deseo.

14. El emperador, aunque fuera a morir y el sufrimiento lo estuviera martirizando, como si fuera más poderoso que la muerte (...), se preocupaba de la emperatriz y transmitió sus inquietudes a una de sus hijas. Era esta su tercer vástago, la porfirogéneta Eudocia. La otra hija, María, actuaba como una nueva María, aunque no se sentara en aquella ocasión a los pies de mi señor como hiciera una

vez aquella otra, sino, más bien, se dedicaba a su cuidado pegada a la cabecera de la cama y le daba agua en un vaso, no en una copa, para que no le fuera siempre dificultoso beber, ya que encía, lengua y garganta estaban inflamadas. Él, entonces, le dirigió a la emperatriz firmes y valientes consejos, que fueron, sin embargo, los últimos: «¿Por qué te permites a ti misma atormentarte por nuestra muerte y nos obligas a apresurar su inminente llegada? ¿Es que no vas a fijarte en ti y en los males que se van a presentar, y te entregas a ti misma al mar de penas que se te acumulan?» Así le habló, y le abrió más aún la herida de su infortunio.

15. Yo experimentaba todo tipo de sentimientos y juro a los amigos presentes y a los hombres futuros que leerán mi escrito, juro por Dios que todo lo sabe, que mi estado nada tenía que envidiar al de los locos. Era toda entera víctima de mi sufrimiento. En consecuencia dejé de lado la filosofía y las letras, y puse todo mi interés solo en mi padre, en servirlo, vigilando los movimientos de su pulso y ocupándome sin descanso en la respiración del soberano, o bien atendía a mi madre y le devolvía los ánimos. Pero (...) las partes y completamente incurables (...) el soberano no podía superar su postrera recaída, y el alma de la augusta se apresuraba a partir con la del soberano.

16. Así estaba yo (...), aunque realmente, como dicen los Salmos,[47] los dolores de la muerte entonces nos cercaron. Sentí que me volvía loca. Estaba enajenada y no sabía qué hacer ni adónde ir, al ver que la emperatriz se sumergía en un mar de calamidades y que el soberano avanzaba con su último desmayo hacia el final de su vida. Pero, cuando pudo recuperarse de nuevo del segundo desvanecimiento gracias a que mi queridísima hermana María le derramó agua fría y extracto de rosas, mi padre ordenó los mismos cuidados a la emperatriz. De nuevo recayó en un tercer desvanecimiento y pareció oportuno cambiar la situación del lecho imperial (...) de los que nos ocupábamos de su cuerpo y (...) y trasladamos al soberano en la cama a otra parte, al cuarto piso del palacio, para que al menos pudiera respirar un aire más fresco y se recuperase de su desmayo.

47. XVII 5-6.

Pues aquella parte miraba al norte, y las habitaciones carecían por completo de (...) puertas.

17. El heredero del Imperio había salido previamente hacia sus habitaciones, porque reconoció que el estado del emperador (...) se apresuró a partir y marchó rápidamente al Gran Palacio. La ciudad en esos instantes estaba agitada, si bien no enteramente (...). La emperatriz, por su parte, dijo entre lamentos: «Olvidémoslo todo, la diadema, el Imperio, el poder, toda nuestra autoridad, tronos, dominios y comencemos los cantos fúnebres». También yo, olvidándolo todo, me lamentaba con ella, gemía (...) y se convulsionaban clamando lastimosamente. Pero la reanimamos, pues el emperador estaba dando su postrer suspiro y estaba realmente agonizando.

18. Junto a su cabecera, la emperatriz estaba echada en tierra aún vestida (...) con el calzado púrpura y (...) estaba destrozada y no sabía cómo (...) la inflamación de su corazón. Algunos de los Asclepíadas habían vuelto y aguardaron un momento, mientras palpaban el pulso del emperador (...) luego las palpitaciones de su arteria (...); no obstante, decían mentiras piadosas en esos momentos y la (...) y daban grandes esperanzas, aunque aparentemente no fuera así. Pero esto lo hacían por precaución, ya que sabían que en el mismo momento en que el emperador abandonara la vida, también la emperatriz entregaría su alma a Dios. Sin embargo, aquella inteligente emperatriz no podía ni creerlos ni dejar de hacerlo. Confiaba en ellos porque conocía de antaño que eran buenos especialistas, pero tenía motivos para desconfiar porque veía que la vida del soberano estaba en un punto crítico. Como estaba en el fiel de la balanza, me miraba continuamente y esperaba mi dictamen, según era habitual en ella incluso en circunstancias diferentes, y esperaba lo que yo pudiera predecir. Mi señora y amadísima entre mis hermanas, María, ornato de nuestra familia, mujer firme, receptáculo de toda virtud, situada entre la emperatriz y el emperador, impedía a veces con su larga manga que ella mirara directamente al soberano.

19. Yo puse mi diestra de nuevo en la muñeca y estuve examinando el latido del pulso, mientras la emperatriz se echaba las manos a la cabeza para levantarse el velo (en la situación en que estaba,

pensaba mudarse de vestido), pero yo la retenía cada vez (...) porque notaba un cierto vigor en el pulso. Me equivocaba (...), pues no era un cierto vigor lo que parecía (...) sino, una vez que el gran (...) de la respiración, y la arteria y el pulmón se pararon. Tras soltar la mano del soberano y (...) a la emperatriz, volví a poner en la muñeca (...) carencia de pulso. Ella me llamaba la atención sin cesar, porque quería que le indicara el estado del pulso. Cuando de nuevo (...) palpé y reconocí que toda su fuerza iba cesando y que, finalmente, las arterias habían dejado de latir, yo misma incliné la cabeza, desolada y exánime, con la mirada fija en el suelo y sin decir palabra. Y con mis manos en los ojos, me volví hacia atrás y empecé a llorar. Ella, al percatarse del hecho, totalmente desesperada, lanzaba grandes gemidos que resonaron con fuerza a enorme distancia.

20. ¿Cómo podré explicar la desgracia que envolvió a toda la tierra, cómo podré llorar mis sufrimientos? La emperatriz se quitó el velo, tomó una navaja y se cortó su famosa cabellera hasta la raíz. Arrojó el calzado púrpura de sus pies y pidió las primeras sandalias negras que hallaran. Cuando quiso cambiar la ropa púrpura por la negra, no fue fácil encontrar vestiduras. Gracias al hecho de que la tercera de mis hermanas tenía ropas adecuadas a la ocasión y a las circunstancias de la viudedad, porque hacía tiempo había sufrido esta desgracia, la emperatriz, tras tomar las vestiduras, pudo ponerse de luto y se echó sobre la cabeza un simple velo de color oscuro. Entre tanto, el emperador había entregado a Dios su sagrada alma,[48] y el sol de mi vida se ocultó (...). Los que no eran presa del sufrimiento proferían lamentos con sus voces, se golpeaban, gemían lastimeramente, alzaban las voces al cielo (...) llorando por su benefactor, por quien les había (...) todo.

21. En suma, incluso ahora yo desconfío de que esté viva, de que esté escribiendo y relatando la muerte del soberano, toco mis ojos no vaya a ser un sueño lo que ahora estamos contando, o si no un sueño,

48. La noche del 15 al 16 de agosto de 1118. Fue enterrado en el monasterio del Cristo de la Caridad [Φιλάνθρωπος], cuya iglesia había mandado erigir. Según los historiadores bizantinos, su cuerpo fue enterrado a toda prisa al día siguiente y sin el ceremonial acostumbrado debido a las disensiones que había estallado en el interior de la familia acerca del nuevo titular del trono.

al menos una ofuscación, un delirio, un extraño y monstruoso sufrimiento que me afecta a mí. ¿Cómo, si él ha desaparecido, me cuento entre los vivos y (...) los que existen, cómo no he entregado también yo el alma, cómo no he expirado inmediatamente después de que él expirara y no he perecido privada de los sentidos? Y si me he librado de este final, ¿cómo no me he arrojado desde un acantilado, desde un promontorio contra las olas del mar? He descrito mi vida con sus grandes penalidades (...). Pero no hay, como dice la tragedia,[49] sufrimiento ni desgracia inspirados por Dios cuya carga yo no haya soportado. Así Dios me convirtió en el receptáculo de grandes calamidades. Fui privada del gran astro del universo, el gran Alejo, cuya alma ciertamente dominaba sobre su desgraciado cuerpo.

22. Se apagó también la más grande luz, mayor que la célebre y luminosa luna, el gran honor y renombre de Oriente y Occidente, la emperatriz Irene. Sin embargo nosotros vivimos y respiramos. Posteriormente, como los males han sobrevenido uno tras otro y grandes tormentas han descargado sobre nosotros, nos vimos obligados a ver la más terrible de las desgracias, la muerte del césar. Hemos sobrevivido entre tanta acumulación de infortunios. A los pocos días, el mal ganó y la ciencia renunció. Fui arrojada a un mar de desaliento y entre todas las desventuras solo me irritaba el que mi alma estuviera presente en mi cuerpo. Si, según parece, no hubiera (...) tenido una constitución de diamante o de alguna otra rara materia, también hubiera perecido enseguida.

23. Estoy muerta de haber vivido infinitas muertes. Sabemos porlas narraciones de algunos autores que la famosa Níobe[50] fue

49. Eurípides, *Orestes*, 2.

50. Según el mito, Níobe era hija de Tántalo y esposa de Anfión, rey de Tebas, al que le dio siete hijos y siete hijas. Orgullosa de su descendencia, durante un festival dedicado a la diosa Leto, se jactó de tener más hijos que ella, que solo había tenido a dos, Apolo y Ártemis. Acto seguido, pidió que se le rindiera culto a ella y no a la diosa. Enfurecida por el orgullo de Níobe, Leto mandó a sus hijos a que la castigaran. Apolo mató a todos los hijos menos a uno, que había orado a Leto, y Ártemis a todas las hijas menos una. Al conocer la noticia, Níobe, rota de dolor, le pidió a Zeus, su abuelo, que la convirtiera en piedra. El dios accedió, y desde entonces, en el monte Sípilo, en Lidia, adonde fue transportada por un torbellino, había una roca de mármol con forma de mujer que destilaba gotas de agua.

transformada en piedra a causa de su dolor (...). Luego, tras el cambio que la incluyó en la naturaleza inanimada, tuvo un sufrimiento inmortal dentro de su naturaleza inanimada. Pero yo soy más infeliz que aquella, porque tras las mayores y últimas penalidades, he quedado viva para darme cuenta de otros males. Habría sido mejor (...) en una piedra sin vida, hubiera permanecido (...) privada de mis lágrimas y tan insensible a las calamidades (...). Soportar tan tremendas adversidades y que los hombres me hicieran pasar en palacio las más insufribles vejaciones de forma más infortunada que los males de Níobe (...). Las tremendas desgracias que llegaron hasta aquí (...) así cesaron.

24. Habría bastado con la muerte de los dos emperadores, el fin del césar y aquellos padecimientos para acabar definitivamente con nuestro cuerpo y nuestra alma. Ahora, como ríos que descienden desde elevadas montañas (...) corrientes de infortunios (...) como en un torrente que inunda (...) mi casa. Tenga fin, en suma, mi relato, no sea que por describir mis pesares, resulte más intensa nuestra amargura.

ÍNDICE ONOMÁSTICO

En este índice constan las páginas donde aparece el nombre en cuestión dentro del texto de la obra, no cuando aparece en la introducción, en las notas o en alguno de los epígrafes que titulan cada parágrafo y cada libro.

Aarón (hermano de Moisés): 402
Aarón (noble búlgaro): 495, 496, 497
Aromios: 494
Abido: 352, 353, 435, 540, 551, 560
Abrilebo: 387
Academia: 336, 376, 576
Acre: 548
Acrida: 207, 211, 220, 223, 490
Acridio: 223
Acrido: 193
Acroco: 562
Acronio: 600
Acruno: 552
Adana: 458, 535
Admeto: 66
Adonis: 579
Adralesto: 520, 523
Adrianópolis: 31, 226, 270, 279, 281, 285, 299, 379, 381, 382, 383, 384, 387, 572
Adriático: 42, 58, 107, 270, 335, 376, 391, 488, 489, 490, 529, 533, 574
Aer: 583, 584
Aeto: 536
Afrodita: 392, 471
Agamenón: 289
Agareno: 119, 156, 391, 431, 439, 440, 442
Agatónice: 387
Agelao: 206
Alacaseo: 383, 384, 385
Alage: 227
Alania: 107
Alano: 120, 340, 512, 585
Alcestis: 66
Alcibíades: 268, 269
Alejandría: 257, 298, 608
Alejandrino: 257
Alejandro (Magno): 57, 83, 298, 608
Alejo (duque de Corfú): 460, 462
Alemania: 97, 100, 174, 215, 216, 217, 218
Aletina: 562
Alexiópolis: 578
Aliates: 509, 510
Alifa (Pedro): 202, 223, 231, 438, 506, 538
Alopo: 304
Amalfi (Mauro, obispo de): 537, 538
Amalfitano: 255
Amasea: 63, 65, 447
Amasiano: 64
Amastris: 552
Ameras: 536
Amerimnes: 442, 443
Amicetes: 199, 200, 202
Amintas: 572
Amor (dios): 149, 152, 392
Amorio: 592, 593
Ampelas: 562, 563, 564
Ampus: 600
Anabarza: 535
Anastasio (emperador): 389
Ancira: 446
Andrés (San): 538
Andronia: 224
Anemas (Miguel y León): 379, 476, 477, 478, 479, 480, 482, 483
Anelio: 474
Anfión: 183
Anfípolis: 85
Angelocomites: 560
Aníbal: 61
Anquialo: 264, 271, 378, 379, 380, 381, 383, 385, 497

Antárado: 444, 535
Antartus: 535
Antelio: 474
Antifoneta: 247
Antíoco: 193, 328, 433, 476, 478
Antioqueno: 431, 449
Antioquía: 55, 111, 262, 263, 264, 271, 376, 381, 428, 429, 431, 432, 434, 435, 438, 439, 442, 448, 449, 451, 458, 460, 461, 462, 465, 466, 526, 532, 533, 534, 535, 543, 544, 545, 546
Aorata: 560, 561
Apelcasem: 261, 262, 264, 265, 266, 267, 268, 269, 270, 271, 272, 274, 303
Apeles: 152
Apolo: 407, 474
Apoloníade: 275, 276, 560
Apóstoles: 95, 369, 608, 611, 617
Apron: 302, 413
Apulia: 102, 107, 182, 186, 187, 254, 490
Aqueo: 287
Aquiles: 87, 287
Árabe: 442
Arabia: 273, 550
Aramiso: 536
Arbanita: 258
Arbano: 509
Arcontópulo: 301, 302
Ares: 71, 83, 132, 139, 220, 313, 449, 460, 465, 471, 595
Aretas: 136
Argirocastro: 456
Argonautas: 488
Ariebes: 233, 336
Aristerio: 565
Aristófanes: 82
Aristóteles: 234, 236, 238
Aristotélico: 53, 477
Armeníaco: 63, 446, 447, 460
Armenio: 121, 262, 336, 363, 374, 375, 431, 432, 433, 442, 450, 465, 530, 534, 573, 574, 575
Armenocastro: 590
Aronio: 494
Arsaces: 374
Arsácida: 466
Artac: 534
Asán (emir de Capadocia): 430, 541, 542
Asán (oficial selyúcida): 603
Asclepíada: 625, 626, 628
Asia: 111, 134, 156, 212, 262, 264, 271, 307, 391, 462, 473, 509, 527, 529, 543, 549, 553, 563, 574, 581, 582, 586, 593, 600, 620
Asiático: 155, 551
Asirio: 478, 544
Asón: 400
Aspietes: 202, 465, 466, 467
Aspro: 313
Astarot: 392
Astarté: 392
Atalia: 449, 540
Atapacas: 444
Atenas: 257, 268, 269
Atenea: 155, 201
Ateniense: 268
Ater: 254
Ático: 609
Atira: 130, 404
Atlántico: 58
Atramicio: 540, 550, 560
Atreo: 289
Augustópolis: 430, 600
Aulón: 101, 103, 180, 187, 192, 216, 231, 243, 249, 250, 393, 399, 487, 488, 508, 513, 516
Ayantes: 407
Áyax: 402
Azala: 426
Baanes: 389
Babagora: 207
Babilonia: 442, 443, 518, 544, 619
Babilonio: 443, 462
Bagdad: 262
Bagelardo: 175
Bagenecia: 219
Balabista: 474
Balanea: 535
Balaneo: 444
Balduino: 412, 443, 446, 545, 546, 547, 548, 549, 551, 552
Baqueno: 482
Barcelona: 96
Bardales: 443
Bardares/Bardario: 80, 220, 223
Bardas: 449, 450, 593
Bareno: 560
Bari: 182, 398, 488
Basilacio (Jorge): 477, 479
Basilacio (Manuel): 84
Basilacio (Nicéforo): 78, 79, 81, 82, 83, 85, 86
Basilea: 265
Basílica: 562
Basilio II: 232, 421
Basilio (eparca de Constantinopla): 472
Basilio (eunuco y nobilísimo): 495, 496, 497, 538
Basilio (monje bogomilo): 611, 612, 613, 615, 617, 618, 619, 620

Beliatoba: 248, 278, 280
Bellos Árboles: 334, 335
Bembetziotes: 283
Benevento: 99
Benusio: 255
Beocio: 399
Beroe: 295, 297, 299, 378
Beroites: 634
Berea/Berrea: 80, 223, 536
Betrino: 291
Biandrate: 446
Bidine: 577
Bigla: 253
Bitinia: 56, 177, 179, 261, 265, 266, 268, 388, 585, 587
Bitinio: 419
Bitzina (localidad): 278
Bitzina (río): 289
Bizancio (ciudad): 104, 108, 136, 151, 177, 234, 243, 244, 270, 273, 318, 322, 324, 326, 333, 335, 337, 338, 340, 341, 346, 404, 460, 467, 472, 493, 495, 540, 555, 584, 587
Bizancio (recaudador de impuestos): 129
Bizantino: 324, 333, 405
Blaquernas: 123, 126, 127, 128, 245, 482, 493
Blaquernites: 375
Blisno: 279
Bodinas: 223
Bodino (Constantino): 109, 110, 180, 197, 203, 258, 308, 336
Bogomilo: 610, 611, 613, 614, 615, 616, 617
Bohemundo: 103, 105, 180, 181, 188, 189, 199, 216, 217, 218, 219, 220, 221, 222, 223, 224, 227, 228, 229, 230, 231, 249, 261, 393, 394, 396, 399, 404, 412, 413, 414, 415, 416, 417, 419, 420, 428, 429, 430, 431, 432, 433, 434, 442, 445, 448, 449, 453, 454, 455, 456, 457, 458, 459, 460, 461, 462, 464, 470, 471, 473, 474, 476, 484, 485, 486, 487, 488, 489, 490, 491, 494, 498, 500, 502, 503, 505, 506, 507, 508, 509, 510, 511, 513, 514, 515, 516, 517, 518, 519, 520, 521, 522, 523, 524, 526, 527, 528, 538, 539, 543
Bolcano: 308, 337, 353, 354, 355, 369, 370, 473
Boliso: 307, 309
Bonditza: 254
Borilo: 78, 107, 108, 112, 119, 120, 144, 145, 286
Boritilas: 102
Borze: 534
Bósforo: 177, 179, 261, 270
Botaniates (Nicéforo III): 56, 68, 77, 78, 93, 94, 95, 104, 105, 107, 109, 111, 123, 130, 136, 140, 141, 142, 143, 145, 147, 149, 151, 152, 158, 173, 197, 204, 211, 248, 286, 307
Botrento: 180, 250, 253
Boúsa: 399
Branas (Nicolás): 193, 278, 279
Branea: 355
Brienio (Juan): 70, 72
Brienio (Nicéforo): 67, 68, 69, 70, 71, 72, 73, 74, 75, 76, 77, 78, 84, 130, 204
Brienio (Nicéforo, esposo de Ana Comneno): 55, 285, 286, 287, 379, 381, 382, 527 595, 597
Brienio (conde latino): 227, 228, 229, 231, 232, 241, 242, 243, 249, 259
Brentesio: 103, 104, 106, 107, 180, 182, 250, 538
Bucéfala: 608
Bucoleón: 149, 150
Bulcardo: 175, 176
Bulgaria: 336
Búlgaro: 128, 291, 326, 328
Bulgarófigo: 301, 318
Buranitzoba: 571
Burtzes: 173, 592, 593, 594, 595
Buses: 510, 511, 513
Butumites (Manuel): 266, 267, 348, 350, 351, 398, 418, 420, 424, 425, 427, 428, 429, 449, 450, 453, 545, 546, 548, 549
Cabalicas (Alejandro): 307
Cabalión: 399, 400
Cabasilas (Alejandro): 193, 509, 515
Cadmeo: 564, 578, 588
Calatades: 382
Calaure: 70
Calcedonia: 45, 98, 213, 295
Calcopracia: 213, 247
Caldea: 340
Caldeo: 233, 574
Calep: 262, 263, 536, 581
Cales: 277
Cálibe: 574
Calicles (Nicolás): 621, 626
Calínice: 574
Calintzes (Nicetas): 448
Calíope: 315, 568
Caliópolis: 554
Calio: 158
Calipario: 351

Caltzierin: 536
Cam: 54
Camatero (Gregorio): 364
Camires: 224, 385
Camitzes (Eustacio): 343, 344, 438, 509, 515, 559, 560, 561, 564, 565, 570, 592
Cáncer: 181
Canina: 103, 508, 511, 513
Cantacuzeno: 379, 450, 455, 456, 457, 458, 465, 510, 511, 512, 513, 514
Cantzús: 310
Capadocia: 173, 264, 265, 541
Capadocio: 83
Capricornio: 107
Capua: 174
Carambis: 341
Caras: 509
Caratices: 262, 264, 271
Caratzás (Argiro): 292, 337, 387
Cariceo (Fuente de): 582
Carices: 349
Cariópolis: 283, 301, 302
Carisio: 140
Carme: 563
Caronte: 167
Cárpato: 349
Carpiano: 132
Cartaginés: 61
Carzanes: 196, 204, 207, 511
Casio: 273, 274, 275
Casiotis: 536
Casope: 251
Cáspax: 435, 436
Castamonites (Nicetas): 292, 304, 477
Castoria: 223, 224, 231, 232, 241
Catanances: 257
Catarodon: 561
Catismatin: 536
Catranes: 310
Cauca: 533
Cecaumeno (Catacalon): 366, 369
Cecaumeno (Miguel): 437, 509, 511, 595
Cedocto: 69
Cedrea: 592
Cefalas (León): 224, 225
Cefalenia: 254, 451
Cela: 551
Celesiria: 465, 533
Celia (en Bitinia): 583
Celia (en Tesalia): 224
Celtibero: 489
Celta: 60, 69, 71, 83, 195, 200, 201, 203, 204, 205, 207, 211, 214, 219, 220, 221, 222, 223, 224, 227, 228, 229, 232, 241, 244, 265, 266, 279, 281, 306, 307, 326, 331, 336, 391, 392, 393, 394, 395, 398, 406, 409, 410, 411, 413, 415, 417, 418, 420, 421, 424, 425, 427,429, 430, 433, 434, 435, 438, 439, 442, 443, 447, 449, 456, 457, 458, 462, 465, 467, 472, 473, 483, 486, 487, 488, 506, 508, 510, 511, 512, 513, 514, 515, 516, 517, 518, 519, 520, 523, 540, 545, 551, 552, 555, 556, 557, 559, 561564, 566, 567, 591
Celbiano: 542
Cesarópolis: 366
Chipre: 349, 351, 432, 444, 445, 448, 450, 453, 454, 455, 545, 546, 549
Chipriota: 548
Ciboto: 419, 446, 559, 582
Cícladas: 473
Cidno: 535
Cidoniates (León): 152
Cien Colinas: 297
Cilicia: 69, 449, 450, 454, 458, 465, 466, 467, 535
Cilicio: 56, 161, 440
Ciminiano (Eustacio): 268, 385, 454, 493
Cío: 266, 424, 586
Ciparisio: 267
Ciperudes: 359
Cipsela: 300, 301
Cirene: 349, 350, 450
Ciro: 233, 383
Cisabo: 224
Citzes: 385
Cízico: 117, 118, 119, 275, 276, 279, 560
Clareles (Guillermo): 519
Clazomenas: 33
Clempina: 85
Cliara: 542, 550, 560
Clitziastlan (sultán de Nicea): 275, 352, 430
Clitziastian (sultán de Iconio): 1107-1116): 581, 582, 597
Clizomene: 303
Cnido: 452
Cobar: 392
Columnas de Hércules: 270, 391
Coma: 69, 145, 148, 172, 173, 178, 437
Comateno: 72, 73
Comermoeri: 536
Comiscortes: 208
Comnena (Ana, hija de Alejo I): 53, 260
Comnena (Eudocia, hija de Alejo I): 626

Comnena (María, hija de Alejo I): 382, 626, 627
Comnena (Teodora, hermana de Alejo I): 377
Comneno (los): 112, 114, 115, 118, 119, 120, 123, 124, 126, 127, 128, 129, 130, 134, 135, 136, 138, 139, 141, 143, 144, 147, 148, 150, 151, 153, 159
Comneno (Adriano, hermano de Alejo): 157, 284, 292, 328, 339, 362
Comneno (Alejo I): 53, 55, 59, 59, 60, 61, 62, 63, 66, 67, 69, 70, 71, 74, 75, 76, 77, 78, 79, 80, 81, 82, 84, 85, 104, 105, 108, 109, 110, 111, 112, 113, 115, 117, 119, 120, 121, 122, 128, 130, 131, 132, 133, 135, 137, 138, 139, 143, 144, 149, 150, 151, 153, 154, 155, 158, 159, 160, 161, 162, 163, 167, 171, 177, 179, 180, 192, 201, 203, 204, 205, 207, 210, 211, 229, 232, 242, 245, 250, 252, 261, 269, 270, 286, 287, 298, 302, 307, 315, 317, 323, 324, 327, 336, 358, 377, 384, 389, 460, 462, 475, 476, 486, 490, 507, 519, 528, 532, 537, 574, 575, 596, 608, 609, 614, 630
Comneno (Alejo, hijo del sebastocrátor Isaac): 473, 484, 500, 503, 519, 524
Comneno (Andrónico, hijo de Alejo): 598
Comneno (Isaac, emperador): 67, 111, 169, 170, 421
Comneno (Isaac, hermano de Alejo): 111, 112, 113, 115, 117, 118, 125, 131, 132, 133, 151, 156, 159, 192, 212, 213, 238, 338, 339, 340, 376, 397, 473, 479, 524, 612
Comneno (Juan, hermano del emperador Isaac): 111, 193, 421
Comneno (Juan II): 55, 260, 474, 528, 537
Comneno (Juan, hijo del sebastocrátor Isaac): 336, 337, 338, 339, 340, 354, 355, 397, 473
Comneno (Manuel, padre del emperador Isaac): 421
Comneno (Manuel, hermano mayor de Alejo I): 59, 111, 123
Comneno (Nicéforo, hermano de Alejo I): 157
Conio: 536
Constantino (el Grande): 123, 145, 268, 276, 474, 565, 575, 576
Constantino (eunuco): 496
Constantino (halconero): 310
Constantino (notario): 538
Constantinopla: 98, 173, 192, 219, 224, 232, 234, 238, 246, 247, 253, 255, 266, 289, 310, 320, 337, 338, 356, 411, 439, 440, 450, 474, 477, 482, 489, 529, 532, 534, 535, 566, 570, 608
Contogmes: 560
Contopagano: 509, 510, 513
Contostéfano (los): 487, 488, 515
Contostéfano (Esteban): 515
Contostéfano (Isaac): 484, 485, 487, 488, 515, 516
Coprisiano: 506
Corifó: 107, 181, 251, 252, 451, 459, 460, 461
Corone: 456
Corosán: 273, 274, 275, 430, 431, 438, 445, 446, 447, 449, 553, 555, 581, 603
Cortarea: 378
Cortes de los Escitas: 289
Cos: 452
Cosmas: 151, 153, 158, 161
Cosmidio: 127, 404, 411, 414
Coterecia: 583
Cotrone: 95
Crenides: 572
Creso: 122
Creta: 349, 351, 359
Cretense: 349, 416
Cristo: 163, 537
Cristópolis: 361
Cuarenta Santos (iglesia): 123, 234
Cuarenta Mártires (lago): 595
Cuaresma: 547
Cule: 283
Culeón: 193, 215, 577, 578, 579
Cumano: 290, 297, 298, 299, 327, 328, 329, 330, 331, 332, 333, 334, 335, 336, 377, 378, 379, 380, 381, 382, 383, 384, 385, 386, 387, 388, 556, 571, 576, 577
Curico: 454, 455
Curpagán: 431, 433, 439, 441
Curticio (Basilio): 84, 226, 273, 477
Cusino: 577, 578, 579
Cutzomites (Jorge): 291
Dabateno: 172, 378, 482
Dacio: 169, 283, 392, 556, 574
Dafnucio: 336
Dalasena (Ana): 123, 124, 257
Dalaseno (Adriano): 167
Dalaseno (Constantino): 264, 304, 305, 307, 308, 309, 331, 346, 348, 349, 352

Dalmacia: 110, 196, 308, 337, 345, 353, 354, 356, 369, 555
Damalis: 134, 136, 141, 152, 177, 179, 271, 417, 555, 559, 565, 582, 605
Damasco: 444, 550
Danubio: 277, 278, 283, 334, 335, 344, 379, 577
David: 132, 247, 471, 617
Decano (Jorge): 343
Decano (Nicéforo): 493
Decato: 320
Demetrio (esclavo de Aarón): 495, 496
Demetrio (San): 135, 226
Demetrio Poliorcetes: 489
Démostenes: 129, 336, 376
Delfinas: 225
Deure: 490, 509
Diabolis: 498, 504, 510, 517
Diámpolis: 285, 299, 380
Diblacio: 611
Dídimo: 370
Dimilia: 322
Diógenes (Constantino): 376, 377, 381
Diógenes (León): 197, 286, 291, 292
Diógenes (Nicéforo): 197, 286, 291, 292, 293, 294, 356, 357, 358, 361, 362, 364, 365, 366, 367, 368, 369, 370, 371
Diógenes (Romano III): 56, 59, 60, 93, 111, 136, 197, 262, 377, 601, 619
Diógenes (pseudo): 376, 380, 383, 384, 385
Dioniso: 270, 392
Dirraquio: 68, 106, 107, 108, 109, 173, 179, 180, 181, 183, 185, 186, 187, 188, 189, 191, 194, 195, 196, 200, 208, 209, 216, 253, 255, 308, 336, 337, 338, 340, 393, 397, 398, 414, 473, 484, 487, 489, 490, 498, 499, 501, 502, 503, 516, 517, 519, 521, 524, 527, 556
Dociano: 67
Dolilo: 586
Doménico (Palacio de): 230
Dorileo: 429, 590
Dormición (Asunción): 164, 626
Dracón: 179, 395
Drimón: 490
Dristra: 249, 278, 285, 289, 290, 333
Ducas (los): 86, 131, 132, 133, 150, 153, 234
Ducas (Andrónico, antepasado): 155
Ducas (Andrónico, primogénito del césar Juan): 154
Ducas (Ana, nieta de césar Juan): 127
Ducas (Constantino, antepasado): 155
Ducas (Constantino X): 153, 202
Ducas (Constantino, hijo de Miguel VII): 86, 92, 94, 104, 114, 116, 148, 158, 260, 357, 361
Ducas (Constancio): 202
Ducas (Irene): 53, 55, 133, 150, 153, 154, 155, 287, 470, 630
Ducas (Juan, césar): 94, 126, 128, 131, 137, 151, 152
Ducas (Juan, nieto del césar y cuñado de Alejo I): 128, 131, 308, 309, 345, 346, 347, 348, 349, 350, 435, 436, 437
Ducas (Miguel VII): 60, 67, 86, 92, 94, 104, 111, 148, 151, 153, 158, 187, 234, 260, 358, 359, 536
Ducas (Miguel, hermano de Irene Ducas): 131, 230, 293, 328
Dux: 533
Edesa: 41, 443, 446, 536, 550
Éfeso: 435, 436
Egeo: 69
Egialos: 559, 582
Egino: 342
Egipcio: 257
Egipto: 69, 228, 270, 277, 298, 608
Elcanes: 275, 276, 277, 395
Eleemon: 452
Elefantina: 579
Elegmo: 604
Eleuterio: 257
Eliano: 591
Elías (conde): 397
Elías (San): 534
Eliso: 490
Emilio (Paulo Emilio): 61
Empelo: 560
Eno: 352, 326, 572
Enrique IV de Alemania: 97, 100, 101, 102
Epidamno: 79, 106, 107, 108, 182, 234, 255, 308, 346, 398, 400,489, 490, 498
Epiro (Pirro, rey de): 182
Erbio: 174
Erimanto: 85
Escaliario: 277, 379, 509
Escamandro: 550, 560
Escipión: 61
Escita: 71, 72, 73, 74, 107, 108, 116, 155, 214, 246, 248, 249, 271, 277, 278, 279, 280, 281, 283, 284, 285, 286, 287, 288, 289, 290, 291, 292, 293,

294, 295, 296, 297, 298, 299, 300, 301, 302, 303, 307, 309, 310. 311, 312, 313, 314, 315, 316, 317, 318, 319, 320, 321, 322, 323, 324, 325, 326, 327, 328, 329, 330, 331, 332, 334, 335, 337, 353, 382, 386, 387, 485, 486, 490, 495, 496, 512, 514, 518, 561, 566, 567, 572, 574, 575, 592, 593, 598, 599, 609
Esclero: 477
Esclero (Bardas): 421
Escolas: 69, 73, 74, 84
Escopia: 223, 354, 355
Escotino: 283, 284
Escutario: 387
Escutariotes (Teodoro): 40
Esfentzanio: 354, 355
Esgenin: 536
Esguritzes: 205
Eslavonia: 112
Eslopimo: 473
Esmirna: 304, 309, 346, 348, 349, 351, 435, 436, 540, 541, 542
Esmirneo: 303, 436
Espacá: 272
Esparetra: 470
Esquines: 129
Esquizas: 130
Estagirita: 494, 505
Esteban (conde de Blois): 438
Estiliano: 609
Estipeotes (esclavo): 585
Estipeotes (Miguel): 585, 586, 592
Estlabotilin: 536
Estlanitza: 467
Estrabo (Estrategio): 455, 455, 496
Estrabobasilio: 585, 586
Estraboromano: 124, 125
Estrugas: 220
Estrumpitza: 473
Etíope: 360
Etiopía: 608
Eubulo: 96
Eudocia (Comnena, tercera hija de Alejo I): 626
Eudocia (Macrembolítisa, viuda de Constantino X Ducas): 152, 359
Eudoxo: 256
Eufemiano: 124
Euforbeno (Alejandro): 275, 384, 486, 515, 520, 523, 524, 532
Euforbeno (Constantino Catacalon): 72, 379, 382, 396, 450, 539
Euforbeno (Jorge): 285, 287, 288, 378
Euforbeno (Nicéforo): 382
Éufrates: 270
Euripo: 118, 423
Euro: 130, 279, 280, 494, 572, 578
Europa: 391, 473, 527
Eustracio (obispo de Nicea): 576
Exazeno (Constantino Ducas): 477, 486, 494
Exazeno (Nicéforo Hialeas): 477, 478, 486, 494
Ezebán: 224
Fersia: 533
Fidias: 152, 474
Filadelfia: 437, 541, 542, 543, 550, 553, 564
Filareto: 262
Fileas: 404
Filipo (macedonio): 572
Filipo (romano): 572
Filipópolis: 248, 279, 284, 300, 336, 338, 343, 345, 398, 571, 572,575, 576, 577, 578, 581
Filipos: 85
Filocales (Eumacio): 351, 453, 540, 542, 545
Filocales (Manuel): 356, 357
Filocales (vado de): 329
Filomelio: 438, 439, 593, 595, 603, 604
Flandes: 299, 303, 326, 441
Focas (San): 341, 404
Focea: 33, 303
Folo: 577, 578, 579
Francia: 391, 397, 438, 461
Franco: 74, 85, 193, 225, 243, 295, 359, 391, 393, 398, 412, 417, 423, 427, 438, 443, 446, 451, 455, 460, 471, 488, 498, 500, 520, 523, 527, 543, 544, 557, 603
Frigia: 542
Fuente (lugar): 108, 234
Gabala: 456, 535
Gabras (Constantino): 515, 550, 553, 562, 595
Gabras (Gregorio): 340, 341, 342, 343, 345
Gabras (Teodoro): 340, 341, 342, 343, 440
Gadira: 500
Gaita (primera esposa de Roberto Guiscardo): 94, 103, 201, 254
Gaita (lugar): 590
Galabatzes: 346
Ganze (Guillermo): 538
Garidas (Eustracio): 153, 158, 238, 378
Gazes: 603
Genesio (Gregorio): 168

Génova: 462, 550
Genovés: 455, 456
Geranio: 493
Germanicea: 534
Germano (pueblo): 460
Germano (conspirador escita): 107, 108, 112, 120
Germios: 585
Geta: 169
Gilpracto: 139
Glabinitza: 182, 209, 249, 509, 510
Glicis: 191
Glosa: 181, 487
Godofredo de Bouillon: 393, 403, 404, 408, 409, 410, 412, 413, 419, 442, 443, 445
Goloe: 285, 295, 299, 380, 388
Gonata: 421, 422, 423, 424
Gorgona: 152
Gramático (Nicolás): 375, 613
Grandemane (Guillermo): 438
Graúl: 538
Griego: 93, 183, 291, 401, 407, 459, 525, 534, 574, 597, 609
Guido (hermano de Bohemundo): 250, 253, 506, 508, 509, 511, 523, 524
Guillermo (conde normando): 223
Guillermo (sobrino de Isangeles): 448
Gules: 83, 222, 292
Hades: 310
Halices: 267
Halis: 446
Halmiro: 69
Hemo: 285, 286, 574
Hébdomo: 158
Hebraice: 430
Hebreo: 253, 442
Héctor: 402
Helena (hija de Roberto Guiscardo): 92, 93, 94, 105, 197
Helena (Santa): 276
Helenópolis: 394, 396, 440, 585, 586
Helesponto: 69, 550, 560
Heraclea: 173
Heracles: 66, 85, 179, 407, 514, 516
Hercinio: 574
Hermano (duque de Lombardía): 174
Hermón: 535
Herodes: 101, 102
Hialeas (Nicéforo Exazeno): 436, 477, 478, 486, 494
Hidrunte: 102, 103, 106, 107, 180, 250, 485
Hiero: 411
Hierro (Puerta de): 126
Homérico: 129, 206, 230, 407
Homero: 54, 87, 139, 201, 231, 250, 287, 315, 399, 407, 411, 470, 499, 557, 588, 591
Hugo (conde normando): 513, 522
Hugo (de Vermandois): 397, 398, 399, 408
Humberto: 538
Humbertópulo (Constantino): 121, 122, 194, 279, 331, 336, 378
Hungría: 231, 394
Huno: 298
Iberitzes: 143
Íbero: 263
Iberia: 608
Ibis: 560
Iconio: 581, 587, 590, 593, 595, 602, 604
Iglesias Blancas: 223
Ilírico: 79, 107, 108, 163, 173, 174, 187, 215, 216, 250, 256, 261, 271, 337, 398, 461, 473, 484, 485, 486, 490, 515, 516, 517, 518, 519, 574
Iluminado: 375
India: 270, 298
Inmortales (cuerpo del ejército): 69, 71, 72, 137, 351
Isangeles: 417, 419, 420, 421, 422, 441, 444, 445, 446, 447, 448, 457, 545, 549
Ismael (personaje bíblico): 389, 533
Ismael (hijo del sultán de Khorasán): 438, 440
Ismaelita: 392, 395, 542, 566, 567, 570
Isócrates: 568
Istro: 169, 284, 287, 288, 290, 291, 297, 299, 555, 571, 577
Ítaca: 254
Itacense: 142
Italia: 95, 232, 234
Italiano: 70, 232, 234, 486
Italo (Juan): 232, 233, 237, 238, 239, 373
Jacobo: 575
Jafa: 441, 443
Jantas: 193, 215
Jasón: 487
Jericó: 103, 190, 508, 511, 513
Jerigordo: 395
Jero: 477
Jerogipso: 315
Jerusalén: 254, 262, 299, 391, 404, 440, 442, 443, 446, 448, 451, 527, 545, 546
Jifflino (Juan): 153
Job: 606

Jorge (San): 159, 224, 243, 270, 424, 426, 442, 582, 584, 586
Juan (hijo de Calínice): 573, 574
Juan (San): 133, 158, 473
Judío: 291
Lacedemonio: 268, 269
Lago Sagrado: 379
Lampe: 272, 437, 541
Landulfo (duque de Suabia): 99, 100
Landulfo (italiano): 451, 452, 453, 455, 456, 487, 488, 515, 517
Laodicea: 437, 444, 445, 453, 456, 457, 465, 510, 531, 535
Lapara: 536
Lardeas: 285
Larisa: 224, 225, 226, 227, 229, 231, 404, 414, 534
Latino: 98, 173, 182,-187, 201, 202, 203, 219, 221, 225, 226, 227, 228, 229, 230, 231, 234, 236, 242, 255, 259, 267, 271, 279, 280, 292, 299, 302, 306, 310, 391, 393, 395, 396, 398, 399, 401, 402, 404, 405, 406, 407, 408, 409, 410, 412, 415, 416, 417, 421, 423, 424, 429, 430, 431, 433, 434, 440, 443, 444, 446, 458, 460, 486, 524, 545, 554, 609
Lebunes (Jorge): 564, 539, 595
Lebunes/Lebunio: 329, 331
Lencianos (Montes): 560, 583
Leo: 181
León (metropolita de Calcedonia): 213, 295
Léucade: 451
Leucas: 429, 590
Leucusia: 349, 351
Líbano: 445
Libia: 277
Libotanio: 226, 227
Licnitis: 490
Licostomio: 226, 229, 231
Lidia: 56
Lidio: 56, 281
Limnia: 536
Lipenio: 353, 354, 355, 369
Lisímaco: 298
Lisimaquia: 298, 608
Lobitzo: 170
Longibardía: 88, 92, 96, 100, 101, 102, 107, 175, 179, 180, 187, 190, 197, 215, 216, 217, 218, 222, 223, 232, 234, 246, 249, 393, 394, 397, 398, 399, 454, 455, 461, 464, 474, 484, 485, 494,515, 516, 517, 519, 533, 538, 540,550, 551
Longibardo: 174, 460, 609
Longiníade: 458
Lopadio: 272, 560, 582, 583, 584, 586
Lulo: 533
Macabeo: 576
Macedonia: 284
Macedonio: 57, 71, 83, 193, 298, 572, 574, 608
Madito: 551
Madre de Dios: 108, 125, 126, 188, 233, 247, 264, 478, 626
Mahoma: 277
Maistromilio: 505
Mal Costado: 204
Malagina: 562
Malagna: 583
Males (Yosfré): 538
Maleas: 456
Mamista: 458
Manes: 573, 574
Manetón: 256
Mangana: 159, 624
Manganes (Jorge): 135, 138, 139
Maniac: 327
Maniaces (Jorge): 70, 232
Maniqueo: 193, 215, 243, 244, 245, 248, 249, 278, 290, 495, 573, 575, 576, 577, 578, 579, 581, 610
Manos (Las): 481
Maracea/Maraceo: 444, 535
Maraces: 437
Marasin: 450
Marcapin: 456
Marcela: 299
Marcos (San): 253
María (de Alania): 68, 94, 107, 118, 127, 148, 149, 150, 151, 152, 158, 159, 358, 365
María (de Bulgaria): 128
Mariandeno: 389
Marino (de Nápoles): 505, 520, 523, 538
Masagétide: 470
Masaliano: 610
Mascabeles (Guillermo): 88, 89, 90, 91
Masut: 601, 602, 603, 604
Máurice: 190
Mauro: 537
Maurocatacalon (Gregorio): 285, 290, 291
Maurocatacalon (Mariano): 382, 515, 517
Maurocatacalon (Nicolás): 283, 284, 285, 292, 318, 387, 397, 399
Mauropótamo: 329
Máximo (el Confesor): 237
Meandro: 437, 542

Mecran: 536
Media: 608
Melfi: 96, 209, 210, 253
Meliseno (Nicéforo): 134, 135, 136, 138, 140, 141, 142, 156, 200, 226, 292, 297, 324, 325, 328, 329, 334, 339, 378
Melitene: 275
Menelao: 83, 148
Méroe: 270
Mesampelas: 423
Mesanacta: 595
Mesopotamia: 262, 536
Mesopotamites (Jorge): 343
Mesto: 494
Metaxas: 213
Metimna: 304
Metimnes: 215
Midas: 122
Migideno: 229, 301
Miguel (eunuco y copero): 342, 343, 449, 450
Miguel (eunuco y médico): 626
Miguel (de Amastris, gobernador de Acruno): 552
Miguel (pariente político de los Comneno): 147
Miguel (San): 201
Milio: 145
Milo: 498, 510, 512
Miscura: 586
Misia: 80
Misio: 169
Mitilene: 304, 309, 346, 349
Mitilenio: 348
Mocro (monte): 490
Mocro (rey búlgaro): 291
Modeno (Manuel): 524
Moglenas: 223, 224
Moisés: 402
Monastrás: 313, 314, 331, 379, 387, 426, 427, 450, 457, 458, 465, 550, 562
Monolico: 560, 586, 593, 594, 596, 597, 600
Monomacato (Jorge): 107, 108, 109, 173, 180
Monómaco (Constantino): 159, 167, 232, 235
Montaña Negra: 534
Monte Maravilloso: 533
Mopso: 466, 535
Morobundo: 128,
Mosinópolis: 244
Mucumet: 275, 560, 561, 562, 563
Musa: 376, 470
Musulmán: 553, 563
Muzaces: 364
Nampites: 197, 200, 201, 292
Nápoles: 505, 520
Naupacto: 106
Nazireo: 615, 617
Neantzes: 301, 311, 329
Neleo: 602
Nemeso: 350
Nemitzo: 137, 138, 139
Neocastro: 578
Nicea: 177, 261, 262, 264, 265, 267, 268, 269, 270, 271, 272, 274, 275, 289, 303, 318, 385, 387, 394, 395, 418, 419, 420, 421, 423, 424, 425, 426, 427, 429, 435, 436, 559, 560, 562, 576, 582, 585, 586, 590
Nicea (Pequeña): 289, 318, 385, 387
Nicerites (León): 288, 289, 344, 509, 596
Nicolás (patriarca): 124, 375, 378, 613, 617
Nicolás (San): 196, 203, 400, 405
Nicolás (secretario): 288
Nicomedia: 179, 266, 268, 303, 326, 389, 419, 587, 588
Nicópolis: 106
Nilo (monje herético): 373, 374, 375
Nilo (río): 624
Ninfeo: 542
Nino: 544
Níobe: 630, 631
Normandía: 86, 88, 382
Normando: 87, 189, 191, 394, 395, 446, 447
Niso: 571
Noé: 54
Novato: 274, 397
Odiseo: 142,
Olimpo: 562, 583
Opo (Constantino): 193, 276, 277, 304, 305, 409
Orestes: 112
Orestíada: 130, 193, 382
Orfeo: 57
Ostrobo: 223
Ozolimne: 297, 298
Pablo (maniqueo): 573, 574
Pablo (San): 100, 606, 608
Pablo (San y San Pedro): 95, 369
Pacuriano (Gregorio): 121, 191, 192, 193, 200, 215, 278
Padeno: 147
Paflagonia: 173
Pagras: 534

Paipert: 440
Palamedes: 65, 116
Palas: 201
Palatzas: 534
Paleólogo (Jorge): 127, 128, 131, 139, 141, 142, 150, 173, 179, 180, 185, 186, 187, 189, 194, 195, 196, 197, 202, 208, 242, 285, 290, 295, 296, 322, 323, 331, 378, 428, 429, 568
Paleólogo (Nicéforo, padre de Jorge): 143, 144
Paleólogo (Nicéforo, hijo de Jorge): 595
Pales: 398
Palia: 188
Panfilia: 69, 550
Panfilio: 56
Pánfilo: 283
Pantecnes (Miguel): 621, 626
Panucomites (Nicetas): 194, 462
Paradunabo: 344
Parasceviotes: 613, 614
Pargiaruc: 265, 274
Pario: 560
Paristrio: 248, 285, 286, 378, 571
Pasaron: 251
Patara: 452
Patroclo: 151, 171, 377
Patzinaces: 290, 295, 296, 301, 302, 303, 327, 330
Pauliciano: 243, 573, 610
Paurae: 447
Peania: 269
Pedro (el Ermitaño): 391, 394, 395, 396, 398, 404, 440, 441
Pedro (San y San Pablo): 95, 369
Pegasio: 409
Pegaso: 204
Pelagonia: 224, 504
Pelctrano: 545, 546, 549
Pelecano: 409, 412, 418, 419, 423, 427, 428
Peloponesio: 452
Pemaneno: 276, 560, 561, 583, 592
Penélope: 142
Pentegostis: 357, 358
Peres: 538
Pérgamo: 542, 550
Periblepto: 147
Pericles: 246
Periquites: 452
Peristlaba (Gran): 290
Pernico: 358
Persa: 59, 246, 261, 268, 271, 272, 273, 303, 518
Persia: 62, 272, 277, 553, 620
Petra: 510
Petria: 126
Petritzo: 358, 571
Petrula: 498, 508, 515, 517
Petzeas: 437, 465
Pílades: 112
Pindárico: 568
Pirro (Jorge): 228, 312
Pirro (rey de Epiro): 182
Pisa: 451, 462, 550
Pisano: 451, 452, 453, 454
Pitecas: 590
Piticas: 593
Plabitza: 225
Plasta: 536
Plata (Lago de): 404
Platón: 53, 234, 236, 256, 376, 574
Platónico: 477, 573
Pliscoba: 289
Podando: 535
Polemón: 376, 568
Poliboto: 310, 437, 438, 592, 593, 596
Polícleto: 154, 525
Polobos: 223, 231, 355
Ponto Euxino: 69, 287, 574
Púrpura (Sala): 53, 57, 259, 286, 614
Porfirio: 236, 573
Pórtico: 336, 576
Prebentza: 399, 400, 403
Preneto: 266
Principato: 506
Principo: 584
Printzitas: 538
Proclo: 236
Propóntide: 177, 261, 265, 341, 403, 404, 409, 417
Prosuc: 265, 267, 269
Prusa: 560
Pselo (Miguel): 233, 234
Psilo: 494
Psilo (Basilio): 495, 496, 497
Pudilo: 379
Pulcases: 265, 274, 275
Punteses: 223
Puqueas: 592, 603
Putza: 384, 385
Puzano: 261, 271, 272, 274
Quele: 389
Querenos: 326, 334
Querobacos: 319, 320, 321, 494, 497
Querosfactes (Constantino): 174
Querson: 377
Quersoneso: 325, 550, 551, 554

Quimara: 399, 487
Quíos: 122, 304, 305, 309, 435
Raimundo: 96
Ramel: 442, 443
Rapsomates: 349, 350, 351
Raúl (conde cruzado): 409, 411, 413
Raúl (embajador de Roberto Guiscardo): 104, 105
Rebenico: 226
Réctor: 93, 94, 95, 105, 106
Redesto: 257
Refugio (El): 124
Renaldo: 223
Renardo: 537
Ricardo (conde Edesa): 506
Ricardo (hermano del conde Hugo): 513
Riscardo Siniscardo: 538
Roberto: 86, 87, 88, 89, 90, 91, 92, 93, 94, 95, 96, 97, 99, 101, 102, 103, 105, 106, 108, 109, 110, 163, 171, 173, 174, 175, 179, 180, 181, 182, 185, 186, 187, 188, 189, 190, 191, 194, 195, 196, 197, 198, 199, 200, 201, 203, 205, 206, 207, 209, 210, 211, 212, 213, 215, 216, 217, 218, 219, 222, 223, 231 249, 250, 251, 252, 253, 254, 255, 256, 258, 259, 261, 460, 467, 528
Rodas: 435, 452, 453
Rodomero: 634, 426, 427
Ródope: 572, 574
Rogelio (hijo de Dagoberto): 105, 506, 520, 523, 538
Rogelio (hijo de Roberto Guiscardo): 102, 107, 180, 216, 217, 250
Roma: 98, 99, 100, 101, 102, 118, 218, 234, 286, 398, 458, 486
Roma (Nueva): 534
Romaina: 536
Romania: 163, 460, 530, 554
Romano: 55, 56, 57, 59, 60, 61, 62, 63, 67, 69, 77, 86, 87, 92, 93, 94, 96, 99, 101, 104, 105, 106, 107, 120, 137, 165, 169, 171, 172, 174, 178, 179, 182, 186, 188, 190, 197, 200, 201, 203, 204, 205, 211, 212, 217, 218, 219, 220, 221, 222, 227, 228, 229, 230, 232, 234, 243, 246, 253, 261, 266, 267, 269, 270, 271, 277, 278, 279, 280, 284, 285, 287, 292, 293, 296, 302, 304, 305, 307, 308, 310, 314, 315, 317, 318, 322, 329, 331, 332, 333, 337, 347, 348, 349, 350, 352, 353, 354, 355, 369, 377, 380, 382, 384, 386, 387, 393, 396, 399, 406, 408, 410, 412, 416, 423, 425, 427, 429, 430, 432, 446, 448, 449, 451, 452, 453, 454, 455, 456, 457, 459, 461, 476, 478, 483, 485, 486, 488, 489, 494, 495, 497, 498, 499, 509, 510, 511, 513, 515, 516, 519, 525, 528, 529, 530, 531, 532, 535, 537, 539, 543, 544, 551, 552, 553, 554, 555, 557, 561, 562, 565, 566, 566, 567, 569, 571, 572, 575, 583, 586, 587, 594, 595, 596, 597, 599, 600, 601, 602, 603, 609, 619, 620
Romano (maniqueo): 495
Romano (Pablo): 538
Romano (San): 406
Rosmices: 512
Rupenio (León y Teodoro): 534
Rusio: 309, 310, 312, 313
Rusiota: 312
Sabiduría (Santa): 145
Sáfico: 568
Safo: 614
Sagudaos: 586
Saisán: 550, 553, 601, 602, 603, 604
Sajón: 99, 100
Salabria: 229, 231
Salerno: 95, 96, 99, 102, 103, 104, 217, 218, 249
Salomón (jefe húngaro): 283
Salomón (rey bíblico): 471, 585, 606, 608
Salomón (Juan): 236, 477, 478, 479, 480
Salvador (Cristo): 343, 396, 405, 410, 531, 537, 539, 549, 607
Samos: 349, 452
Samuel: 291
Sangaris: 389
Sanisco: 199, 216
Santábaris: 592
Sarbano: 536
Sardes: 437
Sármata: 169, 230, 277, 283, 292, 387
Saro: 69
Sarón: 466
Sarraceno: 193, 223, 391, 436, 442, 457, 533, 547, 566
Sarraceno (conde): 223, 224, 509
Sarsapin: 536
Satanael: 611, 613
Satzas: 277
Saúl: 160
Sedecías: 291
Seleucia: 454, 455, 548

Sepulcro (Santo): 391, 393, 396, 397, 404, 410, 416, 521, 549
Serbias: 223
Serbia: 354, 555
Serbio: 353
Serblias: 236
Serras: 357, 362
Sestlabo: 277
Seth: 255, 257
Seutlo: 453
Sezer: 534
Siaus: 263, 264, 271
Sice: 454
Siceotes: 143
Sicilia: 232
Siciliano: 232
Sidera: 281, 289, 388, 389
Silvestre: 387
Simeón (colina de): 289
Simón (zupán de Dacia): 538
Simón (primo de Balduino): 546
Sinadeno: 114, 197, 202
Sinao: 553
Sinesio: 299, 300, 313, 333, 334
Sínope: 262, 264, 271
Sirena: 568
Siria: 56, 69, 350, 400, 451, 460, 465, 466, 531, 535, 536, 544, 550
Sirio: 55, 56, 436
Solimán (sultán de Iconio): 581, 593
Solimán (sultán de Nicea): 177, 261, 262, 263, 264, 271, 273, 275
Sosco: 223
Sostenio: 341, 409
Sozópolis: 45, 215, 480
Sudi: 432, 458
Suecio: 533
Tacuperto: 538,
Tancredo: 428, 429, 433, 445, 448, 450, 457, 458, 460, 461, 465, 466, 467, 485, 526, 531, 543, 544, 545, 546, 549
Tangripermes: 435, 437
Tanismán: 430
Tanismanes: 483
Tapares: 274
Tarcaniotes: 71, 379
Tarentino: 182
Tarento: 537
Taronites (Gregorio): 482, 483
Taronites (Juan, eparca de Constantinopla): 494
Taronites (Juan, hijo de Miguel): 378
Taronites (Miguel): 157, 361, 365, 366
Tarso: 438, 458, 465, 535
Taticio: 193, 265, 266, 267, 269, 279, 280, 281, 292, 302, 303, 358, 361, 367, 379, 424, 425, 429, 431, 449, 451, 454, 555
Tatú: 277, 290, 297
Tauro: 466, 474
Taurocomo: 301, 386
Téano: 468
Tebena: 482
Tecla (Santa): 169, 170, 171
Telcampson: 536
Telémaco: 142
Teluc: 534
Teodoro (San): 199, 324, 362
Teodoto: 72
Termas: 379
Tesalia: 70
Tesalio: 71, 79, 193
Tesalónica: 80, 84, 85, 135, 194, 211, 226, 231, 397, 464, 468, 472, 473, 474, 494, 497, 498, 504
Tesalonicense: 84, 85
Teucro: 407
Ticranes: 374
Tifón: 79
Tigris: 270
Tilias: 536
Timoro: 514
Timoteo: 57, 356
Tinia: 177, 179
Tiragio: 603
Tiro: 462, 546, 547, 548, 551
Tirofagia: 122, 319, 323
Togortac: 327, 382
Tomiris: 470
Tornicio (Pedro): 83
Torrente Profundo: 324
Tracesio: 550
Tracia: 69, 121, 128, 130, 572, 574
Tracio: 71, 574
Transfiguración: 164
Trapezunte: 340, 482
Traulo: 248, 278
Triaditza: 169, 571
Tricala: 224, 225, 231
Trimus: 572
Trinidad (Santísima): 255
Trípoli: 444, 445, 446, 448, 456, 545, 546, 549
Troglodita: 270
Thule: 137, 143, 270, 488
Turco: 60, 63, 69, 72, 74, 75, 76, 117, 130, 171, 172, 177, 178, 179, 188, 193,

203, 229, 230, 261, 262, 263, 265, 267, 268, 270, 271, 276, 277, 303, 304, 305, 308, 325, 340, 349, 363, 376, 385, 386, 388, 391, 394, 395, 396, 413, 417, 418, 420, 421, 423, 426, 427, 429, 430, 431, 433, 434, 435, 437, 438, 439, 440, 441, 444, 447, 465, 509, 512, 529, 530, 541, 542, 543, 554, 559, 562, 563, 564 583, 586, 587, 591, 592, 593, 594, 595, 597, 599, 600, 603
Turcomano: 563
Tutac: 62, 63, 64
Tutuses: 262, 263, 272, 743
Tzacás: 303, 304, 305, 307, 309, 325, 345, 346, 347, 348, 349, 351, 352, 353, 425, 435, 436, 541
Tzelgú: 283, 284
Tzerpenterio: 397
Tzibisco: 224
Tzimiscés (Juan I): 574, 575, 620
Tzintziluces (Andrónico): 444, 445
Tzipureles: 562, 563, 564
Tzitas: 424, 446, 447
Tzurulo: 121, 128, 315, 316, 385
Uresis: 370
Urselio: 60, 61, 62, 63, 64, 65, 66, 67, 86, 111
Uzás: 230, 231, 292, 313, 314, 331, 387, 598
Uzo: 298
Uzolimne: 298
Válaco: 326, 379, 380
Varego: 137, 197, 292
Venecia: 190, 209, 251, 253, 462
Veneciano: 188, 189, 190, 201, 208, 251, 252, 255
Vetón: 489, 566
Virgen: 108, 128, 481, 493
Velco: 99
Yámblico: 236
Yapigia: 103
Yasites: 236
Yatzulino: 549
Yoanaces: 226, 284, 292, 318, 335
Yoanicio: 80, 81, 82, 85
Yoanina: 209, 219
Zacarías: 202
Zacinto: 451
Zebel: 535
Zeto: 183
Zeus: 206, 602
Zigabeno (Eutimio): 614
Zigo (Balcanes): 335, 345
Zigo (Macedonia): 353, 354, 355, 378, 380, 387
Zoe: 152, 246
Zompe: 593
Zópiro: 383
Zume: 534

Ático de los Libros le agradece la atención
dedicada a *La Alexíada*,
de Ana Comnena.
Esperamos que haya disfrutado de la lectura
y le invitamos a visitarnos
en www.aticodeloslibros.com
donde encontrará más información
sobre nuestras publicaciones.

Si lo desea, puede también seguirnos
a través de Facebook, Twitter o Instagram y suscribirse a
nuestro boletín utilizando su teléfono móvil
para leer los siguientes códigos QR: